

Clase 1	del 1 de Diciembre de 1965
Clase 2	del 8 de Diciembre de 1965
Clase 3	del 15 de Diciembre de 1965
Clase 4	del 22 de Diciembre de 1965
Clase 5	del 5 de Enero de 1966
Clase 6	del 12 de Enero de 1966
Clase 7	del 19 de Enero de 1965
Clase 8	del 26 de Enero de 1966
Clase 9	del 2 de Febrero de 1966
Clase 10	del 9 de Febrero de 1966
Clase 11	del 23 de Febrero de 1966
Clase 12	del 23 de Marzo de 1966
Clase 13	del 30 de Marzo de 1966
Clase 14	del 20 de Abril de 1966
Clase 15	del 27 de Abril de 1966
Clase 16	del 4 de Mayo de 1966
Clase 17	del 11 de Mayo de 1966
Clase 18	del 18 de Mayo de 1966
Clase 19	del 25 de Mayo de 1966
Clase 20	del 1 de Junio de 1966
Clase 21	del 8 de Junio de 1966
Clase 22	del 15 de Junio de 1966



Clase 1

1° de Diciembre de 1965

Señoras, señores, señor Director de la Escuela Normal Superior que han querido, en este recinto de la Escuela donde yo no soy más que un huésped, hacerme el honor de vuestra presencia hoy:

La estructura(1) del sujeto en el psicoanálisis, ¿diremos que lo hemos fundado el año pasado?. Llegamos al final a establecer una estructura que da cuenta del estado de hendija, de spaltung donde el psicoanálisis lo localiza en su praxis.

El psicoanalista localiza esta división(2) en cierto modo cotidiana. La admite en la base, puesto que ya el sólo reconocimiento del inconsciente para motivarla, y tanto que también lo inunda, si puedo decirlo así, con su constante manifestación. Pero para que sepa lo que sucede con su praxis, o tan sólo para que lo dirija conforme con lo que le es accesible, no basta con que esta división sea para él un hecho empírico, ni siquiera que el hecho empírico haya tomado forma de paradoja. Se necesita cierta reducción, a veces de realización larga, pero siempre decisiva en el nacimiento de una ciencia, reducción que constituye propiamente su objeto. Es lo que la epistemología se propone definir en cada caso y en todos, sin haberse mostrado a nuestros ojos por lo menos, cumplido su tarea. Pues no sé que haya dado cuenta plenamente por este medio de la definición del objeto, de esa mutación decisiva que por la vía de la física funda La ciencia, en el sentido

moderno, sentido que se toma como absoluto. Esta posición de la ciencia se justifica por un cambio de estilo radical en el tempo de su progreso, de la forma galopante de su inmixión en nuestro mundo, de las reacciónes en cadena que carácterizan lo que podemos llamar las expansiones de su energética. Para todo eso nos parece ser radical una modificación en nuestra posición de sujeto, en el doble sentido de que es allí inaugural y de que la ciencia la refuerza más y más.

Koyré es aquí nuestro guía y es sabido que se le conoce todavía mal. Así pues, no ha dado ahora el paso que concierne a la creación como ciencia, del psicoanálisis. Pero pudo observarse que tomé como hilo conductor el año pasado cierto momento del sujeto que considero como un correlato esencial de La ciencia: un momento históricamente definido del que tal vez nos queda por saber si es estrictamente repetible en la experiencia, aquel que Descartes inaugura y que se llama cogito. Este correlato, como momento, es el desfiladero de un rechazo de todo saber, pero por ello pretende dejar al sujeto cierto amarre en el ser, del que sostenemos constituye el sujeto de la ciencia, en su definición término que debe tomarse en el sentido de puerta angosta. Ese hilo no nos guió en vano, puesto que nos llevó a formular al final del año nuestra división experimentada del sujeto, como división entre el saber y la verdad, acompañándola de un modelo topológico, la banda de Moebius, que hace entender que no es de una distinción de origen de donde debe provenir la división en que esos dos términos vienen a reunirse. Que releerá a las luces que puede aportar la técnica a la técnica de la lectura, su enseñanza sobre Freud, —este artículo donde Freud nos lega el término Spaltung sobre el que la muerte le hace abandonar su pluma— y remitirá a los artículos sobre *Fetichismo* de 1927 y sobre *La pérdida de la realidad*... de 1924, aquel qué apreciara si no es evidente que lo que motiva en Freud una revisión doctrinal que él acentúa en el sentido de una tópica(3), es una preocupación por elaborar una dimensión que se puede decir propiamente estructural, ya que es la relación entre estos términos y su retoma dialéctica en su experiencia, los que solos dan apoyo a su progreso. Lejos de suponer alguna entificación de aparato, por decirlo todo que la *Ichspaltung*, escisión del yo sobre la que se abate su mano es al sujeto al que ella nos apunta como término a elaborar. Después de lo cual el principio de realidad pierde toda la ambigüedad que lo marcaría en Freud, si se incluye ahí la realidad psíquica. Este principio no tiene otra función definible que la de conducir al sujeto de la ciencia.

Y basta pensar en ello para que inmediatamente tomen su campo estas reflexiones que nos prohibimos como demasiado evidentes. Por ejemplo: que es impensable que el psicoanálisis como práctica, que el inconsciente, el de Freud, como descubrimiento, hubiesen tenido lugar antes del nacimiento, del siglo que ha sido llamado el siglo del genio, el XVII, de la ciencia, tomando esto en el sentido absoluto indicado en su momento, sentido que no borra sin duda lo que se ha instituido bajo este mismo nombre anteriormente, pero más que encontrar allí su arcaísmo, tira del hilo hacia sí de una manera que muestra mejor su diferencia respecto de todo otro. Una cosa es segura: si el sujeto está efectivamente allí, a nivel de esta diferencia, toda referencia humanista se hace superflua, puesto que es a ella a la que corta en seco(4).

No apuntamos, al decir esto del psicoanálisis y del descubrimiento de Freud, ese accidente, a que sea porque sus pacientes vinieron a él en nombre de la ciencia y del prestigio que confiere a fines del siglo XIX a sus servidores, incluso de grado inferior, por lo que Freud logró fundar el psicoanálisis, descubriendo el inconsciente.

Decimos, contrariamente a lo que suele bordarse sobre una pretendida ruptura de Freud con el cientificismo de su tiempo, que ese cientificismo mismo, si se tiene a bien designarlo en su fidelidad a los ideales de un Brücke, a su vez transmitidos del pacto al que un Helmholtz y un Du Bois-Reymond se habían consagrado de hacer entrar a la fisiología y a las funciones del pensamiento consideradas como incluidas en ella en los términos matemáticamente determinados de la termodinámica llegada a su casi acabamiento en su tiempo, el que condujo a Freud, como sus escritos nos lo muestran, a abrir la vía que lleva su nombre a la eternidad.

Decimos que esta vía no se desprendió nunca de los ideales de ese cientificismo, ya que así lo llama, y que la marca que ella aporta no es contingente sino que sigue siéndole esencial. Que es por esa marca por la que conserva su crédito, a pesar de las desviaciones a las cuales se ha prestado, y esta es la medida en que Freud se opuso a esas desviaciones, siempre con una seguridad sin vacilaciones y un rigor inflexible.

Prueba de ello es su ruptura con su adepto más prestigioso, Jung concretamente, apenas se deslizó hacia algo cuya función no puede definirse sino como la de intentar restaurar en ella un sujeto dotado de profundidades —este último término en plural—, lo cual quiere decir un sujeto compuesto de una relación con el saber, relación llamada arquetípica, que no se redujese a la que le permite la ciencia moderna con exclusión de toda otra, la cual no es nada más que la relación que definimos el año pasado como puntual y evanescente, esa relación con el saber que de su momento históricamente inaugural ha conservado el nombre de cogito a ese origen indudable, patente en todo el trabajo de Freud, a la lección que nos deja como jefe de escuela, se debe el que el marxismo no tenga alcance —y no sé de ningún marxista que halla mostrado en ella alguna existencia— para poner en entredicho su pensamiento en nombre de sus lazos históricos.

Quiero decir concretamente: en la sociedad de la doble monarquía, para los límites judaizantes donde Freud queda confinado en sus aversiones espirituales; con el orden capitalista que condiciona su agnosticismo político —¿Quién de ustedes nos escribirá un ensayo, digno de Lamennais, sobre la indiferencia en materia de política?—; añadiré: en la ética burguesa, por la cual la dignidad de su vida viene a inspirarnos un respeto que llena la función de inhibir el que su obra haya realizado, de otro modo que en el malentendido y la confusión, el punto de encuentro de los únicos hombres de la verdad que nos quedan, el agitador revolucionario, el escritor que con su estilo marca la lengua, —yo sé en quién estoy pensando—, ese pensamiento que renueva al ser y cuyo precursor tenemos.

Se siente la prisa que tengo de emerger de tantas precauciones tomadas para volver a llevar a los psicoanalistas a sus certidumbres menos discutibles.

Tengo sin embargo que volver a pasar por ahí todavía, aunque fuese al precio de algunas pesadeces.

Decir que el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia puede parecer paradoja. Es allí, sin embargo, donde debe tomarse un deslinde a falta del cual todo se mezcla y empieza una deshonestidad que llama por otra parte objetiva: pero es falta de audacia y falta de haber detectado el objeto que se raja. De

nuestra posición de sujeto somos siempre responsables. Que eso se llame terrorismo donde se quiera. Tengo derecho a sonreír, pues no es en un medio donde la doctrina es abiertamente materia de compromisos, donde yo temería ofuscar a nadie formulando que el error de buena fe es entre todos el más imperdonable.

La posición del psicoanalista no deja escapatoria, puesto que excluye la ternura del alma bella. Si también es paradoja decir esto, también es acaso la misma.

Sea como sea, establezco que toda tentativa, o incluso tentación, en que la teoría corriente no cesa de ser liberada de encarnar más allá al sujeto, es errancia, siempre fecunda en error, y como tal equivocada. Así encarnarlo en el hombre, el cual regresa con ello al niño. Pues ese hombre será allí el primitivo, lo que falseará todo lo del proceso primario, del mismo modo que el niño desempeñará el papel de subdesarrollado, lo cual enmascarara la verdad de lo que sucede, durante la infancia, de original. En una palabra, lo que Claude Lévi-Strauss ha denunciado como ilusión arcaica es inevitable en el psicoanálisis si no nos mantenemos firmes en teoría sobre el principio que hemos enunciado hace un momento: que en él un sólo sujeto es recibido como tal, el que puede hacerlo científico.

Es decir bastante que sostenemos que el psicoanálisis no demuestra aquí ningún privilegio.

No hay ciencia del hombre, cosa que debe entenderse en el mismo tono que no hay pequeñas economías. No hay ciencia del hombre, porque el hombre de la ciencia no existe, sino únicamente su sujeto. Es bien conocida mi repugnancia de siempre por la apelación de ciencias humanas, que me parece ser el nombre mismo de la servidumbre. Es también que el término es falso, dejando de lado a la psicología que ha descubierto los medios de sobrevivirse en los servicios que ofrece a la tecnocracia; o incluso, como concluye con un humor verdaderamente swiftiano un artículo sensacional de Canguilhem: en una resbalada de tobogán desde el panteón a la prefectura de policía. Así, es en el nivel de la selección del creador en la ciencia, del reclutamiento de la investigación y de su mantenimiento, donde la psicología encontrará el escollo de su empleo.

En cuanto a todas las otras ciencias de esta clase, se vera fácilmente que no forman una antropología. Examínese a Lévy-Bruhl o a Piaget. Sus conceptos, mentalidad llamada prelógica, pensamiento o discurso pretendidamente egocéntrico, no tiene referencia sino es la mentalidad supuesta, al pensamiento presumido, al discurso efectivo del sujeto de la ciencia, no decimos del hombre de la ciencia. De manera que demasiado saben que los límites, mentales ciertamente, la debilidad de pensamiento, presumible, el discurso efectivo, de poco algodón(5) del hombre de ciencia —lo cual sigue siendo diferente— viene a lastrar estas construcciónes, no desprovistas sin duda de objetividad, pero que no interesan a la ciencia sino en la medida en que no aportan nada sobre el mago, por ejemplo, y poco sobre la magia, aunque algo sobre sus rastros, y aún esos rastros son del uno o del otro puesto que no es Lévi-Bruhl quién los ha trazado —mientras que el balance en el otro caso es más severo: no nos aporta nada sobre el niño, poco sobre su desarrollo, puesto que falta lo esencial, y de la lógica que demuestra, quiero decir el niño de Piaget, en su respuesta a unos enunciados cuya serie constituye la prueba, nada distinto de la que precedió a su enunciación para fines de prueba, es decir la del hombre de ciencia, donde el lógico, no lo niego, ocasionalmente conserva su precio.

En ciencias mucho más válidas, incluso si su título debe revisarse, comprobamos que el prohibirse la ilusión arcaica que podemos generalizar en el término de psicologización del sujeto, no traba en modo alguno su fecundidad.

Ejemplo de ello la teoría de los juegos, mejor llamada estrategia, donde se aprovecha el carácter enteramente calculable de un sujeto estrictamente reducido a la fórmula de una matriz de combinaciones significantes.

El caso de la lingüística es más sutil, puesto que debe integrar la diferencia de lo enunciado y la enunciación lo cual es ciertamente la evidencia esta vez del sujeto que habla, en cuanto tal, y no del sujeto de la ciencia. Por eso se va a centrar sobre otra cosa, a saber la batería del significante, cuya prevalencia sobre esos efectos de significación se trata de asegurar. Es también efectivamente por este lado por donde aparecen las antinomias, que se dosificarán según el extremismo de la posición adoptada en la continuación de este objeto. Lo que puede decirse es que se va muy lejos en la elaboración de los efectos del lenguaje, puesto que puede construirse en ella una poética que no debe nada a la referencia, al espíritu del poeta, como tampoco a su encarnación. Es por el lado de la lógica por donde aparecen los índices de refracción diversas de la teoría lingüística con relación al sujeto de la ciencia. Son diferentes para el léxico, para el morfema sintáctico y para la sintaxis de la frase. He ahí las diferencias teóricas entre un Jakobson, un Hjemslev y un Chomsky.

Es la lógica la que llena aquí el oficio de ombligo del sujeto, y la lógica en cuanto que no es en modo alguno lógica ligada a las contingencias de una gramática.

Es preciso literalmente que la formalización de la gramática dé un rodeo en torno a esa lógica para establecerse con éxito, pero el movimiento de ese rodeo esta inscripto en ese establecimiento. Indicaremos más tarde, cómo se sitúa la lógica moderna. Es innegablemente la consecuencia estrictamente determinada de una tentativa como lo hemos visto el año pasado de suturar al sujeto de la ciencia, y el último teorema de Gödel muestra que fracasa, lo cual quiere decir que el sujeto en cuestión sigue siendo el correlato de la ciencia, pero un correlato antinómico puesto que la ciencia se muestra definida por el no-éxito del esfuerzo para suturarlo.

Aquí debe captarse la marca infaltable del estructuralismo. Introduce en toda ciencia humana —entre comillas—, que conquista un modo muy especial del sujeto, aquél para el que no encontramos un índice si no es topológico, digamos el signo generador de la banda de Moebius que llamamos el ocho interior.

El sujeto está, si puede decirse, en exclusión interna de su objeto. La pertenencia que la obra de Claude Lévi-Strauss manifiesta a semejante estructuralismo sólo se pondrá aquí en el haber de nuestra tesis contentándonos por ahora con su periferia. Sin embargo está claro que el autor hace valer tanto mejor el alcance de la clasificación natural que el salvaje introduce en el mundo, —especialmente para un conocimiento de la fauna y de la flora— que, como subrayó él, nos sobrepasa, cuanto que puede argüir sobre cierta recuperación, que se anuncia en la química, de una física de las cualidades de sabor y

olor, dicho de otra manera de una correlación de los valores perceptivos con una arquitectura de moléculas a la que hemos llegado por la vía del análisis combinatorio, dicho de otra manera por la matemática del significante, como en toda ciencia hasta ahora.

El saber pues esta aquí ciertamente separado del sujeto según la línea correcta, que no plantea ninguna hipótesis sobre la insuficiencia de su desarrollo, la cual por lo demás sería bien difícil demostrar.

Hay más: cuando Claude Lévi-Strauss, después de haber extraído la combinatoria latente en las estructuras elementales del parentesco, nos da testimonio de que tal informador, para utilizar el término de los etnólogos, es perfectamente capaz de trazar él mismo su gráfica levistraussiana, ¿qué nos dice, sino que extrae allí también al sujeto de la combinatoria en cuestión, aquel que en su gráfica no tiene más existencia que la denotación ego?.

Al demostrar el poder del aparato que constituye el mitema para analizar las transformaciones mitógenas, que en esta etapa parecen instituirse en una sincronía que se simplifica en su reversibilidad, Claude Lévi-Strauss no pretende entregarnos la naturaleza del mitante. Sabe aquí tan sólo que su informador, si bien es capaz de escribir lo crudo y lo cocido, salvo por el genio que pone su marcha, a la vez no puede hacerlo sin dejar en el guardarropa, es decir en el Museo del Hombre, a la vez cierto número de instrumentos operatorios, dicho de otra manera rituales, que consagran su existencia de sujeto en cuanto mitante, y sin que con ese depósito se rechace fuera del campo de la estructura lo que en otra gramática se llamaría su asentimiento. *—a la grammaire de l'assentiment(6)* del cardenal Newman, no le falta fuerza, aunque haya sido forjado para fines execrables, y tal vez tendré que mencionarlo de nuevo.

El objeto de la mitogenia no está pues, ligado a ningún desarrollo, ni tampoco detención, del sujeto responsable. No es con ese sujeto con el que se relacióna, sino con el sujeto de la ciencia. Y su diagrama se hará tanto más correctamente cuanto más cercano esté el informante a reducir su presencia a la del sujeto de la ciencia. Creo únicamente que Claude Lévi-Strauss haría reservas sobre la introducción, en la recopilación de los documentos, dé un interrogatorio inspirado en el psicoanálisis, de una recolección seguida de los sueños por ejemplo, con todo lo que va a alimentar de relación transferencial. ¿Por qué, si le afirmo que nuestra praxis, lejos de alterar al sujeto de la ciencia del que únicamente puede y quiere saber, no aporta de derecho ninguna intervención que no tienda a que se realice de manera satisfactoria, precisamente en el campo que le interesa?. ¿Quiere decir pues que un sujeto no saturado, pero calculable, constituiría el objeto que subsume, según las formas de la epistemología clásica, el cuerpo de las ciencias que llamaríamos conjeturales, cosa que yo mismo he opuesto al término de ciencias humanas?.

Me parece tanto menos indicado cuanto que ese sujeto forma parte de la coyuntura que hace a la ciencia en su conjunto. La oposición de las ciencias exactas a las ciencias conjeturales no puede sostenerse ya desde el momento en que la conjetura es susceptible de un cálculo exacto (probabilidad) y en que la exactitud no se funda sino en un formalismo que separa axiomas y leyes de agrupación de los símbolos.

No podríamos sin embargo contentarnos con comprobar que un formalismo tiene más o menos éxito, cuando se trata en último término de motivar su àpresto que no ha surgido por milagro, sino que se renueva según crisis tan eficaces, desde que parece haberse encontrado en ellas cierto hilo recto. Repitamos que hay algo en el estatuto del objeto de la ciencia que no nos parece elucidado desde que la ciencia nació. Y recordemos que, aunque ciertamente plantear ahora la cuestión del objeto del psicoanálisis es volver sobre la cuestión que hemos introducido desde nuestra llegada a esta tribuna, de la posición del psicoanálisis dentro o fuera de la ciencia, hemos indicado también que esa cuestión no podría resolverse sin que sin duda se modifique en ella la cuestión del objeto en la ciencia como tal.

El objeto del psicoanálisis —anuncio mi color y ustedes lo ven venir con él—, no es otro sino lo que he adelantado ya de la función que desempeña en él el objeto . ¿El saber sobre el objeto sería entonces la ciencia del psicoanálisis?.

Es muy precisamente la fórmula que se trata de evitar, puesto que ese objeto debe insertarse, ya lo sabemos, en la división del sujeto por donde se estructura muy especialmente, —de eso es de donde hemos partido hoy—, el campo psicoanalítico.

Por eso era importante promover primero, y como un hecho que debe distinguirse de la cuestión de saber si el psicoanálisis es una ciencia —si su campo es científico—, ese hecho precisamente de que su praxis no implica otro sujeto sino el de la ciencia. Hay que reducir hasta ese grado lo que me permitirán ustedes inducir por una imagen como la apertura del sujeto en el psicoanálisis, para captar lo que recibe en él de la verdad.

Este movimiento, ya se habrá adivinado, implica una sinuosidad que tiene algo de domesticación. Este objeto no está tranquilo, —¿o habrá que decir más bien: pudiera ser que no nos deje tranquilos?— y menos que a nadie a aquellos que tienen más que hacer con él: los psicoanalistas, que serían entonces aquellos a quienes de una manera electiva trataría de apuntar por mi discurso. Es verdad. El punto donde les he dado cita hoy, por ser aquel donde los dejé el año pasado: el de la división del sujeto entre verdad y saber, es para ellos un punto familiar. Es aquel adonde los convida Freud bajo el llamado del: *Wo Es war, soll Ich werden* que vuelvo a traducir, una vez más, acentuándolo aquí: allí donde ello era, allí como sujeto debo advenir. Ahora bien, de este punto les muestra la extrañeza tomándolo al revés, lo cual consiste aquí más bien en volverlos a traer a su frente. ¿Cómo lo que estaba esperándome desde siempre de un ser oscuro vendría a totalizarse con un trazo que no se traza sino dividiéndolo más netamente de lo que puedo saber de él?.

No es sólo en la teoría donde se plantea la cuestión de la doble inscripción, para haber provocado la perplejidad en que mis alumnos Laplanche y Leclaire habrían podido leer en su propia escisión en la manera de abordar el problema su solución. No es en todo caso de tipo gestálticas, ni debe buscarse en el plato donde la cabeza de Napoleón se inscribe en el árbol. Está simplemente en el hecho de que la inscripción no muerde el mismo lado del pergamino, viniendo de la plancha de imprimir de la verdad o de la del saber. Que esas inscripciones se mezclen debía resolverse simplemente en la topología: una superficie en que el derecho y el revés están en estado de unirse por todas partes, estaba al alcance de la mano. Sin embargo es mucho más allá que en un esquema intuitivo, es por estrechar, si así puede decirse, al analista en su ser; por lo que esta topología puede captarlo. Por eso

se la desplaza en otra parte, no puede ser sino en una fragmentación de rompecabezas que necesita en todo caso ser reducido a esa base.

Por lo cual no es vano repetir que en la prueba de escribir: Pienso: luego soy, se lee que el pensamiento no funda el ser sino anudándose en la palabra donde toda operación toca a la esencia del lenguaje. Si cogito sum nos es dado en algún sitio por Heidegger para sus fines, hay que observar que algebriza la frase, y nosotros tenemos derecho a poner de relieve su resto: cogito ergo, donde aparece que nada se habla sino apoyándose en la causa.

Ahora bien, esa causa es lo que recubre el *soll Ich*, el debo de la fórmula freudiana, que, de invertirse su sentido, hace brotar la paradoja de un imperativo que me insta a asumir mi propia causalidad. No soy sin embargo causa de mi, y esto no por ser la criatura del Creador. Lo mismo sucede con el Creador. Les remito sobre este punto a Agustín y a su *de trinitate*, en el prólogo. La causa de sí spinoziana puede tomar el nombre de Dios. Es Otra Cosa. Pero dejemos esto a esas dos palabras, que no pondremos en juego sino, añadiendo que es también Cosa otra que el Todo, y que ese Dios, no por ser así otro es el Dios del panteísmo.

Hay que captar en ese ego, que Descartes acentuó con la superficie de su función en algunos de sus textos en latín —tema de exégesis que dejo aquí a los especialistas—, el punto donde ese ego debe encontrarse, en que sigue siendo lo que pretende ser: dependiente del Dios de la religión. Curiosa caída del *ergo*... el *ego* es solidario de ese Dios.

Singularmente Descartes sigue el movimiento de preservarlo, del Dios engañoso, en lo cual es su compañero el que gana y a él lo preserva hasta el punto de promoverlo al privilegio exorbitante de no garantizar las verdades eternas sino siendo su creador. Esta comunidad de suerte entre el *ego* y Dios, aquí enmascarada, es la misma que profiere de manera desgarradora el contemporáneo de Descartes, Angelus Silesius, en sus abjuraciones místicas, y que les impone la forma del dístico.

Sería provechoso recordar, entre los que me siguen, el apoyo que tomé en esas jaculatorias, las del peregrino querubínico, tomándolas en el rastro mismo de la introducción al narcisismo que perseguía entonces según mi modo, el año de mi comentario sobre el Presidente Schreber. Es que puede cojearse en esa juntura, es el paso de la belleza(7), pero hay que cojear justo.

Y en primer lugar, decirse que los dos lados no se sobreimponen(8). Por eso me permitiré abandonarlo un momento, para volver a partir de una audacia que fue la mía, y que no repetiré sino recortándola. Pues sería repetirla dos veces, bien repetida(9) podría llamársela en el sentido justo en que este término no quiere decir la simple repetición.

Se trata de la cosa freudiana, discurso cuyo texto es el de un discurso segundo, por ser de la vez en que lo había repetido. Pronunciado la primera vez —ojalá que esta insistencia les haga sentir, en su trivialidad, el contrapié temporal que engendra la repetición—, lo fue para una Viena donde mi biógrafo situará mi primer encuentro con lo que no hay más remedio que llamar el fondo más bajo del mundo psicoanalítico. Especialmente con un personaje cuyo nivel de cultura y de responsabilidad respondía al que se exige de un guardaespaldas(10), pero poco me importaba, yo hablaba en el aire. Había querido simplemente que fuese allí donde para el centenario del nacimiento de Freud mi voz se hiciese escuchar en homenaje. Esto no para marcar el sitio de un lugar desertado, sino ese otro que rodea ahora a mi discurso.

Que la vía abierta por Freud no tenga otro sentido que el que yo reanudo: el inconsciente es lenguaje, lo que ahora es admitido, lo era ya para mi, como es sabido. Así, en un movimiento que jugaba tal vez a hacerse eco del desafío de Saint-Just alzando al cielo por engastarla con un público de asamblea la confesión de no ser nada más que lo que va al polvo, dijo: —y que os habla, me vino la inspiración de que viniendo en la vía de Freud animarse extrañamente una figura alegórica y estremecerse con una piel nueva la desnudez con que se reviste la que sale del pozo, iba a prestarle voz. Es una prosopopeya, se las ahorro, culmina con estas palabras: Yo, la verdad, hablo,.. y la prosopopeya continúa. Piensen en la cosa innombrable que, de poder pronunciar estas palabras, iría al ser del lenguaje, para escucharlas como deben ser pronunciadas, en el horror.

Pero en esta revelación cada uno pone lo que puede poner. Pongamos en su crédito el dramatismo ensordecido, aunque no por ello menos irrisorio, del tempo sobre el que se termina ese texto que encontrarán ustedes en el número primero de 1956 de *L'evolution psychiatrique*, bajo el título: *La chose freudienne*.

No creo que sea a ese horror experimentado al que haya debido la acogida más bien fría que dio mi auditorio a la emisión repetida de ese discurso, la cual reproduce ese texto. Si tuvo a bien darse cuenta de su valor a su gusto oblativo, su sordera se mostró en ello particular.

No es que la cosa —La Cosa que se encuentra en el título— le haya chocado a ese auditorio, no tanto como a algunos de mis compañeros de barra en esa época, quiero decir de barra en una balsa donde gracias a ella paso pacientemente diez años de concubinato, para la pitanza narcisista de nuestros compañeros de naufragio, con la comprensión jaspersiana y el personalismo de pacotilla, con todas las dificultades del mundo para ahorrarnos a todos el ser pintados con la brea del alma—a—alma liberal. La cosa, —¿no es bonita esa palabra, —me dijeron textualmente—, no irá a estropearnos sencillamente esa ventura de la crema y nata de la unidad de la psicología, donde por supuesto nadie piensa en cosificar?, ¡vaya!, ¿a quién confiarse?. Creíamos que estaba usted en la vanguardia del progreso, camarada.

No se ve uno como es, y mucho menos abordándose bajo las máscaras filosóficas.

Pero dejemos eso. Para medir el malentendido allí donde importa, en el nivel de mi auditorio de entonces, tomaré una expresión que salió a la luz más o menos en aquel momento, y que podría encontrarse conmovedora por el entusiasmo que supone: —¿por qué, —expresó alguno, y ese tema sigue repitiéndose—,por qué no dice lo verdadero sobre lo verdadero?. Esto prueba hasta que punto eran vanos conjuntamente mi apólogo y su prosopopeya. Prestar mi voz para sostener estas palabras intolerables: Yo, la verdad, hablo... va más allá de la alegoría. Quiero decir sencillamente todo lo que hay que decir de

la verdad, de la única, a saber que no hay metalenguaje —afirmación hecha para situar a todo el lógico-positivismo—, que ningún lenguaje podría decir lo verdadero sobre lo verdadero, puesto que la verdad se funda en lo que ello habla, y puesto que no tiene otro medio para hacerlo.

Es por eso incluso por lo que el inconsciente, que dice lo verdadero sobre lo verdadero, esta estructurado como un lenguaje, y por lo que yo, cuando enseño eso, digo lo verdadero sobre Freud que supo dejar, bajo el nombre de inconsciente, a la verdad hablar. Esta falta de lo verdadero sobre lo verdadero, que necesita todas las caídas que constituye el metalenguaje en lo que tiene de hipocresía, y de lógico, es propiamente el lugar del *Urverdrängung*, de la represión originaria que atrae a ella todas las demás, sin contar otros efectos de retórica, para reconocer los cuales no disponemos sino del sujeto de la ciencia.

Por eso en efecto para habérnoslo con ello empleamos otros medios. Pero es crucial aquí que esos medios no puedan ensanchar a ese sujeto. Su beneficio toca sin duda a lo que de él esta escondido. Pero para cubrir ese punto vivo no hay de verdadero sobre lo verdadero más que nombres propios; el de Freud o bien el mío, o si no babosadas de ama de cría con las que se rebaja un testimonio ya imborrable: a saber una verdad de la que la suerte de todos es rechazar su horror, si es que no aplastarlo cuando es irrechazable, es decir cuando se es psicoanalista, bajo esa rueda de molino, cuya metáfora he utilizado ocasionalmente, para recordar con otra boca que las piedras, cuando es preciso, saben gritar también. Tal vez con ello se me juzgará en no haber encontrado conmovedora la pregunta que me concernía, Por qué no dice..., proveniente de alguien cuya ingenuidad se hacia dudosa por el puesto doméstico en las oficinas de una agencia de verdad, y haber preferido en consecuencia prescindir de los servicios a que se dedicaba en la mía, la cual no necesita de chantres que sueñen con sacristías...

¿Habrá que decir que tenemos que conocer otros saberes que el de la ciencia cuando tenemos que tratar de la pulsión epistemológica?. ¿Y volver una vez más sobre aquello de lo que se trata, que es admitir que tenemos que renunciar en el psicoanálisis a que a cada verdad responda su saber?. Esto es el punto de ruptura por donde dependemos del advenimiento de la ciencia. No tenemos ya para hacerlos converger sino ese sujeto de la ciencia.

Por lo menos nos lo permite, y entro más allá, en su cómo: dejando a mi Cosa discutir sola con el nóumeno, lo cual me parece despachado pronto: puesto que una verdad que habla tiene poco en común con un nóumeno que, tan lejos como pueda recordar la memoria de cualquier razón pura, la cierra.

Este recordatorio no carece de pertinencia, puesto que el médium que va a servirnos en este punto, ustedes me han visto traerlo hace un momento. Es la causa: la causa no categoría de la lógica, sino causando todo el efecto. La verdad como causa, ¿ustedes, psicoanalistas, se negarán a asumir su cuestión, cuando es de allí de donde se levantó su carrera?. Si hay practicantes para quienes la verdad como tal se supone que actúa, ¿No son precisamente ustedes?.

No lo duden; en todo caso, es porque ese punto está velado en la ciencia por lo que conservan ustedes ese lugar asombrosamente preservado. En lo que hace oficio de esperanza en esa conciencia vagabunda acompañada en el colectivo, de las revoluciones del pensamiento.

Que Lenin haya escrito: *La teoría de Marx* es todopoderosa porque es verdadera, es dejar vacía la enormidad de la cuestión que abre su palabra: ¿por qué, suponiendo muda a la verdad del materialismo bajo sus dos rostros que no son más que uno: dialéctico e histórico, por qué hacer su teoría, acrecentaría su poder?. Contestar por la conciencia proletaria y por la acción del político marxista no nos parece suficiente. Por lo menos se anuncia allí la separación de poderes de la verdad como causa y del saber puesto en ejercicio.

Una ciencia económica inspirada en *El capital* no conduce necesariamente a utilizarla como poder de revolución, y la historia parece exigir otros recursos aparte de una dialéctica predicativa. Aparte de ese punto singular que no desarrollaré aquí, y que es que la ciencia si se mira con cuidado, no tiene memoria. Olvida las peripecias de las que ha nacido, cuando esta constituida, dicho de otra manera una dimensión de la verdad que el psicoanálisis pone aquí altamente en ejercicio.

Tengo que precisar sin embargo. Es sabido que la teoría física o matemática, después de cada crisis qué se resuelve en la forma para la cual el término de: teoría generalizada no podría en modo alguno considerarse que quiere decir: paso a lo general, conserva a menudo en su rango lo que generaliza, en su estructura precedente. No es esto lo que decimos. Es el drama, el drama subjetivo que cuesta cada una de sus crisis. Este drama es el drama del sabio. Tiene sus víctimas, de las que nada indica que su destino se inscriba en el mito del Edipo. Digamos que la cuestión no está muy estudiada. J. R. Mayer, Cantor, no voy a establecer una lista de honor de esos dramas que llegan a veces hasta la locura, donde algunos nombres de vivos aparecerían pronto: donde considero que el drama de lo que sucede en el psicoanálisis es ejemplar. Y establezco que no podría aquí incluirse a sí mismo en el Edipo salvo poniendo su causa.

Ya ven ustedes el programa que se dibuja aquí. No esta listo para ser cubierto. Incluso lo veo más bien bloqueado. Me adelanto en él con prudencia y por hoy les ruego que se reconozcan en las luces reflejadas de semejante manera de abordarlo. Es, decir que vamos a llevarlas a otros campos que el psicoanalítico para reivindicar la verdad.

Magia y religión, las dos posiciones de ese orden que se distinguen de la ciencia, hasta el punto de que ha podido situárselas con relación a la ciencia, como falsa o disminuida ciencia para la magia, como rebasando sus límites, o incluso en conflicto de verdad con la ciencia para la segunda: hay que decirlo, para el sujeto de la ciencia, una y otra no son sino sombras, pero no para el sujeto sufriente con el que tenemos que vérnoslas.

Se irá a decir aquí: Ya estamos. ¿Qué es ese sujeto sufriente sino aquel del que sacamos nuestros privilegios, y qué derecho le dan sobre él sus intelectualizaciones?.

Partiré para contestar, de algo que encuentro en un filósofo coronado recientemente con todos los honores facultativos. Escribe: la verdad del dolor es el dolor mismo. Sobre esta expresión, que abandono por hoy al dominio que explora, volveré para decir cómo la

fenomenología se presenta como pretexto de la contra-verdad y el estatuto de ésta. No me apodero de ella sino para hacerles una pregunta a ustedes los analistas: lo que hacen ustedes, ¿tiene sí o no el sentido de afirmar que la verdad del sufrimiento neurótico es tener la verdad como causa?.

Yo propongo: Sobre la magia, parto de este punto de vista que no deja nebulosidades sobre mi obediencia científica, sino que se contenta con una definición estructuralista. Supone el significante respondiendo como tal al significante. El significante en la naturaleza es llamado por el significante del encantamiento. Es movilizado metafóricamente. La Cosa en cuanto que habla, responde a nuestras represiones.

Por eso ese orden de clasificación natural que invoqué de los estudios de Claude Lévi-Strauss deja en su definición estructural entrever el punto de correspondencias por el que la operación eficaz es concebible, bajo el mismo modo en que ella ha sido concebida.

Sin embargo es ésta una reducción que desatiende al sujeto.

Todo el mundo sabe que para ello es esencial poner en estado al sujeto, el sujeto chamanizante. Observaremos que el chamán, digamos de carne y hueso, forma parte de la naturaleza, y que el sujeto correlativo de la operación tiene que recortarse en esa relación corporal. Es ese modo de recorte el que queda excluido del sujeto de la ciencia. Sólo sus correlativas estructurales en la operación le son situables, pero exactamente.

Es efectivamente bajo el modo de significante como aparece lo que ha de movilizarse en la naturaleza: trueno y lluvia, meteoros y milagros. Todo ha de ordenarse aquí según las relaciones antinómicas en que se estructura el lenguaje.

El efecto de la demanda entonces ha de interrogarse allí por nosotros en la idea de comprobar si se puede encontrar la relación definida por nuestra gráfica con el deseo.

Sólo por esa vía, que se describirá más allá, de un enfoque que no recurra groseramente a la analogía, puede el psicoanalista calificarse con una competencia para decir lo suyo sobre la magia. La observación de que es siempre magia sexual tiene su precio aquí, pero no basta para autorizarlo.

Concluyo con dos puntos que merecen su atención: la magia es la verdad como causa bajo su aspecto de causa eficiente. El saber se cárcteriza en ella no sólo por quedar velado para el sujeto de la ciencia, sino por disimularse como tal, tanto en la tradición operatoria como en su acto. Es una condición de la magia.

En lo que voy a decir sobre la religión sólo se trata de indicar el mismo enfoque estructural; y así, sumariamente, es en la oposición de trazos de estructura donde este esbozo toma su fundamento. ¿Puede esperarse que la religión tome en la ciencia un estatuto un poco más franco?. Pues desde hace algún tiempo existen extraños filósofos de la ciencia que dan de sus relaciones la definición más blanda, en el fondo, que las consideran como desplegándose en el mismo mundo, donde la religión por consiguiente tiene la posición envolvente.

En cuanto a nosotros, sobre este punto delicado, en el que algunos pensarían en advertirnos de la neutralidad analítica, hacemos prevalecer el principio de que ser amigo de todo el mundo no basta para preservar el lugar desde donde debe operarse.

En la religión, la puesta en juego precedente, la de la verdad como causa, por el sujeto religioso se entiende, queda tomada en una operación completamente diferente. El análisis a partir del sujeto de la ciencia conduce necesariamente a hacer aparecer en ella los mecanismos que conocemos de la neurosis obsesiva, Freud los percibió en una fulgurancia de la que toman un alcance que rebasa toda crítica tradicional. Pretender calibrar en ella la religión no podía ser inadecuado.

Si no puede partirse de observaciones como ésta: que la función que desempeña en ella la revelación se traduce como una denegación de la verdad como causa, a saber que deniega lo que ahí funda el sujeto para considerarse en ella como parte interesada, entonces hay pocas probabilidades de dar a lo que llaman historia de las religiones unos límites cualesquiera, es decir algún rigor.

Digamos que el religioso le deja a Dios el cargo de la causa, pero que con ello corta su propio acceso a la verdad. Así, se ve arrastrado a remitir a Dios la causa de su deseo, lo cual es propiamente el objeto del sacrificio. Su demanda está sometida al deseo supuesto de un Dios al que entonces hay que seducir. El juego del amor entra por ahí. El religioso instala aquí la verdad en un estatuto de culpabilidad. Resulta de ello una desconfianza para con el saber, tanto más sensible en los Padres de la Iglesia cuanto más dominantes se muestran en materia de razón.

La verdad es remitida allí a unos fines que llaman escatológicos, es decir que no aparece sino como causa final en el sentido de que es trasladada a un juicio de fin del mundo. De donde el relente oscurantista que invade todo uso científico de la finalidad.

He señalado de pasada cuánto tenemos que aprender sobre la estructura de la relación del sujeto con la verdad como causa en la literatura de los Padres, incluso en las primeras decisiones conciliarias. El racionalismo que organiza el pensamiento teológico no es en modo alguno, como se lo imagina la chatura, asunto de fantasía. Si hay fantasma, es en el más riguroso sentido de institución de un real que cubre la verdad.

No nos parece en absoluto inaccesible a un tratamiento científico el que la verdad cristiana haya tenido que pasar por lo insostenible de la formulación de un Dios: Trino y Uno. El poder eclesial aprovecha aquí muy bien ciertos descorazonamientos del pensamiento.

Antes de acentuar los callejones sin salida de semejante misterio, es la necesidad de su articulación la que es saludable para el pensamiento y con la que debe medirse.

Las cuestiones deben tomarse en el nivel en que el dogma se estrella contra las herejías; la cuestión del Filioque me parece poder tratarse en términos topológicos.

La aprehensión estructural debe ser primera y es la única que permite una apreciación exacta de la función de las imagenes. *El de trinitate* tiene aquí todos los carácteres de una obra de teoría y puede tomarse por nosotros como un modelo.

Si así no fuese, aconsejaría a mis alumnos ir a exponerse al encuentro con una tapicería del siglo XVI que verá imponerse a su mirada a la entrada de la exposición del mobiliario nacional donde él los espera, desplegada todavía para uno o dos meses.

Las Tres Personas representadas en una identidad de forma absoluta conversando entre ellas con una desenvoltura perfecta en las riberas frescas de la Creación, son simplemente angustiantes.

Y lo que oculta una máquina tan bien hecha, cuando le sucede que se enfrenta a la pareja de Adán y Eva en la flor de su pecado es por cierto una naturaleza como para ser propuesto en ejercicio a una imaginación de la relación humana que no rebasa ordinariamente la dualidad. Pero que mis oyentes se armen antes con Agustín ...

Así parezco no haber definido sino carácterísticas de religiones de la tradición judía. Sin duda están hechas para demostrar su interés, y no me consuelo de haber tenido que renunciar a enlazar con el estudio de la Biblia la función del Nombre-del-Padre(11). Queda el hecho de que la clave es la de una definición de la relación del sujeto a la verdad. Creo poder decir que es en la medida en que Claude Lévi-Strauss concibe al budismo como una religión del sujeto generalizado, es decir que implica una diafragmatización de la verdad como causa, indefinidamente variable, en la que le hace a esa utopía el halago de verla concordar con el reino universal del marxismo en la sociedad. Tal vez es esto hacer demasiado poco caso de las exigencias del sujeto de la ciencia, y confiar demasiado en la emergencia en la teoría de una doctrina de la trascendencia de la materia. El ecumenismo no nos parece encontrar sus oportunidades sino fundándose en el llamado a los pobres de espíritu.

En lo que se refiere a la ciencia, no puedo decir hoy lo que me parece ser la estructura de sus relaciones con la verdad como causa, puesto que nuestro progreso este año debe contribuir a ello. Lo abordaré por la observación extraña de que la fecundidad prodigiosa de nuestra ciencia debe interrogarse en su relación con ese aspecto en el que se sostendría la ciencia: que de la verdad como causa no querría-saber-nada.

Se reconoce aquí la formula que doy de la *Verwerfung* o preclusión, la cual vendría a unirse aquí en una serie cerrada a la *Verdrängung*, represión, a la *Verneinung*, negación cuya función en la magia y la religión reconocieron ustedes a la pasada. Sin duda lo que hemos dicho de la relaciones de la *Verwerfung* con la psicosis, especialmente como *Verwerfung* del Nombre-del-Padre, viene aquí, aparentemente a oponerse a esa tentativa de detectación estructural. Sin embargo, si se percibe que una paranoia lograda aparecería igualmente como la clausura de la ciencia, si fuese el psicoanálisis el que estuviese llamado a representar esa función: si por otra parte se reconoce que el psicoanálisis es esencialmente en lo que introduce en la consideración científica el Nombre-del-Padre, vuelve a encontrarse aquí el mismo callejón sin salida aparente, pero se tiene la impresión de que de este callejón sin salida mismo se progresa, y que puede verse desanudarse en algún sitio el quiasmo que parece obstaculizarlo. Tal vez el punto actual en que se encuentra el drama del nacimiento del psicoanálisis, es la astucia que se esconde jugándose en la astucia consciente de los autores, deben tomarse aquí en consideración, pues no fui yo quien introdujo la formula de la paranoia lograda. Sin duda tendré que indicar que la incidencia de la verdad como causa en la ciencia deber reconocerse bajo el aspecto de la causa formal.

Pero será para esclarecer con ello que el psicoanálisis en cambio acentúa su aspecto de causa material. Así debe calificarse su originalidad en la ciencia.

Esta causa material es propiamente la forma de incidencia del significante que yo defino en ella.

Por el psicoanálisis, el significante se define como actuando en primer lugar como separado de su significación. Ésta es la figura de carácter literal que dibuja la configuración copulatoria(12), cuando surgiendo fuera de los límites de la maduración biológica del sujeto, se imprime efectivamente sin poder ser el signo a articularse efectivamente de la presencia del compañero, es decir su signo biológico recuérdense nuestras fórmulas que diferencian el significante y el signo.

Es manifestar suficientemente, de pasada, que en el psicoanálisis la historia es una dimensión distinta de la del desarrollo, y que es aberración tratar de reducirla a ella. La historia no se prosigue sino a contratiempo del desarrollo. Punto del que la historia como ciencia puede tal vez sacar provecho, si quiere escapar a la influencia siempre presente de una concepción providencial de su curso.

En una palabra, volveremos a encontrar aquí al sujeto del significante tal como lo articulamos el año pasado, transportado por el significante en su relación con el otro significante, debe distinguírsele severamente tanto del individuo biológico como de toda evolución psicológica subsumible como sujeto de la comprensión.

Es, en términos mínimos, la función que atribuyo al lenguaje en la teoría, me parece compatible con un materialismo histórico que deja ahí un vacío. Tal vez la teoría del objeto encontrará también allí su lugar. Esta teoría del objeto es necesaria, ya lo veremos, para una integración correcta de la función de la causa respecto al sujeto del saber y la verdad.

Han podido reconocer ustedes de pasada en los cuatro modos de su reproducción que acaban de ser establecidos aquí, el mismo número y una analogía de abrochamiento nominal, que deben encontrarse también en la física de Aristóteles. No por casualidad, puesto que esa física no deja de estar marcada por un logicismo que conserva todavía el sabor y la sapiencia de un gramatismo original.

¿Seguirá siéndonos válido que la causa deba para nosotros exactamente por lo mismo polimerizarse?.

Esta exploración no tiene por única meta darles la ventaja de un dominio elegante de los cuadros que escapan en sí mismos a nuestra jurisdicción. Quiero decir magia, religión, incluso ciencia.

Sino más bien recordarles que en cuanto sujetos de la ciencia psicoanalítica, es a la solicitación de cada uno de esos modos de la relación con la verdad, como causa a la que tienen ustedes que resistir. Pero no en el sentido en que ustedes lo entienden a primera

vista. La magia no es tentación para nosotros sino a condición de que hagan ustedes la proyección de sus carácteres sobre el sujeto con el que tiene que vérselas —para psicologizarlo, es decir, desconocerlo.

El pretendido pensamiento mágico, que es siempre el del otro, no es un estigma con el que puedan ustedes etiquetar al otro. Es tan válido en el prójimo como en ustedes mismos en los límites más comunes: pues está en el principio de la más mínima transmisión de orden.

Para decirlo todo, el recurso al pensamiento mágico no explica nada. Lo que se trata de explicar es su eficiencia. En cuanto a la religión, debe más bien servirnos como el modelo que no debemos seguir, en la institución de una jerarquía social donde se conserva la tradición de cierta relación con la verdad como causa. La simulación de la iglesia católica, que se reproduce cada vez que la relación con la verdad como causa viene a lo social, es particularmente grotesca en cierta Internacional psicoanalítica por la condición que impone a la comunicación.

¿Necesitaré decir que en la ciencia, en oposición a la magia y a la religión, el saber se comunica?. Pero hay que insistir en que no es únicamente porque tal es la costumbre sino que la forma lógica dada a ese saber incluye al modo de la comunicación como saturando al sujeto que implica. Tal es el problema primero que plantea la comunicación en psicoanálisis El primer obstáculo a su valor científico es que la relación con la verdad como causa, bajo sus aspectos materiales, ha quedado desatendida en el círculo de su trabajo.

¿Concluiré volviendo al punto de donde partí hoy: división del sujeto?. Ese punto es un nudo. Recordemos donde lo desanuda Freud: en esa falta de pene de la madre donde se revela la naturaleza del falo. El sujeto se divide aquí, nos dice Freud, para con la realidad, viendo a la vez abrirse en ella el abismo contra el cual se amurallara con una fobia, y por otra parte recubriéndolo con esa superficie donde erigirá el fetiche, es decir la existencia del pene como mantenida, aunque desplazada. Por un lado, extraigamos el (paso-de(13)), del (paso-del-pene(14)), que debe ponerse entre paréntesis, para transferirlo al paso-del-saber(15) que es el paso vacilante de la neurosis. Por el otro, reconociendo la eficacia del sujeto en este que rige para designarle en todo momento el punto de verdad. Revelando del falo mismo que no es nada más que ese punto de falta que indica en el sujeto. Ese índice es también el que nos señala el camino por el que queremos andar este año, es decir, allí donde ustedes mismos retroceden ante la perspectiva de ser en esa falta, como psicoanalistas, suscitados.



Clase 2

8 de Diciembre de 1965

Han podido escuchar la última vez una suerte de lección que no se asemejaba a las otras en tanto estaba enteramente escrita a los fines de ser dada lo más rápidamente a un tipo de impresión —que se llama roneotipia—, de manera que ustedes pudieran tenerla como punto de referencia respecto de mi enseñanza.

Algunos manifestaron un cierto resquemor, digamos una decepción, la cosa vale para que nos detengamos ahí, para poner un poco de humor, diría que el modo en el que esta decepción se expresaba era algo más o menos así —fuerzo un poco la cosa—: se

preferiría esta suerte de alboroto, parece, que representa asistir —apenas me atrevo decirlo— al nacimiento de mi pensamiento. Ustedes piensen si mi pensamiento nace cuando estoy allí en tren de batirme con algo que está lejos de ser absolutamente eso. Como todo el mundo es con mi palabra desde luego que me explico, eso prueba seguramente que ella está formada en otra parte.

Por otra parte han podido ya, tal vez, entender que mi propio cógito —el mío— lo que no quiere decir que de algún modo esté en contradicción con el cógito de Descartes, sería más bien, pienso, luego dejo de ser entonces, como no dejo de ser —como ustedes me ven bien—, eso prueba que en mi pensamiento, tengo menos razones que otros, para creer en él.

No obstante es muy cierto que es con eso con lo que tenemos que ver, es lo que no hace las relaciones más fáciles con aquellos a quienes se dirige más especialmente, es decir los psicoanalistas, y el hecho de que las observaciones de recién me hayan llegado, lo repito, con una punta de humor muy especialmente de vuestro lado, prueba bien lo que se confirma que es también de vuestro lado que se prefiere lo que llamaré el lado número de esta exhibición, eso no facilita las relaciones.

Es también desde este punto de vista que hay que entender el hecho de que haya creído en varias oportunidades en mi última exposición, tener que hacer alusión a lo que constituye un cierto tiempo de mis relaciones a los psicoanalistas, y por ejemplo que haya hablado de lo que llamo la cosa Freudiana, o algún otro punto análogo.

No se trata ahí de lo que pude escuchar calificar como vanos recuerdos de un pasado, lo que es muy curioso tratándose de psicoanalistas ya que también ese pasado forma parte, hablando con propiedad, de una historia en el sentido que intenté precisar de lo que para nosotros concierne la historia de lo que aportamos ahí de contribución esencial mostrando lo que corresponde a la fractura, al traumatismo, a algo que se especifica en los tiempos del significante, y cuando esto sería verdaderamente desconocer totalmente la función que le doy a la palabra, tal como lo he especialmente afirmado la última vez, si no intentara de alguna manera en lo que enseño incluir lo que registro y constato sobre el efecto de la mía y muy especialmente lo que concierne a lo que de ella adviene de aquellos a los que ella se dirige.

Es por eso, en toda la medida en que avanzamos este año alrededor de un punto más radical, esto no puede hacerse sin que esto concluya en poner de relieve algo que debe dar la clave del pasaje o no de mi enseñanza, ahí hacia donde debe llevar. Debe haber ahí alguna relación estrecha entre lo que podríamos llamar esos aspectos o esas dificultades. Incluso para llamar a las cosas por su nombre, y lo que precisamente pude decir y adelantar de lo concerniente al sujeto en la medida en que se divide entre verdad y saber.

No obstante no intitulé la última vez ese discurso: Cortés debate entre Saber y Verdad. Hablé del sujeto de la ciencia y no del saber, es ahí que yace algo de lo que les he dicho que cojea, dicho de otro modo que no encaja de ninguna manera absolutamente adecuada y fácil.

Es por eso por otra parte que esa lección, esa exposición, tiene por verdadero título: El sujeto de la ciencia, pero como debe ser puesto en venta, la ley de un objeto vendible es que la etiqueta cubra lo que yo llamo la mercancía, y como se trata evidentemente en el interior de la Ciencia por una parte y de la verdad, a condición de que pongan el y en el paréntesis que merece, a saber, que es un término que no tiene en absoluto un sentido unívoco, que puede también incluir la disimetría, disparidad de la que hablaba hace un rato, *La ciencia y la verdad* será el título de esta exposición o si ustedes quieren La ciencia, la verdad.

Lo que hay en esta exposición es tan importante por lo que deja en blanco como por lo que contiene.

En la enumeración de los diversos aspectos, los diversos tiempos de la verdad como causa, verán que ahí se producen los aspectos llamados causas eficientes y causas finales. He dejado en el discreto suspenso de lo que va a ser bien llamado: debate entre Psicoanálisis y Ciencia, el juego de las relaciones de las causas materiales y formales. Es a esto que vamos a tener hoy que aproximarnos.

En lo que se obtiene como efecto de lo que yo enseño en la práctica de aquellos que lo reciben puedo constatar una cierta tendencia, una cierta vertiente, curiosa consecuencia de la forma singularmente estricta que intento dar al término sujeto y que concluye en una singular laxitud, propiamente aquella que se podría calificar por fuera y según el uso ordinario de este término, de subjetivismo, es, a saber, que cada uno a su turno y también siguiendo no se qué, *up to date* de modo que puede estar a la moda, por ejemplo estar un poquitito a la rastra de la moda se ha usado como referencia en la posición que toma en la actividad analítica, sucesivamente: el ser y el tener, el deseo y la demanda —no los digo en el orden en que los he hecho salir— incluso aún en último término: el saber y la verdad. Tienen aquí una de las formas de escapatoria, ni puedo decirlo — espero no sea sino mítica, aproximativa, en tanto yo no designé y apunté más que una tendencia ahí —tienen ahí una de las formas de escapatoria más radicales de las que puedo intentar obtener, ya que: que sentido tendría esta formulación que doy de la función del sujeto como corte, dejando tal vez una cierta indeterminación en su elección en el origen —pero desde entonces hecha absolutamente determinante—, si no se tratara absolutamente de obtener una cierta acomodación de la posición del analista a este corte fundamental que se llama el sujeto. Aquí, sólo aquí, como idéntica a este corte la posición del analista es rigurosa. Por supuesto, no es sostenible, no soy yo quien lo ha dicho primero, ha sido Freud, que no dudaba de esto. Es por esto que para sostener su lugar, y bien los analistas no lo sostienen, para eso no hay, hablando con propiedad, remedio pero hay que saberlo, lo que puede ser una manera de contornearlo.

Aquí se descubre la diferencia que hay entre el *Wirklichkeit*, a saber la realización posible de mis relaciones con el psicoanalista, en la medida en que me deja en el lugar donde estoy y donde intento abrochar un cierto tipo de fórmulas, y la *Realität* que esta más allá, en tanto como imposible y es lo que determina nuestro común fracaso.

Es en lo que todo fracaso no es, no como se les ha enseñado y como se continúa creyendo en ello, a saber al nivel más rampante del pensamiento analítico. Todo fracaso no es forzosamente un signo negativo. El fracaso puede ser precisamente el signo de fractura donde eso marca la relación más estrecha con la realidad.

Esto motiva y justifica, lo diré en dos palabras, porque debo la mitad de estos miércoles(16), a formarlos. ¿Qué quiere decir esto?, ¿Y por qué he tomado partido este año por hacer yo mismo la elección de las personas que serán invitadas a participar aquí?. Es por esta simple razón: Que en el nivel del estudio de esta *Wirklichkeit* hay un aspecto esbozado, un aspecto directo, una aspecto de pase de pelota de la palabra, que no puede realizarse más que en ciertas condiciones de elección, de dosificación entre los diferentes tipos de participantes aquellos que deben hacer de mi palabra un uso analítico y los que me demuestren que se la puede seguir muy bien en toda su coherencia y su rigor hasta donde ella va que como por supuesto es de esperar si la praxis analítica merece ese nombre de praxis ella se inserta en un estructura que vale incluso por fuera de la práctica actual.

Es necesario que se establezca entonces una posibilidad de intercambios a nivel de la cual por ejemplo puedan ser estudiados esos términos que despejan, que facilitan en ese nivel de conocimiento común el uso de ciertos términos esenciales de esta parte de nuestra praxis que se llama teoría, y que por ejemplo, no digo, no tengo ninguna idea preconcebida que pueda ser puesta ahí a la orden del día algo que por ejemplo, nos muestra lo que ya han podido aproximar de nuestra verdad los estoicos, por ejemplo, que resulta que por un lado nos aportan referencias esenciales a nivel de la lógica, que tiene para nosotros ese interés de ser una rama común para el uso más moderno que se hace de la lógica por una parte y por otra parte lo que va a aparecer en mis lecciónes de este año y que no es una novedad para el analista —salvo que no es absolutamente así como lo formula—, lo que está implicado de corporal en esta lógica, pues no basta recordar que en análisis hablamos de imagen del cuerpo, ¿imagen de qué?, imagen flotante, tripa, balón, que se atrapa o no.

Justamente la imagen del cuerpo no funciona analíticamente sino de modo parcial, es decir implicada recortada en el corte lógico. Entonces, puede ser interesante saber que para los estoicos, Dios, el alma humana y también todo en el mundo, comprendidas las determinaciones de cualidad todo —aparte de algunos puntos de excepción de lo que no carecerá de interés trazar el mapa—, todo era corporal.

Tienen aquí lógicos para quienes todo es cuerpo. No les digo que esto sea un estudio al cual no se podría preferir otro mejor, se podría también estudiar porque Aristóteles se salteó absolutamente la cuestión de la causa material. Por que la materia no es en él en absoluto causa, ya que es un elemento puramente pasivo, se pueden tomar las cosas donde se quiera si se tiene una praxis como la nuestra, se debe siempre volver sobre los puntos vivos. Sólo que esta elección entonces, no puede hacerse sino en común ya que es una elección muy especial, y que no puedo dejar difundirse —lo que no dejará de suceder con el gusto por las etiquetas— que les predico un análisis estoico.

Intentaremos entonces poner a punto estas cosas de elección común, para un trabajo. Creo que el mejor sistema es un trabajo de modo que pueda ser comunicado al conjunto de aquellos que me harán el honor, espero, de proseguir su asiduidad a los primeros miércoles.

Cerradas estas observaciones que no dejan de tener interés por los puntos que las han hecho emerger en mi discurso, este recuerdo de una cierta cuestión sobre la causa o sobre lo que hay que entender por la materia.

Retomo aún esto: si mi enseñanza tiene un sentido, si es coherente con el estructuralismo que acentúa, si ha podido proseguirse y edificarse de año en año, me parece normal considerar que ha encontrado favor en esto que la formulación estructuralista para fundarse, recuerden aquellos que pueden hacerlo mi primer grafo construido durante todo un año pacientemente, recuerden ese primer grafo, esa relación en red de las funciones determinantes de la estructura del lenguaje y del campo de la palabra, si esta estructura en red por ejemplo tiene una ventaja es precisamente la de pertenecer —lo llamaré aproximadamente mundo, pero lo empleo rápidamente para hacerme entender— a un mundo topológico, lo que quiere decir donde las conexiones no se pierden porque el fondo es deformable, blando, elástico, —eso no es nuevo. Inclusive las personas más rebeldes han comprendido muy bien de que se trataba. De manera que es lo que permite que el edificio no se desplome, no se derrumbe, no se destruya en razón de las modificaciones de proporción de la métrica del conjunto cuando aporto nuevos términos, y que como hace un rato lo evocaba, después del ser y el tener, hablo del deseo y de la demanda, se trata de percibir donde la estructura los empalma esos cuatro términos uno sobre el otro y no me parece que esto sea, hablando con propiedad imposible, esta ahí a la derecha el señalamiento de cuatro de esas redes estructurales. En principio bajo el nombre de agujero, que designa aquello de lo que voy a hablar hoy.

gráfico(17)

Ustedes tienen el grafo de dos pisos y la función de la palabra en la medida en que ahí se diferencia la enunciación del enunciado.

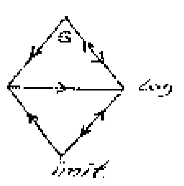
A la derecha de esto, algo así como un jirón cuadrado, un campo donde aquellos no tan escasos que me leen, —aunque no enseño jamás nada— han podido señalarlo al comienzo de un artículo que se llama *{de una} Cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*.

gráfico(18)

Es verdaderamente muy sorprendente que desde el tiempo —hace ya 4 años— que escribí en el pizarrón para mi auditorio precisamente analítico, en el año de mi seminario sobre *La identificación*, vectoricé el esquema topológico de lo que se llama el plano proyectivo, de lo que introduje bajo el término *cross-cap*, en ese momento de mi enseñanza, que jamás se le haya ocurrido a nadie darse cuenta de que la banda de Moebius, en tanto —vamos a volver ahí en seguida—, que es recortable en ese plano proyectivo con un resto —diremos cual— que la banda de Moebius esta ahí inscripta, que los esperaba desde hace mucho tiempo —hay que decirlo— pero en fin, no se podría reprocharlo a nadie, no haberlo adivinado; no obstante las letras que yo había inscripto M-i-m-i, no es solamente por el placer de hacer Mimi que las puse ahí. Ellas podrían quizá hacer sospechar algo, a saber esta función de aplicación que doy a la banda de Moebius para hacerles captar lo que concierne al corte constituyente de la función del sujeto.

Hay ahí abajo, se lo señalo de paso para aquellos que se les de por destacarlo, hay un

pequeño nuevo grafo que les doy como objeto de reflexión, que es hablando con propiedad útil para captar las relaciones de lo que llamé, y continúo haciendo funcionar como el significante, con el que nos será especialmente útil considerar este año su funcionamiento en lo que es no solamente el lenguaje —del que les dije la última vez que no hay metalenguaje—, lo que implica que de ahí en más lo que por supuesto se presenta como tal, la lógica, —¿qué es la lógica si no justamente una tentativa de metalenguaje?—, que la lógica no es en esto más que una caída y que no se concibe, toma y encubre más que considerándola como tal esto es porque en este esquema de abajo ustedes tienen en la punta de la derecha, algo que escribí: *phon(19)* o fonema, el elemento propiamente fonemático del significante, esta formado por algo que aparece en los dos polos superiores e inferiores como símbolo indicativo que puedo adelantar ahora, ya que he podido mostrarles el año último lo que concierne en su función central a este término de indicación cuyo tipo es el *shifter* lo que está esencialmente indicado es siempre más o menos, el agujero del sujeto de la enunciación. En el borde inferior el símbolo pero quizá el término los va a sorprender y es precisamente que no puedo introducirlo en toda su crudeza sino en este punto de la elaboración, porque de este modo no domino todo, no se apodera de todo el símbolo imitativo.



He aquí lo que ocurre en el fonema y el fonema nos remite al polo de la combinación lógica que hay que aprender al cabo de la línea horizontal.

Resultando lógica la relación de esto con los índex y los términos lexicales, de los que puedo a partir de ahí permitir muy bien que admiten elementos de imitación, su relación es todo el asunto de la lógica en tanto una lógica es constitutiva de la ciencia; esto no cambia nada el hecho de que no hay metalenguaje.

El esquemita de arriba está para recordarles que a la entrada de un artículo que se llama *La carta robada* tienen un cierto número de concatenaciones concernientes a la cadena significante que quizá aclaran un poco más, —pero de las que no puedo decir que hasta el presente hayan tenido una gran virtud de iluminación—, que se aclararán un poquitito más con aquello en lo que vamos a avanzar en seguida.

Y entonces se trata de partir del sujeto, del sujeto de la ciencia tal como hemos creído poder apuntar a él en esta experiencia de Descartes, signo de un punto de desvanecimiento, pero también en el esfuerzo lógico de Frege por donde él nos designa donde el uno debe surgir si queremos dar de esto el fundamento puramente lógico, es decir propiamente el nivel del objeto cero.

Estas dos referencias del año pasado no bastan para volver sorprendente y significativo en la escucha, que yo encuentre que alguno y de los mejores se haya mostrado él mismo sorprendido por el acento que puse durante mi última exposición sobre el sujeto de la ciencia. No hay ahí observaciones vanas para estudiar lo que concierne a ciertas sorderas, momentáneas por otra parte, justamente porque freudianamente no nos satisface en absoluto el término escotomización, a saber que para nosotros el agujero, y por las mejores razones, no puede estar en la percepción. Es por otra parte una, —hablando con propiedad—, una boludez sobre la que se han edificado muchas cosas. Toda la psiquiatría inglesa durante muchos años no ha hablado sino de alucinaciones negativas. Que está estructurado de otro modo y que basta para esto leer el artículo que Freud hizo muy expresamente para mostrarlo y que se llama *fetichismus*; ¿en que consiste la *spaltung?*, la división de la realidad misma en el sujeto llamado perverso en este caso. Es por eso que es interesante puntuar tales observaciones tales accidentes, en tanto que tengo la dicha, después de todo eso no parecía una dicha a mi querido y difunto amigo Merleau Ponty que veía más bien en el pensamiento —que yo recogía la tarde misma del día en que debía entonces expresarme en Sainte-Anne—, que recogía las confusiones diversas de mis propios auditores. Veo en cuanto a mí, por el contrario, para ellos como para mí muchas ventajas. Entonces volvamos a partir ahora del agujero.

El agujero hace tiempo, mucho tiempo que les doy la función esencial en cuanto en funcionamiento de orden simbólico, tengo necesidad de recordar, un cierto *miting(20)*, congreso, agrupamiento —como ustedes quieran—, que sucedió en *Royaumont* y donde habiendo hecho un informe sobre la dirección de la cura... y todo lo que se sigue de eso, los principios de su poder, yo no les hablé, porque había que cambiar el disco, porque el discurso ya estaba impreso, —yo no les hablé para estupefacción de un periodista que entró ahí no se sabe por qué puerta—, yo no les hablé más que del pote de mostaza, partiendo de ese hecho de experiencia que se había confirmado una vez más en el almuerzo, que el pote de mostaza está siempre vacío. No hay ejemplo donde se abre un porte de mostaza y se encuentre mostaza adentro. Ese pote de mostaza es la creación simbólica por excelencia, —todo el mundo lo sabe desde hace tiempo—: si no hubiera ser que habla habría quizá agujeros en el mundo, depresiones, charcos, cosas que retienen, no habría vaso. Nos equivocaríamos al creer que sea por nada que esto forme parte para nosotros de los relieves esenciales que encontramos de la civilización. Las cerámicas, luego los vasos de bronce, la cantidad prodigiosa de estas cosas que encontramos y de la que no nos queda sino eso, eso debería tirarnos un poco de las orejas y muchas otras cosas, en fin, no basta tirar de las orejas para hacerla oír, hay que creer.

Evidentemente había otras cosas antes, el primer yacimiento histórico lleva un bonito nombre en danés pero soy incapaz de pronunciarlo, es de montones de residuos, entonces tenemos ahí al objeto . Y el vaso no es un objeto . Eso ha servido desde hace mucho para expresar algo. ¿Qué?. ¿Es esto una lección de teología?. Ustedes saben, Dios, el gran obrero, lo mismo se dice en el catecismo, que hace falta un alfarero para hacer un pote, ¡lo mismo....!. ¡No haberlo aprovechado mejor!. Porque esto no dice en absoluto aquello de lo que intenta convencernos.

¿Qué nos dice eso?. *Deus gravita mundum*, y a continuación: *ex-nihilo*, ¿qué quiere decir esto?. Quiere decir que el vaso él lo hace alrededor del agujero, que lo que es esencial es el agujero y porque es esencial que sea el agujero, el enunciado judío que Dios ha hecho

el mundo de nada es, hablando con propiedad, —Koyré lo pensaba lo soñaba y lo escribió—, lo que despejó la vía al objeto de la ciencia.

Estamos trabados, estamos pegados a todas las cualidades, las que sean, desde la fuerza, la impulsión, el color, todo lo que ustedes quieran hasta la percepción, en resumen hasta el trozo de tiza al cual la progenitura socrática pertenece pegado como las moscas sobre el papel caza-moscas desde hace dos mil años, a saber Lagneaux y también Alain ahí especularon sobre la apariencia, ¿entonces esta apariencia?, y bien deberíamos llegar a ver como ella es también la realidad. Es con eso que la filosofía y la ciencia, una en relación a la otra, tomaron una sólida tangente.

Entonces, pienso estar en condiciones de decírselo en seguida, el cabo de tiza deviene objeto de ciencia a partir del momento y desde el momento en que ustedes parten de ese punto que consiste en considerarlo como faltante. Es lo que voy a hacerles sentir inmediatamente. Pero ahora, no quiero perder la ocasión de abrochar al pasar lo que significa la causa material. Porque si usted es filósofo, Aristóteles le dirá que la materia es la mostaza, es decir lo que llena el vacío. Aristóteles, que estaba sin embargo tan bien orientado en su concepción del espacio, está muy lejos de esta extensión terriblemente deslizante que es un verdadero problema que se replantea siempre en nuestro progreso en las ciencias matemático-físicas, el había visto muy bien que el lugar era lo que permitía dar una concepción del espacio que no se expandiera indefinidamente, que no nos ubicara en la cuestión de este falso infinito. Sólo que luego de haber partido tan bien, de haber definido el lugar como el último continente —siendo el último aquel que es no nacido—, y bien, porque él era griego y no había leído La Biblia, no pudo admitir que hubiera un vacío separado de los objetos. Entonces, llegó el pote de mostaza, y es a causa de eso que nos hemos quedado ahí un buen numero de siglos.

Es decir que la causa material es el pote, creación indiscutiblemente divina como toda creación de la palabra, y a la que se reduce estrictamente lo que está dicho en el texto del *Génesis*. Pero no es este el señalamiento al que quisiera apuntarles de pasada. Potes encontraremos a montones —se los dije hace un rato, en las tumbas, en todo lugar donde reinen las llamadas culturas primitivas. Y bien, con dibujos absolutamente precisos, para saber que los colecciónistas futuros no puedan darlos como floreros a sus amiguitas, según lo cual hace tiempo todos los potes estarían destruidos, al único fin de que estos potes se conserven, la gente que los depositan en las sepulturas, hacían un agujero en el centro, lo que les prueba que es del lado del agujero que hay que buscar la causa material. Aquí hay algo que causa algo, un agujero en el vaso. He aquí el modelo.

Si toman la cima de la elaboración científica, que es al mismo tiempo la clave de bóveda y la clavija esencial, ¿qué obtienen ustedes?, lo que se llama la energética. La energética no es lo que cree un autor que la opone como un complemento a mi teoría estructural del psicoanálisis. Él se imagina que la energética sin duda es lo que empuja. Esta es la cultura de los filósofos. La energética si ustedes se remiten, por ejemplo, a alguien tan autorizado, tanto como Feynman(21) del que no he esperado que obtuviera el premio Nobel para abrirlo, les ruego que lo crean, en un tratado en dos volúmenes que se llama *Lectures on phisics* y que para aquellos que tienen tiempo, en fin no podría recomendarles una mejor lectura porque es un curso de dos años absolutamente exhaustivo. Es muy posible cubrir todo el campo de la física, en su nivel más elevado en un cierto número de lecciónes que no pesa más que un kilo y medio. En el tercer capítulo o el cuarto, —no sé—, pone al lector o auditor, —no sé—, en el rastro de lo que es la energética. No soy yo pues, el que inventó eso para servir a mis tesis, recordé que había leído eso cuando tuve el volumen, es decir, hace un año y medio. Les pido que consulten el primer párrafo del capítulo cuatro: *Conservation of energy*. ¿Qué es lo que encuentra mejor para dar la idea a un auditorio supuesto relativamente virgen de lo que concierne a la física, ya que hasta ahí, no han recibido enseñanza más que de incompetentes?. El supone un pequeño diablillo que llama *Denis the Manase*, Daniel el Terrible, se le dan veintiocho cubitos, pero como es un bruto son de platino, indestructibles, indeformables. Se trata de saber lo que hará la mamá cada vez que, discreta como conviene, —es decir no una mamá americana—, cada vez que ella entra en la pieza del bebé y unas veces no encuentra sino veintitrés cubos y otras veces veintidós. Está claro que estos cubos se encontrarán siempre, ya sea en el suelo del jardín porque habrán pasado por la ventana, ya sea en una diferencia de peso que se podrá constatar en una caja que por supuesto no se abrirá, ya sea porque el agua de la bañera habrá subido levemente, pero como el agua de la bañera está muy sucia para ver el fondo es por esta ligera elevación de nivel que se sabrá adonde fueron a parar los cubos. No les leo todo el pasaje. Me falta tiempo. Es sublime.

El autor señala que se encontrarán siempre el mismo número constante de cubos, con la ayuda de una serie de operaciones que consistirán en adicionar un cierto número de elementos, por ejemplo: la altura del agua dividida por el largo de la bañera en adicionar esta visión curiosa a alguna otra cosa que será por ejemplo el número total de cubos restantes. Ustedes me siguen espero. Nadie gesticula. Es decir hacer esto, —les digo de paso que está incluido en la mínima fórmula científica— que es que no solamente se adiciona sino que se resta, que se divide, que se opera de todas las maneras, ¿con qué?, con números gracias a cuales se adiciona —a falta de lo cual no habría ciencia posible—, se adiciona comúnmente manteles con servilletas, peras con puerros, ¿no es cierto?.

Ahora bien, ¿qué se les enseña a los niños?. Cuando comienzan a entrar —espero que ya no sea así ahora pero no estoy seguro— justamente para explicarles las cosas se les dice lo contrario, a saber, que no se suman manteles con servilletas, ni peras con puerros, según lo cual naturalmente están definitivamente barrados para las matemáticas. Volvamos a nuestro Feynman(22). Este paréntesis sólo puede perderlos, Feynman(23) concluye: —He aquí el ejemplo; una cifra va a salir siempre constante: veintiocho cubos, y bien —dice él— la energética es eso, sólo que no hay cubos. Esto quiere decir que esta cifra constante que asegura el principio fundamental de la conservación de la energía, digo no solamente fundamental sino del que un sólo temblor en la base basta para poner a todo físico en el pánico absoluto. Ese principio debe ser conservado a toda costa y entonces lo será forzosamente ya que lo será, a toda costa, es la condición misma del pensamiento científico.

¿Pero qué quiere decir la constante, qué se encuentre siempre la misma cifra?. Porque todo está, ahí, no se trata más que de una cifra. Eso quiere decir que algo que falta como tal —no hay cubos— debe encontrarse en otra parte en otro modo de falta. El objeto científico es pasaje, respuesta, metabolismo, —metonimia si quieren, pero atención del objeto como falta—, y a partir de ahí muchas cosas se aclaran, nos remitiremos a lo que el año pasado pudimos poner en evidencia de la función del uno.

Es que no ven que el primer surgimiento del uno concerniente al objeto es el del hombre de las cavernas para darles el gusto si ustedes gustan todavía de estas especies de imagenes que entran en sus casas donde hay poquititas provisiones, —o muchas porqué no—, y dice: —falta uno. Es eso, el origen del rasgo unario: un agujero. Desde luego se puede llevar las cosas más lejos e incluso nosotros no faltaremos a esto. Observen que esto prueba que nuestro hombre de las cavernas ya está en el último punto de las matemáticas y conoce las teorías de los conjuntos. Connota: falta uno. Y su colección está ya hecha. El verdadero punto interesante es evidentemente el uno que denota, ahí hace falta el referente y los estoicos nos servirán.

Es evidente que la denotación ahí, ¿es qué?, su palabra. Es decir la verdad que nos abre sobre el agujero, a saber: ¿por qué uno?. Pues este uno lo que designa es siempre el objeto como faltante y donde estaría pues la fecundidad de lo que se nos dice ser carácterístico del objeto de la ciencia, y que puede siempre ser cuantificado.

Es que es sólo por una toma de partido que sería verdaderamente increíble que eligiéramos de todas las cualidades del objeto solamente esta: el tamaño, al que aplicaríamos enseguida la medida de la que nos preguntamos de ahí en más de donde nos viene. Del cielo por supuesto.

Todos saben que el número, —era al menos así como Kroneker(24) se expresaba si recuerdo bien (...)(25) —salvo el número entero que es un regalo de Dios(26). Los matemáticos pueden permitirse opiniones así de humorísticas, pero la cuestión no está ahí. Es justamente quedar pegados a esta noción de que la cantidad es una propiedad del objeto y que se lo mide, que se pierde el hilo, que se pierde el secreto de lo que constituye el objeto científico. Lo que se mide con el patrón de algo que siempre, es otra cosa en las dimensiones —y ellas pueden ser múltiples—, del objeto como falta. La cosa es tan poco simple, que aquello que debemos percibir, es que la verdadera experiencia que se hace en este caso es esta: a saber que el número en sí no es en absoluto un aparato de medida, y la prueba de esto fue dada en la mañana misma de las inspiraciones pitagóricas, se vio que el número no podía medir lo que el mismo permite construir, a saber que incluso no esta jodido para dar un número, —un número que de ninguna manera se expresa de un modo conmensurable— de la diagonal del cuadrado que no existiría sin el número.

Yo no evoco esto aquí más que porque esto tiene de interesante que si el número para nosotros, debe concebirse como función de la falta, esto, en la simple observación que hice a propósito de la diagonal inconmensurable, nos indica qué riqueza se nos ofrece a partir de ahí pues el número nos provee, si puedo decirlo numerosos registros de la falta; preciso para aquellos que no están especialmente interesados en esta cuestión: un número llamado irracional que debe sin embargo, al menos desde Didekind considerarse como un número real, no es un numero que consiste en algo a lo que puede aproximarse indefinidamente, no es sumergible en la serie de los números reales precisamente más que haciendo intervenir una función de la que no es por casualidad que se la ha llamado: el corte. Esto no tiene nada que ver con un fin que retrocede como cuando ustedes escriben: 0,333333... que es un número perfectamente conmensurable; Es el tercio de uno. Para la diagonal, se sabe desde los griegos, porque es estrictamente inconmensurable, a saber que ni una de sus cifras es previsible hasta el fin de los fines. Esto no tiene más interés que el de hacerles entrever que tal vez los números nos proveerán algo muy útil para intentar estructurar aquello de lo que se trata para nosotros, a saber: la función de la falta. Estamos aquí pues frente a la posición siguiente: el sujeto no puede funcionar sino definiéndolo como un corte, el objeto como una falta. Hablo del objeto de la ciencia, dicho de otro modo: un agujero. Las cosas llegan tan lejos que pienso haberlos hecho sentir que sólo el agujero a fin de cuentas puede pasar por esto que efectivamente nos importa, es decir, la función de causa material, he aquí los términos entre los cuales debemos apretar un cierto nudo.

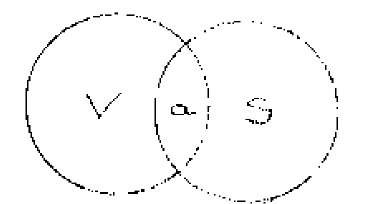
Ya que yo no pude hoy adelantar mi intención tan lejos como lo esperaba, a consecuencia del hecho de que las cosas no estaban en absoluto escritas, y ya que tampoco puedo esperar en ocho días hacer la elección necesaria a su discreción, haré este tercer miércoles de este mes por excepción el mismo seminario abierto, donde ustedes están pues, todos invitados. Para puntuar, apuntar a aquello de lo que va a tratarse haré la oposición. ¿Qué relación concebir del objeto en el psicoanálisis con este objeto de la ciencia y tal como acabo de intentar presentificárselos?. No basta hablar del agujero, mientras que sin embargo, seguramente me parece al menos para los más vivos que la solución ya les debe aparecer apuntada, —es el caso de decirlo— en nuestro horizonte. La función de la falta, —no dije la idea, pongan atención, esta Idea, sabemos como atrapó a Platón por el tobillo y que no desembarazó de ella en absoluto— la función de la falta la vemos surgir, sufrir la fuga necesaria por la caída del objeto y es que estos dibujos que traje hoy, que volveré a tener la próxima vez están hechos para hacérselo palpar a ustedes. Tal estructura es necesaria para que un corte determine el campo por una parte del sujeto, tal como es requerido como sujeto de la ciencia y por otra parte, el agujero donde se origina un cierto modo de objeto, el único a retener, aquel que se llama objeto de la ciencia, y como tal puede ser esta especie de causa sobre la cual he dejado la última vez el signo de interrogación. ¿Es tal como aparece, solamente la forma de las leyes?, o bien, ¿dónde se enlaza este aspecto manifiestamente materialista por el cual justamente puede ser designada la ciencia?, es en este nudo de la función de la falta que yace y está encubierto aquí el punto de giro de lo que está en cuestión. Y que vamos a tener en este punto, que es un punto de hiancia, lo hemos visto el año pasado a propósito de la génesis freguiana del número uno, es para salvar la verdad que hace falta que esto funcione. Salvar la verdad, lo que quiere decir: no querer saber nada de eso. Hay otra posición que es gozar de la verdad, y bien eso es la pulsión epistemofílica. El saber como goce con la opacidad que entraña en el abordaje científico del objeto, es ese el otro término de la antinomia. Es entre estos dos términos que debemos aprender lo que concierne al sujeto de la ciencia, es ahí que espero retomar para llevarlos más lejos.

Entiendan bien, para hablar de esta función radical. Aún no he hecho surgir nada de lo que concierne al objeto **a** , pero ustedes deben percibir bien que el mismo esquema justamente que no reproduje ahí, el esquema de los dos círculos del tiempo en que les p inté la función de la alienación como tal, recuerden ustedes el ejemplo: La bolsa o la vida?, ¿la libertad o la muerte?, les expliqué el esquema de la alienación hay ahí una elección que no es una en el sentido en que se pierde ahí algo, o bien el todo. Ustedes gozan de la verdad, pero ¿quién goza?, ya que ustedes no saben nada de eso. O bien ustedes tienen, no el saber sino la ciencia y este objeto de intersección, que es el objeto **a** , les escapa, ahí está el agujero, ustedes tienen este saber amputado. Tal es el punto sobre el que me detendré hoy.



15 de Diciembre de 1965

Las figuras, los cortes, no les son ahorrados(27) hoy, Incluso, para ser estricto me he tomado el trabajo de poner en el pizarrón, arriba a la izquierda, aquella que corresponde a la evocación que hice la última vez de lo que había dado, al fin de mi primer año, aquí, como esquema de la alienación. Digamos que la alienación consiste en esta elección que no es una y que nos fuerza a aceptar de dos términos, a la desaparición de los dos en uno sólo mutilado.



Gozar de la verdad, decía, este es el verdadero objetivo de la pulsión epistemofílica, en la que fuga y se desvanece a la vez todo saber y la verdad misma.

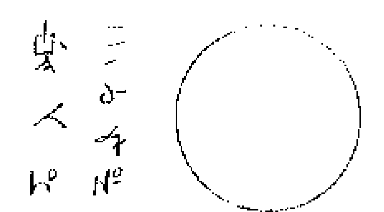
Salvar la verdad, y por esto no querer saber nada de eso. Esta es la posición fundamental de la ciencia y este es el por qué ella es ciencia. Es decir, saber en el medio del cual se despliega el agujero según el objeto **a**, aquí marcado apoyándonos sobre una concepción euleriana como representando el campo de intersección de la verdad y el saber. Está claro que he elevado más de una objeción sobre estos círculos de Euler en el plano de su utilización estrictamente lógica y que también su uso aquí es, de algún modo, metafórico. Son precauciones que hay que tomar. No vayan a pensar que pienso que hay un campo de la verdad y un campo del saber.

El término campo tiene un sentido preciso, que nosotros tendremos, quizás, la ocasión de volver a tocar hoy.

Entonces, este uso de los círculos eulerianos deba ser tomado con reserva. La anoto porque, a diferencia de esta reserva que acabo de hacer, ustedes me van a ver hoy tomar apoyo sobre, digamos, ciertas formas, —no es decir lo que es, corte se acerca más, significante es de lo que se trata, ¿escritura?, ¿por qué no?. Entonces, adelanto, les ruego observar que su alcance decisivo debe ser tomado en un muy otro sentido, en un sentido de significación, como lo que representa el círculo en sentido euleriano. Aquí, en suma, está destinado a mostrarnos como se incluye una cierta conceptualización extensiva y comprensiva en lo que es nuestro en el centro de estas figuras que aporté para ustedes hoy. A saber, algo que fue trazado por un monje budista que tiene el nombre que puse ahí, en el pizarrón, en su fonetización japonesa: *Jiu Oum*. Era japonés, Jiu Oum, como uno de

mis fieles amigos, —que hoy está aquí —, tuvo la bondad de enseñármelo.

Jiu Oum vivió desde 1714 a 1815, entró en las órdenes, —me atrevo a decir—, budistas a los quince años. Ustedes ven que se quedó ahí hasta una edad avanzada. Su obra es considerable y ya no les diré las fundaciones originales que llevan aún su marca. Darles una idea, por ejemplo, de su actividad será evocarles, por ejemplo, que un manual de estudio sánscrito, actualmente considerado como fundamental, es de su fuente, sino todo entero de su mano, y que no tiene menos de mil volúmenes. Es decir que no era un hombre perezoso.

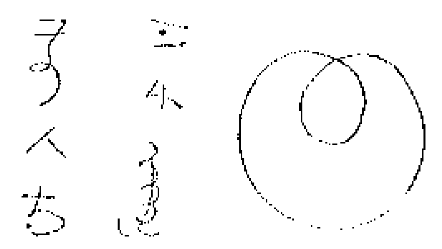


Pero, lo que ustedes ven aquí es típicamente la huella de algo que, diría, se hace en algún punto, cima de una meditación y no carece de relación, o al menos de semejanza, con la que se obtiene de algunos de esos ejercicios, o más bien de esos encuentros, que se escalonan en el camino de lo que se llama al Zen.

Tengo ciertos escrúpulos en adelantar este nombre, incluso aquí, a saber, ante un auditorio donde una parte es demasiado poco segura para mí en cuanto a la manera con que puedo ser oído para adelantar, sin ninguna precaución, una referencia que no es, ciertamente, un secreto que recorre las calles y del que se oye hablar por todos lados.

El Zen no representa algo que puede llegar hasta el abuso de confianza. A decir verdad, no podría aconsejarles demasiado desconfiar de todas las idioteces que se apilan bajo ese registro. Pero, después de todo, no más que sobre la cibernética misma. Estoy obligado, de todos modos, a decir que esto, trazado de una pincelada, cuyo vigor particular, sin duda, no es seguro que pudiéramos apreciar, que, sin embargo, para algún ojo ejercitado, es bastante sorprendente. Esa pincelada es la que va a importarme, es sobre ella que voy a fijar vuestra atención para soportar lo que tengo hoy que avanzar en el camino que hemos abierto. No es dudoso que está ahí en la posición propia, que es aquella que defino por ser la del significante, que él representa, el sujeto y para otro significante, estando esto bastante asegurado por el camino de la escritura que aquí se alinea y se lee como la escritura china que es. Esto está escrito en carácteres chinos. Se los voy a pronunciar, no en japonés, sino en chino: *chi yen che*.

Lo que quiere decir: ¿en tres mil años, cuántos hombres sabrán?, ¿sabrán qué?. Sabrán quien ha hecho ese círculo, ¿Quién era este hombre del que creí deber indicarles la medida común?, entre lo más extremo, lo más piramidal de la ciencia y un modo de ejercicio del que no podemos no tomar cuenta aquí como fondo de la que él nos deja de escribir aquí.



¿En tres mil años, cuantos hombres sabrán?. Lo que hay a nivel de este círculo trazado, me he permitido en mi propia caligrafía responder; en tres mil años, mucho antes, los hombres sabrán. Mucho antes de tres mil años y, después de todo, eso puede comenzar hoy. Los hombres sabrán, recordarán tal vez, que el sentido de esto trazado merece inscribirse así. A pesar de la diferencia aparente es topológicamente la misma. Supongan que esto sea redondo, que lo que he llamado círculo sea un disco. Lo que aquí trace con mi mano es también un disco, aunque bajo la forma de dos lóbulos, de los cuales uno recubre al otro. La superficie es de una sola pieza. Está limitada por un borde, que por deformación continua, puede desarrollarse de modo que uno de los bordes recubra al otro.

El homomorfismo topológico es evidente. ¿Qué significa, entonces, que yo lo haya trazado de una manera diferente y que sea ahí que deba ahora atraer vuestra atención? Un trazado que llamo un círculo y no un disco, deja en suspenso la cuestión de lo que limita, para ver las cosas ahí donde ellas están trazadas sobre un plano. Lo que él limita es, tal vez, lo que estaba adentro y quizás también, lo que esta afuera. En verdad, es allí que debemos considerar lo que puede haber de original en la función del escrito.

Dejemos por un instante lo que tenemos aquí ante nuestros ojos que yo propongo, más bien, seguramente, a un *experimentus mentis*, a un ejercicio del espíritu más que a una adhesión intuitiva, porque si lo llevo al campo de la topología es para introducirlos a una suerte de ablandamiento(28) de un ejercicio mental, concernientes a las figuras que no dejan, sin duda, de poder ser aprehendidas, de alguna manera intuitivamente, pero de las que les bastara intentar, al menos, para lo que concierne a los menos prevenidos de seguirme para, —digamos—, los efectos que intentaré demostrarles; por el trazado de ciertos cortes verán enseguida que tendrán bastante trabajo para estas cosas excesivamente simples que están ahí haciendo esto para vuestro uso. En lo que les he preparado para hoy, para que ustedes se dieran cuenta que no es por nada, sin duda que estas construcciónes que se llaman —ya las he introducido todas e incluso ya hice bastante uso y abuso, pero no sin que hoy haya tenido necesidad de reunir lo que les concierne— estas figuras llamadas botellas de Klein, plano proyectivo, al toro, se encuentran en relación a lo que es la estructura de las coordenadas habituales de nuestra intuición, en una posición tan desconcertante que es necesario ejercitarse en esto, aplicarse ahí para volver a encontrarse cómodamente. Es en esto —me excuso en relación a los matemáticos que pueda haber en mi auditorio— por deber explicar las cosas por oposiciones, de algún modo, masivas y que dejan escapar una parte del rigor de lo que sería la presentación actual de la que concierne por ejemplo, a este capítulo, donde

aparecen estas figuras en un libro moderno de topología. Pero, después de todo, tampoco debo excusarme demasiado porque si estas dificultades, que se califican como dificultades intuitivas, concernientes al campo de la topología, han sido, de algún modo, radicalmente eliminadas de la exposición —hablando con propiedad— matemática de estas cosas, si ellas no pesan incluso un instante en vistas de las fórmulas combinatorias muy aseguradas en sus premisas, en sus axiomas originales o sus leyes que han avanzado; no es menos cierto que algo conserve su valor en la dificultad misma que han presentado estas cosas para ser decantadas, para terminar por encontrar su estatuto lógico-matemático y que es demasiado fácil desembarazarse de esto diciendo que había ahí restos de impurezas intuicionistas. Pero, todo estaría en el hecho, por ejemplo, de que nos hayamos dejado durante demasiado tiempo, estorbar por una vista de algún modo ligada a la experiencia de un espacio de tres dimensiones, que sería necesario llegar a poder pensarlo, a construirlo a partir de esos datos de la experiencia variando, fundando, edificando una combinatoria generalizada.

Uno se contenta con esta crítica y con esta referencia, pera yo pienso que falta ahí algo. Si el número negativo para atenernos a una de las aporías históricas que ahora nos parecen, verdaderamente, las más groseramente elementales, ¿quién se atormenta a propósito de la existencia del número negativo?. Y esta tranquilidad en la que estamos a propósito del número negativo, además de que, por otra parte, no recubre nada bueno, es de todos modos, sin embargo, muy útil para no plantearse preguntas inútiles. Esta tranquilidad, en relación al número negativo, no data de más de un siglo. Aún —hablaba muy recientemente con un matemático muy erudito que conoce admirablemente su historia, de los matemáticos—, aún en tiempos de Descartes, al número negativo, esta magnitud, por debajo del cero, los atormentaba. Ellos no están tranquilos, los números. Crecen y decrecen también. Y cuando eso supera al límite por debajo, el fondo del fondo, ¿adónde va?. Después de todo, es bastante legítimo, si toma las cosas en estos términos, que se atormentaran.

No evoco este ejemplo simple —ustedes piensen que me sería fácil evocar otros; el número irracional, el número que se llama imaginario: **SQRT** { —1 } la famosa raíz de menos uno—, ahí, aún, los matemáticos olvidan un poquitito fácilmente que ese número imaginario ha sido durante siglos, alrededor de cinco o seis siglos, —ustedes saben que apareció a propósito de una raíz fuera del campo de lo concebible, de la muy simple ecuación de segundo grado—, de este tiempo hasta comienzos del siglo XIX, eso hace algunos años el número imaginario no se sabía qué hacer con él, qué hacer conceptualmente. Y si ahora las cosas están aseguradas a partir del fundamento del número complejo, extensión de los conjuntos numéricos a las cuales se ha terminado por dar su estatuto, no es menos cierto que es bastante fácil para los matemáticos y demasiado fácil no observar que, por supuesto, el término imaginario le permanece ligado, pero que es un número tan bueno como otro, que esta noción que acabo de hacer intervenir, de conjunto numérico, basta para cubrirlo y que no es más imaginario que otro.

Bien, es sobre ese punto que adelantaré una objeción, porque me parece que todo lo que ha constituído así un punto de tensión, punto de escansión, el progresivo dominio de las conquistas de ciertas estructuras que evoqué recién bajo el término de conjunto numérico, el obstáculo no debe ponerse bajo el registro de la intuición, de ese velo, de ese cierre, que resultaría de que no pueda ser visualizado algún soporte de aquello de lo que se trata en la combinatoria. Sostengo, por el contrario, que somos llevados a algo más primitivo, que no es otra cosa que lo que intentamos aprehender como la estructura, como la constitución por el significante del sujeto. Y es en tanto que estas diversas formas de la expresión numérica se encuentran reproducidas en diversos tiempos de escansión, digo reproducidas temporalmente, incluso no estamos seguros que es de la misma vuelta que se trata en esta reproducción, es necesario ir a ver. En otros términos, hay, tal vez, formas estructurales de esta falta constitutiva del sujeto que difieren las unas de las otras y que, tal vez, no es la misma falta la que se expresa en este número negativo, a propósito del cual —se puede bien decir que la introducción por Kant, de este número en el campo de la filosofía es, verdaderamente del carácter más desconsolador— quizás haya sido un gran mérito que Kant, haya intentado esta introducción. El resultado es un increíble enredo.

Entonces, no es el mismo momento de la falta estructural del sujeto, quizás que se soporta, —no digo ahí—, se simboliza. Acá el símbolo es idéntico a lo que causa, es decir, la falta del sujeto. Volveré sobre esto.

Debe introducirse a nivel de la falta la dimensión subjetiva de la falta y me he sorprendido de que nadie haya reparado en el artículo de Freud sobre *El fetichismo,* el uso del verbo *vermossen*, al que se puede ver que en sus tres empleos en este artículo designa la falta en el sentido subjetivo, en el sentido en que el sujeto falla(29).

Nos vemos, entonces, llevados a esta función de la falta en el sentido en que ella está ligada a ese algo de original que, llamándose el corte, se sitúa en un punto donde está el escrito que determine el campo del lenguaje. Si me tomé el trabajo, entiendo, de escribir *función y campo de la palabra y del lenguaje*, es que función se refiere a la palabra y campo al lenguaje, un campo, eso tiene una definición matemática absolutamente precisa. La cuestión ha sido planteada en la primera parte de un artículo aparecido, creo, en esta semana en todo caso, es en esta semana que recibí la entrega, por alguien que está muy cerca de alguno de mis auditores y que introduce con una vivacidad, una agudeza, un verdor que le da, verdaderamente, alcance inaugural. Esta cuestión de la función de la escritura en el lenguaje apunta de una manera, debo decir, definitiva, irrefutable a que hacer de la escritura un instrumento de lo que estaría, viviría en la palabra, es absolutamente desconocer su verdadera función, que habría que reconocerla en otra parte y es estructural al lenguaje mismo, de algo de una cosa que he suficientemente indicado yo mismo y aunque no fuera sino en la prevalencia dada a la función del rasgo unario a nivel de la identificación. Para que no haga falta respecto a esto que subraye mi acuerdo, aquellos que han asistido a mis antiguos seminarios, si se acuerdan aún de algo de lo que dije recordar, podrán recordar el valor que he dado a esto. Algo en apariencia tan caduco o ininterpretable como el descubrimiento hecho por Sir Flinders Petrie sobre los cacharros predinásticos, a saber, muy anteriores a la fundación del alfabeto fenicio, precisamente de los signos de este alfabeto pretendidamente fonético, que estaba ahí, muy evidentemente, como marca de fábrica y he acentuado ahí esto; que hay que admitir al menos, incluso cuando se trataría pretendidamente de escritura fonética, que los signos provinieron de alguna parte. Ciertamente no de la necesidad de señalar, de codificar los fonemas. Mientras que todos saben que, incluso en una escritura fonética, no codifican nada, en absoluto. Por el contrario, expresan notablemente la relación fundamental que ponemos en el centro de la oposición fonemática, en tanto se distingue de la oposición fonética. Ahí hay cosas groseras, diría completamente retrasadas en vista de la precisión por la cual la

cuestión se planteó en el artículo que les dije. Es siempre muy peligroso, por otra parte, indicar referencias. Hay que saber a quien.

Seguramente aquellos que leerán esto, verán ahí puestas en cuestión ciertas oposiciones, tales como la del significado y el significante. Eso llega hasta ahí. Y verán, tal vez, discordancia ahí donde no hay ninguna. Por otra parte, quien sabe, esto les incitará a leer tal artículo. Antes o después hay algo siempre delicado en esta referencia siempre fundamental de que un significante reenvía a otro significante.

Escribir y publicar no es lo mismo. Que yo escriba, incluso cuando hablo, no es dudoso. Entonces, ¿por qué no publican ustedes más?. Justamente a causa de lo que acabo de decir. Se publica en alguna parte. La conjunción fortuita, inesperada, de ese algo que es el escrito y que tiene así estrechas relaciones con el objeto **a** , da a toda conjunción no concertada de escrito el aspecto de bote de basura(30).

Créanme, a la hora matinal, donde me sucede llegar a mi casa, tengo una gran experiencia de la *poubelle* y de aquellos que lo frecuentan. Nada más fascinante que estos seres nocturnos que afanan no se qué, cuya utilidad es imposible de comprender. Me he preguntado durante mucho tiempo por qué un utensilio tan esencial había conservado tan fácilmente el nombre de un comisario al cual se había dado ya un nombre de calle, lo que bien habría bastado para su celebración. Creo que si la palabra *poubelle(31)* ha venido tan exactamente a colocarse con este utensilio es, justamente, a causa de su parentesco con la publicación.

Para volver a nuestros chinos, ustedes saben, —yo no sé si es cierto, pero es edificante—, no se pone nunca en la *poubelle* un papel sobre el cual haya sido trazado un carácter. Las gentes piadosas, ancianos, digamos, porque no tienen otra cosa que hacer, los recogen para quemarlos sobre un pequeño altar *ad-hoc*. Es verdadero, *si non e vero e bello(32)*, pero totalmente esencial para delimitar esta especie de trampa de exterioridad que intento definir respecto de la función de la *poubelle* en sus relaciones con el escrito.

Esto no implica la exclusión de toda jerarquía. Digamos que entre las revistas de las que estamos dotadas hay *poubelles* más o menos distinguidas. Pero, para tomar bien las cosas, no he visto ventajas sensibles sobre las *poubelles* de la calle *Lille*, en relación a aquellas de barrios más aledaños.

Entonces, retomemos nuestro agujero. Todos saben que un ejercicio zen tiene, sin embargo alguna relación, aunque no se sepa bien lo que eso quiere decir, con la realización subjetiva de un vacío. Y no forzamos nada admitiendo que para cualquiera, el contemplador medio, verá esta figura, se dirá que hay algo, como una especie de momento culminante, que debe tener relación con el vacío mental que se trata de obtener y que sería obtenido en ese momento singular, brusquedad que sigue a la espera, que se realiza, a veces, por una palabra, una frase, una jaculatoria, incluso una grosería, un pito catalán, una patada en el culo. Es muy cierto que esta especie de payasadas o *clownerías* no tienen sentido sino respecto de una larga preparación subjetiva.

Pero, sigamos. Al punto al que hemos arribado, si hay vacío, si el círculo debe ser considerado por nosotros como definiendo su valor agujereante, si encontramos ahí el favor de figurar lo que hemos aproximado por toda suerte de convergencias de lo que concierne al objeto **a**, el objeto **a**, está ligado en tanto que caída, a la emergencia, a la estructuración del sujeto como dividido. Ahí está lo que representa, debo decir, el punto de la puesta en cuestión.

¿Qué es lo que hay del sujeto en nuestro campo?

Es que este agujero, esta caída, esta *ptosis*, para emplear aquí un término estoico del que me parece que la dificultad, ciertamente, absolutamente insoluble que hace al comentador para ser confrontada con el único *categorón*, a esto a propósito de un *lektón*. Otro término misterioso, traduzcámoslo con todas las reservas y de la manera más grosera, ciertamente inexacta por significación, significación incompleta, en otros términos, fragmentos de pensamientos. Una de estas posibilidades de fragmento de pensamiento es el *doces*. Y los comentadores, seguramente sostenidos por la incoherencia del sistema, no se saltean tanto la relación, traduciéndolo por sujeto, sujeto lógico, como se trata de lógica a este nivel de la doctrina estoica. Pero, que podamos reconocer, ahí la traza de esta articulación de algo que cae con la constitución del sujeto, he aquí aquello de lo que creo nos equivocaríamos al no sentirnos confortados.

Entonces, ¿vamos a contentarnos con ese agujero?. Un agujero en lo real, he aquí al agujero, un poco fácil. Estamos todavía ahí al nivel de la metáfora. Encontraríamos, sin embargo ahí, al detenernos un instante, una indicación preciosa. Fundamentalmente algo totalmente indicado por nuestra experiencia, que podría llamarse la inversión de la función del círculo de Euler. Estaríamos todavía en el campo de la operación de atribución. Reencontraríamos ahí el camino necesario para lo que Freud define como *Bejahung* en principio y única que vuelva concebible la *Verneinung*. Hay *Bejahung* y la *Bejahung* es un juicio de atribución. No prejuzga de la existencia, no dice lo verdadero sobre lo verdadero. Ella da el punto de partida de lo verdadero, a saber, algo que se desarrollará poios, tal es la calificación, la quididad, lo que no es, por otra parte, totalmente lo mismo.

Tenemos un ejemplo de esto en la experiencia analítica. Está primero para nuestro objeto de hoy. Es el falo. El falo en un cierto nivel de la experiencia, que es, hablando con propiedad, aquella que se analizó en el caso Juanito, el falo es el atributo de lo que Freud llama lo seres animados. Pasemos por alto, si no tenemos una designación mejor, pero, observen que si esto es verdadero, lo que quiere decir que todo lo que se desarrolla en el registro del animismo habrá tenido como comienzo un atributo que no funciona sino al ser ubicado en el centro, al estructurar el campo que está en el exterior y a comenzar a ser fecundo a partir del momento no que cae, es decir, cuando no puede ya ser verdadero que el falo sea el atributo de todos los seres animados. Lo repito si adelanté ese esquema no lo he hecho sino entre paréntesis. Dicho sea de paso, si mi discurso se desarrolla desde el paréntesis, desde el suspenso y desde su clausura, luego de su retoma, muy frecuentemente abarcada, reconozcan ahí, una vez más, la estructura de la escritura.

¿Estaría, pues, ahí uno de estas recuerdos sumarios donde se limitaría la exhausión que intentamos hacer?. Seguramente no, porque no se trata, para nosotros, de saber en el punto al que llevamos la cuestión como el significante pintarrajea lo real, que podamos colorear cualquier mapa sobre un plano con cuatro colores y que esto baste, —aunque este teorema esté hasta la fecha, como siempre se verifica, aún indemostrado—, no es

esto lo que nos interesa.

Hoy no se trata del significante como agujero en lo real. Se trata del significante como determinando la división del sujeto.

¿Qué puede darnos la estructura de esto?. Ningún vacío, ninguna caída del objeto **a** , más que una angustia primordial y susceptible de dar cuenta de esto y yo voy a intentar hacérselos sentir por medio de consideraciones topológicas. Si procedo así es porque hay un hecho absolutamente sorprendente, es que de memoria de garabateador, —y Dios sabe que eso data de hace tiempo—, incluso si se cree que la escritura es una invención reciente, no hay ejemplo de que todo lo que es del orden del sujeto y del saber al mismo tiempo, no pueda siempre inscribirse sobre una hoja de papel. Considero que hay allí un hecho de experiencia más fundamental que el que tenemos, que al que tendríamos, del que creemos tener de las tres dimensiones, porque hemos aprendido a hacer vacilar un poco estas tres dimensiones. Basta que vacilen un poco para que vacilen mucho. El hecho de que, quizás, se escriba siempre sobre una hoja de papel y que no haya necesidad de reemplazarla por cubos, eso no ha vacilado aún. Debe haber, pues, algo ahí de lo que no quiero decir que haga falta concluir que lo real no es más que dos dimensiones.

Pienso, seguramente, que los fundamentos de la estética trascendental deben ser retomados, que la puesta en juego, aunque no fuera más que a título probatorio de una topología de dos dimensiones para lo que concierne al sujeto, tendría, en todo caso, ya esta ventaja tranquilizante. Si continuamos creyendo, duros como el hierro, en estas tres dimensiones, en efecto, tenemos muchas razones para marcarlos con el apego a estas tres dimensiones, porque es ahí que respiramos.

Esto tendría, al menos, la ventaja tranquilizante de explicarnos en qué lo que concierne al sujeto es de la categoría de lo imposible y que todo lo que nos viene por medio de él, de lo real, se inscribe de entrada en el registro de lo imposible, de lo imposible realizado, lo real en el cual se talla al patrón del corte subjetivo. Es este real que conocemos bien porque lo volvemos a encontrar en el revés, —de algún modo— de nuestro lenguaje. Cada vez que queremos verdaderamente abordar lo que respecta a lo real, lo real es siempre lo imposible.

Retomemos, pues, nuestra hoja de papel. Nuestra hoja de papel no sabemos lo que es. Sabemos lo que es el corte y que de este corte, aquel que la ha trazado está suspendido de su efecto. ¿En tres mil años, cuantos hombres sabrán?.

Habría que saber qué condición debe cumplir una hoja de papel, lo que se llama en topología, una superficie, ahí donde hemos hecho los agujeros, para que este agujero sea una causa para saber intercambiar algo. Observen que para lo que intentamos captar, lo que corresponde al agujero, no vamos a meternos a suponer otro. Esto nos basta. Si este agujero ha tenido como efecto hacer precipitar una caída, un jirón, es necesario que lo que queda no sea lo mismo, que no sea la misma cosa. Porque si es la misma cosa es, exactamente, lo que se llama un agujero o una estocada en el agua.

Y bien, si nos confiamos al soporte intuitivo más accesible, más familiar, más fundamental, y del que no se trata —por otra parte— de despreciar, por supuesto, ni el interés histórico, ni la importancia real a saber: una esfera —les pido acá perdón a los matemáticos. Es a la intuición a lo que apelo aquí, ya que no tenemos más que una superficie de la cual se corta y ya que no tengo que apelar a algo que está sumergido justamente, en el espacio de tres dimensiones, a saber lo que quiero, simplemente, decir, al pedirles evocar una esfera, es que piensen que lo que queda alrededor del círculo no tiene otro borde. Ustedes no pueden intuir eso en el estado actual de las cosas más que bajo la forma de una esfera, una esfera con un agujero. Si ustedes reflexionan sobre la que es una esfera con un agujero, es exactamente lo mismo que la tapa que acaban de hacer caer. La esfera tiene la misma estructura. La caída de la que se trata en este trazo fundamental no tiene otro efecto que hacerles surgir en el mismo lugar l o que acaba de ser ablacionado. Esto no nos permite, en ningún caso concebir algo que, respecto del sujeto que nos interesa, sea estructural.

Como hace falta que avance no haré más que una alusión rápida al hecho de que Mr. Brouwer —personaje considerable en el desarrollo moderno de las matemáticas— demostró este teorema topológicamente. Topológicamente es el único que nos da el verdadero fundamento de la noción de centro una homología topológica. Son dos figuras cualquiera, no tanto provistas de un borde, que pueden ser por deformación de ese borde, demostradas homeomorfas. En otros términos, ustedes tomen un cuadrado, es topológicamente lo mismo que este círculo. Porque ustedes no tienen más que soplar —si me puedo expresar así—, en el interior del cuadrado, se inflará como un círculo. E inversamente, de un golpe de martillo sobre el círculo, sobre este círculo de dos dimensiones, ustedes dan un martillazo de dos dimensiones del mismo modo y hará un cuadrado. Esta demostrado que esta transformación de cualquier manera que sea hecha deja al menos un punto fijo, —donde, cosa más astuta y menos fácil de ver inmediatamente aunque ya lo primero no sea tan fácil—, o un número impar de puntos fijos.

No me extenderá en esto. Quiero decirles, simplemente, que este nivel de estructura de la superficie, la estructura es, si puede decirse, concéntrica, incluso si es por el exterior que pasamos. Les quiero decir intuitivamente para percibir lo que se reúne al nivel de este borde. Se trata de una estructura concéntrica.

Hace mucho tiempo que he dicho, me veo aún llevado a decirlo, —pero no lo diría, sin embargo—, que Pascal era muy mal metafísico. Ese mundo de los dos infinitos, este trozo literario que nos rompe las bolas casi desde nuestro nacimiento, me parece ser la cosa más desusada que se pueda imaginar. Este otro tropos antiaristotélico, donde el centro está en todos lados y la circunferencia en ninguna parte, me parece ser la cosa más insignificante que existe.

Si no fuera porque haría surgir fácilmente de esto toda la teoría de la angustia de Pascal. Lo haría tanto más fácilmente cuanto que en verdad creo en señalamientos estilísticos que me han sido aportados por ese gran lector en materia de matemáticas, que me ha rogado referirme al texto de Desargues, —que era otro gran estilista como Pascal—, para percibir muy firmemente, por otra parte, de la importancia que las referencias de Desargues podían tener para Pascal, lo que cambiaría todo el sentido de su obra.

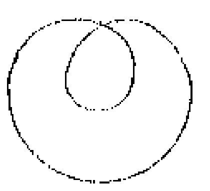
Sea como sea está claro que sobre esta estructura concéntrica, esférica, si el círculo

puede estar en todos lados, seguramente el centro no está en ninguna parte. Dicho de otro modo, salta a los ojos de cualquiera que no hay centro en la superficie de una esfera. Ahí está la incoherencia de la intuición pascalina.

Y ahora se plantea el problema. Para nosotros, de saber si no puede haber para explicarnos en términos no de imagenes, sino, quizás, de ideas, y que los da la idea de donde los guía, si en este exterior de lo que llamé el círculo muy intencionalmente, y no circunferencia, el círculo quiero decir lo que ustedes llaman ordinariamente en geometría, circunferencia; lo que se llama habitualmente círculo yo lo llamaría disco o jirón (22)(33), como hace un rato.

¿Qué es necesario que haya por fuera para estructurar el agujero? Dicho de otro modo, para que el corte del que resulta la caída del objeto **a** , haga aparecer sobre algo que estaba totalmente cerrado hasta ahí y donde, pues, nada podía aparecer, para hacer aparecer una estructura que satisfaga lo que nosotros exigimos de la constitución del sujeto, el sujeto como fundamentalmente dividido?.

Esto es fácil de hacer aparecer, porque basta que ustedes observen la manera en que está dispuesto este círculo, en la manera en que lo volví a trazar, para que se den cuenta de que si este trazado lo conciben vacío, como les enseñé a leer vacío, éste



deviene muy simplemente, y esto salta a los ojos. Pienso, de todos modos, haberles hablado bastante hasta aquí de la banda de Moebius para que la reconozcan. Es la montura, la armadura, de lo que les permite ver sostenida e inmediatamente intuíble, una banda de Moebius. Ustedes la ven aquí. Junten, si puedo decirlo, con un trazo cada uno de sus bordes. Ustedes la ven invertirse y venir a coserse a nivel de su revés, a lo que era antes su anverso.

La banda de Moebius tiene muchas propiedades. Hay una mayor, capital, que les he suficientemente representado. Pienso en los años precedentes, hasta que con un par de tijeras aquí yo mismo se los he demostrado, a saber, que una banda de Moebius no tiene ninguna superficie, que es un puro borde. No solamente no hay más que un borde en esta superficie de la banda de Moebius, sino que, si la dividen por el medio ya no hay banda de Moebius porque es mi trazo de corte, en la propiedad de la división que instituye la banda de Moebius.

Ustedes pueden retirar de la banda de Moebius tantos pedacitos como quieran, siempre habrá una banda de Moebius en tanto que algo de la banda quede, pero no será siempre la banda lo que tendrán. La banda de Moebius es una superficie tal que el corte trazado en su medio es la banda de Moebius. La banda de Moebius en su esencia es el corte mismo.

He aquí aquello en lo cual la banda de Moebius puede ser para nosotros el soporte estructural de la constitución del sujeto como divisible.

Voy aquí a adelantar algo de lo que los indico en el nivel topológico estricto: la inexactitud. No obstante no es esto lo que nos va a molestar, porque me veo obligado a explicarles algo de un modo inexacto o no explicarles en absoluto. Este es uno de estos ejemplos tangibles de estos *impasses* subjetivos que son, precisamente, aquellos sobre lo cual nos fundamos.

Entonces, me adelanto, habiéndoles advertido suficientemente que en estricta doctrina topológica esto es inexacto. Ustedes pueden observar que mi banda de Moebius —hablo de aquella que se dibuja sobre la montura de este objeto **a** , esta montura, se los dije, es exactamente un jirón esférico, que no se distingue en nada de lo que los he demostrado hace un rato, a propósito del agujero, de Jiu Oun. Para que pueda servir de montura una banda de Moebius, resulta que las banda de Moebius cambia radicalmente su naturaleza de jirón o de porcioncita soldándose a él. Aquello de lo que se trata es de una textura tejida, herencia, de una estopa, de algo así, que habiendo pasado la huella de un cierto corte, dos elementos distintos, heterogéneos, aparecen, de los cuales una es una banda de Moebius, el otro es este jirón equivalente a cualquier otro esférico. Esta banda de Moebius prodúzcanla mediante la imaginación. Vendrá en esta línea necesariamente —si la cosa está sumergida en tres dimensiones ahí está mi inexacitud. Pero, es una inexactitud que no basta para separar el problema del hecho de que algo que está indicado en las tres dimensiones por un recruzamiento, un recorte, queda finalmente la figura total de lo que se llama comúnmente una esfera coronada con un gorro cruzado o *cross-cap*, que da lo que está dibujado acá en rojo. Pueden imaginar siempre, seguramente, inexacto y sumergido en la tercera dimensión, como teniendo abajo y a nivel de esta base, de este de este cruzamiento, teniendo esta copa.

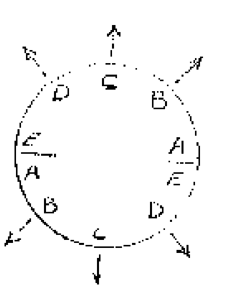
gráfico(34)

Todo corte que pasa a nivel de lo que esquemáticamente esta representado como esta traza de recruzamiento, todo corte cerrado que pasa por este recruzamiento, es algo que disipa, si puedo decirlo, instantáneamente, toda la estructura del *cross-cap*. Gorro cruzado o plano proyectivo, a diferencia de una esfera que no deja su estructura fundamental concéntrica a propósito de cualquier corte o borde cerrado que ustedes puedan describir sobre su superficie.

Aquí al corte introduce un cambio esencial, a saber: la aparición de una banda de Moebius. Y, por otra parte, este jirón o porcioncita. Y, sin embargos lo que acabo de decirles es que el trazo acá dibujado en negro, que es un trazo simple, un borde cerrado, del mismo tipo que el dibujo, de Jiu Oun, la redujo, se los dije, toda entera a esta porcioncita.

Entonces, ¿dónde está el acertijo?. Pienso que recuerdan aún lo que les dije hace un rato, a saber: que el corte mismo es una banda de Moebius, como pueden verlo en este

segundo trazado que hice sobre la misma figura al lado. Figura que se esquematiza en algo, tripa donde les intento hacer intuir lo que concierne al plano proyectivo. Si ustedes separan los dos bordes, si puedo decirlo, que resultan del corte acá trazado en negro, obtienen una hiancia que está hecha como una banda de Moebius. El corte mismo tiene la estructura de la superficie llamada banda de Moebius. Aquí la ven figurada por un doble trazo de tijeras que podrían hacer igualmente y donde recortarían, efectivamente, la figura total, plano proyectivo o gorro cruzado, como lo llamen, en dos partes: una banda de Moebius, por una parte, aquella está considerada como recortada, en ella sola y un resto, por otra parte, que es lo que juega la misma función del agujero en su forma primitiva, a saber, del agujero que se obtiene sobre una superficie esférica. Esto es fundamental a considerar y es necesario que vean otro figura bajo la forma esquematizada y más propiamente, topológica, que es aquella que yo complemento inscribe sobre este pizarrón, de donde pienso que ustedes lo ven.



Entonces, que el modo en el que se sutura el primer agujero, al agujero esférico, aquel que llamé concéntrico, la topología nos revela que nada es menos concéntrico que esta forma de centro atinente a la función del primer jirón, porque para cerrar el agujero sobre la esfera basta un simple corte que junte los dos pedazos de un modo simple, tal que una costurera les hará cualquier zurcido. El corte instaurado, si toman la cosa en sentido inverso, mediante la banda de Moebius, implica un orden y ahí está realmente nuestra tercera dimensión, lo que nos justifica haber introducido hace un rato una tercera falsa para hacerles sentir el peso de estas figuras. Esta dimensión de orden, dicho de otro modo, que representa un cierto asiento temporal, implica que para realizar este agujero, el agujero segundo del que voy a explicarles las propiedades topológicas, es necesario que un orden, que es un orden diametral —diametral, es decir, aparentemente espacial— fundados según el trazo medio, les da al soporte figurado donde, propiamente, se lee que esta especie de corte es, justamente, el que esperábamos. Es decir que no se realiza sino debiendo dividirse al mismo tiempo. Dicho de otro de, si es no de una manera intuitiva y visual, sino, de una manera mental que ustedes intentan realizar aquello de lo que se trata. A partir del momento en que ustedes piensan que la a, el punto a, sobre es círculo es idéntico al punto a diametralmente opuesto, lo que es la definición misma de lo que fue introducido en otro contexto, en la geometría métrica por Desargues. Dicho de otro modo, el plano proyectivo. Y Dios sabe que Desargues al escribirlo, él mismo subrayó lo que tenía de paradójico, de pasmoso, de enloquecedora, —en fin—, una tal concepción. Lo que prueba bien que los matemáticos son muy capaces de concebir, ellos mismos, los puntos de transgresión, de franqueamiento, que son los suyos, a propósito de la instauración da tal o cual categoría estructural. Si ellas se olvidaran, por otra parte, siempre estarían sus cofrades para recordárselo, diciéndoles que no se comprende nada de lo que dicen, lo que sucede a cada momento. Y especialmente lo que sucedió a Desargues cuando los muros da Lyon se cubrieron de libelos, donde se insultaba a propósito de cosas, ustedes lo ven, apasionantes. Bellos tiempos, maravillosa época.

El **A** y el **a** son el mismo ... ¿Qué quiere decir esto si es que, incluso, si consideramos esto como el agujero, la conjunción de los bordes no podría hacerse sino dividiendo este agujero, sino viniendo a pasar ahí en el movimiento, si puedo decirlo, de su conjunción. Encontramos ahí el modelo de lo que respecta al sujeto en tanto que determinado por un corte. Debe, necesariamente, presentarse como dividida en la estructura misma.

No pude por supuesto, hoy llevar más lejos el punto al que deseaba hacerlos llegar. Sepan solamente que al referirnos a otras dos estructuras topológicas, que son, respectivamente, la botella de Klein, en tanto que ya se los mostré, esta hecha, compuesta, por la costura conjunta de dos bandas de Moebius.

Ustedes lo verán, esto no basta, en absoluto, para que nosotros deduzcamos de esto por simple adición sus propiedades. Por otra parte, el toro, que es aún otra estructura. Podemos, a partir de estas primera definiciones concernientes al sujeto dividido, concebir de qué pueden servirnos estas dos otras estructuras de la botella de Klein y del toro, para establecer relaciones fundamentales que nos permitirán situar con un rigor que jamás ha sido obtenido hasta aquí en el lenguaje ordinario, en la medida en que el lenguaje ordinario culmina en una entificación del sujeto, que es el verdadero nudo y clave del problema. Cada vez que hablamos de algo que se llama sujeto hacemos un uno.

Ahora bien, lo que se trata de concebir es, justamente, esto. Es que el nombre del sujeto es éste. Falta el uno para designarlo. ¿Qué lo reemplaza?. ¿Qué viene a hacer función de este uno?. Seguramente muchas cosas. Pero, si no sé que muchas cosas muy diferentes, el objeto **a** de un lado, por ejemplo, el nombre propio, por otro, cumplen la misma función, es muy claro que no se puede comprender nada, ni de su distinción —porque cuando se percibe que cumplen la misma función se cree que es la misma cosa— ni del hecho mismo que cumplen la misma función. Se trata de saber dónde se sitúa, donde se articula este sujeto dividido en tanto que tal.

El toro, por una parte, figura tan ejemplar que ya en el año de mi seminario sobre *La identificación*, que excepto las orejas frescas que tenía ese año, nadie escuchaba lo que estaba diciendo, tenían otras preocupaciones. En mi seminario sobre *La identificación*, mostré el valor ejemplar que podía tener el toro para ligar de una manera estructuralmente dogmatizable la función de la demanda y la del deseo, hablando con propiedad, a nivel del descubrimiento freudiano, a saber, del neurótico y del inconsciente. Verán de esto el funcionamientoejemplar.

Lo que puede estructurarse del sujeto está totalmente ligado estructuralmente a la posibilidad de la transformación, del pasaje de la estructura del toro a la banda de Moebius. No la verdadera del sujeto, sino, la banda de Moebius en tanto que dividida, en tanto que una vez cortada por el medio ya no es una banda de Moebius, es una cosa que tiene dos caras, un derecho y un revés, que se enrolla sobre sí misma de una manera

divertida, pero que, como les aporté el modelo de esto para que la vieran de un modo sensible, deviene aplicable sobre esto que se llama corrientemente un anillo y que es un toro. Esta conexión estructural permite articular de un modo particularmente claro y evidente ciertas relaciones que deben ser fundamentales para la definición de las relaciones del sujeto, de la demanda y del deseo. Del mismo modo, a nivel de la botella de Klein solamente podrá definirse la relación original tal coma se instaura a partir del momento en que en el lenguaje entra en función la palabra y la dimensión de la verdad.

La conjunción no simétrica del sujeto y el lugar del Otro es lo que podremos ilustrar gracias a la botella de Klein.

Sobre estas indicaciones simples los dejo dándoles cita el primer miércoles de Enero. Para el cuarto miércoles de este mes ruego encarecidamente a todo aquel que en esta asamblea, que esté de cualquier modo que sea interesado en la progresión de lo que intento aquí hacer avanzar, que tenga a bien, —cualquiera sea la suerte que yo reservara a la hoja de información que habrá llenado—, es decir que, yo lo invite o no el cuarto miércoles, considerar que no es en razón de sus méritos o sus deméritos que están o no invitados. Están o no invitados por razones que son las mismas que las que Platón definió en la función de la política. Es decir que, no tiene nada que ver con la política, sino con aquello que más bien debe considerarse como la del tapicero. Si me hacen falta unos hilos de un color y otros hilos de otro color para hacer ese día una cierta trama, déjenme elegir mis hilos. Que yo haga esto este año a título de experiencia cada uno de las cuartos miércoles, es algo que el conjunto de mis auditores, y tanto más cuanto que son más fieles, y tanto más cuanto que pueden estar verdaderamente interesados por lo que yo digo, deben, de alguna manera, dejar a mi discreción. Ustedes me dejarán, pues, para el próximo cuarto miércoles invitar a quien me parezca bien para que el tema dado de discusión, de diálogo, que funcione ese día se haga en las mejores condiciones. Es decir, con interlocutores expresamente elegidos por mi. Los que no formen parte de ese miércoles no tienen por qué ofenderse.



Clase 4

22 de Diciembre de 1965

Agradezco muy vivamente a Green por esta admirable exposición(35) que acaba de

hacernos sobre su posición respecto de lo que he, como él lo recordó, pacientemente traído, construido, producido y que no terminé de producir concerniente al objeto ***a***. Verdaderamente, mostró, muy notablemente todas las conexiones que esta noción comporta. Diré, incluso, que todavía dejé al margen algo que podía haber llevado más lejos, lo sé. Y fundamentalmente en cuanto a la organización de los diversos tipos de cura de lo que constituye, hablando con propiedad, la función del objeto ***a*** en cuanto a la cura.

Le agradezco haber hecho esto que es mucho más que un resUmen, que es una verdadera animación, una evocación excelente las diferentes etapas, lo repito, en las cuales se puede precisar ahí mi investigación o mis descubrimientos.

No le voy a responder ahora porque tenemos un programa. Pienso que querrá colaborar del modo más estrecho con lo que acaba de ser recogido para que el texto de lo que dio hoy, que hace falta y que puede servirnos de referencia a lo que será desarrollado y, espero, completado o aumentado este año, pienso que es una excelente base de trabajo para aquellos que formarán parte especialmente de este seminario cerrado.

Muchas gracias Green. Usted cumplió su tiempo con una exactitud que yo no podría elogiar suficientemente. Entonces, le doy la palabra a Conté que les va a proponer cierta exposición de lo que concierne a los artículos de Stein que van a ser interrogados hoy.

No obstante aprovecho el intervalo para hacerles partícipes de esto. Es que un círculo de estudio y de trabajo que se llama el Círculo de Epistemología y que pertenece a la Escuela de la cual somos los huéspedes acá, este Círculo de Epistemología se constituyó en el curso del cartel: *Teoria Del Discurso De La Escuela Freudiana* y va a publicar unos *Cahíers pour l'analyse*. El título mismo de estos cuadernos ya no se discute. Pero, de todos modos, les doy la dirección y la apertura, la posibilidad de acogida. Estos cuadernos serán puestos, seguramente, a disposición aquí, a la entrada del Seminario. Pero, en la *Ecole Normal* de un modo permanente e igualmente en la Sorbona, en un lugar que se les designará ulteriormente. He dado estos cuadernos que me parecen animados del espíritu más fecundo y esto desde hace mucho tiempo. Quiero decir que el Círculo que va a editarlos me parece que merece toda nuestra atención. He dado mi primera conferencia de este año que, como ustedes lo constataron, estaba escrita para que ella sea publicada en el primer número. Habrá otras cosas, lo verán entonces.

CONTÉ: —Voy a hablar de dos artículos de Stein, dejando de lado el tercero, más reciente, su conferencia sobre *El juicio del psicoanalista*, que me pareció plantear problemas en un nivel diferente. Hay, pues, aquí dos artículos que se suceden y que están consagrados simultáneamente a proveer una cierta localización de la situación analítica y a elaborar una teoría del peso de la palabra del analista en sesión.

El primer artículo acentúa, sobre todo, la referencia al narcisismo primario. El segundo, que introduce la oposición del narcisismo al masoquismo, es esencial a la concepción de la transferencia.

Voy, primero, a dar cuenta rápidamente, —demasiado rápido seguramente—, de lo que me pareció constituir la contribución teórica esencial de este trabajo. Se me perdonará, espero, pasar,— quizás un poco rápido—, sobre ciertas articulaciones y, sobre todo, de privar a estos escritos de su referencia a casos clínicos precisos que le dan todo su valor de reflexión sobre una experiencia psicoanalítica.

Stein querrá, al menos, reprenderme en el caso en que yo haya traicionado o traducido mal su pensamiento. Daré, a continuación, un cierto número de observaciones, críticas que no tienen otro fin que el de intentar captar en la elaboración original que es la suya los puntos de divergencia con la enseñanza de Lacan y, de este modo, abrir un debate.

El primer artículo es, pues, *La Situación Analítica: Observaciones Sobre La Regresión Hacia Al Narcisismo Primario En La Sesión Y El Peso De La Palabra En El Análisis*. Apareció en la *Revue française de psychanalyse* 1964 Nº2.

El propósito de Stein apunta a elucidar el modo de acción de la interpretación, pero, lo cito aquí para poder abordar útilmente la cuestión. Hay que preguntarse primero en qué reside el poder de la palabra en el curso de la sesión, cualquiera sea la elección del contenido de la interpretación, lo que desemboca en el problema del poder de la palabra en general.

El problema, Stein lo va a abordar a partir de ciertos momentos privilegiados del análisis. Tal es, en efecto, la consecuencia de la regla fundamental: habiéndosele pedido ponerse en un estado de atención flotante, el paciente escucha por dentro y habla en un sólo movimiento. La percepción y la emisión de su palabra se confunden. El no habla, ello habla. El analista por su lado, él también en estado de atención flotante, escucha el ello habla. No escucha en persona. Ello escucha, pero, la palabra y la escucha no hacen dos. El paciente y el analista tienden a estar ambos en uno en el cual esta contenido todo.

La situación analítica idealmente realizada se parecería absolutamente al dormir y el discurso que se haría oír ahí sería un sueño. Lo que está en juego en la situación analítica es, pues, una regresión tópica que comporta la abolición de los límites entre el mundo exterior y el mundo interior, tanto del lado del paciente como del lado del analista. Esta regresión tópica es una regresión hacia el narcisismo primario que se expresa en una cierta manera de bienestar que marcaría, —nos dice Stein—, ser llamada sentimiento de expansión narcisista, o incluso, en la ilusión de tener el objeto del deseo. Es lo que dice, a propósito, un ejemplo clínico o en el síndrome de beatitud que acompaña el comienzo de ciertosanálisis.

Ahora bien, tales momentos del análisis raramente dejan de suscitar en sesión la evocación del pasado. La regresión tópica en la situación analítica es, hablando con propiedad, la condición de la regresión temporal. Y es en la regresión tópica que se actualiza un conflicto que aparece como repetitivo del pasado.

Sigo citando: lo que sucede en el caso de esta actualización es análogo a lo que se produce durante el momento de despertar; el soñador formula el texto de su sueño.

Aquí el paciente sabe de su estado de libre asociación para dirigir la palabra del analista. Ello ya no habla, él habla. Él reflexiona sobre sí mismo. Y, correlativamente, se dirige al analista como el objeto de su discurso. Es en este punto preciso, nos dice todavía Stein, que emerge la agresividad, porque la agresividad, como nos dice Freud, nace con el

objeto.

La continuación del artículo enriquece esta articulación con un cierto número de precisiones. En particular puede haber en el curso de la cura la defensa contra la agresión narcisista, en tanto que ella puede favorecer la reaparición de conflictos inconscientes y de angustia.

Al hablar fácil, carácterístico del estado de atención flotante o al silencio de estilo fusional, se opone así el hablar sin discontinuar o el silencio vigil, que expresa siempre la defensa contra la regresión narcisista, siendo la palabra del analista, en tal caso, anhelada como protección contra la regresión, pero al mismo tiempo, temida en tanto que ella priva al paciente de una satisfacción sustitutiva de la expansión narcisista, a saber, el ejercicio de la omnipotencia. La doble incidencia de la palabra del analista se encuentra así situada. Pronunciada en persona rompe la expansión narcisista, mientras que haciéndose oír como participando del ello habla favorece esta regresión. La entonación o la elección del momento de hablar pueden dar cuenta de uno u otro de estos efectos que están, de hecho, habitualmente presentes, simultáneamente, pero en proporción variable.

Señalé que el primer artículo introducía, pues, una posición del analizado que, en relación al narcisismo, tiene valor de una situación de compromiso. Temiendo la regresión el paciente intenta reducir al analista al silencio, escapar a la fluctuación haciéndose ordenador, conservar el dominio y de ese modo, un goce sustitutivo de la regresión narcisista.

El segundo artículo elabora esta posición oponiendo esta vez el narcisismo al masoquismo del paciente en la cura. Se trata de una conferencia titulada: *Transferencia y contratransferencia* o *El masoquismo en la economía de la situación analítica.* Pronunciada en Octubre de 1964 y que agradezco a Stein haber querido poner a nuestra disposición.

La expansión narcisista en el curso de la sesión esta siempre amenazada por la eventualidad de la intervención del analista, en tanto que esta implica a dos personas separadas. Por lo tanto, un corte entre el paciente y lo que no es él, una falta por donde se introduce un poder heterogéneo, es decir, algo que debe ponerse en relación con el principio de realidad.

Ahora bien, en este nivel se realiza una falsa ligazón constitutiva de la transferencia. En la situación analítica se produce un fenómeno de confusión, de coalescencia entre la representación de la intervención del analista y el reconocimiento de la realidad del hecho de que puede hablar. El analista aparece como el origen de la realidad de la existencia, como el origen del poder desfalleciente. El psicoanalista aparece como frustrando al paciente de su placer por su propia voluntad mientras que no es, en absoluto, amo de la frustración, que el paciente experimenta en su corte con lo que no es, en absoluto, él.

Este fenómeno, nos dice Stein, nos es conocido bajo el nombre de transferencia. La intervención del analista pasa desde ese momento por un abuso de poder. La transferencia tiene por correlato el masoquismo. Pero, al conferir al analista tal poder absoluto, el sujeto apunta, de hecho, a volverse amo de ese mismo poder que falta a su realización narcisista; presentándose como bufón hace del psicoanalista su rey. Va a sufrir por el placer, es decir, intentar negar la realidad de la existencia reconociéndola, ya que la realización narcisista es diferida. Más fundamentalmente aún, apunta a mentir al psicoanalista, a mantener indefinidamente su deseo no satisfaciéndolo en absoluto. Se trata, para él, de ser el objeto faltante, objeto cuya completud figura en suma, la realización del narcisismo que no podría ser. Mediante esta realización sustitutiva simula la posibilidad de que la frustración pueda ya no ser.

Esto nos hace, entonces, acceder al paso siguiente que es el reconocimiento del objetivo sádico implicado en el masoquismo del sujeto, a saber, al llamado a la contratransferencia, porque el psicoanalista que sufre el destino común de no poder escapar a la frustración puede en el límite dejarse engañar y creerse, en efecto, amo de la frustración. Permaneciendo frustrado en la realidad de su existencia estaría, desde entonces, tentado de atribuir la no realización de su propio narcisismo al sólo incumplimiento de su paciente, devenido así el objeto que le falta.

Es así que la transferencia se establece en la meta ilusoria de la restauración de una realización narcisista supuesta, perdida bajo el signo de la incertidumbre. La terminación del análisis, a la inversa, implica el acceso a un cierto orden de certidumbre en la existencia o de saber en la frustración.

A partir de este muy breve resumen de dos trabajos de Stein, voy a proponer un cierto número de observaciones críticas que se van a ordenar en tres grupos.

El primer grupo concerniente al primer artículo sobre todo donde la oposición o la alternancia introducida por Stein está destinada a dar cuenta, en este nivel, del dinamismo de la cura. Recuerdo que él sitúa, por una parte, la regla de libre asociación que tiende a inducir en el paciente un movimiento de regresión hacia el narcisismo primario, carácterizado como fusión con el analista, y, por otra parte, la regresión tópica hacia el narcisismo condiciona una regresión temporal, a saber, la reemergencia de los conflictos antiguos en la repetición de los conflictos en que consiste, hablando con propiedad, la transferencia. La compulsión de repetición aparece como la negación de la compulsión a la regresión tópica, donde cito aún otra fórmula todo el análisis está en esta oposición.

Están en estas palabras todas las cuestiones que quisiera plantear concernientes a la situación fusional. Recuerdo dos fórmulas, hay un único ello hablando y escuchando, o, incluso, el paciente y el analista tienden a estar en una mano en la cual está contenido todo.

Y bien, los momentos en que parecen confundirse la percepción la emisión de la palabra en una inmediatez de donde se aboliría toda pantalla y todo intermediario, si evocan, efectivamente, ciertas situaciones clínicas parecen bastante excepcionales en el conjunto y plantean, pues, de entrada el problema de su significación en la cura y, particularmente, en relación a la transferencia. Ciertamente está a lo que Stein elabora en su trabajo, pero al nivel, por así decirlo, una experiencia clínica global. Estaríamos tentados de preguntarle que lo condujo a elegir, a privilegiar situaciones relativamente escasas, hacer de esta uno de los hitos fundamentales de la cura. O incluso para mantenernos en este nivel clínico, quisiéramos, tal vez, saber tender a relaciónar tales hechos a una estructura neurótica determinada, por ejemplo, o bien como lo situaría en relación al conjunto de la cura y en

relación a sus diferentes tiempos. En un registro ahora más teórico se plantearía el problema de saber cómo concibe Stein la regresión tópica en la cura y en qué medida le parece implicar una situación de estilo fusional, mientras que parecería tener, a primera vista relación con algo que sería, por el contrario, del orden de un develamiento del Gran Otro —para referirnos aquí a la enseñanza de Lacan—, o aún, ¿hay lugar de hacer converger el acto de libre asociación y la actividad del sueño, por una parte, la reemergencia del conflicto y el relato del sueño concebido como reflexión sobra el sueño, por la otra?.

Sabemos, por ejemplo, que una duda que apunta a uno de los elementos del sueño en el momento de su relato, enunciado en el relato, debe ser considerada como formando parte del texto del sueño y que el sujeto aparece implicado en el texto del sueño precisamente. Paralelamente, a propósito del único ello hablante y escuchante, le preguntamos lo que respecta al analista en los momentos narcisistas de la cura. Su modo de ser, ¿debe compararse a la actividad del sueño?. Dicho de otro modo, ¿esta él también sometido a la regresión tópica o se trata, más bien, de un fantasma de fusión del analizado?. A propósito ahora del narcisismo primario, está presentado como una situación límite referida a una identificación primaria fusional o a un estado de satisfacción alucinatoria del deseo, que supone una situación regida por el principio del placer.

Una nota que hace referencia a ... pone la fusión en relación con la puesta en suspenso de la palabra separador y parece implicar referencia a un estado anteverbal o preverbal. Ciertamente se nos subraya que la regresión en sesión no ataca jamás completamente al narcisismo primario. Por supuesto, hay solamente movimiento hacia. No obstante, en cierto número de pasajes del texto parecen proponer el narcisismo como algo que sería uno de los pases primordiales o un primer tiempo del desarrollo.

El segundo artículo, por el contrario, introduce otro aspecto. El paciente para figurar la realización del narcisismo imposible es conducido a intentar plantearse como el objeto faltante, en el límite, el objeto colmante de su analista. Parece así apuntar a la restauración del narcisismo del Otro y este narcisismo se presentaría, entonces, como el mito o el fantasma de la completud del deseo del Otro.

Nos habíamos preguntado cual de estos dos aspectos parecía a Stein el más decisivo, el más esencial o, incluso, cómo los articulaba entre ellos.

Luego de esto, Stein, en su conferencia sobre *El juicio del psicoanalista,* aportó sobre este tema un cierto número de articulaciones precisas y pienso que es en esta dirección que sería conducido a responderle. Mantengo, no obstante, la interrogación, en la medida en que el problema quedaba planteado al nivel de estos dos primeros artículos.

A propósito ahora del segundo artículo, más especialmente, quisiera interrogar el texto de Stein sobre los hitos teóricos en ciertas categorías lacanianas, fundamentalmente el Gran Otro, el pequeño otro y el objeto **a**. Debo decir, a propósito de esto, que es la categoría del otro imaginario la que parecía más frecuentemente sobresalir en el punto en el que su trabajo me pareció tender, en diferentes momentos, a presentar la situación analítica como una situación dual, por ejemplo, cuando pone el acento sobre la dialéctica de la frustración en el análisis.

Del mismo modo, en el primer artículo se nos dice que en el momento de la reactualización del conflicto, al nacer la agresividad con el objeto, el paciente sale de la fusión para dirigirse en persona al analista, también responsabilizado como objeto de su discurso. ¿No es situar ahí al analista, esencialmente, como el otro imaginario de la rivalidad agresiva?. Ciertamente Stein introduce también el Gran Otro que se encuentra, igualmente, ciertamente implicado por lo que acabo de decir, e igualmente cuando el analista se encuentra designado como amo de la frustración o fuente del poder heterogéneo. Pero, me parece sin embargo, difícil diferenciar en su texto el Otro del otro de la relación imaginaria.

En fin, Stein introduce algo que parecería cercano a la categoría del objeto **a**, —en particular en el segundo artículo—, el analizado que intenta situarse como el objeto faltante del analista.

Sin querer retomar aquí el aporte de Lacan concerniente al objeto **a** y la articulación del deseo edípico y el deseo masoquista, hago la observación de que Stein parece, en este momento, comprometerse en una descripción de la situación analítica en términos de deseo.

Reencontramos, entonces, la cuestión. ¿Cómo articula este nivel con el del narcisismo?. En particular, debemos situar el objeto **a** como aquello cuya posesión en el límite sería restauración de la completud perdida?; o, incluso, si el narcisismo es sinónimo de la desaparición de los límites entre el yo y el no-yo, ¿debe verdaderamente compararse lo que puede conducirse en el curso de la cura del orden de una evocación fantasmática del objeto, que me parecía simplificar una estructura articulada más bien que una indicación fusional?

Finalmente, tercer grupo de observaciones. Quisiera, para terminar, retomar las cosas en el nivel de lo que hace acto del trabajo de Stein y le da todo su valor para nosotros, a saber, la ubicación de la referencia, de la elección de la palabra del analista como tal, aún, del poder de la palabra. Lo que debe parecer, primero, ser señalado es que Stein parece llevado a deber orientar su búsqueda en relación a una serie de oposiciones de dos términos. Por ejemplo, la alternancia regresión narcisista\reemergencia de los conflictos. O bien la oposición narcisismo\masoquismo, recubriendo esto las dualidades freudianas: principio del placer\principio de realidad, proceso primario\proceso secundario. ¿Se trata ahí de un modelo conceptual que deberíamos considerar como necesariamente implicado como encuadre de la situación analítica?. Stein ve, seguramente, el término de estas frases. Es, en suma, una interrogación sobre la impresión que da su texto, que está centrado, finalmente, esencialmente, sobre la oposición real-imaginario, haciendo pasar a segundo plano la dimensión propia de lo simbólico.

Ciertamente, mi impresión depende, probablemente, del hecho de que Stein, en este texto, no expone más que uno de los niveles de su articulación. Pero, en este nivel mismo la cuestión merecía, quizás, no obstante, ser planteada.

Por ejemplo, en el primer artículo, la palabra del analista toma su peso de que ella va en el sentido de la regresión e introduce, por el contrario, una ruptura, restituyendo, entonces, la

dualidad de las personas. La palabra está ahí para reforzar la unidad o subrayar la dualidad.

Esta última eventualidad parece más esencial, ya que Stein sostiene su punto de vista situando a la palabra como lo que interviene para romper el narcisismo separando el yo de sus objetos. La palabra es corte. Ella es este corte que introduce la doble polaridad sujeto-objeto.

Declaro acá no saber muy bien si hay lugar de introducir, esencialmente, la palabra como corte que engendra una dualidad y no captar tampoco exactamente cómo se acuerda esta presentación con lo que está dicho de los momentos narcisistas de la cura, donde el sujeto escucha dentro y habla en un sólo y mismo movimiento donde ello habla, pareciendo la palabra amoldarse al flujo psíquico sin falla ni corte.

En el segundo artículo la palabra se opone al narcisismo como el principio de realidad al principio del placer. Ella es lo que obliga al paciente a constatar que hay realidad de su imposibilidad de su relación narcisista. Hay ahí, también, uno dualidad donde la palabra soporta e impone al sujeto. La palabra está situada del lado de lo real, representado por ...., como amo de la frustración. ¿Debería ponerse esto a cuenta del error transferencial?. Me parece, no obstante, que la articulación de la palabra y de lo real como tales ganaría de ser precisada.

Es la misma cuestión que se plantearía, en fin, a propósito del fin de la cura como saber sobre la frustración. No es el analista —nos dice Stein— el que frustra al sujeto de su omnipotencia, sino que, la frustración es la realidad misma de la existencia. ¿Debería el psicoanalista, entonces, jugar los representantes de la realidad con el fin de volver a llevar ahí a su paciente?.

Fuerzo aquí el texto y es solamente con el fin de interrogar a Stein sobre el papel decisivo que otorga a la frustración. Me parece que la categoría más radical de la falta puede revelarse más manejable en los diferentes niveles de la estructura, permitiendo, por ejemplo, situar la castración en relación a lo frustración y articular, más precisamente, lo simbólico en relación a lo real y a lo imaginario. Cierro aquí estas observaciones que apuntaban solamente a introducir una discusión.

LACAN: —Sin demorarme en todo lo que hice decir a Conté, creo que dirigiéndome a Stein, él no puede más que reconocer que ahí está la exposición más estricta, más exacta, más articulada, más honesta y —agregaría— más simpática, que se pueda dar de lo que conocemos actualmente de su pensamiento, en un esfuerzo que no ha dejado de sorprenderlo, en la medida que, indiscutiblemente, son avenidas, si puedo decir, que ya nos han servido, en gran parte, y que era, incluso, vuestro fin integrarlas, poner el acento en lo que, Dios mío, ellas les sirven... auténtica experiencia.

No es ahora que yo voy a valorizar todo lo que me parece en la posición que es la suya, guardar la marca de una especie de modestia o tensión, de frenado, ligada a otras categorías, que son aquellas, debo decirlo, más corrientes en las teorías comunes que se dan actualmente de la experiencia analítica y cuyos dos términos está muy bien marcado en los dos polos, en los que usted expuso, por una parte, la noción discutible y de la que no es por nada que yo no lo haya discutido hasta el presente, a saber, la delnarcisismo primario. Considera que el punto de mi elaboración no era, hasta el presente, para ninguno de aquellos que me siguen, al menos, abordable. Verán que con las últimas notaciones topológicas que les di va a aparecer totalmente claro que la diferencia de lo que traje como articulación con lo que fue recibido hasta aquí en este orden, y mostré —al mismo tiempo—, lo que es siempre necesario, cómo la confusión pudo producirse, que hay ahí un nudo que antes de abordarlo uno se aproxima a él. No es ahora que voy a marcarlo. Quizás, incluso, no hoy del todo, aunque quizás fuera al final de la sesión, a dar una indicación de esto. Por otra parte, el centramiento totalmente articulado y preciso que usted da del esquema del psicoanálisis como descansando sobre la frustración, ya que dice usted que es alrededor de la frustración que se sitúa, incluso como usted dice, que ahí está lo que se llama, hablando con propiedad, la transferencia, a saber, que el analista es en el comienzo el representante para el sujeto del poder de la omnipotencia que se ejerce sobre él bajo la forma de la frustración y que, al final, la terminación culminará en este saber sobre el hecho de que la frustración es la esencia divina de la existencia.

Pienso que ahí también lo que hice y traje consiste, propiamente, en decir que no hay más que este eje y que, en todo caso, la definición que usted da en la página tres o cuatro del artículo sobre transferencia y contratransferencia, que lo que ahí de esto cuando usted dice que esto es, hablando con propiedad, la transferencia, es muy precisamente para decir lo contrario, que introduje la transferencia mediante la fórmula clave para obtener este punto de fijación mental en la dirección que indico, es, a saber, que la transferencia está esencialmente fundada en esto que para aquel que entra en el análisis, el analista es el sujeto supuesto saber, lo que es estrictamente de otro orden, como usted lo ve, de lo que desarrollo actualmente. Es esta distinción de la demanda y la transferencia que descansa, al principio en el análisis, alrededor de esta *Entzweinung* de la situación analítica misma, para que todo pueda ordenarse de una manera correcta. Es decir, de una manera que haga, de un modo, concluir el análisis en un término, una terminación, hablando con propiedad, que es de una naturaleza esencialmente diferente de este saber sobre la frustración. Esto no es el fin del análisis.

Digo esto para centrar de algún modo, no digo que con esto cierre el debate, porque, al contrario, lo abro. Muestro que las líneas de fuga son completamente diferentes de lo que llamaría en resumen, su sistemática, lo que, después de todo, no tengo razón de considerar como corrido. Quizás usted lo reabra. Es su sistemática concebida, cerrada, con lo que tenemos actualmente, lo que presenta ya un cierto cuerpo.

Lamento, seguramente, que Conté en un esbozo, que puede decirse riguroso, viera que no llegaba completamente a ver el viraje, la transformación que se produce en su tercer artículo que contiene igualmente, cosas, a mis ojos, extremadamente discutible, fundamentalmente el acento que usted pone sobre la comunicación. Se trata, evidentemente, siempre del sentido que tiene la palabra del analista.

Subrayo, por otra parte, en el punto en que estamos del avance de las cosas, que no considero que vayamos a liquidar todo este debate hoy. El cuarto miércoles de Enero nos permitirá dar ...

En el punto en el que estamos del tiempo, ¿vería usted cosas que le parezcan buenas para decir?, o quiere usted, por ejemplo, dejar a Melman que también tiene algo para decir, a Melman adelantar lo que aportó?

STEIN: —Creo que vale más, primero, que deje hablar a los otros.

LACAN: —Bien, porque, después de todo, incluso, si hoy no tiene todo su tiempo de respuesta, estamos reducidos a un número limitado, justamente, por eso, para que consideremos... para que el registro de lo que recibimos pueda de aquí a entonces madurar. Otros, quizás, querrán intervenir. Doy la palabra a Melman.

STEIN: —Quisiera, de todos modos, antes de que Melman hable, decir cuánto aprecié la exposición de Conté.

MELMAN: —Retomaré las cosas en el punto mismo en que Conté las hizo partir. Del hecho de estos trabajos de Stein se puede pensar que merecen una atención tanto más simpática y cuidadosa, cuanto que parecen constituir una especie de reflexión sobre una teoría general de la cura psicoanalítica y que Stein hace partir rotundamente, reflexión que él hace partir del poder de la palabra del analista. Lo que dice Stein desemboca en el problema del poder de la palabra en general y que culminará al final de este primer artículo aparecido en la *Revue française de psychanalise,* Marzo-Abril 1964, con esta fórmula: considerar el contenido de las palabras pronunciadas no basta jamás para dar cuenta del cambio producido por la palabra en aquel que la oye. Encarar, como lo hice aquí contrariamente a la costumbre, el discurso analítico de otro modo que desde el estricto punto de vista del contenido de las palabras pronunciadas, me parecen ser un paso a continuación del cual la inteligencia del susodicho contenido se encontrará fundada sobre la del poder de la palabra porque es sólo en apariencia que se funda en la inteligencia del contenido para lo esencial, la acción consciente del psicoanalista para el progreso de la clínica.

El pequeño punto que se podría señalar es que pasar del poder de la palabra en el analista al poder de palabra en general constituye un franqueamiento, constituye un paso, por supuesto, a mis ojos totalmente deseable, pero que implica, no obstante, qué tenemos que ver en el análisis con el lenguaje. Y esta segunda proposición que se trata de considerar el contenido de las palabras pronunciados parece una ilustración conmovedora de lo que quiere decir, que se podría ir a buscar su valor, su peso, no solamente a nivel de su contenido, sino, igualmente, de su continente, para señalar ahí, por ejemplo, que a nivel de su continente faltan ciertos términos que son aquellos, muy simplemente, que me permite reintroducir aquí para la claridad de lo que quiero decir, que son los términos, por supuesto, de significante y significado, y cuya introducción, pienso, pone mejor sobre los rieles lo que Stein quiere decir.

En efecto, ¿qué dice el autor?. Retomo, aquí un puntito desarrollado por Conté. Es que la palabra en la cura tendría dos caras. Una es la del paciente que está ordenada, por la asociación libre y que orienta irresistiblemente al paciente en la regresión hacia una expansión narcisista, narcisismo primario, y de la que el bienestar extremo último, hipotético está ligado con el sentimiento de fusión con el analista, pudiendo la susodicha fusión figurar el reencuentro con el objeto perdido, mítico, primario del deseo. La otra cara de la palabra es la del analista, de la que este dispone y de la que puede servirse, sea para favorecer la regresión hacia esta expansión narcisista del tipo primario, sea introducir un inevitable corte, el de la realidad, del que inevitablemente el paciente lo haría agente.

No se puede sino señalar ya aquí la posición bastante particular acordada por Stein a la palabra del analista y que parece se aclara aún mejor en este último trabajo hecho muy recientemente, en los lunes, de Pierre Aulagnier, en último trabajo que lleva por título *El juicio del psicoanalista*, y donde el autor dice esto: la palabra excepcional del psicoanalista que viene a colmar la espera del paciente es, efectivamente, recibida con placer. Ella neutraliza una tensión un sentimiento de adecuación y de alivio, incluso si inmediatamente después debe suscitar la cólera, la oposición o la denegación. De ahí su comparación frecuente a una sustancia, alimento, esperma o niño, que vendría a llenar el vientre del paciente, hasta, quizás, que tenga nauseas, habiendo recibido una interpretación hacia el fin de la sesión. Una paciente responde: usted me ha dado placer, quisiera partir ahí . Y a la sesión siguiente ella evoca: el placer que tengo cuando usted me habla, el aspecto inesperado de sus palabras, y, sin embargo, como un milagro, pero esta comparación no me gusta, porque en el milagro —agrega la paciente— hay algo pasivo , y que la paciente tiene dificultad para explicitar y, sin embargo, se refiere al temor de que el placer no dure y que no pueda captar todo lo que su psicoanalista le dice. Y esto termina así: y no nos sorprenderemos de ver a continuación que ella habría recibido la interpretación como un niño, que su psicoanalista le habría dado, satisfacción culpable. Y me parece que es en el nivel aquí de una formulación devenida totalmente clara que se precisa, sin duda, lo que quería decir Stein cuando dice que el contenido no agotaba la palabra del analista. Y, en efecto, este contenido tal como es llamado aquí parece evocar ningún significado que llamaría por sí mismo alguna articulación significante. Pero, parece, esencialmente, evocar el lugar de donde la palabra del analista tomaría esta brillantez tan singular.

No creo forzar aquí el pensamiento de Stein citando, por ejemplo, esta frase, siempre en este último trabajo, cuando dice: la palabra del psicoanalista es siempre esperada como la repetición de una palabra ya pronunciada. Tendría tendencia, por supuesto, de decir: como la evocación de un lugar ya desde ahí, desde siempre.

Continúo con Stein, palabra mítica, palabra fundadora, que lo establece a la vez —que establece al paciente a la vez— porque estos dos efectos son inseparables, en tanto que objeto del deseo del otro y en tanto que sujeto de una falta original.

Me parece que siempre acordándoles a estos elementos su lugar, que a mis ojos parece muy importante en el trabajo de Stein y en los efectos que provee, y diría que suponer que la palabra del analista se ejerce en este lugar, cuya brillantez tan particular apuntaba evocar hace un rato, supone, por supuesto, que el analista acepta o ratifica, plantea muy simplemente que su palabra viene de este lugar, y me parece que todo un cierto número de articulaciones presentes en el texto podrían eventualmente ordenarse alrededor de esta posición supuesta de la palabra del analista en la cura. Por ejemplo, cuando se dice que mediante estas libres asociaciones el analizado en la perfecta realización de su don —es

una cita— busca realizar su palabra hacia este último lugar, que es aquel apuntado del analista. Se puede pensar, pues, que si mediante este don al analizado busca reunir aquí lo que lo puede parecer el lugar de la palabra del analista, es susceptible, eventualmente, de inscribir, digamos, un vivido, para simplificar en términos de fusión mítica, incluso en algo que puede, en este momento, tomar el término de esta extensión narcisista tan particular, susceptible de concluir en estos efectos extremos, es decir, el de una fusión con el analista. Hay un poco más en esto. Tengo la impresión que no dije esto del todo claramente. Vean, lo que quiero decir es que a partir de la localización de este lugar, que podemos preguntarnos si, efectivamente, a partir de este momento el movimiento del analista en la cura o es una tentativa de reunirse con un lugar a partir del cual, efectivamente, una fusión mítica puede desde siempre, quizás, ser supuesta, y, quizás, evidentemente, en este movimiento, situar algo que es este bienestar inefable, inscripto bajo el término de expansión narcisista primaria. Podríamos, igualmente, preguntarnos si situar las cosas así, quiero decir, la palabra del analista en este lugar, no viene esta palabra, que puede, ya sea, colmar esta represión narcisista ya sea, introducir el corte, si ver las cosas así no viene a recordar esta bivalencia corriente y frecuente que evoca una especulación frecuente que tiene, sin duda, su valor sobre el objeto bueno y el malo. Podríamos preguntarnos si, igualmente, situar las cosas así no es algo que permite comprender por qué a mis ojos debo decir, eso apareció como bastante sorprendente, el hecho de que si el sujeto viene a faltar a la regla fundamental en la cura, pueda, inmediatamente, sentirse culpable de masturbación. Se puede decir, pues, que ahí también situando las cosas así, o culpable de alguna satisfacción autoerótica original. Podríamos, pues, preguntarnos si la negativa del paciente cuando viene a faltar a la regla fundamental de perder algo obedeciendo a esta regla impuesta por el análisis, si esta negativa del paciente no es algo que toma este carácter eventualmente autoerótico o masturbador, porque podría significar el temor o la negativa de perderse el paciente en algún objeto a precisar, que estaría preso, precisamente, en el poder y en las manos del analista, que, por ejemplo, en el diálogo de la cura pueden intervenir elementos que hagan intervenir el cuerpo, lo somático, al nivel de un malestar que la palabra del analista sería susceptible de levantar.

Debo citar ahí, aún, algunas frases que me parecen totalmente claras y totalmente interesantes en la declaración, en el texto de Stein. Dice, por ejemplo, esta: levantando la incertidumbre, esta palabra del analista suprime, al mismo tiempo, el malestar. Pero, esta incertidumbre, al paciente ya la habla levantado radicalmente al traducir su malestar en una afección más o menos determinada de su cuerpo, fenómeno muy próximo a aquel de la complacencia somática que Freud estudió a propósito de la historia de Dora. A un cierto malestar en la espera de la palabra del psicoanalista, el paciente habría sustituído un sufrimiento que invitaba a la representación bastante precisa de la sustancia o del acento físico necesario para su supresión. Esto le permitía, al menos, saber qué le faltaba. Le había bastado tomar modelo de un sufrimiento experimentado en otro tiempo en razón de la acción, factor natural. Y así se explica el hecho de que la palabra del analista pueda actuar como si fuera una sustancia o un agente físico.

Tendría tendencia, por otra parte Stein dice en otro lugar, no es perfectamente que esta palabra del analista es igualmente la misma que, en fin, está todavía mucho mejor graficado cuando, por ejemplo, Stein la compare al alimento. Esta palabra que tiene por efecto entrañar una modificación corporal tal como el alimento calma el hambre o como los rayos del sol suprimen la sensación de frío. Ya he subrayado — dice Stein— que la palabra podía, dado el caso, hacer desaparecer un dolor de muelas a un dolor de cabeza. No es raro tampoco que calme una sensación de hambre o que caliente. Tal identidad de los hechos podría dar a pensar que es el sustituto de una sustancia o el agente de una acción física o que es de la misma naturaleza.

En fin, tendría tendencia a ver, igualmente, en esta posición, en este lugar particular acordado a la palabra del analista, algo que haría quizás el encaminamiento lógico del autor, se encuentre comprometido en un sistema perfectamente binario. Conté dijo, dual, hace un rato: un sistema binario sostenido por un modelo fundamental y que tendría tendencia a ver como esto, no algo que sería así, por ejemplo, bajo la fórmula ser o no ser, sino algo que sería, quizás, más bien, ser o no ser aquello.

En fin, le preguntaría también si no es a partir de este lugar, de este lugar acordado a la palabra del analista, que se encuentra forzosamente planteado el problema del fin de la cura, en esta situación cerrada o efectivamente, como lo hace Stein, no pueden ser inscriptos, no pueden ser traducidos más que en términos, de artificio, técnicos. De decir que, por supuesto, Stein no lo hizo. En sus palabras, en los textos que estudiamos no va más allá de esta introducción. Pero, en todo caso, sin embargo, es así. Quiero decir, en términos de artificios técnicos, que este fin de cura es evocado. Y efectivamente, con seguridad podemos preguntarnos cómo en esta situación dual, relativamente inmóvil, y situando en este lugar la palabra del analista, las cosas podrían ser tan diferentes.

En fin, para terminar el autor plantea, por supuesto, el problema de la verdad. ¿Cómo —dice Stein— podría, el analista hacer de su palabra la garantía de verdad, mientras que el paciente en la transferencia le atribuye un poder que no tiene?. Lo que desemboca, por supuesto, en fórmulas que hacen del analista un engañador, muy simplemente, él mismo engañado. Y diría que es, por mi parte, efectivamente, lo que sería llevado eventualmente a situar, quiero decir, en tal articulación, aunque, después de todo, veo mal, efectivamente, cómo podría ser ahí de otro modo si el analista no fuera llevado, quizás, no fuera conducido a llevar otra cosa al lugar del señuelo.

Stein agrega todavía no habría psicoanálisis si el psicoanalista, pretendiera plantearse en todo momento como fiel servidor de la verdad.

Releo esta frase no habría psicoanálisis si el psicoanalista pretendiera plantearse en todo momento como fiel servidor de la verdad.

Debo decir que, por mi parte, no estoy, en absoluto, de acuerdo, por supuesto, con esta conclusión, que pienso, muy por el contrario —termino de un modo abrupto y un poquitito rápido— que el análisis tiene, por al contrario, esta relación fundamental a la verdad y que si el psicoanalista no pudiera, efectivamente, ser constantemente su garante, correríamos el riesgo de volver a encontrarnos en estas posiciones de señuelos, en estas posiciones de engañador engañado con las consecuencias que esto puede tener sobre el desarrollo de la cura, que intenté, quizás, de manera un poquitito difícil o no siempre muy clara, de escribir en mi informe.

LACAN: —Son las 2.02, les pido aún dos minutos. No pienso que Stein responda hoy. El tiempo falta totalmente y pienso que las cosas deben ser retomadas. Una parte solamente de la dificultad del texto de Melman viene, ciertamente, de que este artículo sobre el juicio psicoanalítico de Stein no ha sido suficientemente presentado. Pienso que no escapa al mismo Stein esto que voy a aclarar enseguida, de que, en suma, Melman se dedicó a la lectura de un artículo esencialmente fundado sobre la función de predicación del analista. Es de alguna manera, en la medida en que esta predicación, dice usted, es esperada, que usted nota a nivel de cuatro resortes cuales son sus efectos. Para explicar estos efectos, incluso Melman supone de su parte una aprehensión más central de esta función de la palabra del análisis. En suma, la leyó, se atreve a leerlo más allá de todo que usted mismo osa ver. De todos modos, todos pueden seguir este lugar que él designa y es una interrogación. No es una toma de posición. Es por eso que él lo designó fundamentalmente, precisamente, a fin de cuentas, el lugar del objeto **a**. Usted lo sintió a lo largo de la exposición de Melman, y esto aún plantea problemas, ya que también sería de la naturaleza de esto reformar toda la cadena de su concepción, sino la nuestra. En fin, la nuestra desde hace diez años de la relación del paciente a la palabra del analista que no guía casi a nada menos que a hacer una posición constituida, no ahí, en absoluto, no se trata del masoquismo, —hemos dejado completamente de lado hoy nuestra concepción del masoquismo, porque ella plantea demasiados problemas— sino una concepción de algún modo hipocondríaca de la función de la palabra del analista.

Naturalmente todo concluye, él lo hizo concluir, admirablemente en esa dificultad que usted planteó. ¿Debe el analista ser el fiel servidor de la verdad?.

Es lo que aporté recientemente al decir que no hay lo verdadero de lo verdadero. ¿Es que no está ahí lo que le permitiría corregir lo que tiene de algún modo de simple aproximación, esta noción, desde luego, de que el psicoanalista no puede ser el fiel servidor de la verdad, por la razón de que no se trata de servirla?. En otros términos, no se puede servirla. Ella no sirve nada. Si el analista tiene una posición a definir es en muy otra parte que en la de una *Behajung*, que nunca es, en efecto la repetición de una *Behajung* primitiva. Es más bien, justamente, lo que fue introducido durante el debate interno en nuestra Escuela, al que Green, que había tenido algún eco de esto, hacía alusión hace un rato. Si, justamente, el analista está en una cierta posición es en aquella que no está en absoluto. Diría que hemos hablado, no todavía dilucidado, es la *Verneinung* precisamente.

Les doy esto como última sugerencia. Si quieren, es a partir de ahí que podremos retomar el cuarto miércoles de Enero este debate, por lo tanto, lo dejo simplemente abierto.

Pienso que, de todos modos, si se trata de Stein, hoy tuvieron para su hambre. Es inútil agregar que lo que fue esbozado y que planteo como última cuestión, ¿no hay una profunda confusión en esta especie de valor prevalente, de valor siempre de punto de aspiración que tiene la pulsión oral en todas nuestras teorizaciones del análisis?, ¿no viene eso de un desconocimiento fundamental de lo que puede tener de orientador, de director, en tal punto de fuga, el hecho de que se olvide que la demanda se pronuncia, cualquiera sea ella, con la boca?.



Clase 5

5 de Enero de 1966

Les deseo un buen año, anhelo afectuoso, anhelo que, después de todo, en mi boca toma su alcance de poder, al menos, sobre un punto por reducido que sea, de vuestro interés, aportar yo mismo ahí algo.

Vamos a proseguir lo que tenemos que decir este año sobre el objeto **a**. Si ustedes me lo permiten, a favor de este corte y de estos votos, de poner el acento sobre una cierta solemnidad, es el caso de decirlo, diremos que este objeto **a**, objeto de desperdicio —ya han tenido de esto bastantes acercamientos para sentir la pertinencia de este término objeto—, en una cierta perspectiva, en un cierto sentido rechazado, no digamos de él que, como está dicho anteriormente, en tanto piedra de desperdicio, debe devenir piedra angular. Está presente por todos lados en la práctica del análisis, aún se puede decir, a fin de cuentas, que nadie sabe verlo.

Eso no es sorprendente si tiene la situación de las propiedades que le damos, la articulación que hemos de intentar una vez más hacer avanzar hoy.

Que nadie sepa verlo está ligado, ya lo hemos indicado, a la estructura misma de este mundo, en tanto que parece ser coextensiva al mundo de la visión, ilusión fundamental que desde el inicio de nuestro discurso nos ocupamos de quebrantar, de refutar, al fin de cuentas. Pero, que nadie sepa verlo —en el sentido en que sepa equivale a pueda verlo— no excusa que nadie haya sabido todavía concebirlo, cuando, como le he dicho, su apercepción es constante en la práctica del análisis, a tal punto que, después de todo, se habla de eso, de este objeto llamado pregenital, del cual se hacen gárgaras para intentar alrededor tipificar esta aprehensión inexacta, imperfecta de una realidad cuya toma, cuya forma, estaría ligada al único efecto de una maduración, cuyos pilares seguramente son firmes en el análisis, a saber, el lazo que hay entre esta maduración y algo que es necesario llamar por su nombre, una verdad. Esta verdad es que esta maduración está ligada al sexo. Aunque todo esto deba aparecer dilucidado en una confusión del sexo y de una cierta moral sexual, que, sin duda, no deja de estar íntimamente ligada al sexo, ya que la moral, de modo que a falta de una delineación suficiente, hace de este objeto pregenital la función de un mito donde todo se pierde, donde lo esencial de lo que puede y debe aportarnos en cuanto a la función más radical de la estructura del sujeto tal como surge del análisis y que abole para siempre una cierta concepción del conocimiento.

Se habla, mucho de esto y no únicamente en el sentido en que lo dije. Es muy excusable de saber verlo. Porque veremos cuáles son las condiciones para que una cosa sea vista y sin saber, incluso, el sentido de lo que se dice de ella, ya que, esta posición d e no saber lo que se dice de ella es, propiamente, lo que debe ser dado vuelta en el análisis, lo que debe ser forzado en el análisis, lo que hace que el análisis abra un nuevo camino al progreso del saber. Se puede decir que el analista pauta su misión no progresando, justamente, allí donde está el punto vivo donde debe consagrarse su esfuerzo.

He venido desde lejos para abrochar este punto central y una de las utilidades del empleo de esta álgebra, que hace que este objeto, yo lo etiqueto con esta letra **a** . Una de las funciones de este empleo o de la notación algebraica es que está permitido seguir su hilo, como un hilo de oro desde los primeros pasos de esta marcha que es mi discurso y que consagrándome primero a enganchar el punto vivo, el punto de partición de lo que es el análisis y de lo que no lo es, habiendo comenzado por el estadio del espejo y la función narcisismo, si desde el principio llamé esta imagen alienante alrededor de la cual se funda este desconocimiento fundamental, que se llama el yo. Lo llamé ***i***(**a**); la imagen del self(36), también hubiera bastado. Eso no habría sido más que una imagen. Lo que debía demostrar que no era más que imaginario ya estaba suficientemente indicado. Llamé a eso desde el principio ***i***(**a**), lo que es, en suma, superfluo, redoblando la indicación que hay en la identificación de la alienación fundamental, nos desconocemos de ser yo. (**a**) está en el paréntesis, en el corazón de esta notación. Está claro que es ahí que está indicado que hay alguna otra cosa. La **a**, precisamente, en el corazón de esta captura y que es su verdadera razón. Hay, pues, un doble error: error del espejismo de la identificación y desconocimiento de lo que hay en el corazón de ese espejismo que lo sostiene realmente, lo he indicado hoy por primera vez, que van a verlo retornar hoy en la continuación de este discurso, **a**, referencia, simple indicación, no doy aquí la razón de esto y ustedes van a verlo surgir, **a** es del orden de lo real.

Tuve durante mi seminario cerrado la satisfacción de ver agrupar por alguien, hasta la fecha de hoy cubrir, cubrir casi todo el campo de lo que articulé y planteé sobre el . Cubrir las cuestiones que este agrupamiento deja abiertas. Indico, de paso, para todos aquellos de los que puedo, por razones de masa, de relación entre la cantidad y la calidad, como se dice y por otra parte, lo que hace que el hecho de que la calidad cambia en un auditorio, que sea demasiado amplio y difuso. Me excuso ante aquellos que no convoco a estos trabajos, de los que espero que tomen el tono de un intercambio, de un trabajo de equipo, ese del que hablo debido al Señor Green. Seguramente no estableció el diálogo si no es conmigo, ya que se trataba de decir lo que yo había dicho hasta aquí del objeto   para interrogarme. Y la pertinencia aquí basta para imponerme de entrada la adecuación. Sin eso, ¿para qué interrogarme?. La pertinencia de las cuestiones es de aquellas, las cuales espero poder dar satisfacción este año. También que todos aquellos que no asisten a estos seminarios sepan que aquí la solución es simple, el problema de la comunicación. Basta que esta especie de pequeño informe sea difundido para que también sirva a todos para señalar lo que yo podría insertar ahí como respuestas a continuación.

En otros casos donde el diálogo sería el debate de articulación, que remitan ser resumidos en un protocolo —igual será simplemente una cuestión de plazo—, que quedará de lo que quede ser articulado como lineamiento, red obtenida de esta discusión, será comunicada igualmente.

No se trata, pues, en absoluto, en el seminario llamado cerrado, de esoterismos, de algo que no esté a disposición de todos.

He partido hoy de estos dos términos, recordados en el discurso al cual hice alusión, a saber, que es desde el origen de mi surco crítico, en la articulación del análisis que debemos puntualizar aparecer lo que culmina ahora en la articulación del objeto , el yo función de desconocimiento. Importa ver hasta dónde cediendo en relación a lo que se llamó antes de Freud —tomemos a Janet como referencia— la función de lo real. Lo importante es subrayar esta tarea constitutiva del yo contrariamente a lo que se afirma, el yo en Freud no es la función de lo real, incluso si juega un rol en la afirmación del principio de realidad, lo que no es, en absoluto, lo mismo. El yo es el aparato de la percepción—conciencia; *Wahrnehmung-bewusstsein*.

Ahora bien, si desde siempre el problema del conocimiento gira y vira alrededor de la crítica de la percepción es que desde nuestro lugar de análisis, precisamente, no podemos entrever esto que se traiciona en el discurso filosófico mismo, porque siempre, —al fin de cuentas—, en el discurso que arrastra las claves de lo que refuta y el discurso insensato de los analistas sobre el objeto pregenital, nos deja surgir aquí, allá, las articulaciones que permitirán situarlo correctamente. Ahí esta lo que debemos prever, algo sorprendente que debería ser desde hace mucho tiempo parte de nuestro patrimonio y haberlo puesto a disposición de todos. Quien no sabe qué corta es la inteligencia del hombre y en primer plano aquello que, justamente, guiados por el progreso del contexto científico, se han puesto a estudiar la inteligencia allí donde debe ser tomada, en el nivel de los animales, que nosotros somos ya recompensados cuando sabemos determinar el nivel de la inteligencia, por la conducta del desvío. Les pregunto, en cuanto la inteligencia, ¿donde está el grado de más que el hombre alcanza?. Hay un grado de más, hay lo que encuentra en el nivel de la primera articulación talesiana, (de Tales), a saber, que algo, una medida se determina en relación a otra cosa por estar con esta otra cosa en la misma proporción que una tercera a una cuarta. Y es ahí estrictamente el límite de la inteligencia humana, porque está ahí solamente lo que ella toma con sus manos. Todo el resto de lo que ubicamos en este dominio de la inteligencia y, fundamentalmente, lo que culminó en nuestra ciencia, es el efecto de esta relación, de está captura en algo que yo llamo el significante, cuyo alcance, cuya función, cuya combinación sobrepasada en sus resultados, lo que el sujeto que lo maneja puede prever de esto. Pues contrariamente a lo que se dice, no es la experiencia la que hace progresar al saber. Son los impasses donde el sujeto está puesto por ser determinado por la mandíbula diría, del significante. Si la proporción, la medida, la aprehendemos al punto de creer y, sin duda, a justo título que esta noción de medida es el hombre mismo. El hombre está hecho —dice el presocrático— el mundo está hecho a la medida del hombre. Desde luego, ya que el hombre es ya la medida y no es más que eso. El significante, he tratado de articularlo para ustedes durante estas últimas lecciónes no en la medida. Es, precisamente, ese algo que al entrar en lo real introduce ahí el fuera de medida, lo que algunos han llamado y llaman el infinito actual.

Pero retomemos, ¿qué significa lo que quiero decir cuando repito, después de haberlo dicho de tal modo, que lo que falsea la percepción si puedo decirlo, es la conciencia?, ¿a qué puede deberse esta extraña falsificación si desde siempre otorgué tanta importancia a captarlo en el registro psicológico, en el nivel del estadio del espejo?. Es que esto es buscarlo en su lugar. Pero, este lugar va lejos. El espejo no se define, no existe más que por esta superficie que divide para redoblarlo un espacio de tres dimensiones, espacio que nosotros consideramos como real, y que lo es, sin duda, no tengo aquí que refutarlo. Me desplazo como ustedes y no tengo el menor pie en el estribo del viaje, taoísta, cabalgando sobre algún dragón a través de los mundos. Pero, justamente; ¿qué debe decirse?, no que la imagen especular no tendría este valor de error y de desconocimiento. Si ya una simetría que se llama bilateral por un plano sagital no cáracterizaría, en todo caso, el ser que esta allí interesado. Tenemos una derecha y una izquierda, que no son, evidentemente, semejantes, pero que, aparentan semejanza, en general. Dos orejas, dos ojos, un mechón, sin duda, atravesado. Pero, en todo caso, se puede hacer la raya al medio. Tenemos dos piernas, tenemos órganos por pares, para un gran número de ellos, no en todos. Cuando se mira de más cerca, a saber, cuando se abre en el interior, están un tanto torcidos. Pero, esto no se ve desde afuera. El hombre, a igual que una libélula, tiene aspecto simétrico.

Es en un accidente de esta especie, accidente de apariencia como dicen los filósofos, que algo se deba desde el principio a esta captura llamada el estadio del espejo. ¿Es que no hay —es la pregunta que nos debemos plantear aquí— una razón más profunda de que parezca este accidente en el hecho de esta captura?. Es ahí, sin duda, que una visita un poco más penetrante, atenta a las formas, podía ponernos en el rastro. Porque en primer lugar, todos los seres vivientes no están marcados por esta simetría bilateral. Es más, nosotros tampoco, porque basta abrirnos el vientre para darnos cuenta de eso. Es más, nos ha sucedido interesarnos en las formas en curso en la embriología. Y allí cuanto más avanzamos, más notamos que lo que llamaba hace un momento, lo que designaba en el término de torsión o, aún, de disparidad o aún, —quisiera servirme de la palabra inglesa tan excelente—, *oddity* domina siempre en lo que constituye la transformación, el pasaje de un estadio otro.

En el año en el que tracé en el pizarrón las primeras utilizaciones de estas formas a las cuales voy a volver ahora, en topología, en que intentaba inscribir para la edificación de mis auditores e indicarles lo que había para extraer de esta, de resonancia, analogía, para introducirlos a lo que hace falta. En fin, ahora se los muestro por ser, propiamente, la estructura de la realidad y no solamente la figura. Cuantas veces aquellos han sido sorprendidos cuando, para ellos, esta tripa de algún toro o *cross-cap*, la mostraba ventrada, ver de algún modo, surgir en el pizarrón una figura que habría podido posar, al primer vistazo, por un corte de cerebro. Por ejemplo, con formas envueltas, tan sorprendentes, hasta en la macroscopía, una etapa del embrión.

Después de todo, abran un libro de embriología, el primero que aparezca, vean las cosas en el nivel en que un huevo, ya en un estadio avanzado de división, nos presenta lo que se llama la línea primitiva luego este puntito que se llama el nudo de Hensen.

En fin, no, de todos modos bastante sorprendente que eso se parezca, muy exactamente a lo que muchas veces los dibujé bajo el nombre abreviado de un gorro cruzado, de un *cross-cap*.

No voy, ni por un instante, a deslizarme en esta filosofía de la naturaleza. No es de esto de

lo que se trata. De todos modos, no podemos hallar ahí más que un índice de algo que indica que, quizás, en las formas de la vida hay como una especie de obligación, de simulación de alguna estructura más fundamental. Pero, lo que esto simplemente nos indica, y que debe ser retenido, es que no es legítimo reducir el cuerpo al sentido propio de ese término, a saber, lo que somos y ninguna otra cosa. Somos cuerpos. De reducir las dimensiones a aquella de los que en el último término de la reflexión filosófica, Descartes ha llamado la extensión. Esta extensión en la teoría del conocimiento está allí desde siempre. Está ahí desde Aristóteles. Está allí al inicio del pensamiento que se llama con el nombre —tengo horror de estas estupideces— de Occidental. Es la de un espacio métrico de tres dimensiones homogéneas. Y desde el inicio lo que esto implica es una esfera sin límites, sin duda, pero, constituida, de todos modos, como una esfera. Voy enseguida, espero, a poder preciar lo que quiero decir. Esta aprehensión correcta de un espacio de tres dimensiones homogéneo y cómo se identifica a la esfera siempre límite, incluso si ella puede siempre extenderse, es alrededor de esta aprehensión de la extensión que el pensamiento de lo real, aquel del ente, se ha organizado. Como dice Heidegger, esta esfera era el supremo y último ente, el motor inmóvil.

Nada cambió en el espacio cartesiano. Esta extensión fue, simplemente, impulsada por él a sus últimas consecuencias. Es, a saber, que le pertenece de derecha todo lo que es cuerpo y conocimiento del cuerpo, y es por lo que la física de las pasiones del alma está fallada en Descartes, porque ninguna pasión puede ser una afección de la extensión, un afecto de la extensión. Sin duda, hay allí algo muy seductor desde siempre. Vamos a verlo.

La estructura de este espacio esférico, está allí el origen de esta función del espejo puesto al principio de la relación de conocimiento, el que está en el centro de la esfera a saber, monstruosamente refinado en sus paredes: Microcosmos respondiendo al Macrocosmos.

Así la concepción del conocimiento, como adecuación de este punto misterioso, que es el sujeto, en esta periferia del objeto es de una vez por todas instaurada como un inmenso engaño, en el sentido del problema.

Descartes no ha desconfiado suficientemente del Dios engañador. Piensa poder domesticarlo en el nivel del yo pienso. Y es en el nivel de la extensión que él sucumbe. Pero, también, este engaño no es forzosamente un engaño, es también un límite, un límite dispuesto por Dios. Precisamente, en todo caso, en el *Génesis*, aproximadamente en el versículo quinto, —no tuve tiempo de verificarlo antes de venir del *Berenchit Bara Eloim*—, hay un término que está ahí estrepitoso desde el fondo de las eras y que, seguramente, no ha escapado desde los comentarios rabínicos. Es el que San Jerónimo tradujo por *firmamentum*, el firmamento del mundo, ese más allá del cual Dios ha dicho: no pasarás. Porque no olviden que hasta una época reciente la bóveda celeste era lo que había de más firme. Eso no cambió. No es, un absoluto, porque conciba que se puede navegar siempre más lejos, que es menos firme, se trata de un otro límite en el pensamiento, de aquel que articula eso en carácteres hebreos: Rakia(37). Rakia separa las aguas superiores de las aguas inferiores. Se entendía que para las aguas superiores el acceso estaba prohibido. No es que nos paseáramos por el espacio con, —punto que incidentalmente estimo, no reduzco a nada—, que nos paseáramos por el espacio con encantadoras satélites.

Lo que es importante es que, con la ayuda de ese algo que es el significante y su combinatoria, estemos en posición de posibilidades que son aquellas que van más allá, de este espacio métrico. Es desde el día en que somos capaces de concebir como posible, no digo como real, mundos de seis, siete, ocho, tantas como quieran, dimensiones, que hemos reventado a Rakia(38) el firmamento. Y no crean que son bolazos, en fin, cosas con las que se puede hacer lo que se quiera bajo el pretexto de que es ir-real(39). Se cree así que se puede extrapolar. Se estudió la esfera de cuatro, luego de cinco, luego de seis dimensiones. Entonces, no decimos: está bien. Se descubre una pequeña ley así, que tiene el aspecto de seguirse. Entonces, se piensa que la complejidad va a ir agregándose siempre, de algún modo, a sí misma. Y que se puede tratar eso como se trataría una serie. En absoluto. Llegados a siete dimensiones Dios sabe por qué, —es el caso decirlo—, sólo Él, sin duda, todavía, en la actualidad ,—porque los matemáticos no lo saben—, hay un hueso. La esfera de siete dimensiones tiene dificultades increíbles. Estas no son cosas en las cuales tenemos espacio para detenernos aquí. Pero, es para señalarles en retorno, de regreso, el sentido de lo que digo cuando digo: lo real es lo imposible. Eso quiere, preciosamente, decir: lo que queda firmado en el *firmamentum*; lo que hace que, especulando de la manera más válida, más real, —porque vuestra esfera de siete dimensiones es real—, los resiste, no hace lo que ustedes quieren, matemáticos. Igual que en los primeros pasos de Pitágoras, el número que él no había tenido la ingenuidad de creer un producto del espíritu humano, le creó dificultad, simplemente, al hacer la cosa mínima al comenzar por servirse de él para medir algo, hacer un cuadrado. Inmediatamente, el número surge de nuestro primer efecto irracional, en lo que es esto lo que denuncia lo real. Es lo imposible. Es que no se hace con esto lo que se quiere.

Extraje tanta enseñanza de esta primera experiencia, como de aquella de la esfera de siete dimensiones, que no está ahí más que para divertirlos y no para hacer planeta.

Entonces, la cuestión es cómo podemos dar cuenta de esto que está desde siempre al alcance de la mano, de algo que está, sin embargo, también en lo real. Pero que no es en absoluto, como lo pinta la teoría del conocimiento, a saber, ese punto central, ese punto de convergencia, ese punto de reunión, de fusión, de armonía, del que uno se preguntaría por qué tantas peripecias, avatares, vicisitudes, desde el tiempo que estaría allí para recoger al macrocosmos. Es sujeto del cual la primera cosa que vemos, y no se ha aguardado para esto a Freud, es que donde haga acto de sujeto, de sí mismo, dividido, cómo eso puede inscribirse en un mundo de topología esférica. Nuestro único favor es estar en el momento donde quizás, vemos reventar a Rakia(40) en las especulaciones de las matemáticos. Podemos dar al espacio, a la extensión de lo real, otra estructura que la de la esfera de tres dimensiones homogéneas. Seguramente, —fue un tiempo dónde les hice hacer, en un cierto Informe de Roma—, los primeros pasos que consisten en marcar bien la diferencia entre ese yo que se cree yo, —en lo que exige de nosotros fascinado por ese secreto de desvanecimiento, que es el verdadero punto de perspectiva, más allá de la imagen especular, que fascina a aquel que ahí se reconoce, se mira—, la diferencia que hay entre esto y el yo de la palabra y del discurso, de palabra plena como dije, aquel que se compromete en este voto que me atrevo apenas a repetir sin reír: soy tu mujer, o bien tu hombre, o bien tu alumno. En cuanto a mí, jamás hice alusión a esta dimensión, que bajo la forma del tú, que, por supuesto, toda persona que no es absolutamente insensata, que esta especie de mensaje que no se recibe sino del Otro y bajo una forma invertida es aquello sobre lo que insistí al principio, al nivel de mi Seminario sobre el Presidente

Schreber, durante mucho tiempo a propósito de lo que llamé el poder de perforación, de la afirmación consagradora, durante mucho tiempo balanceé alrededor de tú eres aquel que me seguirá—seguirás, que gracias a los d ioses en francés, —gracias a la anfibología de la segunda y la tercera persona del futuro—, no se sabe si hay que escribir *rás* o *rá*. Eso se puede decir, pero, en cuanto a aquel que dice yo soy aquel que te seguirá, pobre imbécil, ¿hasta donde tú me seguirás?: Hasta el punto en que perderás mi huella, o aquel en que tendrá ganas de darme un golpe de..., en la cabeza.

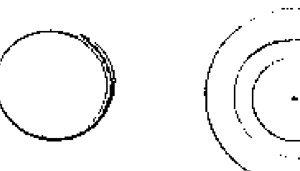
La ligereza de esta palabra fundadora es aquella de la que los humanos hacen uso para intentar existir. Es algo de lo que no podemos comenzar a hablar con alguna seriedad más que porque sabemos que ese Je enunciante es el que está verdaderamente dividido, a saber, que en todo discurso el Je que anuncia, el Je que habla, va más allá de lo que es dicho, la palabra llamada plena, primer momento de mi iniciación. No es aquí más que figura irrisoria de esto. Es que más allá de todo lo que se articula algo habla, que hemos restaurado en sus derechos de verdades. Yo *(moi)* la verdad, yo *(je)*, hablo, en vuestro discurso vacilante, en vuestros compromisos titubeantes, y que no van más lejos que la punta de vuestra nariz. Al sujeto, el Je, este que no sabe, en absoluto, que él es el sujeto del yo hablo. Habla en alguna parte, que llamé el lugar del Otro. Y ahí, es lo que desde siempre nos llega a dar cuenta de una figura, una estructura, que sería otra cosa que puntiforme y que organiza la articulación del sujeto. Es esto lo que nos lleva a considerar de lo más cerca posible lo que debe ser tomado de esta huella, de este corte, de ese algo que nuestra presencia en el mundo introduce como un surco, como un grafismo, como una escritura en el sentido en que ella es más original que todo lo que va a resultar, en el sentido en que una escritura existe ya antes de servir como escritura de la palabra. Es ahí que para dar nuestro salto retrocedemos un paso. No esperamos reventar Rakia(41) en las tres dimensiones. Quizás, de contentarnos con dos, estas dos que nos sirven siempre después de todo, desde el tiempo en que nos batimos con este problema, de que es lo que quiere decir que haya en el mundo seres que se crean pensantes, ya sea sobre el papel de pergamino, tela o papel higiénico que lo escribamos.

¿Qué es, qué quiere decir que haya en el mundo seres que se crean pensantes?. Entonces, vamos a tomar una función ya ilustrada por un título dado a una de esta recopilaciones, por uno de los espíritus curiosos de este tiempo: Raymond Queneau, para nombrarlo, Llamó a uno de sus volúmenes *Borde*, ya que se trata de fronteras, ya que se trata de límites, y eso no quiere decir otra cosa. Borde es límite o frontera. Intentamos captar la frontera como lo que es verdaderamente la esencia de nuestro asunto. Al nivel de las tres dimensiones de una hoja de papel, he aquí la forma más simple de borde.

Es aquella de la que nos servimos desde siempre. Pero, de la cual no hemos prestado nunca, hasta antes de un cierto Henry Poincaré, una verdadera atención. Ya alguien llamado Popilius(42) y muchos otros aún.

Si hacemos esto:

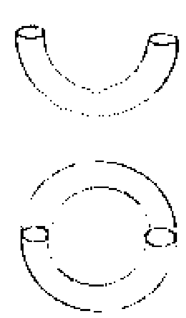
¿Esto es un borde?. Justamente no. Pero, eso no quiere decir que esto no tenga borde. Eso, este trazo tiene dos bordes. O, más exactamente; por convención llamaremos su borde a los puntos que lo ligan. Es, precisamente, en la medida en que lo que ustedes ven ahí, qué se llama también un corte cerrado, no tiene borde, justamente, que es un borde un borde entre lo que está ahí y lo que está ahí. Lo que está ahí, ya que estamos limitados a las dos dimensiones, vamos a llamarlo lo que se es, vamos a llamarlo un agujero. ¿Un agujero en qué? En una superficie de dos dimensiones. Vamos a ver lo que adviene de una superficie de dos dimensiones, que a partir de lo que dijimos hace un rato y que está allí desde siempre es una esfera —no he dicho un globo—, una esfera, lo que resulta en la superficie de la instauración de esto agujero, para verlo, siendo este agujero estable desde el comienzo de la experiencia. Hagamos otros. Es fácil darse cuenta que estos otros agujeros, sobre los cuales nos damos la libertad de movimiento de experimentar lo que va a resultar, de que hay un agujero para los otros agujeros. Todos lo otros agujeros pueden reducirse a ser este punto, sujeto del que hablaba hace un momento.

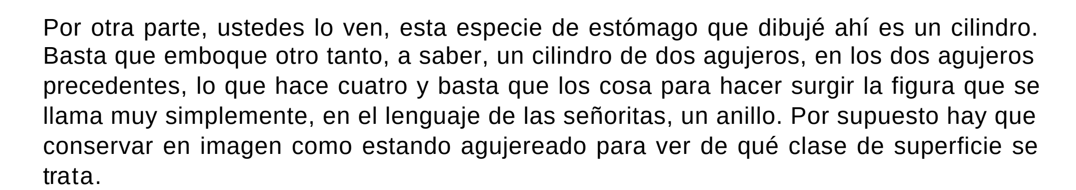


Todos, porque supongan que yo hago esto, es lo mismo. Por grande que sea la esfera puedo agrandar este agujero infinitamente para que vaya a reducirse en el polo opuesto a un simple punto. Esto quiere decir que sobre una superficie determinada por este borde, que llamamos el borde del disco, que esta superficie es una esfera en realidad, todos estos agujeros que podemos practicar son infinitamente reductibles a un punto. Y, además, son todos concéntricos. Quiero decir, incluso, aquí que hago fuera del primer corte, en apariencia. Puede, por traslación regular, ser llevado a la posición de éste. Basta, para esto, pasar por lo que he llamado recién el polo opuesto de la esfera. Y, sin embargo, algo ha cambiado desde que hicimos dos agujeros. Es que a partir de ahora, si continuamos haciendo agujeros, supongamos que hacemos uno así, acá, es un agujero reductible a un punto. Pero, si hacemos uno concéntrico al primer agujero y concéntrico, igualmente, al segundo, allí ese agujero no tiene ninguna oportunidad de evasión que le permita reducirse a un punto. Es irreductible, ya sea que se lo reduzca o que se lo alargue, reencontrará el límite del borde constituido por dos agujeros.

Lo repito. Digo borde en singular para decir que en una etapa siguiente de la experiencia, en la esfera, definí dos agujeros. Y es eso lo que llamo el borde. ¿Lo que quiere decir qué?. Es que una superficie que está dibujada acá, que les es fácil reconocer, incluso si les parece, ya que, se lo puede llamar un disco agujereado, ven algo como un jade chino. Ustedes ver que ella es equivalente aquí. Es lo que se llama un cilindro.

Con el cilindro entramos ya en otro espacio superficial totalmente diferente, porque les presento aquí a mi esfera de dos agujeros. Los dije hace un rato que era totalmente equivalente, que estos agujeros tengan el aspecto o no lo tengan, de concentrizarse, si puedo decirlo, uno al otro. Es exactamente el mismo tabaco.

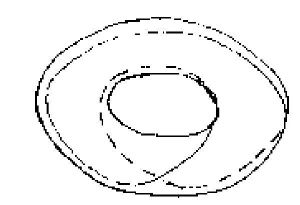




Por otra parte, ustedes lo ven, esta especie de estómago que dibujé ahí es un cilindro. Basta que emboque otro tanto, a saber, un cilindro de dos agujeros, en los dos agujeros precedentes, lo que hace cuatro y basta que los cosa para hacer surgir la figura que se llama muy simplemente, en el lenguaje de las señoritas, un anillo. Por supuesto hay que conservar en imagen como estando agujereado para ver de qué clase de superficie se trata.

Desde hace mucho me he servido de ese toro para articular muchas cosas. Y ustedes reencontrarán este toro por sí sólo y, diría casi intuitivamente, introduce algo esencial para permitirnos salir de la imagen esférica del espacio y de la extensión. Porque, seguramente, no nos imaginamos que hayamos dibujado ahí el verdadero toro de tres dimensiones. Ese toro de dos dimensiones, seguramente, tiene un borde, a saber, que en la medida en que hemos suprimido los bordes del cilindro es uno sin borde. Y como superficie deviene borde de algo que es su interior y su exterior. Pero, es una figura simple que debe darnos la idea de qué analogía de lo que puede advenir del espacio, del espacio esférico, si lo suponemos en su amplitud es su espesor de espacio, diría para hacerme entender por un auditorio hecho no forzosamente al uso de las fórmulas matemáticas, de que esté torcido sobre sí mismo de una manera tórica. Sea coma sea, al tomarlo, —cosa que nos basta—, como modelo al nivel de las dos dimensiones, advertimos que aquí hay, en lo que concierne a lo que podemos dibujar como borde de una dimensión, como cortes, una diferencia de espacio de la naturaleza más clara entre los círculos que pueden reducirse a no ser más que un punto, y aquellos que se van a encontrar de algún modo anillados, trabados, por el hecho de estar, —un círculo, por ejemplo—, trazado como éste a lo largo del toro, o incluso aquí, de anillarlo en lo que llamaremos, si ustedes quieren, su espesor de anillo. Estos son irreductibles. Se los mostraré.

Retomaré lo que ya he articulado en el año del Seminario sobre *La identificación*, de que el toro nos da un modelo particularmente ejemplar para figurar el nudo, el lazo que existe de la demanda al deseo. Basta para esto declarar, —convención, pero, convención de la que ustedes verán la motivación profunda cuando hoya vuelto de las figuras siguientes—, que la demanda debe, a la vez, rizar su rizo alrededor del interior, del interior del anillo, de este anillo que es el toro, volver a rizarse sobre sí misma sin estar cruzada.



Esta es, aproximadamente, la figura que ustedes obtienen. De cualquier manera como ustedes la desanuden es una figura como esta, estando aquí el vacío central del anillo.

Ustedes pueden, entonces, constatar fácilmente que para dibujar tal rizo están en la obligación de hacer, al menos, dos rizos, diría, sobre el vacío interior del anillo. Y para que estos rizos se reúnan, hacer un giro alrededor del otro vacío. Es decir, hacer dos **D**, al menos, más una **d** o, inversamente, dos **d** más una gran **D**. Dicho de otro modo, un deseo supone siempre, al menos, dos demandas; una demanda supone siempre, al menos, dos deseos.

Ahí está, lo he articulado hace un tiempo y que retomaría,—no lo recuerdo aquí, más que para puntuar el elemento sobre el cual vamos a poder volver de un modo que quizás de a esta figura su opacidad.

Es importante ir más lejos antes de que los deje. Es, a saber, para mostrarles lo que constituye, hablando con propiedad, el descubrimiento de esta topología, que es absolutamente esencial para permitirnos concebir el lazo que existe entre este surco del sujeto y toda lo que podamos enganchar ahí de operatorio y fundamentalmente, el espejismo que constituye esto que ha quedado de residuo en el fondo del psicoanálisis, como un resto de la vieja teoría del conocimiento y ninguna otra cosa. La idea de la fusión autoerótica de la primordial unidad supuesta del ser pensante, ya que de pensar se trata en el inconsciente, con aquella que lo lleva, como si no fuera suficiente que la embriología nos muestre que es del huevo mismo que surgen estas envolturas que no hacen más que una, que son contiguas con los tejidos del embrión, que están hechas de la misma materia original, como si desde los primeros trazados de Freud, —aquellos mismos de los que parece que jamás los hubiéramos podido surcar—, no era evidente a nivel del *Hombre de los lobos*, recuerden, el *Hombre de los lobos* que había nacido con gorro(43).

¿No tiene esto una importancia capital en la estructura tan especial del sujeto, como este hecho que lo arrastre hasta después de lo pasos franqueados, los últimos pasos del análisis de Freud, esta especie de resto que sería la envoltura, esta obnubilación, este velo, ese algo por el que se siente como separado de la realidad?. ¿No lleva todo la huella que es la situación primitiva del ser de que se trata, es de su encierro, de su envolvimiento, de un cierre en el interior de sí mismo, incluso si se encuentra en relación a otro organismo, —es una posición que los fisiólogos no han desconocido en absoluto—, que no es de simbiosis, sino de parasitismo, que aquello de lo que se trata en la pretendida fusión primitiva es, por al contrario, ese algo que es para el sujeto de un ideal siempre buscado, de la recuperación de lo que constituiría su cierre, no su abertura primitiva?.

Es una primera etapa de la confusión. Pero, esto no es decir, por supuesto, que debamos detenernos aquí y creer, como Leibniz, en la mónada. Porque, en efecto, si este complemento nos demora siempre en buscar como una separación jamás alcanzada, aquello cuyas huellas tenemos, efectivamente, en la clínica, lo que queda, sin embargo, es que el sujeto está abierto y que lo que se trata de hallar es, precisamente, un límite, un borde, un borde tal que no sea uno, es decir, un borde que nos permita trazar algo sobre su superficie, que esté constituído como borde. Pero, que en sí mismo no sea un borde. Ustedes pueden, lo han visto ya, trazarse la figura en ocho invertido sobre el toro. Ella corta al toro y lo abre de una cierta manera torcida, pero que lo deja en un sólo fragmento. Y este toro reconstituido es un borde. Tiene un interior y un exterior.

Podemos, pues, extraer modelo y enseñanza da una cierta función de borde que se inscribe sobre algo que es un borde. Tenemos necesidad de una función de borde determinante de los efectos análogos, aquellos que yo he descripto sobre la superficie de una diferenciación, entre los bordes que podrán ser trazados a continuación, tenemos necesidad de eso sobre algo que no sea el verdadero borde, a saber, que no determine ni exterior ni interior. Es, precisamente, aquello que nos da la figura que llamé hace un rato, sobre una hoja, esta especie de gorro cruzado o *cross-cap*. Esta figura, diría, está demasiado avanzada en relación a lo que tenemos que decir. Lo que quiero subrayar hoy antes de dejarlos, esto es que una de las dos superficies que se producen cuando sobre esta falsamente carrada, falsamente abierta, es lo que llamé el *cross-cap*, trazamos el mismo borde en ocho invertido, que describí antes. Obtenemos dos superficies, pero, dos superficies que son distintas una de la otra, a saber, una es un disco, la otra una banda de Moebius.

Ahora bien, lo que esto va a permitirnos obtener, a continuación, son bordes de una estructura diferente. Todo borde que sea trazado sobre la banda de Moebius dará cualidades absolutamente diferentes de aquellos que son trazados sobro el disco. Y, sin embargo, les diré cuales la próxima vez. Y, sin embargo, el correlato irreductible desde que tenemos que ver con el mundo de lo real de tres dimensiones, del mundo marcado por este signo de lo imposible, en vista de nuestras, estructuras topológicas, Este disco ocupa una función determinante respecto a lo que es lo más original, la banda de Moebius.

¿Qué representa en esta figuración la banda de Moebius?. Es lo que podremos ilustrar la próxima vez, lo que ella es, es decir, pura y simplemente corte. Es decir, soporte necesario para que tengamos una estructuración exacta de la función del sujeto, del sujeto en tanto que esta potencia auscultadora, esta captura del significante sobre sí mismo, que hace al sujeto necesariamente dividido y que necesita que todo resorte en el interior de sí mismo no haga ninguna otra cosa incluso llevado a su mayor extremo, que reproducir cada vez más oculta a su propia estructura. Pero, la existencia está determinada por su función la tercera dimensión o, más exactamente, en lo real, donde ella existe. El disco, lo demostraré, se encuentra en posición de atravesar necesariamente como real esta figura que es la banda de Moebius en tanto que ella nos torna posible al sujeto. Este atravesamiento de la banda sin derecho ni revés nos permite dar una figuración suficiente del sujeto como dividido. Este atravesamiento da, precisamente, la división del sujeto mismo en el centro, en el corazón del sujeto. Hay este punto que no es un punto, que no es sin dejar al objeto central. Subrayen este no sin que es el mismo nivel que aquel del que me serví para la génesis de la angustia. Este objeto, su función en relación al mundo de los objetos la designaremos la próxima vez. Ella tiene un nombre, se llama el valor. Nada en el mundo de los objetos podría ser retenido como valor si no hubiera, en absoluto, ese algo de más original que es que él es un cierto objeto que se llama el objeto y cuyo valor tiene un nombre, valor de verdad.



12 de Enero de 1966

Quiero saludar la aparición de los *Cahíers pour l'analyse*, de la intención de mis auditores de la *École Normale Supérieure* no puedo decir bastante. Las agradezco por la colaboración, por esta presencia, que es para mi el sostén más grande.

Contrariamente a lo que pude oír, aunque fuese como eco por haber sido omitido muy cerca de mi, quiero decir, entre aquellos que son mis alumnos, la teoría, —la teoría tal como la hago aquí, tal como la construyo— la teoría no podría, de ningún modo, ser puesta en el rango del mito. La teoría, en la medida en que es teoría científica, se pretende y se prueba no ser un mito. Se pretende en la boca de aquel que habla y que la enuncia, cuyo registro no se podría sino integrar en toda la teoría de la palabra, de la dimensión más allá del enunciado, de la enunciación.

Esto es porque en el origen de la teoría no es en vano saber en nombre de quién se habla. No es un accidente que yo hable en nombre de Freud y que otros tengan que hablar en nombre de aquel que porta mi nombre. Cuando enuncio, por ejemplo, como no verdad anunciar en el nombre de una cierta fenomenología que no hay otra verdad del sufrimiento que el sufrimiento mismo, digo: esto es una no verdad, en tanto que no se ha probado que lo que se dijo en nombre de Freud, de que la verdad del sufrimiento no es el sufrimiento mismo, sea una falsedad inventada.

Dicho esto, el nacimiento de la ciencia no queda enteramente suspendido al nombre de aquel que la instaura, porque la ciencia no se pretende solamente no ser de la estructura del mito, ella prueba no serlo. Se prueba en que ella demuestra ser de otra estructura y esto es lo que significa la investigación topológica, que es la que prosigo aquí, que retomo hoy de la última vez en que la detuve sobre la estructura del toro, en tanto que construido por la juntura, donde los dos agujeros sobre la superficie llamada topológicamente esfera que pienso que ustedes no confunden con el globo de los niños y aunque tenga, por supuesto, las más grandes relaciones con él, no inflado, incluso reducido en vuestro bolsillo al estado de pañuelito, es siempre una esfera.

Terminé con alguna prisa, sin duda, limitado por el corte, el tiempo que gobierna para todas las cuestiones nuestras relaciones. Me quedé en el corte sobre la superficie del toro, de un borde, de un borde cerrado, el que instaura ahí la repetición mínima. Una vuelta no basta para entregarnos la esencia de la estructura del toro. Una vuelta hace reaparecer la hiancia de las dos agujeros sobre los cuales está construida. Restituye, con estos dos agujeros, la abertura de lo que definimos al principio como la banda cilíndrica, a saber, lo que pienso no tener que volver ahí hoy —y que todos los que están acá estuvieron allí la última vez, para los otros, Dios mío, tanto peor, que se informen.

Dije que los dos agujeros, cualquiera sea, sobre la esfera, son siempre concéntricos, incluso si parecen, a primera vista, ser lo que se llama exteriores. Son siempre concéntricos y crean esto que dibujo aquí, que se llama la banda, que llamaremos por convención aquí para servirnos de allá, la banda cilíndrica. Topológicamente, que esto sea, se los dije la última vez, un jade chato y perforado; todo eso porque es una figura bajo la cual esta banda puede aparecer, y aparecerse, efectivamente, y no sin razón, en el arte, o en lo que se llama el arte, puede ser, pues a la vez, esta forma chata, perforada en el centro o un cilindro. Topológicamente es equivalente.

Una vuelta, entonces, sobre el toro, corte hecho así, por ejemplo o también hecho así, tiene simplemente por efecto reenviarlo a la estructura de la banda cilíndrica y no revela en absoluto de esto, digamos, la propiedad. Hacen falta dos, muy cómodo para soportar para nosotros la necesidad de la repetición para lo que va a representar el toro, pero, entonces, para que este corte se cierre es necesario que se agregue, digamos, la vuelta hecha alrededor de la segunda vuelta, lo que define la estructura del toro, quiero decir, intuitivamente.

Yo mismo estoy molesto por deber proseguir este discurso en términos que apelan a vuestro ojo, a vuestra intuición de lo que es este anillo hueco el toro. Pero, saquemos provecho de este soporte de la intuición. Y, después de todo, él responde al fundamento de la estructura para que el corte se cierre habiendo hecho dos vueltas alrededor del agujero. Si ustedes quieren llamémoslo circular. Es necesario haga también este corte una vuelta alrededor del agujero, llamémoslo así, el nombre no es, quizás, él mejor, pero que haya aquí para ustedes imagen, figura del agujero central.

Convencionalmente vamos a representar —digo representar en el nombre del término representante si este representante merece ser llamado de representación lo veremos después—, representante tiene la ventaja de decir acá lugarteniente, lo que quiere decir que nada está zanjado sobre el tema de la función de representación que también, quizás, lo que acá se define, se recorta, se afirma, como corte, puede muy bien hasta nueva orden ser tomado a la letra, por ser realmente aquello de lo que se trata. Es por esto que el término representante por el momento, nos basta.

Esto es, pues, lo que se va a producir cada vez que la repetición que es esta vuelta que por convención vamos a asimilar a la vuelta de la demanda, dos **D** no podría ir sin que para que la curva sea cerrada, bien se hiciera la vuelta del agujero central. Dos **D** no va sin **d**. O si ustedes hacen el corte, de otro modo, lo que es también concebible, pienso, —es necesario que haga las cosas un poco más rigurosamente para que yo no esté totalmente...— lo que es también concebible, una **D** —una demanda— para que el corte sea cerrado implica dos vueltas del agujero central, que llamaremos el equivalente de dos **d**. La demanda y el deseo es lo que en el curso de nuestra construcción preparada desde hace tiempo y cuando introdujimos, lo más cerca de la experiencia analítica, los términos Función y Campo De La Palabra Y Del Lenguaje, a que vamos a dar la parte que es

esencial de la experiencia analítica. No solamente su intermediario, su instrumento, su medio, sino, seguramente, hay que tener en cuenta que no hay, en último término, otro soporte de la experiencia analítica que esta palabra y este lenguaje. Decir, si puedo decirlo, que la sustancia es palabra y lenguaje, ahí está el dato sobre el cual hemos edificado esta primera restauración del sentido de Freud. Pero, por supuesto, eso no está ahí para decirnos todo. Lo que, finalmente, la topología del toro viene a soportar es dándonos imagen, permitiéndonos intuir esta divergencia que se produce del enunciado de la demanda a la estructura que la divide y que se llama el deseo, es un modo para nosotros de soportar la que nos da una experiencia cuyos presupuestos objetivos deben profundizarse. La experiencia psicoanalítica en esta etapa de estructura, que hacemos acá soportar mediante el toro y que es, decía, el primer tiempo que di a mi reconstrucción de la experiencia freudiana en un sentido, Función y Campo De La Palabra Y Del Lenguaje, es asegurarla sobre el fundamento del puro simbólico. Y si el toro no basta para dar cuenta de la dialéctica del psicoanálisis mismo, si, después de todo, sobre el toro podemos creernos obligados a tirar eternamente en este ciclo de los dos términos, al uno desdoblado, el otro enmascarado de la demanda y del deseo, si es necesario que hagamos algo de esto, si puedo decir, de este corte, y si es necesario que veamos adónde nos lleva, a saber, cómo de este círculo, de este borde que según la formula propia de todo borde es un sin borde, es decir, girará siempre y sin fin sobre sí mismo.

¿Qué se puede reconstruir con la utilización de corte de este borde?. Un momento detengámoslo, pues, antes de dejarlo con esta estructura, —ustedes me vieron vacilar porque iba a decir esta forma— y en efecto, en la medida en que vamos a dejarla para pasar a otra estructura, ella se destaca como una forma en el momento en que cae. Detengámonos ahí un momento para entrever cómo, incluso, fue posible que nos retenga, que nos retenga necesariamente, porque no es un vano desvío, sino, pasaje obligado en muestra construcción de la teoría. Si debimos volver a partir de Función y Campo De La Palabra Y Del Lenguaje como el punto inicial, este puro simbólico se inscribe en las condiciones que hacen que sea al neurótico, —y yo diría el neurótico moderno—, modo de manifestación del sujeto no mítica, sino históricamente fechado traído en la realidad de la historia; seguramente en una cierta fecha incluso si esta no es fechable no vamos a extraviarnos sobre lo que eran los obsesivos en tiempos de los estoicos. A falta de documentos seremos prudentes en hacer eventualmente de esto alguna reconstrucción estructuralmente modificada.

No es esto lo que nos importa. Porque este neurótico moderno, creemos, no carece de correlación con la emergencia de algo, de un desplazamiento del modo de la razón en la aprehensión de la incertidumbre que es la que hemos buscado cernir alrededor del momento histórico, del cogito cartesiano. Este momento es inseparable también de esta otra emergencia que se llama la fundación de la ciencia. Y al mismo tiempo, la intrusión de la ciencia en este dominio que ella trastorna, que ella fuerza, diría que es en un dominio que tiene un nombre perfectamente articulable, que se llama el de la relación a la verdad. Los mitos, los lazos a las escotaduras, —si puedo decir—, de la función del sujeto, en tanto que ella es introducida así en esta relación a la verdad, tienen un estatuto que intenta solamente esbozar para ustedes la medida en que es útil a nuestro propósito, porque sin él es imposible concebir ni la experiencia como tal, ni como estructura del neurótico moderno, que incluso que no lo sepan es coextensivo de esta presencia del sujeto de la clínica, además de que en la medida que su estatuto clínico y terapéutico le es dado por el psicoanálisis. Por paradójico que esto les parezca, afirmo que no existe, —por singular que esto les parezca—, no existe, diría, completado más que por la instancia de la clínica y de la terapéutica psicoanalítica. A lo que ustedes van, legítimamente, ya que dije completado, a decir que la praxis, psicoanalítica es literalmente el complemento del síntoma. ¿Y por qué no?, y que también es por la aprehensión de una cierta perspectiva, de una cierta manera de interrogar el sufrimiento neurótico, que, efectivamente, se completa en la cura la síntomatología. Freud lo subrayó y a justo título, el hecho de que pueda, igualmente completarse en otra parte, a saber, incluso antes de que Freud hubiera completado su experiencia —había habido cierta manera para el neurótico de concretar sus síntomas: con el señor Janet— no va en contra, se trata, justamente, de saber lo que podemos retener de la estructura janetiana para la constitución del neurótico como tal.

Pero, después de todo, les digo a continuación, no vacilen por eso. Esta especie, no diría de idealismo, sino de relativismo del enfermo a su médico, harían bien de no precipitarse ahí, porque no es, en absoluto, eso lo que digo, a pesar de que sea eso lo que le haya oído, porque un poquitito prematuramente introdujo esta función de la clínica psicoanalítica en las reuniones de mi Escuela y donde, por supuesto, instantáneamente recogí esta interpretación de la complementación del neurótico con el clínico y que, en verdad, esperaba más de aquellos que me oyen. Es, quizás, también para mi un poco excesivo esperar tanto, ya que también estuve forzado, a título de exposición, a pasar por este término de completar del que ustedes verán cómo podrá ser corregido, cuando, justamente haya podido progresar con otra estructura. Es una complementación, quizás pero que no es de orden homogéneo. Es lo que nos va a entregar la estructura siguiente. Entiendo que voy a reintroducir acá la banda de Moebius.

Sea coma sea, marquen bien ahí ya lo que hay de disparidad fundamental. Ya es lo que es sensible, inscripto, viviente, y que ha hecho la inmensa resonancia del psicoanálisis, incluso bajo las formas imbéciles en que se presentó al principio.

Cuando dije que la entrada del modo del sujeto, que instaura la ciencia, trastorna y fuerza el dominio de la relación a la verdad, observen que en la palabra dada en el psicoanálisis al neurótico como tal, lo que él representa para emplear mi término de recién, es, sin duda, algo que llama, que se manifiesta en el primer plano como demanda de saber y en tanto que esta demanda se dirigía a la ciencia. Pero, lo que se introdujo con el psicoanálisis, decididamente, del lado de aquel que se autoriza y se soporta de ser acá sujeto de la ciencia, sepa o no en que, en la medida en que se compromete como responsabilidad, es necesario decirlo, no tiene siempre el aspecto de saberlo, aunque se jacte de esto. Pero, lo que es original es que la palabra es la palabra dada a aquel que llama el neurótico como representante de la verdad. El neurótico, para que el psicoanálisis se instaure, tiene lo que llamaremos —en el sentido amplio en que empleo este término—, un sentido y no es otra cosa que la verdad que habla, lo que Ilamé la verdad cuando le hice decir hablando en su nombre: Yo, la verdad, hablo.

Ahí está aquello sobre lo cual se nos demanda detenernos y lo más cerca, porque aquel que escuchamos la representa: tal es la dimensión nueva. Su originalidad se mantiene en esta disparidad, que este crédito absolutamente insensato que se da a una manifestación de palabra y de lenguaje se da en la ciencia, en tanto, precisamente, que la ciencia, en este desplazamiento fundamental que la instaura como tal, excluye para el sujeto de la

ciencia, del que no se trata sino de suturar las hiancias, las aberturas, los agujeros por los que, como tal, va a entrar en juego este dominio ambigüo, inasible, bien señalado desde siempre por ser el dominio del engaño, que es aquel donde, como tal, la verdad habla.

Es a esta juntura, a esta embocadura extrema, que se trata de dar su estatuto, Lo repito: sin duda tuve demasiadas ocasiones de darme cuenta de cómo es necesario insistir para hacerme entender. La verdad como tal es incitada, es convocada, ya no a ser tomada como en la emergencia del estatuto de la ciencia como problemática, sino, a venir —puedo decirlo—, a liquidar su causa ella misma ante el tribunal, ella misma a plantear el problema de su enigma en el dominio de la ciencia. Esta relación a la verdad no podría ser eludida. No es por nada que tenemos una lógica que se llama moderna, lógica llamada proposicional. Esbozada incluso, —se podría decir, y creer, en la medida en que hay también que dar crédito, tan pocos documentos tenemos— esbozada, dije por los estoicos. Reposa esta lógica cuya importancia de manifestación ustedes se equivocarían al minimizar, porque si, incluso, tardía en la construcción de la ciencia, ha ocupado en nuestras preocupaciones presentes este lugar extraordinario, que no hace menos que revelar una problemática que, sin duda, resuelve los primeros tiempos de la ciencia marchando, no nos reúne por azar al encuentro donde la hallamos ahora. Sin poder, incluso, decir de esto cualquier cosa que recuerda a aquellas que saben la complejidad, la riqueza y los desgarramientos, las antinomias que ella instaura. Recordaré simplemente como punto de referencia a aquello a lo cual, si puedo decir, ella reduce la función de la verdad. Es *Aletheia*, esta figura ambigüa de lo que no podría revelar sin ocultar. Esta *Aletheia* de la que un Heidegger nos recuerda, en un pensamiento que es el nuestro; la función inaugural. Y nos recuerda de volver ahí, debo decir, no sin una extraña torpeza de filósofo, porque en al punto en que estemos me atrevo a decir que nosotros, psicoanalistas, tenemos más para decir de esto que lo que Heidegger dice del Sein aún barrado por su relación al *Wesen*.

Dejemos esto de lado un instante y digamos que a la *Aletheia*, es por eso que la reintroduje, desde los estoicos se opone a *Alethés*, lo verdadero en neutro, atributo.

¿Qué puede querer decir lo *Alethés* de las máquinas de *Aletheia?*

Naturalmente, no soy de todos modos, yo quien introdujo por primera vez esta cuestión. Digamos que toda la lógica, la lógica proposicional moderna que ustedes, pueden, abriendo cualquier manual, ya se llame simbólica o no, ustedes verán constituirse el juego de lo que se llama la operación lógica, Por ejemplo conjunción, disyunción, implicación, recíproca, exclusión. En ninguna parte encontrarán; sin embargo, se los digo de paso, la función lógica que introduje el año pasado, el anteúltimo año, bajo el nombre de la alienación. Volveré a eso.

Estas operaciones se fundan, se definen de un modo que se llama puramente formal a partir de la posibilidad de calificar un enunciado como *Alethés*, verdadero a falso. En otros términos, de darle un valor de verdad. La lógica más común, aquélla de la verdad que dura desde siempre y que tiene, quizás, algún título para durar, es una lógica bivalente. Un enunciado es: o verdadero o falso.

Hay fuertes razones para presumir que esta manera de tomar las cosas es totalmente insuficiente, como, por otra parte, —hay que reconocerlo— se han dado cuenta los lógicos modernos. De ahí su tentativa edificar una lógica multivalente.

Bien, ustedes saben que no es cómodo. Y, por otra parte, diría provisoriamente, eso no nos interesa. Lo interesante es saber simplemente qué se construye, una lógica sobre el fundamento bivalente de *Alethés*, verdadero o no, y que se puede construir algo que no se limita en absoluto, a la tautología. Lo verdadero es verdadero, lo falso, falso. Lo que se puede extender sobre sus páginas y páginas y que, supuesto, tomando fuertemente referente a la tautología no se construye menos algo de esto donde se gane terreno. Es exactamente el mismo problema que lo que, se puede decir, la matemática, es una tautología desde un cierto punto de vista lógico. Pero, no es menos cierto que es una conquista, un edificio justamente fecundo y cuyos hechos, los apogeos, los desarrollos, llámenlos como quieran, son totalmente su sustanciales, existentes en vistas de las premisas se ha, efectivamente, construido algo, se te ganado un saber. La relación a la verdad es en otros términos, saturada acá, por la pura y simple referencia al valor. Que esto se pregunte más cuando se pregunta qué es ser verdadero, por supuesto, el pensamiento llamado positivista o neopositivista ira ahí a recurrir a la referencia. Pero, estos recursos a la referencia en tanto que eso seria la experiencia o lo que sea del orden de una objetalidad experiencial, será siempre insuficiente, como es fácil demostrarlo cada vez que se tome esta vía, porque no se podría con esa sola referencia explicar ni el mecanismo, ni las partes, ni el desarrollo, ni las crisis, de toda la construcción científica.

Debemos recordar para tener solamente una sana lógica, no podemos completamente eliminar la simple relación al ser en sentido aristotélico, que dice que es verdadero —es decir que lo que es, es—, y no que existe; que lo falso es decir que lo que es no es, que no es que sea. Se instaura una salida, entonces, a esta referencia al ser ahí. La salida russelliana, la del evento, que es totalmente otra cosa que el objeto. La apuesta es sostenida por Russell, cuya sola referencia eventual, a saber la del recorte espacio-temporal, es algo que podemos llamar un encuentro, desde entonces se definirá lo verdadero como la probabilidad de un evento cierto; lo falso como la probabilidad de un evento imposible. No hay más que una debilidad en esta teoría, en este registro, es que hay, y es acá que volveremos a poner en juego nosotros, analistas, una espectro de encuentro que es aquel del que les hablé el primer año en que hablé aquí, inmediatamente después de la repetición es, precisamente, el encuentro con la verdad. Imposible, pues, eliminar esta dimensión que describe como aquella del lugar del Otro, donde todo lo que se articula como palabra se plantea como verdadero, comprendido allí, incluso, la mentira, la dimensión de la mentira, contrariamente a la de la simulación, siendo, justamente, por tener el poder de afirmarse como verdad.

En la dimensión de la verdad, es decir, la totalidad de lo que entra en nuestra campo como hecho simbólico, la verdad antes de ser verdadera o falsa, —según criterios que les indiqué—, no son simples de definir, ya que siempre hacen entrar, por un lado, la cuestión del ser y, por el otro, la del encuentro, justamente como lo que está en cuestión, con la verdad. Y la verdad entra en juego, restaura y se articula como primitiva ficción alrededor de la cual va a tener que surgir un cierto orden de coordenadas de las que se trata, para no olvidar la estructura antes de que cualquier cosa pueda seguirse validamente de su dialéctica, y es esto lo que está en cuestión.

Es aquí que deviene fascinante lo que se sigue como obra, como estrechamiento, como trama, sobre este punto que llamé el punto de embocadura de la verdad y del saber.

Si el año pasado tomamos tan largamente, en tan gran medida en cuenta temas de Frege, es que él intenta una solución —una entre las otras, pero esta especialmente reveladora para nosotros por ir en un sentido radical. Cuando entrevimos gracias a alguno de aquellos que tienen a bien responderme aquí, lo que vimos es que al nivel de la concepción del concepto todo está tomado del lado en que lo que va a tener que tomar valor o no, de verdad —esto marcado por una cierta solicitación, reducción, limitación, que es, propiamente, la del hecho de que puedo extraer de esto la teoría del número que es la suya. Y se lo mira de cerca el concepto fregeano enteramente centrado sobre lo aquello a lo cual puede ser dado un nombre propio en lo que para nosotros, con la crítica que le hicimos el año pasado, —acá pido para aquellos que no eran participantes ahí—, en la cual se revela el carácter específicamente subjetivo en el sentido de la estructura que nosotros mismos damos al término sujeto, de lo que para un Frege, en tanto que lógico de la ciencia, es lo que carácteriza como tal al objeto de la ciencia.

Se que acá no hago sino aproximar un punto que demandaría desarrollo. Si hay desarrollo, esto no puede ser sino sobre cuestiones —si puede haber cuestiones ahí—, esto podría hacerse en mi seminario cerrado. Pero, indiqué bastante de esto para volver a aquello sobre lo que terminé la última vez, a saber, que hay problemas alrededor de la función fregeana, precisamente de la *Bedeuntungswort*, que es *Warheitswort* y que este valor de verdad, si hay problemas, es ahí, quizás que ustedes verán, de hecho, que podemos aportar algo que da esto, que lo designa de una manera renovada por nuestra experiencia, el verdadero secreto, es del orden del objeto . Al nivel del objeto **a**, tanto que objeto que cae, está la aprehensión del saber, que estamos como hombres de la ciencia reunidos por la cuestión de la verdad.

Esto está oculto, porque el objeto **a** no se ve, incluso en la estructura del sujeto tal como es edificado en la lógica moderna y es propiamente lo que nuestra experiencia nos fuerza a restaurar ahí, donde la teoría precisamente, no solamente se pretende sino que prueba como siendo superior al mito y que es solamente a partir de que puede ser dado su estatuto —un estatuto del que se da cuenta y solamente se constata como el hecho de estar dividido—, su estatuto al sujeto precisamente, cuyo sentido no podría atrapar a esta división. Es aquí que se introduce la estructura del plano proyectivo en la medida en que su superficie es otra y nos permite responder de otro modo sobre lo que se recorta sobre objeto y como sujeto.

Esta banda de Moebius, —ya se los mostré en el curso de los años que pasaron y ya di las indicaciones que los colocan sobre la vía de su utilización para nosotros en la estructura—, la banda de Moebius ya la construí una vez ante ustedes. Ustedes saben como se hace eso. Se toma una banda del tipo de aquella, que llamo banda cilíndrica, y girándola una media vuelta se pega sobre si misma. Así se hace esta banda de Moebius, que no tiene más que una superficie, que no tiene anverso ni reverso. Y ya la primera vez que la introduje hice alusión a cómo esta superficie puede ser, como se dice, el doblez de un vestido, cómo puede ser o no doblada.

Y bien, observen aquí algo esencial a la estructura de la esfera. Esta estructura de la esfera sobre la cual vive todo pensamiento, al menos aquel que es emergente hasta la entrada en juego de la ciencia. Dicho de otro modo, al pensamiento cosmológico, que, por supuesto, continúa haciendo valer sus derechos, incluso en la ciencia, entre aquellos que no saben lo que dicen.

No basta tener, en materia social, pretensiones revolucionarias para escapar a ciertos impasses, concernientes, precisamente, a lo que está, sin embargo, en la raíz de la entrada en juego de cualquier revolución, a saber: el sujeto.

Pero, no evocaré acá un diálogo que, quizás, ya evoqué con uno de mis colegas soviéticos. Pude darme cuenta y confirmar después, mediante una información que les ruego que me crean, es abundante, que en la Union de las Repúblicas Socialistas son aún aristotélicos, es decir, que su cosmología no es diferente. Es decir, que el mundo es una esfera. Que la esfera puede duplicarse en el interior de otra esfera y así sucesivamente a la manera de capas de cebolla.

Toda relación del sujeto al objeto es la relación de una de estas pequeñas esferas a una esfera que la rodea y la necesidad de una última esfera, aunque no sea formulada está, de todos modos implícita ahí, en todo al modo de pensamiento, la realidad.

Ahora bien, se piense lo que se piense, ahí hay algo que puede bien pintarse en colores, que se llama ridículamente, —aún no hace mucho tiempo oí emplear el término realista para designar el mito, como se decía—, que la realidad. En efecto, es de una realidad mítica que se trata. Pero, llamar a eso realista tiene algo alucinante, como la historia de la filosofía nos comanda a llamar realista a algo totalmente diferente. Es un asunto de querellas de los universales.

En cuanto a saber si Freud caía o no en el vicio de tomar la realidad por la última, o la anteúltima, o una cualquiera de estas capas a saber, por creer que hay un mundo cuya última esfera, si se puede decir, sea inmóvil, ya sea motriz o no.

Pienso que eso es ahí adelantar algo totalmente abusivo. Porque si fuera así, Freud no habría opuesto el principio del placer y el principio de realidad. Pero, es aún un hecho del que nadie llegó hasta el presente a tomar conciencia de las consecuencias, a saber, de lo que supone en cuanto a la estructura.

Repito: que se ve qué solidario es a la vez del idealismo y de cierto falso realismo, que es el realismo —no diré de lo que se llama el sentido común, porque el sentido común es insondable— del sentido de la gente, precisamente, que se cree ser un yo, un yo que conoce y que hacen una teoría del conocimiento.

Es que en tanto que la escritura está hecha de estas esferas que se envuelven una a la otra, cualquiera sea el orden en que se escalonan, nos encontramos, justamente, frente a este figura entre nuestra esfera subjetiva y toda esfera —habrá siempre una cierta cantidad de esferas intermediarias, idea, idea de la idea, representación, representación de representación, idea de representación —, y que más allá, incluso, de la última esfera, digamos que es la esfera del fenómeno. Podemos quizás, admitir la existencia de una cosa en sí, es decir, de un más allá de la última esfera. Es alrededor de esto que giramos

desde siempre y es el impasse de la teoría del conocimiento.

La diferencia entre esta estructura de la esfera y la de la banda de Moebius que les presento es que si nos ponemos a hacer el dobladillo a esta banda da Moebius, que es esta que tengo aquí en la mano derecha cuando hayamos dado una vuelta, —es lo que les dije cuando se los presenté—, estaremos del otro lado de la banda. Parecería, pues, que habría que atravesarla, como se les dijo la primera vez, para hacerle el dobladillo. Pero, es a condición de querer hacerle un dobladillo, como el dobladillo de este abrigo o el dobladillo de la esfera de hace un rato, un dobladillo que se forme en una vuelta. Pero, si ustedes hacen dos, ustedes lo envuelven completamente, a saber, que ya no tienen necesidad de hacer otro. La banda de Moebius está completamente doblaba con este elemento que, además, le está encadenado, concatenación, término esencial para dar su valor no metafórico, sino concreto, a la cadena significante. Sólo que lo que dobla a esta banda de Moebius es una superficie que no tiene, en absoluto, las mismas propiedades. Es una superficie que si la deshago —creo que no tenemos más que hacer con esto por el momento—, la deshago a esta banda de Moebius que estaba enrulada con ella, tiene por propiedad la de poder, si puedo decirlo, doblándose a sí misma, uniendo una de sus caras, llamémosla la cara azul, para no decir el derecho y el revés, no tiene ni derecho ni revés, tiene un derecho y un revés una vez que se ha elegido, la cara azul esta pegada a sí misma y la cara roja, ya que, se los repito, ella tiene un derecho y un revés, está toda entera en lo que se ve en el exterior.

He aquí, pues, algo, una superficie que tiene como propiedad la banda de Moebius primitiva en la cual estas dos fueron hechas. Es una de Moebius que ustedes toman, construyen, de manera ordinaria, volviéndola así. Si ustedes recortan de una manera equidistante a un borde, todas hacen ahí un corte, tendrán dos vueltas. Ustedes le recortan el centro de una otra superficie de Moebius, aquella que lee mostré un rato, y en la periferia, una banda, una banda que no es una banda de Moebius, es una banda con dos caras. No es una banda cilíndrica porque ustedes lo ven, ella tiene, no obstante, una forma, y una forma un poquitito bizarra. Esta forma, se las muestro, es muy simple de encontrar. Hace acá dos vueltas y en este caso, una cuelga.

Bien, hagan la verificación. Este banda es una superficie aplicable a la superficie del toro. Esta es, se las doy para que la miren.

Entonces ¿qué tenemos?. Tenemos una banda de Moebius que es tal sufriendo un corte, un corte típico, de una manera regular equidistante a su borde, se culmina en algo que es la banda de Moebius que permanece siempre algo y algo que la envuelve completamente, haciéndole una doble vuelta. Este algo no es una banda de Moebius. Es algo que envuelve a la banda de Moebius de la que eso algo salió, en la medida en que esta banda resulta de una división de una banda de Moebius. Esta banda en tanto que, a la vez, encadenada a la banda de Moebius, pero cuando esta aislada de esta, es aplicable sobre el toro. Esta banda es lo que para nosotros, estructuralmente, se aplica mejor a lo que les defina por ser sujeto, en tanto que el sujeto está barrado. El sujeto en tanto que por una parte, algo que se envuelve a sí mismo, o aún ese algo que puede bastar para manifestarse en ese simple redoblamiento. Porque no hay necesidad, incluso, de que la banda de Moebius permanezca aislada en el otro y encadenada a esta banda como ustedes vieron, que de esta banda simplemente haciéndola redoblarse puedo rehacer la estructura de la banda de Moebius. Esto va a servirnos de apoya para definir la función del sujeto, algo que tendré esta propiedad esencial para definir la conjunción de la identidad y de la diferencia.

Esto es lo que nos parece más apropiado para soportar estructuralmente, para nosotros, la función del sujeto. Ustedes verán ahí detalles, finezas que a medida que yo prosiga es, a saber, lo que ustedes podrán ver ahí de una manera más íntima, esta relación de la función del sujeto a la del significante. Y la distancia que separa, en un caso y en el otro, esta relación a la conjunción de la identidad y de la diferencia.

Y ahora les indico si la banda de Moebius es ella misma el efecto de un corte en otro modo de superficie que para facilitarles las cosas no introduje de otra manera y que llamé hace un rato el plano proyectivo. Es al precio de dejar ahí al residuo de una caída, de una caída discal que tomo por soporte del objeto **a**, en tanto que es de su caída que depende el advenimiento de la banda de Moebius y que su reintegración la modifica en su naturaleza de caída discal. Es decir, la vuelve sin derecho ni revés y es ahí que encontramos la definición del objeto como no especular. Es en tanto ustedes lo ven, se vuelve a suturar. Se vuelve a colocar en su lugar en relación al sujeto en la banda de Moebius, que tiene como propiedad devenir esa otra cosa cuyas leyes son radicalmente diferentes de aquellas de cualquier agujero hecho sobre la esfera, que también define sujeto u objeto. Es un objeto totalmente especial y anoche —lamento que la persona que introdujo este término haya partido ya, visto la hora— se nos habló de volteo. Ningún empleo de un término tal como este podría ser tenido por legítimo, —salvo por ser, propiamente, amasado— si no resultara de esta referencia estructural. Es, a saber, que son de un alcance totalmente diferentes según las estructuras, lo que puede calificarse de volteo.

¿Para qué machaqué desde hace años la diferencia de lo real, de lo imaginario, de lo simbólico, de la que ustedes ven ahora encarnado, —pienso que ustedes lo sienten—, que hace un rato, en mis sucesivas esferas, ustedes vieron bien ahí cómo lo imaginario encuentra su lugar?. Lo imaginario es siempre la esfera intermedia entre una esfera y otra. Lo imaginario no tiene sino este sentido ¿o puede tener otro?. ¿Cómo hablar de una manera unívoca de volteo, cómo hacerla sentir?. Un guante. Tomemos la manera más vieja de presentar las cosas, ya está en Kant. Un guante dado vuelta y un guante en el espejo no son la misma cosa. Un guante dado vuelta está en lo real. Un guante en el espejo está en el imaginario en la medida en que ustedes toman la imagen del guante en el espejo por la imagen del guante que está adelante. A partir de ahí ustedes pueden ver bien en cuanto a nuestras formas, aquellas que les puedo dibujar en el pizarrón, sucede lo mismo, porque ellas tienen un derecho y un revés y porque tienen un eje de simetría. Pero, para el plano proyectivo y la banda de Moebius, que no tienen ni derecho ni un revés, ni plano de simetría, aunque se dividan en dos, lo que usted tengan en el espejo debe ser seriamente cuestionado. En cuanto a lo que ustedes tienen en lo real intenten siempre voltear una banda de Moebius, la van a voltear tanto como quieran, siempre tendrá la misma torsión, porque, en efecto, esta banda de Moebius tiene una torsión que es propia y es a este título que se puede creer que es especular, porque ella gira o a derecho o a izquierda. Es justamente en esto que no digo que la banda de Moebius no es especular. Definiremos el estatuto de su especularidad propia. Veremos que esto nos conducirá a ciertas consecuencias. La que es importante es esta falsa complementariedad que hace que tengamos por una parte, una banda de Moebius, que para nosotros es soporte y

estructura del sujeto en tanto que la dividimos. Si la dividimos por el medio ya no tendremos ese residuo de la banda de Moebius encadenada que los mostré hace un rato pero, la tendremos bajo la forma, precisamente, de este corte, y que importa lo esencial, será obtenida, a saber, la banda que llamaremos tórica, aplicable sobre el toro, y de la que ella es capaz de restituir aplicándose sobre sí misma la banda de Moebius.

Esto para nosotros estructura sujeto tachado, algo junto a este sujeto tachado, que llamaremos ***$***, que es **S** no especular, en tanto que se vuelve a soldar en tanto que es considerado como soporte de este sujeto tachado del sujeto, por otra parte estando caído, pierde todo privilegio y deja literalmente al sujeto sólo, sin recurso de este soporte. Este soporte está olvidado y desaparecido.

Es ahí que los quería llevar hoy. Me disculpo por no haber podido llevar más lejos esta exposición. Pero, he pensado desde hace tiempo en no masticar literalmente las pasos. Me arriesgaba a prestarme a la recaída de siempre en el pensamiento psico-cosmológico, que es, precisamente, aquel al cual nuestra experiencia va a poner un término.



Clase 7

19 de Enero de 1965

El día de hoy va a ser empleado para una especie de prueba de la que quisiera decirles primero el propósito. Es primero una especie de marco de método. Se les va a hablar —no yo, la persona a la que se lo encargué— se les va a hablar de una aclaración aportada sobre un punto particular de *La divina comedia* de Dante, que alguien que manifiestamente fue guiado allí por las sugerencias que recibió del conocimiento de mi estadio del espejo. Por supuesto, no es eso lo que le dio el conocimiento de Dante. El señor Dragonetti, autor del artículo del que se les va a dar cuenta, es un eminente especialista en la novela, cuyo conocimiento muy amplio de Dante es, justamente, la que le da valor al señalamiento que hizo de la función del espejo, en un estilo tal que esto le permite aportar sobre la conciencia una función fundamental. Notas, —se puede decir—, totalmente sin relación con lo que circula de su época. Es esto lo que se les va a presentar.

¿Cuál es el interés de esto?. Es indicar el sentido en que podría hacerles este muestrario de estructura, que permitiría dar un orden, un otro orden que aquel que se apoya sobre un preconcepto de evolución lineal, de evolución histórica, o más exactamente, de esta introducción en la historia de esta noción de evolución que la falsea completamente.

En resumen, esto es una especie de primer modelo, modelo tomado de lo que se produce efectivamente en la realidad, pero que está, de alguna manera, confinado a trabajos de especialistas. Un modelo, si se puede decir, si ustedes quieren, de método histórico tal como podría ser guiado por consideraciones estructuralistas que acá nos guían, en tanto que estas estarían empleadas con las referencias psicoanalíticas. Esta sería una ocasión

para recordarlas. Esto me pondrá, al mismo tiempo, en posición de recordarles ciertas adquisiciones de mi enseñanza anterior, en la medida en que yo debería volver a ponerlas muy estrechamente en comunicación con lo que continúo desarrollándoles de las estructuras topológicas fundamentales, en la medida que son para nosotros estructuras guías. Les hablaré de otra cosa, de la que les dejo la sorpresa, pero, de la que les indico desde ahora que siendo todo esto un análisis estructural, desde un otro punto del dato de la adquisición cultural, —verán enseguida lo que he elegido—, a algunos siglos de distancia del Dante, me veré llevado acá a uno de estos puntos giratorios, de introducción, de puesta en evidencia, de emergencia de un dato estructural que nos resultará especialmente para nosotros, psicoanalistas, de la más grande utilidad, como fundamento para intentar ordenar lo que se dice de completamiento confuso por pegoteado, por aplastado, si se puede decir, por los diferentes planos que eso invoca al sujeto del masoquismo.

Entonces, le doy la palabra a la señora Parisot que les va a dar cuenta de este artículo sobre un punto particular de *La divina comedia*, a saber: esta presencia de la especularidad de lo que Dante piensa.

PARISOT: —El trabajo de Dragonetti es un trabajo que publica en la *Revue des etudes italiennes* Nº 102, Septiembre de 1965. Dio por título a su trabajo *Dante y Narciso* o *Los monederos falsos de la imagen*. En *La divina comedia* hay dos alusiones y sólo dos al mito de Narciso. La primera en el infierno donde se menciona al nombre de Narciso. La segunda en el paraíso donde está tratado sólo bajo la forma de una perífrasis.

El propósito de Roger Dragonetti es, por el sesgo del comentario de estos dos pasajes, adelantar que la sustancia de este mito está presente sin cesar en *La divina comedia* y que fue el monstruo íntimo del Dante.

La primera alusión, la del infierno, se la encuentra en el canto trigésimo. Esta alusión misma es el verso 128. Figura en el curso del episodio de los monederos falsos.

El episodio es este: Dante ve a un hidrópico, de vientre prominente y miembros desproporcionados, es Maese Adán(44). La imagen obsesiva de los arroyos del Casentino(45) no hace más que aumentar la sed que lo devora. Pegadas a él, dos sombras: una es la mujer de Putifart, la otra es Sinón, el griego de Troya.

Maese Adán y Sinón intercambian golpes en una pelea provocada por el primero que trata al griego de engañador.

Este es el texto traducido naturalmente: y que te castigue —dice el griego— la sed que te agrieta la lengua, así como el agua podrida que hace que tu vientre te forme una barrera frente a los ojos con panza inflada, y con la lengua seca, el mirarte y el beber te están vedado. .

A lo que el monedero falso responde:

como de costumbre
tu boca no se desencaja
más que para su mal.
Porque si yo tengo sed
y el humor me hincha,
tú tienes fiebre y la cabeza te duele.
Y para lamer el espejo de Narciso
no te haría falta una larga invitación
que si padezco sed y tengo humores,
a tí fiebre maligna te reseca.
Es tu cabeza presa de dolores,
y lamer el espejo de Narciso
bien quisieras en medio a tus ardores. .

Primer punto, el espejo de Narciso. Este espejo de Narciso no se lo puede tomar por una simple metáfora para designar al agua fresca. No es el agua fresca designada en términos más bellos. Por otra parte, esto iría totalmente contrario a la idea que Dante tiene de la poesía. Hay, pues, ahí una metáfora, pero es la metamorfosis de esta agua el espejo de Narciso.

Dante no habla, pues, totalmente del agua, sino de una superficie reflejando —como endurecida— que reenvía la imagen de un Narciso apasionado de su sombra. Así, el agua fresca es efectivamente, esta agua, pero un agua transmutada en espejo, un agua cambiada en imagen del agua. A partir de lo cual la respuesta de Maese Adán toma su sentido. Se puede traducir así: tu fiebre te da tal sed que no te harías rogar demasiado para lamer una imagen del agua.

El segundo punto es el sentido alegórico que concuerda con la lectura literal de estos versos. Hay, pues, que buscar el sentido simbólico a la falta de Maese Adán y al sentido simbólico de esta deformidad, que es la hidropesía. Maese Adán es pues, un monedero falso, pero cuya falta parece de una singular gravedad dado el lugar donde está, en el infierno. Lo que hizo: a la investigación de los condes de Romena, fabricó florines. Estos florines eran de buen peso, pero con aleación, incluían una aleación. El florín era, en principio una moneda de oro puro. Estas no son de oro puro. Incluían tres quilates de metal. Antes de profundizar el sentido de esta falta conviene situarla en lo que se puede llamar el ordenamiento moral del infierno que está expuesto en el Canto undécimo, expuesto por la boca de Virgilio.

Se dice que el fraude, por un lado, presupone la malicia. Y por otro lado se dice que el fraude es el mal propio del hombre. Primer punto, el fraude, la falsificación, presupone la malicia. La malicia se manifiesta en la aleación deliberada del mal que se persigue. Ella falsifica el principio mismo que funda toda virtud sobre el bien, disimulándose bajo la apariencia de un bien. Ella ataca a Dios en lo que hay de más próximo a su esencia, a saber, la razón. Si la razón vuelve al hombre semejante a Dios, es también mediante ella que esta similitud en el análisis se adultera en su reflejo, el de un Otro absoluto, una semejanza de lo absoluto. La razón cautiva de su propia imagen del bien seducida por su reflejo se vuelve semejante a su reflejo eligiéndose como tal; sentido absoluto de metamorfosis. Y este sentido, que atrae a su hueco el ser de toda cosa, extrae de esto un doble semejante donde nada se presenta jamás. Se sustrae bajo la semejanza de un

absoluto. Es, pues, por una latencia que la malicia es temible. Y lo propio de la malicia es que ella no aparece jamás. Esto no es ninguna interpretación. Eso esta en el texto, de hecho está en el *Canto 11*. verso 54 y siguientes

La segunda cosa que se dice en este Canto es que el fraude es el mal propio del hombre. Es Virgilio el que lo expresa en un resumen totalmente satisfactorio y en un sólo verso, el verso 52 de este *Canto 11*:

el fraude del que toda conciencia siente remordimiento
de que la buena fe no se rescata,
y al desconfiado de sorpresa toma; .

En otros términos, toda conciencia como tal esta mordida por el fraude. Hay en todo hombre algo fundamentalmente falseado de lo que la conciencia lleva las marcas. Se trataría de la falta primera. La falta primera es la separación, es la mordida y es la falta de toda conciencia en el remordimiento. Hay este mor de la mordida. Y es la mordida de Adán la que provoca esta separación, esta rotura de la razón. Entonces, toda conciencia esta siempre ya en ruptura, herida, como lo está por la falsificación original. El monedero falso se llama Adán. Naturalmente, el nombre de este personaje recuerda al del primer hombre, y procediendo el texto que leí al comienzo, el texto de la alusión a Narciso, todos los temas de la falta original están presentes.

Ahora, teniendo en cuenta esta aproximación simbólica y en el mismo registro de interpretaciones vamos a ver en qué sentido la moneda falsa es una imagen de la falta original.

Este florín, se los dije, era un florín de oro puro, siendo siempre la naturaleza, en esta época, la referencia. El florín de oro puro se reconoce como moneda pura en el nombre y en la efigie. Nombre y efigie, que son signos de verdad. Pero este poder de significar pertenece naturalmente a aquel que tiene autoridad para autentificar el signo, es decir, el príncipe. El príncipe se vuelve culpable si corrompe el signo. El florín de oro está marcado con la efigie de Juan Bautista. Esta efigie como signo es, pues, la evocación de un orden divino a salvaguardar. Cuando la moneda es falsificada la relación auténtica del signo y de la materia es destruida. El símbolo pervertido en ficción tiene una imagen de integridad bajo la cual se imbrican todos los abusos del fraude. El fraude falsifica, pues, la verdad de la moneda y, al mismo tiempo, falsifica la moneda de la verdad. La moneda de la verdad es una cosa santa. Adultera, pues, el orden divino, adultera la relación a Dios, la relación a la fuente que funda el orden natural de los valores.

En cuanto al sentido simbólico ahora, de la deformidad de Maese Adán, se la puede siempre probar en el mismo registro. La cosa pública desde siempre fue comparada a un cuerpo: el cuerpo social, como se lo emplea aún hoy; y los efectos que provoca sobre este cuerpo, la hinchazón desmesurada de las riquezas abusivas del príncipe conduce a imagenes de deformidad. El príncipe es un miembro de este cuerpo. Deviene una especie de monstruo desmesuradamente inflado, inflado en detrimento del resto del cuerpo, es decir, de la comunidad. Resulta de esto una desproporción monstruosa de esta comunidad. Y la deformidad de Maese Adán, esta hidropesía, una hidropesía tal que él tiene un enorme cuerpo, una enorme panza, esta panza sube frente a sus ojos entonces forma una pantalla frente a sus ojos, los ciega. Esta panza está llena de un agua que está estancada por las riquezas del príncipe. Estancada se corrompe. Estancada ya no puede circular en el resto del cuerpo de Maese Adán. Y provoca, pues, esta sequedad de la boca en que las labios están cuajados. Ella provoca esta sed constante e igualmente esta delgadez de los miembros inferiores, que ya no pueden sostener a Maese Adán, esta enorme panza ciega.

Teniendo en cuenta estas observaciones podemos preguntarnos en lo que representa Maese Adán, en lo que representa Sinón. Y, ¿qué representa esta pelea?. Es decir: ¿cuál es la relación entre Maese Adán y Sinón; que termina por esta maravillosa alusión?.

En primer lugar, Maese Adán: la escena se desarrolla o es en la perspectiva de la malicia latente, de donde ha salido el arte fraudulento del primer hombre. Este mal propio del hombre, la hidropesía, pues, lo simboliza. Es una enfermedad del agua, una perversión del hombre en la fuente. Y es una enfermedad pesada que inmoviliza a Adán en una posición grotesca. Ahí está la marca de su impotencia radical, la imagen de los arroyos del Casentino. El Casentino es un lugar cercano a Romena. Y Romena es el lugar de la falta. Es ahí que Adán falsificó su moneda. Esta imagen y esta fuente anonadada en su reflejo atormenta a Adán. Y el hecho es que, sin embargo, está dispuesto a sacrificar esta imagen para ver a sus instigadores. Está dispuesto a sacrificar este reflejo para ver al príncipe, es decir, aquel que es causa de su destrucción espiritual. Es decir, la malicia misma. Y el deseo de la visión de la malicia no tiene por igual sino a la impotencia radical de Adán de ver esta sombra, ya que él no quiere emocionarse. Si recordamos que lo propio de la malicia es su latencia se comprende bien que la que Adán persigue, el príncipe del mal preferible a la fuente que refresca, se sustrae y que esto no es otra cosa que el rechazo de ser. Por lo tanto, la sustracción radical. Y Maese Adán lo lleva en sí, lo lleva en sí como un vacío inflado como sueño de absoluto. Y lo que su deseo persigue no es otra cosa, al fin de cuentas, que Maese Adán mismo, en vistas del cual escapa para siempre el principio del mal como el Otro de lo absoluto.

Sacrificando la moneda, cosa santa, la falta ha provocado pues, la perversión del signo, metamorfoseado en ficción, el símbolo, mancillado la fuente de justicia, falsificado el lazo de amor entre los hombres, tal como es querido por Dios. Hubo, pues, una elección. Pero esta elección, no obstante, es, de todos modos, amor. Pero, un otro amor. Es aquel que el hombre rastrea enteramente sobre sí, por el desvío de una imagen que finge el amor para otro. Es un doblez del absoluto que falta por un absoluto ficticio. Esto para Maese Adán.

¿Qué hay ahora de Sinón, falsificando el indicador del principio divino?. Maese Adán compromete a toda la comunidad en una aventura del ser y la apariencia. Es lo que surge de las palabras de Sinón. Sinón dice esto: y si yo hablaba falsamente, y bien, tú falsificaste el cuño, y yo estoy aquí por un sólo crimen, y tú por más crímenes que ningún otro, aunque sea un demonio lo has hecho tú más que ningún demonio . Sinón entra en escena cuando la moneda, palabra de verdad ya está falsificada. Es del producto de Maese Adán que él va a hacer uso. En la falsificación de la palabra de verdad, Sinón no tiene ningún peso. El entra en juego a nivel de los efectos del acto de Maese Adán. La palabra pervertida entrañó una falsificación ilimitada del lenguaje. Y es del lenguaje que Sinón abusa. El crimen de Sinón es haberse hecho pasar por un desertor del campo griego y haber decidido a los troyanos a hacer entrar el caballo de madera en su ciudad.

En principio es eso. Lo que lo presenta, entonces, como un engañador, y un engañador por táctica. Pero su crimen es doble. Es, pues, el engaño por táctica, pero está igualmente implicado a la manera del crimen de Judas, como perjura en un delito de notoriedad universal. Es el simulador que finge ser la que no es y es un perjuro porque el lenguaje del que abusa es una ofensa contra los dioses.

La relación, ahora, entre Maese Adán y Sinón: Sinón ocupa una posición muy particular en esta escena. Esta apegado de una manera muy estrecha al hidrópico y parece, incluso, hacer cuerpo con él. Maese Adán no puede verlo. Y Maese Adán ignora, incluso, el origen de tal vecindad. Todo sucede como si una vez puesta en circulación la falsa palabra, —así como la falsa Moneda—, se parece tanto a la auténtica que la verdadera se vuelve incognoscible o invisible. El signo que porta la garantía borra en su legalidad aparente las huellas de su origen sospechoso, tanto y también que el mismo monedero falso no es capaz de identificar los productos de su artificio. Y la pelea estalla en el momento en que Sinón se oye presentar por Maese Adán bajo el calificativo de engañador. Maese Adán dice:

El engañador Sinón, el griego de Troya
otro es Sinón en Troya mal afamado:
y es su vapor, su aliento corrompido .

Se oye, pues, por una parte, denunciado, pues, ante los ojos del mundo y por otra parte, se oye denunciado en la actitud de su latencia. Y en el altercado de ritmo extraordinariamente rápido, vuelta a vuelta los dos simuladores se colocan en posición de acusado y acusador, no reconociendo para nada en la malicia del otro su propia simulación, ni aún jugando el juego de la verdad. La palabra verdad vuelve tres veces en la boca de Adán.

Pero esto parece simbolizar dos fases del movimiento de autofascinación de la conciencia fraudulenta. Por una parte, Maese Adán, aunque fijado a una imagen de agua, imagen que no tiene para él poder autónomo, ya que él prefiere a este reflejo, la visión del principio del mal; y, por otra parte, Sinón, a quien el principio del mal no puede interesar, ya que no se siente responsable de esta perversión. Él, Sinón, no tiene, pues, nada que preferir a una imagen de agua. La fuente, aniquilada en el lenguaje que él ha fingido, está también ingresada en esta ficción que adquiere un poder autónomo para Sinón. Para Sinón la verdadera fuente se ha vuelto esta agua en imagen en la que la conciencia que suma es capaz de abrevar. De ahí la reflexión de Maese Adán a Sinón de que para lamer el espejo de Narciso no harían falta para invitarle muchas palabras bien quisieras en medio de tus ardores .

Sinón presenta en el movimiento del fraude el punto culminante, la perversión radical donde la malicia encierra al falsificador en su imagen vuelta para él la verdad misma, imagen de nada. Se puede decir que, probablemente, es a lo absoluto de esta imagen que el perverso está fijado.

Lo que concierne a Dante en esta historia, Dante mismo lo cuenta. Está fascinado por el espectáculo del altercado. Está fascinado por las imagenes del infierno. Y para romper la adhesión de su mirada al terror hace falta la intervención de la voz de Virgilio. Virgilio dice: *Ahora bien, pues, ten cuidado*. De estas imagenes Dante debe volverse, no tomar estas imagenes por la realidad y aprender a volverse. Tal es el sentido que Virgilio da al camino que Dante recorre con él. Tener cuidado de este peligro de captura es velar por la verdad. Dante, en afecto, se despierta. Pero, le hará falta más que una puesta en guardia para despertarse verdaderamente.

Está en el texto en la traducción de la Señora Tonasse-Mongené. Es Dante quien habla: yo me daba vuelta hacia él lleno de tal vergüenza que ella vive aún en mi memoria y al igual que aquel que sueña su daño y soñando anhela soñar si bien desea ardientemente lo que es como si no fuera en absoluto, así me vi no pudiendo hablar porque hubiera deseado excusarme, y me excusaba, en verdad, sin querer en absoluto hacerlo.

al escuchar aquel acento de ira,
por tal vergüenza me sentí turbado,
que todavía en mi memoria gira.
Y como el que desgracias ha soñado,
o aún soñando desea, que falsía
sea lo que entre sueños ha mirado,
tal yo también, que ni aún hablar podía,
con palabras mi faltas no excusaba,
y me excusaba, y sin saber lo hacía. .

La voz de Virgilio conduce a Dante a la verdad. Y esto es la vergüenza. Pero, este despertar es breve. Nacido a la verdad en la vergüenza Dante se detiene. Se detiene para reflexionar la vergüenza queriendo expresarla. Queriendo hablar para excusarse, Dante deja de ver la realidad que habla por sí misma en el silencio de la vergüenza. Y su deseo de expresión hace que desconozca esta verdad misma en el momento en que se lleva a cabo. Cae, de nuevo en la reflexión quebrada que él asimila a un sueño.

Esta comparación fija, de algún modo, la impotencia radical de la razón para encontrar nunca por sí misma a la verdad, Dante, el dormilón, desea lo que es como si no fuera. El hecho real, —a saber, la verdad que habla por sí misma a través de la vergüenza—, es transmutado en irreal. La imposibilidad de hablar la realidad, es tomada por lo irreal.

Virgilio interviene con toda rapidez en ese momento y dice:

...menos vergüenza borra una falta más grave
que lo que ha sido la tuya.
Por eso de toda tristeza aligérate
ese rubor —dijo el maestro amado,
de la virtud que todo desagrava. .

De tristeza se trata, y ahí Virgilio pone el acento sobre lo que, más allá de la vergüenza, pesa sobre Dante, un residuo de pesadez, un residuo de mal deseo.

Esta segunda intervención parece más que el valor de puesta en guardia de la primera. Se podría, quizás, decirlo, asimilarlo, a una intervención. En todo caso aparece en esto que la conciencia originalmente mordida es incapaz, librada a sí misma, de reacciónar contra el

mal deseo, los bajos anhelos.

Dante cierra este Canto trigésimo con estas palabras de Virgilio. Plantea a Virgilio de alguna manera como memoria de presencia. Virgilio dice:

y dite a ti mismo bien
que estoy siempre a tu lado,
si sucede, incluso,
que el azar te lleve a algún lugar
donde se encuentre gente con un litigio semejante,
querer oír tales cosas es un bajo anhelo
si otra vez te encontrases con tal gente,
que encuentre en semejante plato agrado;
que es bajeza el oírla solamente. .

Quizás, se pueda vincular el lugar que ocupa Virgilio a aquel del analista.

La segunda alusión al mito de Narciso es la que está en el paraíso en el *Canto tercero*. La escena transcurre en el cielo de la luna. Beatriz acaba de destruir la opinión errónea del Dante sobre las manchas lunares. Dante se dispone en ese momento a confesar su rectificación y su nueva convicción. Esto es lo que dice Dante: *y yo para confesar que estaba bien corregido y persuadido, en tanto que me lo permitió mi reverencia, levanté alta mi cabeza a fin de hablar mejor, pero apareció una visión que retuvo en ella mi atención tan estrechamente por su aspecto, que ya no recordé mi confesión tal como un cristal transparente y limpio o las superficies de las aguas puras y tranquilas, no lo bastante profundas para que los fondos estén oscurecidos, nos devuelven los rasgos de nuestros rostros tan esfumados como una perla sobre un fondo blanco, no llega en absoluto abrazadora a nuestras pupilas. Así vi varias figuras prontas a hablar, lo que fue causa de que corriera al error contrario, a aquel que hizo nacer el amor entre el hombre y la fuente. Al mismo tiempo, en el instante que me di cuenta de su presencia estimando que ese era al reflejo de rostros vistos en espejo, para ver a quienes pertenencia giré mis ojos hacia atrás, pero no vi nada, Y yo los volví a llevar hacia adelante directamente a los ojos de mi dulce guía, que sonriendo tenía una flama en su santa mirada cuando es posible de mi error curado, para hablar levanté más mi cabeza; más por una visión quedé estrechado, que mi atención atrajo fijamente, y de mi confesión, quedé olvidado. Como en el vidrio terso y transparente o bien en agua nítida y tranquila cuyo fondo se vea claramente, miramos nuestra imagen que vacila, tan tenue, como perla en blanca frente, y que fija más pronto la pupila, tal deseosa de hablar, miré una gente, que en el error opuesto me indujera al que encendió el amor entre hombre y fuente. Y apenas sorprendido la entreviera, que espejados semblantes parecían, volví los ojos para ver lo que era, nada viendo, volví donde lucían los ojos de mi guía, dulcemente, que con santos ardores sonreían.* .

Dante se disponía a confesar su rectificación pero sin embargo, no habló. El gesto de llevar el rostro hacia adelante cambia de intención frente a una visión que se impone con tanta fuerza que Dante olvida su confesión. Dante percibe varios rostros como él, que están prontos a hablar. Creyendo percibir imagenes de reflejo, gira la cabeza hacia atrás para ver de quién provienen y al no ver nada vuelve a llevar los ojos hacia adelante, directamente a la mirada de Beatriz.

En el *Canto segundo*, —que precede—, Beatriz había explicado, pues, a Dante lo que eran las manchas lunares. Y ella había dicho a Dante que lo que sobre la luna le aparece como sombra se revela, en verdad, siendo también luz. Pero, luz que se diferencia de la parte propiamente luminosa de la luna, porque un grado de receptividad o, más bien, de transparencia —creo que el término transparencia conviene más—, un grado de transparencia menor. Entonces, sombra, comprendida como luz, y siempre prestada como luz, siendo luminoso, siendo este fondo la medida que vuelve sensible su diferencia y posible su aparición. Las sombras, las almas del paraíso son, por supuesto, comprendidas también como luz, y es por la luz divina que ellas se alumbran, y dejan pasar los rayos sin detenerla. Dante simbolizaría a Dios mediante un espejo donde se reflejan las almas del paraíso. En fin, es la convicción de Dragonetti. No es un espejo azogado, sino un espejo cuyo fondo es enteramente luz. Las sombras, las imagenes transparentes aparecen en el reino de la luz. Y ahí la reflexión es considerada de manera diferente a la reflexión terrestre. La reflexión es concebida como acción de irradiación directa de la luz divina a través de la transparencia de los cuerpos celestes, y no como reflexión de los rayos producidos por cuerpos cuya opacidad hace pantalla a esta luz. Dante precisa bien que la superficie más o menos especular sobre la cual aparece su visión es semejante a la de un cristal o a la de aguas cuyo fondo no es oscura, cuyo fondo no esta sustraído. Fondo oscuro y fondo substraído es el azogue del espejo de Narciso. Aquí el fondo es luz. Esto no es lo mismo que el que no haya fondo. El fondo es algo y es luz. No se trata, entonces, de un espejo según el modelo terrestre. Se trata de transparencia pura, de espejo según el modelo celeste.

Además hay dos especies de imagenes que aparecen. Están las figuras prontas a hablar, están las figuras miradas. Y estas imagenes juegan una en la otra, de manera de dar la impresión de que las figuras miradas, los rostros de los espectadores se mezclan con los rostros prontos a hablar.

Dante se vuelve para romper el artilugio del espejo y revela, al mismo tiempo —dice Dragonetti— hasta qué grado es consciente del error, que pervierte semejante relación a las imagenes. Dante ha llevado sobre la visión, una mirada cautiva de su reflejo y tal que ha cambiado la transparencia en espectáculo, lo que Dante denunciaría como el error contrario al que inflamó de amor el hombre por la fuente al que encendió el amor entre hombre y fuente. , está en el rechazo de la razón por sí misma, por haber hecho desaparecer la realidad en una imagen. Al llamado de la visión Dante responde con la orientación espontánea de la mirada en dirección a los ojos de Beatriz. Para Dragonetti, Beatriz sería la verdad revelada que desvía a Dante de la falsificación de una razón demasiada asegurada sobre su rectitud. Y a la mirada de Dante sobre la transparencia, el devenir transparente de esta mirada misma. Dragonetti dice que ver sería interiorizar la razón en la fe. El peligro que acecha a Dante es que su razón, de cara a la transparencia, sea tentada de representarla en lugar de presentarse. La razón que quiere reducir la fe a una imagen de la reflexión terrestre ya no merecería, entonces, ese nombre, porque no solamente transforma su objeto —que es esencialmente luz— en sombra, sino que, separada de la verdadera luz, esta razón que debería ser transparente deviene, entonces, ella misma sombra proyectada sobre las cosas.

Sin esto, pienso que Dragonetti ve a un Dante cuyo monstruo se inclina bajo el mito de Narciso.

Pero, a esta interpretación de Dragonetti quizás se pueda agregar esto: que en el seno de la transparencia del paraíso no hay ninguna posibilidad de tomar partido. Volver a poner en Dios la causa de su deseo, es la única vía posible. Quizás esté ahí el fantasma de Dante, la transparencia de su mirada frente a la luz de Dios. Finalmente, en el paraíso está Dios. Todo es luz y la luz viene de Dios. La luz es la mirada de Dios. Y entre Dios y Dante esta Beatriz. Beatriz, que no es Dios, que no es, tampoco, creo, la verdad revelada de Dragonetti, sino, Beatriz, aquella que porta la marca de Dios. Luego, está siempre entre Dios y Dante la visión de Dante, sobre la cual él pegó figuras miradas. Es de estas figuras miradas, cuyo sortilegio rompió al darse vuelta, no es de la visión misma. La visión misma preexistía a estas figuras miradas. Esta visión no es la visión de cualquier cosa, es la visión de almas, que por violencia faltaron a su voto de castidad. Es la visión de criaturas de Dios. Luego está Dante.

Ahora bien en el Paraíso, la reflexión es concebida como acción de irradiación directa de la luz divina a través de la transparencia de los cuerpos celestes. Frente a Dios, en el campo de la mirada de Dios, la única presencia que no es transparente es Dante, quizás la tierra, un fondo oscuro.

Entonces, más que del narcisismo de Dante, ¿no se trataría igualmente del narcisismo de Dios?.

LACAN: —Ustedes han tenido un informe muy fiel de este artículo de Dragonetti. Para aquellos que, quizás, se hayan perdido a través de la fidelidad misma de los desvíos que sigue en esta ocasión Dragonetti, voy a intentar retomar, una vez más, y resumir aquello de lo que se trata, al mismo tiempo que, —como lo anuncié—, voy a mostrar el interés que tiene para nosotros semejante referencia.

Nuestro punto de partida de este año fue volver coherente lo que tenemos para enunciar de la función del objeto en la posición del psicoanálisis, en tanto que se origina de la ciencia y de la ciencia en su relación muy particular a la verdad. Entendida la ciencia como la ciencia moderna, nacida en el siglo XVII, en el siglo que se ha llamado, en razón de esta mutación de la posición del saber, el siglo del genio.

Verán que vamos a llegar enseguida a uno de los otros aspectos de esta aparición de la posición científica, en tanto que ella fue eminentemente encarnada por otro que Descartes. Verán enseguida quien, si todavía no lo adivinan. Hay, pues, ahí una transformación profunda de algo que no es eterno que responde a otro campo a otro intervalo de la historia, a saber, la relación anterior al origen de las ciencias a lo que se inscribe bajo la forma que no calificarla de más general y que califiqué de anterior de las relaciones del saber y de la verdad. Estas relaciones del saber y de la verdad son toda la tradición que vamos a llamar, para una mayor comodidad filosófica. Es en este marco topológico que se sitúa la posición de un Dante.

No vayamos demasiado rápido, No digo que Dante sea un filósofo aunque su relación a la filosofía sea tal que haya podido ser seguida, aislada en toda una obra, —por ejemplo la del Señor Etienne Gilson, que tiene por título, precisamente, *Dante y la filosofía,* y que mantiene su promesa en nosotros mostrándonos la instancia, ascendiendo la vida y la obra de Dante. Nuestra topología aquí, en el sentido en que la entiendo, en que la manejo, en que los introduzco ahí, no tiene otra función que la de permitir localizar estas transformaciones de las relaciones del saber y de la verdad. Si Dante fue elegido aquí, hoy, por nosotros, para serles presentado en el interior de su creación poética más eminente, la de *La divina comedia*, es por una razón, que nos determina en dos tiempos, si se puede decir esta elección. Primero introduce ahí la presencia de la construcción religiosa cristiana. Y la tesis latente en esta elección es la de que en el origen de la tradición religiosa cristiana está esta introducción en el campo de las relaciones del saber y de la verdad, un cierto Dios al cual llegaremos enseguida para definirlo en su origen, en su origen judío, en tanto que su presencia es el punto de cristalización de esta muda fundamental para nosotros, inaugural, que es la misma de la introducción de la ciencia, digo, ya la he indicado suficientemente, lo repito acá con más fuerza y voy a motivarlo enseguida.

La introducción de este Dios de los judíos es el punto pivote que, —aunque mantenido durante siglos en-vuelto, de alguna manera en una cierta actitud filosófica de la relación de la verdad y del saber—, termina por emerger, por salir a la luz, por la consecuencia sorprendente de que la posición de la ciencia se instaura por el trabajo mismo que esta función del Dios de los judíos ha instaurado en el interior de estas relaciones del saber y de la verdad.

Esto nos bastaría para hacernos elegir a Dante, ya que también cualquier teólogo de la era medieval hubiera podido servirnos igualmente de ejemplo para situar lo que concierne en la tradición filosófica a la relación del saber y la verdad.

Dante es además un poeta, y voy a intentar decirles como es, en tanto que poeta, que él manifiesta de una manera no sólo eminente sino elegida, la emergencia, el punto analítico, donde en lo que enuncia se manifiesta más de lo que sabe, y donde testimonia una cierta manera que voy a situar ahora. Quiero decir, da las razones por las cuales él puede testimoniar esto donde él testimonia de una manera, de algún modo, anticipada para nosotros la presencia de sus relaciones del saber y de la verdad, de lo que propiamente este año es promovido por mi como la función del objeto **a**.

Es el interés, en efecto, de estos dos pasajes en tanto que son elegidos, señalados, criticados en Dragonetti, que son señalados por la presencia del espejo, que nos permite localizar a nosotros la designación manifiesta y como tal del objeto **a**, que tiene por nombre aquí la mirada.

Retomemos, Dante, por supuesto, lejos de escapar, cae totalmente. Ustedes lo saben, —o incluso, si no la han abierto casi nunca, ustedes saben bastante sobre *La divina comedia*—, para saber que esta obra inscribe en lo que llamo el módulo cosmológico, cosmología del más allá; esto no es menos una cosmología, que toma su marco de la cosmología establecida, —digamos—, a partir de los primeros filósofos griegos, llevado su primer modelado por Aristóteles y transmitida como una forma, como un marco al

pensamiento de los físicos de la época. El sistema, como el sistema ptolomeico, por ejemplo, por limitado que esté a la observación del funcionamiento del mundo real tal como se presenta, es decir, para dar cuenta de las relaciones del movimiento de los astros e instituirlo como coherente con la existencia de este mundo, que es la del mundo terrestre, que se ordena —ustedes lo saben— en función de esta topología de la esfera, de una serie de esferas que se incluyen unas a las otras, que son las diversas esferas planetarias antes de llegar a la esfera superior. Las estrellas fijas, se trata de dar cuenta de su funcionamiento. Tal es el punto de partida de la física antigua. Y es ahí que podemos, en suma, calificar de introducción a una ciencia como tal en el conocimiento humano. Es ahí que podemos certificar a los antiguos como habiendo dado los primeros pasos históricamente admisibles, transmisibles y que sirvieron de primera materia a la revolución que fue llamada la revolución copernicana, introducción ella misma de aquella totalmente diferente de la revolución newtoniana.

Este mundo cosmológico que incluye también coordinaciones de las diversas partes de la enseñanza, digamos de la *Universitas*, —ese es el punto de referencia fundamental—, al marco en el cual se desarrolló lo que fue enseñanza hasta una cierta fecha. La cosmología, pues, con sus coordenadas: psicología, teología, incluso ontología; es en este marco que se sitúa el pensamiento de Dante. ¿Cuál es sino el de presentaros un primer clivaje de la verdad y del saber?. Y es, en efecto, así que todo el pensamiento medieval, que lejos de ser un pensamiento despreciable, de alguna manera rebrotó, por radical que les presente el corte instaurado por el nacimiento de la ciencia moderna. Es para nosotros aclarador de esta topología de la que es necesario que tengamos en cuenta en la situación que se reinstaura el hecho de la cuestión planteada por la experiencia analítica, esta temática de oposición entre la verdad y el saber, está inscripta durante todo el desarrollo del pensamiento medieval en lo que se llamó la doctrina de la doble verdad. Ningún pensador, ningún enseñante de esta época, escapó a la cuestión de la doble verdad. Es al verdadero fundamento de este clivaje porque debía ser hecho necesariamente por los enseñadores de esta época, entre el campo de la razón y el de la revelación. Esto no es otra cosa que esto de que hay un campo pretendido del saber construido en el ideal deductivamente concerniente a la estructura del mundo y, luego, otra cosa, que no conocemos sino de fuente sobrenatural y por la palabra de este Otro que es Dios.

Es por esta distinción tan fundamental en la estructura de todo lo que se enunció en esa época, que debemos rendirle homenaje a la eminente racionalidad del pensamiento de aquellos que llamo estos enseñadores, por no llamarlos por ese nombre despreciado de escolásticos. Admiremos la firmeza de la razón de esta gente que, a su propio decir, tomadas en las sugestiones, que para nosotros no son más que oscurantistas que nos vienen de la religión, les ha impedido mantener los derechos de la estricta razón.

¿Tendré necesidad de recordar que Santo Tomás, —si mi memoria es buena, aún pues, no estoy seguro, pero poco importa—, en referencia, —ahí está el punto de referencia para nosotros—, a la condenación de 1277 emanada de la Sorbona del Obispo Tempiert que lo condena, precisamente, por haber sostenido, al decir de las autoridades eclesiásticas, más de lo que conviene a la conciencia cristiana, la distinción de estos dos dominios se encuentra asimilado en la misma condenación a los aberroístas y a la enseñanza, por ejemplo, de un Siger de Brabante, del que, sin embargo se distinguía por toda suerte de modalidades?

Sin embargo, esto no impidió a Santo Tomás escribir esto cuyo título, al menos, conocen ustedes *De aeternitate mundi contra murmuratores* es decir contra lo que ya debía provocar una condenación, a saber, mantener que desde el punto de vista de la estricta razón el mundo debía ser eterno y que sólo la revelación nos indica que no es nada.

Esta distinción de la verdad y el saber no está acá para recordarnos que ya toda la organización del saber, del saber en tanto que soportado por este cuerpo, que hasta la inauguración de la posición de la ciencia moderna se impone como aquel que puede ser dicho del saber, a saber, el cuerpo cosmológico, teológico, psicológico, ontológico, que este cuerpo se plantea como este modo de aproximación ambigüa, que es, al mismo tiempo alejamiento fundamental de lo que concierne a la verdad.

Diría, casi, que el saber durante siglos es perseguido como defensa contra la verdad. La verdad, si ustedes quieren, para hacérselo sentir, estando acá, a ser localizada, a ser registrada como la cuestión sobre la relación más esencial del sujeto, a saber, su relación al nacimiento y a la muerte en tanto que todo lo que lo concierne esta en su intervalo. Esta es la cuestión de la verdad, en el sentido en que defino a la verdad como aquella que dice: Yo, la verdad, hablo. Es de esto, es de nuestros fines últimos, que la verdad tiene algo para decirnos. Observen que acá al enunciado del término mismo intervalo es la metáfora incluso poética, del borde sombrío. Está ahí para recordarnos al término incluso topológico, hablando con propiedad, aquel que designo como la función del borde. Todo sucede como si —para tener nuestra referencia que no es una metáfora— en la oposición, en la lógica moderna, entre el conjunto abierto y el conjunto cerrado, a saber durante siglos, no hubiera guardado, y guardado también, la huella de elegir únicamente la parte del conjunto abierto.

Ustedes saben lo que es un conjunto cerrado. Es lo que se concibe como uniendo el conjunto abierto con su límite en tanto que topológicamente este se distingue. Límite, frontera, borde, tales son los términos de los que se trata. La parte de la verdad es aquella de nuestro límite entre el nacimiento y la muerte, límite en tanto que sujeto. Y todo lo que concierne al saber es al conjunto abierto que está comprendido en el intervalo.

Es en esto que el poeta, tenga lo que tenga, e incluso si no lo sabe, la introduce desde que lo que sabe y manipula la estructura de lenguaje y no simplemente la palabra. La reintroduce, tenga lo que tenga, esta topología del borde y la articulación de la estructura. Es mediante esto que Dante aquí va más allá de lo que toma de la estructura del saber de su tiempo y, justamente, en la medida de esta ambigüedad introducida por el hecho de que proyecta las formas cosmológicas del saber de su tiempo en el campo de lo que llamo los fines últimos. Es por haber hecho de la cosmología de su tiempo, lo que él entiende cantar, el más allá del saber, el campo propio de la verdad, que viene a hacer surgir en dos puntos en la elección por un comentador; comentador, es decir, sin duda, guiado, aclarado, por estar situado en la época moderna. Nos permite señalar en dos puntos, uno del infierno, el otro del paraíso constelaciones que calificaría de típicas, que son propiamente las de la ilación que liga la palabra en tanto que se sitúa en el campo del Otro como soporte de la verdad y la emergencia necesaria, coordenada del objeto **a** , el mismo punto, punto del que no las señalamos hace un rato bastante precisamente la profundidad, el mismo punto, al más profundo del infierno, se encuentran juntos aquel que ha hecho de

la palabra el soporte de un engaño y aquel que ha hecho la moneda falsa. Una extraña conjunción, qué necesidad singular, para las cuales debemos invocar la doble visión poética. Es que Dante cuya sola lectura, este poema seguramente marcado por tantas extrañezas nos impone la idea que sabe lo que dice por extraños, que nos parezcan a todo momento frente a nuestro sentido común. No es por nada no es por casualidad que están juntos para dialogar en esta especie de singular brazo, aquel que fundamentalmente ha mentido, y no de cualquier manera, no ha simplemente mentido, simplemente defraudado, —se lo dijeron hace un rato—, sino que ha defraudado, engañado, la confianza del Otro. Esta conjunción de la mentira como ataque a la fe con el hecho de la referencia de ese algo que es, no verdad, sino valor de verdad. Esta cosa cuya referencia es tan necesario introducir que cuando Heidegger nos propone al von Wessen der Warheit, es de la pieza de moneda que el también habla.

¿Qué quiere decir una pieza de moneda falsa?. ¿Es que la falsa pieza de moneda no es también hoy algo que es?. Es lo que es. Ella no es falsa. Ella no es falsa más que en relación a esta función que une a la verdad el valor. Esta es porque aquello de lo que se trata alrededor del objeto **a** es esta función del valor de verdad. Es acá que es sorprendente, singular, ver que Dante, en esta discusión de carreras que se establece entre los dos condenados hace surgir de la boca de uno, precisamente del monedero falso, dirigiéndose al traidor que estaría incluso muy contento de acceder a esta forma de desconocimiento que sería lamer el espejo de Narciso, es decir, creerse, al menos, ser él mismo. Mientras que aquello de lo que se trata es, precisamente, —cómo se los articularon muy bien hace un rato—, que esta esencia de sí mismo que es ser mentiroso la ha perdido y que no pude ya reencontrar ninguna forma de su ser sino por desear apasionadamente reencontrar frente a él lo que la ha arrastrado en su mentira fundamental. Igualmente, llegando al paraíso, lo que Dante llama el error contrario al de Narciso, es tomándose de algo que se presenta para él como un aparecer, no poder hacer otra cosa que darse vuelta para ver que lo que él ve es la imagen. Así, él mismo, Dante, nos revela que esto que se produce en el límite donde entra en el campo de Dios nos propone objetos que son, hablando con propiedad, lo que designo como objetos **a**. En el campo de Dios, en tanto que es de él que emanan las sustancias, nada de lo que es objeto se presenta más que como opacificación relativa de alguna manera, de una pura mirada, una transparencia sobre fondo de transparencia y que esta aparición no puede ser reconocible por el pensamiento de la reflexión, como se dice, sino al buscar, volviéndose hacia atrás de sí, donde bien puede estar el original.

Me sucedió hace un tiempo escribir estas frases: cuando el hombre buscando el vacío de pensamiento avanza en el resplandor sin sombra del espacio imaginario, absteniéndose, incluso, de esperar lo que va a surgir, un espejo sin brillo le muestra una superficie donde no se refleja nada.

La trampa de esta frase, que concluye uno de los capítulos del *Discurso sobre la causalidadpsiquica*, es que esto tiene el aspecto de decirles que no hay imagen. Mientras que esto quiere decir que la imagen no refleja nada, designando ya ahí esto que el texto de Dante acentúa y que es propiamente esto de lo que les digo, que el no es especular, En efecto, cuando aparece sobre el fondo transparente del ser, más justamente por aparecer a la vez como una imagen, e imagen de nada. Es lo que Dante acentúa como esta segunda aparición de la referencia del espejo, a saber, que ahí donde él cree que hay función del espejo no es más que para darse cuenta de que cuando el aparece, si hay espejo, no hay nada que se refleje ahí.

Tales son las estructuras que la construcción poética de Dante saca a la luz y si lo puede es porque es poeta, y porque siendo poeta lo que él reúne no es tanto nuestra ciencia como lo que estamos construyendo por el momento y que llamo la teoría. El privilegio de esta construcción poética, en relación a la teoría, —la teoría psicoanalítica si ustedes quieren, para nosotros la teoría a secas—, se refiere a esto de una relación privilegiada que se construye a través de una cierta forma de ascesis del sujeto en el Otro. Esta estructura privilegiada la definimos el año que hice mi seminario sobre *La ética*... Es la del amor cortés en tanto que podemos localizar ahí de una manera eminente los términos **I** (ideal del yo), **a** (el objeto **a**), ***i*(a**) (imagen del **a** , el fundamento del yo) .

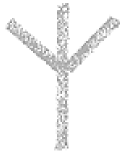
Esta estructura privilegiada, —acá no puedo sino remitir a mi seminario sobre *La ética*... a aquellos que asistieron— está ligada a ese algo, que es el amor cortés, y que es tan importante para nosotros para revelar las estructuras de la sublimación.

El centro de la vida de Dante y de sus obras es, como lo subraya fuertemente una cabeza tan serena como el Señor Etienne Gilson, su elección de Beatriz y la existencia real de la persona designada bajo este nombre. Es en la medida en que Dante como la sola continuación de su obra lo designa y su origen en la *vita nuova* es un poeta ligado a la técnica del amor cortés que encuentra, que estructura, este lugar elegido donde se designa una cierta relación al Otro como tal, suspendido este limite del campo del goce, que llamé el límite de la brillantez o la belleza. Es en tanto que el goce —no digo el placer— está substraído del campo del amor cortés que una cierta configuración se instaura donde se permite un cierto equilibrio de la verdad y del saber. Es propiamente lo que se ha llamado, sabiendo lo que se hacía, el gay saber.

Y en mil términos de este campo así definido, donde los eruditos se pierden a falta de poder aportar ahí la menor orientación filosófica, y ahí encontramos mil términos que nos designan las referencias topológicas. Un término muy eminente que es este que se emplea para referir a la función del Otro y del otro amado, que es la mujer elegida —lo que nos parece paradójico y está en Guillermo IX de Aquitania: el buen vecino. Este buen vecino para mí, si hubiera tiempo podría insistir en esto, está ahí lo más cerca posible en la teoría matemática más moderna, se llama la función de la vecindad.

Este punto, absolutamente fundamental, a instaurar, esta dimensión que introduje recién del conjunto abierto y del conjunto cerrado. En ese desarrollo que debería proseguir sobre el tema de la estructura, la que volveré a traer luego de haberla introducido el año pasado bajo la forma que tiene por el momento, es un hecho, eso se llama así es la botella de Klein; permitirá estructurar de una manera decisiva lo que entiendo aquí por esta relación del sujeto al Otro. Es en tanto que Dante, poeta cortés, lo reúne, que puede hacer los encuentros que acabo de nombrar, —ahora pienso es demasiado tarde—, en todo caso, para saber si lo he alcanzado este año, porque la continuación me lo probará, si he señalado suficientemente aquello de lo que se trata. Llegamos a las dos y en consecuencia lo que no pude hacer de otro modo hace un rato sino anunciárselos y de lo que me regocijo ahora por no haberles dicho más así no tendrán demasiado la sensación de estar frustrados. Aquello de lo que quería hablar como segundo tiempo hoy, no tengo

tiempo de hacerlo. Lo haré, pues en mi próximo seminario bajo este título. La gente que está invitada al tercer seminario(46), estará, pues, invitada esta vez, al mismo tiempo, al cuartoseminario(47).





26 de Enero de 1966

Mis queridos amigos, la cuestión es la existencia y el funcionamiento de este seminario cerrado. Lo que me decidió a hacerlo es que entiendo que se produzca ahí lo que se llama —más o menos propiamente—, un diálogo.

Este término es vago y se abusa mucho de él. El diálogo, tal como puede producirse en el marco que intento fundar de este Seminario cerrado, no tiene nada de privilegiado con respecto a cualquier diálogo.

Muy recientemente, por ejemplo alguien vino a demandarme algo. Ese algo era en sí algo tan exorbitante e imposible de acordar, que yo no creí ni un instante que era eso lo que se me demandaba. El resultado es que concediendo algo que yo podía acordar totalmente, la persona que estaba frente a mi se convenció de que yo le acordaba lo que era según su deseo y que, se los repito, estaba tan fuera de todos los límites de posibilidad que yo no podía, incluso, ni pensar que era eso lo que se me demandaba (…………)(48).

Por otra parte, ustedes tuvieron una presentación de mi alumno Conté y un cierto número de cuestiones planteadas por mi alumno Melman. Estos tres trabajos que fueron muy preparados, bastaron para llenar el cuarto miércoles al que hago alusión, el del mes de Diciembre(49). Es en esa línea de cosas y por ese hecho prometido, que ustedes oirán hoy una puesta de Stein. Supe ayer de él, —con placer— que me pedía hablar durante más de media hora: que hable todo el tiempo que quiera, a condición de dejar la mitad de la sesión para las respuestas que, espero, se manifiesten. Me disculpo, entonces, hacia él si me comprometo como lo hago, a no tomar la palabra yo mismo hoy, ya que se demuestra para algunos que es la presencia misma de esta palabra la que los pone en una posición de no querer, —resumo, es mucho más complejo—, exponerse a no sé que comparación, cuya referencia a una ocasión semejante me parece absolutamente en el límite de lo analizable.

Conseguiré o no conseguiré. Pero, no se trata para mí, en absoluto, del valor del trabajo que hice para ustedes acá. Conseguiré, pues, o no conseguiré, que se intervenga. Les ruego, pues, ahora que presten su atención a lo que les va a decir Stein a quien paso inmediatamente la palabra.

<u>STEIN:</u> —Tomaré como punto de partida de mis respuestas las observaciones muy precisas y muy pertinentes que Conté hizo la última vez y al mismo tiempo seré llevado a responder a un cierto número de preguntas de Melman para destacar enseguida un problema que concierne muy particularmente a la exposición de Melman. Creo que en el centro de las preocupaciones de Conté, a propósito de los dos artículos míos que analizó, se encontraba esta noción de situación fusional. Es sobre esto que Conté señala, que

insiste al principio, y cita dos frases mías, dos frases que figuran en el primer artículo. La primera: hay un único Ello hablante y escuchante. Y la segunda: el paciente y el analista tienden a ser, ambos, dos en uno, en el cual está todo. A partir de ahí Conté anota que tales estados son raros. Así es conducido a preguntarme: primero, si relacióno estos estados a una estructura neurótica determinada; segundo, cómo sitúo estos estados en relación al conjunto de la cura.

Detengámonos, pues, en esta primer pregunta de Conté. La respuesta que espero poder proveerles servirá en gran medida como clave para todas las otras preguntas y para todas las otras objeciones que se me hicieron. Mi respuesta podría ser la siguiente: es verdad que relacióno estos estados a una estructura determinada, a una estruc tura neurótica determinada, para esta estructura determinada concierne a todos los pacientes, al conjunto de todos los pacientes capaces de transferencia. Diré incluso: sí, relacióno todos estos estados a una estructura común que define a esta categoría y que intentaré elucidar un poco enseguida. Respondería no, si fuera necesario tomar estructura, estructura neurótica en el sentido estricto del término, es decir, lo que distingue una forma de neurosis de otra. Y no pienso que estos estados no se encuentren sino en una de las formas de neurosis que se pueden distinguir. En cuanto al conjunto de la cura, debo decir que la cuestión es un poco más difícil, dado que en estos trabajos, en los trabajos que di hasta ahora, el conjunto de la cura no está, todavía, tomado en consideración en lo que la diferencia en sus fases sucesivas. No es sobre eso que traté, por el momento. Por el contrario, se trata de cosas, de fenómenos, que se encuentran de una punta a la otra de la cura. Es decir que en este primer estadio tomé en consideración algo que es común, que concierne no a la cura, sino que concierne a la sesión analítica, cualquiera sea. Es decir que intento para mi uso personal en primer lugar, por otra parte, encontrar hitos, que sean válidos para la primera sesión tanto como para la última de una cura.

Las respuestas que acabo de dar así a Conté están en contradicción con la noción de que privilegio —según Conté—, estados raros. Podría observar a esto: bien poco importa que estos estados sean raros, si son ejemplares. También podría objetar a esto: yo los encuentro muy frecuentemente. Ustedes no dejaran de encontrar que una u otra respuesta serían demasiado subjetivas para servir de base a una discusión. Y este carácter subjetivo de mi respuesta sería aún acrecentado si les recordara que se trata ahí de estadoslímites que no podrían ser realizados. Lo que se puede percibir son solamente estados que puedan —es lo que hice— ser descriptos como tendiendo más o menos a este límite.

Para abandonar este registro demasiado subjetivo deberemos considerar que los casos límites en cuestión, que no podrían ser realizados, son, por definición misma, imaginarios. Somos, pues, llevados a definir este estado imaginario, lo que viene, más precisamente, a definir el sentido de la proposición: Ello habla. Es a propósito de la definición del sentido de esta proposición que voy a ser llevado a exponerles un argumento que es, quizás, un poco nuevo y que debería servirnos de clave para las principales cuestiones que han sido planteadas. Estoy, pues, obligado a pedirles una atención particularmente sostenida durante algunos instantes, ya que estoy obligado a anunciarles un cierto número de proposiciones bajo una forma bastante árida.

Se trata entonces, de elucidar el sentido de la proposición: Ello habla. Llamemos predicación a toda proposición que designa un sujeto por medio de su predicado. Llamemos a este sujeto, sujeto del predicado. En cuanto aquel que está en el origen, aquel que es el agente de la predicación, aquel que realmente pronuncia las palabras y que no esta habitualmente representado por un término de la proposición, aquel que podría hacer proceder la proposición con un digo, llamémoslo sujeto predicante. Notarán que esto necesariamente siempre es en primera persona.

Ahora convengamos que el sujeto del predicado es el término que designa un paciente determinado de una vez por todas. En la situación analítica se trata de aquel que llamamos habitualmente el paciente. Y si se quisiera examinar con este método el contenido de un diálogo cualquiera aquel del que les hablaba Lacan hace un rato, Y, bien, el paciente podría ser elegido arbitrariamente. Pero debería permanecer siempre el mismo. El paciente debe permanecer siempre el mismo ya se hable de él, se le hable a él o hable él mismo. Les doy un ejemplo para precisar bien las cosas. El paciente, digamos, en la situación analítica, ya que, de hecho, no es sino ella lo que tenemos en vista hoy, y no llegaré a la extrapolación que concierne a todo diálogo, el paciente dice a su psicoanalista: usted no responde a mi expectativa. El sujeto del predicado, contrariamente a las apariencias está contenido en mi, lo que quiere decir que esta frase, para aclarar las cosas, podría ser transpuesta: yo espero en vano su respuesta. Ahí el sujeto del predicado sería Yo —predicado— espero en vano su respuesta. A esto ustedes objetan que las dos frases no tienen el mismo sentido.

Les responderé que esto nos muestra que no es indiferente que el sujeto del predicado figure ahí de una manera o de otra. Nuestra proposición ello habla en la sesión es una predicación de segundo grado. No lo olvidemos, no tenemos que estudiar especialmente estas predicaciones de segundo grado, pero debemos saber bien que cuando hablamos, hablamos de palabras que se dicen en la sesión.

Hay que distinguir lo que nosotros decimos de las palabras que son dichas. Eso no quiere decir nada más. Ello habla en la sesión es nuestro discurso sobre la palabra que en la sesión era pronunciada. Debemos, pues, preguntarnos ¿quién hablaba, quién habla?. Con toda evidencia en el campo considerado ello habla en la sesión era: es el paciente quien habla. Sin embargo, decimos ello habla y no él habla. ¿Por qué?. Porque él no habla. El no habla a su psicoanalista en el caso imaginario que tenemos que considerar. Para aclarar bien las cosas consideremos primero el caso en que él hablaría a su psicoanalista, el caso en el límite más habitual en mucho. En el caso en que él habla a su psicoanalista, su palabra podría estar precedida por un digo, lo que implica que deben ser dos en la escucha: yo hablante y escuchante, que designa al paciente en el mismo orden, —en tanto que es yo, que es yo del Otro, el psicoanalista escuchante. Podemos considerar otro caso, donde es el paciente que habla, del que podemos decir él habla. El paciente puede pronunciar palabras, que supone dirigidas a sí mismo por su doble o por el tercero, por ejemplo por su psicoanalista. Esta suposición suya es que su palabra podría, aún estar precedida por un yo digo. Yo semejante al yo de aquel cuya palabra es supuesta. Este no es siempre el caso imaginario que consideramos.

Hagamos primero algunas observaciones que tienen referencia a este orden formal que es el del: él habla, y que consideramos por el momento. Primera observación: yo sujeto predicante es siempre del mismo orden que otro yo sujeto predicante. Segunda observación: cuando es el paciente quien habla, el sujeto predicante es por definición el

mismo que el sujeto del predicado. Yo digo yo(50). Tercera observación: cuando el sujeto predicante es el mismo que el sujeto del predicado este último está siempre en la primera persona. Hablando de mí mismo yo no puedo designarme de otro modo que mediante yo. Para hablar de sí, se dice yo. Pero, en el segundo caso que consideramos para hacer hablar a otro de uno se dice a su psicoanalista usted me dirá que.... Para hacer hablar a otro de uno, no se dice yo, se dice me. Usted me dice. A propósito de esta forma reflexiva de la primera persona me debemos notar, es muy importante, que implica la referencia a una predicación en segunda persona: Usted me dice. Me contiene el sujeto del predicado. No es menos cierto que la referencia implicada en la segunda persona es la del tú: usted me dice tú. Hay, pues, en la forma reflexiva, de la primera persona, me, un cierto grado de contaminación del yo, primera persona propiamente hablando mediante una referencia a la segunda persona, tú. Si les hago notar este grado de contaminación que existe en esta forma reflexiva es porque nos lleva fácilmente por transición al caso imaginario que tenemos que considerar donde ya no hay contaminación del yo por la referencia a un tú. Yo y tú, que designan siempre al mismo sujeto, el sujeto del predicado, sino donde hay confusión de los dos. ¿Qué hay, pues, del caso imaginario que debemos considerar ahora, aquel a propósito del cual nuestro comentario es: ello habla?.

Y bien, hemos visto que en el orden formal donde se puede decir él habla, él designa a yo sujeto predicante, que se opone siempre a un otro yo sujeto predicante. El orden imaginario es aquel donde ello habla, ello designa, como emisor de la palabra, una persona única. Hay siempre dos yo. No hay más que un ello. Una persona única y una persona innominada, en el sentido en que no se nombra. Por otra parte, cuando decimos él habla nos referimos a aquel que dice yo. Y cuando decimos ello habla no tenemos nombre para designar lo que está en el origen de la palabra pronunciada. No tenemos nombre para designar al sujeto predicante, por la buena razón de que este sujeto predicante pierde ahí su estatuto de sujeto. El caso imaginario es, precisamente, aquel donde, contrariamente a la ley que los presenta bajo forma de observación hace un rato, donde contrariamente a la ley el sujeto del predicado está en segunda persona mientras que el sujeto predicante es el mismo que el sujeto del predicado. Dicho de otro modo, donde la primera y la segunda persona no hacen más que una.

Ejemplo: ¿cómo se puede dar el ejemplo de un caso imaginario?. No se lo puede dar sino de una manera muy aproximativa evidentemente: el paciente hablando por la boca de su psicoanalista. Entiendo, no en el sentido figurado de la fórmula hablar por la boca de algún otro, sino al paciente hablando por la boca de su psicoanalista. Digamos realmente, ya que no hay nada tan real en el sentido de que se trata de la realidad psíquica con el imaginario. El paciente hablando por boca de su analista, es algo, —si se toma el término en su sentido propio y su figurado—, evidentemente imposible en todo otro dominio que el de la realidad psíquica.

Entonces, ¿qué sucede en este caso imaginario?. En su predicación se designaría a sí mismo como el sujeto de la segunda persona, diciéndose tú. Si tal palabra estuviera precedida por un digo, esto daría yo y tú siendo el mismo, digo: tú eres yo.

Ahora bien, él no puede decir tú eres yo. Por eso decimos ello dice: tú eres yo. La persona imaginaria que es, a la vez, primera y segunda, la designamos en nuestro discurso, —sobre su discurso—, como siendo ello. Ello es una persona imaginaria. Ello habla y el discurso que se hace oír, semejante a una predicación, no tiene este estatuto, en razón del carácter ubicuo del sujeto que se designa ahí —les dije hace un rato que no tenía el estatuto del sujeto. Ahora, quizás, sea bueno notar que hemos distinguido dos registros de la palabra: el registro formal del él habla y el registro imaginario del ello habla, debemos agregar que estos registros admiten subdivisiones muy numerosas. Pero, no es nuestro propósito hoy examinar todas las subdivisiones posibles de estos registros. Lo que sería, por otra parte, un propósito muy interesante de hacer. Quisiera simplemente mencionar tres registros que constituyen subdivisiones del registro normal él habla. Tres registros porque nos serán de una utilidad inmediata. Estos registros son, por otra parte, los más simples.

Primero el de la designación del sujeto del predicado en segunda persona. La palabra, en este caso, es evidentemente el hecho del otro, aquel que dice tú. Este registro es, en una aproximación muy grosera, en una primera aproximación, aquel que está privilegiado en la interpretación del psicoanalista que dice a su paciente tú.

Segundo, designación del sujeto del predicado en la primera persona reflexiva, registro que ya encontramos como ejemplo ahí es el paciente quien habla de sí mismo, designándose por medio del dicho supuesto de su psicoanalista que constituye el predicado. Este registro de la designación del sujeto en la primera persona reflexiva, del sujeto del predicado es el de la interpretación supuesta del analista. Es el registro de una manera, todavía, muy aproximativa, de una manera privilegiada, el de la transferencia.

Ahora, dirán ustedes, existe, incluso un registro extremadamente simple y del que ya hablamos hace un rato y que hay que tener muy en cuenta, es aquel de la designación del sujeto del predicado en primera persona. En el caso del psicoanálisis, aquel donde el paciente habla diciendo yo, ¿qué hay de este registro?.

Y bien, les pido un momento, volveremos ahí enseguida, porque les propongo precisar todo esto respondiendo a un cierto número de cuestiones de Conté.

Yo presentaba —dice Conté— a la palabra como introduciendo un corte. Yo presentaba, incluso, a la palabra —dice él—, como anotando el flujo psíquico sin falla ni corte. La expresión es de Conté, hay ahí una paradoja aparente que lleva a Conté a plantear la pregunta: —pero a mi entender—, ¿qué es lo primordial?. Esta es mi respuesta: la función primordial de la predicación me parece (..........)(51) el registro que designé hace un rato, como siendo aquel de la designación del sujeto del predicado en segunda persona, registro que, de una manera privilegiada, sería a aquel de la interpretación del psicoanalista. Les señalo que todo esto, por supuesto, demanda ser mucho más investigado de lo que yo lo hice en este primer proyecto, esto es, pues, lo primordial. Agregaría que la función de esta predicación tiene alguna relación. Y diría, incluso una relación muy íntima a lo que podemos designar como siendo la función paterna, que es constitutiva del aparato del alma como lo llama Freud, aparato psíquico, en su dimensión tópica tanto como en su estructura, es decir, en su referencia a estas tres personas no gramaticales que constituye lo que se llama, con un término impropio, la segunda tópica freudiana, en consecuencia, constitutiva del registro imaginario del que decimos ello habla. Dicho de otro modo, constitutivo de lo que, en el lenguaje habitual, se llama el ello, tanto como constitutiva de yo del superyó.

Agreguemos ahora que en este registro imaginario, ello habla, la función de predicación de la palabra está de alguna manera, alienada. Notemos ahora que hay incompatibilidad entre ello habla y la predicación, que frente al registro narcisista ello habla, la predicación tiene bien un efecto de corte que restituye al paciente en uno de los modo de registro donde él habla, o bien no tiene efecto en absoluto. En ese caso, esta función de predicación, esta predicación está de alguna manera, forcluída y para retomar el término de Lacan en el ejercicio de su función, y pienso que esta manera de ver las cosas se debe recubrir bastante exactamente con la que Lacan llama la forclusión del Nombre-del-Padre. Dicho de otro modo cuando ello habla, y que, de alguna manera, las cosas son fijadas en este registro, que la predicación queda sin efecto, debemos considerar que no hay transferencia simplemente en el sentido en la intervención de la predicación que designa el sujeto del predicado la segunda persona no rompe, en absoluto, el ello habla y no hace acceder al paciente, en particular, al registro de la designación del sujeto en la primera persona relativa. Es decir que, en este caso de forclusión tenemos que vérnosla en la práctica con pacientes para los que la interpretación no representa nada en tanto que tal y que no acceden al registro donde se designan a sí mismos por medio de la interpretación supuesta del psicoanalista. He aquí la forclusión; he aquí lo que respecta a la forclusión del Nombre-del-Padre, como dice Lacan, y he aquí, muy precisamente, la definición de la neurosis narcisística, tal como la distinguió Freud.

Ustedes saben hago aquí una acotación destinada a mostrar que todo esto tiene también un interés para el psicoanálisis, ustedes saben que desde que los psicoanalistas empezaron a ocuparse de gente que estaba loca, a ocuparse de alienados notaron que, esta gente experimentaba frente a ellos sentimientos muy vivos, lo que les hizo creer que la locura no incluía la posibilidad de la transferencia. Y bien, es un error, si se quiere mantener el marco de las neurosis narcisística, —lo que me parece necesario—, hay que tomar la transferencia en un sentido más restrictivo que el del sentimiento dirigido a alguien, en un sentido estricto que es el que les propongo, —por ejemplo, porque hay muchas otras formulaciones posibles—, como ser por ejemplo, esta capacidad de designarme por medio de la interpretación supuesta del psicoanalista. Y bien, la locura, en la medida en que el paciente está loco, porque no se está jamás completamente loco y es por eso que se puede incluso tratar a los locos, y en la medida en que el paciente está loco esta posibilidad no existe en razón de la forclusión de la que acaba de ser cuestión.

Ahora bien, siempre en esta acotación, —ya que ahí ya no respondo a las preguntas de Conté—, se debe notar que hay que volver a este registro, del que no les dije nada hace un rato, registro de la designación del sujeto en primera persona, el paciente hablando de sí mismo y diciendo yo.

Y bien, en este otro extremo se podría decir la función de predicación de la palabra es, no alienada, como en el registro imaginario del Ello habla, sino que ella es pretendidamente asumida enteramente. Este registro podría ser definido como siendo aquel del narcisismo secundario. Frente a este registra la predicación, o bien debe volverse a poner en cuestión en su efecto, o bien queda sin efecto. Ahí todavía puede haber forclusión de esta función que Lacan designa como esencial del Nombre-del-Padre, ahí todavía no hay transferencia posible, en la medida en que las cosas son verdaderamente así. Aquí tenemos que vérnosla no en la práctica, con locos, sino, muy al contrario, con personas que son perfectamente sanas de espíritu o aparentemente sanas de espíritu. Estos pacientes sanos de espíritu que no hacen análisis, que parecen de algún modo irreductibles, y de los que se dice, en un lenguaje que me parece bastante inapropiado y bastante vago, tanto más cuanto que la terminología es múltiple, que presentan defensas narcisistas dirigidas a defensas de carácter irreductibles a todo lo que se quiera.

Entonces, esto era una acotación, una indicación muy sumaria para mostrarles que mis formulaciones, —un poco áridas, no pienso que sea necesario ver las cosas como yo las veo y no pienso que sea necesario interesarse en este género de formulaciones—, para decirles que en la medida en que uno se interesa, esto no quiere decir que uno no se ocupe de psicoanálisis.

Otra pregunta de Conté: ¿en el único Ello hablante y escuchante, el psicoanalista está también sometido a la regresión tópica o se trata, más bien de un fantasma de fusión del analizado?.

Y bien, creo, que lo que precede permite formular la respuesta muy simplemente, implica ya la respuesta, en toda la medida en que hemos planteado, justamente, esta convención de que el paciente se mantenía siempre el mismo, la convención a determinada prueba que cuando hablamos las palabras que se hacen oír en el curso de la sesión de análisis, no podemos de un golpe tomar al psicoanalista como paciente. Pero, se puede razonar así: el único ello hablante y escuchante designa, muy evidentemente, el fantasma del paciente, fantasma que delata desde el punto de vista fenomenológico un cierto afecto una cierta manera de ser temporal, aleatoria que designé como siendo la expansión narcisista. No exijo, en absoluto, que se retenga esta terminología, que no tiene una importancia fundamental. Lo que es importante es subrayar el carácter irreductiblemente inconsciente del fantasma del paciente enunciado, más bien que hablar de expansión narcisista, ya que hacemos la teoría anunciándolo a este fantasma de la siguiente manera: ello dice: tú eres yo. Ustedes notarán que tú eres yo, esta fórmula no es especularizable, y que no hay nunca sino un Ello, lo que responde, creo suficientemente a la pregunta de Conté.

Otra pregunta. Conté dice que para mi el narcisismo primario —para él no lo asegura—, aparece como un paso primordial, como un paso anteverbal o preverbal del desarrollo. Por otra parte, planteándose al paciente como el objeto faltante de su psicoanalista aparece, en mi trabajo, apuntar a la restauración del narcisismo del otro. Y esta restauración del narcisismo del otro se presentaría como el mito o el fantasma de la completud del deseo del Otro. Entonces, Conté me pregunta: —¿cuál es el aspecto decisivo y cómo se articulan los dos aspectos entre ellos?. Y bien, mi respuesta sobre el primer punto: creo que respondí suficientemente para no tener necesidad de dar precisiones sobre el hecho de que es muy evidente que no puedo considerar el narcisismo primario como algo anteverbal o preverbal. Esto resulta de lo que intenté mostrarles recién.

Sobre el segundo punto diré a Conté que creo que hay que distinguir el fantasma narcisista y el mito narcisista, al menos se los puede distinguir. El fantasma narcisista es el fantasma del paciente, es inconsciente. El mito narcisista, —esta es una noción quizá un poco más nueva que Conté introduce así— el mito narcisista no es inconsciente, sino consciente o preconsciente, susceptible de devenir consciente. Este mito narcisista es

aquel según el cual el Otro podría cumplir o calmar su deseo. El mito narcisista sería por ejemplo, el mito del psicoanalista ordenador del destino, el mito del psicoanalista erigido en una función que es, propiamente hablando la de un ídolo.

Conté y Melman, por otra parte, han querido interrogarse sobre la relación de los hilos provistos por mis dos primeros textos con un cierto número de principales categorías lacanianas. Se encontraron, entonces, molestos de que el narcisismo primario descripto en una primera aproximación, como un estado límite de fusión, podía aparecer en un aspecto de alguna manera amorfo. Quizás, las precisiones que sus observaciones me llevaron a formular, en cuanto a la significación de la proposición Ello habla, quizás estas observaciones, esta clave que intenté proveer en una primera aproximación, contribuya a plantear mejor los elementos de tal confrontación. No obstante queda en pie, no lo olvidemos, que mi primer artículo introductorio conserva y conservará un carácter más descriptivo que teórico, hablando con propiedad; y que el segundo artículo que Conté resumió apunta a situar la palabra del paciente en un plano definido por dos ejes de coordenadas, la imaginaria donde ello habla y la normal donde ello habla designando la primera persona por medio de la atribución de su objeto. La progresión asintótica hacia el primero de estos ejes la llamé movimiento de regresión tópica. Y la progresión asintótica hacia al segundo de estos ejes la llamé movimiento de la represión. Esto justifica plenamente la impresión de Conté y de Melman, de que se trata ahí como ellos dicen, de un encuadre de la situación analítica en referencia a la oposición no diría tanto de dos términos, como ellos dicen sino de dos ejes.

Conté sintió muy bien, por otra parte, que en toda la medida en que tal localización condujera a evocar la relación sado-masoquista en la transferencia como lo hago en el segundo artículo, un tercer término se encontraba ya necesariamente implicado, tercer término que será introducido en el tercero de estos artículos que Melman comentó el de la función de predicación de la palabra del psicoanalista. Pero sigue en pie que en este tercer artículo el trabajo está lejos de ser acabado. Es este inacabamiento que vuelve la confrontación, de alguna manera, banal.

La cuestión de la situación de la castración en relación a la frustración, sobre la cual termina el comentario de Conté, será abordada correlativamente a la de la constitución del Ideal del yo, en tanto que heredero del narcisismo primario. Esto aún no lo he hecho pero es solamente entonces que yo podría hablar de la evolución y de la terminación de la cura. A propósito de la terminación de la cura es quizás, inútil ahora que diga, como lo piensa quizás, Conté y Melman, que diga si puedo subordinarla a algún artificio llamado técnico.

Creo haber vuelto a evocar, si no respondido, a todas las preguntas y observaciones de Conté y a un gran número de las de Melman. Para Conté no queda sino la cuestión del sueño, para la cual la respuesta sería por otra parte un ejercicio muy instructivo. Pero no tengo tiempo, hay una especie de resto en lo que concierne a Melman. Debo responderle separadamente sobre lo que parece constituir entre él y yo, lo que pareció constituir al menos el otro día entre él y yo, el principal malentendido. He aquí de qué se trata. Como dice Melman podría el analista hacer de su palabra la garantía de verdad, mientras que al paciente en la transferencia le atribuye un poder que no tiene. Es lo que dice Melman haciéndome hablar, lo que me hace decir.

Ahora bien yo no dije nada que se pueda prestar a tal paráfrasis. Yo escribí, y aquí Melman me cita correctamente incluso, en dos oportunidades, en un artículo que, por lo demás, no se trata sobre la palabra pronunciada por el psicoanalista. Es quizás, un artificio hacer un artículo dejando para más tarde la cuestión de la palabra efectivamente pronunciada por el psicoanalista. Pero, este artificio fue el mío, escribí en este artículo: no habría psicoanalista si el psicoanalista pretendiera en todo momento plantearse como fiel servidor de la verdad. Esto es lo que yo escribí y en un contexto que no deja crear ninguna duda en cuanto al sentido de esta frase. Para ser aún más explícitos reemplacemos el término servidor si ustedes quieren por el término paladín, paladín de la verdad; que él no se haga el paladín en todo momento no significa, en absoluto, que no sirva en absoluto a lo que tarde o temprano esta verdad hace evidente. De una manera general esto significa, incluso, que él se calla y que no impide al paciente hablar, que él no se opone al desarrollo de la transferencia, en la cual el paciente hace de él un engañador engañado. Esto no implica, en absoluto, muy por el contrario, que acepte o que ratifique esta posición cuando, a su vez, llega a hablar, es decir, a interpretar. El lugar desde donde el psicoanalista habla no es el mismo que aquel desde donde en la transferencia es supuesto saber, es esencial.

Una observación un poco incidental de todos modos. A ese respecto Melman habla del lugar desde donde la palabra del analista tomaría esta brillantez tan singular. Es una expresión muy bella. Pero, cuando se habla de este problema, del lugar ocupado por el analista, del lugar donde el analista habla, creo que hay, a menudo, en el diálogo una cierta confusión entre un problema de derecho y un problema de hecho. No pienso que estemos ahí, en primer lugar, para decir de qué lugar el psicoanalista debe hablar para que su palabra tome esta brillantez tan singular. Pero, creo que estamos ahí para examinar, en primer lugar, de qué lugar se comprueba que el psicoanalista habla. Sostendré esta consideración con una observación que puede parecer quizás, un poco mordaz, pero Melman acordará conmigo que la palabra de alguno de sus colegas, por cuya inteligencia él no sostiene la mayor estima no menciono a nadie, es un ejemplo, de los que considera que éste analista no comprende gran cosa del análisis y de la que hace, acordaré conmigo, de todas modos, que incluso en este caso por poco que esta en situación de analista con su paciente, sucede de tiempo en tiempo que su palabra tome esta brillantez. De hecho, quizás, no para nosotros que podríamos tener el registro del análisis, sino para su paciente. No se trata entonces, tanto de la cuestión de derecho sino de la cuestión de hecho. Melman nota que la palabra considerada independientemente de su contenido, —es en lo que acuerda conmigo—, parece evocar esencialmente el lugar donde la palabra del analista tomaría dice esta brillantez tan singular. Se trata, digo, de la cuestión del lugar de aquel que pronuncia la palabra. Dicho de otro modo, del estatuto del sujeto predicante. Aquel que pronuncia la interpretación designa al paciente como sujeto del predicado en segunda persona. No tiene el mismo estatuto que aquel que de supuesto hablar en transferencia, se le supone designar al paciente en segunda persona, mientras que está de hecho designado por sí mismo en primera, en su forma reflejada yo. El psicoanalista, así supuesto a hablar, ocupa el lugar del sujeto del mito de la relación narcisista. Está supuesto en el origen de toda cosa. El psicoanalista que da la interpretación ocupa el lugar de un sujeto, designado él mismo a su vez en segunda persona por un Otro, al contrario de aquel que esta supuesto en el origen de toda cosa, está marcado en su lugar en la sucesión de la genealogía.

Seré muy breve para terminar. Pero, me queda por responder a la sugerencia que el Señor

Lacan nos hizo al final de la última reunión. Nos sugirió retomar hoy nuestro debate a partir de la siguiente idea: si el analista está en una cierta posición, esta no puede ser otra que la de la *Verneinung* y no la de una *Bejahung*. *Bejahung* es en francés, muy simplemente la afirmación.

Ahora bien todos saben que la predicación puede tomar una forma afirmativa o negativa. La categoría de la predicación no podría ser, Pues ni la de la afirmación, ni de la negación. Esto es lo que rehusa, creo, el argumento del señor Lacan, según la cual yo situaría el psicoanalista en una posición de afirmación, de *Bejahung*. Y para intentar situar lo que intento formular hoy en la óptica de la sugerencia de Lacan, diré a grandes rasgos esto. La palabra del psicoanalista que designa el sujeto en segunda persona es incompatible con el imaginario tú eres yo del narcisismo. Se los recuerda, Cuando la palabra del psicoanalista es oída, ella no puede ser recibida sino como un corte sino como el corte constitutivo del deseo, sino como una negación del narcisismo, repetición de la primera negación mítica donde el fantasma tú eres yo se constituyó en la alienación, de la función de predicación o función de negación. Porque es una sola y la misma cosa aquí, de la palabra donde, según los términos de Freud, esta palabra no puede ser recibida sino como una negación de omnipotencia infantil, primera formulación de Freud, o digamos como una negación de omnipotencia narcisista, para referirnos a la formulación ulterior de Freud, negación que es, en consecuencia, correlativa de la represión. Esta negación de omnipotencia está mejor ilustrada por la palabra siguiente por la palabra: según su deseo, —palabra que el psicoanalista agrega al texto del sueño de su paciente: Él no sabía que estaba muerto. Suscitando así la denegación del paciente, ese no es en absoluto mi deseo. Esto es lo que quería decirles.

LACAN: —Stein, le agradezco mucho lo que usted quiso aportar como conjunto de precisiones sobre la que usted nos presenta, por otra parte, como no siendo más que los tres primeros tiempos de algo que es su proyecto y que debe seguramente comportar al menos otra. Es necesario pues que le agradezca dos cosas. Primera, haber logrado hacer aparecer esta primera parte. Segundo, haber querido situárnoslo en el conjunto de su diseño. No voy, como anuncié hace un rato, conforme a lo que anuncié, no intervendré hoy ni sobre el fondo ni sobre los detalles de la articulación que usted nos aportó, contando con las personas que lo oyeron en el auditorio para aportar las primeras observaciones. No puedo decir más que una cosa, es que me felicito, más allá de lo que fue la motivación inmediata por la cual quise que alguno de estos artículos en el conjunto, y precisamente a propósito del primero la discusión fuera llevada aquí en el marco de nuestro Seminario. Seguramente en lo que usted enunció, un cierto malentendido fue

disipado en lo que concierne a la esencia de lo que usted quería decir. Queda en pie, sin embargo que esto no quiere decir que yo pueda estar de acuerdo sobre el conjunto de situación del problema, ya que de esto es de lo que se trata. Pero, es seguramente una cosa bastante profundamente armada para que esto nos designe muy bien el nivel donde se ubican ciertos problemas esenciales. Pienso que porque los límites que lo implican del desarrollo de esta situación analítica pueden ser traspasados y es acá, justamente, ahí una base un punto de apoyo que me puede ser excesivamente precioso para localizar en qué lo que articulo esto año me permite criticar esta posición. Lo haré seguramente tanto más y tanto más fácilmente de una manera tanto más pertinente para todos cuanto que veré donde están tales o cuales auditores en relación a la audición que su presentación de hoy impone. Sin embargo, no puedo no hacer desde ahora una rectificación. Esta es importante. Estoy, en verdad, totalmente desolado de que el texto que le comuniqué, —y al que particularmente Melman había aportado sus correcciónes—, haya dejado pasar en la última página lo que no era de mi parte poco, un jalón, una cuerda, lanzada hacia usted. Hablé durante el tiempo de dos páginas y media. Hay, en efecto escrito en este texto la palabra cuya incorrección, quizás, habría debido llamar la atención, la palabra *Verneunung* que no existe. Usted tradujo *Verneinung* y yo había dicho *Verleugnung*. De manera que esto desvía un poco, sin, por otra parte disminuir, en absoluto, su interés, lo que usted me respondió a mí directamente al terminar.

STEIN: —Estoy mucho más de acuerdo con *Verleugnung*.

LACAN: —Entonces pregunto primero lo que es natural a aquellos a quienes se respondió, a saber, fundamentalmente Conté y Melman, si quieren ahora tomar la palabra. Conté, ¿usted tomó notas?, ¿quiere usted reservarse un tiempo de reflexión?, ¿o puede desde ahora abordar lo que tiene para decir?. No hable desde su lugar, venga acá.

Entonces, ya que es posible que las cosas pasen bastante bien a gusto para que enseguida la partida se haga escalonadamente como viene, a saber, que algunos estén limitados por la hora y se vayan, cumplo en anunciarles, es una de las razones por las cuales hace un rato me regocijaba de que haya tomado en el conjunto de mi Seminario este año, de que este lugar que fue tomado por un discurso tal como el que acabamos de oír. En efecto, quizás no capten desde ahora la relación. Pero, creo que no hay mejor texto que me permita relanzar algunas de las afirmaciones que oigo discutir de lo que nos anunció Stein que este texto, el que les había anunciado la última vez antes de que la Señora Parisot les hablara del artículo de Dragonetti sobre Dante. No puedo, desde luego, de ningún modo, comentar hoy la función que entiendo reservarle. Pero, después de todo para no abordar la función en un efecto de sorpresa y que a cualquiera cuando llegue lo agarre desprevenido. Les anuncio a todos los fines útiles, es decir, para que refresquen su conocimiento, incluso para que se remitan a los comentarios numerosos y esenciales que provocó este texto, del que partiré la próxima vez, que tomaré como relevo de la serie topológica que este año les enseña a ubicar la función del objeto **a**, no es otro que La apuesta de Pascal.

Aquellos que quieran oír, como conviene, lo que se dice este año, tienen, pues, ocho días al menos para referirse a las distintas ediciones que han sido dadas. Insisto, la mayoría de ustedes espero, lo saben, sobre el hecho de que hubo desde la primera edición, —aquella de los señores de Port Royal— una serie de textos que son diferentes. Quiero decir, que se aproximan más o menos, que tienden a aproximarse cada vez más a las dos hojitas de papel escritas de un modo increíblemente garabateado, de las dos hojitas de papel, frente y dorso, sobre las cuales lo que se publicó bajo este registro de La apuesta de Pascal resulta habernos sido dejado. Por lo tanto, no les doy toda una bibliografía, a menos que al final alguno me lo pida. Ustedes saben también que son numerosos los filósofos que se dedicaron a mostrar su valor y sus incidencias. Ahí también aquellos que pueden tener algo para preguntarme en cuanto a algunos artículos, los más gruesos, a los cuales

conviene que se refieran, podrán venir, en este caso, a pedírmelo a mí mismo, a menos que me dejen algún tiempo que me permita indicarlos.

CONTÉ: —Tengo la intención de limitarme a muy pocas cosas y esencialmente de agradecer a Stein por lo que nos aportó hoy, que, en efecto, es un aporte nuevo en gran parte en relación a lo yo había leído y que nos permite situar las cosas en otra perspectiva. Ya ciertamente el tercer articulo sobre *El juicio del psicoanalista* con la introducción la función de predicación habría podido, ciertamente, permitir comprender mejor su primer artículo y, en todo caso, lo que dijo esta mañana, que es más preciso, más desarrollado, deja a la mayoría de mis observaciones sin objeto. Quiero decir, que las dificultades que se hallaban destacadas están resueltas en este nivel, resultando remitido el problema a otro nivel de discusión. Quedo de todos modos, un poquitito hambriento acerca de cierto número de puntos, fundamentalmente sobre las relaciones entre registro del narcisismo y el registro del deseo, en tanto implica la dimensión del objeto . No veo muy bien, todavía, como articula Stein estos dos registros.

Segundo punto: el segundo artículo, aquel sobre el masoquismo en la cura, insistía sobre la referencia a la palabra pronunciada por el psicoanalista como real, oponiéndose esto a la dimensión de lo imaginario. Y quisiera preguntar a Stein a este respecto si no tiende en este texto situar la transferencia, a hacer bascular la transferencia un poquitito demasiado del lado de la demanda, y si habría ahí una parcialidad de su parte a nivel de esta presentación. De hecho, creo que el debate debe ser llevado ahora, en efecto sobre lo que respecta a la función de la predicación. Esta es una referencia rara la cual estoy poco preparado para intervenir. Me reservo una reflexión más madura sobre este tema y me pregunto simplemente en primera escucha, en primera audición, si debemos situar en la predicación esta primera palabra fundadora u original, como una predicación que funda al sujeto es decir, que atribuye al sujeto un predicado, el sujeto deviene tal en esto o aquello, o si la predicación no debería referirse, más bien a un juicio dirigido sobre objetos. No podría eventualmente desarrollar este punto. Y a propósito sobre ese tercer artículo, sobre *El juicio del psicoanalista* hay ahí también algo que por momentos capto mal en el pensamiento de Stein. Es, justamente, la articulación del nivel del deseo y el de la ley o, aún, de la interdicción. Es decir el momento en que Stein pasa de la falta(52), por ejemplo del analizado, que intenta plantearse como el objeto faltante al analista, donde pasa, pues, de este nivel al de la infracción(53) donde se trata ahí de la infracción a una ley, y donde se trata, pues, de la interdicción, a saber, la articulación muy precisa que hace Stein entre el primer juicio fundador, en tanto que establece al sujeto, por una parte, como objeto del deseo y, por otra parte como sujeto de una falta pasada. Hay ahí una articulación que no capto bien, pero, sin duda por falta de haber reflexionado en eso. Es todo lo que quería decir por hoy.

MELMAN: —Me parece que uno de los grandes méritos de tu exposición es, en todo caso, haber vuelto, quizás, a los auditores mucho más claro que lo que habíamos intentado hacerlo con Conté, cuáles son tus posiciones y tu opinión sobre la cura, lo que seguramente permite iniciar una discusión, quizás, más fácilmente. Lo que quisiera, de todos modos, decirte es que leí tus textos con mucho interés y, ciertamente, tanto más grande que como había intentado decirlo la última vez. Todo lo que puede presentarse como un esfuerzo de teorización general de la cura o de lo que sucede en el análisis no puede sino, por supuesto, despertar toda nuestra atención, todo nuestro interés y toda nuestra simpatía, por supuesto. Dicho esto, tuve la impresión y la sensación, leyendo justamente estos tres textos, los tres últimos textos recientes, de que era posible articular los diversos términos que adelantás y que son los de expansión narcisista primaria —nos dijiste hoy que después de todo en este texto no te sostenías demasiado, la abandonarías voluntariamente— quiero....

STEIN: —Preciso que no se trata ahí, que este término no se refiere a un concepto teórico. Es por eso que dije que lo considero como descriptivo por lo tanto, como de una importancia efectivamente secundaria.

LACAN: —Es una precisión muy importante dado el carácter generalmente, esencialmente teórico que se da al término de narcisismo primario.

MELMAN: —Esencialmente teórico y muy difícil de situar, quiero decir, en al fondo mismo de tu texto. Quiero decir que, a veces se tiene la impresión, quiero decir que por ejemplo, cuando sitúas al narcisismo primario o, al menos, el fin del narcisismo primario como el reencuentro de este objeto mítico perdido, es muy cierto que te comprometés ahí en una cierta vía, un cierto modo de aproximación de este término. Pero lo que quería decirte es que reagrupé de alguna manera tus diversas posiciones y tus diversos términos alrededor de algo que me parece es una posición. Esta posición es la que haría de la palabra del analista un objeto **a**. Es acerca de esto que intenté hablarte y es igualmente digo bien alrededor de esto que me parece que los diversos momentos tus textos pueden muy bien articularse. Cuando decís que la palabra de analista es susceptible de tomar lo que yo llamaba, por otra parte, de manera un poco forzada, en fin, de tomar esta brillantez tan singular no dudo, por supuesto en absoluto, la cuestión esencial me parece, más bien, la de la posición del analista respecto a su propia palabra, en tanto que ella es susceptible de figurar para al paciente este objeto particular, este objeto singular.

Para retomar las cosas, quizás un poquito por el comienzo, lo que me pareció debo decir ajustar, de alguna manera, los desarrollos de estos textos, de alguna manera reducirlos constantemente a este juego dual entre el paciente y el analista, donde las cosas como están oscilan de uno al otro en un movimiento donde, como lo decía muy claramente, una se pregunta cómo puede terminar esto, porque en fin, lo decía muy bien y muy claramente: planteás, en todo caso, de manera muy clara y tenés una cierta franqueza, me parece que la referencia al Otro —entiendo acá, por supuesto, el Gran Otro—, la falta de referencia que hacés acá al Gran Otro es el punto donde justamente las cosas vienen en el texto a aglutinarse, a colmarse, y terminamos por preguntarnos cómo pueden desanudarse. Por ejemplo tendría tendencia a interpretar lo que definís bajo el término de situación fusional, por el que comenzaste tu informe quiero decir, la realización de este único ello hablante y escuchante que Conté destacó por otra parte como un fenómeno seguramente posible pero raro. Ya tendría sin duda tendencia a intentar evocarla en esta dimensión que sería quizá eventualmente aquella donde el paciente podría tener la sensación de que su palabra se expondría a alcanzar un discurso, el discurso del Otro donde toda separación a

partir de ese momento donde toda ruptura donde todo hiato, donde toda distancia se encontraría abolida.

Me pregunto también si introducir esta referencia no permitiría situar moderadamente, —en todo caso te pido perdón, si no fuera al escucharte ahí, forzosamente siempre lo bastante atento—, pero lo que introducís a propósito de esta distinción de las diversas personas a propósito del tú y del él, que son categorías gramaticales que, desde luego son esenciales, para, de las que debo decir, me pregunto cada vez al escucharte cómo las utilizás. Quiero decir, si las tomás, si las destacás como tales en el sujeto de tu paciente. Quiero decir, ni cuando el paciente dice yo y por ejemplo a partir de ahí lo haces entrar en una de las tres categorías que aislaste, designación del sujeto del predicado en segunda persona o en la primera persona reflejada o bien, aún designación del sujeto del predicado en segunda persona. Dicho de otra modo, todo la que introducís ahí, en un esfuerzo de distinción y de análisis del yo del tú y del él, me pregunto si puede, incluso decía, ser situado fuera de esta referencia a ese lugar, tercero, de donde el sujeto recibe su palabra en tanto que sujeto. En la que respecta a esta puntita que adelantás concerniente a la verdad, la cuestión de la verdad, —permíteme citarte cuando decís esto en ese texto sobre el masoquismo—: el psicoanalista es llamado a intervenir es llamado de dos lados a la vez, en la transferencia el paciente lo llama en un lugar donde no está, lo sitúa en el lugar supuesto del hecho del cual experimenta la frustración, es decir, este poder de realidad que el analista detentaría y del que podría hacer uso: su gusto para interrumpir la expansión narcisista del paciente, en nombre de la verdad sería llamado a pronunciarse sobre la transferencia (el analista a denunciar la ilusión del paciente), respondiendo al primer llamado de un lugar donde no está, engañaría al paciente aceptando servirle de señuelo y por arrogarse un poder que no es el suyo. En nombre de la verdad, debería abstenerse de romper el llamado del paciente e intervenir para rehusarse. Pero, en la escucha del analista el llamado del paciente es constante. Tolerar la transferencia es engañar, ya que es la escucha la que la suscita. El analista debería, pues, intervenir constantemente para denunciar lo falso en nombre de lo verdadero y para nada oír el llamado al engaño. Su eficacia, entonces, sería la del predicador y ya no la del psicoanalista.

Y es ahí que agregás no habría psicoanálisis si el psicoanalista pretendiera plantearse en todo momento como fiel servidor de la verdad.

Creo que es cierto creo que tenés perfectamente razón poro no veo cómo en esta articulación que adelantás procurás lo que parece, no obstante esencial para todo el desarrollo posible de la cura. Al menos que ella devenga, no sabría demasiado exactamente como situarla, como procurás un lugar para, no obstante, en este movimiento, la existencia de dimensión que sería aquella, la de la verdad.

STEIN: —Ahí te respondo de inmediato, es que esto no está tratado en este punto. En cuanto al término predicador, en este texto es muy evidente que los desarrollos ulteriores me van a llevar a suprimirlo. Hasta ahí yo lo había tomado simplemente en el sentido de aquel que hace sermones. Entonces, para que no haya confusión se suprimiría ahí, es evidente.

MELMAN: —Bueno, entendido así, retomaré, quizás, igualmente, quizás por mi cuenta, quizás en muy último término, lo que decís respecto del sujeto predicante que mantiene un lugar importante en tus últimos desarrollos, que creo merecen una gran reflexión. Ahí está la función eventualmente predicante que asignarías al analista.

LACAN:— Bueno, Stein, evidentemente, me di cuenta sólo retroactivamente. Yo estaba bajo el encanto de su palabra. Stein sensiblemente sobrepasó su tiempo, lo que no nos deja suficiente tiempo para dar a la discusión el tiempo que habría esperado hoy. Ahora hay lugar, todavía, para una persona. ¿Quiere usted intervenir Green?

GREEN: —Quiero. Pero no quiero privar a los otros de intervenir.

LACAN: —¿Mejor querría intervenir?. ¿Tiene algo para decir mejor?. Usted debe partir, bueno entonces Audouard (...........)(54).

[AUDOUARD: —]En suma, se podría decir que éste universo lógico de una reflexión del tú sobre el yo o yo sobre sí mismo, no está quizás completamente, incluso, ya en la orientación de una dialéctica y que, aún, si se introdujera en una orientación más dialéctica aún quedaría que en esta dialéctica no encontramos nada de fondo o de verdad que la funde. Es en unión, por ejemplo con lo que la señora Parisot nos dijo el otro día que se podría poner todo esto, a saber, que, después de todo, lo especularizado que no es lo especularizable. Lejos de ser lo especularizable es, quizás, simplemente lo que hace creer que hay un especularizable y que lo especular en tanto que tal está siempre atravesado por un resto que cae fuera del campo de la reflexión. En suma, que hay una especie de abismo entre el sujeto predicante y el sujeto del predicado. Esto nos indica que hay ahí entre ellos dos como un mundo, como un vacío, como un algo que los aleja, no ciertamente sin poder dialectizarlos, sin poder permitir en ningún momento que esto apunte tú eres yo, sin que se constituya como otra cosa como un forzamiento que no pertenece ni a la lógica ni a la gramática, sino a este forzamiento particular del deseo. La predicación no me parece ser, en el inicio, un acto lógico, como el chico dice que el perro hace miau y el gato hace guau. Como decía Lacan, no se trata de una predicación que pertenece al orden de la lógica, sino al orden de este forzamiento particular que es el deseo.

En fin, es simplemente para indicar en qué vía se podría, a mi entender, introducir una crítica de una interpretación quizás, a mi entender demasiado satisfactoria o demasiado gramática.

LACAN: Green diga unas palabras.

GREEN: —Pido disculpas, necesitaría el pizarrón, me esforzaré por ser todo lo breve que

sea posible. Pienso que querría justamente, decir algunas palabras concernientes a la fórmula de Lacan Yo, la verdad, hablo con lo que acaba de decir Stein. Entonces, si escribimos:

Encontramos una frase que está, de hecho articulada según dos ejes: el eje moi—je y el eje la verité—parle. Pienso que todo eso tiene una relación con lo que nos dijo Stein de las relaciones entre el je, el *moi* y la palabra. Audouard acaba de hacer notar que Stein construye una equivalencia de los diferentes pronombres en el je, el tú y eventualmente, el él, por el hecho mismo de que el sujeto no puede decir digo que tú eres yo, por el hecho mismo de que el digo y tú eres yo está reemplazado por ello dice que tú eres yo. Por esto hecho mismo creo que es esta equivalencia entre los diferentes pronombres lo que me parece plantear las cosas. ¿Por qué?. Porque si en este momento connotando bajo la forma de índice ello dice que tú eres yo, se puede decir, de alguna manera, que en la enunciación misma, en la sucesión de la enunciación a partir del momento en que el tú adviene al yo, el je se encuentra, por decir así transformado y no es ya el mismo que al principio y es reenviado al tú primitivo. Creo que este punto es muy esencial para concebir que hay ahí algo que es una circularidad cerrada y que la única manera de salir de la circularidad, la única manera de que eso no constituya un sistema que gire en redondo es, en efecto, concebir que existe una diferencia entre el tú y el yo, siendo esta diferencia la del Otro, y el Otro barrado, en tanto que, justamente, lo que libera la barra es un resto. Es necesario que haya un resto y para que hay un resto es necesario que no haya equivalencia entre los diferentes valorespronominales.

¿Con qué nos topamos ahí?. Nos topamos, justamente, con el término, justamente, del que hablaba al principio: la verdad. Es decir que Stein habló del *moi* y habló del je, que habló de la palabra, pero justamente la cuestión sigue siendo, en lo que concierne a la verdad, ¿el analista es o no el fiel sirviente de la verdad?.

Y bien, creo que es ahí donde debemos volver a la fórmula propuesta por Lacan que especifica la transferencia, a saber, que la transferencia se dirige a un sujeto supuesto saber, ¿supuesto saber qué?. Toda la cuestión es: ¿qué sabe el psicoanalista?. Y bien, ¿qué sabe?. Pienso que todo el malentendido de la cura, toda su *Verleugnung*, es que es considerado saber todo, salvo la verdad. Y es en la medida en que este malentendido existe en el inicio que la cura puede proseguirse para llegar finalmente a una situación donde evidentemente, por supuesto, el sujeto supuesto saber no está ya del lado del analista y que aquello de lo que es cuestión es una verdad que no puede ser sino la del sujeto. Creo que encontramos una problemática completamente idéntica a la que intenté analizar en lo que concierne al oráculo en los griegos.

LACAN: —Intentaré dar formulas aún más precisas, pero esta me parece verdaderamente masiva y totalmente fundamental. Quiere usted Stein responder inmediatamente o bien, como es concebible, porque les anuncio ya que haré en Febrero tres seminarios, dos seminarios abiertos y haré todavía un primer seminario cerrado, el cuarto, habré, en principio, partido a los Estados Unidos, es totalmente concebible que el cuarto seminario de Febrero se pase para proseguir una discusión también iniciada, lo que les deja toda la comodidad de esperar para responder a las intervenciones de hoy la próxima vez, a menos que usted quiera, de inmediata plantear algunas palabras.

STEIN: —No pienso que me sea fácil hacer una introducción sustancial, la primera vez, sobre la base de las observaciones que se hicieron hoy, porque eso no llevaría a nada.

LACAN: —No, pero la próxima se puede inscribir alrededor de usted. Sería más simple un cierto número de personas que, habiendo dejado madurar lo que oyeron hoy, se propondrían para venir a discutir con usted el cuarto miércoles.

STEIN: —Si, pero yo no podría todavía adelantar mucho más sobre...

LACAN: —No, no se trata de eso. Se trata, o bien, que usted dijera unas palabras en las que usted tenga mucho interés ...

STEIN: —Si hay unas palabras que quisiera decir. Es la siguiente: en toda esta discusión, —y esto no es para asombrarnos—, se llega siempre a la tentación de reducir este resto del que hablaba Audouard y que retomaba Green. En el argumento de Green, que no quiero retomar en su conjunto porque es muy importante, interesante, quisiera, de todos modos, simplemente, hacerles notar que al otorgarme el propósito de establecer una equivalencia entre los diferentes pronombres, reduce, justamente, lo que yo dejaba, de alguna manera, como resto, porque yo no designé la equivalencia entre los diferentes pronombres, sino, justamente, una confusión entre los diferentes pronombres en el registro imaginario, lo que es totalmente deferente. Y esto me lleva, para ser muy breve, a Audouard que, a mi entender, definió admirablemente algo que se relacióna, que está en lo que les dije hoy. (............)(55)

[LACAN: —] Quisiera, de todos modos, por el placer de la historia, recordar que en un cierto Congreso de Amsterdam que si no me equivoco se sitúa en 1950, no el primer Congreso de Amsterdam es en...

GREEN: —En 1948

LACAN: —En 1948, hice el discurso que había preparado, —en ese momento no estábamos en el comienzo de una enseñanza cualquiera de mi parte—, que era, que giraba alrededor, no solamente de una gramaticalización cualquiera, sino, muy precisamente, la de los pronombres personales, discurso en el curso del cual debí reventar a los intérpretes porque fui forzado a decir en diez minutos lo que había preparado para veinte, habiendo creído la Señorita Anna Freud deber sobrepasar ampliamente su tiempo de intervención.



Clase 9

2 de Febrero de 1966

Me preocupo por saber si aquellos psicoanalistas a los que enseñé algo transmitirán propiamente lo que dije. Ahí está el sentido de la prueba que constituyen las sesiones consagradas a un Seminario en el cual no puedo admitir tanta gente, por la razón de que esta asistencia misma sería un obstáculo a esta verificación. Si es verdad que la aspiración primaria del sujeto psicológico es la de presentar al deseo del Otro este objeto falaz que es su imagen de sí, no podríamos tomar precauciones demasiado rigurosas para no ver nunca bajo una forma cualquiera en lo que se llama la cura psicoanalítica —que es una experiencia propiamente trascendente— en vista de lo que se expresa hasta ahora en el orden de la ética. No podríamos jamás tomar demasiadas precauciones para definir las vías por donde esta fórmula de la relación del sujeto al deseo del Otro, que acabo de dar al principio, y que nunca fue en ninguna doctrina filosófica superada, ya sea efectivamente superada, franqueada, de una manera radical. Por esto, a falta de poder estar el cuarto miércoles en el que se proseguirá los debates que se instauraron desde los dos últimos miércoles sobre el tema de las formulaciones del Señor Stein, —aquí presente en la primera fila de esta asamblea—, lo interrogaré para que se retome la pelota sobre lo que entiende por este pretendido masoquismo imputado al paciente en la medida en que se somete a una regla severa, porque ir tan rápido a definir esto como masoquismo, —después de todo—, de esto podríamos no tener qué decir al principio, ¿si no es qué?. Que él quiere. Es todo lo que podemos decir de esto. Él quiere: formula no vaga, sino mínima del deseo. ¿Todo deseo entonces sería —de ser deseo y en sí mismo—, masoquista?. Seguramente. Si la cuestión vale ser planteada, vale también de no ser zanjada demasiado pronto sobre todo si recordamos la formula que di al hablar de *El deseo y su interpretación*, que en un cierto sentido, vistas las condiciones de la experiencia psicoanalítica, el deseo es su interpretación.

Exponerse a esta situación que es, verdaderamente, fundamental, de que toda demanda no puede ser sino decepcionada, ahí está, sin duda, lo que el paciente tiene que afrontar y lo que no podría prever al principio. Y por el resto ¿qué es masoquismo en este caso?, ¿es ofrecerse a la decepción?, como lo formuló muy bien otro de mis interlocutores. El analista es, en efecto, el sujeto supuesto saber, supuesto saber todo, salvo lo que respecta a la verdad del paciente. Y mucho más que una situación que se establece sobre los datos de los que les indico aquí la punta, no nos dice el paciente que se ofrece a la experiencia analítica: —es usted el que sufrirá si usted me demanda la verdad. Esta ley de que toda demanda no puede ser sino decepcionada, usted no gozará de mi verdad y es por esto que le supongo saber, es por esto lo que lo obliga a estar errado. La función epistemológica es la verdad que se ofrece como goce y que sabe por ahí mismo ser defendida, porque ¿quién podría gozar de la verdad?. Función, pues, más bien mítica. Déjenme adherir estos dos términos en una sola palabra y reciban, psicoanalistas, investiduras de lo que acá le es impuesto al adjetivo en una sola palabra: la más bien mítica(56). Lo que el paciente hace de nosotros es lo que nos hace caer de la posición de pirronianos. Ustedes querrán saber más de esto. Despierto vuestro deseo más reflexivo, es decir el más imposible de reconocer. El predicado con el que ustedes me afectarán es vuestra caída. Si ustedes califican, ustedes se califican. Yo triunfo.

Sin duda, hay ahí, como Stein lo percibió, la punta y el nacimiento de una culpabilidad en mis pacientes. Pero ustedes, si se aceptan como juez, helos ahí rechazados como sujetos desde entonces en la ambigüedad de tener que juzgarse. El deslizamiento armónico de la lengua, este sujeto(57) que tiene que juzgarse(58), reconozcan ahí una de estas formas de la que cada lengua a su manera nos ofrece la indicación. Sin duda, acá, al mismo tiempo está la advertencia de no ir, de no tener que ir demasiado lejos, porque dice el paciente: desde luego, usted me volvería masoquista, es decir, enamorado de su angustia, que usted toma por un goce, que he devenido el Otro para usted, y si usted no tiene cuidado, usted no puede más que jugar equivocadamente, porque basta que me identifique a usted, para que usted vea bien que no es de mi que gozará la bolita ésta y tomar su escamoteada realidad *Wirklichkeit*, lo que borro hasta la huella en lo real. *Realität*, es justamente lo que elegí en usted para sancionar este borramiento.

Así la idea de un ser subsistente y asible, fundante de las relaciones de sujeto a sujeto, es propiamente el terreno sembrado de trampas sobre al cual, desde el principio, una teoría insuficiente se compromete irremediablemente. Pero, es por esto que es para nosotros tan deseable elaborar la estructura que nos permite concebir de una manera radical cómo es posible el progreso de aquel que se ofrece en la posición de sujeto saber y que debe, no obstante, —inicialmente y de esta manera— renunciar a todo acceso a la verdad. No más esto que aquello. Esta fórmula nodal, que es aquella en que se expresa la posición del pirroniano escéptico, siendo Pirrón el dirigente de una de estas sectas filosóficas, que incluso llamé en su momento Escuelas para recordar que otra cosa era la práctica de la filosofía en un cierto contexto: aquel donde se lograba un cierto orden socialmente definido del mundo antiguo. Piensen en lo que era la disciplina de aquellos que se imponían, precisamente, en la introducción de todo predicado, en alguna cuestión cualquiera sobre la verdad, no simplemente replantear mediante un ni-ni los miembros de una alternativa, sino de defenderse siempre contra la introducción misma de la disyunción, aquella que se imponía más aparentemente, el rechazo precisamente de franquear la barra de su establecimiento y da rechazar en conjunto los dos miembros de la disyunción. La posición, pues fundamental de un sujeto como imponiéndose su propia detención en el umbral de la verdad es aquí algo que merecería, sin duda, una explicación más larga, una vuelta sobre estos textos, sin duda, dispersos, suficientes, llenos de problemas, pero de los que, sin embargo, la lectura de un Sexto Empírico nos puede dar toda la amplitud, aquella que no se alcanza simplemente leyendo su resumen en un manual, sino siguiendo por el desvío de un texto del que hay que hojear página por página el estilo, el peso, la realidad del juego que ahí estaba comprometido.

No es en absoluto porque sí, que adelanto acá esta referencia que doy como meta a los más estudiosos, aunque sea para indicarles encontrar ahí en la excelente Obra de Victor Brochard, *Los escépticos griegos*, el complemento, la situación, el fruto de una meditación real en un espíritu moderno. No es en absoluto, por casualidad que lo pongo acá en el umbral de lo que anuncié hoy como debiendo ser mi tema, que, sin duda, no debe ser porque sí en la enorme asistencia que reúne, es, a saber, *La apuesta* de Pascal. *La apuesta* de Pascal, espero que no haya ninguno de ustedes que, antes de hoy, haya tenido algún indicio de esto; no dudo que *La apuesta* de Pascal sea algo, entiendo, como objeto cultural, infinitamente más difundido de lo que se supone y si uno se maravilla de que haya habido algunos textos de filósofos, después de todo, si debiera darles aquí la bibliografía llegaría, —Dios mío—, a agotarla bastante rápido cuando hubiera alcanzado una cincuentena de referencias del lado de aquellos que escriben y juzgan bien hacernos participar de su pensamiento. Habría visto el fin y todo lo que fue dicho, —lamento tener que anunciar una fórmula tan deprimente, lo lamento más cuanto que esto interesa—, si puedo decirlo, a la reputación de una corporación llamada filosófica. Todo esto no va muy lejos. No dejaría, sin embargo, de recomendarles tal artículo, que se recomienda, mediante el procedimiento excelente de un comienzo al nivel, yo no diría del texto, si no del escrito, de ese papelito o, más bien, de esos papelitos cubiertos, anverso y reverso, es lo que Pascal nos dejó de lo que se podría llamar su garabato y que partiendo de ahí, porque es muy necesario no ver en absoluto algo que habría sido logrado en nuestra dirección, pero que, sin embargo, es quizás de tanto mayor mérito para ser retenido, dándonos, de alguna manera, una especie de sustituto o de sustancia real concerniente a esta singular realidad incorpórea que es, propiamente, aquella de la que intenta, con los recursos de una topología elemental, hacer valer para ustedes lo que podemos extraer de esto en el nivel de nuestras articulaciones. A este título, al título Henri Gouille, aparecido en una revista italiana y del que, después de todo quisiera dejarles aquí la indicación, revista italiana que es la publicada como *Archivio di filosofia* Nº 3, 1962, *Organo del instituto de estudios filosoficos di studi filosofichi en roma,* el artículo del señor Henri Gouille, *La apuesta* de Pascal, merece, si ustedes pueden procurar el tomo de esta revista, su atención. Es, cono ustedes ven uno de los últimos aparecidos. En el pasado hubo muchos otros, desde los asombros de Voltaire, las precisiones de Condorcet, las divagaciones de Laplace, el escándalo de Víctor Cousin, sobre el que no me extenderé aquí. No tengo tiempo de decirles cuál fue la verdadera función de lo que se llama el eclecticismo, más recientemente las notas de mérito, que han sido dadas por el buen Lacherier que seguramente pueden leer. No diría lo mismo de algo de lo que los daré una muestra enseguida, el artículo de Dugas y Riquier en la *Revuephilosophique* de 1900.

Luego las cosan fueron retomadas a nivel de lo que llamaremos *La apuesta*, considerado a nivel del plano del Otro. Se debe apostar —como Pascal lo indica—, si es tanto de esto de lo que se trata, lo que tendría de cierto el bien de nuestra vida concebida en su nivel más ordinario por la incertidumbre de una promesa de que la articulación de Pascal parece toda entera orientada a mostrarnos la desmesura en relación a lo que abandonaríamos —introducción, se dice—, invita a *La apuesta* de la creencia seguramente. Disciernan, desde ahora, lo que se propone en la avanzada de algo, después de todo, que no está tan lejos de la conciencia más común. Esta vaga angustia del más allá, que no en absoluto forzosamente, un más allá de la muerte, no hace falta que ella exista para soportarse en toda clase de referencias, que para los más exigentes toman forma en estas esperanzas a las cuales uno se consagra y que no son en esta perspectiva respecto a la religión, sino a algo que por lo menos calificaremos de analógicas, en un capítulo corto y sustancial. El autor de *El dios oculto* el señor Goldman, no parece para nada repugnarle hacer de *La apuesta* de Pascal el preludio a la fe que el marxista compromete en el advenimiento del proletariado. Estaría lejos de reducir a este alcance —del que lo menos que se puede decir, es que es un tanto demasiado apologético—, el alcance de un capítulo cuyo valor de discusión es seguramente enriquecedor, bastante sin duda, para que podamos poner esta parte de la empresa por encima del bricollage, pero, me parece que en ninguna parte nadie avanzó en este texto de *La apuesta*, desde este punto de vista de que no es un uno al que se trata de convencer, que esta apuesta es *La apuesta* de Pascal mismo de un *Je*, de un sujeto que revela su estructura, estructura perfectamente comprobable, a controlar, no de tal o cual incidente que lo confirma en el contexto biográfico —los gestos de Pascal

en una vía de la que se tiene razón en manifestar los pasos extremadamente complejos—, los gestos tales como se logran en la proximidad de la muerte en tal o cual voto que puede parecernos exorbitante, el de ser llevado a los incurables, para acabar ahí su existencia. Sería etiquetarlo muy rápido destacar ahí la temática masoquista. Si un sujeto, si un pensamiento, que sabe distinguir tan admirablemente —ustedes lo van a ver—, en la formulación estricta de posiciones esenciales, nos entrega, de alguna manera, su estructura. Hay ahí algo que para nosotros no debe sino ser enlazado a los otros puntos donde también la estructura del sujeto en tanto que tal es, en una cierta posición radical, manifestada por él. Y si tenemos la dicha de ver afirmar sin que al cabo nada diga que hubo ahí un mensaje cualquiera, porque, después de todo, estos papelitos los tenemos casi después de su muerte. La muerte no es, quizás, al límite de ningún más allá. Es seguramente uno de los límites más fáciles de utilizar cuando se trata de hacer los bolsillos. Le hicieron los bolsillos a Pascal, la cosa está hecha, aprovechémosla.

Aprovechémosla si hay algo que pueda permitirnos a nosotros articular uno de los más singulares proyectos, una forma de empresa de las más excepcionales que se nos hayan dado jamás y que puede pasar por ser la más banal, como ustedes van a ver: —Infinito, nada.— comienza. Ininterpretable. —Nuestra alma es echada en el cuerpo en que ella encuentra número, tiempo, dimensión; ella razona sobre esto y llama a esto naturaleza, necesidad, y no puede creer en otra cosa(59) — Evocación de las potencias de lo imaginario. —La unidad añadida a lo infinito no lo aumenta en nada, no más que un añadido a una medida infinita, y se convierte en pura nada. Así nuestro espíritu ante Dios, así nuestra justicia ante la justicia divina. No hay tanta desproporción entre nuestra justicia y la de Dios, como entre la unidad y lo infinito(60) — no resiste al placer de no captar lo que sigue: —Es preciso que la justicia de Dios sea enorme como su misericordia y la justicia respecto de los réprobos es enorme y debe chocar menos que la misericordia respecto de los elegidos. Nosotros conocemos que hay un infinito e ignoramos su naturaleza, como sabemos que es falso que los números sean finitos. Hay, pues, en verdad, un infinito en número, pero nosotros ignoramos lo que sea. Es falso que sea par y es falso que sea impar, porque añadiendo una unidad no cambia de naturaleza. Sin embargo es un número y todo número es par o impar. Verdad es que esto se entiende de todos los números infinitos. Así se puede conocer que hay un Dios sin saber lo que es. Sabemos que hay un infinito, e ignoramos su naturaleza. Como sabemos que es falso que los números sean finitos, por lo tanto es verdadero que hay un infinito en cuanto al número. Pero no sabemos que es: es falso que sea par, es falso que sea impar; pues si se agrega a la unidad, no cambia la naturaleza; sin embargo es un número, y todo número es par o impar (aunque es verdad que esto se aplica a todo número finito o infinito). Así también, se puede saber que hay un Dios sin saber qué es..

Tal es la introducción desarrollada a continuación. Les rogaría, a partir de ahí, que se remitan al texto, cuyo punto de partida es propiamente que Pascal, pensador —y pensador, si ustedes quieren, religioso—, integrado en el pensamiento de que tanto réprobos como elegidos están naturalmente a merced de la gracia divina, no plantea menos, sin embargo, como camino inaugural que Dios de ninguna manera y hasta en su ser podría ser conocido. Apunta, incluso, hablando con propiedad, a que no se podría por el poder de la razón saber si existe. Lo importante era mostrárselos entero y después de todo, no pienso que vaya a aportar ahí para ninguno de ustedes algo tan sorprendente. Ustedes oyeron hablar bastante, aunque suspendidos de la vaguedad de los problemas de la existencia, para que no se sorprendan si yo indico al pasar, a falta de poder detenerme ahí más hoy, que lo importante no es en absoluto, tanto este suspenso en tanto que es radical, cuanto que la división que introduce entre el ser y la existencia el existe que provocó tantas dificultades en el pensamiento aristotélico en la medida en que, después de todo el ser planteado se basta, existe porque es ser y no obstante la intrusión de la revelación religiosa, la del judaísmo plantea, digo, entre los filósofos, a partir de Avicena, la cuestión de saber cómo ubicar este suspenso de la existencia en tanto que es necesario para un pensamiento religioso devolverle a Dios la decisión. Esta imposibilidad de ubicar de una manera categorizable la función de la existencia en relación al ser, aunque sea la misma que irá a recaer como cuestión sobre Dios mismo para preservarnos de esta cuestión de saber, si basta decir de Dios que es el ser supremo. No duden de esto. Para Pascal la cuestión esta zanjada. Otro papelito cosido más profundamente que en un bolsillo bajo un dobladillo, no Dios de los filósofos, sino Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Nos muestra el paso franqueado y que no se trata, en absoluto, del Ser supremo.

De ahí en más, despejen, afinen, estas cuestiones preliminares que volverán, seguramente, precarias todas las referencias a un dato como constituyendo suficientemente por sí mismo una certeza.

Cuando los señores Dugas y Riquier, al final de su artículo, —léanlo, no pretendo hacérselos juzgar entero por la muestra que les doy—, se interrogan — y ahora qué pensar de una experiencia que se presenta así: para entrar en el estado de alma del creyente ustedes despojarán su naturaleza, harán tabla rasa de sus instintos, de sus sentimientos, de sus concepciones de la felicidad, de no considerar *La apuesta* sino desde el punto de vista lógico, el rechazo de apostar por—, así se llama el argumento, yo no leí bastante para que estén en este punto del vocabulario—, de tomar cruz.

Esto quiere decir par o impar, cruz o cara .—no se trata de la cruz cristiana. Pero, si nos ponemos frente a las condiciones reales de *La apuesta* debemos decir que habría, por el contrario, locura en tomar cruz, porque la fe no es tal como Pascal a veces la presenta. Ella no se superpone simplemente a la razón, no tiene como efecto alejar los límites de nuestro espíritu sin trabar su desarrollo natural y de darle así acceso a un mundo que le sería naturalmente cerrado. En realidad, exige la abdicación de nuestra razón, la inmolación de nuestros sentimientos. ¿No es esta aniquilación de nuestra personalidad el mayor peligro que pudiéramos humanamente correr?. Pascal, sin embargo, ve este peligro con un ojo indiferente. ¿Qué tienen que perder?, nos dice, colmado de sus ideas teológicas estamos aquí en la psicología. No entra en el espíritu del hombre puramente hombre, y su discurso. Se dirige exclusivamente a aquel que admite ya, sino el pecado original y la caída del hombre, toda esta filosofía más pesimista que él mismo extrajo del dogma cristiano. Pero todo espíritu, que no tiene más que razón por guía y cree en la dignidad natural del hombre y en la posibilidad de la felicidad, no puede dejar de considerar la argumentación de *La apuesta*, a la vez, como una monstruosidad lógica y una enormidad moral. La dureza de un juicio semejante encontraría por necesidad su justificación y su censura en la acotación célebre de Pascal sobre la diferencia entre los hombres o la originalidad de los espíritus.

Salteo algunas líneas para llegar hasta esta absolución indulgente. Su sinceridad es evidente, su franqueza absoluta, y cualquiera sea la inmoralidad de su tesis y la debilidad

de sus razonamientos, seguimos respetando su carácter y admirando su genio. Esto es lo que nos arrojan: queridita, pasame mis pantuflas, arreglé cuentas con él. No obstante, quisiera que apelando a todo esto y, después de todo, da una nota que no está jamás, hablando con propiedad, completamente ausente, al menos como estado de aquellos que más lejos llevaron el análisis de *La apuesta* de Pascal, a los cuales no quisiera, por temor a olvidarlo enseguida, dejar de unir a aquellos que les cité hace un rato, el capítulo consagrado por el señor Souriau a *La apuesta* de Pascal, en su libro *La sombra de dios*. Ahí también verán ustedes observaciones totalmente sugestivas y válidas en nuestra perspectiva, en relación a la manera en que conviene manejar este testimonio.

Una apuesta: se han dicho sobre esta apuesta muchas cosas y, en particular que no era tal. Vamos a ver enseguida lo que es una apuesta. Lo que causa temor al comienzo es lo que se pone en juego y la manera que un Pascal habla de esto.

Examinemos entonces, este punto y digamos: —Dios es o no es. Pero ¿de qué lado nos inclinaremos?. La razón no puede determinar nada ahí. Hay un caos infinito. Todo nos separa. Se juega un juego —atención a esta frase— en el extremo de esta distancia infinita donde acontecerá cruz o cara(61)—. Jamás esta distancia infinita, —a saber, lo que ella quiere decir—, fue verdaderamente tomada en consideración.

—¿Que apostarán? Mediante la razón ustedes no pueden decidir ni lo uno ni lo otro, mediante la razón no pueden defender ninguno de los dos(62).

Es Pascal quien habla. —No acusen entonces, de falsedad a aquellos que han hecho una elección, porque ustedes no saben nada de eso(63). No. —Responde el interlocutor, que también es el mismo Pascal—. Pero, yo los acusaré de haber hecho, no esta elección, sino una elección. Porque aún, cuando aquel que hace una elección y el otro, estén en igual falta, ambos están en falta. Lo justo es no apostar en absoluto. —Si, pero hay que apostar. Esto no es voluntario, ustedes están embarcados. ¿Cuál tomaran ustedes?, pues veamos, ya que hay que elegir. Veamos lo que les interesa menos, tienen dos cosas para perder(64). —Nadie parece haberse dado cuenta de que se trata pura y simplemente de perderlas—. Lo verdadero y el bien, dos cosas a comprometer: vuestra razón y vuestra voluntad, vuestro conocimiento y vuestra beatitud.

Cuando se compromete a algo en un juego que se lleva entre dos hay dos apuestas: vuestra razón y vuestra voluntad es la primera, vuestro conocimiento y vuestra beatitud es la segunda, que no es puesta, en absoluto, por el mismo partenaire. Más tarde se discutirá sobre lo que está en juego, a saber: apuesten sin dudar, que él es, ya que hay igual riesgo de ganancia y de pérdida. Si no tuvieran sino que ganar dos vidas por una aún podrían apostar(65). A continuación de lo cual se nos promete, en una formula de la que importa no desconocer el texto, una infinidad da vidas, en principio, lo que desplaza por supuesto, las condiciones de lo que se apuesta. No son, en absoluto dos vidas en lugar de una, una vida de cada lado que son puestas en el juego, sino una vida por una parte y por otra parte lo que Pascal llama una infinidad de vida. Luego, a continuación una infinidad de vidas infinitamente felices. En lo que debemos retomar dentro de un instante cuando estudiemos lo que significa tal apuesta. Pero, primero, quisiera interrogar sobre esto que no fue retenido en absoluto. Es, a saber lo que quiere decir comprometer su vida y cómo ella está puesta en el juego. Vemos a Pascal hacer alusión ahí a varias etapas de su razonamiento. Primero, que ella puede no estar comprometida ahí. Segundo, la manera en la que convendrá juzgarla si al término de *La apuesta* está perdida.

Respondo, —dice Pascal— perdida vuestra vida. —Y acá él articula: Pero perdiéndola no pierden nada.— Singularidad de esta nada. Primero se trata de una vida. Al menos por un tiempo, en el caso medio, esta elección no se hace en absoluto, en el lecho de muerte, aunque esto no sea, en absoluto impensable, una vida que ustedes habrán vivido. Esta vida es evocada en otro momento como comportando más de un placer, placeres que califica de apostados, sin duda pero que no están menos provistos ahí de un cierto peso, ya que harán obstáculo a lo que de este razonamiento aquel al que se dirige siente el alcance convincente. La ambigüedad, pues, de esta vida entre esto de que ella es el corazón de la resistencia del sujeto a comprometerse en *La apuesta* y que, por otra parte, respecto a aquello de lo que se trata en *La apuesta* es una nada. Esto es lo que propiamente debe ser retenido por nosotros para hacernos interrogar sobre lo que distingue a esta nada. Esta nada tiene igualmente esta propiedad de es lo que se pone en juego, de lo que vamos a ver enseguida aquello de lo que se trata en lo que concierne a una apuesta. Esta acotación es justamente el algo que va a permitirnos dar su verdadero lugar en la estructura, a esa pretendida nada de lo que se pone en juego. Y ni cuando franqueando el término discurso, para ponerlos ahí como señores a Dugas y Riquier, de Pascal, Pascal a aquel que viene a consentir, a someterse a las reglas de *La apuesta*, dice, sin embargo: ustedes no podrán creer que los efectos de mi apuesta, se identifican a mi creencia. La respuesta de Pascal: Embrutecerse, la que producía el horror del señor Victor Cousin, el primero en haberla extraído con el escrito del escándalo de los papeles directos de Pascal, a los cuales él tenía directamente acceso. Este embrutecerse es, sin embargo, bastante claro. Este embrutecerse es exactamente lo que podemos designar como la renuncia a las trampas y a las envolturas, a las vestiduras del narcisismo, a saber, el despojamiento de esta imagen, la única que justamente no tiene las bestias, a saber, la imagen de sí. Lo que precipita, lo que cae al fin propuesto de una cierta ascesis, de un cierto despojamiento, es propiamente lo que reúne en su situación en el ser a nivel de lo que se afirma de esto como: yo soy en el campo del otro, de lo que en el sujeto destaca del desconocimiento de sí. Es decir, si debiéramos tomar como igual a la nada(66), la nada que rueda, como podría, entonces, jugar su papel, de lo que se pone en juego. ¿Es que esta nada —introduzco acá la cuestión—, no podemos identificarla a este objeto siempre huidizo, siempre substraído, a lo que es después de toda esperanza o desesperanza esencia de nuestra deseo, a este objeto innombrable, inasible, inarticulable y, sin embargo, que *La apuesta* de Pascal va a permitirnos afirmar, según la fórmula que Platón emplea en el *Fedon*, concerniente a lo que es del ser como algo a lo que corresponde a un discurso invencible? El, como causa del deseo y valor que lo determina, esto es aquello de lo que se trata en *La apuesta* en juego, pascalina. ¿Qué es lo que nos permite confirmarlo?. Seguramente acabo de decirlo, el hecho de que está comprometido como lo que se pone en juego en *La apuesta*. Paro esto conviene desenredar las oscuridades que conciernen a lo que es una apuesta, una apuesta es un acto al que muchos se entregan. Dije es un acto; no hay apuesta, en efecto, sin algo que implique la decisión. La decisión se remite a una causa que yo llamaría la causa ideal y que se llama el azar.

También pongamos mucha atención en evitar acá la ambigüedad que consistiría en insertar *La apuesta* de Pascal en los términos de la moderna teoría todavía no nacida en esa época de la probabilidad.

La probabilidad es lo que el desarrollo de nuestra ciencia encuentra en último término de una cierta vena de investigación de lo real. Y para manifestar la permanencia de la presencia de esta ambigüedad de la que evocaba apenas hace un rato el perfil concerniente a la relación al ser, no puede acá sino recordar cómo, —como diría Pascal—, se marcan las diferencias de los espíritus, lo que no es, en absoluto una acotación psicológica, sino una referencia a la estructura del sujeto.

La repugnancia marcada, por ejemplo en una carta a Max Born de Einstein, por esta última realidad que no sería sino un jugador de dados, el apego fundamental y proclamado por parte de un espíritu que comprometía ahí la más alta autoridad científica de su tiempo por la suposición de un ser, astuto sin duda, pero que no engaña, a saber una cierta forma aún perfectamente subsistente en el centro de un pensamiento científico de un ser divino. He aquí lo que merece ser recordado en el umbral de aquello en lo cual vamos a comprometernos y que es propiamente, esto no puede ser definido sino en el momento de este umbral, de este paso, de este franqueamiento radical de Pascal, a saber, el término estrictamente opuesto de un azar definido. Porque, ¿qué es el azar?. El azar se refiere esencialmente a la concepción de lo real en tanto que imposible, dije. ¿Imposible de qué?, —completaría hoy—, imposible de interrogar. Imposible de interrogar porque responde al azar.

¿Qué quiere decir esta forma de lo real?. Podemos considerar, aunque más no fuera por un instante y para situar el sentido de lo que articulamos como el muro, el límite, el punto en el cual intentamos en último término, por la exploración de la ciencia de terminar por el punto donde ya no hay nada para extraer sino una respuesta del azar. La ciencia no está lograda en absoluto. Pero, el ascenso progresivo de un pensamiento que se llama muy propiamente indeterminista, —no en la medida en que el nivel de lo real que interrogamos nos obliga—, puede permitirnos, al menos, sugerir esta perspectiva donde se inscribiría el saber científico, y es precisamente lo que les digo. Es decir, renuncio al conocer y al mismo tiempo al ser. No es, en absoluto, en la medida en que esto es de lo que se trata, es de construir bajo la forma de instrumentos científicos, lo que en el curso de esto objetivo de unirse a lo real, el punto de azar, nos ha sido mandado como instrumento que fuera capaz de unirse a él. ¿Que es un dado sino un instrumento echo para hacer surgir el puro azar?. En la investigación de lo real todos nuestros instrumentos podrían no ser concebidos sino como los cimientos gracias a los cuales, para penetrar más adelante, llegamos hasta el término del absoluto azar. No digo, en absoluto, que zanje la cuestión en esta materia. Sin duda, no podrían estar suficientemente articulados sino por entrar de una manera mucho más precisa en las elaboraciones que nuestro abrazo con la física nos constriñe a dar al principio de la probabilidad. Pero, estamos ahí en un nivel mucho más elemental.

¿Es que antes de que nazca esta teoría de la probabilidad se asegura en este registro, si puedo decir, su seriedad científica?. No debemos interrogarnos sobre lo que significa la primera especulación sobre el azar, indispensable siempre para poner en exergo toda especulación sobre la probabilidad.

Abran cualquier libro. Hay buenos, hay malos. Hay uno bueno, que se los cito de paso, *El azar* del señor Emile Borel, simplemente por el hecho de que les reúne de pasada una serie de objeciones, de cuestiones absurdas, nada más interesante para nosotros que las Stultae quaestiones.

Ustedes verán ahí que para aquellos que comienzan a dar cuerpo, a dar forma a esta cuestión sobre el azar, cuando dije hace un rato dar cuerpo y evocando esta edificación de nuestra ciencia, me viene como eco las fórmulas que había, de alguna manera, tomando mis notas, brotado de mi pluma, que en la localización sobre este muro de azar nuestra ciencia, en sus instrumentos, daría cuerpo a la verdad.

Pero ¿qué es lo que habita a quien juguetea el nivel más accesible y el más elemental de este juego de azar?, ¿al cabo de cuanto tiempo los dactilógrafos habrán escrito con su máquina un verso de Homero?, ¿cuál es la chance de que un niño que no conoce el alfabeto ordene de entrada en modo correcto las letras?, ¿qué chance hay de que un poema salga de una seguida de golpes de dedos?. Estas cuestiones son absurdas. Todas estas eventualidades, no hay ninguna objeción de que ellas se realicen de primera intención. Simplemente que pensamos ahí, cuando introducimos esta función del azar, prueba lo que significa para nosotros el alcance de esta causa. Ella apunta, a la vez, a este real del que no hay nada que esperar, lo que un poeta en el año 1929 escribía en una pequeña revista inencontrable: el mal ciego y sordo, el Dios privado de sentido y al mismo tiempo espera manifestarse como un sujeto.

Pero, después de todo. ¿A que llegamos?. Incluso si las apuestas son iguales, lo que es siempre aquello de lo que se parte, para comenzar por apreciar lo que está en juego en un juego de azar, que las chances, como se dice, o aún la esperanza matemática —término muy impropio— sean iguales a un medio. Aquí comienza que valga la pena jugar. Y, no obstante, es muy claro que si la chance no es sino un medio, ustedes no harán apuestas iguales sino recuperar la vuestra lo que no quiere decir nada.

Es pues, que hay en el riesgo alguna otra cosa que está comprometida, Lo que está comprometida, lo que está en el horizonte subjetivo de la pasión del jugador es esto que al término del acto —porque es necesario que haya acto y acto de decisión—, al término de esto, de lo que hace falta primero que un cierto marco significante haya definido las condiciones, —yo no lo abordé todavía hasta acá porque es ahí que vamos a entrar inmediatamente. Una respuesta pura da el equivalente de lo que, en efecto, está siempre comprometido como nada, ya que *La apuesta* está puesta ahí para ser perdida. Que ella encarna, para decirlo todo, lo que yo llamo el objeto perdido para el sujeto en todo compromiso en el significante, y que más allá de otra cadena supuesta, de ser significante y de un otro orden de sujeto, le era algo que no comporta objeto perdido lo que por este hecho, cuando la secuencia tiene éxito, nos lo devuelve. Tal es el principio puro de la pasión del jugador. El jugador se refiere, en un cierto más allá, —que es aquel que define el marco del juego—, se refiere a un modo de relación otra del sujeto y del significante que no comporta la pérdida del . Es por eso que es capaz, si es jugador, —y por qué despreciarlos si ustedes no lo son, ustedes no tienen ninguna duda sobre los testimonios más importantes de la literatura que hay ahí un modo existencial y que si ustedes no lo son es, quizás, simplemente por no darse cuenta hasta qué punto ustedes también lo son, lo que espero mostrarles pronto, como hace Pascal que les dice que ustedes están, lo quieran o no, comprometidos.

Aquí es necesario detenernos un instante sobre la manera en la cual antes a *La apuesta*, Pascal intentó propiamente dar sustancia, si puedo decir, a esta referencia. Que puede parecerles àpresurada que les doy de la presencia del objeto que se encuentra en la secuencia azarosa.

Les explicaré, sin duda no hoy, sino la próxima vez, visto que la hora me limitará, por qué Pascal en *La apuesta* no evoca sino un juego, específicamente este y especialmente este para, —digamos rápidamente— un janseísta, se juega en varios golpes, pero una cosa —en la época misma en que comenzaba a escribir los *Pensamientos* y donde nadie puede saber si ya había escrito los papelitos de *La apuesta*...—, una cosa fue trabajada por él, de la que era muy celoso, ella es esencial para recordar, ya que en la tríada, que es de su propia pluma y que resume los tres tiempos de *La apuesta*, de los que no habré recorrido sino dos, reservando para la próxima vez el tercero, pirroniano ningún acceso a la verdad geómetra.

Es en estos términos que Pascal se dirige a la *Sociedad Matemática Parisina*, frente a la cual presenta algunos de los resultados de su triángulo aritmético. Él mismo llama estupefaciente a esta captura; este cabestro pasado por él, de la geometría al azar. Él dialoga largamente con Fermat, espíritu sin duda eminente. pero al que su posición en la Magistratura de Tolousse, sin duda, digamos, distraía de la estricta firmeza necesaria para las especulaciones matemáticas. Porque ellos no están, en absoluto, de acuerdo sobre lo que se llamará, —ustedes verán lo que es a continuación—, el valor de la partidas. Y justamente, demasiado prematuramente, Fermat entiende tratarlas en nombre de la probabilidad, es decir, de la serie de golpes arreglados según la seguidilla de los resultados combinatorios entre lo que dan, digamos con Pascal, cara o cruz.

Pascal tiene otro procedimiento totalmente distinto. Es lo que es en Pascal la regla de las partidas. Voy a intentar ponerlo enseguida alcance de vuestra mano. Naturalmente, ustedes creerán comprender. Les aconsejo, —sin embargo—, ponerse muy seriamente en la lectura de Boutroux, Gazier, Brunschvicg, en el *Libro* III, del *volúmen* III, en la lectura de lo que respecta no solamente a la regla de las partidas, sino al triángulo matemático. Porque ustedes verán en este momento que eso no se da inmediatamente, aunque, como voy a decírselos, es por primera vez que Descartes lo presenta a Fermat o a Monsier de Carcavie, no recuerdo.

Una partida se juega en dos tiempos. Esto supone que las apuestas están ahí. Decimos, provisoriamente, que son iguales. Se juega una tirada, yo gano. Mi compañero desea detener ahí la partida. Subrayo esta escansión que está resumida en Pascal. Habla, a continuación, de un común acuerdo. Ahora bien vamos a volver a verlo, este común acuerdo merece ser interrogado, estoy de acuerdo. ¿Es que vamos, ya que nadie ganó, a seguir al azar del que se trata? Es, por ejemplo, que dos veces el cospel salga a continuación cruz sobre lo que yo había apostado por simple suposición. Yo no gané. Y, sin embargo, Pascal dice y afirmó en un desarrollo que da a la articulación de la que se va a tratar todo su peso, porque resulta de esto una teoría matemática cuyos desarrollos son muy amplios, y es a esta amplitud que les pedía hace un rato esperando que me vuelvan a escuchar la semana próxima, que se remitieran.

Pascal dice: así debe razonar el ganador para dar su acuerdo, debe decir, ganó una partida. Esto no es nada acerca de *La apuesta* ya que *La apuesta* es que yo gane dos y, no obstante, esto vale algo, porque si jugamos la segunda ahora, o bien yo gano todo lo que se apostó, o bien si es usted el que gana, estamos en el mismo punto que al principio.

Es decir que, si nos separamos, repito, de común acuerdo, cada uno retoma su apuesta. Entonces, para yo consentir que soy ganador, ahora con la interrupción del juego, están aquellos que parten y lo que es necesario repartir, partituri cognosciunt partitura hasta, o bien, si yo llego a retomar mi apuesta o yo gano todo. Les pido como legítimo tomar la mitad de vuestra apuesta. Es desde ahí que Pascal parte para dar un sentido a lo que significa un juego de azar. Lo que no está puesto en valor es que si fuera yo el ganador que interrumpo mi adversario estaría en todo el derecho de decir perdón, usted no ganó. Y. entonces, ustedes no tienen nada que demandar sobre mi apuesta. La sustancia, la encarnación que da Pascal del valor del acto mismo del juego, separado de la secuencia de la partida he aquí donde se designa que lo que Pascal ve en el juego son estrictamente uno de estos objetos que no son nada y que pueden, de todos modos, evaluarse en función del valor de *La apuesta*, porque, —como él lo articula muy bien—, este objeto definible con toda justicia y toda justeza en la regla de las partidas, es tenerlo sobre el dinero del otro.

Son las catorce. Y estas cosas en las cuales me adelanto, las que ustedes verán que en último término, en ninguna parte ahí, donde les dije las cosas hoy, está *La apuesta*, ya que *La apuesta* está en *La apuesta* de Pascal sobre la existencia del otro. Que esta apuesta tenga por segura esas dos líneas separadas por una barra, Dios existe, Dios no existe, a saber que, no como se lo dijo, *La apuesta* de Pascal permanece suspendida, porque si Dios no existe no hay apuesta, ya que no hay ni Otro ni apuesta. Muy lejos de eso, la estructura que adelanta *La apuesta* de Pascal es la posibilidad, no solamente fundamental, sino yo diría esencial, estructural, ubicuista en toda estructura del sujeto, que el campo en relación al cual se instaura la reivindicación del , el objeto del deseo, es el campo del Otro en tanto que dividido en relación al ser mismo, que es lo que está en mi grafo como **S(A/)** [A mayúscula barrada]



Clase 10

9 de Febrero de 1966

Como sucede que doy al principio de una mis lecciónes algunas referencias de lo que, en la esfera de mi enseñanza, pasa en otra parte, evocaré hoy al principio, algo cuya pertinencia, por supuesto firme, no aparecerá sino para aquellos que hayan asistido a una sesión de ayer a la noche de nuestra Escuela Freudiana, pero que, sin embargo, para todos los otros representará una introducción a la puesta en foco, —en el sentido fotográfico del término—, que va a constituir mi discurso de hoy, por donde alcanzaré, espero, lo que tengo que decir de *La apuesta* de Pascal, en cuanto a lo que condiciona de esencial.

Relaciones comprometidas en el psicoanálisis, es desde donde partiré, pues, como un preámbulo que, al mismo tiempo paréntesis, es de una aceptación muy resumida, forzosamente concerniente a este fantasma que se llama y que está en cuestión bajo el nombre de masoquismo femenino. Que se entienda si enuncio que el masoquismo femenino es, en último término, el perfil del goce reservado a quien entraría en modo del Otro, en tanto que este Otro sería el Otro femenino, es decir, la verdad.

Ahora bien, la mujer, si se puede hablar así, la mujer que se intentaba ayer a la noche poner en suspenso en una típica esencia, —que sería la de la femineidad, empresa fácil—, la mujer, digamos, en la medida en que como Freud lo desarrolla y lo anuncia, un punto de partida distinto del hombre en este juego en que se compromete, donde se trata de su deseo. La mujer no está más en este mundo que el hombre. Sin duda, sucede que ella se lo representa a él bajo la forma del objeto **a** . Pero, —es necesario decirlo—, lo que ella se rehusa enérgicamente a hacer, ya que su fin es ser ***i***(**a**) como todo ser humano. Que la mujer es narcisista, como todo ser humano, que es en esta distancia, este desgarrón que se instala, de lo que ella quiere ser, a lo que se pone en ella, que se instaura esta dimensión que se presenta en la relación del amor como engaño. Agreguemos que este narcisismo es el callejón sin salida, el gran callejón sin salida del amor, llamado cortés, que al ponerla en la posición de la I, del ideal del yo, en el campo del Otro, desde el punto de localización, por organizarse este estatuto del amor, este narcisismo, no se puede sino exaltarla, es decir, acentuar la diferencia. En estos pocos términos se localiza el callejón sin salida que hay que intentar definir como una función que se aislaría, la feminidad. Nada aquí pues se localiza, sino en este término, que es un polo femenino de la relación a La Cosa y que femenino es este término de la verdad. Femenino es radicalmente engañador bajo todas las formas en que se presenta.

Esto nos servirá como punto de partida para localizar las tres distancias desde donde acomodarse, este campo de la búsqueda que siempre la ambición de los filósofos señaló como búsqueda de la verdad. El peligro que asume el analista tomando el lugar de guía en este camino es el que el mito de Acteón señala como la imposibilidad del sorprender el movimiento en que se dibuja nuestro destino como aquel que comandan las tres parcas: Cloto, Láquesis y Atropo, forma unitaria del Dios fundamental, arcaico, ancestral, aquel del que nos separa la otra revelación, de la que tendremos enseguida que retomar la ubicación a través de *La apuesta* de Pascal, que acomoda sobre la función del Padre lo que nos contiene en una gran interdicción determinada respecto al goce último. Es ya el enunciado inaugural del pensamiento de Freud el que nos señala la importancia de su suspensión, de la suspensión de todo pensamiento alrededor de este interdicto del padre, del que veremos aparecer enseguida bajo otra forma , la fórmula.

Si en los años que precedieron, es sobre el cogito cartesiano que les enseñe a detenerse para que se representen cómo se dibuja la esquicia, la Entzweiung, la división radical donde se instituye el sujeto a reconocer en la fórmula del yo pienso mismo, el punto donde

se capta la ruptura del yo pienso no afirma sino en un punto de duda, es para aproximar de una manera más segura esta formulación más pura que la misma función del sujeto, esta vez radicalmente, en función del deseo, que nos da *La apuesta* de Pascal. Porque seguramente, lo que ya en el cogito cartesiano basta para fundar el ser del sujeto, en tanto el significante lo determina como no captándose sino en el punto en que alrededor de la afirmación del yo pienso se redujo a este punto de duda de ser, ya no tiene ningún sentido sino para abrir las comillas de la conclusión, que le da toda su sustancia, el luego, soy como contenido puesto en la medida en que rechaza a una retroposición, el soy de ser de este yo pienso, yo soy aquel que piensa: luego soy.

Ahora bien si reencontramos la vía de Freud de considerar que en esta duda, que está toda la sustancia del objeto central que decida así al ser del yo pienso mismo, en la medida en que esta duda, Freud en su praxis, nos hace reconocer el punto de emergencia de esta falla del sujeto que lo divide y que se llama la conciencia. El punto de sutura, el punto de cierre, inadvertido en el pienso, luego existo, es ahí que debemos reconstruir toda la parte elidida de lo que se abre, que reabrimos esta hiancia y que no puede, bajo toda forma del discurso, que es el discurso humano, aparecer sino bajo la forma de tropiezo, de la interferencia, del obstáculo, en este discurso que se quiere coherente. No obstante, lo que hay que funda este discurso no es, mediante esto, captado en absoluto. Discurso del deseo, se nos dice. Pero, ¿qué hay que haga que podamos decir que aquello mediante lo cual podemos suplirlo es el lugarteniente de representación?. Ustedes entienden bien que esto es indicar el lugar donde funciona lo que sostiene como dividido todo lo que se realiza del sujeto en el discurso, que está ahí el lugar donde debemos buscar la función del objeto **a**. La duda de Pascal es aún en este pasaje de una operación de balanza, —*tute dubo dubito*—, que es el hábito. Me dedico a hacer oscilar estos platillos de la balanza. Es alrededor de una puesta a prueba del saber respecto de la verdad de lo que respecta o no al verdadero saber. Por supuesto, Heidegger tiene una buena parte que representar, lo que está abandonado de fondo, irremediablemente reprimido, de la *Aletheia*, la *Urvendrängung*, —sino es así que la nombra, es así que podemos definirla. Pero, esta evocación es frágil, por no representar sino un retorno a un movimiento sin salida, conforme al empleado en el origen del pensamiento griego. Es del *Ethos* que se trata, de la ética. Descartes instala al tiempo que revela, sin saberlo, la división del sujeto alrededor de la operación de puesta a prueba, operación negativa, —imposible de reconocer cómo cuelgan los platillos alrededor del verdadero saber—, no extrae sino la certidumbre de la prueba operada y que es en esta duda del sujeto que se instala la certidumbre.

Para retomar y dar un paso más será necesario que vuelva a traer el argumento antiguo por donde él imprime en el orden de nuestro pensamiento la idea de perfección. Debe garantizar el camino de nuestra búsqueda. Seguramente se puede apuntar y dibujar ya acá la distancia que hay respecto del argumento ontológico, del que ustedes reconocerán, no obstante aquí la forma y que por haber tenido su precio en la exploración en el campo del ser, y no merece para nosotros ser retomado bajo esta forma que ahí aparecerá cierta a quien su reflexión había mostrado suficientemente que la idea perfección no se esboza ni se forma sino sobre el modelo de la competición del animal de concurso y que su sustancia no es otra que aquella con la que el cerdo puede soñar en cuanto a la obesidad de su castrador. No amo la blasfemia vana y se debe saber que lo que apunto así no es, ciertamente, el objetivo de algunos, de un cierto desvío concerniente a la interrogación sobre el ser divino, sino a aquel donde un cierto detalle filosófico se obstina en permanecer encallado. Si bien es necesario remarcar que el camino de Descartes sale del paso con el sujeto respecto del Dios, supuesto engañador ya que al volverse hacia el otro Dios para entregarle la cara entera a su arbitrio, se fundan las verdades eternas. La cuestión es importante para nosotros, es saber si en este juego, —pues ya se las he arreglado—, es el sujeto el que duda y que, incluso el Dios engañador no podría retirarle este privilegio. Aquel, incluso perfecto, hacia el cual se gira no es, entonces, y lo digo seguro de que Pascal lo pensó antes que yo, no es, desde entonces, un Dios engañado. Este punto sensible es importante para nosotros y en nuestra búsqueda, en la medida en que es en la trampa de la forma ideal como, de alguna manera, preformada, antepuesta al camino donde debemos guiar la búsqueda del sujeto, que es propiamente aquella donde el ideal de perfección debe engañarse, aquello con la que tiene que ver concerniente al acto del médico, dice propiamente Platón. Es esta imagen que tiene el médico en el alma. No es decir la importancia exacta que hay, la representación que debemos hacer, hacernos de la naturaleza de lo que se pone en juego cuando se trata del orden de la relación a la verdad única, accesible y definida por las condiciones donde comprometemos la experiencia, donde se limita la tesis, donde el sujeto está formado en la dependencia del significante como tal. Esto es lo que pudo la estructura de *La apuesta* de Pascal. En algún lugar, en uno de estos numerosos puntos, donde se prefigura en estos diálogos, que están muy lejos, por supuesto de entregarnos una doctrina, de alguna manera, unilateral, relación de todo lo que es, todo lo que es idea en este *Ethos* del que hablaba recién, quien daría la esencia de todo lo que en el ser subsiste. Muy lejos de eso encontraremos referencias hechas para orientarnos y fundamentalmente ésta: entre el ser eterno que no existe y lo que nace y muere, pero que no es. El signo, la piedra de toque nos debe ser dada en que si el primero subsiste, debe soportarse en un discurso invencible. Es, incluso, lo que buscamos, poco más o menos, que este discurso es el que debe poder permitirnos reconocer en este campo, que es el nuestro, de un existencia cernida entre el nacimiento y la muerte, de lo que este discurso ahí puede tener que sea de este orden invencible. Y esto es lo que nos introduce el discurso de Pascal. Nada sorprende que parta de esta referencia al más allá de la vida y la muerte. Pero no es, yo no diría como parece, sino completamente como todo el mundo se da cuenta y se escandaliza de esto. Todo estos señores de la ideología espiritualista se enderezan, y hacer remilgos, cómo hablar de lo que es una tan alta dignidad en términos de estos que son la escoria de nuestra sociedad.

En tiempos de Víctor Cousin, únicamente los burgueses tienen derecho de entregarse al agio y aquellos a los que será dada en la sociedad la carga de pensar en lo que sucede, podrían advertir al pueblo de aquello de lo que se trata, efectivamente en lo que se llama la marca del progreso. Se les pide volver a entrar en este orden de decencia al cual quiere dar recién, bajo una forma escandalosa, su tremenda insignia, aquella del cerdo castrado. Dicho de otro modo, permanecer en los límites de decencia del pensamiento, que se llama el eclecticismo. ¿No notaron ustedes que en esta apuesta concerniente al más allá, Pascal no nos habla, —nadie nunca vio eso— de la vida eterna?. Él habla de una infinidad de vidas infinitamente dichosas. ¡Esas son un montón de vidas!. Y al fin de cuentas, al llamarlas así, les conserva su horizonte de vida y la prueba es que comienza por decir: ¿no apostaría usted solamente para que haya otra?. Aquel que llamé hace un rato, quiero decir, la última vez, el buen Lachelier, es muy gentil, se detiene ahí. Dice de todos modos: —¿qué apostará para tener solamente una segunda vida?. Reencuentren el pasaje. Yo lo busqué frenéticamente recién. Ustedes lo reencontrarán fácilmente. Es que yo no les

reprocho esta falta de imaginación; ¿pero no es cierto que al pasar, sin pena ni gloria, como escrutador de las chances en juego en *La apuesta*, nos invita a plantearnos verdaderamente la cuestión?, ¿qué sucede efectivamente?, ¿y no valdría la pena comprometer una apuesta solamente con algunas chances, en cuanto a esta vida entre el nacimiento y la muerte, esta vida que es la nuestra, para tener, quizás, una segunda?.

Dejémonos detener un instante alrededor de este juego, quizá un poco más armado que otros, para captar lo que aportará de irreductible diferencia, franqueamiento, que pudiéramos pensar así porque es necesario, que esas dos vías estén, cada una entre el nacimiento y la muerte. Pero, es necesario también que sea el mismo sujeto. Todo lo que se haya jugado, precisamente, en la primera sabremos que podremos jugarlo de otro modo en la segunda. Pero no sabremos siempre en la misma medida cuál es la puesta en juego. Este objeto desconocido que nos divide entre el saber y la verdad. ¿Cómo no esperar que la segunda nos de un punto de vista sobre la primera, que para un sujeto el significante no será lo que represente en el infinito para otro significante sino para el otro sujeto que seremos también?, ¿cómo de este sujeto, no esperar el privilegio de que sea la verdad del primero?. En otros términos, ¿no vemos aquí, en esta imaginación, fantasma del fantasma, aclararse lo que bajo el nombre de fantasma juega en el secreto de esta vida que es tal que no tenemos sino una y que hasta el fin lo que se pone en juego puede sernosescondido?.

Esta suposición implícita en las parcas, tal como lo leemos, si lo leemos a la vela de la irreflexión, donde se suspende toda nuestra suerte, esta suposición de que después de la muerte tendremos la última palabra de esto, a saber, que la verdad será patente si sí o no, estará ahí para sostenerla el Dios de la promesa. ¿Quién no puede ver que esta suposición implícita en todo el asunto es ella la que la pone verdaderamente en suspenso?. ¿Por qué después de la muerte, si algo perdura ahí, no erraríamos aún en la misma perplejedad?. El juego pascaliano concerniente a esta infinidad de vidas multiplicadas por la infinidad de una dicha, que debe tener algunas relaciones con lo que se sustrae a la nuestra no puede sino tener otro sentido que no tiene nada que ver con la retribución de nuestros esfuerzos ciegos, y es por eso que es coherente que el hombre cuya fe estaba totalmente suspendida de este algo del que no podemos incluso, hablar ya, que se llama la gracia, está en una suposición coherente cuando desarrollan sus pensamientos concernientes a la puesta en juego que es la de la dicha, a saber que todo lo que causa lo perecedero y lo fracasado de nuestro deseo, que esta puesta en juego de la dicha debe, por naturaleza, buscarse sobre el fondo de *La apuesta*. Este objeto **a** , que vemos surgir en este más allá imaginable, ya de manera totalmente próxima a solamente imaginar una segunda vida, no es algo que el pensamiento religioso no haya ya sondeado. Esto se llama la comunión de los santos. Ninguno de aquellos que viven en el interior de una comunidad de fe, que tienen algunas relaciones con este fundamento de la dicha, deja de estar interesado en que en alguna parte esta dicha sea conquistada por otros ignorados por nosotros. Esta concepción es coherente con que cada una de nuestras vidas, nosotros del común, no es otra cosa que la incursión suspendida al mérito de algunos desconocidos, y lo que se expresa tradicionalmente en este tema, aprovechado por todo un teatro, que va más lejos en la dignidad de lo que ustedes pueden sondearlo en principio, si piensan que el teatro de Shakespeare mismo destaca esto cuyo tema es que la vida es un sueño. Respecto a esta perspectiva, *La apuesta* de Pascal significa el despertar. La estrechez misma de la relación al otro concierne a esta doctrina de la predestinación y de la gracia, de lo que desde mi *Informe de Roma* indicaba que en lugar de mil otras ocupaciones fútiles, los psicoanalistas dirigen sus miradas ahí, tal es ya dibujado ahí el punto de impacto donde podemos, así como al final de un artículo titulado *Observaciones sobre un cierto discurso*, al cual les ruego remitirse, marcaba que el punto donde, de entraba deseaba dirigirlos, en relación a la función de esta apuesta. Porque ahora podemos ver lo que significa esta apuesta única en esto de que lo que se pone en juego ahí es la existencia del partenaire.

Si Pascal puede poner en la balanza ese algo que no es, en absoluto, el todo, sino el infinito que se abre para solamente saber reconocerlo en este punto en que prendimos el año pasado a designar sustancialmente: la función de la falta, el número donde lo indefinido, no es sino la máscara del verdadero infinito, que se disimula ahí y que es, justamente, aquel abierto por la dimensión de la falta para ponerlo en la balanza, con lo que se designa en el campo del sujeto como objeto causa del deseo, que se señala por no ser nada aparente. Y de esta confrontación misma del balanceo, llevado más allá en el campo del Otro, de este campo, donde para nosotros se dibuja toda la puesta en forma significante de la cual Pascal nos dice: ustedes no pueden escapar, ustedes están ya embarcados. Es esto que el significante soporta, lo que aprendemos como sujeto. Estamos en *La apuesta* y es a esta a quien pertenecerá, como le fue dado a Pascal reconocer las formas puras, las más vecinas a esta función de la falta. Es ahí. Alrededor de esta oscilación, que sorprende al otro y lo pone entre esta cuestión ya que formulé y me permito recordar porque algunos acá lo recuerdan, esta cuestión del nada quizás y este mensaje del quizás nada, que las respuestas vengan a la primera: no seguramente nada; a la segunda, en la medida en que *La apuesta* en juego para un Pascal es, justamente aquella de esta nada fundada en el afecto sobre nosotros del deseo: seguramente, no nada.

Quiero aclarar bien la topología de lo que se designa acá. Encontré, había muchas otras vías para hacerlas surgir, pero me gustaría tomar la vía neutra, un lógico de la gramática tanto peor. Hay cosas excelentes, entre otras más mediocres, en un libro de Willard Orman Quine que se llama: *Word and object*, encontrarán titulado: *Referential vagaris*, intraducible, fluctuación... algunas observaciones. Ellas parten de esto que es la posición fregeana, a la cual nuestros ejercicios del año pasado nos acostumbraron, concernientes a la diferencia de lo que es Sinn y de lo que es *Bedeutung*, de lo que hace sentido, de donde les mostré el aviso en el ejemplo: *Green Colourless Ideas*, y de lo que concierne al referente.

Desde el momento en que este paréntesis que constituye *La apuesta* de Pascal en la continuación de mi topología, en el momento en que habiéndola presentada en el *Cross-cap*, la superficie donde podemos discernir que se conjugan los dos elementos del fantasma aquellos que no funcionan sino a partir del momento en que el corte hace que uno de estos elementos, el objeto **a**, se encuentre en posición de ser la causa de una invisible, inasible, indiscernible, división del Otro, el sujeto; cuestión soportada por nosotros en este modelo de *La apuesta*, de concebir no lo que es este fantasma sino cómo podemos representárnoslo. Es muy claro que en su inmanencia es inabordable y que se trata de explicar porque el análisis permite hacernos caer en la mano del pequeño del que se trata, Es en la medida en que otra forma, aquella que todavía no traje en absoluto este año, aquella que topológicamente, contingentemente, si puede decir, nos entrega la

botella de Klein. La función del Otro en este *Erscheinung* posible, que no podría ser representación del objeto **a**. He aquí lo que las últimas explicaciones, sobre las cuales, sin duda, se detendrá mi discurso de hoy, van a intentar aclarar.

Vamos inmediatamente a aquello de lo que se trata, a saber, la creencia. Cuando les hablé recién de esta segunda vida, podría aparecer esta reflexión: exposición, disyunción del fantasma. ¿No se hicieron nunca la reflexión de que sería ahí dar a nuestra existencia ese juego, en las escotaduras, lo que permitiría aflojar un poco su seriedad?. No hay sino una desdicha. Es que esta segunda vida, que no existe y que intenté un instante, en el interior de *La apuesta* de Pascal hacer vivir para ustedes, y bien, creamos en ella. No apostamos, pero justamente, si lo miran de cerca verán que viven como si creyeran en eso. Eso que se llama este doblez que hace las delicias de los psicólogos y que se llama, en este campo, el nivel de la espiración. Nadie se las arregla tan bien como los psicólogos para dar estatuto a todas las inmundicias con las que nuestra suerte está pervertida. Eso se llama nuestra vida ideal, aquella, precisamente, aquella en la que pasamos nuestro tiempo soñando muellemente. El señor Willard Van Orman Quine, con algunas astucias, a propósito de un pequeño ejemplo, que no veo en absoluto por qué yo lo cambiaría, lo que sucede en lo que se llama las funciones proposicionales que tienen como modelo ésta —dejo los nombres—: Tom cree que Cicerón denunció a Catalina. La cosa toma su interés. Es que en razón de una información limitada, Tom cree que aquel que en las tragedias del siglo XVI se habría también degradado mediante este nombre afrancesado, no Tullius, sino Tulle, a saber, para nosotros, que, por supuesto somos eruditos, es el mismo Cicerón. Tom cree que Tulle es verdaderamente incapaz de haber hecho una cosa semejante. De ahí en más, ¿qué hay de la referencia del significante Cicerón en cuanto al enunciado?. ¿Tom cree que Cicerón ha denunciado a Catalina si mantiene que Tulle —él no sabe que es el mismo— no ha hecho nada?. Es alrededor de esta suspensión que un gramático aporta precisiones muy interesantes sobre la manera en la que conviene medir con la vara de la lógica tal o cual forma de gramática, porque se torna interesante notar que si en la misma forma ustedes sustituyen en la nominación una forma indefinida, lo que parecería, pues, ver opacificar la referencia aún más, muy por el contrario, la referential vagaris, a saber la opacidad que introduce la función proposicional, Tom cree. Es aquí como podría tratarse de decir que la referencia se vuelve vaga a partir del momento en que ustedes dicen que Tom cree que alguien denunció a Catalina. Seguramente, podemos ir más lejos y darnos cuenta de que no es lo mismo creer que alguien denunció a Catalina o decir que existe alguien que Tom cree que denunció a Catalina.

Pero, ustedes ven que comenzamos a entrar en un sistema de doble entrada que, quizás, nos llevaría un poco lejos. Pero para retrotraerlos a la cuestión de la existencia de Dios, este les hará captar la diferencia que hay entre decir: él cree que Dios existe, sobre todo si la encontramos en el texto de alguien que nos dirá que se puede pensar la naturaleza de Dios.

Ahora bien, Pascal nos dice que ella es, propiamente hablando, no solamente incognoscible, sino impensable. Y, entonces, que hay un mundo entre creer que Dios existe, en lo que contrariamente a lo que opinan los representantes del argumento ontológico, no hay ningún referente de Dios, y que en contradicción, concerniente a lo indeterminado que deviene Dios en: apuesto que Dios existe, es decir, algo totalmente distinto porque esto implica, por debajo de la barra, Dios no existe. En otros términos, decir: apuesto a que Dios existe o... —es necesario agregar el o...—, es introducir ese referente en el cual se constituye el Otro, el Otro como marcado por la barra que lo reduce a esta alternativa de la existencia o no, y a nada más.

Ahora bien, es lo que es reconocible en el mensaje original donde aparece en la historia aquel que cambia, a la vez, las relaciones del hombre a la verdad, del hombre a su destino. Si es verdad —como se puede decir que yo se los machaco desde hace algún tiempo— que el advenimiento de la Ciencia, de la Ciencia con C mayúscula, —y como no soy el único en pensarlo, esto que Koyré articuló tan poderosamente— este advenimiento de la Ciencia sería incognoscible sin el mensaje del Dios de los judíos, mensaje perfectamente legible en esto: visto que cuando aquel, aún mal librado de sus funciones de mago, en relación con la verdad, porque estuvieron en comunicación con la verdad —no hay necesidad de delatarse con las diez plagas de Egipto para saberlo. Si tuvieran ojos abiertos, verán que el menor de esos cacharros, que son inexplicablemente para nosotros el legado de las edades antiguas, respira la magia. Es por eso que los nuestros no se le parecen. Si pongo, de tal modo, en primer plano, algunos pequeños apólogos como aquel del pote de mostaza, no es por el simple placer de parodiar las historias de alfarero. Pero, cuando Moisés demanda al mensajero, en la zarza ardiente, que le revele este nombre secreto que debe actuar en al campo de la verdad, él no responde sino esto: *eye asher eye(67)*, lo que como ustedes saben, —al menos aquellos que me oyen desde hace algún tiempo— no deja de proponer dificultades de traducción, de las cuales la peor, seguramente, por estar formalmente acentuada en el sentido de la ontología, sería: yo soy aquel que soy: asher. Jamás quiso decir nada semejante, Asher es el lo que. Y si ustedes quieren traducirlo en griego... yo soy lo que soy, lo que quiere decir: tú no sabrás nada en cuanto a mi verdad, entre este yo soy, propuesto y aquel que debe venir, la opacidad, la raya, subsiste de este lo que, que queda como tal irremediablemente cerrado. Rayo sobre la A mayúscula esta barra: . Esto en lo que está en la abertura que veníamos a golpear para que caiga lo que desde entonces, en *La apuesta* de Pascal, no se concibe como nada representable, sino como lo real visto por transparencia, en relación a esta bruma subjetiva de lo que se perfila de borroso y de incoherente, de sueño, de sueño sobre el campo de Otro en lo que nos solicita al despertar, a saber, de esta pequeña , es verdad que es real y no representada, que es ahí captable, de alguna manera, por transparencia, según que nosotros mismos hallamos podido organizar, más o menos, en el rigor significante del campo del Otro. Esta pequeña **a** que conocemos bien por lo que tendré que explicarles y solamente ahora su relación al superyó, en cuanto está más allá de la aparente sombra representada por este Otro, suspendido alrededor de la pura interrogación sobre su existencia, que el despertar es ahí lo que permite hacerlo caer más, post-puesto, pero antepuesto en relación a este campo opaco del sueño y de la creencia, y que la relación del analista respecto de este Otro, cuya definición al fin del año pasado ya se las di, es ahí que la posición del analista debe definirse. El partenaire, el respondiente, aquel a partir del cual se insegura la posibilidad de la entrada en el mundo del orden del oro, que no está en absoluto sometido al eterno señuelo de las falsas capturas del ser, depende de la realización de que este otro, de que este partenaire, aquel que no es aquel del que tenemos el lugar, sino con el cual tenemos que comprometer la partida de tres con el analizado, incluso con un cuarto, el otro sabe que no es nada.

Clase 11

23 de Febrero de 1966

PERRIER-ROUBLEF:

— Lacan nos pidió asumir hoy su Seminario. Vamos a retomar la discusión sobre los tres artículos de Stein que ustedes conocen. Pero, antes que nada, quisiera introducir un debate centrado sobre las nociones de transferencia y de neurosis de transferencia para intentar restituir estos elementos en el marco de la conferencia de Stein sobre la transferencia y la contratransferencia. Esta exposición, viniendo después de la de Stein, estaría en mejor lugar antes, al menos en su primera parte. Esta primera parte comporta en efecto un sobrevuelo de la noción de transferencia en Freud y otros psicoanalistas, mientras que Stein profundiza esta noción en la cura misma. Como sostén de la cura, y al mismo tiempo como obstáculo, Stein introduce el masoquismo que se despliega sobre el diván y del que se trata de reconocer la economía —del masoquismo, no del diván— y el narcicismo desarrollado a favor de la regresión tópica en la situación psicoanalítica.

En la segunda parte de mi exposición se introduce lo que Lacan nos enseña concerniente al objeto **a**, que nos permitirá sobrepasar el obstáculo del complejo de castración con el cual Freud tropezó en sus psicoanálisis interminables o, mejor, infinitos.

En este debate sobre las nociones de transferencia y de neurosis de transferencia la cuestión que se plantea es esta: ¿se puede pronunciar indefinidamente estos dos términos?

Para abordar este tema me pareció juicioso citar un artículo de Lacan, tomado en *La dirección de la cura y los principios de su poder.* Lacan decía ahí, en sustancia, a propósito de la transferencia, si es el mismo efecto que liga al paciente al analista el que más tarde lo hará instalarse en la trama de satisfacción que se califica de neurosis de transferencia, donde es necesario ver un callejón sin salida del análisis. Entendamos que el análisis se declara impotente para resolverlo, culminando en un punto muerto.

¿Es el mismo efecto, aún, el que da al análisis en el segundo estadio la dinámica que le es propia y que simboliza la escansión tríadica —frustración, agresión, regresión— donde se motiva su proceso?. ¿Es el mismo efecto, en fin, por el cual el analista viene del todo o en parte, a ocupar los fantasmas del paciente?.

Esto es aquello sobre lo cual podemos asombrarnos —dice Lacan— de que la luz no haya

sido hecha. La razón de esto fue dada por Ida Macalpine —*The development of the transference*. Es que en cada etapa de la puesta en cuestión de la transferencia, la urgencia del debate sobre las divergencias técnicas jamás dejó lugar a una tentativa sistemática de concebir la noción —de esta transferencia— de otro modo que por sus efectos. Nos es forzoso, pues dar cuenta de las prácticas donde la transferencia es evocada en los trabajos actuales. En la técnica que Lacan califica de correctiva la transferencia es apreciada en la medida en que permite captar en una conducta actual del paciente lo que se concibe como un *pattern* inactual, ocasión de reflejar la introducción en la realidad de una exigencia que la deforma y no podría, como tal, recibir ahí respuesta. Esta tendencia está orientada por la creencia hecha en la noción del yo inconsciente. Dicho de otro modo, en un factor de síntesis que organiza las defensas del sujeto contra sus propias tendencias, mediante una serie de mecanismos, de los que Anna Freud armó el inventario.

Lacan piensa que esta teoría es insuficiente por no haber podido especificar, en la génesis, el orden de aparición y la jerarquía de estos mecanismos y su coordinación en las etapas del desarrollo instintual. Porque no sirve de nada ordenar el tratamiento de la superficie a la profundidad si la noción de sus relaciones está oscurecida. La transferencia no está solamente ligada a la dinámica de la separación entre la realidad y los síntomas como tales, juega en el tratamiento un papel positivo y es, incluso, en las que Abraham viene a formular que: la capacidad de transferencia, siendo la capacidad de amar, permitía medir la capacidad de adecuación a lo real del enfermo.

Es este punto de vista de Abraham lo que constituye el fondo de la concepción que Lacan califica de madurativa del tratamiento subrayando la confusión que se acumuló alrededor de la noción de transferencia. En lo que concierne a la neurosis de transferencia la confusión es aún más grande y en Freud mismo no es muy claro. Al consultar algunos trabajos me parece que se pueden despejar dos nociones bastante comúnmente admitidas: la transferencia que se inscribe inevitablemente en la situación analítica, es un factor de eficiencia del tratamiento, por el contrario, la neurosis de transferencia implica el franqueamiento de un umbral más allá del cual el mundo del enfermo se cierra sobre la persona del analista. Se instala, entonces una resistencia masiva que será difícil de cortar. Entre la transferencia y la neurosis de transferencia hay, así estos son los términos de Nacht —en *La presencia del analista*, franqueamiento de un umbral. Más allá de este umbral hay proliferación, organización, utilización, a título defensivo, de la relación psicoanalítica por el neurótico, la cual, no siendo ya un medio deviene un fin en sí.

¿Se trata ahí de un proceso inherente a la estructura creada por la metodología freudiana?. No lo parece y sabemos de esto bastante para poder afirmar de entrada que cuando una neurosis de transferencia se instala así, el analista está ahí por algo. Dicho de otro modo, ¿esta neurosis de transferencia, por qué sobreviene?, ¿cuál es la causa, el sentido, la función?. Finalmente, ¿cómo evitarlo?.

Volvamos a esto, primero, en los textos clásicos sobre la transferencia. Entre los autores que se preocuparon por este problema, Freud primero y muchos otros a continuación, juzgan que la transferencia y la neurosis de transferencia no hacen sino reproducir transponiéndolas, la neurosis infantil y las relaciones que el niño tuvo con su entorno, es la transferencia de emociones y de afectos de Freud.

En su artículo *Recuerdo, Repetición y Elaboración*, Freud escribe: el enfermo repite todo lo que emanado de las fuentes de lo reprimido impregna ya toda su personalidad; sus inhibiciones, sus actitudes inadecuadas, sus rasgos de carácter patológicos, repite igualmente durante el tratamiento todos sus síntomas y poniendo en evidencia esta compulsión a repetir, no hemos descubierto ningún hecho nuevo, sino que adquirimos una concepción más coherente del estado de las cosas. Constatamos claramente que el estado mórbido del analizado no podría cesar desde el comienzo del tratamiento y que debemos tratar su enfermedad no como un suceso del pasado, sino como una forma actualmente presente. Es fragmento por fragmento que este estado mórbido es traído al campo de acción del tratamiento y, mientras que el enfermo lo experimenta como algo real o actual, nuestra tarea consiste en referir lo que vemos al pasado.

Más tarde, en las conferencias de 1916, *Introducción al psicoanálisis*, Freud insiste sobre el hecho de que seria irrazonable pensar que la neurosis del enfermo en tratamiento deja de ser un proceso activo, ella sólo modificó su punto de impacto. Es en la relación transferencial que ella carga todo su peso. Es por esto que vemos frecuentemente al enfermo abandonar los síntomas de su neurosis. Esta se expresa, de ahí en más bajo otra forma gracias a la transferencia, que representa, pues, una reedición camuflada de su antigua neurosis. La ventaja es que ésta podrá ser mucho mejor captada en lo importante y elucidada ya que el terapeuta representa esta vez su centro. Se puede decir que tenemos, entonces, no ya que ver con la enfermedad anterior del paciente, sino con una neurosis nuevamente formada que reemplaza a la primera.

Freud agrega: superar esta nueva neurosis artificial es suprimir la enfermedad engendrada por el tratamiento. Estos dos resultados van a la par y cuando son logrados, nuestra tarea terapéutica está concluida.

Expresa así claramente que el fin de la cura y su éxito depende de la posibilidad de resolver la neurosis de transferencia. Sabemos que es a esto a lo que se abocó en *Análisis terminable e interminable*.

¿En la neurosis de transferencia, el analista es su centro?. Dicho de otro modo, como Lacan plantea la cuestión, ¿posee este objeto que focaliza la transferencia del otro?. Y más allá de tenerlo ¿qué es él mismo?

Fue muy temprano, en la historia del análisis, que apareció la cuestión del ser del analista. Que haya sido por aquel que fue más atormentado por el problema de la acción psicoanalítica no debe sorprendernos. Se puede decir, en efecto, que el artículo de Ferenczi, *Introyección y transferencia*, que data de 1909 es acá inaugural y que anticipa en mucho sobre todos los temas ulteriormente desarrollados. La transferencia agrupa, para Ferenczi, los fenómenos concernientes a la introyección de la persona del médico en la economía subjetiva. Ya no se trata aquí de esta persona como soporte de una compulsión repetitiva, de una conducta inadaptada o como figura de un fantasma. Se trata de su absorción en la economía del sujeto por todo lo que él mismo representa de problemática encarnada. La cuestión es saber cómo él mismo se encarna en la problemática proyectada sobre él.

Si volvemos a Freud —*Mas allá del principio del placer* capítulo III— y a la diferencia que hace entre repetir y recordar, recordaremos que el psicoanalista debe esforzarse en limitar el campo de la neurosis de transferencia, poniendo el esfuerzo lo más posible en el recuerdo y lo menos posible en la repetición. Lo deseable nos dice Freud en que el enferma conserve un cierto margen de superioridad, gracias a la cual la realidad de lo que reproduce será reconocida como un reflejo, como la aparición en el espejo de un pasado olvidado.

Cuando se tiene éxito en la tarea, se termina por obtener la convicción del enfermo y las consecuencias terapéuticas que la siguen.

Todo esto define a la transferencia y su manejo, y no la neurosis de transferencia, en tanto que es lo que se debe evitar, según el decir mismo de Freud. El mismo no la evita, si es verdad que en *Análisis terminable e interminable* se cree poseedor de ese algo a lo que apunta el analizado en su deseo.

Para ir más lejos hay que evocar lo que Lacan enseña concerniente al objeto porque en la dialéctica del erastés y del eramenón o bien este objeto su sitúa en una problemática encarnada y ahí está la contratransferencia, o bien se sitúa entre el analizado y el analista. Es la comprensión de esto a lo que pueda ayudar, más bien que plantearse la pregunta al final de una sesión.

¿Qué es lo que eso quiere decir en la transferencia?, ¿Qué es lo que el paciente quiere decirme a mi, el analista?. Porque si el analista es un Yo, esto hasta para determinar esta especie de relación dual que no puede ser sino una relación situada en el registro de la identificación al analista o a su deseo.

La neurosis de transferencia, —en lo que tiene de entorpecedora, en su peso—, cuanto más se analiza la transferencia, más se establece, y esto a falta de saber cómo formular de otro modo la transferencia.

En efecto, ¿cómo se puede formularla de otro modo?. El elemento de repetición va de suyo. Pero, este elemento histórico no basta. interviene ahí un elemento estructural. Ciertos elementos en la estructura vienen a jugar un papel de pivote. Si no se concibe el modo de comprensión de diferentes puntos de la transferencia, si no se hace entrar en juego los puntos pivotes en la manera en que conviene abordar el análisis en la relación entre el analizado y el analista, por más que se analice la transferencia no se hará sino estabilizar un cierto tipo de relación estructural. Una imagen alienante como clave en la neurosis. Se instituiría una neo-neurosis: la neurosis de transferencia.

Hay que tener en cuenta, no solamente la estructura de la neurosis, sino el hecho de que ella está interesada en la relación completa que se produce en la relación psicoanalítica.

En *Mas allá del principio del placer* capítulo VII, la imagen ideal de la relación de transferencia, que se quiere lo más reducida posible, es una imagen superada, ella va hacia la estructura. La causa de la neurosis de transferencia es el modo en el cual se analiza la transferencia. Será necesario articular una formula precisa de la relación a la imagenespecular, ***i*(a)** en el álgebra lacaniana.

Un correcto análisis de la transferencia no es preguntarse en todo momento qué es lo que el paciente me quiso decir. Es necesario analizar lo que el paciente aprehende del deseo del Otro a propósito del objeto **a**. Ubicar el grado de emergencia del objeto **a** en cada sesión, alrededor de lo cual pueda hacerse el análisis de la transferencia. Tomar el yo del analista como medida de la realidad basta para que una neurosis no pueda alojarse sino ahí. Todo depende de la manera en que el analista piensa la situación. Recordemos las grandes líneas de la teoría lacaniana para situar a este objeto **a** del neurótico. Por una parte, todo el investimento narcisístico no pasa por la imagen especular, hay un resto: el falo (- ?). En la imagen real del cuerpo libidinizado el falo aparece en menos, en blanco, no está representado. Incluso está recortado de la imagen especular. Por otra parte, el sujeto barrado en relación al Otro, dependiente del Otro, está marcado por el significante en el campo del Otro. Pero hay un resto, un residuo, que escapa a las estatutos de la imagen especular. Este objeto cualquiera es **a**, el objeto de la angustia. La angustia se constituye cuando un mecanismo hace aparecer algo en el lugar natural de (- ?) aquel que ocupa el objeto **a**. No hay imagen de la falta. Si algo aparece ahí la falta viene a faltar. Si no falta, la angustia aparece. Lo que puede pues, venir a señalarse en este lugar (- ?) es la angustia y es la angustia de castración en su relación al Otro.

El último punto al que Freud llegó es la angustia de castración. Para Lacan, no es ella lo que constituye el último callejón sin salida del neurótico, es la forma de la castración. Es hacer de la castración lo que falta en el Otro. Es hacer de esto la garantía de esta función del Otro, este Otro que se sustrae en la remisión indefinida de las significaciónes. El sujeto no puede engancharse en este universo de las significaciónes sino por el goce. A este no puede asegurarlo sino por medio de un significante que falta forzosamente. Es el complemento en este lugar faltante que el sujeto está llamado a hacer por signo lo que llamamos la castración, consagrar su castración a esta garantía del Otro, frente a lo cual el neurótico se detiene. Es ella lo que lleva al análisis. Y es la angustia la que nos va a permitir estudiarlo. El neurótico para defenderse de la angustia, para recubrirla se sirve de sus fantasmas que lo organiza. Es el objeto **a** el que funciona en sus fantasmas. Pero, un **a** postizo es en esta medida que le defiende contra la angustia. Es también el cabo con el cual mantiene al Otro —se puede citar el ejemplo de Breuer que se dejó tomar por este cabo analizando a Anna O.. Freud no su dejó tomar, se sirvió de su propia angustia frente a su deseo, para reconocer que lo que se trataba de hacer era comprender para qué servía todo esto y admitir que Anna O. apuntaba a él. Es a esto que debemos el haber entrado por el fantasma en el análisis y en su uso racional de la transferencia. Y es lo que nos va a permitir ver que lo que funciona en el neurótico en este nivel del objeto es algo que hace que haya podido hacer la transferencia del **a** en el Otro. Lo que es necesario enseñarle a dar al neurótico es nada y es, justamente, su angustia.

Voy ahora a intentar recordar algunas partes del articulo de Stein sobre la transferencia y contratransferencia, disculpándome de entrada por no haber tenido tiempo de tomar conocimiento de sus otros dos artículos, así como de las respuestas que hizo a Melman y a Conté.

Cuando Stein introduce en la copera de la intervención del analista el corte entre el paciente y el analista, entre el mundo interno y el mundo externo, corte por donde se

introduce un poder heterogéneo, parece que estuviera, entonces, en presencia dos seres: el sujeto y el objeto, el analista y el paciente, Esta espera es experimentada como displacer. El analista parece frustrar al paciente del placer que siente en su tendencia a la expansión narcisista. Y es la frustración que el paciente siente en este corte, es este fenómeno lo que es la transferencia. Esto desde el artículo de Stein.

El paciente dota al analista de un poder que no es el suyo. Parece, a primera vista como dijo Conté, que en esa dialéctica de la frustración la situación analítica remite a una relación dual entre el sujeto y el objeto.

Por mi parte, quizás, está también implicado en el texto de Stein, aunque no lo haya explicitado. Pienso que la transferencia está sostenida por la regla analítica y no por la relación a la persona del analista, que justamente por su acción está desposeído de su persona.

En el trasfondo de esa dialéctica se perfila al tercer jugador, el Otro lacaniano. El analista se encuentra capturado en un desdoblamiento constitutivo de la situación. Y este desdoblamiento no tiene nada que ver con una relación dual. Hay ahí una contradicción que crea la ambigüedad. Si se lo olvida, es que este jugador, este tercer jugador, es el analista para el Otro. Ya que para el analista es el Otro el que le dicta sus golpes. Parece que se encuentra acá el objetivo sádico del que habla Stein: que el analista puede dejarse engañar en la transferencia y tomar el lugar en el cual el paciente lo sitúa, es decir, como origen del poder de la frustración.

Es sobre la frustración que lleva mi segunda observación, En mi opinión, la frustración en el análisis no tiene por fuente el displacer causado por la espera de la intervención, la espera que introduciría un corte. Por el contrario, nacería sobre un horizonte de no respuesta a todas las demandas que al paciente formula incluida la que no formula. Es por intermedio de la demanda que todo el pasado se entreabre hasta el fondo último de la primera infancia. Es porque me callo que frustro a mi paciente. Es por esta vía solamente que la regresión analítica es posible. La abstinencia del analista que se rehusa a gratificar la demanda, la separa del campo del deseo y la transferencia es un discurso donde el sujeto tiende a realizarse más allá de la demanda y en relación a ella. No obstante, me parece que en este artículo de Stein todo deja pensar que cuando dice frustración es de castración de lo que se trata. Y, entonces, todo encajaría muy bien como vamos a ver. Stein sitúa el fin del análisis por el acceso al saber sobre la frustración. Para Freud las fronteras del análisis se detienen en el complejo de castración y mantiene su significación prevalente. Es decir primero, que el hombre puede tener el falo sobre el fondo de no tenerlo. Segundo que la mujer no tiene el falo sobre el fondo de que lo tiene. Y si Freud marcó el carácter infinito de ciertos análisis es que no vio que la solución del problema de la castración no está alrededor del dilema de tenerlo o no, porque esto no es sino cuando el sujeto se da cuenta de que no lo es, que puede normalizar esta posición natural de cuánto no lo tiene.

Para volver al artículo de Stein, si el progreso del paciente tiende hacia lo interminable, en esto balancea entre el progreso aparente en el mundo y la exigencia del estatuto que en la posición del masoquismo que pone a la transferencia bajo el signo de la incertidumbre; quizás se podría ver ahí una manifestación justamente de la neurosis de transferencia culminando en un punto muerto. Esta incertidumbre inherente al análisis es como lo dijo también Stein, aquella que Freud veía en el temor de perder o en el anhelo de tener un atributo sin precio.

Volvemos a caer ahí en los análisis infinitos de Freud, a falta de haber diferenciado los planes del ser y del tener. Es, por otra parte, lo que dice Stein sin explicitarlo: el temor de perder o el anhelo de tener retorna en la transferencia en la posición de serlo para el analista: por su placer o su cruz.

STEIN: —Voy a intentar ser muy breve al menos en un primer tiempo. Volveré sobre algunos puntos si eso parece necesario.

Esto, evidentemente, me interesó mucho, mucho, mucho. Y se lo agradezco. Tomo los puntos en el orden en que los anote muy rápidamente, en lo que concierne a la observación de la Señora Macalpine, que dice que no hay concepción de la noción de la transferencia fuera de sus efectos, para ella es una constatación de hecho y no un juicio de lo que debería ser. Ella tiene razón en decir esto. Pero, ella no sabe por qué esto es así. Creo que si se quisiera saber por qué esto es así habría que notar una cosa que me parece muy evidente. Es la siguiente: ustedes saben que Freud descubrió la transferencia al mismo tiempo que la resistencia desde el comienzo de la puesta en obra de su técnica, de su cura catártica. La transferencia aparecía ahí como un accidente, una complicación del análisis que rápidamente reconoció ineluctable. A continuación Freud cambió de opinión. Y hoy se nos enseña en todos los organismos de enseñanza del mundo que la cura psicoanalítica consiste, en primer lugar en analizar la transferencia. Es posible. Es no solamente posible es incluso verdadero, creo, no puedo desarrollar la cosa acá. Es una idea que, en mi opinión, merecería ser indagada. Creo que si las cosas están todavía hoy en el punto en que están es que, a pesar de esta afirmación de que el análisis es el análisis de la transferencia, el planteo de esta concepción inicial según la cual la transferencia es una complicación de la cura, este planteo continua ejerciéndose sobre nosotros. Es decir que en una cierta medida los psicoanalistas aunque digan lo contrario continúan considerando a la transferencia como una complicación, como un accidente de la cura.

Ahora, en cuanto a la cuestión de la diferencia entre transferencia y la neurosis de transferencia, que no esta muy clara en Freud debo decir que no soy partidario en todo caso, no en la formulación que usted citó, que creo es de Nacht, aquella del umbral. Es evidente que, si la transferencia puede ser el motor del análisis, que no puede aparecer ahí como un obstáculo casi irreductible. No hay ahí franqueamiento del umbral, en el sentido de una cuestión de cantidad. Usted presentó bien eso.

Si comprendí bien, yo no tenía esta cita presente en mi mente, como si se tratara de una cuestión de cantidad de transferencia. Es evidente que no es una cuestión cuantitativa, sino una cuestión de estructura de la transferencia.

Pero, no creo que se pueda distinguir la transferencia y la neurosis de transferencia, que son una sola y misma cosa. Lo que se puede distinguir son modalidades de la transferencia, modalidades en su estructura, para emplear el término que usted tomó de

Lacan en su segunda parte.

Cuando usted dijo que había que concebir a la transferencia en su dimensión histórica y también en su dimensión estructural, este no es un término de Freud, es de Lacan. Y yo estoy totalmente de acuerdo con esta distinción. Voy incluso, quizás, más lejos que Lacan y es su evocación del artículo de Ferenczi lo que me lo hizo pensar. Creo yo que toda la técnica del reencuentro del pasado, de la reconstrucción del pasado a través de las reminiscencias, porque la reminiscencia es algo actual y no algo pasado, que toda esta técnica de reencuentro es un medio del análisis y ninguna otra cosa, y que es un medio que es bueno emplear en ciertas coyunturas o que no es bueno emplear en otras. Lo que el paciente aprehende del deseo del Otro, a propósito del objeto **a** y la cuestión de la castración como garantía de la función del Otro, creo que son estos los temas lacanianos que me inspiraron para este segundo artículo. Son estos sin ninguna duda aunque yo no empleo el álgebra de Lacan, porque por una razón o por otra no soy sensible a la ventaja de este tipo de formulación. Quizás, estoy en un error. Pero, en fin, es ahí que se encuentra mi fuente de inspiración lacaniana. Es importante notarlo. Por supuesto, no se puede desarrollar la cuestión ahora.

Entonces, en las observaciones que usted hace concernientes a mi artículo, el corte donde se introduce un poder heterogéneo, este corte que separa yo no digo dos seres en presencia, sino que digo dos personas por una razón muy precisa que usted no puede conocer. Es porque di en otro lugar una definición muy precisa de la noción de persona. Ahí tampoco quiero lanzarme. Es evidente que estoy obligado a rechazar su observación, concerniente como ya lo hice a propósito de la observación similar de Conté, concerniente a la noción de una relación dual entre sujeto y objeto. Las razones de esto son múltiples. Pero, ante todo le hago notar que, incluso, en la descripción que doy en este texto, que está lejos de constituir la obra acabada, ya que aquellos de entre ustedes que asistieron al Seminario de Piera Aulagnier oyeron un capítulo suplementario que tituló *El juicio del analista* y que no es todavía el último. Pero incluso, en este texto ustedes notarán una cosa, es que si hay personas en presencia, hay al menos tres ya que está la del paciente y del psicoanalista en el corte y está aquella mítica que se podría describir como todo está en uno y uno está en todo. Es decir, esta persona donde el psicoanalista y el paciente no están presentes, ni el uno, ni el otro, en tanto que sujeto. En la medida en que la regresión tópica en el curso de la situación analítica se logra de una manera, de la que se puede decir que es lo que desarrollé a propósito de las argumentaciones de Conté y de Melman que ello habla, el paciente habla el psicoanalista habla. Son dos y en la otra coyuntura, que jamás es perfectamente lograda, —como tampoco la coyuntura de la separación es jamás perfectamente lograda—, ello habla.

Entonces, ustedes tienen ya, al menos, tres personas. No quiero decir que no se puedan describir sino estas tres personas. En otro estadio del desarrollo. Tres personas aparecen en una formulación diferente, pero es muy cierto que no puede haber dos. Y creo, incluso, que en la conversación o en el intercambio de palabras más banal no se puede considerar que haya, como lo quiere una teoría muy en boga hoy en día, que haya intercambio de información, una especie de insuflación de información entre dos interlocutores. Tal cosa no existe. La información de la que se ocupa la teoría de la información, si es verdadera, son ondas sonoras. Y es una cuestión de física y fisiología cerebrales, eso pasa por la oreja y va al lóbulo temporal. No es eso lo que nos ocupa. Para que estos fenómenos físicos sean significantes es necesario otra cosa que esta teoría de la comunicación de una información entre dos personas y es necesario que haya en algún lugar la referencia a una tercera. Eso tampoco puedo desarrollarlo. Entonces, no es cuestión de relación dual, que la transferencia está sostenida por la relación analítica. Anoté eso, no sé si es usted quien lo dice o si usted me cita.

PERRIER-ROUBLEF: —Lo cito.

STEIN: —Bien, estamos totalmente de acuerdo, en todo caso. Pero, creo ahí también —no puedo desarrollar la cosa— que sería necesario dar su plana dimensión a este término sostenido. Creía que usted lo decía en su objeción. No tengo mi texto perfectamente de memoria. No, creo que es su objeción. Pero, es necesario ver que la transferencia está sostenida por la relación analítica o algo así. En fin, poco importa, ya que estamos de acuerdo. Sostenido, es necesario dar el plano sentido a este término porque estoy cada vez más persuadido, no puedo desarrollárselos, no podría incluso hacerlo muy bien porque es una idea reciente, pero no creo que se pueda considerar que la situación analítica crea la transferencia. Crea que la situación analítica es una reveladora de la transferencia.

PARTICIPANTE: —La Señora Perrier-Roublef dijo: la regla...(68)

STEIN: —Yo marqué relación. Bien usted tiene razón y yo marqué otra cosa probablemente porque tenía ganas de hablar de eso. Continuo, de todos modos, mi argumentación, para volver muy rápido a la regla.

Entonces, pienso que ella no crea la transferencia. Pienso que ella la revela y nos permite tomar conocimiento. Pero creo que la transferencia es, justamente, este factor antropológico universal, donde falla toda teoría de la comunicación como concebida como intercambio de la formación. Eso tampoco puedo desarrollarlo. En cuanto a la cuestión de la transferencia sostenida por la regla analítica, es decir, la puesta en valor de la importancia de la regla analítica, no quiero intervenir en eso ahora. Pero precisamente el primer párrafo del capítulo que expuse en el Seminario de Piera Aulagnier y Clavreul está consagrado a eso. Entonces sería un poco largo lo que mostré ahí. Primero mostré una cosa que es de experiencia creo bastante corriente, es que es perfectamente inútil formular lo que tenemos la costumbre de formular, como siendo la regla fundamental, es decir, que no es, en absoluto, necesario decir al paciente que debe decir todo lo que lo venga a la cabeza, etc. Es perfectamente inútil. Pero, lo que intenté despejar es que incluso, si no se lo dijera, el planteo de la regla seguiría siendo el mismo, habría al menos algo que estarla impuesto de una manera unilateral. Sería, por ejemplo, el horario de las sesiones. Es decir que, a pesar de todo, incluso, si el psicoanalista no formulara ninguna regla y ustedes dijeran que lo recibirían tres o cuatro o cinco veces por semana tal día a tal hora: —venga, acuéstese sobre el diván, y no lo dijeran nada más, esto basta para ejercer un planteo totalmente análogo al de la regla formulada.

También hice notar a esto respecto que lo que es, al menos, muy importante es que hay,

al menos una intervención del psicoanalista en cada sesión, intervención que puede ser esperada, que es aquella que marca el fin de la sesión no se escapa a eso. Entonces pensar que el psicoanalista no intervino porque no dijo nada ese día, eso no es totalmente exacto. Es evidente que haber intervenido para decir algo o haber intervenido por haber marcado el fin de la sesión no es lo mismo. Pero, es, de todos modos una intervención. La prueba de esto es que hay pacientes que se van por sí mismos antes del fin de la sesión porque no soportan que el fin de la sesión sea indicado por el psicoanalista. No creo que haya muchos pacientes que lo hagan de manera constante en todas las sesiones. Pero, en la práctica de cada analista eso sucede de tiempo en tiempo. La cuestión del analista engañado que estaría en el origen del poder, creo que estamos totalmente de acuerdo en eso. La frustración, me dice, está, por el contrario, sobre un horizonte de no respuesta. Estoy de acuerdo.

<u>PERRIER-ROUFLET</u>: —A la demanda.

<u>STEIN:</u> —Si, por supuesto. Cuando hablo de la espera de la intervención del psicoanalista es que este horizonte ... Estoy totalmente de acuerdo para decirle que la frustración está sobre un horizonte de no respuesta a la demanda. Pero, este horizonte: ¿de qué está hecho si no es de esta espera de la intervención del psicoanalista?. No creo que haya ahí argumentos contradictorios. Pero, creo, en cuanto a mí que es necesario porque es esto lo que sostiene la transferencia en una definición estricta, poner el acento en este horizonte de no respuesta sobre la espera de la intervención del psicoanalista, Es decir, sobre su intervención imaginada o sepultada. Eso es lo que hace, por otra parte, buena parte del discurso del paciente durante la sesión: Usted va a decirme que... y yo imagino que... . Con ciertos pacientes jamás, cuando eso nunca tiene lugar ustedes saben con qué tipos de resistencias nos la tenemos que ver. Tenemos que ver con el tipo de resistencia que Blouvet llamó la resistencia a la transferencia.

Mientras que la resistencia que es analizable es, más bien, la resistencia de la transferencia, es decir, mediante la transferencia. No, yo no pienso en absoluto que esto sea contradictorio. Pero, creo que es necesario poner el acento sobre lo que viene a amueblar este horizonte de no respuesta que es la suputación de la intervención esperada y luego lo que pasa siempre, que es importante de considerar, es su no conformidad de la intervención, cuando ella se produce finalmente con lo que era esperado.

Ultimo punto; usted dice que ahí donde hablo de frustración sería necesario hablar de castración. En eso no puedo darle una respuesta absolutamente firme y definitiva, porque es posible que usted tenga razón y que para mi este problema no está todavía totalmente zanjado. Sin embargo, creo que en un primer tiempo es necesario poner el acento sobre la noción de frustración, como lo hago en este artículo. Porque ¿qué es la frustración?. En francés, la frustración es la supresión, la privación de algo a lo cual se tiene derecho, a diferencia de la privación. Frustrar a alguien es quitarle algo a lo cual tiene derecho.

Ahora bien, ¿de qué derecho se trata si no es del derecho imaginario de la omnipotencia narcisista?. Dicho de otro modo, el derecho en cuestión aquí está lejos de ser un derecho en sentido jurídico, por supuesto. No se trata de frustración de un derecho en el sentido del código. Se trata por el contrario, de frustración en el sentido de lo que el paciente, en su narcisismo, quiere plantear como un derecho y que es su deseo. Entonces, creo que es necesario en este nivel hablar de frustración. La frustración como dice Lacan, es de orden imaginario.

Ahora bien, el derecho narcisista, el derecho del deseo a ser consumado, si se puede hablar de derecho ya que es lo contrario del derecho en el sentido del código es de orden imaginario. Por otra parte, es eso lo que sostiene el fantasma.

En cuanto a la castración, como dice Lacan es necesario considerar que sigue siendo de orden simbólico. Ya entonces, justamente llegamos ahí a propósito de este fin del análisis que en un sentido, como dije, eso no resuelve la cuestión, que es, en un sentido, saber sobre la frustración. Pero, ¿saber sobre la frustración en qué?. Justamente, en el hecho de asumir la castración en al sentido simbólico es decir, en el sentido de la constitución del ideal del yo. Y cuando Freud dice que el ideal del yo es al heredero del narcisismo primario. Y bien, en esta herencia tenemos justamente el pasaje del registro imaginario de la frustración porque uno no asume una frustración, uno se queja de la frustración. No es concebible que sea de otro modo. Entonces, en esta herencia tenemos el pasaje del registro imaginario de la frustración al registro simbólico de la castración con constitución del ideal del yo, constitución del ideal del yo de la que será necesario, justamente, estudiar el lugar en relación a aquel del que su sentimiento de frustración el paciente pone al analista, en tanto que origen del poder. El ideal del yo ... el fin del análisis no está, como se dijo frecuentemente en una identificación al psicoanalista. Es una noción que es absolutamente insostenible. Pero en un sentido se puede decir que el fin del análisis está la identificación al ideal del yo, el ideal del yo del que se sabe en la medida en que el saber sobre la frustración nos indica que este ideal del yo está en otro lugar que aquel donde está el psicoanalista.

Escuchen, ya hablé mucho más tiempo del que quería.

<u>PERRIER-ROUFLET:</u> —No quisiera, tampoco prolongar el debate sino simplemente responderle dos o tres cositas. Primero, sobre Ida Macalpine totalmente de acuerdo. Sobre la diferencia que usted hace entre transferencia y neurosis de transferencia, o más bien que usted no hace, creo, en efecto, que no es cuestión en absoluto de una diferencia cuantitativa. Es evidentemente una diferencia de estructura. Y la neurosis de transferencia, si se comprendió bien lo que yo quería decir, era justamente el callejón sin salida al cual se llega en un análisis donde no se puedo ir más allá de aquello con lo que nos tropezamos en el complejo de castración, cuando lo ubicamos en al plano del ser, del ser en el lugar del tener.

En cuanto a Ferenczi, totalmente de acuerdo sobre lo que usted dijo. Estoy también de acuerdo cuando usted dice que sin hablar de significante, de objeto **a** , de Otro, etc., si a usted no lo gusta al álgebra lacaniana, pero que usted se sirve de ella, estoy totalmente de acuerdo con usted ya que lo digo yo misma en una observación, que lo hago cuando le hablo de relación dual con ... Parece, dije, que habría dos seres en presencia. Entonces, la palabra ser quiero sacarla, al sujeto y el objeto, el analista y el analizado, es usted quien lo dice. Yo dije que me parece, sin que usted lo haya explicitado, que eso no es así y que, en

efecto, en el fondo se perfila el tercer jugador, que es el Otro lo dije por usted. Ahora, quisiera una palabra sobre lo que se llama la relación dual. Eso no quiere decir, en absoluto que hay un señor y otro señor, un señor y una señora que estén ahí cara a cara y luego eso es todo. Porque, como usted lo dijo, sería necesario, entonces, estar en una isla desierta, no hablar para que hubiera una relación dual. Queda entendido que lo que se llama una relación dual en la enseñanza lacaniana no es, en absoluto, que no haya otros términos, hay forzosamente un tercero, sino que eso se ubica en la dialéctica del niño y de la madre, lo que no quiere decir que el padre no aparezca. Aparece forzosamente, ya que ha concebido al niño.

STEIN: —No comprendo muy bien, si eso se ubica en una dialéctica del niño y la madre, donde el padre aparece, ¿qué otra dialéctica se puede concebir?.

PERRIER-ROUFLET: —El padre no aparece ahí de la misma manera que cuando se aborda el Edipo. Sé bien que para usted el Edipo existe de entrada. Pero, esas no son las nociones que tenemos de la cosa. Y para nosotros el Edipo comienza a partir de un cierto momento del desarrollo muy temprano, por otra parte, mucho más temprano que los análisis clásicos. Pero, en fin, lo que se llama la relación de tres, si usted quiere que no sea relación dual, es cuando el padre aparece en la relación entre la madre y el niño. El Nombre del Padre, yo no le digo que el padre no dio su esperma.

STEIN: —¿En ese momento es una relación de tres?.

PERRIER-ROUFLET: —Si a partir del Nombre-del-Padre y a partir del momento en que el deseo del niño es reenviado hacia el deseo del padre por intermedio de la madre.

En fin creo que, se podría discutir eso mucho tiempo.

STEIN: —Ahí podría, de todos modos, responderle públicamente lo que le dije por teléfono ayer. Es que creo que lo que usted escribe ahí es el hecho más originario y más fundamental que pueda existir, que no se puede concebir nada antes, porque cuando usted dice que en una relación dual se trata de una relación entre el niño y la madre, donde el padre aparece ¿cómo aparece?.

PERRIER-ROUFLET: —No, yo no dije eso. Yo dije, por supuesto, que el padre figuró porque hizo el niño con la madre. Pero no aparece en esta primera relación de la madre y el niño. En la relación del lactante.

STEIN: —Yo no creo en la existencia de tal cosa.

PERRIER-ROUFLET: —Será necesario que retomemos este debate. Eso sería, verdaderamente demasiado largo.

Ahora, sobre la toma de la frustración usted dice que la espera de la intervención del analista y la no respuesta son la misma cosa. Yo creo que, de todos modos, no son totalmente la misma cosa.

STEIN: —Yo digo que la no respuesta es la condición de esta espera.

PERRIER-ROUFLET: —Eso no es del todo la que usted dice en su artículo cuando usted habla de que esta espera de la intervención del analista provoca la intervención de un poder heterogéneo que provoca el corte. Yo no creo ... En fin, quizás se podría decir lo mismo en la no respuesta. Creo que lo que es importante es que la no respuesta lleva a la demanda y que se tiene la impresión de que en lo que usted describe en sus textos eso lleva al deseo. Y es por eso que digo que no es de la frustración que se trata, sino que es de la castración. Y que en el fondo usted dice lo mismo que nosotros decimos pero que usted lo llama de otro modo. Por otra parte usted no tiene sino que ver el fin de su texto. Usted dice exactamente palabra por palabra lo que Lacan decía, que cuando Freud no llega a terminar un análisis es porque se cree poseedor de un objeto muy precioso. Pero, ¿qué es este objeto muy precioso sino el falo?.

STEIN: —Si, pero retomemos eso. Cuando usted dice no respuesta, el horizonte de no respuesta, usted se pone, por supuesto, digamos, en el lugar del paciente, por decirlo. No hay no respuesta por fuera de la evocación de una respuesta.

PERRIER-ROUFLET: —Desde luego. Stein: el paciente dirá: — él no me responde.

PARTICIPANTE: ¿él, quién?

STEIN: —Eso es otra cuestión. La no respuesta es un juicio negativo hecho sobre la existencia de una respuesta. Entonces, es necesario que esta respuesta esté presente en el espíritu, en tanto que posibilidad. Entonces, no crea que sea tan diferente.

PERRIER-ROUFLET: —Creo que será necesario rever todo esto, ya que, quizás, no tenemos mucho tiempo. Justamente quería dar la palabra a Melman y a Conté.

MELMAN: —Sí, sobre esta cuestión de..., sobre esta frase: la frustración sobre un horizonte de no respuesta a la demanda, y sobre esta discusión que introdujo Irene de saber si el término frustración es aquí exacto, está aquí bien empleado, o bien si sería el término castración el que estaría en su lugar. Me parece que es, precisamente una de las

cuestiones fundamentales que se despejan, que se plantean en la lectura de su texto y donde debo decir que, por mi parte, tendría tendencia, no solamente, quizás, por razones de comodidad de lectura o de facilidad, tendría tendencia a lamentar que finalmente el álgebra lacaniana no sea aquí, después de todo; utilizada. Porque, después de todo, horizonte de no respuesta a la demanda es, en todo caso en esta dimensión que tendría tendencia a ver lo que es la instalación muy precisamente de la transferencia. Es decir que, horizonte de no respuesta a la demanda, la demanda ejercida en tanto que formulada y en tanto que, justamente, se encuentra ahí ese interlocutor tan singular que le da su verdadero dimensión a esta demanda, es decir, aquella de ser al fin verdaderamente oída, y oída no porque vendría inmediatamente a gratificarla, sino, de hecho, a constituir este fondo, digámoslo, tan traumatizante de desconocimiento que forma parte de nuestras relaciones habituales, convencionales, normales. Pero en fin esta instalación de la demanda en su verdadero registro, es decir, aquel de la no respuesta para que, precisamente, esta dimensión del deseo sobre el cual la demanda viene a instalarme puede ser entendida. Me parece que únicamente, pues, la no respuesta, en tanto que precisamente y en tanto que no respuesta, en tanto que gratificante, me parece que ya viene a cubrir aquí, justamente, la dimensión de la transferencia.

Desde luego creo que en la cura el paciente es llevado por supuesto, a prestarnos todas las respuestas, en fin, a comprometernos en ese diálogo que evocabas tan bien recién. Es decir, a prestarnos así todas las respuestas que podríamos hacerles todos los sentimientos que podría suponernos.

Dicho esto, crea que ni nos entregáramos, llamamos a eso un pasaje al acto, es decir, a decirle, después de todo, a responderle a su demanda, ¿no es cierto?; creo que ejerceríamos en eso momento un efecto propiamente traumatizante y de desconcierto, que, en fin, puede ser perfectamente perceptible. En fin, percibido o notado en tal o cual circunstancia, en tal o cual observación. Lo que hace que después de todo, digo bien, después de todo nos servimos del álgebra lacaniana y nos planteamos la cuestión de saber dónde se sitúa la ausencia de respuesta, finalmente hechas todas las cuentas, hechas todas las sesiones donde se sitúa la ausencia fundamental de respuesta a la demanda y por ahí mismo el despliegue en esta dimensión del deseo. Dicho de otra modo, pienso que si se hace intervenir aquí al Otro, la posición respectiva de los diversos partenaires en la cura se encuentra en mi opinión mucho mejor precisada. Y esta posición respectiva de los partenaires en la cura recién Stein evocaba tres, lo que parece en todo caso ciertamente, un mínimo. Pero, pienso que ella se encontraría, en todo caso igualmente mejor precisada por esta pequeña notación muy, en fin, me parece muy fino, muy preciso lo que haces a propósito de lo que el analista, de la intervención implícita del analista al comienzo y al final de sesión. Dicho de otro modo que incluso si después de todo, el analista se calla, pero el sólo hecho de que fija la hora de la sesión y por el sólo hecho de que es llevado en un momento dado a decir: dejémoslo ahí, la sesión ha terminado, es llevado implícitamente a intervenir. Creo que es, de hecho, una cuestión. Debo decir que eso no me parece, después de todo, tan simple como esto, porque pienso que hay una técnica de la cura por ejemplo, donde justamente se plantea el problema de saber si el analista, fijando la hora de la sesión y marcando su final, interviene o no interviene. Debo decir que me parece que hay, por ejemplo, una técnica de la cura. Supongamos así la cura, la cura ideal, en fin, donde las sesiones son: lunes, miércoles, viernes a tal hora, duración estrictamente determinada se sabe que tan admirablemente el inconsciente de los enfermos calibra el tiempo y cómo los enfermos, incluso sin mirar el paciente, sin incluso mirar sus relojes, saben perfectamente el momento en quien una sesión cuyo tiempo esté así estrictamente fijado, en qué momento va a caer el fin de la sesión. Y bien, pienso que, entonces, en esta técnica, con estas sesiones de hora fija, día fijo, pienso que no estoy seguro de que haya intervención del analista. No estoy seguro porque me pregunto si justamente, ya que yo introducía la función del Gran Otro, para intentar situar, repartir la posición de los partenaires en la cura me pregunto si no hay, de hecho, una declaración implícita que sería un poquitito diferente y que sería, más bien, quizás, la sumisión del analista como del paciente, a una relación al tiempo en tanto que, por supuesto, hace intervenir siempre una relación al Otro. Sumisión, de alguna manera, declaración implícita o intencional de la identidad entre el analista y el paciente en esta relación al tiempo y donde la dimensión en fin, no vamos a comprometernos en una discusión como eso. Pero, en fin, quisiera, de todos modos, decir que entre los diversos partenaires que están presentes en una sesión, donde la dimensión, digamos, de un cuarto, que sería, en este caso, este muerto así que se evoca de tiempo en tiempo, se encuentra en mi opinión, introducido de manera muy precisa.

Bien, quizás no respondí a tu preocupación, a tus preguntas, pero, en fin, escuchándote esto es lo que me vino.

PERRIER-ROUFLET: —Le agradezco estas observaciones y voy a, quizás, a preguntar a Conté si quiere hablar.

CONTÉ: —Son simplemente algunas observaciones terminológicas porque me parece que es importante emplear o no el álgebra lacaniana. Pero, un fin, al menos sobre los términos tener, de todos modos, acepciones comunes. Por ejemplo, para emplear el término frustración, privación, castración, tengo la impresión de que hubo una cierta mezcla y que eso no concluye, justamente, en un esclarecimiento porque desde mi lugar, en tanto que oyente no comprendí demasiado de la discusión que se desarrolló sobre el tema de la frustración y de la privación, sobre todo cuando Stein habló de que es a nivel de la castración que se puede hablar de ideal del yo. Me parece recordar bien que en la terminología lacaniana, es necesario atenerse aquí a una terminología, puede ser que se pueda hablar de esto en términos lacanianos, se que el ideal del yo se ubica más al nivel de la privación. Aún es necesario definir bien los términos. El término de frustración es introducido por Freud, en fin Freud no emplea el término frustración, es el término *Versagung*, que es traducido frecuentemente por Lacan bajo el término de retractación(69). Y, en, efecto, es en la dimensión, en el registro imaginario que se ubica la frustración. Pero, él precisa bien que es empleado el término *Dam*, de daño imaginario, pero de algo real. Por ejemplo, si se quiere un ejemplo clínico, digamos, de la frustración es cuando, por ejemplo, se tiene algo para decir. Es, quizás, un poco grosero. Admitamos que estamos en la sala, que tenemos ganas de decir algo y que por razones de sesión o de tiempo no se lo puede decir. Parece que eso es del registro de la frustración. En este sentido, que el dicho que se tiene en la cabeza para decir es verdaderamente, retractación y, al mismo tiempo hay una especie de efecto de estalido, incluso, del decir, dispersión del decir que es, por supuesto, un daño imaginario pero que puede ir lejos, que puede dar, crear toda una síntomatología.

Mientras que en la castración es un registro simbólico, paro que alcanza un objeto imaginario. Pero, porqué dije recién que el hecho de que estas observaciones, diciendo que el ideal del yo, pensar que no está al nivel de la privación sino en uno de los primeros esquemas, digamos, de la ubicación antes del Edipo, justamente en este pasaje, justamente donde el padre va a intervenir en este especie de coalescencia del niño con la madre, este primer esbozo de la identificación es a nivel de la privación que eso se hace.

Sería necesario desarrollarlo con muchos ejemplos, pero pienso que no tenemos tiempo y que yo no tengo los medios aquí.

Ahora, en la transferencia, es evidente en la transferencia, es de todos modos a nivel de la demanda que eso... Sería, necesario volver a hablar de la demanda muy en detalle. Pero es en este nivel de la demanda que aparece, a efectos de la transferencia, el impacto del ideal del yo. Es decir, esta es una primera terminología. Ahora otra observación. Es a nivel de la relación dual, tengo la impresión de que siempre un término muy poco feliz de emplear, el término dual, que, en efecto, como lo hacía notar Stein, basta una simple conversación, las bases mismas de la lingüística lo demuestran, que en toda comunicación hay siempre un referente o un contexto todo sobre la noción, retomado por Lacan del Otro lo que los lingüistas llaman también la comunidad lingüística el lugar del código, etc. Es seguro que no hay simplemente dos protagonistas. Pero, es un hecho que haya de todos modos, un momento digamos histórico en la evolución de la personalidad donde aparece una triangulación. Y más bien que hablar del pasaje un poquitito fantasioso de dos a tres, lo que, quizás no quiero decir gran cosa pero es ahí que interviene la función especular. Es a nivel del estadio del espejo. La importancia en el metabolismo, justamente, de la relación de esa asunción imaginaria, mediante la función del estadio del espejo. Es alrededor de eso que se va a jugar a continuación la triangulación. Pero, es necesario decir que ya el estadio del espejo no tiene sentido más que si a tomado él mismo en un sistema simbólico. Es necesario decir que lo que precede a lo imaginario es lo simbólico. Y gracias a eso es que frecuentemente Lacan esquematiza en el estadio del espejo dibujando ese espejo mismo, poniendo que es al Otro el espejo en el cual se refleja el yo en este desconocimiento. Parece ahí que, en efecto hay un pasaje de un sistema, digamos, indeterminado, especular, a un sistema de triangulación en el cual interviene de una manera más específica, digamos, el Nombre-del-Padre o la ley, etc. Se podría desarrollar todo eso, pero, en fin, es simplemente para marcar que hay, de todos modos, quizás, una terminología a definir de una manera más precisa antes de llevarnos lejos una discusión, sin lo cual tengo la impresión de que ...

PERRIER-ROUFLET: —Es muy justo lo que usted dice de que la relación dual, en efecto, sería necesario ahí hacer intervenir la imagen especular. En cuanto a lo que usted dice sobre la frustración, es muy evidente que la frustración es un daño imaginario que alcanza a un objeto real. Usted olvida que su agente era la madre simbólica. Pero, esto nos reenvía siempre a algo que no se puede llamar de otro modo que la relación dual, porque por el momento no tenemos otro término para llamarlo. Es muy evidente que es un término totalmente impropio, La relación dual puede implicar un número muy grande de personas —de **n** o de cualquier letra del alfabeto.

STEIN: —Voy a intercalar unas palabras, unas palabras para decir que cuando se habla de la castración tal como creo la entiende Lacan, que es en esto freudiano, no hay en absoluto separación. No hay ninguna oposición de Lacan a Freud en esta materia. Cuando se habla de la castración no hay que olvidar jamás que para nosotros el concepto de castración es un concepto positivo. Es el concepto del acceso a un poder verdadero y es ahí que se sitúa su relación con el ideal del yo. Es un concepto positivo figurado mediante una imagen negativa de una falta. Todo lo que se sitúa en el margen entre la positividad de este concepto y su figuración que es aquella negativa de una falta, es algo esencial a la problemática del análisis. Tenemos tendencia frecuentemente a confundir la castración con lo que los pacientes de Freud decían cuando hablaba de esto en *Análisis terminable e interminable*: de todas maneras, todo este trabajo que hemos hecho desde hace algunos años, está muy bien, pero yo no tendré pene —si se trata de una mujer—, o yo estoy, de todos modos, siempre expuesto a los riesgos de perderlo, ya que existe, ya que tengo uno, puedo perderlo. —si soy un hombre. Ahora bien, justamente eso es el complejo de castración. El complejo de castración y la castración, en el sentido en que lo entiende Lacan, no son la misma cosa. Creo que era algo que había que decir. Es justamente ahí que el enfermo introduce este señuelo por el cual Freud, quizás, se dejó tomar. Porque, en definitiva, colocando las cosas sobre un plano mucho más llano de lo que se puedo decir al paciente somos, de todos modos, llevados a mostrarle, y es ahí que interviene justamente la estructura de la transferencia de la que usted hablaba citando a Lacan, opuesta a su historicidad se puede, de todos modos, ser llevado a mostrarle, por ejemplo, cuando es una dama que se queja de no tener pene, de decirle que, de todos modos, el analista no le da uno y que aquello de lo que ella se queja, de no tener pene, que su envidia, la envidia del pene, no es nada más que aquello con lo cual ella intenta presentar al psicoanalista un señuelo, porque no es verdad que ella tenga envidia del pene, no es verdad en términos absolutos. Es verdad en la medida en que esta envidia lo permite mantener al psicoanalista en la posición que designé como siendo aquella de la contratransferencia. Sería necesario decir eso de una manera más precisa.

PERRIER-ROUFLET: —Es exactamente aquella en la que Breuer se dejó tomar con Anna O., Lacan dice lo mismo. Y, por otra parte, el ideal del yo está en relación con la castración, ya que aparece en Freud en *La declinación del complejo de edipo*.

CONTÉ: —Eso no es contradictorio con lo que dije sobre la privación ... Hay que ver, justamente, los orígenes del ideal del yo.

MICHAUD: —Es muy, muy marginal la discusión, pero es a propósito de una observación que hizo Stein hace un rato sobre lo que cree acerca de la transferencia como no revelada por el analista. Finalmente, como revelada por el analista y como pre-existente. Pienso que no se puede sino ir en ese sentido. Freud es el primero que la definió así, como algo que es revelado por la situación psicoanalítica y que pre-existe y que no es retomado, que no es rearticulado fuera pero que pre-existe a la situación psicoanalítica. Se puede decir igualmente que a partir del momento en que puede existir otro soporte que la situación analítica es por eso que encuentro que el término dual no en sino un elemento parcial, sino

una definición parcial de aquello de lo que se trata, que, entonces, a partir del momento que puede existir una situación donde el mecanismo de la transferencia pueda ser retornado y articulado, se puede, quizás, llevarlo a la luz y servirse de él de la misma manera en que podemos servirnos de él en análisis. Por ejemplo si se puede decir muy brevemente, la transferencia en análisis, en fin, el analista es aquel sobre quien, en fin, quien es el revelador de la transferencia sobre quien recae la transferencia, quien es, al mismo tiempo, el destinatario, pues, del mensaje y el lector del mensaje más o menos, si, por ejemplo, en un organismo, en una institución de asistencia donde existen estos mecanismos, donde en alguna parte una estructura puede estar en posición de polarizar este mecanismo u otra estructura o la misma, donde una persona en la posición analítica, ya sea el analista o ya sea el médico, pueda servirse de este fenómeno, creo que se puede en ese momento retomar mecanismos de transferencia que son forzosamente superponibles a la transferencia de la situación psicoanalítica. Es por eso que el término dual es un término, en fin, se puede situar al análisis como situación dual a partir del momento en que está situada como negativo en relación a un Gran Otro. Definir, en fin, un Gran Otro, en fin, se puede decir en términos de exclusión. Justamente, en análisis, en fin, el analista no tiene ni relaciones con la familia, ni relaciones con los amigos. Se sitúa en espejo en relación a lo que va a ser proyectado ahí. En una institución en un grupo terapéutico, la situación es totalmente diferente. No hay este sistema de exclusión. Y, justamente la posibilidad de polarizar todo lo que de otra parte es vivido como sistema de exclusión y que debe ser retornado para ser terapéutico, para que justamente los mecanismos de transferencia no puedan escapar al tratamiento a la terapéutica del enfermo globalmente. Y para evitar el pasaje al acto eso se transforma en *acting-out*. Es decir, digamos mecanismos que hacen sentido para el deseo en fin, para la demanda, digamos de aquel que está en esta situación y pueda ser retomado en otra parte sobre el plano terapéutico. En fin, creo que ahí hay algo para desarrollar.

PERRIER-ROUFLET: —Gracias por haber intervenido. ¿Alguien más quiere tomar la palabra?. ¿Bernard? No. ¿Nadie más?. Stein, ¿usted quiere decir algo?.

STEIN: —Escuche, creo que hablé mucho. Gracias, no.

PERRIER-ROUFLET: —Usted podría tener algo que decir en respuesta a la Srta. Michaud...

STEIN: —No, todo lo que puedo decirle es que no es posible discutir ahora, todo lo que puedo decirle es que esta cuestión me interesa. Yo no me ocupo, en absoluto, de otra cosa que de análisis. Pero eso se sitúa yo no creo que eso se superponga, sino que eso se sitúa en la misma problemática que algunas palabras que tuve ocasión de decir a propósito de una conferencia que Guesclin hizo en *La evolución psiquiátrica* o sobre la terapéutica institucional. Y creo que es una cosa que puede interesar al psicoanalista, digamos, en tanto que teórico, incluso si no tiene ocasión de ocuparse o la intención de ocuparse él mismo de instituciones psiquiátricas. Digamos que pienso que hay algo que aprender en lo que la gente, puede como usted se ocupa de esto, tiene para decirnos. Eso me parece muy cierto. Es decir, que no pienso que la teoría de la asistencia de los enfermos en instituciones pueda ser otra que la teoría psicoanalítica. Y es lo que usted confirma totalmente Por lo tanto, eso me interesó mucho. Entonces, para terminar quisiera agradecerles.

PERRIER-ROUFLET: —Le agradezco también. Se levanta la sesión.



Clase 12

23 de Marzo de 1966

Me gustaría que abriéramos por otra parte la ventana, porque, es verdad, me doy cuenta por primera vez, de que es irrespirable. Lo verá después, Jean Paul.

Bueno, no se con qué amplitud pudo ser difundido esto que yo había hecho conocer a quien por derecho estaba en posición de transmitirlo, a saber, que este Seminario de hoy era un Seminario abierto. Quizás el hecho de que ustedes no llenen en la misma cantidad la sala, se deba tanto a la huelga como a una insuficiente difusión. Tenía en efecto, Dios mío, bastantes ganas de retomar con el conjunto de mi auditorio, después de esta interrupción por la que les pido disculpas. Es una falta de mi parte, sin duda. Pero en fin, me hacía falta elegir y hacer una vez lo que habría debido hacer desde hace mucho tiempo, a saber, este viaje a los Estados Unidos de Norteamérica. Me pareció, aún hasta hace un instante que ustedes esperaban, en fin que algunos de mis auditores esperaban, que les dijera algo de esto. Intentaré, pues, satisfacer, al menos en parte y de un manera improvisada, entonces, este deseo.

Antes de hacerlo, sin embargo, me atendré a adelantar la buena sorpresa, que no es una sorpresa completa, la satisfacción final que tuve, digamos, de una buena sorpresa que había tenido ya antes de mi partida. Para decir de qué se trata les mostraré enseguida este último número de *Temps Modernes*, el artículo del señor Michel Tort aquí presente, aparecido en dos partes, que se llama *De la interpretación* o *La máquina hermenéutica*. Yo no les hablé de esto antes de dejarlos esperando el fin de este artículo, del que puedo decir que me aporta grandes satisfacciónes. Me parece convenir que lleve el nombre de Tort aquel que recoge tan bien el nombre de mi razón. En efecto diré que para calificar este artículo, que es una verdadera obra, pienso que para mí es de un gran estímulo ver de parte de alguien, cuya calidad, en fin, no especificaré todavía como tal, por parte de alguien, una puesta a punto, algo que llamaré enseguida, que puntuaré, dé una manera que podría ser aún mejor calificado, pero, en fin, no encuentro mejor término que aquel de desvío filosófico o, aún, desvió de pensamiento. Alguien de mi entorno inmediato había creído haber puesto en primer plano lo que no carecía de coraje, los elementos de préstamo, —no forzosamente reconocidos como tales desde hace mucho por autor— elementos de préstamo de mi enseñanza, con lo cual se había atraído una singular propuesta, de la que ustedes podrían algunos medir la inexactitud leyendo en cierto número de *Critique*. El término de plagio, que no estaba bajo la pluma de mi alumno, había sido puesto en primer plano en esta respuesta e incluso no sin agitar los trasfondos jurídicos seguramente, esta no es la cuestión. Hace mucho que hablé de esta cuestión de plagio para subrayar que a mis ojos no hay propiedad intelectual. No obstante, después de haber sido durante mucho tiempo, no solamente asistente asiduo, sino incluso confidente del diseño particular de mi enseñanza para con el psicoanálisis, servirse de esto, —y esto desde hace mucho tiempo—, servirse de esto en conferencias hechas en América que tenían, por lo demás, un gran éxito, luego en una obra con fines que son propiamente fines contrarios de aquellos que constituyen al fundamento del psicoanálisis, siendo mi enseñanza una enseñanza que propiamente pretende restablecer la enseñanza del psicoanálisis sobre bases verdaderas, es esto lo que yo calificaba recién de desvío de pensamiento. Puedo hacerlo tanto más cuanto que el artículo del señor Michel Tort es, precisamente la demostración exacta de esta operación escandalosa que refleja por otra parte, el tono general que en nuestra época es aquel de lo que se llama, más o menos vagamente, la filosofía. Es por eso que vacilaba en calificar al señor Michel Tort de filósofo no teniendo la operación a la que se dedica nada en común con la que es usual en este dominio y en este campo. La distinción firme, rigurosa, implacable, que hace entre lo que concierne a la interpretación psicoanalítica y de este campo vago y muelle que ya designé como aquel propiamente de todas las etapas de nuestra época que se llama la hermenéutica, esta distinción, una voz fijada, es verdaderamente el género de operación que más puedo anhelar viniendo de aquellos que me escuchan y que me escuchan de una manera apropiada, entendiendo al alcance de la que digo.

La obra del señor Michel Tort, a este respecto, representa un hito, un hito esencial sobre el cual podremos fundarnos para calificar lo que quise decir concerniente a lo que respecta a la interpretación psicoanalítica.

En efecto, si ustedes se remiten a lo que adelanté al fin de mi Seminario del año último concerniente a la creada por el advenimiento de la ciencia y que eso advenimiento fue posible en la medida en que se tomaba una posición que usaba del significante y, puedo decir, recusándole todo compromiso en los problemas de la verdad si se piensa que por esto está creada esta situación por la cual la cuestión del campo de la verdad es planteada a la ciencia por cada uno de aquellos que se encuentran alcanzados por esta modificación fundamental, ¿qué hay de la verdad?. Que más propiamente sobre este campo de la verdad, efectivamente que la religión responde y que actúa, responde, ineliminable de toda posición filosófica a partir de este hecho de la distinción de la posición radical de la religión y de la ciencia que es imposible, que es insostenible, como puede hacerlo un Whitehead intentar repartir los dominios de la ciencia y de la religión como dos dominios diferentes de una objetividad que podría tener lo que fuera de común, que su diferencia, muy precisamente, de dos abordajes esencialmente y radicalmente diferentes de la posición del sujeto. Que desde entonces se verifique que si yo digo que el psicoanálisis es propiamente la interpretación de las raíces significantes de lo que del destino del hombre hace la verdad, está claro que el psicoanálisis se coloca sobre el mismo terreno que la religión y es absolutamente incompatible con las respuestas dadas en esta campo por la religión, por la razón propia de que le aporta una interpretación diferente. El psicoanálisis, con respecto a la religión, está en una posición esencialmente desmitificadora y de la interpretación analítica no puede, de ninguna manera, ser mezclada, en cualquier nivel que sea, con la interpretación religiosa de este mismo campo de la verdad.

Es en este sentido que diré que el señor Michel Tort articulando esto hasta el punto en que

esto vuelve a echar en el mismo campo para desmistificar la casi totalidad de la tradición filosófica dialéctica hegeliana incluida, demostró en esta ocasión ser lo que yo no puedo, al fin de cuentas calificar sino con la palabra, ya que no hay otra a mi alcance por el momento, un freudiano. Y aquellos que merecen ser calificados con este término son en mi conocimiento, propiamente contados con los dedos.

Y bien, después de haber hecho justicia así al señor Tort, haberle agradecido, ofrecerle en esta ocasión todo lo que pueda convenirle para adaptar su obra en lo que fuera que pudiera estar en mi órbita como manera de republicarla haberla también designado a la atención de todos y rogado a cada uno de remitirse a ella, diré, línea por línea.

Y bien, Dios mío, intentaré decirles un poco lo que ustedes esperan según me dijeron, a saber, mis impresiones de este corto viaje de América, ya que pasé ahí veinte días. Abordar, sobre todo de una manera así un poco improvisada, esta experiencia no es quizás, muy cómodo. Primero, porque hay consecuencias prácticas o proyectos de los que no puedo, después de todo servirme, sino después de haberlo consultado con mis colaboradores más cercanos. Y, después de todo, no debo la confidencia sino a ellos. Esto no obstante, después de todo sobre este campo de lo que pude reencontrar ahí de la realidad, digamos, psiquiátrica, incluso universitaria en su conjunto, que ustedes esperan de mi, quizás, incluso, esperan de mi, ¿por qué no?, sobre... mis recuerdos de viaje.

Tomar contacto con lo que no es un nuevo mundo, después de todo sino para mí ya que esperé a mi edad avanzada para poner el pie en él, esto sugiere, quizás, a algunos alguna curiosidad seguramente. No me voy a poner a jugar frente a ustedes al Keyserling a propósito de este encuentro. Y seguidamente diré que la prudencia y en fin, el respeto de lo real me obligan, después de una travesía tan corta, sobre todo a abstenerme de juicios. Pienso, por otra parte fundamentalmente, y no desde hoy, que el beneficio a extraer de un viaje no es que se ve al regreso lo que le es bien conocido, familiar, con otro ojo. Es este el verdadero descubrimiento de un viaje y es en este sentido que este viaje es un gran descubrimiento que no se todavía hasta dónde va a ir el hecho de que veo aquí las cosas (.............)(70).

...Chicago no un lugar elegido en mi historia, se tramaban cosas muy interesantes, aquellas que debían estar en principio destinadas a retirarme, de ahí en más, toda posibilidad de palabra. No estaba pues, en absoluto descontento de ir a llevarla ahí yo mismo.

En Chicago vi una Universidad completa pero una Universidad ahí, ustedes saben, es muy grande, completamente construida en gótico, un centenar de edificios de un gótico, debo decir perfecto. Jamás vi gótico más bello, gótico más puro. Puedo decir que está muy bien hecho. El falso gótico vale mucho más que el verdadero, se los aseguro. Sabemos que los métodos universitarios en todos los países del mundo están fechados en esta época gótica. La Sorbona, por ejemplo sigue estando estructurada como en la era de su nacimiento, que era en la época gótica. Se distinguía ya por una violenta, manifiesta oposición a todo lo que podía crearse de nuevo, como lo sabemos a propósito de esta condenación que les recordé recientemente que creyó deber apuntar contra Santo Tomás de Aquino, que era un pequeño innovador audaz.

Cuando hablo de la goticidad de la Universidad no lo digo en la medida en que haya permanecido siempre en los mismos principios, más bien ha caído. En la época gótica, justamente, se mantenía muy severamente este principio de las dos verdades de las que les hablaba hace un rato. Cuando se hacía filosofía no era para definir la religión, era para separarla de esta. En nuestros días hemos precedido a este mixing, del que, por supuesto los resultados se extienden. Esto no es sino una evocación de lo que decía hace un rato. En todo caso, hay una cosa cierta, es que la Sorbona en la época en que era buena goticidad no estaba construida en gótico, al menos no en este gótico perfecto de la Universidad de Chicago. Esto no es sino impresionante. Ustedes tienen, de todos modos, la misma sensación cuando ven amontonadas en masa en Museos, estas formidables e inimaginables coleccióntes de impresionistas, que parecen ahí como exilados, como prisioneros extraídos de esta atmósfera, de esta luz parisina del fin del último siglo donde han nacido, que son visitadas en una especie de uso ceremonial por hordas de mujeres y niñas que desfilan debo decir, a alguna hora del día, algún día de la semana que sobrevenga, a este especie de brillo incomparable y desgarrador que toman de su acumulación misma como si estuviera ahí, en efecto, mi lugar donde debiera ir a parar el producto, en fin, brillante, de un arte que hemos, es necesario decirlo aquí, particularmente desdeñado, quiero decir en el momento en que surgía, y es pues, una vez más, nuestro pasado el que se encuentra ahí de una cierta manera, pensaba muy gravemente sobre cualquier otra cosa que parecería después de todo, llamada a nacer en una sociedad que existe desde hace bastante tiempo para tener sus maestros propios de cultura, evidentemente hay pequeños brotes de tanto en tanto. No puedo disimularles la satisfacción que tuve al ver un departamento totalmente amueblado con pequeñas muestras de estos pequeños impulsos de fiebre creativa que se intituló a sí misma con la rúbrica de pop art. Era un tipo que había hecho fortunas con las empresas de taxi y que había resultado ser efectivamente, uno de los primeros en financiar, es decir, en dar por aquí y por allá, doscientos dólares a ese grupo hasta entonces disperso de gente que se había lanzado en un cierto registro, no quiero describir ni los principios, ni el aspecto, ni el estilo, ni, en fin, lo que irradia de este *pop art*. Lo que quiero decir que este personaje que permanecía ahí había amueblado completamente, vestido su departamento, sus paredes cubiertas con los frutos, las obras del pop art. Me hizo un largo discurso, mucho camelo para explicarme como había percibido, ayudado, sostenido, a este pop art. Encontré eso extraordinariamentesimpático.

En fin algo me parecía, en este arte, en relación con la sociedad que él sostenía, desgraciadamente cuando participé, sin ningún sentido particular, Dios mío, de la paradoja, porque había sentido en la experiencia un placer bastante vivo, participé esto a la gente muy distinguida que encontraba en Nueva York. Sentí una cierta reserva. Me miraban de manera rara. Quiero decir que se preguntaban si no yo llevaba la broma un poco lejos. porque el *pop art*, parece, por el momento, ya venido abajo y lo mismo al que lo ha sucedido, a saber, el *op art*.

En resumen lo que llamaba hace un rato la dominancia del pasado, acabo de ilustrárselos, improviso, pido disculpas por tardar tanto, acabo de ilustrárselos en campos que son, hablando con propiedad, aquellos que nos interesan, pero es, quizás, que no quisiera demasiado decirlo, que yo quisiera evitar lo que, después de todo, no conozco sino imperfectamente y forzosamente por gente que era más bien aspirante a que algo cambie de lo que llamaremos el modo de enseñanza de la psicología, incluso de la psicología en

la medicina, de lo que era el estatuto, el modo de vida, los hábitos, del psiquiatra. Después de todo, es extraordinario, tomo los términos propios de alguien que me hablaba, es extraordinaria la facilidad de la vida ahí para un psiquiatra. No hay verdaderamente necesidad, me decían, de tomarse trabajo para tener clientela. Y a partir de ahí me citaron nombres que no son los menores, que son totalmente capaces de ser aquellos a los cuales podría aplicar frases como estas: Dios mío, por que plantearse cuestiones, y sobre todo metafísicas, por poco que lo sean, entonces Dios mío, si después de todo, todo va tan bien que uno termina su trabajo a las 17 y 30 horas, bebe su whisky, lee una novela, habitualmente de espionaje, y se ubica frente a su televisor.

Yo no veo por qué se reprocha al que constituye una clase social tener sus comodidades, simplemente está en nosotros darnos cuenta de lo que esto puede comportar, por supuesto, de inercia, de instalación.

Y bien, cualquiera sean las apariencias, no es necesario creer sin embargo, que sobre este fondo, este fondo muy particular, que es quizás, si puedo decirlo, el reverso de estos rascacielos, de esta verticalidad monumental, —que es, por otra parte, cosa singular, ¿no es cierto?, el privilegio exclusivo de los Bancos—, al lado de esto hay todo un mundo horizontal, que es preciosamente aquel habitado por gente, por la gente de la clase que evocaba recién, a saber, un mundo infinito, un mar de casitas de dos plantas, perfectamente imitadas del estilo inglés, en las cuales viven, Dios mío, con lo que se puede llamar todos los encantos de la existencia, un personal considerable que es precisamente aquel que nos interesa en este caso, ya qué en este medio del cual yo era llamado a desplazarme, como peregrino o como pionero, como ustedes quieran.

Detroit por donde pasé, es una ciudad de veinticinco kilómetros de ancho por dieciocho de largo, lo que hace que, cuando se va a buscar un buen restaurante, lleve un tiempo, a pesar de todo, considerable para atravesarla en auto. Aunque el corazón de esta ciudad está constituido por un nudo de autopistas, en el interior de esta red de autopistas ustedes tienen las callecitas de las que les hablo con las innumerables casitas. Y todas aquellas donde penetré, por supuesto, dada la clase de gente que yo veía, estaban muy bien amuebladas y más bien atestadas de objetos de arte tomadas de las peregrinaciones a través del mundo, que son numerosas, como ustedes saben, de los personajes interesados.

Tal es el estilo y el complemento de lo que llamé hace un rato, esta especie de inercia pasadista y de un pasado singular, vuelvo a eso, porque este me sugirió esta forma de cuestiones, de que hay un dimensión del pasado que debe definirse como esencialmente, radicalmente diferente de aquel que nos interesa bajo la rúbrica de la repetición. El pasado en el cual no interviene en ningún grado y es una sensación de este tipo la que en el encuentro con este pasado extraordinario, es que un pasado si ninguna subyacencia de repetición. Es, quizás, este aspecto singular, sorprendente, impresionante, se los aseguro, el que me dio, al menos esta sensación y que es en fin, de una pasta absolutamente imposible de remover, porque esto no es decir, por lo mismo que no encontré ahí numerosas ocasiones de diálogo. Y diré que sobre los auditores que tuve, fundamentalmente en la Universidad de Columbia, desde mi llegada en el MIT Massachussets Institute of Technology, en la Universidad de Harvard, Center for Cognitive Studies, en la Universidad de Detroit donde hablé ante el Colegio de profesores de una de esta especie de ceremonias que consisten en un almuerzo que se toma en una sala muy confortable que se distingue por la ausencia de toda bebida vínica, lo que no es privilegio de los Estados Unidos, en la Universidad de Ann Arbor a unos cincuenta y cinco kilómetros de ahí, que es una universidad entonces —hablé de la Universidad de Chicago, la palabra ciudad era un metáfora, mientras que para la Universidad de Ann Arbor no lo es—, la regulación de cerca de treinta mil estudiantes que viven ahí en una ciudad casi especializada para recibirlos, en fin, en la Universidad de Chicago, estando el público diversamente dosificado según los diferentes lugares, más lingüistas y filósofos, pocos médicos en Columbia, pero, por el contrario, un público casi enteramente médico en Chicago. Esto ateniéndose al hecho de que las partes de la Universidad a las cuales se había dirigido mi amigo Román Jakobson, a quien quiero ahora rendir homenaje acá por toda la empresa de la que fue, a la vez, organizador e iniciador, y bien debo decir que en los seis auditorios tuve, en respuesta a lo que creí poder articular, —de lo que tendré quizás tiempo de darles la idea—, en respuesta, las preguntas, Dios mío, más pertinentes, las más interesantes que tuve con profesores de diversas especialidades con los cuales, gracias a su acogida y a su encantadora hospitalidad yo tenía a continuación y a lo largo de la jornada, o durante encuentros y cenas u otras festividades, la ocasión de explicarme. Tuve la sensación de una apertura muy grande, a cosas que yo aportaba y que a sus oídos eran, no obstante, indiscutiblemente inéditas.

Hablo aquí del medio universitario, exceptúo ahí, como en todos lados, lo que llamaremos el medio *High-brow*, la alta inteligencia, localizada para mi al menos, por lo que encontré en Nueva York, porque en Nueva York mi enseñanza es inédita, quizá, no lo será probablemente siempre, pero está lejos de ser desconocida.

Pero, como se los he dicho sin duda ya muy frecuentemente, Nueva York no es América. En Nueva York se sabe perfectamente lo que pasa aquí y el lugarcito que yo tengo no es ignorado. Pero, para volver a mis contactos con la Universidad Americana, mi sensación fue confirmada, por otra parte por mis interlocutores que me dijeron lo que yo debía esperar y no esperar. Mi sensación es que el campo de los lugares y los puntos en lo que ustedes pueden retener la atención, anudar los lazos, elaborar contactos, que serán seguidos, publicados, registrados, es muy amplio.

Traje algunas muestras de revistas, hablando con propiedad, interiores a las Universidades y que, incluso, leí en ruta con un interés muy vivo porque hay artículos excelentes de todo tipo y toda especie, y se puede decir que todo debe hacerse. Se puede decir también que nada debe hacerse, porque con tanta apertura, acogida, incluso éxito, la sensación, la sensación al menos general, hablo entre mis interlocutores —no me permitiría tener una sensación yo mismo—, es que en ningún caso se cambiará nada en el equilibrio actualmente alcanzado que deja muy suficientemente libertad cada uno en las escotaduras. Una persona que arrastra con ella un número suficiente de colaboradores no está ciertamente impedido de trabajar y el todo se instala entonces en una yuxtaposición de coexistencia vital, que parece por el momento excluir, incluso si se aspira a una renovación de estilo y especialmente en lo que nos interesa, en lo que me interesa, a saber, el estatuto de la enseñanza del psicoanálisis, que no se llegará a nada que se parezca a un cambio de corriente, a un reflujo, a un retorno de mareas, a todo lo que ustedes quieran que se parezca a un cambio fundamental. No obstante, entre este todo que hacer y nada que hacer creo que mi inclinación, por el momento, es seguramente,

—Dios mío—, aunque más no fuera que la manera de aceptar a un desafío y además, hay otra cosa en el mundo que los Estados Unidos de Norteamérica, la de hacer, de todos modos, al menos bajo la forma de publicación. Y ahí está lo que reservará en cuanto a mi proyecto de mis alumnos más próximos. Y agregaría en dos palabras el complemento, la confidencia de estoque en el curso de este pequeño *travel*, que no es casi un pequeño *trip*, me reservé el final ocho días para mi placer personal, y habiendo proyectado hacerlo primero en el Oeste Americano, cambió mi proyecto súbitamente, no pudiendo resistir a la proximidad de un país lleno de magia, —pienso—, para algunos de ustedes, que se llama México. Fui a pasar allí ocho días. No les hablaré durante mucho tiempo ahora. No tuve, en absoluto, ahí la vida de un misionero, tuve la de un turista, es necesario decirlo, nada más.

En fin, las cosas que vi me tocaron en dos puntos, es que no se puede sino quedar muy impresionado de ver algo... en fin, algo que es la religión antigua, ya que hace un rato hablándonos de religión de estos pueblos que están siempre ahí absolutamente intercambiados, la cara y, me atrevería a decir, la mirada de estos indios, siempre las mismas, ya sea aquellos que lo sirven con paso discreto en los corredores de los hoteles a los que habitan las cabañas todavía de caña al borde de las rutas, estos indios que tienen las mismas figuras exactamente que vemos fijadas en el basalto o el granito, estos fragmentos flotantes que recogemos de su arte antiguo, estos indios tienen ahí no se qué de una relación que persiste con la sola presencia sobre los monumentos, pero que se llaman impropiamente pictogramas, ideograma u otras designaciones impropias de lo que podamos llamar jeroglífico y también no siempre descifrados, pero cuya recuperación por los pintores contemporáneos o los arquitectos, porque en Chicago hay sobre las paredes de una biblioteca ultramoderna, por ejemplo, las cuatro fachadas enteras decoradas por los que podemos llamar el uso de restos de estas formas significantes, lo que se vehiculiza por ahí me parece algo enigmático y, a la vez, algo tan impresionante por esta especie de lazo invisible a través de una ruptura irremediablemente que subsiste entre las generaciones que se le cantan y aquellas de estos estudiantes que pueblan una Universidad en México, yo diría la más enorme de todas aquellas que vi, con estos signos, estos signos con los cuales algo está roto para siempre y que sin embargo, están ahí traduciendo de una manera visible lo que yo no podría llamar, porque estoy frente a este auditorio, sino una relación conservada con lo que hay de tan sensible en todos lo que sabemos de estos cultos antiguos, esta cosa de la cual no comprendieron nada sino un efecto de horror los primeros conquistadores y que no es otra sino por lados visibles, por todos lados presentes, por todos lados enganchada en formas de la divinidad que no es otra que el objeto **a** .

Tendremos sin duda, quizás, que hacer alusión a continuación, y tal vez tenga la ocasión de dárselos a título en fin de simple ilustración marginal, pero no, sin duda, sin alcance a lo que continuaré diciéndoles de esto. Y bien, es inútil, medio de todo eso, señalarles lo que pensaba ver esbozarse como consecuencia. Me tomé un trabajo enorme en el curso de los numerosos años de mi enseñanza para hacer llegar a un medio, que no estaba especialmente preparado para recibirlo, un cierto número de informaciones más especialmente concerniente al campo de la lingüística. Ustedes ya experimentaron desde hace mucho tiempo lo que puedo tener ahí como leve nostalgia de quince años de esta enseñanza usé, quizás un poquito antes que los otros este pequeño medio que era que el sobre el cual yo esperaba en el rastro, en el rastro de algo que ahora corre de tal modo por todas partes, en todos los cruces, en todas las esquinas, incluso bajo el nombre más o menos apropiado, que será, más bien, absolutamente, inclusive, imposible de limpiar, tanto va a estar cubierto de estas incrustaciones de conchillas que revisten los restos, el término estructuralismo. Es que es más bien ahí que va a tratarse de proceder a una seria limpieza para decir, de todos modos cual es nuestro término de estructuralismo. Este esfuerzo que puede hacer también, para recordar las condiciones de nacimiento y la evolución de la ciencia en lo que puede tener para nosotros de decisivo, de concebirnos como determinado por eso, es necesario decirlo, tuve la sorpresa en los Estados Unidos de Norteamérica de encontrar gran parte de mi programa, de lo que está en mis Seminarios, expuesto sobre las paredes de una decena de metros de largo bajo la forma de pequeños diagramas, sobre los cuales, por otra parte, nadie ponía los ojos, pero que contenían de una manera absolutamente decisiva las fechas, los puntos de giro y perfectamente bien explicadas en cada línea de la clasificación de las ciencias y que, si debo decirlo, debo decir que si fuera ahí lo que yo tuviera que enseñar me habrían ahorrado mucho trabajo. Porque, al fin de cuentas, todas estas cosas están al nivel del libro de bolsillo. Ahí está el interés, la importancia de lo que llamaría, es un cierto aspecto, la evacuación del pasado, que es al mismo tiempo posible. Si vemos bien su dimensión propia, este aspecto de inercia se podría dejar su manipulación a los excavadores. Es necesario decirlo, esta no es en absoluto, una perspectiva de despiste, de desprecio. Lo que aparece ahí, por el contrario, como más cierto es lo que eso despeja concerniente a nuestra propia esencia, porque a partir del momento en que el pasado en estado de puro pasado esta ahí existente en bloque, bajo su forma perfecta, porque, como se los demostraba recién, la pintura de la Universidad de Chicago existe más perfecta de lo que existió. La creación impresionista está ahí como una mosca capturada en el ámbar, en una perfección de estatuto que jamás tuvo aquí. Respecto a este pasado que nos es de alguna manera del que se nos entrega hay todo un aspecto de nosotros mismos que nos queda de esto, que es nosotros tal como somos actualmente y que no es sino su fracaso. Para verlo llegar a la caricatura es aún a México que hay que ir a instalarse en el Hotel del Prado frente a un fresco que tiene la altura de esta pared de nuestra habitación aquí, que es de Diego Rivera y que se llama *Un sueño de domingo a la tarde en la alameda*. La alameda es una especie de Tullerías de México y la figura que tomamos de este panel no voy a describírselas, procúrense fotografías, es muy instructiva.

Esto es, entonces, lo que creo podemos aprender yendo a los Estados Unidos de Norteamérica y también sobre el suelo entero de la noble América. Es la figura de todo lo que fue malogrado en el pasado. Es la figura, de alguna manera, retroactiva de una adherencia a algo que no fue jamás vivido y que, como tal no puede serlo bajo ninguna forma si nos dejamos llevar por algún movimiento ya sea aquel de una esperanza de una vivacidad de una creación seguramente. Todo lo que nos queda de semejante contacto es una impresión verdaderamente abrumadora de lo que puede tener de pesado para llevar a nuestro mundo.

¿De qué les hablé?. Es muy cierto que no les hice, hablando con propiedad, seminario. Aunque mi arraigo, en un cierto estilo, no era tan posible de romper de un sólo golpe, es a esta pendiente, ese hábito, incluso, esa necesidad que tome de una cierta manera de enganchar a mi audiencia que debo, para mi sorpresa debo decir, no haber podido en ningún caso resolverles a hablarles en francés y, cosa curiosa, haber llegado verdaderamente a hablarles en inglés. El hábito que tengo de seguir en nuestras caras el

efecto bastante particular de esa palabra no me pareció extremadamente diferente lo que experimentaba frente a estos auditores, a saber, que sus caras cautivas, sino iluminadas, me daban la sensación de que algo de este inglés no era de tal naturaleza que ellos no recibiesen la impresión de un lenguaje articulado. Helo aquí, entonces, les hablé —voy a decirles eso en dos palabras, ya que vamos a dejar en algunos instantes— centré un poco las cosas porque era necesario sobre algo que me pareció contundente.

Yo, ustedes comprenden, estoy en mi objeto **a**, por el momento, intento llevarlos así a hacerles realizar en un cierto número de calcetines de donde debe salir de tal o cual manera. Veremos más, retomaremos la próxima vez.

Era necesario que yo volviera a las bases y después de todo, eso me permitió juntar estas bases. No por supuesto, que las dejé así a la deriva. Pero, en fin, ¿por qué no?. Eso me permitió quizás tomar al módulo de un discurso más agrupado, más simple también, más contundente, aún cuando el golpe de martillo no es jamás ausente de lo que les cuento a ustedes. Puede ser que, después de todo haré de esto un librito y no estará, quizá, tan mal adaptarlo a orejas americanas, ya que en orejas americanas lo he medido.

Y bien, creí deber partir de algo que es, de todos modos, un rasgo sensible, un rasgo fácil de hacer entender y que es no es nuevo, desde luego, para ustedes, es aquel de la distinción de la demanda y del deseo.

Evidentemente en inglés yo me vanagloriaba haberme hecho entender. Es evidentemente con un vocabulario y refinamiento sintáctico más reducido que fui llevado a hablar. Es totalmente fácil hacer entender a la gente que los escucha cuando se les demanda algo de lo que vayan a desconfiar, que no es siempre, lo que se les demanda, lo que justamente se desea que ustedes den. Basta tener apenas la menor experiencia, basta tener un amante para que esta verdad sea inmediatamente perceptible y después de todo eso ustedes pueden entrar en consideraciones estructurales. Sí, porque a partir de ese momento, por supuesto, ustedes pueden mostrar que el deseo debe ser extraído de la demanda y que hay este segundo tiempo que la demanda está articulada en el inconsciente. Basta ahí hacer referencia a las verdades que les recordé desde siempre y que consisten simplemente en abrir los primeros libros de Freud. A fin de cuentas, no es imposible incluso frente a un auditorio americano introducir la inscripción de la fórmula que está en la punta arriba y a la derecha de mi grafo, a saber **D,** sujeto en su relación a la demanda, a saber que es precisamente ahí que se engancha la división del sujeto. Lo que es evidentemente reintegrar esta división del sujeto en el mismo plano, en el mismo nivel Freud introdujo la división del inconsciente y el preconsciente, suprimir la distancia que separa este comienzo de su obra de ese punto que es su punto de caída, el *splitting* de lo que el llama el ego, es decir, el *splitting* del sujeto, y mostrar por ejemplo en este caso que la observación de Freud hace de que el inconsciente no funcione el principio de contradicción es una afirmación que no es más que de primera aproximación inadecuada en un sentido si va a implicar que no hay signo de negación en el inconsciente, porque sabemos todos y por leer los textos de Freud mismo, que la negación tiene, yo no digo en el inconsciente, eso no querría decir nada, sino en las formaciones del inconsciente representantes totalmente localizados y claros. La pretendida suspensión del principio de contradicción a nivel del inconsciente es simplemente este fundamental *splitting* del sujeto.

Hay otra cosa que puse en el primer plano de mi discurso y que sigue como una cuenta de rosario sigue la otra, este abordaje, por la diferencia de la demanda y del deseo, es la designación del punto que es el mismo punto de encuentro de donde partí hace un rato por lo demás, concernientes a la relaciones del saber y la verdad, es lo que Freud nos aporta, es la designación del lugar de incidencia de un deseo particular y que es el punto por donde la sexualidad entra en juego como fundamental en el dominio del que se trata de definir y que este punto se llama el deseo de saber.

Es porque la sexualidad entra en juego primero por el sello del deseo del saber que al deseo del que se trata en la dinámica freudiana es el deseo sexual. Es porque entra en juego bajo las especies que ya habían situado, y no es sin motivo, los espíritus religiosos, es porque la cupido *sciendi* fue situada ahí donde era necesario por Freud que todo ha cambiado en la dinámica de la ética; que los otros deseos —el deseo de goce y el deseo de dominación— se manifiesten no ser del mismo nivel que se encuentra en esta posición dependiente por estar al nivel del narcicismo, que el otro —deseo de goce— está precisamente ahí para manifestarnos lo que llamaría la duplicidad del deseo, porque lejos de que el deseo sea deseo de goce, es precisamente la barrera que les mantiene la distancia más o menos justamente calculada de este fogón ardiente de lo que debe necesariamente evitarse para el sujeto pensante y que se llama el goce. Llegaría a decirles que esbocé para ellos lo que será el paso siguiente de lo que voy tener que exponer frente a ustedes, a saber, teniendo en cuenta esto de lo que, por supuesto, no pude sino hablar desde el principio, a saber, del lugar del Otro, punto de posición de la verdad, como lugar donde está puesta en cuestión la verdad de la demanda, como lugar, también donde aparece y surge al mismo tiempo la dimensión del deseo.

Puedo esbozar lo que, acabo de decírselos, va a ser la continuación de mi discurso, consistente en precisar esto de que el deseo, este deseo del que en principio les articulé el lugar diciendo que el deseo es primero el deseo del Otro, la topología va a enseñarnos a poner en función esta especie de vuelta que es propiamente aquella que intentaré manifestarles a nivel que les mostraba, tal como es realizable como se da vuelta en guante, al nivel de la estructura del toro, que si el deseo debe localizarse, medirse, en función de una demanda del Otro, la estructura va a permitirnos ver, la estructura que es la estructura del toro, es que hay un fundamento estructural perfectamente —minimizo diciendo que está ilustrado por la estructura del toro, que está sostenido por la estructura del toro, el toro es la sustancia, el *hipokeimenón* de la estructura de la que se trata concerniente al deseo, el toro puede aparecer con evidencia, es lo que voy a mostrar a punta de tiza la próxima vez— que se inscribe de la manera más clara, la relación que hay de un sostén del deseo, no a la demanda, sino a la demanda repetida o a la doble demanda. Y el hecho de que esta figura, que es propiamente esta que les dibujo acá, la vuelta de la estructura del toro, puede manifestar materializar ante sus ojos, lo que se puede obtener de esto, y veremos lo que significa vuelta, en función de lo que sucede con la vuelta cuando de trata de las otras estructuras topológicas, a saber, del *cross-cap* y de la botella de Klein.

Estando operada esta vuelta tenemos dos deseos en relación con una demanda. Esta duplicidad del deseo en relación a la demanda está en la raíz de todo lo que en el campo analítico se extiende tan lejos como lo que se llama confusamente ambivalencia y que sólo puede encontrar ahí su razón. Es lo que la próxima vez tendré ocasión de desarrollarles de

una manera más amplia. Ustedes ven ahora que aquello de lo que se tata es de la función de un corte que es estas tres formas que deberá retomar bajo este ángulo es la misma forma de corte a saber lo que llame la **S** o el ocho invertido, que nos da la clave y la forma de esto y que tiene funciones diferentes.

Resumiendo para concluir y decir lo que intentaba ante todo hacer pasar a los oídos de mi auditorio en las Américas, es que es un dominio aislable en el campo llamado hasta aquí psicológico, que el dominio de lo que es determinable como campo del lenguaje y destaca en este campo que es la palabra, que esto es definible. Es la función del sujeto, función del sujeto que no es como pude verlo escrito recientemente función de ausencia, sino función, por el contrario de la presencia interna de algo escondido, lo que es aquellos sobre lo cual los dejaré, dándoles cita para el seminario abierto de la semana próxima.



Clase 13

30 de Marzo de 1966

Recuerdo a aquellos entre ustedes que no estaban aquí la última vez que la administración de la *Escuela* me encargó pedirles que no fumaran, que no fumaran querido Alain, es un pedido de la *Administración de la Escuela*. Esta última vez, entonces, les hablé en primer término de lo que podía dar inmediatamente de mi visita a América. Es un tema que no terminó, pienso, de rendir sus frutos, sus consecuencias en la continuación de lo que tendría por decirles. Por hoy lo dejaremos radicalmente de lado. ¿Me oyen en el fondo?. No muy bien.

Y que, entonces, este tema no lo retomaré hoy. No hablé de eso sino la última vez y, en cuanto a lo otro que dije, me di cuenta que había puesto, digamos, a algunos en aprieto, por no decir que produje entre ellos algún escándalo. En efecto, toqué en dos puntos, el primero a causa del artículo de Michel Tort, dije, tuve sobre el plagio algunas palabras que me valieron la manifestación de un asombro: ¿Cómo —pudo decirme uno de mis oyentes— puede hacer tan poco caso, como usted lo anunció, del plagio?. Repitiendo lo que, no obstante, yo había dicho desde hace tiempo, desde hace mucho tiempo, desde siempre, lo saben aquellos que me siguen desde el origen, que no hay propiedad de la ideas. ¿Es que no les parece que se agarran mucho ustedes mismos de lo que les es debido, —homenaje en este caso—, les es rendido?. Creo que hay ahí un punto a precisar si, en efecto, es bueno que a cada uno, no solamente a mi, les sea rendido homenaje por lo que puede aportar de nuevo en la circulación de lo que se articula de un discurso coherente. Esto no puede ser sino desde el punto de vista de la historia y de una manera que debe quedar limitada ahí. ¿Quien soñaría pues, haciendo un curso de matemática, dar a cada uno de los iniciadores de lo que se ve llevado a articular en su curso, su lugar y lo que es debido?. Todo esto aparece asimilado, reintegrado, retomado, generalizado, o particularizado, según los casos, y de una manera, después de todo, que pasa muy bien de toda referencia al primer tiempo de la puesta en circulación de una demostración o de una forma. Es por esto que entendí desplazar el acento, sobre lo que llamé de una manera más o menos propia, desvío de un pensamiento de pensamiento. Cuando un discurso en lo que tiene de conquistador, de revolucionario, para llamar las cosas por su nombre, se está sosteniendo —y en nuestros días sabemos en donde se sostienen estos discursos—,

en retomar las operaciones, incluso el material, para orientarlo a fines que son totalmente aquellos de donde entiende distinguirse, es ahí que al menos, sería necesario remitir los elementos de discurso, ahí donde se los ha tomado, donde habían sido creados, orientados a un fin perfectamente articulado y claro que es aquel que se entiende poner en comunicación.

Si el análisis es un operación que se sigue en referencia a la ciencia y en tanto que replanteado de una manera enteramente orientado por la existencia de esta ciencia, la cuestión de la verdad, esta interrogación es por el análisis llevada a su máximo, al máximo de estrechez, precisamente, que corresponde a esta meta, que es la ciencia que él interroga. Si sobre esta cuestión de la verdad es la religión la que debe darle respuesta, que lo diga abiertamente. Pero entonces, que no se jacten de la posición del filósofo, que hasta hoy precisamente, nunca varió en distinguirse de esta respuesta religiosa. Nadie aún se atrevió de hacer de Freud un apologista de la religión. Pero algunos no reconocer que soy yo el que les enseño a leer a Freud, mientras que ésta operación esta en curso, para desviar su incidencia de esta lectura sobre las arenas del desconcierto del pensamiento espiritualista, esta es propiamente una deshonestidad, no de escritor —que roba tal o cual pasaje del discurso de un colega—, sino de filósofos. Es hablando con propiedad, una traición filosófica, a la cual no voy a dar esa especie de grandeza, que sería revelarlo que puede haber a partir de un cierto momento de deshonestidad fundamental en la posición filosófica misma, si ella ignora cuando la renueva el psicoanálisis.

En este caso es, simplemente, una deshonestidad débil, una falta absoluta de seriedad, un puro deseo de parada del que agradezco al señor Tort haber demostrado la inoperancia y el ridículo.

Hablé a continuación de otra cosa que apenas esbocé. Hablé del volteo introduciendo lo que tengo que decirles hoy sobre el plano de lo topológico, y a fe mía por este volteo, resultó que algunos se sintieron un poquito dados vueltas, que, en verdad, en un cierto contexto las palabras surten en efecto y que ahí aún nos encontramos, por supuesto, emitidos los que conciernen, en tanto al uso de la ideas, sino al uso de las palabras. Tomar una palabra como soporte de un nudo de discurso, no es seguramente, un operación inofensiva, ya que esta palabra no pudo ser tomada en otro discurso. Es otro nivel de la función de la homonimia y en algunos casos puede, en efecto, como portar en sí algunas consecuencias.

Este volteo que traje, pues, a la luz, o más bien, volví a traer, como van verlo a propósito de la figura del toro, creí poder hacerlo de una manera bastante rápida, creyendo que, al menos en una parte de mi auditorio, se recordaba que al final de año 1962, en el Seminario *La identificación*, aquel donde traje a la luz la función fundamental del rasgo unario, del corte y donde introduciendo ya la función de las diversas formas topológicas de las que voy a tener que hablar a propósito del toro, el 30 de Mayo de 1962 exactamente, mostré expresamente cómo se articulaban dos campos que eran propiamente aquellos de dos bordes, si ustedes quieren tomados uno en el otro, tal como esa figura puede representarlo. Y como detallé durante mucho tiempo, como es posible de ver en las rotaciones de uno sobre el otro rotaciones de las que es demostrable, que es especulativamente posible la posibilidad de un calco de todo lo que se puede dibujar sobre uno durante esta rotación sobre el otro con lo que esto implica: es que el corte siguiente, del que mostré la importancia, porque estaba precisamente ahí aquello sobre lo que insistí mucho tiempo durante este año, de que el corte siguiente que habíamos aprendido a introducir como el camino de rodeo, si se puede decir, del cuerpo del toro, es la manga. Y como es necesario que una demanda que se repite en esta forma de equivalencia no pueda permitirse sino, —me expreso en términos de imagen y simple de manera de hacerme entender bien por un auditorio que no está forzosamente iniciado en las formas precisamente matemáticas que darían a esto su rigor, —hacer si puedo decir, el giro de este agujero central, que es la propiedad topológica esencial del toro, aquella que introduce en su interior este enigma de contener un interior, en relación al interior el toro, o si ustedes quieren de una manera más rigurosa, de permitir que circuitos cerrados en el interior del toro se encadena en, o se ricen en relación a circuitos cerrados que son exteriores, se los ilustro.

Esto es, —voy a hacércelos en otro color— este que es un circuito cerrado en el interior, ustedes ven que es un toro, es posible hacer un circuito cerrado en el exterior que esté rizado con el circuito cerrado interior, lo que es estrictamente imposible en la fórmula topológica que forma desde siempre el modelo sobre el cual se articula el pensamiento del interior y del exterior, que es la esfera. Cualquier circuito cerrado que ustedes hagan en el interior de la esfera no estará jamas para ustedes con un circuito cerrado exterior. Habiéndose mantenido durante mucho tiempo esta forma topológica como la forma prevalente para toda concepción del pensamiento y permaneciendo, por ejemplo inmanente en el uso de los círculos de Euler en lógica, está ahí precisamente ahí el interés de las novedades topológicas que promuevo frente a ustedes y demostrarles que uso puede tener para resolver ciertos callejones sin salida de los problemas que nos son planteados por la topología de nuestra experiencia y que encuentran en estas formas topológicas su soporte y su solución. Que este volteo sea un volteo. Eso se puede ver fácilmente y lo digo inmediatamente, es del orden, parece, de la recreación matemática representarlo como se los voy a representar. No obstante, esto conserva todo su interés y toda su importancia, y como yo no podría insertarlo fácilmente en la continuación de mi discurso, voy a darles enseguida su imagen.

Consideren simplemente esto como una interrupción a lo que se les va decir de una manera más coherente y más desarrollada.

No es simplemente de otro toro que se trata que puede servir de calco a lo que está inscripto en el otro, topológicamente un toro es algo totalmente equivalente a lo que se llama, en topología, la inserción sobre una esfera de un asa. Ustedes ven bien porqué la transformación continua, como se expresa en ciertos manuales, es exactamente lo mismo un toro que un asa, que esta especie de campana cerrada. A partir de ahí les será más fácil comprenderla legitimidad del término volteo si damos a esta palabra su sentido intuitivo, su sentido intuitivo que no es porque sí que evoqué la manipulación, la maniobra, la mano, esta mano que está presente hasta en el término alemán para designar este tratamiento *handlung*. El favor que podemos encontrar ahí aquel si no de completamiento reducido a lo que hay de prevalencia visual en el término intuición, al menos de hacerlo retroceder. Ya los estoicos habían experimentado su importancia y su necesidad —algunos de entre ustedes saben lo que ellos hacían de la mano abierta, de la mano cerrada, del puño, incluso de este volteo del que la mano hace imagen.

Aquí es hablando con propiedad, a esta especie de volteo que está ligado al uso de la mano, el volteo de una piel que lo recubre, el volteo del guante, para llamarlo por su nombre, que hacemos referencia. Este hecho de que el guante derecho, volteado, haga un guante izquierdo y, más exactamente, haga la imagen del guante en el espejo, en la medida en que la imagen del guante en el espejo es el guante del especie opuesta, este es el punto de partida, interés que damos a este término de volteo.

No olviden que este ejemplo intuitivo es propiamente lo que tiene necesidad para Kant, alguna de las amarras de su estética trascendental, no me detengo ahí por más tiempo por el momento, pero consulten el capítulo, que si mi recuerdo es bueno, es el capítulo XIII de los *Prolegómenos a toda metafísica futura.* Ustedes verán toda su importancia, que va a enraizarse más adelante en toda la discusión entre Leibniz y Newton sobre la naturaleza del espacio. En el caso de nuestra esfera con el asa, ésta esta únicamente ahí, sobre todo bajo esta forma para volver sensible esto que un toro es tan volteable como cualquier soporte de topología esférica, tal como el guante, ustedes lo ven bien, no es desemejante en cuanto a su topología a una esfera, basta que ustedes soplen bastante fuerte en su tripa para verla reducirse a una forma esférica. El toro es volteable del mismo modo, basta en efecto, para que ustedes lo vean inmediatamente, que pasando la mano por un abertura cualquiera, ustedes vayan a enganchar el interior del asa para ver lo que sucede.

He aquí ahora mi esfera abierta por mi mano y volteada. Aquí ustedes ven dibujarse con dos agujeros en la esfera lo que podría parecer un asa interior. Voy a poner mi dedo acá, en el interior de esta asa interior, les es, al mismo tiempo, inmediatamente sensible, pienso, que al tirar ahí ustedes ven producirse, reproducirse, un asa exterior. No hay asa interior insertable en una esfera. Toda asa es siempre un asa exterior. La única diferencia con la primera es esta que está aquí, será la de perfilarse así en un eje sagital en relación a ustedes. mientras que aquí era transversal, dicho de otro modo, al igual que los dos toros precedentes, estar una en relación a la otra en un posición de desplazamiento de un cuarto de vuelta, no de media vuelta como en una traslación que intentaría reproducir su equivalente, sino de cuarto de vuelta, es muy importante porque es irreductible a toda traslación especular. No obstante se mantiene a nivel, a nivel del toro, que algo no aparece tan pronto que nos desliga de las posibilidades particulares que hacen que el volteo —la sustitución del anverso por el reverso e inversamente es algo que reproduce la formación especular—, se podría decir aquí que se encuentra algo que en este cuarto de vuelta haría de la imagen volteada del toro algo que no es realmente que no es fundamentalmente diferente desde el punto de vista topológico y que da aún, de alguna manera, un equivalente especular. Lo repito, es en este desplazamiento de un cuarto de vuelta del que vamos a ver mejor el desplazamiento del todo a las formas topológicas de su familia que ya es algo que separa al toro de toda superficie de homología esférica concerniente a esta relación, a la imagen especular.

Vamos a verlo ahora más en detalle, pero para no hacer bajar, si puedo decir vuestra atención, al extenderme sobre lo que hace a la forma general de estos aspectos topológicos que se distinguen de la esfera, voy, a continuación a materializar para ustedes aquello de lo que se trata: se trata de la relación de un calco a su imagen especular. Ustedes no tienen más que remitirse a lo que ya manipulé suficientemente, pienso, frente a ustedes de la superficie de la banda de Moebius, para recordarles a la vez, lo que les dije, y lo que viene de esto hoy en mi explicación. Si la superficie de Moebius se hace juntando los dos extremos de una banda después de una media vuelta y resulta de esto lo que les dije en su momento, una superficie unilátera, ustedes podrán recordar lo que les dije aquí en mi curso ya hace dos años, es, a saber, que para recubrir esta superficie, para hacer su equivalente y su calco, será necesario que ustedes le den dos veces la vuelta. Es decir que, partiendo de un punto o de una línea transversal, que es esta, ustedes llegan, después de un vuelta, a estar en el revés del punto de donde ustedes partieron primero y que es necesario que ustedes den una segunda vuelta para volver a unir nuestro calco a la línea de la cual ustedes partieron. Ustedes tendrán, entonces, un calco, una superficie pegada a la primera, que tendrá diversas propiedades, cuya primera, en principio, es la de ser para nosotros, para hablar rápidamente, dos veces más largar que la primera y, por otra parte, de ser completamente diferentemente de ella desde el punto de vista topológico. Ella no es ni homeomorfa, ni homéotopa. Ella no es homóloga, porque ella en el lugar de unirse a sí misma después de medio giro, una media torsión sobre sí misma ella se unirá a sí misma en una torsión completa, lo que tendrá por efecto presentárselas de manera que yo puedo reproducir cortando, —ya hice este gesto muchas veces— éste por su medio, a saber, algo que se presenta como un doble rizo, el cual esté unido de una manera muy particular que queda por precisar, que es cualquiera, sino de la que ya les dije y mostré que tiene por propiedad ser aplicable sobre la superficie de un toro de una manera que reproduce exactamente el doble rizo y la inclusión del agujero central en el rizo que es exactamente éste.

Esta diferencia que hay del calco radical a éste de donde parte, ahí está propiamente aquello sobre lo cual reposa esta distinción que hago, que al hablar del objeto digo que no es especular, siendo precisamente el objeto **a**, ustedes lo saben de la banda de Moebius lo que la completa y lo que es su soporte, lo que cierra su soporte, lo que cierra la banda de moebius para dar estas superficies completadas a las cuales sin dudas legítimamente los nombres diversos de plano proyectivo, a veces o mejor aún, en el caso donde nosotros la representamos esta construcción que representé muchas veces frente a ustedes bajo esta forma de la que ustedes saben que representa el entrecruzamiento de lo que es la superficie que se infla aquí en la parte inferior de esta tripa, el entrecruzamiento de esa superficie consigo misma que aquí pasa por detrás. Es lo que se llama el *cross-cap*, la parte superior, o más exactamente, cuando tenemos como en esta figura amputada de la parte esférica inferior o calota, está representado que se llama el *cross-cap* o, dicho de otro modo, en la mitra, al conjunto de las figuras, si ustedes quieren, llamémosla para esta forma representada la esfera mitrada, lo que da una actualidad singular, si ustedes me permiten un poco de fantasía a las representaciones de Dalí de los obispos muertos sobre la playa de Cadaqués. ¿Qué hay más bello, parece haber adivinado Dalí, que un obispo vuelto estatua, para representar lo que nos importa aquí, a saber el deseo?.

Esta propiedad general de un cierto número de funciones topológicas de presentarse con una distinción más o menos aparente, pero de lo que pienso haberlo hecho captar acá, a nivel de la banda de Moebius, el carácter que se impone, mientras que en algunas de las otras formas, más larvado, esto es lo esencial a distinguir y que para nosotros nos dirige hacia lo que, para hablar rápidamente, llamaremos, si ustedes quieren, las formas mentales que son aquellas las cuales debemos acomodar nuestra experiencia, lo que es ahí solamente una aproximación de la cuestión que es ésta: ¿cuál es la relación de esta estructura con el campo de nuestra experiencia?.

Alguien se preguntó recientemente si yo entiendo, alguien que no es de nuestro dominio, que es un matemático muy distinguido, del que tengo el honor de ser amigo desde hace algún tiempo y que algunos aquí conocen, al menos por la ligazón que comencé a establecer entre ellos y él, —alguien que no estuvo en absoluto desatento a la salida del primer *Cuaderno del círculo epistemológico*— me planteó algunas cuestiones sobre tal o cual texto del señor Millner o del señor Miller y se inquietó de alguna manera por aquello de lo que se trataba, si era, a saber, de modelos matemáticos o, incluso, de metáforas. Creí poder responderle que las cosas en mi pensamiento iban más lejos y que las estructuras de las que se tratan tienen derechos a ser consideradas del orden de un hipokeimenon, de un soporte, incluso de una sustancia de lo que constituye nuestro campo.

El término, pues, de forma mental es ahí como siempre aproximativo, es inapropiada. No olviden, sin embargo, que aquel que introdujo de manera eminente esta cuestión de la revisión de las formas topológicas como fundamento de la geometría, —Henri Poincaré, para nombrarlo—, y estas publicaciones que comienzan, como ustedes saben, con el *Informe de la sociedad de matemáticos de Palermo*, entiendan bien que se trata ahí de algo que necesita, en el matemático mismo, de una especie de ejercicio, de ejercicio de auto-ruptura de los marcos intuitivos que le son habituales, que admitía que en estas referencias estaba la fuente de una especie de conversión del ejercicio intuitivo del espíritu, que consideraba no solamente fundamental, sino necesario para la inauguración de esta revisión.

Digamos ahora cuales son las formas de las que se trata y cuales son aquellas que nos van a servir. Ella están en número de cuatro, de las que brevemente al uso de aquellos para los que estos término tienen un sentido, diré que el carácter común es que la cáracterística llamada de Euler-Poincaré, a quien precisamente acabo de nombrar, es igual a cero. No voy a decirles lo que es esta cáracterística de Euler-Poincaré. No obstante voy, de todos modos, a darles una punta, una hojeada, sino para qué nombrarlo.

Comencemos primero por enumerar estas cuatro formas que son: el cilindro o el disco agujereado, lo que topológicamente es la misma cosa —ustedes me cambiaran eso inmediatamente después y pondrán otro—, helo aquí, el toro, la banda de Moebius y la botella de Klein. Esas cuatro formas topológicas tienen esta constante de Euler-Poincaré.

Para darles la idea de la diferencia que hay entre esta superficie y la de la esfera les recordaré que la esfera —le puse sombras para volverla más bonita—, la esfera y todo lo que le es homólogo, a saber, por ejemplo, todos los poliedros que ustedes conocen que pueden inscribirse ahí, porque cualquiera sea la complicación de estos poliedros son homólogos a una esfera. Si ustedes hacen en el interior de la esfera por ejemplo un tetraedro verán que no es de naturaleza esencialmente diferente, no hay más que soplar en el tetraedro lo bastante fuerte para que se vuelva esférico.

Y bien, una de las encarnaciones de esta constante de Euler consiste en tomar, cuando se trata del poliedro el número de sus caras **(C)**,el número de sus aristas **(A)** y el número de sus vértices **(V)**, y en colocar ahí, alternativamente, el signo más y el signo menos por ejemplo: **+C-A+V**. Y tenemos para lo que respecta al tetraedro: **+4-6+4**. Ustedes ven que esto da como resultado la cifra **2**. Es precisamente porque si ustedes hacen eso, lo pueden verificar a propósito de cualquier poliedro. Si les puse el más simple es para no cansarlos; si ustedes toman un dodecaedro el resultado será el mismo. Pero si ustedes hacen un poliedro cualquiera que esté inscripto en un toro, ustedes verificarán fácilmente que al hacerla misma operación, a saber, la adición de las caras con los vértices y la sustracción de las aristas, ustedes tendrán: **0**.

Ahora —cambien todo eso—, ¿cuál es el uso que podemos hacer de estos cuatro elementos topológicos, respectivamente el cilindro, el toro, la banda de Moebius y la botella de Klein?. Ahí vamos a llegar ahora y al hablarles sobre este uso es necesario, primero que ponga el acento sobre ciertas propiedades, el uso vendrá después, imposible meterles en la cabeza, si puedo decir inmediatamente, el valor operatorio en tal o cual de mis referencias, imposible darles la traslación, la traducción inmediatamente, si primero no pongo en valor lo que la distingue una de la otra y lo que les da estas preciosas propiedades, que no son otras —se los repito— que las propiedades mismas de nuestro campo, que vemos aquí en razón del hecho de que estas figuras no son lo que fuera que ustedes pudieran legítimamente traducir por aquellas mediante lo cual me ven, no obstante, forzado a representarlas, a saber, mediante algo que se intuye, sino mediante algo que en todo su rigor no se articula sino por referencia simbólica y por una formulación que no se soporta sino del uso más o menos elaborado y combinado de lo que llamaré letras, en la medida en que una teoría de los conjuntos podría llevarlos aquí a este capítulo particular de la topología que nos interesa en este caso —podríamos desarrollárselos enteramente en el pizarrón— bajo la forma de una serie de fórmulas que no se distinguirían a la vista de ustedes del uso común de la fórmulas algebraicas y que eso sería, evidentemente, un encamina—miento mucho más seguro para el uso que podríamos hacer de esto. Dicho de otro modo, importa, en lo concerniente a esta superficie, que ustedes hagan la distinción en su espíritu de lo que respecta a la superficie local y a la superficie global.

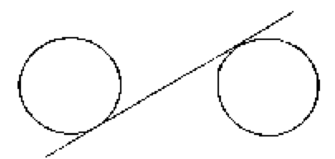
Es por la consecuencia de vuestra captura por lo que se llama la intuición, dicho de otro modo lo imaginario, que ustedes pensaban estas superficies locales, es decir que ustedes no podían despegar en la intuición de una porción cualquiera de esta superficie de lo que implica el hecho de que una superficie local pueda formar parte de un plano indefinido o de una esfera lo que es equivalente topológicamente. Pero toda parcela de una superficie global, como está definida aquí, topológicamente, debe concebirse como portadora esencialmente de las propiedades de la superficie global. Es por eso, por ejemplo, que no nos interesa en absoluto considerar en el toro uno de estos pequeños fragmentos por ejemplo, que llamaremos disco en este caso, que puede reducirse a un punto. Esto no tiene nada que ver topológicamente con el toro, porque lo que distingue el toro de la esfera, donde la misma cosa se produce sobre el plano es que hay en el toro circuito cerrado exacta y aparentemente equivalentes a aquel que definimos acá al principio del que ustedes ven bien que se distingue radicalmente del primero.

Primero, en esto que no recorta nada de la superficie del toro, la abre simplemente, la transforma en un cilindro, y, por otra parte, que no puede, de ninguna manera, reducirse a un punto, ya que el agujero central del toro es lo que detendría, si puedo decir así, su encogimiento.

Sobre el toro ustedes ven bien que existen dos tipos de circuitos cerrados de esta especie, que es el otro. Y ustedes reconocen aquí, entonces, las dos formas de corte que en un principio pedí que me siguieran por hipótesis, conviniendo en adherir a uno la connotación de uno de estos cortes significantes, que podríamos considerar como representando a la demanda a condición de que nos demos cuenta de lo que implica la repetición de este ciclo cuando no se cierra y cómo para cerrarse debe pasar obligatoriamente por el circuito de la otra especie, que, por este hecho, nos damos cuenta de poder particularmente simbolizar con facilidad este hecho que para nosotros es que la demanda resulta soportar en relación a lo que les enseñé, a considerar como su consecuencia, a saber, la dimensión del deseo. Ella no podría soportarlo como tal sino por repetirse, lo que al mismo tiempo, nos sugiere alguna originalidad especial de este término de repetición, a saber que no es, de alguna manera una dimensión vana que en sí misma la repetición desarrolla algo que tiene para nosotros todo el interés para ilustrar de esta manera.

En efecto para retomar a Poincaré, es él quien introdujo la fábula, si se puede decir filosófica, la idea de estos seres infinitamente planos que podían subsistir sobre las superficies topológicas que él puso en circulación. Estos seres infinitamente planos tienen un valor, tienen un valor que es el de hacernos otra vez esto, a saber, lo que pueden y no pueden saber. Está claro que si suponemos una topología, una estructura, que es ella misma de superficie, habitadas por seres infinitamente planos, no es ciertamente para referirnos a nosotros mismos a lo que ustedes ven forzosamente aquí representado, a saber, la inmersión en el espacio de las llamadas formas topológicas, para lo que subsiste al nivel de esta estructura topológica, lo que yo llamo así de paso, y pidiendo disculpas, el agujero central es absolutamente imposible de percibir. Por el contrario, lo que es posible de percibir es la coherencia de los rizos, tales como acabo de dibujarlos. Es, igualmente, perfectamente posible en el interior mismo del sistema de darse cuenta de que una especie de rizo que voy a representarles ahora, si ustedes quieren, para economizar sobre la misma figura, este que reúne en uno sólo las dos especies de circuitos cerrados que para nosotros, que nos sumergimos en el espacio, porque somos, al menos provisoriamente, bastante poco firmes para encontrar un socorro ahí, a la vez, alrededor de lo que llamaré —porqué detenernos ya que estamos en el compromiso— el agujero interior y el agujero exterior.

Este rizo que se llama —porque es él quien lo descubrió—, un círculo de Bilarzo, él descubrió esto mucho antes de que se haga topología, lo descubrió a propósito de propiedades métricas sobre las cuales no insistiré. Se entretuvo en descubrir que esta especie de rizo a condición de determinarlo mediante una operación bien elegida, podía ser en un toro por la rotación regular de su círculo regular, que ese rizo mismo podía ser circular. Es muy fácil darse cuenta de esto, bastante practicar sobre un toro un corte mediante un corte bitangente, lo que en corte se representa así.



Esto ya es una primera aproximación. Habría cierta apreciación topológica en esta apreciación de Bilarzo. No hago alusión a esto sino para hacerles notar que incluso un ser infinitamente plano en la superficie del toro puede darse cuenta de que hay dos series de estos círculos de Bilarzo. Estas aquellos que van en este sentido y luego están aquellos que va en sentido contrario y que tienen como propiedad cortar a todos los primeros. Por supuesto, ustedes ven que se puede hacer toda un serie dando toda la vuelta al toro que no se recorta. Esto para mostrarles la elaboración posible, el material que ponen a nuestro alcance estas estructuras para algo que no es nada menos que la articulación coherente de lo que se nos plantea como problema respecto por ejemplo de una realidad como el fantasma.

Insistí en el comienzo de mi enseñanza sobre la función imaginaria que siendo lo que soporta radicalmente la identificación narcisista, la relación microcosmos—macrocosmos, todo lo que sirvió de presente de módulo a la cosmología como a la psicología. Construí un grafo para mostrarles en otro estado y en otra referencia a la combinatoria simbólica, algo que es también una forma de identificación, lo que hace al deseo soportarse en el fantasma. El fantasma lo simbolicé mediante la fórmula: **S(a** corte, si ustedes quieren, de **a** . ¿Qué es este **a** ?. ¿Es algo equivalente a ***i*(a)**, imagen especular, aquello de lo que se soporta, como Freud lo articula expresamente, esta serie de identificaciones envolviéndose una a la otra, adicionándose, concretizándose a la manera de las capas de una perla en el curso del desarrollo que se llama el yo?. ¿No es el **a** sino otra función de lo imaginario?. Algo debe, de todos modos, ponerlos en sospecha de que no es nada de eso, si adelanto desde siempre que el **a** no tiene imagen especular. ¿Pero que es?.

Para que descansen porque pienso, después de todo, todo esto es muy árido, les diré que una fábula, un modelo, un apólogo me vino al espíritu, precisamente en el tiempo de mis conferencias en los Estados Unidos de Norteamérica, pero del que les reservé la primicia. Es decir que la palabra que me vino al espíritu para hacerles captar dónde está el problema, esta palabra no la puse en circulación. Lo puse tanto menos en circulación cuando que no creo que no tenga traducción en inglés. Pero en fin, les di, al menos, una pequeña idea de esto. Empleé el término: *frame* o *framino*. Hay una palabra mucho más bella en francés, es una palabra que tiene su valor sobre la escena del teatro es la palabra practicable.

Después de todo, quizás alguno de entre ustedes recuerde la manera en la que hable del fantasma en alguna de nuestras jornadas provinciales, cuando hace referencia ahí a un juego que no es, en absoluto de azar del pintor Magritte, que lo repitió en sus cuadros muy frecuentemente, a saber representar la imagen que resulta de ubicarla en el marco mismo de una ventana, de un cuadro que representa exactamente el paisaje que hay detrás. A aquellos mi introducción del practicable no aportará nada nuevo en la medida en que es poner un poquito más el acento y los puntos sobres la íes.

Cual es el fruto de la presencia del practicable sobre la escena del teatro sino, desde una cierta distancia, ser para nosotros *trompe-l'oeil*, introducir una perspectiva, un juego, una captura, de la que se puede decir que participa de todo lo que concierne, en el dominio de lo visual, al orden de la ilusión y lo imaginario. Sin embargo si ustedes pasan detrás del practicable ya no hay manera de engañarse, y no obstante, el practicable esta siempre ahí,

no es imaginario, el bastidor existe. Ahí está precisamente, aquello de lo que se trata.

Es necesario haber llevado las cosas bastante lejos, y muy precisamente en un análisis, para llegar al punto donde tocamos en el fantasma el objeto **a** como el bastidor. La función del fantasma en la economía del sujeto no es en este menos soportar el deseo en su función ilusoria. El no es ilusorio. Es por su función ilusoria que sostiene al deseo. El deseo se cautiva de esta división del sujeto en tanto que es causada por el bastidor del fantasma.

¿Qué quiere decir?. ¿Quiere decir que podríamos contentarnos con decir que, como en el teatro no hay más que hacer su entrada entre bambalinas para ir a visitar el practicable y tener la última palabra?. Es muy evidente que no es de eso de lo que se trata, y que como los seres infinitamente planos que habitan este cuerpo, no es por desplazarnos sobre la superficie del toro que tendremos nunca la idea de lo que está ahí bajo la forma de agujero y que, según toda apariencia, debe tener algo que ver con este objeto **a** , ya que es de su existencia que depende la distinción de estos dos rizos **D** que se hacen alrededor de esta torsión externa con aquel que los reúne al franquear este agujero. Es acá que el uso de las otras superficies topológicas, cuya función les anuncié, puede sernos de algún servicio.

No tengo necesidad, pienso, de perorar largamente sobre lo que puede describirse a nivel del plano proyectivo cuando es particularmente fácil y yo lo hice muchas veces, representarlo aquí mediante lo que llamé hace un rato impropiamente el cross—cap, porque este impropio nos permite la observación, —continuamos llamándolo así, no me gusta mucho la esfera mitrada—, y darnos cuenta de que un corte que de una manera muy sorprendente tiene la misma estructura de doble rizo que nos permite, a nivel del toro, poner en evidencia la dependencia del agujero central, incluso para los seres que la habitan, mientras que les hago notar que ella está a nivel del simple corte del círculo de Bilarzo, perfectamente indiscernible, que este doble rizo tiene acá por efecto, pienso haberlo descrito suficiente veces frente a ustedes para que lo recuerden, separar las superficies contrariamente con lo que sucede con el doble rizo cuando esta hecho sobre el toro, el toro queda en un sólo pedazo. Pero aquí tenemos, en el centro, esta superficie de lo que podemos llamar un falso disco, si ustedes quieren, pero que es, de todos modos, aunque no lo parezca, un disco del que ustedes saben desde mucho tiempo que lo tomo como soporte o, incluso, armazón y, finalmente, causa de la ilusión del deseo, dicho de otro modo como equivalente al objeto **a**, siendo la otra parte del *cross-cap*, esto es muy fácil de poner en evidencia, lo hice antes, en esa época lejana, en el 1962, mediante dibujos que algunos todavía recuerdan, extraordinariamente refinados, pero de los que, verdaderamente, estaría un poco acá cansado de reproducirles en detalle, no tendrían sino un interés, es en alguna de las transformaciones que consisten en desplegar el repliegue que se encuentra acá y también en reducirlo acá para darse cuenta que la otra parte, llamémosla la parte **B** y ésta, que la otra parte es una banda de Moebius. Durante el despliegue ustedes pueden hacer aparecer sobre estas figuras todas las ilusiones más encantadoras o arrebatadoras. Comparen eso con la forma de caracol, de la oreja, de un corte mediano, que muestra las involuciones de las formas exteriores del cerebro, también de cualquier otra cosa, a saber, de un corte de las envolturas embrionarias. Esto no tiene sino un valor sugestivo y quizás no solamente sin indicarnos que algo de esas formaciones enroscadas están inscritas por todos lados en el interior del organismo.

Pero entonces, ¿es que no podemos plantearnos la cuestión de saber si no encontramos acá confirmación de lo que buscamos en lo que concierne a lo que llamé aproximadamente el agujero central del toro?. Una confirmación de esta indicación de que a nivel del toro y la cosa tendrá su importancia si somos llevados, por ejemplo, a simbolizar el funcionamiento en calco de los dos toros de una manera tal que nos sirvan para representar, por ejemplo, una relación específica de la neurosis, la que liga el deseo del sujeto a la demanda del Otro.

Esta sugestión de que acá el agujero, a saber, algo inasible es lo que representa el lugar del objeto **a** . ¿Es que al encontrarlo en su soporte al nivel de otra superficie, como la del *cross-cap*, no vemos ahí una sugestión que puede ser preciosa desde el punto de vista operatorio?. Algo nos lo confirma. Es, a saber, esto: un guante está hecho por la costura de los dos bordes, de los dos agujeros que constituyen los límites de un cilindro o de un jade agujereado, como ustedes quieran, porque no es porque sí que algo como los jades agujereados se haga desde hace mucho tiempo, por supuesto, ya no sabemos lo que eso quiere decir, pero es bastante probable que aquellos que se tomaron bastante trabajo en el origen para hacerlo sabían que eso podía servir para algo, no hay tantas formas agujereadas como eso y no es por nada que el grabado chino manifieste netamente en cosas sus proposiciones y sus asociaciones que estas formas de piedra agujereadas que nos muestran con superabundancia están siempre ligadas a temas eróticos. Paréntesis.

¿Cómo está constituído un plano proyectivo?. La forma rigurosa se las doy de entrada para mostrarles en que cruzamiento se la encuentra y cómo se la construye. Pero es ella la que es, a la vez, la más esencial, quiero decir en un representación topológica muy habitualmente recibida válida y fundamental. Es esta: partan de un figura que está hecha como la otra, ustedes ven de los dos círculos que hacen borde en el cilindro e identifican cada punto de uno de estos círculos con el punto diametralmente opuesto de otro. En otros términos, lo que en la banda de Moebius se representa así, a saber, que es torciéndola media vuelta que es al ir a aplicar esta flecha en su sentido, por supuesto, acomodándola, con la otra flecha que está en el sentido opuesto, que ustedes obtienen una banda de Moebius. Y bien, esta operación, háganla con los límites circulares. Ustedes tendrán lo que acá va, en este sentido, a pegarse aquí en este sentido.

Es fácil ver que en semejante topología, que es la del proyectivo, el disco central, aunque eso no sea evidente a la intuición, pero cuando se los represento así ustedes lo ven inmediatamente, el disco central no es un agujero, sino que forma parte de la superficie. Es por esto que en un plano proyectivo, se dice, no les enseño, no se, eso puede sorprenderlos, pero remítanse los manuales de topología, van a ver ahí lo que es considerado como fundamental, esto de que el plano proyectivo está compuesto de dos partes, a saber de un disco central y de algo que lo rodea que tiene la estructura de un banda de Moebius, que considero suficientemente ilustrado por esta figura, salvo esto, que este disco central, ya que es un verdadero disco, es perfectamente evanesœnte, a saber, que es igualmente verdadero que el plano proyectivo, ya se lo que les dibujé ahí, ahora, a saber, simplemente una superficie tal que cada de sus puntos sea idéntico al punto diametralmente opuesto. Es necesario que el disco central aparezca, puede reducirse a no ser nada, en lo que se demuestra su propiedad inminente para representar tal dimensión del objeto y muy especialmente la mirada, por ejemplo, cuya propiedad de objeto y de trampa consiste precisamente en esto de que se puede ser totalmente elidida.

No puedo dejarlos sin hacerles notar precisamente esto que pienso haber ya suficientemente adelantado frente a ustedes para no tener sino que hacer alusión a eso, es que gracias al corte en ocho invertido, al doble rizo, el recorte del toro que, se los repito, se mantiene de una sola pieza, está echo de una manera tal que a condición de una costura apropiada, ustedes lo hacen muy fácilmente, y no se trata ahí de una cuestión material, manipulatorio, aunque lo sea, no es en absoluto, incorpórea —ustedes pueden muy fácilmente, al toro abierto así por el doble rizo precediendo, es muy fácil, pienso que ustedes lo conciben, ya que les digo que la superficie de Moebius cortada por el medio viene a aplicarse sobre el toro inversamente, si el corte del toro representa, precisamente lo que aísla esta superficie de doble rizo, ustedes hacen de esto muy fácilmente una banda de Moebius. Ahí está el lazo topológico que nos da la idea de la transformación posible de lo que sucede en la superficie del toro, en lo que debe suceder sobre una superficie de Moebius, si queremos que pueda surgir de esto la función del objeto **a**. sin embargo este objeto **a**, permaneciendo todavía ahí tan huidizo, problemático, en todo caso, tan accesible a la desaparición, quizás no esté ahí, lo que es suficiente. Es lo que hará que una vez más los deje en un suspenso y les mostraré como la botella de Klein resuelve este atolladero.



20 de Abril de 1966

Yo voy, después de estas vacaciones que nos separaron, es necesario que nos encontremos un miércoles prefijado para hacer un Seminario cerrado y que, por este hecho los reduce a un número de alumnos elegidos, que no me parece, ser en absoluto una mala manera hoy de reunirnos para las cosas que tengo que decirles.

En efecto contrariamente a lo que es el principio de estos seminarios cerrados, a saber que debería, que podría, en todo caso, ser algún otro que yo mismo el que primero, al menos, plantee la cuestión. Y bien seré yo el que les hable, hoy, aunque más no sea para compensar, reanudar lo que fue interrumpido por mi mes de ausencia en el último trimestre y también espero esbozar para la próxima vez una colaboración que daría a este Seminario cerrado, la próxima vez, su carácter propio de Seminario.

Voy a comenzar, ya que también este tiempo de vacaciones me remitió a los problemas presentes ya en mis primeras frases de mis relaciones con mi audiencia.

Y bien, me dije ya que fue ayer que lo recibí para la corrección, que vería ahí signo y que les haría primero lectura de algo que ustedes verán fijado, que está destinado al Anuario de la *Ecole des Hautes Etudes*. Cada año aparece por parte de cada uno de los que colaboran en la enseñanza de los *Hautes Etudes,* un pequeño resumen de su curso. Este

resumen no es, por supuesto de este año; esto es del año pasado. No está muy adelantado, como ven. Pero en fin todavía es tiempo, ya que también eso me va a dar la ocasión de participárselos. Se los participo porque, como van a verla, al redactarlo pensé en ustedes, no en leérselos, no podía saber que eso ocurriría. Pero, van a verlo, pensé en ustedes.

Sin más preámbulo entonces comienza esta lectura. Se trata de lo que el año pasado, se llamó *Problemas cruciales para el psicoanálisis*.

El problema situado en el centro, digo en este pequeño resumen que ustedes imaginan que está ultra condensado, el problema situado en el centro cabe en estos términos: el ser del sujeto .

Supongo que me dirijo a gente que asistió a ese Seminario del año pasado, términos (nota(71)) adonde nos llevaba la punta de nuestras referencias anteriores. Que el ser del sujeto.

Todavía es de actualidad este año que el ser del sujeto esté hendido, Freud no hizo sino repetrlo bajo todas las formas después de haber descubierto que el inconsciente sólo se traduce en nudos de lenguaje y tiene, entonces, un ser de sujeto. Es por la combinatoria de estos nudos que se franquea la censura, la cual no es una metáfora, por recaer sobre su material, desde estos nudos de lenguaje (.......)(72).

Para estos dos pequeños párrafos, aunque un resumen no es un objeto didáctico, de todos modos recuerdo los fundamentos muy sólidos de nuestro comienzo que, es justamente, que el inconsciente tiene estructura de lenguaje. Que la censura no sea una metáfora quiere decir que corta en el material. Es de ahí que partimos con Freud. Pienso haber resumido eso en cinco líneas.

De entrada, Freud es para beneficio de la gente que encontraría demasiado oscuro mi resumen si eligiera estas verdades primeras de entrada, Freud afirma , (es un complemento) que toda concepción de un retroceso de la conciencia hacia lo oscuro, lo potencial, incluso el automatismo es inadecuada para dar cuenta de sus efectos .

Evoco pues, que todo lo que entiende hacer del inconsciente un mínimo, un virtual, una preconciencia, no es el inconsciente. Tres líneas más pues. Lo que yo preciso:

Esto no lo recuerdo sino para descartar de toda filosofía el empleo que hicimos este año —este año les tengo que dar cuenta— del cogito, cosa legítima, —creemos—, ya que el cogito no funda la conciencia, sino justamente, esta hendidura del sujeto. Basta escribirlo: soy pensado, luego soy(73). Repito, soy pensado, luego soy. Eso es lo que pienso: *I am thinking, therefore I am*. Y para constatar que esta enunciación obtenida por una ascésis ,por supuesto, ella no nos cae del cielo, consiste primero en un acondicionamiento, en un gran barrido de todo saber actualizado en tiempo de Descartes, que emprende esta ascesis, que esta enunciación(74) hiende al ser, el cual por sus dos puntas soy pensando, luego soy; al cabo no se reúne sino manifestando alguna torsión que sufrió en su nudo su nudo en la enunciación, ¿causación, volteo, negatividad?consignas de articulación.

Es de esta torsión de la que se trata de hacer la topología .

Recuerdo acá, en el párrafo siguiente bajo qué ángulo toqué a Piaget y a Vygotzky, que digo que del primero al segundo ilustran la ganancia que se realiza al rechazar toda hipótesis psicológica de las relaciones del sujeto al lenguaje, incluso cuando es del niño de lo que se trate.

Porque esta hipótesis no es sino la hipoteca que un ser de saber toma sobre el ser de verdad, que el niño debe encarnar a partir de la batería significante que le presentamos, que le presenta como tal Vygotzky y que constituye la ley de la apariencia. Pero, esto es anticiparnos en una estructura que es necesario captar en la sincronía y con un encuentro que no sea ocasional. Es lo que nos provee este embrague del uno sobre el cero llegado a nosotros desde el punto donde Frege pretende fundar la aritmética(75). Pero nos estamos anticipando con esta estructura que hay que captar en la sincronía y con un encuentro que no sea ocasional. El embrague de 1 respecto de cero, que nos llega del punto donde Frege pretende fundar la aritmética, nos lo procura. .

Resumen, pues, en tres líneas de la función que jugó en este último año nuestra estudio de las fundamentos de la aritmética. El uno numera la clase nula. Referencia a las conferencias de los señores Miller y Milner:

Desde ahí se percibe que el ser del sujeto es la sutura de una falta. Precisamente de la falta que sustrayéndose en el número, lo sostiene con su recurrencia .

Es la idea sobre la cual está fundada la teoría del número, del sucesor.

Pero, en esto no lo soporta sino por ser, al fin de cuentas, lo que falta al significante para ser el Uno del sujeto, es decir, en términos que hemos llamado en otro contexto el rasgo unario, la marca de una identificación primaria que funcionará como ideal. El sujeto se hiende por ser, a la vez, efecto de la marca y soporte de su falta. Algunos aspectos de la formalización donde se encuentra este resultado serán acá, escribo, de rigor (nota)(76).

También, por pequeño que sea el lugar que se me reserva tengo de todos modos, el lugar de evocar; primero nuestro axioma que funda el significante como lo que representa un sujeto, no para otro sujeto sino para otro significante. Este axioma sitúa al lema que acaba de ser readquirido por otra vía .

Lo que acabamos de decir antes, el sujeto es lo que responde a la marca con lo que a ella le falta, dónde se ve que la reversión de la fórmula aquella que acabo de dar como axioma, que la reversión de la fórmula no se opera sino por introducir en uno de suspolos el significante una negatividad. El rizo se cierra sin reducirse a ser un círculo, el supuesto tercer término —llámenlo como quieran—, después del axioma y el lema, de, que el significante se origina por el borramiento de la huella. La potencia de las matemáticas el frenesí de nuestra ciencia, no reposan en otra cosa que en la sutura del sujeto, en la delgadez de su cicatriz y, después de todo, hablando de cicatriz de esta sutura no crean que empleo un término que repugne a un matemático, en un término de Poincaré en su *Análisis situs*.

O mejor aún, de su hiancia. Las aporías de la lógica matemática testimonian (teorema de Gödel) esta delgadez .

Ustedes recuerdan el comienzo de la frase y siempre, por supuesto, para gran escándalo de la ciencia. No nos ilusionamos con el hecho yo no me ilusiono, ni espero que ustedes tampoco de que una crítica en este nivel pudiera limpiar la llaga de la hiancia del sujeto en cualquier otra parte que en el nivel donde la ciencia la mantiene suturada con el pulso de la aritmética . No se podría limpiar la llaga de los excrementos, cuyo orden de explotación social que toma asiento en esta abertura del sujeto y por lo tanto, no crea, por más que se piense aunque sea en el marxismo la alienación en el orden, pues, de la explotación social. Digo, se dedica a recubrir la susodicha llaga con mayor o menor conciencia, hay muchas cosas que sirven para eso (nota(77)) disciplina de verdad diremos en general.

Pero, es necesario destacar la tarea agregaré o no agregaré: servil no lo puse en el texto, lo puse a título de corrección de autor para el tipógrafo, no se todavía si lo voy a dejar que cumple desde la crisis abierta del sujeto, la filosofía .

Dije: desde la crisis abierta del sujeto, designo una fecha en la historia de la filosofía, la filosofía, como se dice, desde que está en relación con la ciencia y que ella sostiene ahí muy mal su papel.

Está, por otra parte excluído que alguna crítica sobre la sociedad supla a esta crítica de la que digo que no me ilusiono con el poder que tenemos de limpiar la llaga de excrementos, etc; que alguna crítica sobre la sociedad, pues, supla a la anterior ,es muy importante ya que ella misma—esta crítica— no podría ser sino una crítica proveniente de la sociedad, es decir, cualquiera sea, implicada en el comercio de esta especie de paños calientes de pensamiento que acabamos de decir. Es por esto que sólo el análisis de este objeto el pensamiento, pues encararlo en su real ... que es ser el objeto del psicoanálisis....(propósito para este año).

No nos contentamos, sin embargo, con suspender lo que sería admitir una renuncia en nuestro abordaje del ser del sujeto con la excusa de encontrar, por supuesto su fundación(78) como falta .

Ahí está, precisamente, el porqué les hago esta lectura. Quisiera echar como una semilla en lo que llamaría vuestra aptitud fundamental de audiencia.

Es, precisamente, la dimensión que desconcierta no dudaba en escribir, de nuestra enseñanza, la de poner a prueba esta fundación en tanto está en nuestro auditorio, porque cómo retrocederíamos al ver que lo que exigimos de la estructura en cuanto el ser del sujeto no podría ser dejada fuera de causa en aquel que lo representa (nota(79)) eminentemente, en nuestra discurso incluso por representarlo de ser y no de pensamiento (nota(80)), al igual que el cogito, igual que hace el cogito, —se lo saltearon—,como ven nunca perdemos el tiempo, a saber, al psicoanalista que es lo que encontramos en el fenómeno notable este año de la delantera que tomó otra parte de nuestro auditorio al darnos este éxito de confirmar la teoría que tenemos por correcta de la comunicación en el lenguaje ,que no es todo comunicación. Pero ustedes la conocen desde hace mucho tiempo esta fórmula. Hay que creer que las mías no pierden mucho al ser machacadas ya que es necesario, efectivamente que las repita y que las anuncie.

Lo expresamos diciendo que el mensaje no se emite sino al nivel de quien lo recibe. Sin duda hay que dar lugar aquí ya que hago alusión a la otra parte de mi auditorio al privilegio que le debemos lugar del que somos huéspedes .

Esto es un homenaje a la *Ecole Normale Supérieure* .

Pero no olvidar que en la reserva se inspira lo que parece demasiado fácil para algunos en este efecto de seminario: la resistencia que entraña esta reserva . Y agrego que se justifica. Se justifica: porque los compromisos son de ser y no de pensamiento y porque los dos bordes del ser del sujeto se diversifican aquí por la divergencia entre verdad y saber. La dificultad de ser del psicoanalista se sostiene en la que encuentra como ser del sujeto, a saber en el síntoma. Que el síntoma sea ser-de-verdad es lo que cualquiera acepta en cuanto sabe lo que quiere decir psicoanálisis, aunque esté hecho para enredarlo . Incluso entre aquellos que más lo enredan estoy seguro de que obtendré el conocimiento al echárselos en cara. Esto es, que la esencia del síntoma muestra posición respecto al síntoma es que es un ser de verdad.

De ahí en más se ve lo que le cuesta al ser-de-saber reconocer las formas dichosas de aquello a lo que no se acopla sino bajo el signo de la desdicha , de la desdicha de su paciente, que este ser-de-saber tenga que reducirse el del psicoanalista,a no ser sino el complemento del síntoma, esto es lo que horroriza y lo que, por elidirlo, el ser de saber en cuestión hace jugar hacia un aplazamiento indefinido del estatuto del psicoanálisis, como científico desde luego. Es por esto que incluso, la conmoción que produjimos al cerrar el año, con este recurso, no evitó que en su lugar se repitiera el cortocircuito y hago alusión a una forma bajo la cual nos volvió esto y que es muy importante.

Nos volvió con una buena voluntad por supuesto evidente y por adornarse como paradoja como hace que es la manera en que el practicante lo piense, lo que hace el síntoma (nota(81)).

Esto tiene el aspecto de ser la continuación de lo que antes adelantaba. Sin embargo, es muy lógico que me sobresalte.

Porque por supuesto, es cierto, por la experiencia de los psicólogos, mediante la cual le pusimos el cascabel al gato .

Remítanse al párrafo Vygotzky-Piaget.

Pero también es quedarse como psicoterapeuta , y eso exactamente en el nivel de decir eso que, en un cierto sentido es verdadero pero no es la verdad que tenemos nosotros que decir que no es aquello a lo cual nos enfrentamos al momento en que aporto sobre el tema de la clínica esto, a saber, que tenemos como analistas que tomar parte en el síntoma. Entonces, es quedarse como psicoterapeuta exactamente en el nivel de la que hace Pierre Janet, que jamás ha podido comprender porqué él no era Freud. La diosa botella —concluye— es la botella de Klein. No por quererlo se puede hacer salir de su cuello lo que en él está en su doblez, porque así está construido el soporte del ser del

sujeto .Helo aquí no les leí fragmentos para darles la ocasión de conocerlo, porque de todas modos ustedes nunca habrían ido a buscarlo en este anuario, ¿quién lee los anuarios?, sino para....

Participante: — ¿Podremos tener este texto?

Lacan: —Querida mía, hágase hacer algunas copias aparte. Bien, yo se la doy al anuario no hago hacer copias aparte, nadie lo hace. Pero, en fin, en efecto, eso puede serles útil, porque es un pequeño texto con el cual me tomé bastante trabajo para que se b considere, como teniendo una pequeña función de gong. Si yo vuelvo a esbozar, retomo, reanudo recuerdo a partir de este texto para continuar, vean ustedes, aquello de lo que partiré más fácilmente, es por supuesto, naturalmente del final. Esa no será sino más fácil para apuntarles algo en lo cual no se piensa con frecuencia: es el orgullo el que se oculta detrás de la promoción tal coma se trata habitualmente de todo paso hacia el relativismo. Propongo, indico que el problema del analista y, justamente, su implicación en el síntoma que se propone frente a él y lo interroga a él, ser de saber como ser de verdad, digo en suma, que al drama del analista en que forzosamente su ser de saber está influido está implicado en esa confrontación, que Edipo haga lo que haga, tienda la mano al menos por un tiempo a la esfinge ya que es de esto de la que se trata de haberse manifestado, al fin de cuentas, su superior como ser de saber. Es, justamente, esto lo que hace de él un héroe cosa que nosotros no somos en todo momento.

Al mismo tiempo este pensamiento salta y muy fácilmente a esta función de la presencia del observador en la observación que es también lo que nos indica el progreso de nuestra física y que nos da la idea, como se dice de que no somos nada. Pero, es lo contrario. Incluso en la teoría de la relatividad física ya sea restringida o generalizada, eso no quiere decir, en absoluto, que es el observador el que regula el asunto. Eso quiere decir, por el contrario, que el observador tiene el asunto en el ojo. En otros términos toda teoría relativista no da ninguna especie, como ella es experimentada habitualmente ninguna especie de recuperación de fuerza a la idea del sujeto como sujeto del conocimiento a la idea de bipolaridad que seria ahí complementaria, lo opongan ustedes o no con ayuda del signo que sería de alguna manera, recíproco y da igual dignidad. No hay absolutamente nada semejante. Todo lo que se acentúa en esta perspectiva, ya sea la del progreso de la ciencia o la de nuestra propia experiencia de analistas es que no es imposible salir de esta ilusión, salvo, justamente lo que llamaremos con un poquitito más que muy grandes precauciones, salvo la revisión principal, estructural absolutamente total de la topología de la cuestión y de introducir en algo que no podría, de ninguna manera ser llamado otra manera de conocimiento, lo que devolvería la dificultad a algo que no es, en absoluto del orden del conocimiento, algo que es del orden del cálculo, de la combinatoria, algo que hacemos, sin duda, funcionar, pero que no se entrega de la misma medida nosotros, al impulse de una manera tal que nos permitiría volver partir muy simplemente con un paso más ágil sobre al mismo camino considerado como ensanchado y perfecciónado.

Hay muchas cosas para decir sobre eso y en particular algo en lo que quisiera de todas modos tomarme un poco de trabajo hoy. Porque es a la vez hacer frente a las objeciones en verdad, no muy eficaces. Siempre, se puede dejar hablar, correr, al fin de cuentas, una manera como la mía de abortar el psicoanálisis tendría algo, como se dice, de demasiado intelectualista, por qué no verbal, además también del uso que se hace en el interior del psicoanálisis del famoso poder de las palabras.

Como de costumbre, los poderes maléficos, y este en particular, el poder de la palabra, todavía mágico, como se dice de omnipotencia mágica, ya se trate de pensamiento o de las palabras todo eso vuelve a lo mismo. Es siempre el otro, por supuesto el que cae dentro. Por supuesta que tenemos que ver siempre con esta operación de desmitificación que consiste en retomar términos que tradicionalmente han estado captados en ciertas palabras y con volver a ponerlos en cuestión. Cuando Nietzsche —para traerlo acá, después de todo, no es que haya hecho un trabajo muy excelente pero en fin, era un comienzo y este sorprendió a mucha gente— cuando Nietzsche se dedica a encontrar en la huella lo que en la tradición filosófica dio consistencia al término que ustedes quieran, el alma por ejemplo, ¿qué tenemos, qué hacer con eso?, ¿está ahí la vía?. Cuando vayamos a decir, incluso con nuestros medios, que no nos permiten sino una extrapolación de una elegancia que sobrepasa aquello a lo que tenía acceso para designar algún soporte de esta alma en la sombra del cuerpo, aquella que dejó en el camino el personaje de Chamisso, ¿qué, haremos además, sino estar siempre exactamente sobre la misma vía de donde partió todo el asunto, un asunto que sobrepasa en mucho el asunta particular de la psicología con la que tenemos que ver, a saber, el apólogo la fábula de la caverna en Platón, sexto libro, si mi memoria es buena, de *La república,* esta sombra no es otra que aquella que juega sobre la muralla hacia la cual los cautivos de la caverna tienen dirigida la cabeza mantenida necesariamente con todo tipo de aparatos, sin poder girarse ver lo que esto detrás y de lo que estas sombras sobre la muralla son la proyección. Pero, lo que implica esta fábula fundamental es lo que se trata de saber si se sale o no se sale. Implica lo que, remitiéndonos al texto, es designado como un fuego el fuego que justamente, por la iluminación proyectada produce la fantasmagoría dicho de otra modo el fuego de fuego, idea central, la fuente desde luego figura en otra parte en otros textos de Platón mediante el sol mismo al punto inaugural donde se indica lo idéntico del ser de lo real y del ser del conocimiento mediante el cual todo se estructura según esta forma de envolturas que se envuelven unas a otras, topologías de la esfera de redoblarse como idénticas, simplemente por lo que se llama en topología superponerse, es decir recubrirse con un doblez, que llega hasta al punto último de la envoltura de todas las envolturas, sobre la que se presenta para oponerse a la identidad de dos seres, el contenido del saber. Unicamente hay una observación que por sí misma puede poner, a condición simplemente de aceptar recaer en las tinieblas todas estas cosas en suspenso por hacernos observar que, si seguramente la sombra se apaga, si ya no hay sol, el cuerpo está siempre ahí. Se lo puede palpar en las tinieblas y recomenzar la experiencia con otro pie.

Y ahora bien es de eso de lo que se trata. No se trata de saber a qué señuelo imaginario las palabras dan consistencia al darles su sello. No son los señuelos los que engañan, son las palabras. Pero, ahí está, justamente, su fuerza. Es lo que se trata de explicar. Si el alma, para retomar las cosas en el punto vivo en que creemos despejado el asunto es una entidad que tiene alguna consistencia no es dijimos este año, en la medida en que estudiamos el objeto del psicoanálisis no es que el alma sea algo que, ni la sombra del cuerpo, ni su idea ni su forma, que es, hablando con propiedad la que de él es desecho, caída es lo que del cuerpo cae bajo la cuchilla de ese algo que se produce como efecto del significante. Es en la medida en que el significante sobre el sujeto encarnado, lleva su

marca que algo corporal, efectivo, material se produce que es eso, lo que esta en cuestión. No es, pues, sanción por el lenguaje de algún espejismo imaginario que se produce sino efecto de lenguaje que por ocultarse bajo estos espejismos les da toda su peso. Es ahí que esta novedad del abordaje psicoanalítico: fundado sobre este hecho, el efecto de lenguaje, supera porque le precede toda aprehensión subjetiva que pueda autorizarse a sí misma por ser aprehensión de conciencia. Y toda critica del poder de las palabras como se dice que se ataca como tal, porque después de todo lo que perdura bajo la etiqueta académica de psicología no es nunca otra cosa que esta voz, es a partir del estatuto verbal indiscutiblemente porque tradicional de una cierta función del alma de ponerla en causa como palabra y de interrogar a partir de ahí qué hay de real ahí dentro que deja en pie perfectamente el marco de poder de las palabras, mientras que lo que se trata de interrogar es lo que produjo el lenguaje como efecto inaugural sobre el cual reposa toda el montaje que forma la montura del estado de sujeto. Esto no se aborda simplemente por mirarla a la cara. Es por esto que la relación del ser de saber al ser de verdad está fundado sobre lo que, para hablar aquí de aquel mismo que les habla, hace que justamente, mi discurso no se sustente en ninguna modificación del vocabulario. Si digo que no hay metalenguaje, lo que acentúo, por esto de que no intento introducir una, uno nuevo que siempre estarían sometido a esto: ser parte del lenguaje; primera condición para captar que se trata de la relación a un ser de verdad es que en el discurso ella se articula como enigma, en todo momento Freud lo declaró, —él mismo—, cuando escribió *La interpretación de los sueños*. Moleste por lo que recubre el estilo y que se llama el manierismo. A través de las tiempos históricos de la crisis del sujeto, las explicaciones literarias y estéticas de lo que se llama el manierismo corresponden siempre a la revisión de la cuestión sobre al ser de verdad. Se trataría de encontrar un cortocircuito para reencontrar nuestro objeto **a**. Que me viene la idea, ella me fue refrescada por Hilbert, es Frenkel el que daba este golpe a sus oyentes: ¿cuál es el menor número entero que no esté inscripto sobre el pizarrón?:

1; 2; 3; 4; 5 es 6. Entonces, ¿cuál es ahora el menor número entero que no está escrito sobre el pizarrón? Ninguno, evidentemente, ¿Qué iban a decir?. Cualquiera que ustedes digan, les diré: está escrito sobre el pizarrón. ¿Eso los corta?.

Y bien, es justamente, eso es lo que es cuestión: que eso los corte. Eso reinstaura eso les muestra, eso les reintroduce, ya que es de eso de lo que se trataba está en la cuestión de lenguaje, fundado, como ustedes lo ven sobre la escritura el objeto **a**. ¿Eso los corta?. Ustedes no tienen absolutamente nada que impulsar en esta ocasión como voz. ¿Qué?.

Participante: — ...en el pizarrón (nota(82)) ...

Lacan: — Sí, es muy pertinente, desde luego. Se podría partir de ahí y hacer con esto muchas cosas. Bien. ¿Es que es decir con esa eso los corta que tenemos ahí el todo de aquello de lo que se trata concerniente a la castración? Digo que no, no se trata de las cosas sino a nivel del objeto **a**. Para que algo escrito se sostenga en suma tienen que pagar su parte. Es decir que si yo no pongo sino cosas escritas por ejemplo, mí discurso científico a partir del comienzo de la teoría de los conjuntos, ya que nada me detendrá hasta el fin y agotaré todo el recorrido de la física moderna, eso no se sostendrá de todas maneras, más que si lo acompaño por un discurso que se los presenta. No hay ningún medio de presentar un discurso aunque sea el más formalizado que ustedes supongan, no hay ningún medio de presentar si ustedes quieren, el Bourbaki; sin prefacio, ni sin texto. Es de esto de lo que se trata. Y, entonces, de las relaciones del lenguaje, que indiscutiblemente, en efecto es corte y escritura, con la que se presenta como discurso, lenguaje ordinario que necesita este soporte de la voz, en la medida, por supuesto que ustedes no tomen la voz simplemente por la sonoridad, lo que la haría depender del hecho de que estamos en un planeta donde hay aire que vehiculiza sonido, esto no tiene absolutamente nada que ver con eso. Cuando piensa que estamos todavía en la fenomenología de la psicosis para interrogarnos sobre la textura sensorial de la voz, mientras que con simplemente las seis u ocho páginas de preludio que di en mi artículo sobre *Una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* designé el abordaje perfectamente preciso bajo al cual se puede, en nuestros días, en el punto en que estamos interrogar el fenómeno de la voz. No hay más que tomar el texto de Schreber y ver ahí distinguida, como ya lo hice lo que llamé mensaje de código y código de mensaje para ver que hay ahí medios de captar de una manera no abstracta sino ya perfectamente fenomenologizada, la función de la voz en tanto que tal, mediante lo cual podemos comenzar a despegarnos de esta posición inverosímil que consiste en poner en cuestión la objetividad de las voces del alucinado. Ustedes objetivan el alucinado. ¿En qué sus voces serían menos objetivas?. ¿En qué la voz, bajo el pretexto de que no es sensorial seria algo irreal?. ¿Algo irreal en nombre de qué? Es un prejuicio que data de no se qué etapa archiarcaica de la critica del pretendido conocimiento. ¿Es que la voz es irreal por eso, de que la sometemos a las condiciones de la comunicación científica, a saber, que él no puede hacerla reconocer, esta voz que oye?. ¿Y el dolor entonces, puede hacerlo reconocer?. Y, sin embargo, ¿vamos a discutir que el dolor sea real?.

El estatuto de la voz, hablando con propiedad todavía debe hacerse, pero no solamente debe hacerse, debe hacerse entrar en las categorías mentales de la clínica, del que hablemos precisamente recién, que muy ciertamente, incluso cuando tiene éxito lo anoté en el mismo texto algo tan feliz como darse cuenta las cosas que se veían, probablemente, desde hacía un buen tiempo simple vista, pero que nadie había revelado nunca a saber, que hay estos fenómenos de voz que se acompañan de movimientos laríngeos y musculares alrededor del aparato fonatorio y que esto, por supuesto, tiene su importancia, no agota ciertamente la cuestión, pero, en todo caso, le da un modo de abordaje. Eso no hizo avanzar en la misma medida el estatuto de la voz un paso más.

Aquí quisiera, de todos modos, hacer notar que es una ingratitud muy grande para cualquiera en un poquitito el sentido claro de lo que Nietzsche llamaba la genealogía de la moral o de otra cosa. Sería una locura desconocer lo que el estatuto de la ciencia, justamente hablo de la nuestra debe a Sócrates, que, precisamente se refería a su voz. No basta pretender terminarlo y satisfacerse, a creer que uno se ha satisfecho en un fenómeno como este, por el hecho que Sócrates dijera expresamente referirse a su voz para decir: —¡oh bien, sí, había en un rincón un coso que no andaba bien!. Cuando se trataba de Sócrates no parecía difícil no captar la coherencia del conjunto de su aparato, sobre todo dado que este aparato estaba ahí para funcionar todo el tiempo al cielo abierto. Podemos tener idea, precisamente, de que, de hecho, la cuestión del sujeto, tal como la planteo, está perfecta y totalmente abierta al nivel de Sócrates, aunque pudiéramos pensar, de la manera en que nos fueran transmitidas estas entrevistas que aran la base de

su enseñanza reglada, modificadas, enriquecidas, de cualquier manera que lo supongamos, por tal o cual, y para Platón especialmente. No es menos cierto que su esquema es claro, que es perfecta la decantación del ser de saber y del ser de verdad. Hay que releer todo Platón con este hilo conductor que toma esto que, por supuesto, les enseñé anteriormente a descifrar mucha más lejos, llamando a las cosas por su nombre y diciendo aquello de lo que se trata en el deseo de saber, a saber el *agalma*.

Pero dejemos por el momento aquello a lo qué Sócrates responde: que éste es el ser de verdad de ese deseo de saber. ¿Qué es lo que quiere decir cuando esto concluye pretendidamente en la transcripción platónica: ocúpate de tu alma?. La dejaremos para más tarde. Pero no es porque si que evoco acá a Sócrates y recuerdo por otra parte esta clave: ser de saber y ser de verdad. Dejaré hoy también de lado una observación que podría hacer sobre este empleo del término clave cuando acabo de decir hace un rato que mi enseñanza no comportaba palabras claves. Es, quizás justamente, que la propiedad de las claves(83) en cuestión es la de no tener cerradura y en efecto, toda la cuestión está ahí.

Quiero hacer simplemente una observación que es ésta, que, por supuesto cada uno podría elevar acá. Entonces, ¿por qué Sócrates no descubrió, articuló, el inconsciente? La respuesta, desde luego, ya está inscripta en lo anterior de mi discurso; porque no había nuestra ciencia constituida. Si subrayé hasta qué punto el psicoanálisis depende de un estatuto asegurado, suturado, del ser, de saber pienso que esto podría ya pasar por una respuesta suficiente, si, justamente la cuestión no volviera simplemente, como por qué no había en tiempo de Sócrates como punto de partida una ciencia que tuviera el estatuto de nuestra ciencia aquel que definí de una cierta manera, precisamente la sutura del lado de la verdad.

No iré muy lejos, dada la hora hoy, en este sentido pero como es sobre la vía de algo que nos importará mucho para volvernos a llevar a aquello de lo que se trata, a saber la posición del psicoanalista, a saber, lo que quisiera que la próxima vez alguien aporte aquí como contribución que se tome uno de los mejores, uno de los más grandes y sobre el punto donde aportó las cosas de más relieve ruego que se retome aquí mi artículo sobre la Teoría del simbolismo que fue hecho como comentario del artículo de Jones y luego que se ponga en conexión lo que esto implícito también, simplemente indicado en mi articulo, a saber, la manera en la que Jones tuvo que desenredarse del problema de la sexualidad femenina en la medida en que esto interesa al estatuto de la función fálica.

Que se pase de las incoherencias manifiestas donde se desliza sin cesar su discurso o de la manera en la que es el síntoma mismo con el cual tiene que ver lo que lo rectifica y que, de algún modo reintegra y hace más que sugerir; de algún modo, totalmente escritas y contrariamente a su intención, las fórmulas topológicas que son las nuestras. Quisiera que alguien se dedicara a este pequeña maniobra y no me forzara una vez más a tomarme el trabajo.

¡Qué extraordinario texto el que acometí en este artículo del que hablo, este articulo sobre el simbolismo!. Consiste, en suma, en decirnos, ustedes lo verán en el texto, en decirnos conforme, al fin de cuentas, a las cosas que llegué a decir después de él, que no es una metáfora decir que el simbolismo está hecho como una metáfora, que es una verdadera metáfora que ahí la metáfora, en lugar de alejarse, —como se dice—, de lo concreto, se aproxima a toda marcha.

¿Qué hay al fin de cuentas, más verdadero que esta dirección, sino que, al fin, es de todos modos falso porque no es una metáfora, es una metonimia?. Para el falo con la mujer, y con lo que lo introduce efectivamente, con un relieve extraordinario concerniente al determinismo, la función, el sentido mismo de la homosexualidad femenina se puede decir que todo está en el texto salvo que el autor comprenda lo que dice. ¿No hay algo ahí donde se inscribe precisamente, esta relación al síntoma de la que habla, que es necesidad, que se juega sin el otro aspecto, considerar que no pudo acceder tan profundamente al sentido del síntoma sino faltándole la teoría?.

Así podemos preguntarnos lo que hace que la ciencia, la ciencia griega, que sabía construir ya admirables autómatas, no tomó su estatuto de ciencia. Es que hay otra vez que juega su papel en la interrogación socrática. Pienso que ustedes la evocan antes de que yo la designe, es aquella que él llama a declarar de tanto en tanto, de una manera bastante ejemplar, bastante de escandalosa quizás. Nosotros jamás sabremos nada de esto, como oídos contemporáneos, es la voz del esclavo. ¿Cómo se hace para que el esclavo responda, entonces tan justamente siempre, responda siempre tan bien y vaya derecho a la verdad a la cualidad del número irracional que responde a la diagonal del cuadrado?. ¿No captamos ahí aquello de lo que se trata que no es, justamente, ninguna otra cosa que el estatuto del deseo?.

Si no Freud, ni Sócrates, llegaron, por más disolvente que haya sido su producto, llegaron hasta la crítica social porque después de todo, que yo sepa, Sócrates no introdujo el materialismo histórico aunque hizo temblar un poquitito sobre sus bases las estatuas de los dioses, es totalmente claro que no era porque sí que Alcibíades cortaba la cola de su perra, que eso no era solamente para hacer hablar a la gente, ya que eso se parece un poquitito demasiado a un cierto asunto de mutilación de Hermes, que tuvo alguna resonancia para que se comprenda que esto no estaba totalmente sin relación con la dialéctica sobre el ser de verdad y eso no es crítica social. Llamémoslo acción directa. Es anarquismo, cosa que, como ustedes saben ya no está en nuestras maneras. Sócrates no hizo crítica social y Freud tampoco, Es, sin duda porque uno y otro tenían la idea de donde se situaba un problema económico extraordinariamente importante, aquel de las relaciones del deseo y del goce.

Si no hubo ciencia antigua es por que era necesario para que hubiera ciencia, que hubiera la industria moderna. Y para que hubiera industria moderna era necesario que los esclavos no fueran propiedades privadas. Las propiedades privadas se ahorran, no se las hace trabajar tan terriblemente como en los regímenes de libertad mediante lo cual el problema del goce en el mundo antiguo estaba resuelto y de la manera en que pienso que ustedes ven claramente lo que es. Los seres reservados al goce, al goce puro y simple, eran los esclavos, como todo la indica, por otra parte. Al respecto, contrariamente a lo que se dice que recogían, no se maltrataba así a un esclavo, sobre todo que era un capital de hecho.

Basta abrir a Terencio, sin hablar de otros, Eurípides, para darse cuenta de todo lo que hay de relación, de refinamiento, de relaciones corteses, de relaciones amorosas, en fin, de los seres que están en la condición servil, y que nihil humanum a me alienum de

Terencio designa esto, no tiene otro sentido. ¿Por qué se iba a decir una boludez semejante si no se tratara de decir: voy ahí donde está la humanidad, con los esclavos?. El goce del mundo antiguo es el esclavo.

Este parque reservado al goce, si puedo decirlo, es esto lo que fue el factor de inercia que hace que ni la ciencia, ni al mismo tiempo el ser—de—sujeto hayan podido elevarse. Sin duda el problema del goce se plantea en estos términos y, ciertamente, por el hecho del capitalismo, en términos un poco más complicados.

No es menos cierto que en cierto lugar Freud lo señaló y que tendremos a propósito de *El malestar en la cultura*, que volver a pasar por esta ruta para retomar nuestro hilo.



27 de Abril de 1966

Bueno, inter, como se dice, inter en latín. Es San Agustín el que comienza así una especie de enunciado que ha terminado por erosionarse a fuerza de correr: *Inter urinas et feces nascimur* . Era un delicado. Esta observación que, en sí misma no parecería implicar consecuencias infinitas, ya que también desde que nacemos de este perineo es necesario de todos modos, decir que corremos después. Es cierto que si San Agustín tenía razones para recordar esto por otras razones, por otras razones que nos interesan a todos en este sentido en que no es a título de viviente, de cuerpo, que nacemos —Inter urinas et feces— sino a título de sujeto. Es por esto que esto no se limita a ser un mal recuerdo, sino a ser algo que, al menos para nosotros que estamos acá, nos solicita presentemente este año interesarnos vivamente en el objeto **a**, del que resulta que, al menos, uno entre ellos se encuentra en relación con sus alrededores. Al menos uno entre ellos, incluso dos, el segundo, a saber, el pene, resultan ocupar en esta determinación del sujeto un lugar totalmente fundamental.

La manera en que Freud articula este nudo introduce, una gran novedad en cuanto a la naturaleza del sujeto. Es particularmente oportuno recordarlo cuando la necesidad del advenimiento de este sujeto nos la hace venir de otro lado totalmente distinto, a saber del pienso.

Ustedes deben sentir que si tomo tanto trabajo para articularlo a partir del pienso es, por supuesto para volverlos a llevar al terreno freudiano que les permitirá concebir por qué está el sujeto que captamos, en su pureza, a nivel del pienso, en esta conexión estrecha con dos objetos **a**, tan incongruentemente situados.

Es necesario decir por otra parte, que nosotros, que no somos partidarios, no tenemos un objetivo especial hacia la humillación del hombre. Nos daremos cuenta de que hay otros

dos objetos **a**, cosa curiosa. Que permanecieron, incluso en la teoría freudiana, a medias en las sombras, aunque juegan su papel de instancia activa, a saber la mirada y la voz.

Pienso que la próxima vez volveré sobre la mirada. He hecho dos, incluso tres célebres Seminarios, como se dice, en el primer año de mis Conferencias aquí, donde intente hacerles sentir la dimensión donde se inscribe este objeto, que se llama la mirada. Algunos de entre ustedes seguramente lo recuerdan. Aquellos que vienen desde hace mucho tiempo a mi Seminario no pueden haber dejado pasar su importancia. Y ya que tendré la ocasión, —pienso, la próxima vez—, de poner a ahí todo el acento, quisiera desde hoy, a aquellos que representan el batallón sagrado de mi público, a saber, vosotros, recomendarles de aquí a entonces, porque eso volverá mucho más inteligible las referencias que haré aquí lo que apareció en el muy brillante libro que acaba de salir de nues tro amigo Michel Foucault, lo que apareció en el primer capítulo de este libro bajo el titulo*: Los siguientes*, capítulo primero, del libro de Michel Foucault, intitulado para aquellas que son duros de oído hoy, in-ti-tu-la-do: *Las palabras y las cosas.* Es un bello título. De todas maneras, este libro no los decepcionará y al recomendarles la lectura del primer capítulo, estoy, en todo caso, muy seguro de no perjudicarlo, porque bastará que ustedes hayan leído este primer capitulo para echarse vorazmente sobre todos los otros. No obstante, me gustaría que, al menos, un cierto número de ustedes haya leído este capítulo de aquí a la próxima vez porque es difícil no ver ahí inscripto en una descripción extraordinariamente elegante lo que precisamente esta doble dimensión que, si ustedes recuerdan yo había representado en otro momento mediante dos triángulos opuestos: el de la visión con este objeto ideal que aquí se llama el ojo y que se supone constituir la cima del plano de la visión y el que en el sentido inverso se inscribe, bajo la forma de la mirada.

Cuando ustedes hayan leído este capítulo ustedes estarán mucho más cómodos para entender lo que daré la próxima vez como continuación.

Otra pequeña lectura de género de distracción para leer bajo la ducha, como se dice: hay un excelente librito que acaba de aparecer bajo el título: *Paradojas de la conciencia* redactado por alguien que todos estimamos, porque todos hemos abierto en algún momento alguno de sus libros ricos en la mayor erudición científica que se llama el Señor Ruyer. Se pronuncia Ruyer, según parece. Raymond Ruyer profesor de la facultad de letras de Nancy. El Señor Ruyer, que en este retiro provincial prosigue desde hace largos años un trabajo de elaboración extraordinariamente importante, desde el punto de vista epistemológico, les da ahí una especie de colección de anécdotas que, diría tiene a mis ojos un valor catártico totalmente extraordinario, al deducir, en efecto, lo que se puede llamar las paradojas de la conciencia a la forma de una especie de Almanaque Vermot, lo que es, de todos modos, bastante interesante quiero decir, las pone, en su lugar, en su lugar, en suma, de buenas historias. Parecería que desde hace un ben tiempo las paradojas que nos atraen deberán ser otra cosa que paradojas de la conciencia.

En resumen, bajo esta rúbrica verán resumidas todo tipo de paradojas, algunas extremadamente importantes justamente en esto: que no son paradojas de la conciencia sino cuando se las reduce al nivel de la conciencia. No significan nada más que futilidades. Es una lectura extremadamente saludable y parece que una buena parte del programa de filosofía debería ser puesta definitivamente fuera del campo de la enseñanza después de este libro, que muestra el exacto alcance de un cierto número de problemas que no lo son. Hay, en los dos últimos números de *Esprit* algunas páginas de un dominicano, parece J. M. Royer, un punto de vista de lo religioso que no debe descuidarse. Ustedes verán la manera en que mi enseñanza puede ser utilizada en una perspectiva religiosa cuando se lo hace honestamente contrariamente a lo que se hizo en el otro libro, que no cito sino de manera indirecta.

Hoy vamos a dedicarnos a trabajo de estudio y comentario con este artículo de Jones que se llama *Desarrollo precoz de la sexualidad femenina*, aparecido en 1927. Jones ha escrito otros dos artículos, también importantes, que fueron traducidos. Me recordaron esto de una manera que me pareció bastante feliz, ya que lo había olvidado completamente. Fueron traducidos en el Volumen Nº 7 de *La psychanalyse,* dedicada a la sexualidad femenina, números que no están, quizás, agotados. De manera que, ¡Dios mío!, para aquellos de entre ustedes que no tengan una familiaridad demasiado grande con la lengua inglesa, esto les facilitará retrospectivamente, pienso, para aquellos que no leyeron aún, el primer artículo, captar bien lo que llegaremos a decir hoy sobre este artículo y leyendo el otro encontrar ahí el esbozo de futuras trabajos, ya que es claro que obtendré tanta buena voluntad para los primeros Seminarios cerrados como la que obtuve para éste, tomándome de una manera un poco de apuro, término que merece ser subrayado aquí para introducir a las personas que han querido dedicarse a eso a partir de mi demanda. Encontrarán ahí además, en este número sobre la sexualidad femenina, bajo el título: *La femineidad en tanto que mascarada*, que es exactamente la traducción del título inglés, un excelente artículo de una excelente psicoanalista, que se llama Joan Riviere, que siempre tomó las posiciones más pertinentes, sobre todos los temas de psicoanálisis y muy especialmente —se los digo de paso— sobre el tema de psicoanálisis de niños.

Ustedes ven que no les falta objeto de trabajo, siendo el más urgente leer a Michel Foucault para la próxima vez. Entonces, como considero mucho esta colaboración *from the floor* como se dice, de un Seminario cerrado, voy a darle la palabra inmediatamente a la Señorita Muriel Grazien, que quiso hacer para vuestro uso, una especie de presentación, introducción de este artículo de Jones que se llama: *Desarrollo precoz —o primer desarrollo* como les convenga— *de la sexualidad femenina*. Ustedes van a ver primero de que retorna y espero que llegaré a mostrarles el uso que entiendo hacer de esto.

GRAZIEN: —Es un término *unseen man* que esta presente en el texto original de Jones y que está traducido en francés muy exactamente, pero al que forzosamente le falta un poquitito de ... pimienta.

¿Qué hay en la mujer que corresponda al temor a la castración en el hombre?, ¿qué es lo que diferencia el desarrollo de la mujer homosexual de aquel de la mujer heterosexual?. Estas son las dos cuestiones que Ernest Jones se plantea y que su artículo *Early development of famale sexuality*, aparecido en *The international journal of psycho-analysis* en 1927, apunta a elucidar.

Muy rápidamente, en el hecho de cernir la primera cuestión, Jones centra el problema alrededor del concepto de castración y es en este punto que se detiene para elaborar un concepto más concreto y más satisfactorio para el desarrollo de un cierto hilo conductor de

este artículo que está anunciado desde el primer párrafo. Es ahí que Jones evoca nociones de mistificación y prejuicios en los autores que escriben sobre el tema de la sexualidad femenina, que los analistas disimulan la importancia del genital femenino y habían adoptado pues, una posición falocéntrica, como él dice a propósito de estas cuestiones. Que estos hilos conductores sean para Jones la ocasión para volver a poner en cuestión todo el concepto de castración, haciendo surgir estos puntos donde élmismo está insatisfecho de la formulación dada, entonces, de este concepto, no impedirá que Jones se prenda él mismo, de este hilo, en las diversos momentos en los que habla de la realidad biológica como fundamental. Cuando subraya el rol primordial del órgano sexual masculino, *The all important part normally played in male sexuality by the genital organs* ,cuando habla de la amenaza parcial que representa la castración, la castración no es sino una amenaza parcial por importante que sea, de la pérdida de capacidad en el acto sexual y del placer sexual ,cuando hace notar que la mujer está bajo una dependencia estrecha con respecto al hombre en lo que concierne a su gratificación, Por razones fisiológicas y evidentes la mujer es mucho más dependiente respecto de su partenaire para su gratificación que el hombre respecto al suyo. Venus tuvo muchas más dificultades con Adonis que los que tuvo Plutón con Perséfone ,en fin, cuando precisa lo que es para él la condición misma de la sexualidad normal, para estos dos casos (hablando de las inversiones) la situación primordialmente difícil es la unión simple, pero fundamental, entre pene y vagina .

La toma de partido inconsciente, como la llamó Karen Horney, contribuyó —nos dice Jones— a considerar las cuestiones tocantes a la sexualidad demasiado desde al punto de vista masculino y arrojó pues, a una posición de desconocidos lo que él llama los conceptos fundamentales.

Intentando responder a esta cuestión, es decir, dar cuenta del hecho de que las mujeres sufren este terror al menos tanto como los hombros, llegué a la conclusión de que el concepto de castración, en ciertos aspectos trabó nuestra apreciación de los conflictos fundamentales.

El concepto indiscutiblemente más general y más abstracto en el que Jones concluye es el de afanisis. Esta afanisis será la desaparición total, irrevocable, de toda capacidad en el acto sexual o en el placer de este acto. Ese sería, pues, el temor —*dread* en inglés— el temor a esta situación que es común a los dos sexos.

A propósito de afanisis, hemos pensado que este término no podía corresponder en el nivel clínico a otra cosa que la desaparición del deseo tal como lo entendemos. En este momento, el temor de afanisis se traduciría por el temor de la desaparición del deseo, lo que nos parece la otra cara de una de estas monedas: o bien, deseo de no perder el deseo, o bien, deseo de no desear.

En todo caso, Jones no irá más lejos en el desarrollo de este concepto que él aplica a estos fines útiles y podemos suponer que no alcanzaba ni para él mismo, ni para una formulación más rigurosa de lo que representa la castración femenina.

Seguimos a Jones, ahora hasta la segunda cuestión, que aborda mediante un vistazo del desarrollo normal de la niña: el estadio oral, el estadio anal, la identificación a la madre en el estadio boca-ano-vagina, pronto seguido, —como él dice— por la envidia del pene. Al precisar la distinción de envidia del pene pre y post edípica o auto y alo-erótica, Jones recuerda la función en la regresión como defensa contra una privación en este último estadio, privación de no compartir nunca un pene con su padre en el coito, lo que remitiría a la niña a su primera envidia del pene, es decir, de tener su propio pene. Es en este momento que la niñita debe elegir, punto de bifurcación entre su apego incestuoso al padre y su propia femineidad. Ella debe renunciar, o bien a su objeto, o bien a su sexo, subraya Jones. Le es imposible conservar los dos.

Creo que eso merece, en este momento, que les lea el párrafo donde lo precisa.

No existen sino dos posibilidades de la expresión de la libido en esta situación y estas dos vías pueden ser tomadas una o la otra. La niña debe elegir, *a grosso modo* , entre abandonar su apego erótico al padre y el abandono de su femineidad, es decir, su identificación anal a la madre, ella debe cambiar de objeto o de deseo. Le es imposible conservar los dos. Ella debe renunciar o al padre o a la vagina, incluidas las vaginas pregenitales. En el primer caso, los deseos femeninos se desarrollan en un nivel adulto, es decir en cuanto erótico difuso, narcisismo, actitud vaginal positiva respecto del coito culminando en el embarazo y en el parto, y son transferidos al objeto más accesible. En el segundo caso, el lazo con el padre está conservado, pero esta relación de objeto es transformada en identificación, es decir, en complejo del pene. Las niñas que renuncian al objeto siguen al desarrollo normal mientras que en el segundo caso, donde el sujeto abandona su sexo, el no abandono del objeto se transforma en identificación, y este es el caso de la homosexual. La divergencia mencionada, que es necesario decirla, es siempre una cuestión entre aquellas que renuncian a su libido de objeto, el padre, y aquellas que renuncian a su libido de sujeto, el sexo, se reencuentra con el campo de la homosexualidad femenina.

Entonces, Jones opera una división en el interior del grupo homosexual. Se pueden distinguir ahí dos grandes grupos. Primero, las mujeres que conservan su interés por los hombres, pero que tienen el empeño de hacerse aceptar por los hombres como siendo de los suyos. A este grupo pertenece un cierto tipo de mujeres que se quejan sin cesar de la injusticia de la suerte de la mujer y del maltrato de los hombres para con ellas. . Segundo, las que tienen poco o ningún interés por los hombres, pero cuya libido está centrada en las mujeres. El análisis muestra que este interés por las mujeres es un medio sustitutivo de gozar de la femineidad. Utilizan siempre a otras mujeres para exhibirlas en su lugar .

Nosotros subrayamos ahora que por la primera división que Jones opera, están en estos dos subgrupos de homosexuales, todas mujeres que han elegido conservar su objeto en el padre, y renunciar a su sexo. Es aquí que es necesario seguir atentamente la exposición de Jones para ver lo que sucede. Es fácil ver que el primer grupo así descrito recubre el modo específico de los sujetos que habían preferido abandonar su sexo, en tanto que el segundo grupo corresponde al sujeto que ha abandonado el objeto-padre, y se sustituye a él por identificación. Entonces, repito, en tanto que el segundo grupo corresponde al sujeto que ha abandonado el objeto-padre. Las mujeres que pertenecen al segundo grupo se identifican también con el objeto de amor, paro este objeto pierde, entonces, todo interés para ella. Su relación de objeto externa a la otra mujer es muy imperfecta por que ella no representa de ahí en más sino su propia femineidad por medio de la identificación y su fin

es el de tener, por sustitución, la gratificación por parte de un hombre que permanece invisible al padre incorporado en ella. Y este es el hombre que les permanece invisible, *unseen man.*

A partir de estas descripciones no se puede sino notar que este interés por las mujeres, huidizo de alguna manera, parece dirigirse a un atributo sin que haya verdadera relación de objeto.

¿Qué se podría comprender si ahí se trata de una identificación doble, por una parte al padre, por otra parte a la amante?. Proponemos que se trata en este ejemplo de una operación simbólica. Primero, que la amante es el símbolo de la femineidad perdida, más bien de la feminidad a la cual el sujeto habría renunciado. Segundo, este hombre que le es invisible *the unseen man*, lo que no quiere decir *the unseeing man*, el padre o, más bien, lo que de él ve lo que de él es seeing. El ojo, símbolo ya evocado por Jones en su teoría del simbolismo y preciado por él en este lugar como fálico, es el verdadero objeto, porque su presencia es necesaria, incluso indispensable, para el cumplimiento del rito destinada a devolver al padre lo que él no ha dado. Para darles una imagen muy captadora de este tipo de relación les voy a leer un episodio que es vista por el narrador, Marcel, en *El camino de Swann*, en un momento en que él por azar, si se quiere, es también por otra parte, unseen, es decir, está oculto por las circunstancias y la escena se desarrolla frente a él sin que se sepa que él esta ahí. Evidentemente, toda la escena es interesante.

Les refiero simplemente algunas líneas: en el escote de su blusa de gasa, la Señorita Vinteuil sintió que su amiga le daba un beso. Ella lanzó un pequeño grito. Se escapó y ambas se persiguieron saltando, haciendo revolotear sus amplias mangas como alas y cloqueando y piando, como pájaros enamorados. Luego, la Señorita Vinteuil terminó por caer sobre el sofá recubierto por el cuerpo de su amiga. Pero, esta giró la espalda hacia la mesita, sobre la cual estaba colocado el retrato del viejo profesor de piano .

LACAN: —Que es su padre....

GRAZIEN: —La Señorita Vinteuil comprendió que su amiga no la vería si ella no atraía su atención y le dijo como si acabara de darse cuenta: ¡oh!, este retrato de mi padre que nos mira no sé quién pudo ponerlo ahí a pesar de que dije veinte veces que ese no era su lugar .

Recuerdo que eran las palabras del Señor Vinteuil que habría dicho a mi padre a propósito del fragmento musical. Ese retrato les servía, sin duda habitualmente para profanaciones rituales, porque su amiga le respondió mediante estas palabras que debían formar parte de sus respuestas litúrgicas: pero, déjalo, pues, donde está, ya no esta ahí para fastidiarnos. ¿Crees que él lloriquearía y que querría ponerte tu abrigo si te viera ahí, por la ventana abierta, este simio ruin? . La Señorita Vinteuil respondió mediante palabras, ... reproches. Veamos, veamos.....Y más adelante: ella no pudo resistir a la atracción del placer que experimentaría de ser tratada con dulzura por una persona tan implacable para con un muerto sin defensa. Saltó sobre la rodilla de su amiga y le tendió castamente su frente para besar como ella habría podido hacer si hubiera sido consintiendo con delicia que ambas llegaban así al colmo de la crueldad al arrebatar al Señor Vinteuil, hasta la tumba, su paternidad Y más adelante es el narrador el que habla: yo sabía ahora, por todos los sufrimientos que durante su vida el Señor Vinteuil había soportado a causa de su hija, lo que después de la muerte, había recibido de ella como pago .

LACAN: —Gracias señorita. Bueno, la señorita Grazien en suma, les dio una introducción, una introducción, por cierto rápida. Ella no lo es y después de todo, no tenemos, en absoluto, que reprochárselo, ya que es una introducción. Puso dos cosas muy importantes en relieve, concernientes a este artículo, que aunque corto implica, por ejemplo, ciertos desvíos que ella creyó dicho a elidir sobre, por ejemplo, la idea de privación y la de frustración que lo sigue. Las relaciones de la privación a la castración, todos términos, son para nosotros, al menos para aquellos que recuerdan lo que enseño, de una importancia bastante grande. Pero, ella no hizo mal, sin embargo, ya que para ustedes, que están en la posición siempre difícil del oyente lo que está puesto en relieve son dos términos: por una parte, la noción de afanisis y por otra parte; la manera, en la que Freud, en la que Jones, en la preocupación que tiene de buscar lo que concierne a la castración en la mujer se ve llevado sobre ciertas posiciones que implican referencias que se pueden calificar, hablando con propiedad de referencias de estructura. Estas referencias de estructura, está claro, ustedes remítanse a este artículo que sabe organizarlas en razón de la misma preocupación que la que regula su articulo sobre *El simbolismo*, a saber puntuar de una manera que sea rigurosa y válida lo que constituye las amarras de la teoría freudiana del inconsciente. El simbolismo tomó toda una serie de hilos que se desprendieron del tronco freudiano principal, el valor de algo que permite la utilización simbólica, en al sentido corriente del término elementos puestos en valor por el manejo del inconsciente. Esta utilización simbólica, aquella que hace que Jung vea en la serpiente el símbolo de la libido, por ejemplo, es algo a lo que Freud se opuso de la manera más firme, diciendo que la serpiente es —si es el símbolo de algo— es la representación del falo mediante lo cual Freud, Jones —es la segunda vez que hago el lapsus— Jones hace grandes esfuerzos para mostrarnos la metáfora —ya que, al fin de cuentas, es a esta referencia lingüística que está obligado—, para mostrarnos la metáfora desarrollándose en dos sentidos. En un sentido siempre hay mayor ligereza de contenido, no podemos referirnos a otro registro, aunque éste no sea el término que él emplea, pero es forzoso emplearlo al igual que tantos otros, que son todos del mismo orden, a saber de una especie de rarefacción, de vaciamiento, de abstracción o de generalización. En resumen, de respeto, en esta especie de ordenamiento de jerarquías, concerniente a la consistencia del objeto que es la de una teoría, en fin, clásica del conocimiento, que se ve bien que aquello de lo que se trata es de mostrarnos que el símbolo no tiene, en ningún caso, esta función, que el símbolo, muy por el contrario, es ese algo que nos remite a lo que él llama, en su legajo y como puede, las ideas primarias, a saber, algo que se distingue por un carácter, a la vez concreto, particular, único, interesante la totalidad, si se puede decir, y la especificidad del individuo en su vida misma, diremos para no emplear el término que él evita, por supuesto, que no es otro que el término ser.

Es muy claro, sin embargo, que cuando hace referencia a estas ideas primarias que él inscribe ahí, justamente términos concernientes a lo que es el ser, a saber el nacimiento, la muerte y las relaciones con los allegados, él mismo designa algo que no es un dato biológico, sino, muy por el contrario, una articulación que transciende, que traspone, que

transcribe este dato biológico en el interior de condicionas de existencia que no se sitúan sino en relaciones de ser. Toda la ambigüedad del artículo sobre *El simbolismo* de Jones está ahí. No obstante, aquello a lo que apunta y su esfuerzo principalmente, para mostrar que aquello de lo que se trata en el simbolismo cierne algo que él no sabe designar, pero que cierne, de todos modos, en alguna forma del movimiento propio de su impulso, de su propia experiencia concreta, de aquello de lo que se trata en el análisis. Llega a este resultado de poner al frente de una manera tan única símbolos que todos son en diferentes grados, símbolos del falo, que nos fuerza a plantearnos la cuestión, a fin de cuentas, de la que es el falo en el orden simbólico. El no nos convence, muy lejos de eso de que el falo es pura y simplemente el pene. Pero, deja abierta la cuestión del valor central que tiene en un cierto número de entidades, de la que el falo es aquella que se presenta con el máximo de encarnación, aunque no presentándose sino detrás de un velo, velo que él no levantó. Por esto haré retomar este artículo por alguien que lo preparó para hoy, pero que prefiere en suma, él mismo volver a darlo en una etapa posterior, es decir, digamos, en nuestro próximo Seminario cerrado.

Yo retomaré en la ocasión, como comentario, los detalles de este artículo sobre la teoría del simbolismo. Pero, les advierto, desde ahora, que hay un artículo mío que apareció, si mal no recuerdo, en *La psychanalyse* Volumen Nº 6. ¿Es el número donde apareció?.

Safouan: — Es el cinco.

Lacan: —Cinco, *Sobre la teoria del simbolismo*... en Jones. Lo que hacemos hoy tiene relación a lo que tendré que desarrollar, entonces, en los próximos Seminarios sobre la función del objeto **a**, un cierto valor de, yo no diré de anticipación, sino da horizonte porque, a fin de cuentas, hay una relación entre el lugar del objeto **a** , en tanto que es fundamental que nos permite en un cierto modo de estructura, que no tiene otro nombre que el de fantasma, comprender la función determinante, determinante a la manera de un soporte o una montura, dije, que tiene en la determinación de la hendidura de sujeto el objeto **a** . Este objeto **a** , como los indiqué en mi discurso recién y, por supuesto, no es una novedad, se presenta bajo, no cuatro formas, sino, digamos, cuatro vertientes en razón de la manera en que se inserta sobre dos vertientes, primero, la demanda y el deseo. Sobre la vertiente de la demanda están los objetos que conocemos bajo las especies del pecho en el sentido y la función que se la da en psicoanálisis, y del excremento incluso como nos expresamos, las heces. La otra vertiente es la que tiene la relación del deseo. Es, pues, una función de un grado más elevado. Se los hago notar de paso.

La lectura, recién, del texto francés que hizo la señorita Grazien revela ahí una inexactitud. Lo que estaba traducido por el deseo en un cierto lugar a saber, que la homosexual era llevada a renunciar a su deseo por el objeto, para no renunciar a su sexo, es inexacto. En inglés es: *the wish*, y desde el momento en que es *the wish*, no es el deseo es el anhelo o la demanda. El deseo, hemos situado aquí su lugar topológico suficientemente en relación a la demanda para que ustedes conciban lo que quiero decir cuando digo, hablo de otra vertiente a propósito de la función de otros dos objetos , a saber, de la mirada y de la voz. En las dos parejas se hace una oposición que del sujeto al Otro, se puede situar así: demanda del Otro, es el objeto-heces; demanda al Otro, es el objeto-pecho. Y bien, la misma operación existe, aunque no puede sino parecerles más oscura, ya que no se las expliqué. Hay también algunas formas, no, la oscuridad no está sobre al deseo del Otro, que ustedes sentirán ya inmediatamente soportado por la voz, sino sobre este deseo al Otro, que, representa una dimensión que espero a propósito de la mirada poder abrirles. Pero, en el corazón de la función de este objeto **a** , está claro que debemos encontrar lo que es totalmente central en la institución, en la instauración de la función del sujeto es muy propiamente hablando la función que viene a ocupar en el mismo lugar el falo, que, precisamente no tiene, en absoluto, el mismo carácter concerniente a lo que se podría llamar como una cuestión común que engloba en su paréntesis el conjunto de los objetos en cuestión. No tiene, no entra como órgano, ya que, a fin de cuentas, en todos estos casos, y por materiales que puedan parecerles dos de ellos, se trata, sin duda, en todos los casos de un representante orgánico. Seguramente parece ya menos sustancial, menos captable a nivel de la mirada y de la voz. Pero, eso no es, sin embargo, en razón simplemente de una especie de diferencia de escalas, de diferencia escalar, como se diría, en el carácter inasible que encontramos aquí al falo. El falo entra como tal en una cierta función que se trata ahora de definir y que, hablando con propiedad, no puede definirse sino en la referencia del significante. La doble dimensión que se revela aquí es, como ustedes lo verán, algo que diferencia el carácter que se sustrae, el carácter inasible de la sustancialidad del objeto **a** cuando se trata de la mirada y de la voz. Esta carácter que se sustrae carácter inasible, no es, en absoluto de la misma naturaleza en cuanto a estos dos objetos y en cuanto al falo.

Qué sucede cuando alguien como el Señor Jones, digo, nutrido, inspirado del mismo más puro estilo de la primera investigación analítica en el valor de descubrimiento que tenían las realidades da la experiencia, no podía aún, de ninguna manera ser reducido a no haber podido ser poco a poco reaspirado en una serie de vías, de huellas que representan, hablando con propiedad, en relación a esta experiencia, una racionalización y que es toda aquella que hizo desarrollarse al psicoanálisis en una vía que por algo merece, ser situada en algún paralelismo en relación a la reducción, si se puede decir, educativa que Anna Freud hizo del psicoanálisis al nivel de los niños. Por enmascarada que pueda estar tal inflexión del psicoanálisis respecto al adulto, podemos decir que todo lo que hace intervenir, en el estado actual de las cosas y tal como esto fue expresada alguna referencia, sea a la realidad o, aún, a la institución de un yo mejor, menos distendido, más fuerte, como se dice, todo esto no consiste sino en haber hecho reentrar voces que el análisis nos ha permitido imaginar en el registro del desarrollo, en el sentido de una ortopedia fundamental que disipa, hablando con propiedad, el sentido de la experiencia psicoanalítica. Jones, ciertamente no está ahí y el hecho de que él produce frente a nosotros representa algo que tiende a reencontrar puntos de apoyo en un cierto número de referencias recibidas. Es a esto a lo que la señorita Grazien hizo alusión hablando de un cierto número de recursos, a los que se puede llamar un cierto número de prejuicios científicos, por ejemplo primacía de la referencia biológica. ¿Por qué primacía?. No es, en absoluto, por supuesto, cuestión de descuidarla, ni, incluso, de no decir que, a fin de cuentas, ella está primera. Pero seguramente plantearla en primer lugar como primera ahí está todo el error, porque aquello de lo que se trata, en este caso, es de probarla. Ahora bien, ella no está probada. Ella no está probada desde el principio al menos, cuando nos encontramos frente a un fenómeno tan paradójico como la generalidad del complejo de castración, aunque generalidad quiere decir también incidencia en los dos sexos no encontrarán los dos sexos en relación a ese algo al que se presenta primero y de una

manera fundamental como dibujando la estructura de este complejo de castración. Comporta algo que se refiere a una parte, y sólo a una parte del aparato genital, en la parte que viene a ofrecerse de manera manifiesta y visible y de alguna manera, pregnante y desde un punto de vista de *gestalt*, que es, en el hombre, el pene. No privilegio, sino privilegio que toma un valor, se puede decir, de *fahía*, de manifestación, y donde es, como tal, parece al menos, en un primer abordaje, que se introduce como un valor prevalente. Tal es, en otros términos la función que va a tomar el complejo de castración si lo examinamos bajo un cierto sesgo.

Y bien, es excesivamente notable que el primer camino de Jones vaya en el sentido de una subjetivación. Doy a esta palabra el sentido que puede tomar aquí, dado lo que yo enuncio de la definición del sujeto desde hace ya dos años y desde hace mucho más tiempo por supuesto, para aquellos que vienen aquí desde más o menos siempre. No podemos no ver, si ya estamos un poco duchos en esta perspectiva, la relación que tiene la introducción por Jones del término de afanisis, a propósito del complejo de castración, con lo que les represento de la esencia del sujeto, a saber, este *fading*, este perpetuo movimiento de ocultamiento detrás del significante o de emergencia intervalar que define como tal al sujeto en su fundamento, en su estatuto, en lo que constituye el ser del sujeto.

Hay algo torcido que permite abordar de una manera totalmente, diferente la relación ser/no-ser, de una manera que, de algún modo, se extrae de esto como si un juicio pudiera, en algún lugar, captar la relación del ser y del no ser sino de una manera que está ahí, de algún modo, profundamente implícita. Nos hace captar que no podríamos de ninguna manera, especular, razonar, estructurar todo lo que concierne al sujeto sin partir de que nosotros mismos, como sujetos, estamos implicados en esta profunda duplicidad que es la misma que la que el cogito cartesiano despeja fijándose sobre un punto cada vez más reducido al ideal, hasta ser el de nada, que es el yo pienso, no queriendo decir nada el yo pienso por sí mismo, lo que permite esperar, dividir, mostrar en qué torsión es necesario que supongamos que esté de alguna manera, sometida esta subsistencia del sujeto para que pueda aparecer en tal perspectiva de que el ser está disociado entre el ser anterior al pensamiento y el ser que el pensamiento hace surgir. El ser del Yo soy de aquel que piensa, el ser que es llevado a la emergencia, por el hecho de que aquel que piensa, dice luego soy.

La afanisis de Jones no es concebible sino en la dimensión de tal ser. Porque, ¿cómo nos lo articula él mismo?, ¿cuál podría ser el retroceso de lo que sea que no fuera del orden del sujeto en relación a un temor de perder la capacidad de lo que se dice en inglés: primero, *capacity*, segundo, el término sexual *enjoyment?.*

Yo sé que es difícil dar un soporte que sea equivalente a nuestra palabra francesa goce a la que designa, en inglés, *enjoyment.* No tiene, las mismas resonancias que goce y sería necesario, de alguna manera, combinarlo con el término *lust*, que sería, quizás, un poco mejor.

Como quiera que sea, esta dimensión del goce, de la que les marqué la última vez que íbamos a introducirla, que es de alguna manera un término que plantea por sí mismo problemas esenciales que no podíamos, verdaderamente introducir sino después de haber dado su estatuto al yo soy del yo pienso. El goce para nosotros, no puede ser sino idéntico a toda presencia del cuerpo. El goce no se aprehende no se concibe, sino por lo que es cuerpo.

¿Y de donde podría jamás surgir de un cuerpo algo que sería el temor de ya no gozar?. Si hay algo que nos indica el principio del placer es que si hay un temor es el temor de gozar, siendo el goce hablando con propiedad, una abertura de la que no se ve el límite y de la que no se ve tampoco la definición. De cualquier manera, este goce, bien o mal, no pertenece sino a un cuerpo. Gozar o no gozar es, al menos la definición que vamos a dar del goce porque, por lo que respecta al goce divino, remitiremos, si ustedes quieren, esta cuestión para más adelante. No es que ella no se plantee. Nos parece que hay un desfiladero que es importante captar. Es éste: ¿cómo pueden establecerse las relaciones del goce y del sujeto?. Porque el sujeto dice: yo soy. El centro, yo no diría implícito, porque también está formulado, es dicho claramente en Freud, el centro del pensamiento analítico es que no hay nada que tenga más valor para el sujeto que el orgasmo. El orgasmo es el instante en que se realiza una cumbre privilegiada, única, de dicha. Esto merece reflexión, porque, además, no es menos sorprendente que semejante afirmación comporte de alguna manera, por sí misma una dimensión de acuerdo. Incluso, aquellos que tienen alguna reserva sobre al carácter más o menos satisfactorio del orgasmo en las condiciones en las que nos es dado alcanzarlo, no irán por lo mismo, a no pensar que ese orgasmo es insuficiente, no hay uno más verdadero más sustancial, que ellos llaman con cualquier nombre del que se trate: unión, vía unitiva, fusión, totalidad, pérdida de sí, como ustedes quieran, será siempre orgasmo de lo que se trate.

¿Es que no nos es posible, incluso, para conservar enganchado algún signo de interrogación, lo que está ahí tomado como punto de partida, es que no nos es posible, desde ahora, captar esto que podemos considerar el orgasmo en esta función, digamos incluso provisoria, como representando un punto de cruzamiento, o, incluso, un punto de emergencia, un punto donde, precisamente, el goce, diría, hace superficie?.

Esto toma, para nosotros, un sentido privilegiado por esto de que ahí donde hace superficie, en la superficie por excelencia, aquella que hemos definido, que intentamos captar como estructural, como la del sujeto, les indico inmediatamente los hitos que esto puede tomar en ¿por qué no?, lo que llamaremos nuestro sistema. No rechazo la palabra sistema a condición de que ustedes llamen sistema a la manera en que yo sistematizo las cosas y que está, precisamente, hecha de referencias topológicas. Podemos considerar el goce, aquel que está en el orgasmo, como algo que inscribirá, por ejemplo, de una forma particular en que lo tomaría nuestro toro. Si nuestro toro es este sitio del deseo que se logra por la serie de los rizos repetidos de la demanda está claro que en función de ciertas definiciones del orgasmo, como punto terminal, como punto de regreso, como ustedes quieran, será de un toro más o menos hecho así de lo que se trata.

Pero, acá tiene un valor puntiforme en otras términos, toda demanda se reduce ahí a cero. Pero no es menos claro que emboca al deseo. La función, si se puede decir, ideal e ingenua, del orgasmo para quién quiera que intente definirla a partir de datos introspectivos es este corto momento de aniquilación momento por otra parte, puntiforme, fugitivo, que representa la dimensión de todo lo que puede ser el sujeto en su desgarramiento, en su división, que este momento del orgasmo, dije del orgasmo, se sitúa. Está claro es a título de goce, del que para nosotros no basta constatar, que en este

momento de ideal, —insisto, sobre este ideal, está realizado en la conjunción sexual— para que digamos que es inmanente en la conjunción sexual y la prueba es que este momento de orgasmo es exactamente equivalente en la masturbación, digo en tanto que representa este punto, término del sujeto. No retenemos de esto, pues, en esta función sino el carácter de goce, el goce que no está, en absoluto, todavía definido ni motivado

Pero, esto nos permitirá comprender a condición de darnos cuenta de la analogía que hay entre la forma de la botella de Klein, si me atrevo a decir, si tanto se puede hablar de la forma, pero, en fin, ya que la dibujo ella tiene una forma, la represento bajo la forma invertida en relación a lo que ustedes ven habitualmente en el dibujo, que llamé su abertura, su círculo de reversión. La botella de Klein aparece arriba como el punto de recién. Este círculo de reversión en que ya les enseñé a encontrar el punto nodal de estas dos vertientes del sujeto tal como pueden reunirse por el enfrentamiento de la costura del ser de saber a ser de verdad.

Les dije también que ahí estaba el lugar donde debemos inscribir, precisamente, como conjunción de uno al otro, lo que llamamos el síntoma, y es uno de los fundamentas más esenciales para no olvidar lo que Freud siempre dijo de la función del síntoma, es que, en sí mismo, el síntoma, es goce.

Hay, pues, otros modos de emergencia estructuralmente análogos al goce a nivel del sujeto que el orgasmo. No tengo necesidad, sería fácil, paro el tiempo me lo impide, referirles al número de veces en que Freud valorizó la equivalencia de la función del orgasmo con la del síntoma. Que esté equivocado o tenga razón es otra cuestión que la de saber lo que quiere decir, en esta ocasión, lo que nosotros podemos construir de esto ahí.

Entonces, convendría, quizás, mirar dos veces antes de hacer equivaler el orgasmo y el goce sexual. Que el orgasmo sea una manifestación del goce sexual en el hombre y singularmente complicada por la función que viene a ocupar en el sujeto, es aquello con lo cual tenemos que ver, y nos equivocaríamos totalmente si colapsáramos, de alguna manera, como una sola y misma realidad estas tres dimensiones. Porque eso es lo que es, hablando con propiedad, reintroducir bajo una forma peligrosamente enmascarada y, por añadidura, ridícula, las viejas implicaciones del misticismo, a las cuales hice alusión hace un rato, en el dominio de una experiencia que no las necesita en absoluto. Un posta, en otra época, que dijo *post coitum animal triste, agregaba praeter —porque eso se olvida siempre— mulierem gallumque puso aparte a la mujer y a los gallos*. Cosa curiosa desde que lo que llamé la mística psicoanalítica existe ya, no estamos tristes después del coito. No sé si ustedes notaron eso alguna vez, pero es un hecho. Las

mujeres, por supuesto, ya no estaban tristes pero ya que los hombres lo estaban, es curioso que no lo estén más. Por el contrario, cuando las mujeres no gozan, se vuelven extraordinariamente deprimidas, mientras que hasta entonces ellas se acomodaban a esto extremadamente bien. Esto es lo que ya llamo la introducción de la mística psicoanalítica.

Nadie probó definitivamente todavía que sea necesario, a cualquier precio, que una mujer tenga un orgasmo para cumplir su papel de mujer. La prueba es que estamos todavía ergotizando sobre lo que es este famoso orgasmo en la mujer. No obstante, esta mística tomó tal valor. Conozco un número muy grande de mujeres que están enfermas por no estar seguras de que gocen verdaderamente, mientras que, en suma, ellas no están tan descontentas con lo que tienen y que si no se les hubiera dicho que no era eso ellas no se preocuparían por esto.

Esto necesita que se pongan un poquito los puntos sobre las íes en lo que concierne a la que respecta al goce sexual. Si se plantea primero, que lo que nos interesa en primer plano es, a saber, lo que respecto al nivel del sujeto es una primera manera de sanear lo cuestión. Pero, podríamos también plantearnos la cuestión de saber lo que respecta al nivel de la conjunción sexual, porque ahí es muy notable que es un fenómeno muy extraño que hablemos siempre como si por el sólo hecho de que la diferencia sexual existe en el viviente, con lo que ella necesita de conjunción, el logro de la conjunción se acompañara de un goce, de alguna manera, unívoco. Y unívoco en este sentido: de que deberíamos muy simplemente extrapolarlo de lo que nosotros, humanos, o, si ustedes quieren, los primates más particularmente evolucionados, conocemos de este goce.

Y bien, no voy a entrar en este capítulo hoy, porque es muy curioso que jamás se ha tratado. En fin, es un hecho que no lo es. Pero en fin, es totalmente claro que primero es imposible definir, captar algunos signos de lo que se podría llamar orgasmo en la mayoría de las hembras en el dominio animal. Para una o dos especies donde se pueda, que no hacen, justamente sino mostrar que se podrían encontrar signos, los hubiera, ya que, a veces, se los encuentra. Es totalmente claro que en toda otra parte no se encuentran en todo caso, signos objetivos del orgasmo en la hembra.

Entonces, ya que se los podría encontrar y no se los encuentra, es de todos modos, algo para arrojar por naturaleza una pequeña duda sobre las modalidades del goce en la conjunción sexual. No digo, no veo por qué exceptuaría la conjunción sexual de la dimensión del goce, que me parece una dimensión absolutamente coextensiva a la del cuerpo. Pero que sea la del orgasmo, eso no aparece en absoluto, obligado. Es, quizás, de una naturaleza totalmente distinta y la prueba, por otra parte, está, justamente, ahí donde es más impresionante la coyuntura sexual, ahí donde dura una docena de días entre las ranas, que se ve bien que aquello de lo que se trata es otra cosa que del orgasmo. De todos modos es muy importante.

Estamos aquí llenos de metáforas. La tumescencia, la detumescencia es una de las que me parecen más extravagantes. Se trata de manifestar en la serie de los comportamientos de lo que se podría llamar, en relación a la conjunción sexual, un comportamiento ascendente, un comportamiento de aproximación, seguido de un comportamiento de resolución de las cargas, luego del cual se producirá la separación. Al modo de existencia de un órgano eréctil que está muy lejos de ser universal, hay animales —no voy a entretenerme haciendo acá biología para ustedes, pero les ruego que abran los grandes tratados de zoología— hay animales que realizan la conjunción sexual con ayuda de órganos de fijación perfectamente no tumescibles, ya que son pura y simplemente ganchos. Parece que el orgasmo, en estos casos si existen debe tomar incluso en el macho, una apariencia totalmente diferente de la que nada dice, por ejemplo, que sería susceptible de alguna subjetivación. Estas distinciones me parecen importantes de introducir, porque si Jones, en el principio, de alguna manera, se separa y se sorprende y es así que introduce su noción de la afanisis, el carácter distinto en suma, que hay entre la idea de la castración tal como se sustantifica en la experiencia, a saber, la desaparición del

pene y de algo que le parece todo lo que hay de más importante a saber, una desaparición, pero que no es la del pene que para nosotros no puede ser sino la del sujeto y que él se imagina poder ser el temor de la desaparición del deseo, mientras que esto es, de alguna manera, una contradicción en los términos, porque el deseo, precisamente, se sostiene del temor de perderse a sí mismo, que no podría haber afanisis del deseo, que no podría haber en un sujeto representación de esta afanisis, por la razón de que el deseo está sostenido en esto.

Perseverar en el ser spinoziano, es el mismo texto y el mismo tema el que dice: el deseo es la esencia del hombre. El hombre persevera en el ser como deseo y no podría evadirse de ninguna manera de este sostén del deseo. Hay, precisamente, la ambigüedad de poder comportar su propia contención y su propio temor de ser fase de defensa, al mismo tiempo que fase de suspensión hacia el goce. Entonces, ¿no toma aquí todo su valor la otra parte del arco de la trayectoria que realiza Jones para nosotros, cuando muy firmemente, ya que a justo título, ya que se trata de introducir la cosa a nivel del sujeto, nos pone, para lo que respecta a la mujer, ya que es de ella que se trata en el corazón de la manera en la que puede presentarse, para ella el atolladero subjetivo?. Oponer a la pareja hijo—madre, de donde partió, no sin razón, toda la exploración analítica. El nos habla de la pareja padre—hija, y ¿qué nos dice?. Todo parte aquí de una privación. El incesto padre—hija sabemos nosotros, por toda nuestra experiencia, que es por sus consecuencias analíticas —no puedo definirlas de otro modo— digamos neurotizantes, pero el término no es suficiente, ya que eso llega a tener consecuencias psicotizantes. Es infinitamente menos peligroso, es, incluso, peligroso en grado cero respecto al incesto madre—hijo, que siempre tiene las consecuencias desvastadoras a las cuales hago alusión. A nivel de la pareja padre—hija, la función del interdicto tal como se ejerce en sus consecuencias dialécticas, lo que se llama el interdicto fundamental del incesto, que es el interdicto de la madre, toma una forma simplificada que valoriza bien la función privilegiada de la mujer respecto de la conjunción sexual. Porque si la especificidad da un cierto tipo de viviente es que un órgano, a la vez, eréctil y, como tal, privilegiado como soporte del goce, sea su amboceptor; ¿qué quiere decir esto?. Es que para ella no hay problema. Hacer el amor si las cosas tuvieran valor absoluto, por supuesto, es forzosamente aloplástico, si puedo decir, implica que ella vaya a aquel que lo tiene. Si ella no tuviera algunas de las propiedades del muchacho, no habría ningún problema. El muchacho tiene otras, precisamente en esto de que puede gozar de sí mismo exactamente como un monito. La cuestión sería pues muy simple pero no se trata de eso porque hay el lenguaje y la ley. El padre es un interdictor y por esta vía entra en función el problema.

Ahora bien, ¿qué nos dice, Jones?, ¿qué nos grita a voz en cuello dándonos cuenta de su experiencia?, ¿qué nos dice si no es que ahí todavía la mujer va a conservar su ventaja, va a ser ganadora?. Pero, hay que ver cómo, y para ver cómo hay que conservar en la cabeza todos estos prejuicios. Veamos lo que nos dice: es necesario que la mujer elija entre su sexo y su objeto . Ella renuncia al objeto paterno y va a conservar su sexo. No existen sino dos posibilidades de expresión de la libido en esta situación y estas dos vías pueden ser tomadas una y la otra, a grosso modo, entre abandonar su apego erótico al padre y el abandono de su feminidad. Ella debe cambiar de objeto o de deseo. ¿Y qué nos va a decir de lo que respecta a este nivel?. Veamos, describamos exactamente. Señorita Grazien, dígame exactamente el lugar del párrafo donde nos describió ... Acá está: en el primer caso los deseos femeninos se desarrollan en un nivel adulto, es decir, encanto erótico difuso (él subraya), narcisismo .

¿Qué quiere decir? Es que Freud aquí, de su experiencia, la primera cosa que tiene para adelantar en cuanto a lo que resulta de la elección, que yo no calificaría de normal, sino de legal, el que renuncia al objeto paterno para conservar su sexo, en suma, es de esto de lo que se trata. Y bien, esto quiere decir que no sirve de nada renunciar al objeto para conservar algo ya que eso algo que se quiere conservar al precio de una renuncia es, precisamente lo que se pierde.

¿Por qué?. ¿Qué tiene que ver con la esencia de la femineidad el encanto erótico difuso, que consiste en el manejo del pertrecho narcisista, sino muy precisamente lo que la señora Joan Riviere etiquetó como la femineidad a título de mascarada?. Y esto debe reflejar algo, es que a partir de tal elección la mujer tiene que tomar el lugar, por razones que se trata para nosotros de precisar, del objeto **a** .

En la perspectiva paterna y patriarcalizante la mujer nacida de una costilla del hombre es un objeto **a** . Someterse a la ley para conservar su sexo no solamente no lo evita perderlo sino que lo exige. Por el contrario, no soy yo quien la digo es Jones; en el otro caso conservación del objeto, es decir, del padre, ¿cuál va a ser el resultado?. Este resultado es la elección homosexual. Lo repito, no puedo hacer hoy más que decir: es Jones quien lo dice. Y, después de todo, toda nuestra experiencia detrás, comprendido ahí el etiquetamiento un poquito incompleto, porque elidido de toda la presencia de Proust que liga este caso con todo el carácter adivinatorio que tiene su intuición y su arte, pero; ¿qué importa?. Es en el otro caso, a saber en la medida que el objeto—padre es conservado que la mujer encuentra, ¿qué?. Lo que dice Jones. pues, a saber, su femineidad, porque en toda actitud o función homosexual la que la mujer encuentra en el lugar del objeto y se dice que es el lugar del objeto primordial es su femineidad. Y, entonces, segundo tiempo de lo que sucede en el interior de esta segunda elección, aquí los términos de Jones, a pesar de él, no son equívocos, es de la acentuación de la función de aquella de lo que se trata, a saber, un cierto objeto, y este objeto como perdido, que va a hacerse la elección, ya sea que este objeto devenga objeto de reivindicación y que la pretendida homosexual devenga una mujer en rivalidad con los hombres y reivindicando tener con ellos el falo, ya sea que en el caso del amor homosexual sea a título de no tenerlo que ella ame, es decir, de realizar lo que es, en suma, la cima del amor, dar lo que ella no tiene.

No tendremos goce de la femineidad como tal, de este punto de partida homosexual, que no hace sino ilustrar, la función mediadora que toma este falo que, entonces, nos permite designar su lugar. Si aquello de lo que se trata es de saber la que el ser pierde por ser aquel que piensa, se trata también de saber lo que viene a tomar el lugar de esta pérdida cuando se trata de gozar. Que el órgano privilegiado del goce, sea empleado ahí es natural, es lo que el hombre tiene bajo la mano. Pero, entonces, las cosas suceden en dos grados: este órgano se lo emplea en una función. Hay animales que tienen órganos que no sirven para nada. Se va a hacer de este pene un significante y lo que es importante no es su función como significante. Cuando ustedes hayan observado un poquitito más de cerca de lo que la mayoría de ustedes lo hace, lo que se llama en el lenguaje los morfemas, sabrán la función que hay en lo que se llama el caso o la forma no marcada. Podría haber ahí una desinencia o una aflicción que indicaría que el futuro, el pasado, el sustantivo, el partitivo o el forsivo y que eso tiene un sentido, que no haya, justamente,

marca en ese lugar. Ahí está la potencia de la función de significancia si la mujer conservara, llevada a una potencia superior, lo que le da no tener el falo, es justamente, de poder hacer de esta función del falo el perfecto logro de lo que está en el corazón de la castración, el término falo es decir, la castración misma es de poder llevar la función de significancia a este punto de ser no marcada.

Es aquí que terminaré hoy ciertamente, forzado a abreviar dada la hora. Pienso, al menos, para aquellos que están aquí, y de los que deseo que capten muy particularmente donde va a llevarnos la reemergencia de este complejo de castración del que ya nadie habla porque es bastante sorprendente que en el último artículo, al que les dije que se remitieran, sea un padre domínico, ni analizado, ni analista tampoco, quien haga notar que en un cierto libro no se hable, en absoluto, del complejo de castración. No es asombroso, yo no le enseñé lo que era, él no puede saberlo. Pero, espero que, pienso con suficiente tiempo, no más allá del fin de año, habremos avanzado un poco en eso.



Clase 16

4 de Mayo de 1966

Se trata para nosotros de situar nuestra topología, de situarnos nosotros, analistas como actuando en ella. En una reunión cerrada, —un grupo muy pequeño—, alguien me planteaba recientemente a propósito de lo que yo dije de esta topología, que si ella no es una metáfora, ¿qué es?. ¿Qué significa situarnos como sujetos en una referencia que no es metafórica? Yo no respondí. El que me preguntaba no había estado presente en el último Seminario cerrado y la respuesta elíptica que habría podido dar nos enfrentaba al goce. Hubiera sido una respuesta que no habría estado suficientemente comentada. Estar situado en lo que ya no es la metáfora del sujeto es ir a buscar los fundamentos de su posición, no en absoluto en algún efecto de significación, sino en lo que resulta de la combinatoria misma.

¿Qué concierne exactamente al sujeto en su posición clásica de este lugar exigido por la constitución del mundo objetivo?. Observen que en este sujeto puro, este sujeto del que los teóricos de la filosofía llevaron hasta el extremo la referencia unitaria en este sujeto, digo, no se cree totalmente y por algo. No se puede creer que todo lo del mundo está suspendido. Y es en esto en lo que consiste la acusación de idealismo.

Es aquí que la estructura visual de este sujeto debe ser explorada. Ya adelanté lo que de la materia nos aporta nuestra experiencia analítica. En primera instancia, la pantalla que nuestra experiencia analítica nos enseña como siendo el principio de nuestra duda, lo que se ve no revela sino que oculta algo. Esta pantalla, sin embargo, soporta para nosotros todo lo que se presenta. El fundamento de la superficie está en el principio de todo lo que llamamos organización de la forma, constelación. De ahí en más todo se organiza en una superposición de planos paralelos y se instauran las laberintos sin salida de la representación como tal.

En un libro, que aconsejo a la mayoría de aquellos que están aquí, ya que también esta asistencia no es mucho más extensa que la que tuve la última vez, un libro que se llama *la*

paradojas de la conciencia del Señor Ruyer ustedes verán la consecuencia de esta remisión estructural. Todo lo que concebimos como correspondencia punto por punto de lo que es de una superficie sobre la otra se hace imagen de la representación de un punto del que los rayos que parten atraviesan estos dos planos paralelos manifestando una huella en otra de aquella sobre un plano al plano correspondiente, una homotetia fundamental, homología; de manera que de cualquier modo que manipulemos la relación de la imagen al objeto, resulta que es muy necesario que haya en alguna parte este famoso sujeto que unifica la configuración, la constelación, para limitarla a algunos puntos brillantes, que, en alguna parte, unifica ese algo en lo que ella consiste. De ahí la importancia del sujeto.

Pero, esta fuga a una unidad mítica, donde es fácil ver la exigencia del puro espíritu unificador, la vía, —la vía por la cual los llevo que es propiamente la que se llama método—, culmina en esta topología, que consiste en esta observación de que no hay que buscar en absoluto lo que va a corresponder a esta superficie en el fondo del ojo que se llama la retina o, también, a toda otra en algún punto donde se forma la imagen que se trata de referir como constituyendo el elemento unificador.

Por supuesto, esto parte de la distinción cartesiana de la extensión y del pensamiento. Esta distinción supone que la extensión sea el espacio como homogéneo, en ese sentido impensable, que debe —como dice Descartes— concebirse enteramente como partes extra partes. Pero a poco que está velado en esta observación es que es homogéneo, que cada punto es idéntico a todos los otros siendo diferente propiamente lo que quiere decir la hipótesis, a saber que todas sus partes se valen.

Ahora bien, la experiencia de lo que respecta a esta estructura del espacio, no en absoluto cuando lo distinguimos del pensamiento, del pensamiento en tanto que lo soporta única y fundamentalmente la combinatoria significante, que este espacio no es, efectivamente, en absoluto separable y que es, por el contrario, es íntimamente coherente, que no hay ninguna necesidad de un pensamiento de sobrevuelo para volverlo a captar en esta coherencia necesaria, que el pensamiento no se introduce ahí por introducir la medida, una medida, de alguna manera aplicable, agrimensora, que lejos de explorarlo, lo construye. Designé ahí la esencia de lo que concierne al primer paso de la geometría, como su nombre de geometría vehiculiza, su huella todavía, de la geometría griega euclidiana, enteramente fundada, precisamente, sobre este tema de una medida introducida donde se oculta que no es en absoluto al pensamiento que la vehiculiza, sino hablando con propiedad, lo que los propios griegos llamaron medida.

El hombre es la medida de todas las cosas. Es decir, su cuerpo, el pie, el pulgar y el codo.

Ahora bien, el progreso del pensamiento, todavía titulado geometrizante, y sin duda, no es porque sí que *more geométrico* siempre pareció el ideal de toda deducción del pensamiento, el progreso, digo, de esta geometría, nos muestra la emergencia de otro modo de abordaje, donde extensión y combinatoria se anudan de una manera estrecha, y que es hablando con propiedad, la geometría proyectiva. En absoluto, igualdad, medida, efecto de recubrimiento, sino, como ustedes recuerdan todavía, esfuerzo frecuentemente penoso para fundar las primeras deducciónes de la geometría. Recuerden ustedes el tiempo en que se les hacía hacer el pase de magia de un volteo sobre el plano. Sabe Dios que esta ahí la operación que no parecía implicada en las premisas para fundar al estatuto del triángulo isósceles. Desplazamiento, traslación, manipulación, homotetia misma, todo este juego a partir del cual se despliega en abanico la deducción euclidiana se transforma, hablando con propiedad, en la geometría proyectiva justamente por introducir de figura a figura la función de la equivalencia por transformación.

Singularmente, este progreso se marca históricamente por la contribución de artistas propiamente hablando, a saber, de aquellos que se interesaron en la perspectiva. La perspectiva no es la óptica. No se trata en absoluto en la perspectiva de propiedades visuales sino, precisamente, esta correspondencia de lo que se establece concerniente a las figuras que se inscriben en una superficie a aquellas que, en otra superficie, son producidas por esta sola coherencia establecida de la función de un punto a partir del cual las líneas rectas que conjugan este punto con las articulaciones de la primera figura resultan, al atravesar otra superficie hacer aparecer otra figura. Reencontramos ahí la función de la pantalla y nada implica que de una figura a la otra aparezca una relación de semejanza o de similitud sino, simplemente, coherencias que podríamos definir entre las dos. La pantalla aquí hace función de lo que se interpone entre al sujeto y el mundo. No es un objeto como otros. Se pinta ahí algo. Antes de definir lo que concierne a la representación, la pantalla ya nos anuncia en el horizonte, la dimensión de lo que de la representación es el representante. Antes de que el mundo devenga representación, su representante —entiendo el representante de la representación— emerge.

No me privaré de evocar aquí, —por primera vez aunque sea para volver a eso— una noción que, aunque prehistórica no podría, de ninguna manera, pasar por arqueológica en la materia. El arte parietal al que encontramos precisamente, en el fondo de estos espacios cerrados que se llaman cavernas, es que en su misterio del que el principal es, —seguramente—, que todavía estamos en aprietos en cuanto a saber hasta qué punto estos lugares estaban iluminados, —no lo estaban sino en el orificio—, hasta qué punto estos lugares eran visitados parecen haberlo sido escasamente, si damos fe a las huellas que podemos localizar bajo la forma de huellas de pasos en lugares que, no obstante son favorables para llevar sus marcas. El arte parietal parece remitirnos a nada menos que lo que más tarde se enuncia en el mito platónico de la caverna, que tomaría ahí otros alcances, en efecto, que metafóricos. Si es al seno de una caverna que Platón intenta llevarnos para hacer surgir para nosotros la dimensión de lo real, es un azar sin duda, lo que se encuentra sobre estas paredes; donde las recientes exploraciones mediante métodos, en fin, científicos y que frente a estas figuras ya no pierden el aliento imaginando al hombre de los primeras tiempos en no se qué ansiedad de referir suficientemente para el almuerzo a su burguesa esta exploración, que ella no guiándose sobre la interpretación imaginativa de la que puede concernir a la relación de una flecha y un animal, sobre todo cuando aparece que la herida lleva las huellas más evidentes de ser una representación vulgar. Este método que hizo entrar en juego con el Señor Leroy-Gourant el aparato de un fichero cuidado incluso el uso de una máquina electrónica, nos representa que estas figuras no estén repartidas al azar y que la frecuencia, constante, unívoca de los ciervos a la entrada, de los bisontes en el medio, nos introduce, de alguna manera, directamente, —aunque al señor Leroy-Gourant y por algo no usa este hito, sin embargo muy simple, tal como le es inmediatamente dado por el alcance de mi enseñanza, a saber: que no hay ninguna necesidad de que aquellos que participaban muy evidentemente alrededor de estas pinturas todavía enigmáticas para nosotros en un culto, que aquellos no tenían

ninguna necesidad de entrar hasta el fondo de la caverna para que los significantes de la entrada los representara para los significantes del fondo, que no tenía necesidad en absoluto, por el contrario, de ser tan frecuentemente fuera de los tiempos precisos de la iniciación visitados como tales.

Todo lo que acompaña a estos cortejos singulares, líneas de puntos, flechas que aquí aparecen mucho más directrices del sujeto que vectrices de la intención alimentaria, todo nos indica que una cadena estructural, que una repartición, cuya esencia es, hablando con propiedad, ser significante, es ese algo que sólo puede darnos la guía de un pensamiento, a la vez, firme y prudente respecto a aquello de lo que se trata. Función de la pantalla, soporte como tal de la significancia. Esto es lo que encontramos inmediatamente en el despertar de ese algo que del hombre nos asegura, cualquiera fuera el tono de voz que diera ahí, era un ser hablante. Es aquí que se trata de captar de más cerca la relación de la significancia a la estructura visual, lo que se encuentra por la fuerza de las cosas, a saber, por el hecho de que aparece, hasta nueva orden que no tendremos jamás ninguna huella de la voz de estos primeras hombres. Es, seguramente por el estilo de la escritura que encontramos las primeras manifestaciones en él de la palabra.

No tengo ninguna necesidad de insistir sobre un hecho muy singular que ponen en evidencia, igualmente, estas representaciones de las que nos extasiamos en que sean naturalistas, como si no hubiéramos aprendido en nuestro análisis del realismo hasta qué punto todo arte es fundamentalmente metonímico, es decir, que designa otra cosa que lo que nos presenta. Estas formas realistas representan con una notable constante esta línea oscilante que se traduce de ésta por la forma de esa **S** alargada, donde no veré, en cuanto a mi, ningún inconveniente en ver recortarse la de la **S** por la cual les designo al sujeto. Si exactamente por la misma razón que cuando el Señor Hogarth busca designar lo que concierne a la estructura de la belleza, es también exactamente y principalmente a esta **S** que se refiere.

Para dar cuerpo por supuesto, a estas extrapolaciones, con las que convengo que pueden parecerles àpresuradas, debemos ahora volver a lo que llamé hace un rato la estructura visual de este mundo topológico, aquel sobre el cual se funda toda instauración del sujeto. Dije que esta estructura es anterior lógicamente a la fisiología del ojo o incluso a la óptica, que es esta estructura que los progresos de la geometría nos permiten formular como dando bajo una forma exacta, lo que concierne, —subrayo exacta—, lo que concierne la relación del sujeto a la extensión. Y, ciertamente, estoy muy impedido por simples consideraciones de decencia, de darles acá un curso de geometría proyectiva. Es necesario pues, que por medio de algunas indicaciones, suscite en ustedes el deseo de remitirse a eso por medio de algunos apólogos que les haga sentir su dimensión propia.

La geometría proyectiva es, propiamente hablando, combinatoria, combinatoria de puntos, de líneas, de superficies, susceptibles de trazados rigurosos pero cuyo fundamento intuitivo, lo que puntos, líneas, planos evocan para ustedes, se disipa, se reabsorbe y, al final, se desvanece detrás de un cierto número de necesidades puramente combinatorias, que son tales, por ejemplo, que el punto se definirá como intersección de dos líneas, dos líneas serán definidas como cortándose siempre porque una definición combinatoria no tiene valor si comporta excepciones de orden intuitivo. Si creemos que las paralelas son, justamente las líneas que no se cortan, dos líneas se cortarán siempre en un punto y uno se desenvolverá como pueda, pero es necesario que ese punto exista.

Ahora bien, parece que precisamente, ese punto existe y que es, incluso, por hacerlo existir que se fundará la geometría proyectiva y que es eso en lo que consiste el aporte de la perspectiva. Es que es precisamente, al proyectarlo sobre otro plano que se verá sobre este otro plano aparecer de una manera cuyo interés no es que sea ahí intuitivo, a saber, perfectamente visible en la conjunción de las dos líneas de horizonte, sino que tenga que responder según las leyes estrictas de una equivalencia esperada a partir de las hipótesis puramente combinatorias. Lo repito que son aquellas que se seguirán en los términos de que dos puntos, por ejemplo no determinan sino una sola línea recta y que dos líneas rectas no pueden cortarse en dos puntos.

Para hacerles sentir lo que concierne a tales definiciones, les recuerdo qué resulta de esto, que al encuentro de las manipulaciones de la demostración euclidiana, la admisión de estos principios que se resumen de una forma que se llama principio de dualidad, una geometría puramente proyectiva, no métrica podrá con seguridad, traducir un teorema indiscutible en términos de puntos y de líneas, sustituyendo punto a línea en su enunciado, y línea a punto, y obteniendo de esto un enunciado, ciertamente, tan válido como el precedente.

Ahí está lo que surgió en el siglo XVII con el genio de Pascal sin ninguna duda ya preparado por el advenimiento múltiple de una dimensión mental, tal como se presenta siempre en la historia del tema, que hace, por ejemplo, que el teorema llamado de Brianchon, el cual se enuncia: que un hexágono formado por seis líneas rectas, que son tangentes a una cónica por lo tanto, hexágono circunscrito —pienso que ustedes saben lo que es una cónica, pero se los recuerdo: cónica es un cono en una hipérbola, es una parábola, lo que quiere decir, en este casó, que se trata de algunas de sus formas tales como son engendradas en el espacio y no simplemente bajo formas de revoluciones, definiéndose un cono, entonces, por la forma que se presenta en el espacio mediante el envolvimiento de una línea que une un punto a un círculo, por ejemplo, y no uniéndola forzosamente a un punto situado perpendicularmente a su centro— todas estas líneas pues, presentan la propiedad de que las tres líneas que unen vértices opuestos, —lo que es fácil de determinar, cualquiera sea la forma del hexágono por un simple conteo, estas tres líneas convergen en un punto.

Por el sólo hecho de la admisión de los principios de la geometría proyectiva esta se traduce inmediatamente en que un hexágono formado por seis puntos que reposan sobre una cónica, que es, entonces, un hexágono inscripto, en este caso, los tres puntos de intersección de los lados opuestos reposan sobre una misma línea.

Si ustedes escucharon estos dos enunciados, ustedes ven que se traducen uno del otro por simple sustitución, sin equívoco de punto a línea y de línea a punto. Hay ahí, en el procedimiento de la demostración, ustedes la sienten bien, algo totalmente diferente que la que hace intervenir medición, regla o compás y que, tratándose de combinatoria, es de puntos, de líneas, incluso de planos, en términos de puro significante, y también de teoremas que pueden inscribirse solamente con letras que se trata.

Ahora bien esto por sí sólo va a permitirnos dar un alcance totalmente diferente a la que

concierne a la correspondencia de un objeto con la que llamaremos su figura. Aquí introduciremos el aparato que ya nos sirvió como esencial para confrontar a esta imagen mítica del ojo que, cualquiera sea, alude, elide, lo que concierne a la relación de la representación al objeto, ya que, de alguna manera, la representación ahí será siempre un doble de este objeto. Confrontado a lo que les presenté primero como la estructura de la visión, oponiéndole la de la mirada, y esta mirada en este primer abordaje la puse ahí donde se capta, ahí donde se soporta, a saber, ahí donde está esparcida en esta obra que se llama un cuadro. La relación, de alguna manera, originaria de la mirada a la mancha, en la misma medida en que el *fyllum* biológico puede habérnoslo aparecer efectivamente según organismos extremadamente primitivos bajo la forma de la mancha a partir de lo cual la sensibilidad localizada que representa la mancha en su relación a la luz puede servirnos de imagen, de ejemplo, de ese algo donde se origina el mundo visual. Pero, seguramente, no hay ahí sino equívoco evolucionista, cuyo valor no puede tomar, no puede afirmarse como referencia, sino refiriéndose a una estructura sincrónica perfectamente captable.

¿Qué es lo que concierne a lo que se opone como campo de visión y como mirada a nivel precisamente de esta topología?. Seguramente, el cuadro va a continuar jugando ahí un papel y ésta no debe sorprendernos en absoluto. Si ya hemos admitido que algo como un montaje, como una montura, como un aparato, es esencial para aquello que apuntamos a tener la experiencia, a saber, la estructura del fantasma, y al cuadro del que vamos a hablar, ya que es en este sentido que esperamos servicio y rendimiento de esto, es en su montura de caballete que vamos a tomar este cuadro, que algo que se sostiene como un objeto material es lo que va a servirnos de referencia para un cierto número de reflexiones. En la geometría proyectiva, ese cuadro va a ser ese plano del que hablamos recién, sobre el cual en el horadamiento de cada una de las líneas, que llamaremos si ustedes quieren, líneas oculares para no hacer ningún equívoco con rayo visual, las líneas que unen el punto esencial en el comienzo de nuestra demostración, que vamos a llamar ojo, y que es este sujeto ideal de la identificación, del sujeto clásico del conocimiento. No olviden por ejemplo en todos las esquemas que di sobre la identificación, que es de esa **S**, punto del ojo de lo que se trata.

Desde ese punto una línea recta se une a lo que designaremos como soporte punto a línea, incluso plano, en el plano soporte, estas líneas atraviesan este otro punto y los puntos las líneas, donde lo atraviesan, incluso el atravesamiento del punto, que se determina sobre una de esta líneas para contenerlo este atravesamiento del plano figura, este atravesamiento de la línea ocular, que deja su huella sobre al plano figura. Es con esto que tenemos que ver en la construcción de la perspectiva. Es ella la que debe revelarnos materializar la topología de donde resulta que algo se produce en la construcción de la visión, que no es otra cosa que lo que nos da la base, el soporte, del fantasma, a saber: una pérdida que no es otra que la que yo llamo la pérdida del objeto **a** , que no es otra que la mirada y, por otra parte, una división del sujeto.

¿Que nos enseña en efecto, la perspectiva?. Nos enseña que todas las líneas oculares que son paralelas al plano soporte van a determinar sobre el plano figura una línea que no es otra que la línea de horizonte. Esta línea de horizonte es, ustedes lo saben el hito mayor de toda construcción perspéctica. ¿A que corresponde en el plano soporte?. Corresponde, si mantenemos firmes los principios de la coherencia de esta geometría combinatoria igualmente a una línea. Esta línea es, propiamente hablando, aquella que los griegos no alcanzaron, por el hecho de que por razones que hoy dejaremos de lado hoy aún, si debemos mantenerlas en cuestión algún día, que los griegos no podían sino no alcanzar y que es propiamente hablando esta línea, línea igualmente y por nuestras principios igualmente línea recta que se encuentra en el infinito sobre el plano soporte y que intuitivamente no podemos concebir sino como representando, si puedo decirlo, el todo de esto. Es sobre esta línea que se encuentran los puntos donde, en el plano soporte las paralelas convergen, lo que se manifiesta en el plano figura, ustedes la saben, en la convergencia de casi todas las líneas paralelas al horizonte.

Se imagina esto en general y lo vemos bajo la pluma de los mejores autores, es lo que ustedes saben bien. Cuando ustedes ven una ruta y va hacia al horizonte, se vuelve cada vez más pequeña, cada vez más estrecha. No se olvida sino una cosa, el peligro que hay en tales referencias porque todo lo que colocamos como horizonte, es un horizonte de nuestra bola terrestre, es decir un horizonte totalmente distinto, determinado por la forma esférica como se hace notar, por otra parte, sin ver ahí, parece, la menor contradicción, como se hace notar cuando se nos dice que al horizonte es la prueba de la redondez de la tierra.

Ahora bien, les ruego notar que incluso si estuviéramos sobre un plano infinito habría siempre, para cualquiera que estuviera de pie, una línea de horizonte. Lo que nos molesta y nos perturba en esta consideración de esta línea de horizonte es, primero, aquello sobre lo que volveré enseguida, a saber, que no la vemos nunca sino en un cuadro. Veremos enseguida lo que respecta a la estructura del cuadro como un cuadro limitado no se nos viene a la mente, incluso que si el cuadro se extendiera infinitamente en la línea de horizonte sería recta hasta el infinito. Igualmente, en este caso, nos contentamos con tener simplemente que pensar de una manera groseramente analógica, a saber, que el horizonte que está ahí, sobre el cuadro, es un horizonte como nuestro horizonte, al que se puede dar la vuelta.

Otra observación es esta: es que un cuadro es un cuadro y la perspectiva otra cosa. Vamos a ver enseguida cómo nos servimos de ella en el cuadro. Pero, si ustedes parten de las condiciones que les di para lo que debe venir a trazarse sobre al plano figura, ustedes notarán esto: es que un cuadro hecho en estas condiciones, que serían las de una estricta perspectiva, tendría por efecto, si ustedes suponen por ejemplo, porque es necesario que se enganchen a algo que están parados sobre un plano cubierto, por una cuadrícula hasta el infinito, que esta cuadrícula venga, por supuesto a detenerse, —veremos enseguida, cómo—, en el horizonte. ¿Y por encima del horizonte?, ustedes van a decir naturalmente el cielo. Pero para nada, para nada. Por encima, lo que hay, en el horizonte, detrás de ustedes, pienso que si reflexionan en eso podrán captarlo inmediatamente para trazar la línea que une el punto que llamamos S a lo que está detrás, sobre el plano soporte, de lo que ustedes verán enseguida, que se va a proyectar por encima del horizonte. Hagamos que en este horizonte, el plano proyectivo venga del plano soporte a coserse en el mismo punto de horizonte los dos puntos opuestos del plano soporte, uno, por ejemplo, que esta totalmente a la izquierda de ustedes sobre la línea de horizonte del plano soporte vendrá a coserse a otro que está totalmente a vuestra derecha, sobre la línea de horizonte, igualmente, del plano soporte. ¿Comprendieron?. Quiero decir ...¿no?.

Recomencemos. Ustedes tienen frente a ustedes una superficie, ustedes tienen frente a ustedes un plano cuadrícula, supongamos, para mayor simplicidad que sea horizontal y ustedes sean verticales, es una línea que une vuestro ojo, —voy a decir cosas tan simples como sea posible—, con un punto cualquiera de este plano soporte cuadriculado y al infinito, que determina sobre el plano vertical, digamos para complacerlos que es el de la proyección, que va a determinar la correspondencia punto a punto. A todo punto de horizonte, es decir, en el infinito del plano soporte corresponde un punto sobre el horizonte de vuestro plano vertical.

Reflexionen en lo que sucede. Por supuesto, se trata de una línea que, justamente como comencé a decirlo no tiene nada que ver con un rayo visual. Es una línea que parte detrás de ustedes, del plano soporte, y que va, a vuestro ojo. Ella va a culminar sobre el plano figura en un punto por encima del horizonte, a un punto que corresponde al horizonte del plano soporte va a corresponder otro punto que venga a tocarlo por arriba, si puedo decirlo, sobre la línea de horizonte, Y lo que está detrás de ustedes, a la derecha, ya que eso sucede y eso se cruza a nivel del punto ojo, va de ahí exactamente en sentido inverso adonde esto se presentaría si ustedes se dieran vuelta, a saber que lo que ustedes verían a la izquierda, si se dieran vuelta hacia este horizonte, lo verán ubicado a la derecha por encima de la línea de horizonte sobre el plano proyectivo de la proyección. En otros términos, que lo que es una línea, que no podemos definir como redonda, ya que no es redonda, sino por nuestra aprehensión cotidiana de la redondez terrestre, que es de esta línea que está en el infinito sobre el plano soporte que veremos anudarse los puntos viniendo, respectivamente, de arriba y de abajo, y de una manera que para el horizonte posterior viene a engancharse en un orden estrictamente inverso a la que respecta al horizonte anterior.

Yo puedo, por supuesto, en este caso, suponer, como lo hace Platón en su caverna mi cabeza fija y determinando, en consecuencia, dos mitades de las que puede hablar concernientes al plano soporte. Lo que ustedes ven ahí no es otra cosa, por otra parte, que la ilustración pura y simple de lo que sucede cuando al plano proyectivo se los representa en el pizarrón bajo la forma del *cross-cap,* a saber, que lo que ustedes ven, en lugar de un mundo esférico es un cierto bulbo que se anuda de una cierta manera, recruzándose a sí mismo, que hace que lo que se presentó primero como un plano en el infinito, vuelve en otro plano habiéndose dividido, a anudarse a sí mismo a nivel de esta línea de horizonte y a anudarse de una manera tal que a cada uno de las puntos del horizonte del plano soporte, ¿viene a anudarse qué?. Precisamente, lo que la forma, que ya les puse en el pizarrón, del plano proyectivo, a saber, su punto diametralmente opuesto. Es por esto que sucede que tal proyección es al punto posterior a la derecha, el que viene a anudarse al punto anterior a la izquierda. Tal es lo que respecta a la línea de horizontal indicándonos ya que la que hace la coherencia de un mundo significante de estructura visual es una estructura de envoltorio y no, en absoluto, de extensión indefinida. No es menos cierto que no es, para nada suficiente decir estas cosas tal como les acabo de hacer la imagen, porque yo olvidaba en la cuestión la cuadrícula que había puesto ahí únicamente para comodidad de ustedes, pero que no es indiferente, porque una cuadrícula estando hecha de paralelas es necesario decir que habiendo admitido esto de que fijé mi cabeza, todas las líneas paralelas del espacio, como ustedes, pienso, no tienen ningún esfuerzo para imaginarlo, irán a resumirse en un cierto punto de fuga en el horizonte, un sólo punto, a saber, que es la dirección de todas las paralelas en una cierta posición dada, la que determina al único punto de horizonte sobre el cual en al plano figura se cruzan. Si ustedes tienen esta cuadrícula infinita de la que hablamos, lo que ustedes verán conjugarse en el horizonte serán todas las paralelas de toda la cuadrícula en un sólo punto, lo que no impide que será al mismo punto donde todas las paralelas de toda la cuadrícula posterior vendrán por arriba igualmente a conjugarse.

Estas observaciones que son fundamentales para toda ciencia de la perspectiva y que son lo que todo artista, en el trabajo de ordenar lo que sea, una serie de figuras sobre un cuadro o, también, las líneas de lo que se llama un monumento, que es la dispersión de un cierto número de objetos alrededor de un vacío, tendrá en cuenta, y que este punto sobre la línea de horizonte, de la que hablaba recién a propósito de la cuadrícula, es exactamente lo que se llama habitualmente, no veo que yo aparte ahí algo verdaderamente muy trascendente, al punto de fuga de la perspectiva. Este punto de fuga de la perspectiva es, hablando con propiedad, lo que representa en la figura el ojo que mira. El ojo no debe ser captado fuera de la figura. Está en la figura y todos, desde que hay una ciencia de la perspectiva, lo han reconocido como tal y llamado como tal. Es llamado el ojo en Alberti. Es llamado el ojo en Vignola. Es llamado el ojo en Albrecht Dürer. Pero, eso no es todo, porque lamento que se me haya hecho perder tiempo en explicar en este punto, no obstante, verdaderamente accesible, eso no es todo.

Eso no es todo, en absoluto, porque están también las cosas que están entre el cuadro y yo. Las cosas que están entre el cuadro y yo pueden, igualmente, por el mismo procedimiento representarse sobre al plano del cuadro donde se irán hacia profundidades que podremos tener por infinitas, nada de esto nos lo puede impedir, pero ellas se detendrán en un punto que corresponde, ¿a qué?. Al plano paralelo al cuadro que pasa —voy a decir para facilitarles las cosas—, que pasa por mi ojo o por el punto **S**. Tenemos ahí dos trazas. Tenemos la traza de aquello por lo cual al cuadro viene a cortar el soporte. Es la inversa de la línea de horizonte. En otros términos es lo que, si invertimos las relaciones —y tenemos derecho a esto—, constituye como línea de horizonte en el soporte la línea infinita en la figura. Y luego está la línea que representa la sección del soporte por el plano del cuadro. Son dos líneas.

Es tarde y les diré algo mucho menos riguroso en razón del poco tiempo que me queda. Las cosas son más largas de explicar de lo que parece en principio. Rigurosamente, esto quiere decir que hay otro punto de ojo, que es el que está constituido por la línea del infinito sobre el plano de la figura y su intersección por algo que está ahí, a saber, la línea por la cual el plano de la figura corta el plano soporte. Estas dos líneas se cortan, ya que ambas están en el plano de la figura. Y lo que es más, ellas se cortan en un sólo punto, porque este punto es, sin duda, el mismo sobre la línea del infinito.

Para permanecer sobre un dominio de la imagen, diré que esta distancia de las dos paralelas, que son, en el plano soporte, aquellas que están determinadas por mi posición fijada de mirante y aquella que está determinada por la inserción, el encuentro del cuadro con el plano soporte, esta hiancia, esta hiancia que en al plano figura no se traduce sino por un punto, por un punto que se sustrae totalmente porque no podemos designarlo como designamos al punto de fuga en el horizonte. Este punto esencial a toda la configuración y del todo especialmente cárácterístico, este punto perdido, si ustedes quieren enfrentarse

con esta imagen que cae en el intervalo de las dos paralelas, en cuanto a lo que concierne al soporte, es este punto al que llamo el punto del sujeto mirante.

Tenemos, entonces, el punto de fuga, que es el punto del sujeto en tanto que evidente, y el punto que cae en el intervalo del sujeto y el plano figural que es el que llama al punto del sujeto mirante. Esto no es una novedad. Es una novedad introducirla así, encontrar la topología del sujeto tachado, de la que será necesario saber ahora dónde situamos al que determina la división de estos dos puntos. Digo de estos dos puntos en tanto que representen al sujeto en la figura. Ir más lejos nos permitirá instaurar un aparato, un montaje totalmente riguroso y que nos muestra al nivel de lo que concierne a la combinatoria visual, lo que es el fantasma. Dónde tendremos que situarlo en este conjunto es lo que se dirá a continuación. Pero, desde ahora, para que ustedes no piensen que los llevo a lugares abismales, —no hago psicología de las profundidades—, estoy haciendo geometría y sabe Dios que tomé precauciones después de haber leído todo lo que se puede referir a esta historia de la perspectiva desde Euclides, que la salteo tan perfectamente en sus aforismos, hasta las personas de las que hablé recién y hasta el último libro de Michel Foucault, que hace directamente alusión a estas cosas en su análisis de las acompañantes (nota(84)) en el primer capítulo de *Las palabras y las cosas*. Intenté darles algo totalmente de soporte, es al caso de decirlo. Pero, en cuanto a este punto perfectamente definido que acabo de dar como el segundo punto que representa al sujeto vidente en la combinatoria proyectiva, no crean que soy yo que lo inventé.

Pero, se lo representa de otro modo y este otro modo fue ya llamado por otros que yo, el otro ojo, por ejemplo. Es exactamente muy conocido por todos los pintores este punto, porque ya que les dije que este punto en su rigor, cae en el intervalo tal como lo definí sobre al plano soporte para ir a situarse en un punto que ustedes no pueden, naturalmente, apuntar, pero que es exigido por la equivalencia fundamental de la que es la geometría proyectiva y que se encuentra en el plano figura por mucho que esté en el infinito se encuentra ahí.

¿Cómo es utilizado este punto?. Es utilizado por todos aquellos que hicieron cuadros sirviéndose de la perspectiva. Es decir, muy exactamente, desde Massachio y Van Eyck, bajo la forma de lo que se llama el otro ojo, como se las decía hace un rato. Es al punto que sirve para construir toda perspectiva plana en tanto que fuga, en tanto que está, precisamente, en el plano soporte. Se construye muy exactamente así en Alberti. Se construye un poco diferentemente en la que es el Pélèrin. Helo aquí.

Esto es aquello cuya perspectiva se trata de descubrir, a saber una cuadrícula, por ejemplo, cuya base viene a apoyarse acá. Tenemos una localización. Si me presto a esto, quiero decir, si quiero simplemente hacer las cosas simples para vuestra comprensión, me pongo en medio de esta localización de cuadrícula y una perpendicular sobre la base de esta cuadrícula me da en el horizonte el punto de fuga. Yo sabré pues, desde ya, que mi cuadrícula se va a disponer así con la ayuda de mi punto de fuga. Pero, ¿qué es lo que le va a dar la altura a la que va a llegar la cuadrícula en perspectiva?. Algo que me sirva de mi otro ojo. Y lo que descubrió la gente bastante, ya que, al fin de cuentas, la primera teoría de esto está dada en Alberti contemporáneo de aquellos que acabo de nombrarles, Massachio y Van Eyck. Y bien, tomaré aquí una cierta distancia que es exactamente la que corresponde a lo que les di recién como este intervalo de mi plano al cuadro. Sobre esta distancia —tomando un punto situado a la misma altura que el punto de fuga— hago una construcción, una construcción que pasa en Alberti por una vertical situada aquí, trazo aquí la diagonal, aquí una línea horizontal y aquí tengo el límite en el que terminará mi cuadrícula, el que quise ver en perspectiva.

Tengo, entonces, toda libertad en cuanto a la altura que le daré a esta cuadrícula tomada en perspectiva. Es decir que en el interior de mi cuadro, elijo a mi gusto la distancia que voy a ubicarme respecto de mi cuadrícula, para que me aparezca en perspectiva. Y esto es tan verdadero que en muchos cuadros clásicos ustedes tienen bajo una forma enmascarada, una pequeña mancha, incluso, a veces, muy simplemente un ojo. La indicación acá del punto donde ustedes mismos deben tomar la distancia, donde ustedes deban ponerse en el cuadro, para que todo el esfuerzo de perspectiva sea realizado para ustedes. Ustedes lo ven, esto abre otra dimensión que es ésta, ésta que es exactamente la misma, —sorprendió hace un rato—, cuando les dije que por encima del horizonte no está el cielo. Está el cielo porque ustedes meten en el fondo, sobre el horizonte un bastidor, que es el cielo. El cielo nunca es sino un bastidor en la realidad, como en el teatro. Y, del mismo modo entre ustedes y el cielo hay todo una serie de bastidores. El hecho de que ustedes puedan elegir vuestra distancia y cualquier cuadro en el cuadro y ya el cuadro mismo en una toma de distancia, porque ustedes no hacen un cuadro de ustedes en al orificio de la ventana en la que ustedes se enmarcan. Ustedes ya hacen el cuadro en el interior de este marco. La relación de ustedes con este cuadro y lo que tiene que ver con el fantasma, esto nos permitirá tener localizaciones una cifra asegurada para todo lo que a continuación nos permitirá manifestar las relaciones del objeto **a** con los.(falta terminar la frase).

Es lo que espero y espero que un poco más rápido que hoy, podré exponerles la próxima vez.



Clase 17

11 de Mayo de 1966

Por lo que respecta al saber, es difícil no tener en cuenta la existencia del sabio. Sabio solamente tomado aquí como el soporte de hipótesis, la hipótesis del saber en general, sin poner ahí forzosamente la connotación de científica. El sabio sabe algo, o bien no sabe nada. En los dos casos sabe que él es un sabio.

Esta observación está hecha solamente para puntuarles este problema preparado desde hace mucho tiempo y diré incluso, presentificado desde no solamente que yo enseño, desde que impulsé mis primeras observaciones sobre lo que nos recuerda de primordial el análisis y que está centrado alrededor de la función del narcisismo o del estadio del espejo, digamos para ir rápido, ya que comenzamos con atraso, que el estatuto del sujeto, en el sentido más amplio, en el sentido no todavía desglosado, no en el sentido en que estoy intentando abarcar la estructura para ustedes, —lo que se llama el sujeto en general—, que quiere decir simplemente, en el caso que acabo de decir, hay saber, luego hay un sabio. El hecho de saber que se es un sabio, no puede no intrincarse profundamente en la estructura de ese saber. Para ir directamente, digamos que el profesor, ya que el profesor tiene mucho que ver con el saber, para transmitir el saber es necesario acarrear una cierta cantidad de saber, que ha ido a tomar ya sea en su experiencia, ya sea en una acumulación de saber hecha en otra parte, que se llama, por ejemplo, en tal o cual dominio, la filosofía, por ejemplo, la tradición. Está claro que no podríamos descuidar que la preservación del estatuto particular de ese sabio, evoque al profesor, pero hay otros estatutos, el del médico, por ejemplo, que la preservación de su estatuto, por su naturaleza dobla, inclina, lo que para él le parecerá el estatuto general de su saber. El contenido de ese saber, el progreso de ese saber, la punta de su extensión, no podría no ser influenciado por la protección necesaria de su estatuto de sujeto sabio.

Esto no parece bastante evidente si se piensa que tenemos frente a nosotros la materialización tangible por las consagraciones sociales de ese estatuto, que hacen que un señor que no sea considerado como sabio únicamente en la medida en que sabe y que continúa funcionando como sabio. Las consideraciones de rendimiento vienen ahí, lejos, detrás de aquellas del mantenimiento de un estatuto permanente, de aquel que accedió a una función sapiente. Esto no es justificado y en el conjunto conviene a todo el mundo. Todo el mundo se acomoda muy bien a esto. Cada uno en su lugar; el sabiosapientea(85) en lugares designados y no se va a mirar de tan cerca si su sabiamiento(86), a partir de un cierto momento, se repite, se enmohece o incluso deviene pura apariencia de sabiduría(87). Pero, como en muchas cristalizaciones sociales no debemos detenernos simplemente en lo que la pura exigencia social, lo que se llama habitualmente las funciones de grupo y como un cierto grupo toma un estatuto más o menos privilegiado por razones que deben, al fin de cuentas, siempre hacerse remontar a algún origen histórico. Hay ahí algo estructural y, como lo estructural nos fuerza frecuentemente a hacerlo notar, supera mucho la simple interrelación de utilidad. Se puede considerar que, desde el punto de vista del rendimiento, habría ventaja en hacer el estatuto del sabio menos estable. Pero es necesario creer, justamente, que hay en los espejismos del sujeto, —y no en la estructura del propio sujeto—, algo que culmina en estas estructuras estables que les exigen

Si el psicoanálisis nos fuerza a poner en cuestión el estatuto del sujeto, es sin duda, porque aborda este problema, problema de lo que es un sujeto desde otro punto de partida. Si durante largos años pude mostrar que la introducción de esta experiencia del análisis en un campo que no podría localizarse sino por conjugar una cierta puesta en cuestión del saber en el nombre de la verdad, si la escansión de este campo se va a ubicar en un punto más radical, en un punto anterior a este encuentro a este encuentro de una verdad que se plantea y se propone como extranjera al saber; lo hemos dicho, esto se introduce por el primer sesgo de demanda, que primero, en una perspectiva que se reduce inmediatamente, se propone como más primitivo, como más arcaico, y que exige interrogar cómo se ordena en su estructura esta demanda con algo con lo que ella no es acorde y que se llama el deseo.

Es así que por este sesgo, de alguna manera, en este clivaje estructural, hemos llegado a volver a poner en cuestión este asunto del sujeto, a considerar que lejos de que el sujeto nos parezca un punto pivote, una especie de eje alrededor del cual giraría, cualquiera fuera los ritos, la pulsación que acordáramos a lo que gira, alrededor de lo cual girarían las expansiones y los retrocesos del saber.

No podemos considerar el drama que se juega, que funda la esencia del sujeto, tal como nos la da la experiencia psicoanalítica, al introducir el sesgo del deseo en el corazón mismo de la función del saber. No podremos hacerlo sobre el fundamento de estatuto de la persona que, al fin de cuentas, es lo que dominó hasta ahí la visión filosófica que fue tomada de la relación del hombre a lo que se llama el mundo bajo la forma de un cierto saber.

El sujeto nos aparece fundamentalmente dividido en este sentido, en el que al interrogar a este sujeto en el punto más radical, a saber, si sabe o no algo, —ahí está la duda cartesiana. Vemos lo que es esencial en esta experiencia del cogito, el ser del sujeto en el momento en que es interrogado, huir de alguna manera, divergir bajo la forma de dos rayos de seres que no coinciden sino bajo una forma ilusoria, el ser que encuentra su certidumbre de manifestarse como ser en el seno de esta interrogación: pienso, pensando que soy, pero soy lo que piensa. Punto no observado, pero que toma todo su peso, todo su valor, por recortarse en la experiencia analítica, por esto de que aquel que es lo que piensa, piensa de una manera de la que no está advertido, aquel que piensa: yo soy. Ahí está el sujeto que está encargado de representar a aquel que, dirigiendo la experiencia analítica, que se llama el psicoanalista ve replantearse para él lo que respecta a la cuestión del sabio.

La relación del psicoanalista a la cuestión de su estatuto retoma aquí, bajo una forma de una agudeza duplicada aquella que está planteada desde siempre concerniente al estatuto de aquel que detenta el saber. Y el problema de la formación del psicoanalista no es, verdaderamente, otro que, mediante una experiencia privilegiada, el de permitir que venga al mundo, si puedo decirlo, sujetos para que esta división del sujeto no sea solamente algo que saben, sino algo en lo que piensan. Se trata de que vengan al mundo algunos que sabrían descubrir lo que experimentan en la experiencia analítica a partir de esta posición mantenida de que jamás están en estado de desconocer que en el momento de saber como analistas están es una posición dividida. Nada es más difícil que mantener en una posición de ser lo que seguramente para cada uno, si merece el título de analista, fue en algún momento experimentado en la experiencia. Helo aquí, a partir del momento en que está instaurado el estatuto de aquel que es supuesto saber en la perspectiva analítica renacen todos los prestigios del desconocimiento especular que no pueden sino reunificar este estatuto del sujeto, a saber, dejar caer, elidir la otra parte de aquella de la que, no obstante, eso debería ser el efecto de esta experiencia única. Eso debería ser el efecto separativo en relación al conjunto de rebaño, que algunos no solamente lo sepan, sino que estén en el momento de abordar toda experiencia del orden de la suya, que estén conformes a quien, al menos, presenta lo que concierne a esta estructura dividida. No es otra cosa que el sentido de mi enseñanza, recordar esta exigencia cuando, seguramente, están en otra parte los medios para introducirlo, pero que mediante una estructura, lo repito, que supera en mucho su condicionamiento social, algo, cualquiera sea la experiencia, por el sólo hecho del funcionamiento, donde cada uno se identifica a cierto estatuto nombrable, en este caso el de ser el sabio, tiende a hacer reentrar en la sombra lo esencial de la esquicia mediante la cual, sin embargo, solamente puede abrirse un acceso a la experiencia que esté al nivel mismo de esta experiencia. Es en tanto que sujeto dividido que el analista es llamado a responder a la demanda de aquel que entra con él en una experiencia de sujeto.

Por eso no es puro refinamiento y adorno detalista, pintura de un sector particular de nuestra experiencia, que ilustraría de alguna manera, lo que conviene agregar de información a lo que podemos conocer, por ejemplo de la pulsión escópica, que la última vez fui a desarrollar frente a ustedes, las funciones de la noción de perspectiva. Es en la medida, por el contrario, en que se trata para ustedes de ilustrar lo que se puede sostener de su aparato, aquello alrededor de lo cual se trata de que la subjetividad del analista se localice y localizándose no se olvida jamás, incluso en el momento en que el segundo punto de fuga, si puedo decir de su pensamiento, tiende a ser olvidado, elidido, dejado de lado, al menos en la fuerza de algún esquema se va a recordar a sí mismo que debe buscar dónde funciona este otro punto de fuga en el momento mismo, en el lugar mismo en que tiende a formular alguna verdad que, por su expresión misma, sino tiene cuidado, se encontrará volviendo a caer en los viejos esquemas unitarios del sujeto —del sujeto del conocimiento— y lo incitará, por ejemplo, a poner en primer plano aquella idea de totalidad que es, hablando con propiedad, aquello de lo que más debe desconfiar en la síntesis de su experiencia.

La última vez, intentando, por vías abreviadas, presentificarles lo que puede aportarnos, lo que nos enseña la experiencia de la perspectiva, aunque esas vías las elegí tan practicables como pude, seguramente tuve la sensación de no haber logrado siempre concentrar sino toda la atención, al menos haber logrado siempre recompensarla. A falta, quizás, de algún esquema y, sin embargo, era lo que yo entendía repeler, retroceder, para evitar un malentendido, voy, no obstante, a hacerlo hoy al resumirlo y decir lo que en esta experiencia de la perspectiva, hablando con propiedad, pueda ilustrar para nosotros aquello de lo que se trata, a saber, la relación de la división del sujeto a lo que especifica en la experiencia analítica, la relación propiamente visual al mundo, a saber, un cierto objeto **a** . Éste objeto **a**, que hasta aquí y de una manera aproximada, que por otra parte no debe ser retomado, distinguí del campo de la función de la mirada, como éste puede organizarse en la experiencia, la experiencia estructural en la medida que esta instaura un cierto tipo de pensamiento en la geometría, en la medida en que es vuelta sensible en todo el funcionamiento del arte y esencialmente en la pintura.

Hice, la última vez, verbalmente una construcción que es fácil reencontrar tal cual en una obra de perspectiva. No es de eso de lo que se trata. No lo aportaron al momento. Es la obra, por ejemplo, o más bien, la colección de los artículos Erwin Panovsky(88) sobre la perspectiva. Hay una edición en alemán, por otra parte donde los artículos, veo, se agrupan diferentemente de esta edición italiana. Recordé que en la relación llamada proyectiva, que se establece del plano de lo que se puede llamar el cuadro al plano de lo que, para ser simples, llamaremos el suelo perspectivo, hay correspondencias lineales, fundamentales, que se establecen y que implican elementos, hablando con propiedad, no intuicionables y que son, no obstante, elementos fundamentales de lo que se puede llamar el espacio o la extensión proyectiva. Una geometría coherente que instaura un perfecto

rigor que no tiene nada en común con la geometría métrica, es decir, a condición de admitir lo que sucede en lo que llamé el suelo perspectivo, para reemplazar un término, me di cuenta, más difícil de mantener en la mente que aquel que había empleado la última vez; la correspondencia de la línea trazada, entonces, sobre el suelo perspectivo con las líneas trazables sobre el cuadro implica que una línea en el infinito, sobre el suelo perspectivo, se traduce por la línea de horizonte sobre el cuadro. Este es el primer paso de toda construcción perspectiva.

Voy a esquematizarlo de la siguiente manera: supongan que acá está el suelo perspectivo, les dejo de perfil al cuadro, pongo acá esto de lo que no hablé todavía, **S** el punto ojo del sujeto. Indiqué suficientemente la última vez aquello de lo que se trataba, para que ustedes comprenden ahora el sentido del trazado de lo que voy a hacer. Les dije, independientemente de lo que fuera a que ustedes deban referirse en la experiencia y, principalmente no al horizonte tal como es efectivamente experimentado sobre nuestra bola en tanto que es redonda, un plano infinito supone que de este punto ojo sea en l planteando un plano paralelo al suelo perspectivo, que ustedes determinan la línea de horizonte sobre el cuadro según la línea donde este plano paralelo corta el plano del cuadro y de la pintura nos dice que cualquier punto de esta línea de horizonte es tal que las líneas que concurren a él corresponden a líneas paralelas, cualquiera sean, sobre el suelo perspectivo.

Podemos, entonces, elegir cualquier punto de la línea de horizonte como centro de la perspectiva. Es lo que se hace, en efecto, en todo cuadro sometido a las leyes de la perspectiva. Este punto es, propiamente, lo que en el cuadro no responde solamente, ustedes lo ven, al suelo, a poner en perspectiva, sino a la posición del punto **S**, y como tal en la figura representa al ojo. Es en función del ojo del que mira que el horizonte se establece en un plano del cuadro.

A esto, dije la última vez todos aquellos que estudiaron la perspectiva, agregan lo que llaman el otro ojo, a saber la incidencia de este punto **S** al plano del cuadro.

Ahora bien, también sucede que en el uso que se hace de esto en cualquier cuadro esta distancia es arbitraria, es a elección de aquel que hace el cuadro, quiero decir, que está la elección en el interior del cuadro mismo. Es decir que, desde el punto de vista de la estructura del sujeto, en tanto que el sujeto es el sujeto de la mirada, que es el sujeto de un mundo visto, es lo que nos interesa, es decir, que podemos descuidar esta parte del sujeto que no nos aparezca sino en una función de artificio, mientras que la línea de horizonte es estructural. Es hecho de que la elección de la distancia es dejada libremente a mi elección, yo que miro, puedo decir que no hay ahí sino artificio del artista, que es a la distancia a la que me pongo mentalmente de tal o cual plano que elijo en la profundidad del cuadro que esto sea, pues, de alguna manera, caduco y secundario y no estructural. Digo que es estructural, y nunca nadie hasta acá lo remarcó suficientemente. Este segundo punto en la perspectiva se define por la observación de que cualquiera sea la distancia del sujeto provisorio, del sujeto ese, que es, justamente lo que tenemos que poner en suspenso, y ver como entra en el cuadro, que cualquiera sea la distancia del sujeto al cuadro, hay algo que está simplemente entre él y el cuadro, lo que lo separa del cuadro y esto no es simplemente algo que anotará por el valor métrico de la distancia, que esta distancia en sí misma se inscribe en alguna parte en la estructura y que es ahí que debemos encontrar, no el otro ojo —como dicen los autores de perspectiva—, sino el otro sujeto.

Y esto se demuestra de la manera en que lo hice la última vez y que por algunos no fue comprendido, y que se funda sobre la observación de que, primero, si hacemos pasar por el punto **S** un plano paralelo, no ya esta vez al plano perspectivo, sino al cuadro, resultan de esto dos cosas. Primero que esto nos incita a observar que existe una línea de intersección del cuadro con el plano, una suma perspectiva y cuyo nombre es conocido, que se llama, si creemos en el libro de Panovsky(89), que se llama la línea fundamental. Yo no la llamé así la última vez y esta línea, el plano paralelo al cuadro que pasa por el punto **S**, corta al plano, del plano del suelo perspectivo en una línea paralela a la primera. De la representación de estas dos líneas sobre el plano, la que llamaba la última vez plano figura, va a deducirse lo que llamaremos el segundo punto sujeto.

En efecto, de la relación triple: **S**, punto sujeto, plano del cuadro, suelo perspectivo, hemos visto que la línea infinita sobre el suelo perspectivo, —pienso haber indicado ahí suficientemente la última vez lo que esta línea infinita quiere decir—, a la línea infinita del suelo perspectivo corresponde la línea de horizonte sobre el plano del cuadro. En el mismo grupo de tres, ustedes pueden, si lo miran de cerca, darse cuenta que la línea definida acá —llamémosla línea **b**, la paralela a la línea fundamental— tiene la misma relación a la línea infinita del plano del cuadro, que en el horizonte en el plano del cuadro tiene en relación a la línea infinita en el suelo perspectivo. Está, pues, representada en la figura mediante esta línea infinita en el cuadro y, por otra parte, como la línea fundamental ya está en el cuadro, en el otro punto sujeto, mientras que el primero se definía así: cualquier punto en la línea del horizonte, el punto sujeto puede escribirse así: el punto de intersección de la línea infinita del plano del cuadro con la línea fundamental.

Ustedes ven ahí que presenté de una manera que no es sino figurada, que es insuficiente, la línea infinita mediante un círculo, ya que es suma, para la intuición es esta línea que está siempre de todos lados, en el infinito, sobre un plano cualquiera. Intuitivamente la representamos mediante un círculo, pero no es un círculo. Lo prueban todo su manejo y la correspondencia línea por línea, punto por punto, que constituye lo esencial de esta geometría proyectiva. El aparente doble punto de encuentro que tiene con la línea fundamental no es sino una pura apariencia, ya que es una línea, y una línea a considerar como una línea recta, como todas las otras líneas, y dos líneas rectas no podrían sino tener sino un sólo punto de intersección.

Estas no son cosas que les pido admitir en nombre de una construcción que sería mía. Yo no puedo, para ustedes, empujar la puerta de la geometría proyectiva y, principalmente, no para aquellos que no tienen todavía la práctica de esto. Pero, es muy simple para cualquiera remitirse ahí y ver que no hay nada que retomar en lo que adelanto acá, que resulta de esto que tenemos de esto dos puntos sujetos en toda estructura de un mundo proyectivo o de un mundo perspectivo, dos puntos sujeto, uno que es un punto cualquiera sobre la línea del horizonte, en el plano de la figura, el otro que está en la intersección de otra línea paralela a la primera, que se llama la línea fundamental, que expresa una relación del plano figura al sujeto proyectivo con la línea en el infinito en el plano figura.

Esto merece ser puntuado por el camino de donde vino, donde pudimos establecerlo.

Pero, una vez establecido por esta vía, de la que ustedes verán a continuación que no es para nosotros sin constituir una vía importante cada vez que debemos localizar este otro punto sujeto, para decirles ahora que si en el plano figura trazamos la línea de horizonte que es por allá a esta línea fundamental, debemos deducir de esto que la línea de horizonte corta a esta línea infinita exactamente en el mismo punto donde corta la línea fundamental, ya que es una línea paralela a la primera, de donde ustedes verán significarse mucho la relación de estos dos puntos, uno es un punto cualquiera sobre la línea de horizonte, el otro es el punto en el infinito, en esto de que el punto en el infinito no es un punto cualquiera, que es un punto único, a pesar de que ahí tenga el aspecto de ser dos. Esto es lo que será para nosotros cuando se trate de poner en valor la relación del sujeto en el fantasma y, principalmente, la relación del sujeto al objeto **a**, esto tendrá para nosotros valor de apoyo y merece que ustedes hayan pasado el tiempo necesario, no más que en la demostraciones de Descartes, una demostración una vez captada está demostrada, aunque todavía falta tener el rigor y los procesos. Esto es lo que debe servirnos, servirnos de referencia cada vez que debemos operar en cuanto al fantasma escópico. este sujeto dividido está sostenido por una montura común, el objeto **a**, que ¿dónde debe buscarse en este esquema?. Debe buscarse en un punto dónde, por supuesto cae y se desvanece, sin eso no sería el objeto **a** . El objeto **a** está representado acá por algo que, justamente en la figura, —que espero acá haberles montado con éxito, volverles sensibles algo—, y el objeto **a** es lo que soporta este punto **S** lo que figuré aquí mediante el {cuadro} de este plano paralelo. Lo que está elidido ahí, y lo que, sin embargo, está siempre, es lo que bajo más de una forma ya introdujo en la relación estructural del sujeto al mundo. Es la ventana en la relación escópica del sujeto en el punto **S**, de donde parte toda la construcción. Aparece especificado, individualidad, es este muro, si me puedo expresar así, que representa este plano paralelo en tanto que va a determinar el segundo punto del sujeto. En este muro, es necesario que hay una abertura, una hendidura, una vista, una mirada. Es esto, precisamente, lo que no podría ser visto desde la posición inicial de la construcción. Y vimos esta función de la ventana el año pasado prestándonos su servicio en tanto que superficie de lo que puede escribirse como más primero, como función de significante. Llamémoslo con el nombre que merece, es precisamente en esta estructura cerrada que es la que nos permitirá uno con otros todos estos diferentes planos que acabamos de trazar y de reproducir la estructura del plano proyectivo bajo su forma puramente topológica, a saber bajo el envoltorio del *cross-cap*. Es ese algo agujereado en esta estructura que permite, precisamente que se introduzca la irrupción de donde va a depender la producción de la división del sujeto, es decir, hablando con propiedad, lo que llamamos el objeto **a** . Es en tanto que la ventana, en la relación de la mirada al mundo visto, es siempre lo que es elidido, que podemos representarnos la función del objeto **a** , la ventana, es decir, también la hendidura de los párpados, es decir también la entrada de la pupila, es decir, también lo que constituye el objeto más primitivo de todo lo que respecta a la visión, la cámara negra.

Ahora bien, es esto lo que entiendo ilustrarles hoy, ilustrarles mediante una obra de las que les dije que había sido puesta en primer plano en aquella producción reciente de un investigador, cuyo tipo de búsqueda no está ciertamente muy alejado de aquel cuya carga tomo aquí en nombre de la experiencia analítica, aunque sin tener la misma base, ni la misma inspiración, nombré a Michel Foucault y este cuadro de Velázquez que se llama *Las Meninas.* Este cuadro lo voy a hacer ahora proyectar frente a ustedes para que veamos de una manera sensible lo que permite una lectura de algo que no está, en absoluto, de ninguna manera hecho para responder a la estructura de este cuadro mismo, pero de lo que ustedes van a ver lo que nos permite.... ¿qué es lo que pasa?. Se trata ahí de una diapositiva que me fue prestada por el Louvre, que no pude experimentar antes, que verdaderamente, no dará acá sino el soporte más débil. Pero para aquellos que tienen, ya sea alguna fotografía, ya sea alguna fotografía de este cuadro llamado *Las Meninas*, ya sea simplemente que lo recuerden un poco, nos servirá un poco de hito.

¿No tienen un puntero, algo que pueda mostrar las cosas?; no es mucho, pero, en fin, es mejor que nada.

Helo aquí, entonces, quizás, podrían ver aunque sea un poco, en fin, el mínimo. ¿cuándo se esta ahí, en el fondo, se ve algo?.

Participante: —Tan bien como adelante. El Señor Milner lo intentó.

Lacan: —Observen que no es tan desfavorable, ¿no es cierto?. Acá tienen la figura del pintor. Ustedes van a sustituirla inmediatamente, para que, de todos modos, no vea que está ahí. Entonces, pónganla en foco.

Participante: —Eso es todo, no puedo más.

Lacan: —Si, vuelva a poner la primera. El pintor está en el medio de lo que pinta y lo que pinta ustedes lo ven repartido sobre esta tela de una manera a la cual vamos a volver. Acá, este trazo que ustedes ven, es el límite, el borde externo, tocado de luz. Es por eso que emerge de algo que va de ahí muy exactamente hasta un punto que se encuentra aquí. Ustedes ven casi toda la altura del cuadro, y que nos representa, ustedes ven aquí un bastidor de caballete, el cuadro visto al revés. Está sobre esta tela. Trabaja este cuadro y este cuadro está dado vuelta.

¿Qué tienen que decir?. Este es el plano esencial de donde debemos partir y que, en mi opinión, Michel Foucault, al que les pedí a todos que leyeran en su notable texto, eludió. Es en efecto, el punto alrededor del cual importa hacer girar todo el valor, toda la función de este cuadro. Diré, este cuadro es, efectivamente, una especie de carta dada vuelta y del que no podemos no tener en cuenta que es como una carta dada vuelta que toma su valor de ser, del módulo y el modelo de las otras cartas. Esta carta dada vuelta esta hecha ahí verdaderamente para hacerle bajar las vuestras, porque, en efecto, hubo, no puedo no hacer mención de esto, discusión, debate, sobre lo que respecta al pintor, acá, Velázquez. Está ahí a una cierta distancia del cuadro, de este cuadro que está pintando.

La manera en la que ustedes responderán a esta cuestión, en la que bajarán sus cartas, es en efecto, absolutamente esencial al efecto de este cuadro. Esto implica esta dimensión de que este cuadro subyuga. Desde que existe, es la base, el fundamento de todo tipo de debate. Esta subyugación tiene la más grande relación con lo que llamo esta subversión, justamente, del sujeto, sobre el cual insistí en toda la primera parte de mi discurso hoy, y

es precisamente, por apoyarse en eso que toma su valor.

De hecho, la relación a la obra de arte está siempre marcada por esta subversión. Parecemos haber admitido, con el término de sublimación, algo que, en suma, no es otra cosa, porque si hemos profundizado suficientemente el mecanismo de la pulsión para ver lo que sucede ahí, es una ida y vuelta del sujeto al sujeto, a condición de captar que esta vuelta no es idéntica a la ida y qué, precisamente, el sujeto, conforme a la estructura de la banda de Möebius, se riza a sí mismo después de haber logrado esa media vuelta que hace que, partiendo de su anverso, vuelve a coserse en su reverso. En otros términos, que hay que hacer dos vueltas pulsionales para que se logre algo que nos permita captar lo que concierne auténticamente a la división del sujeto. Es lo que nos va a mostrar este cuadro, cuyo valor de captura se sostiene en el hecho de que no es simplemente aquello a lo que nos limitamos siempre, precisamente porque no hacemos sino una vuelta y que, quizás, en efecto para la clase de artista con la que tenemos que ver, es decir, aquellos que nos consultan, la obra de arte es de uso interno. Les sirve para hacer su propio rizo. Pero, cuando se trata de un maestro, tal como el presente, esta claro que, al menos, lo que queda de toda aprehensión con esta obra es que el que la mira está rizado ahí. No hay espectador, simplemente, que haga otra cosa que, al pasar por delante a toda velocidad y cumplir con sus deberes al rito del museo, no sea captado por la particularidad de esta composición, de la que todos concuerdan en decir que algo sucede frente al cuadro, que hace de esto algo específico, a saber, —nos expresamos como podemos— que somos tomados en su espacio y nos rompemos la cabeza mediante qué astucia de construcción y de construcción perspectiva esto puede producirse. A partir de ahí se va más lejos. Se especula sobre lo que concierne a la función de cada uno de los personajes y de los grupos y no se ve que todo esto conforme una sola y misma cuestión. Se procede, generalmente, por esta vía, que es, precisamente la cuestión que va a aparecer en el corazón del problema y que es aquella a la cual, al final, espero poder dar la respuesta.

¿Qué hace el pintor?, ¿qué pinta?. Lo que implica, y es lo más frecuente, ya que se trata de crítica de arte, la forma bajo la cual se plantea la cuestión: ¿qué quiso hacer?, ya que, en suma, por supuesto, nadie toma en serio, hablando con propiedad, la cuestión: ¿qué hace?. El cuadro está ahí. Está terminado y no nos preguntamos lo que pinta actualmente. Nos preguntamos: ¿qué quiso hacer?, o, más exactamente: ¿qué idea nos quiere dar de lo que está pintando?, punto en el que ya se ve marcado, evidentemente, una relación que para nosotros es muy reconocible. Lo que deseamos y deseamos saber, es muy, propiamente hablando, algo que es del orden de lo que se llama deseo del Otro, ya que nos decimos: ¿qué quiso hacer?. Es, ciertamente, la posición errónea a tomar, porque no estamos en posición de analizar, no diría al pintor, sino a un cuadro. Es seguro que lo que quiso hacer el pintor, lo hizo, ya que está ahí frente a nuestros ojos y que, en consecuencia, esta pregunta, de alguna manera, se anula a sí misma por estar más acá del punto en que se plantea, ya que la planteamos en nombre de lo que ya hizo. En otros términos, en la vuelta de rizo de la que hablaba recién, y es en esto, ya que este cuadro nos introduce en la dialéctica del sujeto, ya hay una vuelta hecha y no tenemos sino que hacer la otra. Solamente por eso no hay que dejar de lado la primera.

La presencia del cuadro que ocupa toda esta altura, y que por el hecho mismo de esta altura nos incita a reconocer ahí el cuadro mismo que nos es presentado, esto es lo que noto, de alguna manera, al margen de nuestro progreso, que pasa por otra vía que esta discusión para aquellos que adelantaron esta tesis, que me permito considerar como fútil, que es de otro cuadro de lo que se trata, lo van a ver enseguida. Lo discutiremos con más detalle, a saber, el retrato del Rey y de la Reina, que ustedes no pueden ver, por supuesto sobre esta figura, por supuesto totalmente insuficiente, que les aporté. Están acá, en el fondo, y como ustedes saben, espero, en conjunto, este presente en un marco del que tendremos que discutir enseguida lo que significa, pero del que algunos toman el testimonio como indicando que el Rey y la Reina están aquí frente al cuadro y que es a ellos a quien el pintor pinta.

Esto es, en mi opinión, refutable, no quiero, por el momento, sino hacer notar que es sobre este fondo que les digo que la talla de la tela ya es un argumento que se puede aportar para que no sea así y que esta tela representa al cuadro que tenemos ahí, en tanto que es una tela soportada sobre un bastidor de madera del que vemos acá el armazón y que, en otros términos, tenemos en este cuadro la representación de este cuadro como realidad.

Puedo ahí empujar esta puertita: que hace falta que, una vez más, encontremos el recorte de mi fórmula que hace del **a**, del objeto pictórico un *Vorstellungsrëpresentanz*. No es, en absoluto, que yo diga que el cuadro sea representación, cuyo bastidor, cuyo soporte sería el representante. Si funciona acá para hacernos percibir lo que de hay de verdad ahí, es en esto que al ponernos en el cuadro, lo que, cosa curiosa, está hecho ahí por primera vez, porque ya hubo cosas tales como espejos en el cuadro, inclusos numerosos en esa época, pero el cuadro, en el cuadro, lo que no es la escena en la escena en absoluto, es algo que fue hecho ahí, parece por primera vez y jamás vuelto a hacer desde entonces, salvo en el nivel del punto en que los localicé, a saber, en Magritte.

Representación es en efecto, lo que es esta figura de la realidad del cuadro, pero ella está ahí para mostrarnos que, a nivel de la realidad y de representación, lo que está ahí trazado en el cuadro y el cuadro, se saturan mutuamente y que ahí está aquello en lo que nos es puntuado que, justamente, lo que constituye el cuadro en su esencia no es representación. ¿Porqué?, ¿cuál es el efecto de este cuadro en el cuadro?: *Vorstellungsrëpresentanz*, es muy precisamente todos estos personajes, en tanto no son en absoluto,representaciones, sino que están en representación, que todos estos personajes, cualesquiera sean, en su estatuto, tales como están ahí, efectivamente, en la realidad, aunque muertos desde hace mucho tiempo pero están ahí siempre, son personajes que se sostienen en representación y con una convicción total, lo que quiere decir, precisamente, que de lo que de ellos representan, ninguno de ellos se representa nada y esto es el artefacto de ese algo que introduce en el espacio del cuadro, los anuda,

los cristaliza en esta posición de ser personajes en representación, personajes de corte. A partir de ahí que Velázquez, el pintor, vaya a ponerse en medio de ellos toma todo su sentido. Pero, por supuesto, esto va mucho más lejos de este simple toque que podemos decir de relativismo social. La estructura del cuadro permite ir mucho más allá. En verdad, para ir más allá habría que haber partido de una pregunta, no de una pregunta, sino de un movimiento totalmente diferente que este movimiento de la pregunta de la que les dije que se anulaba por el sólo hecho de la presencia de la obra misma, pero partir de lo que impone la obra tal como la vemos ahí, a saber que la misma boca de infancia que no es sugerida por el personaje central, por esta pequeña infanta Isabel que es la segunda hija de la pareja real: Felipe IV y Doña María de Austria, la pequeña Doña Margarita, puedo

decir, cincuenta veces pintada por Velázquez, que nos dejamos guiar por ese personaje que viene, de alguna manera, frente a nosotros en este espacio, que es para nosotros el signo de interrogación y para todo aquellos que vieron este cuadro, que escribieron sobre este cuadro, el signo de interrogación que nos plantea es lanzado por su boca el grito, diría yo, del que conviene partir para poder hacer lo que llamaré la segunda vuelta de este cuadro, y es, me parece, el que es dejado de lado en el análisis de la obra de la que les hablaba hace un rato: haz ver lo que hay detrás de la tela tal como la vemos al revés, es un haz ver que lo llama y que estamos más o menos próximos a pronunciar.

Ahora bien, de este sólo haz ver puede surgir lo que, en efecto, a partir de ahí se impone, es decir lo que vemos, a saber, estos personajes tales como pude calificarlo por ser esencialmente personajes en representación. Pero, no vemos sólo esto. Vemos la estructura del cuadro, su montaje perspectivo. Es aquí donde seguramente, puedo lamentar que no tengamos acá un soporte que no sea suficiente para demostrarles estos rasgos en su rigor. Acá el personaje que ven enmarcarse en una puerta con fondo de luz, es el punto muy preciso donde concurren las líneas de perspectiva, es un punto más o menos situado según las líneas que se trazan entre las figuras de este personaje —hay ligeras fluctuaciones de recortes que se producen— y su codo, que se sitúa el punto de fuga, y que no es por azar si mediante este punto de fuga es, precisamente este personaje y un personaje que sale. Este personaje no es cualquiera, también se llama Velázquez; Nieto, en lugar de llamarse Diego Rodríguez. Este Nieto es aquel que tenía alguna vez voz y voto, que hizo acceder a Velázquez a la posición de Aposentador {Mayor del Palacio}, de rey, es decir, algo así chambelán o gran mariscal.

Es una especie, en suma de personaje que lo redobla, y este personaje acá se designa para nosotros por este hecho, porque no vemos y decimos haz ver. No solamente él lo ve desde ahí donde está, sino que, si puedo decirlo, lo ha visto demasiado, se va. Hay mejor medio de designar esta punta en cuanto a lo que se despeja, en cuanto al tema de la función del ojo, que esto que se expresa por un visto, de alguna manera definitivo.

De ahí en más la presencia del propio Velázquez en la posición en la que ustedes lo vieran recién, no siendo la segunda foto mejor que la primera, ustedes no pudieron ver lo que podrán ver en mejores reproducciónes, aquello de lo que testimoniaron mil autores que hablaron de esto, a saber, que este personaje que mira, se lo subraya, hacia nosotros espectadores —sabe Dios como se pudo especular sobre esta orientación de la mirada—, este personaje tiene, precisamente, la mirada menos dirigida hacia el exterior que haya.

Esto no es un análisis personal mío. Muchos autores, la gran mayoría, lo señalaron. El aspecto de alguna manera soñador, ausente, dirigido hacia algún diseño interno, como se expresan los gongoristas, quiero decir, toda la teoría del estilo barroco, manierista, conceptista, todo lo que ustedes quieran, y del que Góngora es el ejemplo, es la flor, diseño interno, ese algo al que refiere el discurso manierista y que es, propiamente lo que yo llamo que en este discurso no hay metáfora, que la metáfora entra ahí como un componente real. Esta presencia de Velázquez en su tela, su figura, que lleva, de alguna manera el signo y el soporte, que esté ahí a la vez, como componente y como elemento de ella, ahí esta el punto estructural representado, por el cual no se es dominado lo que puede ser, porque vía puede hacerse que aparezca en la tela misma aquel que la soporte, en tanto que sujeto mirante.

Y bien es algo totalmente sorprendente, y cuyo valor no puede, a mi entender, ser situado por lo que les introduje en esta estructura topológica. Dos rasgos deben valorizarse que esta mirada mire y de las que todos les dicen: es nosotros, nosotros los espectadores.

¿Por qué creérnoslo tanto?. Sin duda, nos llama a algo, ya que respondemos así como les dije. Pero lo que esta mirada implica, como también la presencia del cuadro dado vuelta en el cuadro, como también este espacio que sorprende a todos aquellos que miran el cuadro como siendo de alguna manera único y singular, es que este cuadro me extiende hasta las dimensiones de lo que llamaré la ventana y la designa como tal. Este hecho de que en una esquina del cuadro, por el cuadro mismo, de alguna manera dado vuelta sobre sí mismo, por ser representado ahí, sea creado este espacio frente al cuadro donde somos propiamente designados como el hablante en tanto tal, esta presentificación de la ventana en la mirada de aquel que no se pudo por casualidad, no de cualquier manera, en el lugar que ocupa, Velázquez, ahí está el punto de captura, ahí está el punto de captura y la acción que ejerce sobre nosotros, específica este cuadro. En esto hay un recorte en el cuadro, no puedo sino lamentar, una vez más, deber remitirlos a imagenes, en general, por otra parte, debo decir, en numerosos volúmenes, siempre bastantes malas o demasiado oscuras o demasiado claras.

Este cuadro no es fácil de reproducir, pero es claro que la distancia del pintor al cuadro, en el cuadro donde está representado está muy suficientemente acentuada para mostrarnos que no está justamente a su alcance y que hay ahí una intención, a saber, esta parte del grupo, lo que se llamó acá *Las Meninas*. Las Meninas, a saber, Doña Margarita con Doña María Agustina Sariento(90), que está de rodillas frente a ella, están delante del pintor, mientras que los otros, aunque teniendo el aspecto de estar en un plano análogo delante, están más bien detrás y que esta cuestión de lo que hay de este espacio entre el pintor y el cuadro está no solamente ahí lo que nos es presentado, sino que se nos presentifica mediante este trazo que basta dibujar para reconocer acá una línea de cruce, marca algo que no es simplemente división luminosa, agrupamiento de la tela, sino verdaderamente huella del pasaje de esta presencia fantasmática del pintor en tanto que mira. Si les digo que es a alguna parte, a nivel del recorte de la línea fundamental con el suelo perspectivo y en un punto al infinito, que va el sujeto mirada, es igualmente de este punto que Velázquez hizo, bajo esta forma fantasmal que especifica a este autorretrato entre todos los otros, uno de los rasgos que se distingue, seguramente, el estilo del pintor. El mismo les diría: crean ustedes que un autorretrato es con esa gota, con este óleo, con este pincel que lo pintaría. No tienen sino que remitirse al retrato de Inocencio X que está en la Galería Doria Banfili, para ver que el estilo no es, en absoluto el mismo. Este fantasma(91) del sujeto mirante e introducido por este trazo que es todavía ahí sensible y del que puedo decir que todos los personajes llevan la vibración, porque en este cuadro, donde se volvía un cliché, un lugar común, y lo oí articular por bocas, debo decir, las más elevadas en la jerarquía de los creadores. Este cuadro del que se nos dice que es el cuadro de las miradas que se cruzan y de un especie de intervisión, como si todos los personajes se cárcterizaran por alguna relación con cada uno de los otros, si ustedes miran las cosas de cerca, verían que, aparte de las mirada de la Menina María Agustina Sarient(92), que mira a Doña Margarita, ninguna otra mirada fija nada, todas estas miradas están perdidas sobre algún punto invisible, como quién diría, pasó un ángel, precisamente el pintor. La otra Menina que se llama Isabel de Velázquez(93), está ahí, del alguna manera, como

interdicta, los brazos como, de alguna manera, separados de la huella de este pasaje. La idiota ahí, el monstruo María Barbola, mira a otra parte y no, en absoluto, y no como se dice, hacia nuestro lado. En cuanto al enanito(94), se ocupa aquí, muy precisamente, de hacer, de jugar muy precisamente el papel que está hecho para jugar, en tanto que imitación del niño, hace de travieso espantoso, da un puntapié en el trasero del perro como para decirle de alguna manera: —duermes, entonces no olfateaste la sonrisa que acaba de pasar. Mirada, se nos diría si se quisiera todavía sostenerlo pero observen que en un cuadro, que sería un cuadro del juego de las miradas, no hay, en todo caso, incluso que debemos esta mirada de una de las Meninas, dos miradas que se enganchan, miradas cómplices, miradas de inteligencia, miradas de búsqueda. Doña Margarita, la niña, no mira a la acompañante que la mira, todas las miradas están en otra parte. Y, por supuesto, la mirada en el fondo de aquel que se va no es más que una cierta mirada que quiere decir: te dejo, lejos de que apunto a alguien.

¿De ahí en más, que puede querer decir lo que se lleva al centro de la teoría de este cuadro cuando se pretende que lo que está ahí en primer plano, en nuestro lugar, y sabe Dios que el espectador puede deleitarse con tal soporte, con una tal hipótesis, sean el Rey y la Reina que están reflejados en este espejo, que debería aparecerles acá y que está en el fondo?.

A esto yo objetaría, el pintor, donde se muestra en este cuadro, ¿dónde entiende que lo pongamos?. Una de las hipótesis, y una de aquellas que más sedujeron a aquellos que avanzaron, es que ya que el pintor está ahí y que es esto lo que pintó es que debió todo esto verlo en un espejo, un espejo que está en nuestro lugar y henos aquí tranformados en espejo. La cosa no carece de seducción, ni deja tampoco de comportar un cierto llamado en relación a todo lo que les evoco como relatividad del sujeto al Otro, a poco que cuando ustedes quieran es alrededor de tal experiencia que les apuntaré la diferencia estricta que hay entre un espejo y la ventana, dos términos, precisamente, que estructuralmente no tienen ninguna relación, pero atendamos al cuadro. El pintor se habría pintado habiendo visto toda la escena de la gente alrededor de él en un espejo. No veo ahí sino una objeción, es que nada nos indica de los testimonios de la historia —y sabe Dios que esas son noticias que la historia se encarga de transmitir—, nada nos indica que Velázquez fuera zurdo. Ahora bien, es así como deberíamos verlo aparecer si tomamos en serio el hecho de que en una pintura supuestamente hecha con ayuda de un espejo, se presenta tal como era en efecto, a saber, teniendo un pincel con la mano derecha.

Esto podría parecerles una débil razón, no es menos cierto que si fuera así esta teoría sería totalmente incompatible con la presencia acá del Rey y la Reina. O acá está el espejo o acá está el Rey y la Reina. Si están el Rey y la Reina no puede estar el pintor. Si el pintor está en otra parte, si el Rey y la Reina están ahí, no puede ser el pintor que está ahí como yo supongo que estaba, efectivamente. ¿No comprende Señor Castoriadis?.

Castoriadis: —No.

Lacan: —En la hipótesis de que el Rey y la Reina, reflejados ahí en el espejo, estaban acá para hacerse pintar por el pintor, como acabo de eliminar la hipótesis de que el pintor estuviera ahí de otro modo que por el arte de su pincel, era necesario de que el pintor estuviera ahí, y por otra parte, la exigencia de que el pintor estuviera ahí y no del otro lado del espejo que seríamos nosotros mismos, está en el hecho de suponer que Rey y Reina están en el espejo. En otros términos, en el mismo lugar no podemos poner dos personajes cualquiera de este trío que son: un espejo supuesto, el Rey y la Reina, o el pintor; siempre estamos forzados para que eso se sostenga poner dos a la vez. No pueden estar dos a la vez. Si el Rey y la Reina están ahí por ser reflejados en el fondo del espejo, ahora bien, es imposible que estén representados como estando ahí en el espejo, aunque más no fuera que la razón de la escala, de tamaño, en que se lo ve en el espejo, donde tienen, más o menos, la misma escala del personaje que está saliendo a su lado. Mientras que, dada la distancia a la que estamos, debería ser exactamente dos veces más pequeños. Pero, esto no es sino un argumento más aún. Si el Rey y la Reina están ahí en esta hipótesis, entonces el pintor está acá y nos encontramos frente a la posición adelantada por los anecdotistas, por la señora Metteville, por ejemplo, a saber, que el Rey y la Reina estarían aquí y, aún más, estarían de pie posando y tendrían frente a ellas la hilera de todos estos personajes, de los que pueden ver cuál puede ser la función natural. Y, verdaderamente, durante ese tiempo Velázquez estaba pintando algo totalmente distinto de ellos y, por añadidura, algo que no ven, ya que ven a todos estos personajes en una posición que los rodea.

Adelanto, por el contrario, por esta imposibilidad manifiesta, que es esencial de lo que está indicado por este cuadro es esta función de la ventana, que el hecho de que la huella esté de alguna manera, marcada por aquello mediante lo cual el pintor puede volver ahí, ahí está verdaderamente, lo que nos muestra en qué está ahí el lugar vacío, que s en simetría a este lugar vacío que aparecen aquellos, si puedo decir de los que, no la mirada, sino la suposición de que ven todo, que están en un espejo exactamente como podrían estar detrás de una reja o de un vidrio sin azogue y, después de todo, nada en el límite nos impediría suponer que no se trata de algo semejante, a saber, de lo que se llama conectar, en conexión con una gran pieza, uno de estos lugares del tipo lugar para espiar, que estén ahí en efecto, el hecho de que vean todo, sea lo que sostiene este mundo de estar en representación, que haya ahí algo que nos dé de alguna manera,el paralelo al pienso, luego soy de Descartes, que pinto, luego soy, dice Velázquez y estoy ahí con lo que hice para eterna interrogación y estoy también en ese lugar de donde puedo volver al lugar que les dejo, que es verdaderamente, aquel donde se realiza éste efecto de que hay caída y confusión de algo que está en el corazón del sujeto.

La misma multiplicidad de las interpretaciones, puede decirse, su embrollo, su torpeza, están ahí suficientemente hechas para subrayarlo. Pero en la otra punta, ¿qué tenemos?. Esta presencia de la pareja real jugando exactamente el mismo papel de Dios de Descartes, a saber, que en todo lo que vemos nada engaña, con la única condición de que el Dios omnipresente ahí sea engañado y ahí está la presencia de estos seres que ustedes ven en esta atmósfera enturbiada y tan singular del espejo, si este espejo es ahí de alguna manera, el equivalente de algo que va a desvanecerse a nivel del sujeto está ahí como colgando de este pequeño **a** , de la venta en primer plano.

¿No merece esto que nos detengamos ahí un poco más. Un pintor, una treintena de años más tarde, que se llamaba Luca Yordano(95), precisamente, un manierista en pintura y que conservó en la historia la etiqueta de fá presto porque iba un poco rápido,

extraordinariamente brillante, por otra parte, habiendo contemplado largamente esta imagen de la que no les hice la historia en cuanto a la denominación, profirió una palabra, una de esas palabras, Dios mío, como se las puede esperar de alguien que era, a la vez manierista y muy inteligente, dijo: es la teología de la pintura. Y desde luego, es en ese nivel teológico donde el Dios de Descartes es el soporte de todo un mundo en tren de transformarse por intermedio del fantasma subjetival. Es mediante este intermedio de la pareja real, que nos aparece centellante en este marco en el fondo, que este término tomo su sentido.

Pero, no los dejaré sin decirles, en cuanto a mi, lo que me sugiere el hecho de que un pintor como Velázquez, lo que puede tener de visionario, porque, ¿quién hablará, a propósito de él de realismo?,¿quién, por ejemplo, a propósito de *Las Hilanderas,* osará decir que esa es la pintura de una rudeza popular?. Lo es, que quiere simplemente eternizar el flash que había tenido al dejar la manufactura de tapices reales y viendo a las obreras en primer plano haciendo marco a lo que se produce en el fondo. Les ruego simplemente, remitirse a esta pintura en algo que valga más que lo que mostré ahí, para ver que tan distante puede estar de todo realismo y, por otra parte, no hay pintor realista, sino visionario seguramente, y para observar mejor lo que sucede en el fondo de esta escena, en este espejo, donde estos personajes no parecen pestañear y seguramente, distintos de lo que llamé hace un rato fantasma(96), sino, verdaderamente, brillantes.

Me vino esto que, en oposición polarmente a esa ventana donde el pintor nos enmarca y con el espejo nos hace surgir lo que para nosotros, sin duda, nos viene a cualquier lugar, en cuanto a lo que sucede para nosotros de las relaciones del sujeto al objeto **a**, la pantalla de televisión.



Clase 18

18 de Mayo de 1966

Quisiera saludar entre nosotros la presencia de Michel Foucault que me hace el gran honor de venir a este Seminario. En cuanto a mí, me regocijo de tener menos que dedicarme, frente a él, a mis habituales ejercicios, que de intentar mostrarle la que hace el fin principal de nuestras reuniones es decir, un fin de formación, lo que implica muchas cosas entre nosotros. Primero, que las cosas no deben ser cosas de dos bordes, el de ustedes y el mío, e inmediatamente localizadas en el mismo nivel, sin eso para que sirven. Es una ficción de enseñanza. Es por esta que desde hace tres de nuestros encuentros me vi llevado a volver sobre el mismo plano en varias oportunidades por una especie de esfuerzo de acomodación recíproca. Pienso que ya entre la anteúltima vez y la última se produjo un paso y espero que se de otro hoy.

Para decirlo todo, volveré hoy todavía sobre este soporte totalmente admirable que nos dieron *Las meninas*, no porque ellas hayan sido llevadas al primer plano como objeto principal, por supuesto, —no estamos acá en la Escuela del Louvre— sino porque nos pareció que se ilustraban ahí, de una manera particularmente notable, ciertos hechos que había intentado poner en evidencia y sobre los cuales volveré aún, para quien quiera que

no me haya seguido suficientemente, se trata ahí evidentemente, de cosas poco habituales.

El empleo usual de la enseñanza, ya sea universitaria o secundaria, por el cual ustedes fueron formados, siendo, por supuesto el de haber puesto entre ustedes —y lo que constituye, por ejemplo la forma verdaderamente esencial de la geometría moderna—, queda para ustedes, no solamente ignorado, sino especialmente opaco aquello de lo que pude desde luego ver el efecto cuando intenté traerles mediante figuras, figuras muy simples y ejemplares, intenté traerles algo que suscité para ustedes su dimensión. Ahí *Las meninas* se presentaron, como sucede frecuentemente: es necesario maravillarse. Se equivocan al maravillarse, las cosas les vienen como anillo al dedo. No somos los únicos trabajando en el mismo campo.

Lo que el señor Michel Foucault había escrito en su primer capitulo(97) fue inmediatamente notado por algunos de mis oyentes debo decir, frente a mí, como debiendo constituir una especie de punto de intersección particularmente pertinente entre dos campos de investigación y es, en efecto, así que hay que verlo. Y diría tanto más cuanto nos aplicamos a releer este asombroso primer capítulo, del que espero de aquellos que están aquí se hayan dado cuenta que está retomado un poco más lejos en el libro, en el punto clave, en el punto pivote en el que se hace la conjunción de este modo constitutivo, si se puede decir, de las relaciones entre las palabras y las cosas, tal como se estableció en un campo que comienza en la maduración del siglo XVII para culminar en este punto particularmente ejemplar y particularmente bien articulado, en su libro, que es el del pensamiento del siglo XVIII.

En el momento de llegar a lo que hace a su fin en su perspectiva, en el punto al que nos llevó el nacimiento de otra articulación, la que nace en el siglo XIX,, la que le permite ya introducirnos, a la vez, la función y el carácter profundamente ambigüo y problemático de lo que se llaman las ciencias humanas, acá Michel Foucault se detiene y retoma su cuadro de *Las meninas* alrededor del personaje —a propósito del cual nosotros mismos dejamos la última vez suspendido nuestra discurso, a saber, en el cuadro la función del Rey. Verán que es lo que nos permitirá hoy, si tenemos tiempo, —si las cosas se establecen como espero establecerlas para mi—, la conjunción entre lo que acabo de traer aportando esta precisión de que la geometría proyectiva puede permitirnos poner en lo que se puede llamar la subjetividad de la visión de hacer la conjunción de esto con lo que aporté ya desde hace mucho tiempo bajo el tema del narcisismo del espejo. El espejo está presente en el cuadro bajo una forma enigmática, tan enigmática que humorísticamente la última vez pude terminar diciendo que, después de todo, a falta de saber qué hacer con eso, podríamos ver ahí lo que parece ser, de una manera sorprendente, en efecto, algo que se asemeja singularmente a nuestra pantalla de televisión.

Pero, esto es, evidentemente ... pero, ustedes lo van a ver hoy, si tenemos tiempo, lo repito, que esta relación entre el cuadro y el espejo, lo que uno y otro, no solamente nos ilustran, ni nos presentan, sino verdaderamente, representan como estructura de la representación. Es lo que espero poder introducir hoy. Pero, no quiero hacerlo sin haber tenido aquí algunas testimonios de las cuestiones que pudieron plantearse a continuación de mi discurso precedente.

Pedí a Green que, por otra parte, ya que estamos en un Seminario cerrado, se había ofrecido, de alguna manera, espontáneamente a aportarme esta réplica, aportándomela fuera de este círculo.

Voy, pues, a darle la palabra. Creo que Audouard, —no se si está acá—, querrá también aportarnos algunos elementos de interrogación e inmediatamente después intentaré, respondiéndoles, —quizás, espero—, llevar al señor Michel Foucault, a darme algunas observaciones. En todo caso, ciertamente, no dejaré de interpelarlo. Bien, le doy la palabra Green. Tengo la voz un poco cansada hoy. No estoy seguro de que en esta sala, cuya acústica es tan mala como la limpieza, hoy al menos, no estoy seguro que se me oiga muy bien hasta el fondo, ¿Si?. En fin, es el momento de hacer un pequeño movimiento de masa y acercarse. Me sentiré más seguro.

GREEN: —De hecho, lo que Lacan me pidió es, esencialmente, darle la ocasión de volver a partir del desarrollo que había comenzado la última vez. Y es a partir de ciertas observaciones que yo mismo me había hecho en el momento de su comentario, que me había tomado la libertad de escribirle. Estas observaciones se referían, esencialmente, a las condiciones de proyección que estaban muy directamente ligadas al comentario de Lacan y a su propio lugar ocupado en el comentario y del que no podía darse cuenta del punto en que estaba, habiendo sido las condiciones de esta proyección, como ustedes saben, defectuosas, y la ausencia de una oscuridad suficiente desnaturalizaron considerablemente el cuadro y fundamentalmente algunos detalles de este cuadro se volvieron totalmente invisibles. Era, en particular, el caso en lo que concernía....

LACAN: —La vamos a proyectar hoy, hoy la cosa va a andar. No pienso que haya habido insuficiente oscuridad, aunque la oscuridad nos sea cara a nosotros, no es de eso de lo que se trata. No es de eso de lo que se trata, creo que era que la lámpara estaba, no se por qué, mal regulada o hecha para otro uso.

En resumen, por mi cliché, la última vez maldije a la Escuela del Louvre. Me equivoqué y fui a pedir excusas. Mi cliché era, no solamente muy suficiente, sino, ustedes van a verlo excelente. Es, pues, una cuestión de lámpara. Naturalmente, hay que bajar esas cortinas si queremos tener la proyección. Entonces, háganlo rápido, sean amables. Está bien, gracias. Entonces, vaya Gloria,: ponga *Las meninas*.

GREEN: —De hecho, lo que estaba borrado, en este caso, era el personaje de Velázquez mismo, el pintor y la pareja ... Hoy se lo puede ver mejor, pero la última vez, justamente, lo que estaba borrado era el personaje del pintor. Y esta pareja, esta pareja que había aparecido como totalmente borrada. Me interrogué sobre este borramiento y me pregunté si, en lugar de considerarlo simplemente como una insuficiencia, no podíamos considerarlo que este borramiento era, en sí mismo, significativo de algo, como una de esas produccióndes del inconsciente, como el acto falido, como el olvido y si no había ahí una clave, una clave que unió extrañamente al pintor y a la pareja que se encuentra en la penumbra, que parece desinteresarse del resto de la escena y que parece cuchichear. Y es a partir de esta reflexión que me pregunté si ahí no había algo para profundizar a

propósito de este borramiento, de este borramiento de huella en el cuadro donde los planos de luz se distinguen de manera muy precisa, tanto para Lacan como para Foucault, con, fundamentalmente, el plano de luz del fondo, del otro Velázquez, el Velázquez del fondo, y el plano de luz que viene de la ventana.

Sería, pues, en este entre dos, en este entre dos luces que, quizás, habría algo ahí a profundizar sobre la significación de este cuadro.

Ahora, se podría, quizás, volver a prender la luz, si quieren. Estas son, pues, las observaciones que había hecho a Lacan por escrito, sin pensar, en absoluto, que tuvieran un fin diferente que relanzar su reflexión.

Luego, retomé el texto de Foucault, ese capítulo tan notable para constatar ahí un cierto número de puntos de convergencia con lo que acabo de decirles y, fundamentalmente, lo que él mismo dice del pintor.

Dice, su talle oscuro y su rostro claro son intermediarios de lo visible y de lo invisible. Por el contrario, Foucault, me parece haber sido muy silencioso sobre la pareja de la que acabo de hablar. Hace alusión del resto, habla del cortesano que está ahí y no habla, en absoluto, del personaje femenino, que, por lo que parece, parece ser una religiosa por lo que se puede ver.

Ahí, debo decir que la reproducción que está en el libro de Foucault, no permite verlo en absoluto, mientras que en la reproducción que acaba de fijar Lacan aquí permite pensar que hay fuertes razones para que sea una religiosa. Y encontré, evidentemente e n el texto de Foucault, un cierto número de oposiciones sistemáticas que aclaran la estructura del cuadro. Algunas de estas oposiciones ya fueron traídas a la luz y, principalmente, por ejemplo, esta oposición del espejo como soporte de una oposición entre el modelo y el espectador; el espejo como una oposición al cuadro y a la tela, principalmente en lo que concierne a esa tela, una formulación de Foucault, que nos recuerda, creo, mucho la barrera de la represión, ella impide que jamás sea localizable, ni definitivamente establecida, la relación de las miradas.

Esta especie de imposibilidad conferida a la situación de la tela en su reverso de saber lo que ahí está inscripto nos hace pensar a nosotros que ahí hay una relación totalmente esencial, pero, sobre todo, en relación a las reflexiones de Lacan sobre la perspectiva, lo que me pareció interesante no encontrar otras oposiciones por supuesto, las olvido, sino, sobre todo, intentar comprender la sucesión de los diferentes planos desde el fondo, hacia la superficie, justamente en la perspectiva de Lacan sobre la perspectiva.

Y, bien, esto, ciertamente, no es indiferente, creo que se pueden encontrar ahí, al menos, cuatro planos, cuatro planos que son sucesivamente: el plano del otro Velázquez, el del fondo, el plano de la pareja, el plano del pintor y el plano constituído por la Infanta y sus acompañantes, la idiota, el bufón y el perro, que están todos delante de Velázquez. Están delante de Velázquez y creo que se puede dividir este grupo mismo en dos subgrupos: el grupo constituído por la infanta, donde Foucault ve uno de los dos centros, del cuadro, siendo el otro el espejo —y creo que este es, evidentemente, muy importante— y el otro subgrupo constituido por el animal y los monstruos, es decir, la idiota, y el bufón, Nicolás Percusato con el perro.

Creo que esta división, según el modo de atrás hacia adelante, con estos dos grupos podría hacernos pensar y ahí quizás me adelante un poco, —pero es únicamente para dar una materia a los comentarios y a las críticas de ustedes—, como algo que hace de este cuadro, por supuesto, un cuadro sobre la representación, la representación de la representación clásica, como decimos, pero también, quizás, la representación como creación y como, finalmente, esa antinomia de la creación con este ser sobre la parte izquierda, absolutamente, que en la relación de la infanta con sus dos progenitores que están detrás, representa la creación bajo su forma humana más lograda, la más feliz y por el contrario, desterrados del otro lado, del lado de la ventana, por oposición a la tela estos fracasos de la creación, estas marcas de la castración, que pueden representar la idiota y el bufón. Si bien en este momento esta pareja que estaría en la penumbra tendría un singular valor en relación a la otra pareja reflejada en el espejo, que es la del rey y de la reina, habiendo llevado, probablemente esta dualidad, en este momento, demasiado sobre el problema de la creación en tanto que, justamente, es lo que Velázquez está pintando y donde encontramos esta dualidad, probablemente, entre lo que pinta y el cuadro que observamos. Creo que es por oposición a estos planos y a esta perspectiva y, probablemente, el hecho de que no es azaroso lo que yo no sabía si el personaje del fondo —y Foucault, escribe a propósito de este personaje del fondo— del que yo no sabía que se llamaba Velázquez y del que se puede decir que es el otro Velázquez, dice de él una frase que me sorprendió mucho: ¿Va a entrar, quizás, en la pieza?. Quizás, se limite a espiar lo que sucede en el interior, contento de sorprender sin ser observado.

Y bien, creo que, justamente, este personaje, por su situación está justamente, en posición de observar. ¿Y, qué observa?. Evidentemente, todo lo que se desarrolla frente a él, mientras que Velázquez que no está, en absoluto, en posición de observar esta pareja que está en la penumbra y no puede sino observar lo que está frente a él, es decir, estos dos subgrupos de los que acabo de hablar, —no quiero extenderme mucho más para dejar la palabra a Lacan—, pero, creo que no podemos no ver hasta qué punto, en todo esto, y en la relación de la ventana; y del cuadro, de la que habla Lacan, y bien, creo que el efecto de fascinación producido por este cuadro y creo que eso es lo más importante para nosotros, es que este cuadro produzca un efecto de fascinación que está directamente en relación con el fantasma en el cual estamos tomados y, quizás, que, justamente, ahí haya alguna relación con estas pocas observaciones que hacia concernientes a la creación, dicho de otro modo, la escena primaria.

LACAN: —Bien, podemos agradecer a Green, a la vez que su intervención así como, —Dios mío—, esto no tiene un aspecto muy amable, su brevedad. Pero, hemos perdido mucho tiempo al principio de esta sesión. Pediré a Audouard, si quiere, que haga una intervención de la que no dudo que debe tener las mismas cualidades.

AUDOUARD: —Justamente, me parece que en un Seminario como este no deben limitarse a hablar aquellos que comprendieron, los alumnos más brillantes, sino aquellos que no comprendieron, y que aquellos que no comprendieron puedan decirlo también. Entonces, quisiera decir a Lacan y a ustedes, incluso excusándome por adelantado por el

carácter un poco ingrato de esta intervención, que lo que quisiera expresar es, sobre todo, lo que no comprendí en la presentación que el señor Lacan nos hizo, de la topología que el señor Lacan nos hizo, en parte, en el encuentro del plano soporte y el plano figura. En primer lugar, hay muchas maneras de no comprender, hay una manera que es la de salir del Seminario diciéndose: —No comprendí nada en absoluto; mi viejo, ¿comprendiste algo?. —Yo tampoco, —dice el otro—. Y luego nos quedamos ahí. Y luego está la otra manera que por una vez adopté, que es la de ponerme frente a una hoja de papel e intentar hacerme mi propio pequeño grafo, mi propio esquemita. Eso no fue sin trabajo; era, sobre todo, esta mañana, porque fue esta mañana que el señor Lacan me telefoneó para decirme que, quizás, yo tendría algo que decir. Entonces, me àpresuré a hacer algo, entonces, es verdaderamente, totalmente, así improm—tu, sólo que me molestó bastante porque mi propio pequeño grafo habría querido ponerlo en algún lugar. Me di cuenta que eso sería destruir el ordenamiento de la sesión y ...

LACAN: —El papel está para eso, sírvase de él.

AUDOUARD: —Muchas gracias. Entonces, lo que voy a hacer, voy, simplemente diciéndoles la manera en la que me vi obligado a expresarme a mí mismo las cosas. Pediré al señor Lacan que me diga en qué me equivoqué...

LACAN: —continúe mi viejo, continúe.

AUDOUARD: —Nos permitirá ver mejor. Bien, voy a figurar, mediante un plano circular, este plano de la mirada en el cual mi ojo está tomado, plano de la mirada en el cual mi ojo está tomado, por lo tanto que mi ojo no puede ver. Aquí va a estar la línea infinita que va a conducir al horizonte. Aquí va a estar la repetición proyectiva de esta línea, que no será solamente la repetición proyectiva de esta línea, como si se tratara de una geometría métrica, sino que va a ser, la posibilidad para una geometría métrica de que cada uno de sus puntos, desde luego, paralelos a esta línea vengan a proyectarse ahí y constituir una línea paralela. Pero, en realidad, para mi ojo, situado acá en el campo de la mirada, cada una de estas líneas ya no es paralela, vendrá a constituir un punto como este en la perspectiva ofrecida a mi ojo.

Bien, también es cierto que la línea infinita que se traza del campo de la mirada hasta el horizonte, estará ella misma de una manera o de otra, y es ahí que, quizás, mi posición es un poquitito incierta, de una manera o de otra, proyectada sobre esta línea y entonces, al fin de cuentas, sobre este punto, cada punto de esta línea y cada punto de esta línea estarán, al fin de cuentas, proyectados sobre este punto.

Acá tengo el plano figura, es decir, lo que se ofrece a mi, lo que se ofrece a mi mirada cuando miro, mi campo, mi campo en el cual al plano que yo no puedo ver, es decir, el plano soporte, el plano de la mirada en el cual mi ojo está tomado de una manera es de otra se va a proyectar tanto y tan bien que, como el señor Lacan nos lo ha hecho observar frecuentemente, soy visto tanto como veo. Es decir que las líneas que vienen acá a unirse al plano de la mirada, a esta línea fundamental de la que nos habló el señor Lacan en este plano figura, serán también invertibles, si puedo decir así, mediante una proyección exactamente inversa, tanto y tan bien que si considero que en el plano figura se proyecta el plano mirada, que el plano mirada me reenvía algo que venía del plano figura habrá en cada punto intermedio entre el plano de la mirada y la línea infinita el punto de fuga, el punto de horizonte. Habrá en cada punto de este espacio una diferencia entre la perspectiva, que la considero vectorizada, por decir así, de esta manera, o vectorizada de esta otra, Es decir que, por ejemplo, un árbol que tenga esta dimensión en este vector, tendría esta dimensión en este vector. Habrá, entonces, acá una separación, algo no visto, que no viene sino a expresar que en cada punto de este plano hay también una separación de cada punto en relación a sí mismo. Es decir que, este espacio no será homogéneo y que cada punto será desplazado en relación a sí mismo en una separación no vista, no visible que, sin embargo, viene a constituir, extrañamente cada una de las cosas que mi ojo percibe en el plano perspectivo, cada una de estas cosas vista en el plano perspectivo siendo reenviada por el plano figura en tanto que en este plano figura el plano de la mirada se proyecta. Cada una de estas separaciones podrá ser llamada **a**, y este **a** es constitutivo de la separación que cada punto del plano mirada toma en relación a símismo.

Una no homogeneidad absoluta de este plano se descubre así y cada objeto se descubre como pudiendo tener una cierta distancia en relación a sí mismo, una cierta diferencia en relación a sí mismo. Y me sorprendí de que en lo que acaba de decirnos Green, si se considera en efecto, este espacio de entrecruzamiento de las iluminaciones del plano, las figura de las que nos habló se sitúan como en la intersección para unirse, de alguna manera, para unirse a lo que se cruza acá así y que, en efecto, hay, se puede decir también, en la iluminación de las caras en relación a los cuerpos, algo que sobrepasa y que podría, a manera de ilustración simple, no pretendo hacer más, que podría indicarnos esta pequeña diferencia justamente que toma el objeto en relación a sí mismo cuando se pone en mirada, es el momento de decirle el plano de la mirada, y al plano de la figura. Este es la manera en que me expresó las cosas y dejo al señor Lacan al cuidado de decirme que me equivoqué pesadamente, que desconocí una parte de lo que dijo el otro día.

LACAN: —Le agradezco mucho Audouard. Helo aquí, es verdaderamente una construcción interesante, por ejemplo, puedo difícilmente creer que no se haya mezclado ahí para usted el deseo de conciliar un primer esquema que yo había dado en el momento en que hablaba de la pulsión escópica, hace dos años, con lo que acabo de aportarles la última vez y la anteúltima. Este esquema tal como usted lo produce y que no corresponde ni a uno ni a otro, de estos dos enunciados míos, tiene toda clase de carácterísticas, cuya principal es la de querer figurar —al menos lo creo, si no me equivoco yo mismo sobre lo que usted quiso, decir—, en suma, una cierta, reciprocidad de la representación de lo que usted llamó la figura con la que se produce en el plano de la mirada de donde usted partió.

Pienso, es en efecto, de una especie de representación estrictamente recíproca de lo que se trata y donde se marca si se puede decir el vértigo permanente de la intersubjetividad, ahí usted introduce, de una manera que podría ser criticada en detalle, no se qué, que no quiero, en lo cual no quiero, embotarme, de donde resultaría algo por lo cual el objeto, es

de un objeto de lo que se trata, tomaría todo su relieve de la no coincidencia de la perspectiva que capta. No es porque sí que usted representa en el plano de la mirada dos puntos separados uno del otro de lo que no sé si es para hacer imagen de la visión binocular. Usted parece estar prisionero de algo confuso, que toma su prestigio de reducir lo que se esfuerza en recubrir la óptica. Es fácil localizar la falta de construcción. El hecho de que usted haya partido de lo que usted llama el plano de la mirada, hay ahí un error sensible y determinante. Partí de ahí diciendo que esto de lo que usted trazó la línea horizontal determinada por el plano soporte, usted lo precisa, el plano del suelo, pero suponer que lo que está acá, está en el campo de la mirada es dejar de lado lo esencial de lo que operaba la construcción del otro día. Nada de lo que está en el plano de la mirada, definido como paralelo al plano figura, nada muy precisamente, puede ir a proyectarse en el cuadro de una manera que sea representable para usted, ya que esto, en efecto, a proyectarse ahí, ya que todo se proyecta ahí, pero esto va a proyectarse ahí según, no la línea del horizonte, sino la línea en el infinito del cuadro. Este punto entonces, —lo voy a ser en rojo para distinguirlo de sus trazos— este punto entonces, es el punto en el infinito del plano del cuadro. ¿Me siguen?.

Esto es fácil de concebir, y que si restablecemos las cosas como deben ser, lo dibujo acá, —póngame otra hoja de papel, Gloria, por favor, porque esto será verdaderamente algo confuso—, durante este tiempo voy de todos modos, a intentar decir en qué nos interesa todo esto, porque, después de todo, para alguien como Foucault, que no haya asistido a nuestra reunión precedente, esto pueda parecer un poco fuera de los límites del plano, es el caso de decirlo.

Pero, en fin, esto puede ser la ocasión para mí, de precisar aquello de lo que se trata. Nosotros somos psicoanalistas, ¿con qué tenemos que ver?. Con una pulsión que se llama la pulsión escópica. Esta pulsión, si la pulsión es una cosa construída, como Freud nos lo inscribe, y si probamos, a continuación de lo que inscribe Freud concerniente a la pulsión, que no es un instinto, sino un montaje entre realidades de nivel esencialmente heterogéneo, como aquello que se llama el empuje, el *Drang*, algo que podemos inscribir como siendo el orificio del cuerpo, donde este *Drang*, si puedo decir, toma su apoyo y de donde extrae de una manera que no es concebible sino de una manera estrictamente topológica su constancia del *Drang*, no puede elaborarse sino suponiéndola emanar de una superficie, de la que el hecho de que ella se apoya sobre un borde constante asegura finalmente si se pude decir, la constancia vectorial del *Drang*. De algo, a continuación, que es un movimiento de ida y vuelta, toda pulsión incluye, de alguna manera, en sí misma, algo que es, no es su recíproco, sino se retorno a su base. Esto a partir de algo que no podemos concebir en el límite y de una manera, digo, no metafórica, sino fundamentalmente inscripta en la existencia, a saber un giro, ella hace el giro, contornea algo y es ese algo lo que yo llamo el objeto **a** .

Esto está perfectamente ilustrado de una manera constante en la práctica analítica, en esto de que el objeto **a** , en la medida en que no es más accesible, en lo que es literalmente cernido por la experiencia analítica, es, por una parte, lo que podemos llamar el pecho y lo llamamos en contextos suficientemente numerosos para que su ambigüedad, su carácter problemático, salte a la vista de todos, que el pecho sea un pequeño objeto, toda clase de cosas están echas para mostrar que no se trata ahí de ese algo carnal del que se trata cuando hablamos del pecho, no es simplemente ese algo sobre lo cual la nariz del lactante se aplasta, es algo que para ser definido si debe cumplir las funciones y también representar las posibilidades de equivalencia que manifiestan en la práctica analítica, es algo que debe ser definido de una manera muy diferente. No pongo acá el acento sobre la función que presenta también los mismos problemas, que constituyen de cualquier manera en que lo llamen, el escíbalo, el desecho, el excremento. Acá tenemos algo que está,de alguna manera, totalmente claro y cernido.

Ahora bien, desde que pasamos al registro de la pulsión escópica, que es precisamente, lo que en este artículo, este artículo sobre el que me apoyo, no simplemente porque es el artículo sagrado de Freud, porque es un artículo culmen, donde viene para él a expresarse, justamente, alguna necesidad que está en la vía de las precisiones topológicas que me esfuerzo en dar. Si en este artículo pone particularmente en valor esta función de ida y vuelta en la función escópica, esto implica que intentemos cernir esto objeto **a** , que se llama la mirada.

Entonces, es de la estructura del sujeto escópico que se trata y no del campo de la visión.

A continuación vemos ahí, que hay un campo donde al sujeto está implicado de una manera inminente, porque para nosotros —cuando digo nosotros, digo usted y yo, Michel Foucault— que nos interesa más la relación de las palabras y de las cosas, porque, al fin de cuenta, no se trata sino de eso en el psicoanálisis, vemos bien, a continuación también, que este sujeto escópico interesa eminentemente a la función del signo. Se trata, pues, de alto que, desde el inicio, introduce una dimensión totalmente diferente de la dimensión que podemos calificar en sentido elemental, con la palabra física, que represente al campo visual en el mismo. Ahí, no hacemos algo de la que no se si aceptarás al titulo, a usted le corresponde decírmelo, si intentamos hacer sobre un punto preciso, o por algún sesgo, algo que se llama historia de la subjetividad, es un título que usted aceptaría, no como subtítulo, porqué creo que ya hay uno, sino como sub-subtítulo, ¿es cierto?, y definiéramos, ya sea un campo como usted lo hizo, para el *Nacimiento de la clínica* o para la *Historia de la locura*, o un campo histórico, como en su.... Es muy claro que la función del signo aparezca ahí, ese algo es lo esencial, este función esencial que usted da en un análisis semejante.

No tengo tiempo, gracias a estas demoras que nos hemos tomado, —quizás—, de destacar punto por punto en su primer capítulo todos los términos, —no, en absoluto donde yo tendría cualquier cosa que objetar—, sino, muy por el contrario que me parece, literalmente converger hacia la especie de análisis que yo hago. Usted termina en la conclusión de que este cuadro sería, de alguna manera, la representación del mundo de las representaciones, como usted considera que en ese, cuyo sistema diría infinito de aplicación recíproca constituiría la carácterística de un cierto tiempo de pensamiento. No está totalmente en contra de lo que yo digo, ¿verdad?, ¿está de acuerdo?. Gracias, porque eso prueba que entendí, bien. Es cierto que nada podría instruirnos más de la satisfacción que nos da su resplandor, que una tal controversia. No pienso, en absoluto, aportarle una objeción, diciendo que, al fin de cuentas, no es sino en favor de un fin didáctico, a saber, de plantear para nosotros las problemas que impondría una cierta limitación en el sistema, sitúa que es, en afecto, importante que tal captación de lo que fue, digamos, el pensamiento durante al siglo XVII y el XVIII nos es propuesto. Como proceder de otro modo, si queremos, incluso, comenzar a sospechar bajo que sesgo los

problemas se nos proponen. Nada es más aclarador que poder captar en que puedo decir la palabra perspectiva, diferente podría proponerse en otro contexto, aunque más no fuera para evitar los errores de lectura, inclusa diría más, simplemente para permitirnos la lectura cuando no estamos naturalmente dispuestos de autores, de aquellos de los que usted establece, por ejemplo, de una manera deslumbrante la hechura, como Cuvier por ejemplo. No hablo por supuesto, de todo la que aportó también en el registro de la economía de la época y también de su lingüística, le planteo la cuestión: ¿no cree que al fin de cuentas, cualquiera sea el trazado al testimonio que podemos tener, de las líneas, donde se aseguró el pensamiento de una época, siempre se le planteó al ser parlante —cuando digo planteó quiero decir que estaba dentro y que, por este hecho, no podemos no hablar del pensamiento— que, exactamente, los mismos problemas estructurados de la misma manera se planteaban para ellos como para nosotros? Quiero decir que, no hay simplemente una especie de presupuestos, de alguna manera, metafísicos e incluso, para decirlo más precisamente, heideggerianos, a saber, que la cuestión de la esencia de la verdad se planteó siempre de la misma manera y que se la rehusó en un cierto número de maneras diferentes. Es toda la diferencia, pero, de todos modos podemos palpar su presencia, digo, no simplemente, como Heidegger, remontándanos a la archiantigüedad griega, sino de una manera directa. En la sucesión de capítulos que usted da: Hablar, Intercambiar, Representar, debo decir, por otra parte, que a este respecto verlos resumidos en el índice tiene algo de sorprendente. Me parece que al hecho de que usted no haya hecho figurar ahí la palabra Contar tiene algo de bastante notable. Y —cuando digo Contar, por supuesto, no hablo solamente de aritmética, ni de *bowling*—, quiero decir que vio que en pleno corazón del pensamiento del siglo XVII, algo que ciertamente permaneció desconocido o incluso, fue abucheado —usted sabe tan bien como yo de quien voy a hablar—, a saber, de aquel que recibió los tomatazos, que se guardo su asuntito y que, sin embargo, quedó indicado como habiendo, para los mejores, brillando con el resplandor más vivo, dicho de otro modo, George Desargues y para marcar algo que escapa, me parece, a lo que llamaría el rasgo de inconsistencia de los modos recíprocos de las representaciones en los diferentes campos que usted nos describe pare hacer el balance del XVII y del XVIII.

En otros términos, el cuadro de Velázquez no es la representación de lo que yo diría todos los modos de la representación. Es, según un término que, por supuesto no va a estar ahí, sino como postre, ¿no es cierto?, y que es el término sobre el que insisto cuando, lo tomo de Freud, a saber, representante de la representación. ¿Qué quiere decir eso?.

Acabamos de hacer, en fin, de tener un testimonio magnifico, —le pido disculpas, Audouard— de la dificultad con la cual puede pasar lo especifico de lo que intenté introducir, y por ejemplo en un tiempo, intervalo bastante corto, de remontar, es decir, des de hace dos de nuestras reuniones. Cuando se trata del campo escópico, hace mucho tiempo que sirve en esta relación a la esencia de la verdad. Heidegger está ahí para recordarnos, en esta obra, de la que no concibo, incluso, que no haya sido traducido primero como *Wesmen*, no como *Wesen der Warheit* sino, sobre la *Lehre de Platon, Sobre la Verdad,* obra que, no solamente no está traducida, sino que, además, es inhallable. Está ahí para recordarnos, como en la primera reseña, que es absolutamente claro, manifiesto, sobre este tema de la verdad, que Platón hizo uso de lo que yo llamaría este mundo escópico. Hizo un uso de esto, como de costumbre mucho más astuto y artero de lo que se puede imaginar, porque, al fin de cuentas, todo lo material es ahí, como lo recordé recientemente, el agujero, la oscuridad, la caverna, esto que es tan capital, a saber, la entrada, lo que voy a llamar enseguida la ventana y luego detrás el mundo, que yo llamaría el mundo solar. Es la presencia entera de todos los chirimbolos lo que permite a Heidegger hacer de esto el uso deslumbrante, que ustedes, —al menos Michel Foucault acá—, usted sabe, porque pienso que lo habrá leído, y como esta obra es inhallable, deben haber pocos que lo hallan leído hasta acá.

Pero de todos modos, hablé un poco de eso, es decir, de hacer decir a Platón mucho más de lo que se lee habitualmente ahí y de mostrar, en todo caso, el valor fundamental de un cierto número de movimientos del sujeto, que son, muy exactamente, algo que, como él lo subraya, liga la verdad a una cierta formación, una cierta *paideia*, a saber, a estos movimientos que conocemos bien, en todo caso que aquellos que siguen mi enseñanza conocen bien, el valor del significante, movimiento de ida y vuelta, movimiento que aquel que se da vuelta y que debe mantenerse en este volteo. No es menos cierto que la continuación misma del tiempo nos muestra a qué confusión puede prestarse tal comienzo si no sabemos aislar verdaderamente en este campo del mundo escópico la diferencia de las estructuras y, desde luego, es proseguir sumariamente, por ejemplo, hacer ahí una oposición, una oposición de donde voy a partir. El apólogo, la fábula de Platón, tal como se recibe de costumbre, no implica sino algo que es un punto de irradiación de la luz, un objeto que él llama el objeto verdadero, y algo que es la sombra, que lo que ven aquellos que son las prisioneras de la caverna no sea sino sombra ahí está habitualmente todo lo que se recibe de esta enseñanza.

Recién marqué hasta que punto Heidegger llegaba a extraer de esto mostrando lo que está ahí en efecto. No obstante, esta manera, de partir de esta centralidad de la luz hacia algo que va a devenir no simplemente la estructura, que es a saber, el objeto y su sombra, sino una especie de degradé de realidad, que va de alguna manera, a introducir en el corazón mismo de todo lo que aparece, de todo lo que es Scheinen para retomar la que está en el texto de Heidegger, una especie de mitología, que es, justamente, aquella sobre la cual reposa la idea misma de la idea que es la Idea del Bien, aquella donde está, donde se encuentra la intensidad misma de la realidad de la consistencia y de donde, de alguna manera, emanan todas las envolturas, que ya no serán, al fin de cuentas, sino envolturas del ilusiones crecientes de representaciones, siempre de representaciones. Ahí esta, por otra parte, precisamente, ni me permiten recordárselos, no se después de todo si ustedes tienen una buena memoria, que el 19 de Enero ilustré acá, haciendo comentar por Madame Parisot, aquí presente, dos textos de Dante, los dos únicos donde habló del espejo del Narciso.

Ahora bien lo que nos aporta nuestra experiencia, la experiencia analítica, está centrado sobre el fenómeno de la pantalla. Lejos de que el fundamento inaugural de lo que es la dimensión del análisis sea algo donde, como en un punto cualquiera, la primitividad de la luz por sí misma haga surgir todo lo que es tinieblas bajo las formas de lo que existe, tenemos, y en primer lugar, que ver con esta relación problemática, que está representada por la pantalla. La pantalla no es solamente lo que oculta lo real, lo es seguramente, pero al mismo tiempo lo indica.

¿Qué estructura soporta este bastidor de la pantalla de una manera que la integra estrictamente a la existencia del sujeto?. Ahí está el punto pivote a partir del cual tenemos,

si queremos dar cuenta de los términos mínimos que intervienen en nuestra experiencia como connotados por el término escópico y ahí desde luego no tenemos que ver sino con el recuerdo encubridor, tenemos que ver con ese algo que se llama el fantasma, tenemos que ver con ese término que Freud llama, no representación, sino representante de la representación, tenemos que ver con muchas series de términos de los que tenemos que saber si son o no sinónimos. Es por eso que nos daremos cuenta que este mundo escópico del que se trata no debe simplemente ponerse en los términos de la linterna mágica, que debe pensarse en los términos en una estructura que felizmente nos es provista, nos es provista debo decir, está presente al menos a lo largo de los siglos, está presente en toda la medida en que tales y cuales la han dejado de lado.

Hay un cierto teorema de Papus que resulta estar de una manera sorprendente exactamente inscripto en los teoremas de Pascal y de Brianchon, aquellos sobre la rectilineidad de la colinealidad de los puntos de encuentro de un cierto hexágono, en tanto que este hexágono está inscripto en una cónica. Papus había encontrado un caso particular, que es muy exactamente, aquel donde este hexágono no está inscripto en lo que llamamos habitualmente una cónica, sino simplemente dos rectas que se cruzan, lo que debo decir, hasta una época que era la de Kepler, no se habían dado cuenta de que dos líneas que se cruzan es una cónica. Es por eso que Papus no generalizó su asunto. Pero, que se pueda hacer una serie de puntuaciones que prueban en cada época que eso que se llama geometría proyectiva no fue desconocido, ya es asegurarnos suficientemente que estaba presente un cierto modo de relación al punto escópico de la que voy a intentar decir ahora, y en el punto en el que siempre estamos acá para trabajar, cuales son los efectos estructurales.

¿Qué buscamos?. Si queremos dar cuenta de la posibilidad de una relación, digamos de lo real, no digo al mundo, que sea tal que instruía se manifiesta ahí la estructura del fantasma, debemos, en este caso, tener algo que nos connote la presencia del objeto **a** , del objeto **a** en tanto es la montura de un efecto, no solamente, no tengo que decir lo que conocemos bien, no lo conocemos justamente, tenemos que dar cuenta de este efecto primero, dado de donde partimos en el psicoanálisis, que es la división del sujeto, a saber, que en toda la medida, se que usted lo hace a sabiendas, donde usted mantiene la distinción del cogito y de lo impensado, para nosotros no hay impensado. La novedad para el psicoanálisis es que ahí donde usted designa, hablo en un cierto punto de su desarrollo, lo impensado en su relación al cogito, ahí donde hay este impensado, eso piensa. Y ahí está lo relación fundamental por otra parte, de la que usted siente muy bien cuál es la problemática, ya que usted indica a continuación, cuando habla del psicoanálisis que es en esto que el psicoanálisis resulta poner en cuestión radicalmente todo lo que es ciencias humanas. ¿No deformo lo que usted dice?. ¿Qué?.

MICHEL FOUCAULT: —Usted reforma.

LACAN: —Desde luego y, además, naturalmente, de más de una manera, que necesitaría mucho más franqueamiento y etapas.

Entonces, aquello de lo que se trata es de una geometría que nos permita, no solamente ser representación en un plano figura de lo que está en un soporte, sino que se inscribe ahí este tercer término que se llama el sujeto y que es necesaria, a su construcción. Es muy precisamente por esto que hice la construcción que estoy forzado a retomar, lo que, por otra parte no tiene nada de original, está simplemente tomado de los libros más comunes, sobre la perspectiva a condición de que se los ilumine mediante la geometría desarguiana y mediante todos los desarrollos que hizo después, también, hasta al siglo XIX. Pero, justamente Desargues está ahí para puntuar que en el corazón del siglo XVIII ya toda esta geometría que el captó perfectamente, la existencia fundamental, por ejemplo de un principio como el principio de dualidad, que no quiere decir esencialmente por sí mismo sino que los objetos geométricos son remitidos a un juego de equivalencia simbólica. Y bien, con ayuda simplemente del más simple uso de los montantes de la perspectiva, encontramos que en la medida en que haga falta distinguir este punto sujeto, este plano figura, el plano soporte —por supuesto, estoy forzado a representarlo mediante algo, entiendan que todos se extienden al infinito, desde luego— y bien algo es localizable de una manera doble, que inscribe el sujeto en este plano figura, que por este hecho, no es simplemente envoltura, ilusión aislada, si se puede decir, de lo que se trata de representar, sino, en sí mismo, constituye una estructura que de la representación es el representante.

Quiero decir que, la línea de horizonte, en la medida en que está directamente determinada por este punto, que no hay que llamar punto ojo, sino punto sujeto, punto sujeto, si se puede decir, entre paréntesis, quiero decir sujeto necesario a la construcción y que no es el sujeto, ya que el sujeto está comprometido en la aventura de la figura y que es necesario que ahí se produzca algo que, a la vez, indique que está en alguna parte, en un punto necesariamente, pero que en otro punto, aunque sea necesario que esté presente, está, de alguna manera, elidido. Es lo que obtenemos observando, les recuerdo, —me falta el tiempo para volver a hacer de una manera tan articulada la demostración—, que si esta línea de horizonte está determinada simplemente por una paralela, un plano paralelo que pasa por el punto sujeto, plano paralelo al plano del piso, esto todo el mundo lo sabe, pero que este tipo de horizonte, por otra parte, en el establecimiento de una línea cualquiera implica la elección de un punto sobre la línea de horizonte y que, si todos saben eso, es lo que se llama el punto de fuga y que, entonces, la primera presencia del punto sujeto en el plano figura es un punto cualquiera de la línea de horizonte, digamos, no importa que punto, subrayo, todavía debe haber ahí, en principio, uno.

Cuando hay varios es cuando sucede que los pintores se permiten la licencia. Cuando hay varios es con fines determinados; es del mismo modo que cuando tenemos varios Yo ideal o yoes ideales —uno y otro se dice—, es con ciertos fines. Pero que hay esto es, desde luego, una de las necesidades de la perspectiva. Todos aquellos que son en esto los fundadores, a saber: Alberti y Pélèrin, dicho de otro modo Viator, pero también Albech Dürer, Alberto Durero, lo que él llama el otro ojo, lo repito esto se presenta a confusión, porque no se trata en ningún caso de visión binocular. La perspectiva no tiene nada que ver con lo que se ve y el relieve, contrariamente a lo que uno se imagina, la perspectiva es el modo de un cierto tiempo, en una cierta época, como usted diría, en el cual el pintor como sujeto se mete en el cuadro, exactamente como los pintores de la época impropiamente llamados primitivos. Se metían en el cuadro como donadores, en el mundo del que se trataba que el cuadro fuera el representante, en tiempo de los pretendidos primitivos. El pintor estaba en su lugar en el cuadro. En tiempo de Velázquez parece

meterse ahí. Pero no hay sino que observarlo para ver, —usted lo subrayó muy bien—, hasta que punto es en estado de ausencia que está ahí.

Está ahí en un cierto punto que describo, precisamente, en esto de que se toca en la huella del punto de donde viene, de este punto para usted, —para usted solamente, porque ya lo dije bastante para los otros—, este punto que no califiqué hasta el presente, que es el otro punto de presencia, el otro punto sujeto en el campo del cuadro, que es este punto que se determina, no de la manera que se lo dije hace una rato, sino teniendo en cuenta, precisamente, esto de que hay un punto, y uno sólo, paralelo al plano del cuadro, que no podría, de ninguna manera inscribirse en el cuadro y es lo que ya hace saltar a la vista hasta qué punto es problemática la primera presencia del punto ese sobre la línea del horizonte bajo la forma de un punto cualquiera, bajo su forma de punto de indiferencia, es, muy justamente, lo que por naturaleza nos suspende sobre lo que se podría llamar su primacía.

Por el contrario, teniendo en cuenta esto de que esta línea que determinamos como la línea de intersección del plano que pasa por el punto **S**, supuesto desde el inicio, de intersección con el plano soporte, que esta línea sobre el plano figura tiene una traducción que es fácil de captar, porque basta simplemente invertir lo que nos pareció totalmente natural de admitir concerniente a la relación del horizonte con la línea infinita sobre el plano soporte, ahí, en la otra disposición, aparece enseguida que esto, si ustedes quieren, constituye una línea de horizonte, en relación a la cual la línea en el infinito en el plano figura jugará la función inversa y que, desde entonces, es en la intersección de la línea fundamental, es decir, del punto donde el cuadro corta el plano figura, en la intersección de esta línea fundamental con esa línea en el infinito, es decir en un punto en el infinito que se ubica el segundo ojo del sujeto.

Es de este polo que vuelve Velázquez, después de haber hendido su pequeña multitud, y la línea de escisión que se marca ahí —¿no es cierto?— de su pasaje, de alguna manera lo que forma su grupo modelo nos dice bastante que es de alguna parte fuera del cuadro que viene a surgir aquí. Esto, lo lamento, me hace tomar las cosas desde el punto de vista más teórico y más abstracto; y la hora avanza. No podré, entonces, llevar las cosas hoy hasta el punto al que las quería llevar. No obstante, la forma misma de lo que me fue aportado recién como interrogación exigía que yo ponga esto en primer plano. No obstante, si alguno de entre ustedes puede hacer todavía el sacrificio de algunos minutos después de las dos, voy, de todos modos, a pasar, es decir, tomando las cosas al nivel de la descripción, debo decir, fascinante que usted hizo del cuadro *LAS MENINAS*, a mostrarles el interés concreto que toman estas consideraciones en el plano de la descripción misma.

Está claro que desde siempre críticos, en tanto como espectadores, son absolutamente fascinados, inquietados por este cuadro. El día que alguien —no quiero decirles el nombre, aunque tengo ahí toda la literatura— hizo el descubrimiento, que era formidable, estos pequeños Rey y Reina que se veían en el fondo, de que estaba seguramente ahí la clave del asunto, todo el mundo lo aclamó, que verdaderamente, formidable e inteligente era haber visto eso que no estaba, evidentemente en primer plano, ya que está en el fondo, pero, en fin, que es imposible no ver, se ha progresado de descubrimientos heroicos a otros descubrimientos diversamente sensacionales, pero no hay sino una cosa que no se ha explicado totalmente; es hasta que punto esta cosa, si no fuera sino eso ¡acá está!, el Rey y la Reina están en el cuadro. Eso bastaría para darle interés al asunto. A la luz, si se puede decir, —ya que no trabajamos aquí en el plano fotópico—, no tenemos que vérnosla con el color. Los reservo para el año próximo, si este año próximo debe existir, trabajamos en el campo escotópico, en efecto, en la penumbra como acá.

Lo que es importante, interesante, es lo que sucede entre el punto **S** virtual, porque no sirve más que a la construcción de todo lo que nos importa, es lo que hay en la figura, pero, de todos modos, juega su papel, es lo que sucede entre este punto, en el intervalo entre él y la pantalla.

Ahora bien, si hay algo que este cuadro nos impone es gracias a un artificio, que es aquel, por otra parte, del que les rindo el homenaje, que usted partió, a saber, que lo primero que dijo es que en el cuadro hay un cuadro y pienso que usted no duda más que yo de que este cuadro que está en el cuadro sea el cuadro mismo, aquel que vemos, aunque ahí usted se preste a dejar perpetuarse esta interpretación de que este cuadro donde hace el retrato del Rey y la Reina. Usted se da cuenta habría tomado el mismo cuadro de tres metros con dieciocho centímetros, con el mismo armazón, para hacer el Rey y la Reina solamente, esos dos pobres boluditos que están ahí en el fondo.

Ahora bien, es precisamente, de la presencia de este cuadro, que es la única representación que está en el cuadro, esta representación satura de alguna manera el cuadro en tanto que realidad. Pero, el cuadro es otra cosa, ya que, no se lo demostraré hoy, espero que vuelva dentro de ocho días, porque pienso que se puede decir algo de este cuadro que vaya más allá de esta observación, que es verdaderamente inaugural, a saber, ¿qué es verdaderamente, este cuadro?.

Subrayé lo suficiente la última vez el espacio que representan todas las interpretaciones que fueron dadas por él, pero, evidentemente, hay que partir de la idea de lo que no es ocultado y de lo que usted hizo valer la función de algo que está oculto, de carta tapada, para forzarlo a dar vuelta las suyas y Dios sabe si, en efecto, los críticos no dejaron de dar vuelta sus cartas.

Y para decir una serie de cosas extravagantes, no tanto, por otra parte, esto alcanzó a aproximarlos para, de todos modos, llegar a saber por qué sus extravagancias, de las cuales una es aquella, por ejemplo, de que el pintor pinta frente a un espejo que estaría en nuestro lugar, es una solución elegante, desgraciadamente va totalmente contra esta historia del Rey y la Reina que están en el fondo, porque, entonces, sería necesario también que estuvieran en el lugar del espejo, hay que elegir.

Resumiendo toda clase de dificultades se presentan si simplemente podemos mantener que el cuadro está en el cuadro como representación del objeto de amor.

Ahora bien, esta problemática entre la distancia del punto **S** del plano del cuadro, está, hablando con propiedad, en la base del efecto captativo de la historia. Es en la medida en que no es una obra con una perspectiva habitual, es una especie de tentativa loca, que, por otra parte, no es el privilegio de Velázquez. Conozco, gracias a Dios, bastantes pintores, y fundamentalmente uno, que les voy a hacer notar para darles una pequeña

golosina así al final de esta exposición, de la que lamento estar siempre forzado a volver sobre los mismos planos, que son demasiados áridos, un pintor del que voy aquí a mostrarles, al dejarlos, un obra que pueden, por otra parte, ir todos a ver, ahí donde está expuesta, que es el problema del pintor y esto remítanse a mis primeras dialécticas cuando introduje la pulsión escópica, a saber, que el cuadro es una trampa de mirada, que se trata de atrapar al que está ahí delante y que manera más limpia de atraparlo, que extender el campo de los límites del cuadro, de la perspectiva, hasta al nivel de lo que está ahí, a nivel de este punto **S** y lo que yo llamo, hablando con propiedad, lo que se desvanece siempre, lo que es elemento de caída, la única caída en esta representación donde este representante de la representación, que es el cuadro en sí, es este objeto **a** y el objeto **a** , de lo que no podemos jamás agarrar, y especialmente, en el cuadro, por la razón de que es la ventana que constituimos nosotros mismos por abrir los ojos simplemente. Este esfuerzo del cuadro para atrapar este plano evanescente que es propiamente lo que venimos a aportar nosotros mismos por abrir las ajos simplemente. Este esfuerzo de cuadro para atrapar este plano evanescente, que es propiamente lo que venimos a aportar todos nosotros, los tontos que estamos ahí en una exposición creyendo que no nos sucede nada cuando estamos frente a un cuadro, estamos capturados como moscas en la goma, bajamos la mirada como se bajan los calzones, y para el pintor se trata, si puedo decirlo, de hacernos entrar en el cuadro.

Es precisamente, porque hay un intervalo entre esta alta tela representada de espaldas y algo que pone el marco del cuadro, frente que estamos en este malestar. Es una interpretación propiamente estructural y estrechamente escópica.

Si usted vuelve a oírme la próxima vez, le diré porqué es así, porque, en verdad, me mantengo acá hoy, estrictamente en los límites del análisis de la estructura, de la estructura tal como usted lo hizo, de la estructura de lo que se ve sobre el cuadro. Usted no introdujo nada del diálogo, si puedo decir, del diálogo, diálogo que sugiere, ¿entre qué y qué?. No crea que voy a hacerle, después de Audouard, reciprocidad, a saber, que somos convocados a dialogar con Velázquez. He dicho bastante desde hace mucho tiempo que las relaciones del sujeto al Otro no son recíprocas, para ir a caer en esa trampa hoy.

¿Quien es el que habla adelante?. ¿Quien es el que interroga?. ¿Quien es el que, más bien, grita y suplica y pide a Velázquez, haz ver?. Ahí está el punto de donde es necesario partir. Se los indiqué la última vez, para saber, de hecho, quien es el que está ahí en el cuadro y que este intervalo entre los dos planos, el plano del cuadro y el plano del punto S, de esta intervalo que corta el plano soporte en dos paralelas y mediante lo que en el vocabulario de Desargues se llama de eje, porque, además, es cuestión de hacerse ver un poco peor, un vocabulario que no era como el de todo el mundo. ¿En el eje de la tierra, que sucede?. Ciertamente no lo que diremos hoy y que el cuadro esté hecho para hacernos sentir este intervalo. Es lo que está doblemente indicado en nuestra relación de atrapamiento por este cuadro, por un parte, y en el hecho de que en el cuadro Velázquez esté manifiestamente de tal modo ahí para marcarnos la importancia en la que no está, obsérvenlo, usted debió observarlo, pero no lo ha dicho, no está el alcance, incluso de su pincel extendido para tocar este cuadro. Naturalmente, se dice, retrocedió para ver mejor. Si, desde luego, pero, en fin, el hecho mismo de que no está al alcance del cuadro es ahí el punto absolutamente capital. En resumen que las dos puntas vivas de este cuadro sean no simplemente el que huye también hacia una ventana, hacia una hiancia, hacia el exterior planteando ahí como en paralelo a la hiancia anterior y, por otra parte, Velázquez, del que saber lo que nos dice es ahí el punto esencial.

Lo haré hablar para terminar —no para terminar, porque quiero todavía que usted vea el cuadro del Balthus, de todos modos—, para decir las cosas en un lenguaje lacaniano, ya que hablo en su lugar, ¿por qué no?. En respuesta a haz ver: tu no ves donde yo te miro. Es una fórmula fundamental para explicitarlo que nos interesa en toda relación de mirada. Se trata de la pulsión escópica y, muy precisamente, en el exhibicionismo como en el voyerismo, pero no estamos ahí para ver si en el cuadro uno se cosquillea, ni si sucede algo. Estamos ahí para ver cómo este cuadro nos inscribe la perspectiva de las relaciones de la mirada en lo que se llama el fantasma en tanto que es constitutivo. Hay una gran ambigüedad sobre la palabra fantasma, fantasma inconsciente. Bien, eso es un objeto. Primero es un objeto donde perdemos siempre una de las tres piezas, que hay dentro a saber, dos sujetos y un **a** , porque no crean que tengo la ilusión que voy a aportarles el fantasma inconsciente como un objeto. Sin eso, la pulsión, el fantasma la rechazaría a otra parte. Pero, lo que perturba es que cada vez que se habla del fantasma inconsciente, se habla también del fantasma de verlo. Es decir que, la esperanza, por el hecho que se corre después, y esto introduce en la materia mucha confusión, yo, por el momento, intento darle, hablando con propiedad lo que se llama un bastidor y u bastidor no es una metáfora, porque el fantasma inconsciente reposa sobre un bastidor, y es este bastidor lo que no desespero, no solamente de volverlo familiar a aquellos que me oyen, sino de hacérselos entrar en la piel. Tal es mi objetivo y estos son ejercicios absolutamente escabrosos y que para algunos parecen irrisorios, que ya prosigo acá de lo que ustedes no oyen sino ecos lejanos. Voy, ahora, a hacerles pasar, gracias a Gloria la imagen del señor Balthus. Hay una exposición Balthus por el momento, está en el pabellón de Marsan, información gratuita. Mediante una módica suma ustedes podrán ir a admirar este cuadro. Y bien es un pequeño deber que les doy a algunos, se los doy, por eso todas las vacaciones.

Veamos, observen este cuadro, habiéndoles procurado, lo espero, algunas reproducciónes, no es muy fácil, debo esto a la señora Henriette Gomes que resultaba, era absolutamente, por otra parte, para ella una sorpresa, que resultaba tenerla en su fichero. Hela aquí, hay una pequeña diferencia en el cuadro que ustedes verán, vean, contrariamente a lo que sucede en Velázquez, porque hay evidentemente cuestiones de época. Acá en este cuadro, uno se cosquillea un poco y esta mano, para tranquilidad del propietario actual, ha sido ligeramente levantada por el autor. Se lo volví a mostrar ayer, debo decir que no dijo que estaba, de todos modos, mucho mejor hecho así. Lamentaba haber hecho una concesión que había creído deber... Era una especie de contraconcesión, había dicho: Después de todo, quizás hago eso para molestar a la gente, entonces por qué no dejarlo, pero no es verdad. La había puesto ahí porque eso debía estar ahí. En fin, todas las otras cosas deben estar ahí y, al fin de cuentas, cuando vi este cuadro, lo había visto una vez anterior y ya no me acordaba, pero cuando lo vi esta vez, en este contexto ustedes atribuirán este no se qué, a mi lucidez o a mi delirio. Está en ustedes resolverlo. Dije: He aquí *Las meninas* . ¿Por qué este cuadro son *Las meninas* ?.

Tal es el pequeño deber de vacaciones, que dejaré entre ustedes a los mejores.

Clase 19

25 de Mayo de 1966

Voy a comenzar, *sotto voce*, por leerles rápidamente algo que representa un breve informe que se me pidió en esta época del año, como se hace, de mi Seminario. Este será menos largo que el que les di ya desarrollado, concerniente al Seminario del año pasado. Pero como sé que esta primer lectura rindió servicio para lo que respecta al Seminario del año pasado, voy a entrar en materia hoy, dándoles, recordándoles lo que es la situación del Seminario este año.

Voy a proseguir sobre este objeto ejemplar que elegí tomar desde hace tres Seminarios, para fijar frente a ustedes los términos en los cuales se sitúa esta problemática, problemática del objeto **a** y de la división del sujeto, en la medida como acabo de decir, en que ya que el obstáculo del que se trata, es aquel que procura la identificación especular, no es sin razón, es en razón del papel particular, a la vez, de su latencia y la intensidad de su presencia, que constituye al objeto **a** ,al nivel de esta pulsión.

¿Quiere volver a hacernos ver el cuadro de *Las Meninas?*. He aquí este cuadro. Ustedes ya lo vieron bastante, pienso, para haber tenido, desde entonces, la curiosidad de volver a él. Este cuadro, ustedes saben ahora, por la temática que proveyó en la dialéctica de las relaciones del signo con las cosas, principalmente en el trabajo de Michel Foucault, alrededor del cual se profirió toda mi enunciación de la última vez, por las discusiones numerosas que proveyó en el interior de lo que podría llamar la crítica de arte, este cuadro, digamos, nos presenta, nos recuerda, —lo que fié a propósito de él por adelantado—, de una relación fundamental que sugiere con el espejo, este espejo que está en el fondo y donde se ha querido ver, de alguna manera y como ligeramente de paso, la astucia que consistiría en representar ahí aquellos que estarían ahí delante como modelo, a saber, la pareja real. Este espejo, por otra parte, es puesto en cuestión cuando se trata de explicar como el pintor podría situarse ahí pintándonos, lo que tenemos ahí frente a nosotros, —como puede él verlo.

El espejo pues, que está en el fondo y el espejo a nuestro nivel. ¿Quiere volver a encender las luces?.

Esto, espejo y cuadro, nos introduce a la evocación por donde hoy quiere entrar en la explicación que espero hacer completa hoy, completa y definitivo, de aquello de lo que se trata. La relación del cuadro al sujeto es fundamentalmente diferente de aquella del espejo.

Que yo haya adelantado que en el cuadro, como campo percibido, puede inscribirse, a la vez, el lugar del objeto **a** y su relación a la división del sujeto, que esto se los haya mostrado, introduciendo mi problema por el establecimiento de la función, en el cuadro de la perspectiva, en tanto que es el modo donde, a partir de una cierta fecha históricamente situable, el sujeto, fundamentalmente el pintor, se hace presente en el cuadro, y no solamente en tanto que su posición determine el punto de fuga de la susodicha perspectiva. Designé el punto donde está, no como dicen los artistas hablando en tanto

que artesanos, como el otro ojo, este punto que regula la distancia a la cual conviene ubicarse para apreciar para recibir al máximo el efecto de perspectiva sino este otro punto que les cáractericé como siendo el punto en el infinito en el plano del cuadro. Esto, por sí sólo, basta para distinguir en el campo escópico la función del cuadro de la del espejo. Ambos tienen, por supuesto, algo en común, es el marco.

Pero lo que vemos en el espejo lo que vemos es ese algo donde no hay más perspectiva que en el mundo real. La perspectiva organizada es la entrada del campo de lo escópico del sujeto mismo.

En el espejo ustedes tienen el mundo en bruto, es decir, este espacio donde ustedes se localizan con las experiencias de la vida común, en tanto que está dominada por un cierto número de intuiciones, donde se conjuga, no solamente el campo de la óptica, sino donde se conjuga con la práctica y el campo de los propios desplazamientos de ustedes.

Es este título, y a este título primero, que se puede decir, que el cuadro estructurado tan diferentemente y en su marco, en su marco que no puede ser aislado de otro punto de referencia, aquel ocupado por el punto **S** que domina su proyectiva, que el cuadro no es sino el representante de la representación. Es el representante de lo que es la representación en el espejo. No es de su esencia ser la representación. Y esto el arte moderno se los ilustra: un cuadro, una tela, con una simple mierda encima, una mierda real, por qué, ¿que otra cosa es, después de todo, una gran mancha de color?. Y esto está manifestado de una manera, de algún modo provocativa, por ciertos externos de la creación artística. Es un cuadro en la medida en que es una obra de arte. El ready made de Duchamp, a saber, también la presentación frente a ustedes de algún perchero enganchado a una varilla para cortina. Es de una estructura diferente de toda representación. Es a este título que insisto sobre la diferencia esencial que constituye, tomando de Freud este término de representante de la representación, Vorstellungsräpresentanz.

Es que el cuadro, por su relación al punto **S** del sistema proyectivo, manifiesta esto que, paralelo a él, existe enmarcando este punto **S** mismo en un plano, pues, paralelo al plano del cuadro y que llamo la ventana, a saber ese algo que ustedes pueden materializar como un marco paralelo al del cuadro, en tanto que da su lugar a este punto **S** que enmarca. Es en este marco donde está situado **S**, que es, si puedo decir, el prototipo del cuadro, aquel donde, efectivamente, el **S** que sustenta —no reducido a ese punto que nos permite construir en el cuadro la perspectiva—, sino como el punto donde el sujeto mismo es resistente en su propia división alrededor de ese objeto presente, que es su armazón. Es en lo cual el ideal de la realización del sujeto sería el de presentificar este cuadro en su ventana y es la imagen provocativa que produce frente a nosotros un pintor como Magritte, cuando viene, efectivamente, en el cuadro a inscribir un cuadro en la ventana, es también la imagen a la cual recurrir para explicar lo que concierne a la función del fantasma, la imagen que implica esta contradicción, si jamas fuera realizada en alguna habitación, como acá, iluminada por una sola ventana, que el logro perfecto de este ideal sumergiría a la sala en la oscuridad. Es en lo cual el cuadro debe ser producido en algún lugar frente a este plano, donde se instituye como lugar del sujeto en su división y que la cuestión es saber lo que adviene de ese algo que cae en el intervalo, a lo que el sujeto ejemplar, alrededor del cual trabajo acá frente a ustedes, manifiesta es que el sujeto bajo su forma dividida puede inscribirse en el plano figura, en el plano separado del plano del fantasma, donde se realiza la obra del arte.

El artista, como también cada uno de nosotros, renuncia a la ventana para tener el cuadro. Y ahí está la ambigüedad que yo daba el otro día, que indicaba sobre la función del fantasma, el fantasma en el estatuto del ser del sujeto y la palabra fantasma implica ese deseo de ver proyectarse el fantasma, ese espacio de retroceso entre dos líneas paralelas, gracias a lo cual siempre insuficiente, pero siempre deseado, a la vez factible e imposible. El fantasma puede ser llamado a aparecer de alguna manera en el cuadro. El cuadro, sin embargo, no es representación. Una representación, eso, se ve. ¿Y como traducir este eso se ve?. Eso se ve, no importa quien lo vea, pero también es la forma reflexiva. Por este hecho hay inmanente en toda representación este verse. La representación como tal, el mundo de la representación y el sujeto como soporte de este mundo que se representa, ahí esta el sujeto transparente a sí mismo de la concepción clásica y ahí está, justamente aquello sobre lo cual nos es por la experiencia de la pulsión escópica, aquello sobre lo cual nos es demandado volver.

Es por esto que cuando introduje la función de este cuadro con el haz ver puesto en la boca del personaje sobre el cual vamos a volver hoy, el personaje central de la Infanta Doña Margarita María de Austria, haz ver, mi respuesta fue primero aquella que, en mis términos, hace dar a la figura de Velázquez, presente en el cuadro: tú no me ves desde donde te miro. ¿Qué quiere decir eso?. Como ya lo adelanté, la presencia en el cuadro de lo que solamente en el cuadro es representación, la del cuadro mismo que esta ahí como representante de la representación, tiene la misma función en el cuadro que en un cristal en una solución sobresaturada, es que todo lo que está en el cuadro se manifiesta como, ya no siendo representación, sino representante de la representación. Como aparece el ver —es necesario que haga, de nuevo, hacer resurgir la imagen— que todos los personajes que están ahí no se representan nada y, justamente, no lo que ellos representan. Aquí toma todos su valor la figura del perro que ustedes ven a la derecha. No más que él ninguna de las otras figuras hace otra cosa que estar en representación, figuras de corte que miman una escena ideal donde cada uno está en su función de estar en representación sabiéndolo apenas, aunque ahí resida la ambigüedad que nos permite observar que, como se ve sobre la escena cuando se entrena un animal, el perro también es siempre, también, muy buen comediante.

Tu no me ves desde donde yo te miro, ya que es de una fórmula acuñada a mi manera que se trata, me permitiré hacerles observar que en mi estilo no dije en absoluto: tu no ves ahí desde donde te miro, que el ahí esta elidido, ese ahí sobre el cual el pensamiento moderno puso tanto el acento bajo la forma de Dasein, como si todo estuviera resuelto de la función del ser, abierto a que haya un ser ahí. No hay ahí, que Velázquez invoque si lo hago hablar en este tú no me ves desde donde te miro. En este lugar hiante, en este intervalo no marcado, precisamente ese ahí donde se produce la caída de lo que está en suspenso bajo el nombre del objeto **a**. No hay, en absoluto, otro ahí del que se trate en el cuadro que este intervalo que les mostré expresamente dibujado entre lo que yo podría trazar, pero que ustedes pueden, pienso, imaginar tan bien como yo de las dos ranuras que dibujarían el trayecto en este cuadro como sobre una escena de teatro del modo por el cual llegan estos portantes o practicables, de los cuales el primer plano, en esta línea ligeramente oblicua que ustedes ven prolongarse fácilmente, el ver solamente la figura de

este gran objeto a la izquierda y otro trazado a través del grupo les enseñe a reconocer su surco que es aquel por el cual el pintor se hizo introducir como uno de estos personajes de fantasmagoría que se hacen en la gran maquinaria teatral para hacerse depositar, a buena distancia de este cuadro, es decir, un poco demasiado lejos que para nosotros no ignoramos nada de su intención.

Estas dos ranuras paralelas, este intervalo, este eje que constituye este intervalo, pare rematar a la terminología barroca de George Desargue, ahí y solamente ahí esta el *Dasein*. Es por esto que se puede decir que Velázquez, el pintor, porque es un verdadero pintor no está, entonces, ahí para traficar su *Dasein*, si puedo decir la diferencia entre la buena y la mala pintura, entre la buena y la mala concepción del mundo, es que, al igual que los malos pintores, nunca hacen sino su propio retrato en cualquier retrato que hagan y que la mala concepción del mundo, ve en el mundo, el macrocosmos del microcosmos que seríamos. Velázquez, incluso, cuando se introduce en el cuadro como autorretrato no se pinta en un espejo, tampoco se hace ningún buen autorretrato. El cuadro, cualquiera sea, incluso autorretrato, no es espejismo del pintor, sino trampa de miradas. Es pues, la presencia del cuadro en el cuadro lo que permite liberar el resto de lo que está en el cuadro de esta función de representación y es en esto que este cuadro nos capta y nos sorprende.

Si este mundo que hizo surgir Velázquez en este cuadro —y veremos en que proyecto—, si este mundo es lo que les digo, no hay nada en abusivo en reconocer ahí lo que él manifiesta y lo que basta decir para reconocerlo.

¿Qué es esta escena extraña que tuvo durante los siglos esta función problemática si no es algo equivalente a lo que conocemos bien en la práctica de lo que ese llama los juegos de la sociedad?. ¿Y qué otra cosa es la sociedad sino un juego, a saber, el cuadro viviente?. Estos seres que están ahí, sin duda en razón de las necesidades mismas de la pintura, proyectadas frente a nosotros, ¿qué hacen sino representarnos exactamente esta especie de grupo que se produce en este juego del cuadro viviente?. ¿Qué es esta actitud casi gastronómica de la princesita, de la acompañante arrodillada que le presenta este extraño potecito inútil sobre el cual comienza a posar la mano?. Estos otros que no saben, en absoluto donde colocar sus miradas, que se obstinan en decirnos que están ahí para entrecruzarse, cuando es manifiesto que ninguna se encuentra, estos dos personajes —que el señor Green tuvo en cuenta el otro día y de los que, dicho sea de paso, se equivocaría creer que el personaje femenino sea una religiosa, es lo que se llama una guarda damas, todo el mundo lo sabe, incluso su nombre: *Doña Marcela de Ulora*—, y ¿qué hace Velázquez sino mostrárnoslo como pintor, y en medio de qué?. De todo este gineceo.

Volveremos sobre lo que significa, sobre las cuestiones verdaderamente extrañas que podemos plantearnos concernientes al primer título que se dio a ese cuadro. Lo vi aún inscripto en un diccionario, que data de 1872: *La familia del rey*. ¿Por qué la familia —pero, dejemos esto por el momento—, cuando no hay manifiestamente sino la pequeña Infanta que aquí la representa?.

Este cuadro viviente, diría, y está bien así en este gesto fijado que hace de la vida una naturaleza muerta, que, sin, duda, estos personajes, como se dijo, se han presentado efectivamente, y es por esto que por muerto que estén, así como los vemos, sobreviven, justamente, por estar en una posición que, desde el tiempo mismo de su vida, jamás cambió. Y, entonces, vamos a ver, en efecto, lo que primero nos sugiere esta función del espejo.

Es que este ser en esta posición de vida fijada en esta muerte, que no las hace surgir a través de lo siglos como casi viviente, a la manera de la mosca geológica capturada en el ámbar, es que al verla hecha pasar para decir su haz ver de nuestro lado no evocamos, a propósito de esto, esta misma imagen, esta misma fábula de salto de Alicia que nos reuniría al zambullirnos según un artificio del que la literatura carrolliana hasta Jean Cocteau, supo hacer uso con el atravesamiento del espejo. Sin duda, en este sentido, hay algo que atravesar que en el cuadro se nos conserva, de alguna manera congelado, ¿pero en el otro?, a saber, el de la vía que, después de todo nos llama a nosotros a entrar en este cuadro; no lo hay porque es la pregunta que les es planteada por este cuadro a ustedes, que, si puedo decirlo, se creen vivientes, por esto solamente que es una falsa creencia, que bastaría con estar ahí para estar en el número de los vivientes. Y ahí está lo que los atormenta, lo que toma a cada uno de las tripas, a la vista de este cuadro, como en todo cuadro, en tanto que los llama a entrar en lo que es en verdad, y que les presenta como tal, esto de los seres están no ahí, en absoluto, representados, sino en representación. Y ahí está el fondo de lo que vuelve a cada uno tan necesario hacer surgir esta superficie invisible del espejo, de la que se sabe que no se la pueda franquear; y es la verdadera razón del qué en el Museo del Prado ustedes tienen ligeramente, a la derecha, y de tres cuartos para que ustedes puedan agarrarse en caso de angustia, a saber, un espejo porque es necesario para aquellos a los que podría dar vértigo que sepan que el cuadro no es sino un señuelo, una representación, porque, después de todo, en esta perspectiva, es el caso de decirlo en que momento plantean la cuestión o distinguen figuras del cuadro en tanto están ahí al natural, en representación y sin saberlo.

Es así que, hablando del espejo, a propósito de este cuadro, sin duda, nos quemamos, por supuesto, porque no está ahí solamente, porque ustedes lo agregan. Vamos a decir, en efecto, hasta qué punto del cuadro es lo mismo, pero la punta que creí en el momento deber descartar. De estas pequeñas Meninas con su tiempo de Dasein todavía afilado, pero no quiero acá hacer anécdota, ni contarles de cada una lo que en este punto, donde están ahí captadas, deben vivir todavía, esto no sería sino un detalle para extraviarlos y no conviene, recordémoslo, confundir la evocación de las pequeñas pinceladas de observación y de anamnesis, con lo que se llama la clínica, si se olvida ahí la estructura.

Estamos acá hoy para diseñar esta estructura. ¿Qué hay, pues, de esta escena extraña donde lo que los retiene de saltar es simplemente que en el cuadro no haya suficiente espacio?. Si el espejo los detiene no es por su resistencia, no por su dureza, es por la captura que ejerce en lo que ustedes se manifiestan muy inferiores a lo que hace el perro en cuestión, ya que es él quien está ahí, tomémoslo y que, por otra parte, lo que nos muestra es que del espejismo, del espejo, da la vuelta muy rápidamente una o dos veces, ha visto bien que no hay nada detrás. Y si el cuadro está en el museo, es decir en un lugar donde, si ustedes dan la misma vuelta, estarán muy seguros, es decir, que verán que no hay nada, no es menos verdadero que totalmente al contrario del perro, si ustedes no reconocen aquello de lo que el cuadro es el representante, es, justamente, por faltar esta función que tiene que recordarles, que, respecto a la realidad, ustedes mismos están

incluídos en una función análoga a la que representa el cuadro, es decir tomados en el fantasma.

De ahí en más interroguémonos sobre el sentido de este cuadro: el Rey y la Reina al fondo y, según parece, en un espejo, esa es la indicación que podemos extraer. Ya indiqué el alcance del punto en el que debemos buscar este sentido. Esta pareja real, sin duda, tiene que ver con el espejo y vamos a ver en qué. Si todos estos personajes están en representación es el interior de un cierto orden monárquico del que ellos representan, las figuras mayores. Acá, nuestra pequeña Alicia, en su esfera representante, está, en efecto, como la Alicia carolliana, con, al menos, un elemento que, ya he empleado esta metáfora, se presenta como figura de cartas, este Rey y esta Reina cuyas invectivas desencadenadas se limitan a la decisión: que le corten la cabeza. Y, por otra parte, para hacer acá una evocación de aquello sobre lo que debí pasar hace un rato, observen hasta que punto esta pieza no está solamente amueblada por estos personajes, tales como espero habérselos iluminado, sino también por otros innumerables cuadros. Es una sala de pintura y uno es capturado en el juego de intentar leer sobre cada una de estas cartas cual podría ser el valor que había inscripto ahí el pintor.

Ahí todavía hay una anécdota en la que no me voy a demorar, en absoluto, sobre el tema de Apolo y Marcias, que están en el fondo o bien todavía de la disputa de Aracné y Palas, frente al tejido de rapto de Europa, que encontramos en el fondo de la pintura vecina, expuesta aquí, de *Las hilanderas*. ¿Donde está este Rey y esta Reina, alrededor de los cuales, en principio, se suspende toda la escena, hablando con propiedad?. Porque no hay sino la escena primitiva, la escena inaugural. Hay también esta transición de esta función escénica que no se detiene en ningún momento primordial. Observemos que la representación está hecha, ¿para qué?. Para su visión. Pero desde ahí, donde están, no ven nada, porque es ahí que conviene recordar lo que es el cuadro, no en absoluto una representación alrededor de la cual se da vuelta y para la cual se cambia de ángulo.

Estos personajes no tienen espalda y el cuadro que aquí esta dado vuelta es, precisamente, para lo que hay sobre su frente, a saber, lo que vemos, nos quede oculto. Esto no es decir que se ofrezca, por lo mismo, el príncipe. Esta visión real es exactamente lo que corresponde a la función, cuando intenté articularla explícitamente, del Otro, en la relación del narcisismo. Remítanse a mi artículo llamado *Observaciones sobre un cierto discurso*... , que se había dado en el Congreso de Royaumont. Recuerdo para aquellos que ya no se acuerden, o los otros que no lo conocen, que se trataba, entonces, de dar su valor y de restaurar en nuestra perspectiva dos temáticas que nos habían sido producida por un psicólogo y que ponía el acento sobre el Yo ideal y el Ideal del yo, funciones tan importantes en la economía de nuestra práctica, pero en donde ver volver a entrar la psicología grosera de estas referencias concienciales en el campo del análisis, vimos producido de nuevo el primero como el Yo que se cree ser y el otro como aquel que se quiere ser.

Con toda la amabilidad de la que soy capaz cuando trabajo con alguien, no hice sino recoger lo que en este cabo podía parecerme favorable para recordar aquello de lo que se trata, es decir de una articulación que vuelve absolutamente necesario mantener en estas funciones su estructura con lo que esta estructura impone del registro del inconsciente, que lo figuré mediante esta imagen del punto **S** en relación a un espejo, efectivamente, del que se trata de saber ahora cual es acá la función ambigüa, de ponerse, pues, con ayuda de este espejo por el que defino en este esquema el campo del Otro, el poder de ver, gracias al espejo, desde un punto que no es el que ocupa, lo que no podría verse de otro modo por el hecho de que se sostiene en un cierto campo, a saber lo que se trata de producir en este campo, lo que representé mediante un jarrón invertido bajo una tabla y aprovechando una vieja experiencia de física recreativa tomada como modelo.

Acá no se trata, en absoluto, de estructura, sino, como cada vez que nos referimos a modelos ópticos, de una metáfora, desde luego que se aplica, si sabemos que gracias a un espejo esférico pude ser producida una imagen real de un objeto oculto bajo lo que llamé una tabla y que de ahí en más, si tuviéramos ahí un ramo de flores, dispuesto a recibir el cernimiento, el cuello de este jarrón, hay ahí un juego que es, precisamente el que constituye esta pequeña vuelta de física recreativa a condición de que, para verlo, estamos en un cierto campo escénico, que se dibuja a partir del espejo esférico. Sino se lo ocupa, justamente, se puede, al hacerse transferir como visión en un cierto punto del espejo, encontrarse ahí en el campo cónico que viene del espejo esférico. Es decir que, es acá que se ve el resultado de la ilusión, a saber, las flores rodeadas de su pequeño jarrón.

Esto, desde luego, como modelo óptico no es, en absoluto, la estructura, no más de lo que Freud pensó nunca darle, la estructura de funciones fisiológicas, cualesquiera, el hablarles del Yo, del superyó, del Ideal del yo o, incluso del Ello. No está en ninguna parte en el cuerpo. La imagen del cuerpo, por el contrario está ahí. Y acá el espejo esférico no tiene en absoluto, otro papel que el de representar lo que, en efecto, en el córtex puede ser el apartado necesario para darnos en su fundamento esta imagen del cuerpo. Pero se trata de muy otra cosa en la relación especular y lo que constituye para nosotros el precio de esta imagen en su función narcisista, es de que viene para nosotros, a la vez, a contener y a ocultar esta función del **a** , latente a la imagen especular. Hay la función de la mirada. Y, sin embargo, estoy sorprendido, sin saber a qué referirlo, a la distracción, —espero no a la falta de trabajo o, simplemente, al deseo de no embrollarse a sí mismo. ¿No hay acaso ahí algún problema, al menos planteado, desde que les dije que el no es especular?. Porque en este esquema, el ramo de flores viene del otro lado del espejo. Ser refleja en el espejo el ramo de flores. Es toda la problemática del lugar del objeto .

¿A qué pertenece en este esquema?. A la batería de lo que concierne al sujeto aquí, en tanto que está interesado en la formación de este Yo ideal encarnado en el jarrón de la identificación especular, donde el Yo tomará su asiento, o bien alguna otra cosa. Desde luego este modelo no es, en absoluto, exhaustivo. Está el campo del Otro, este campo del Otro que ustedes pueden encarnar en el juego del niño, que ustedes ven encarnarse en las primeras referencias que hace al descubrimiento de su propia imagen en el espejo, se da vuelta para hacerla, de alguna manera, autentificar a aquel que en el momento lo sostiene, lo soporta o está en su vecindad.

La problemática del objeto **a** , permanece, pues, enteramente en este nivel, quiero decir, el de este esquema.

¿Y bien, tengo necesidad de insistir mucho para permitirles reconocer en este cuadro, bajo el pincel de Velázquez, una imagen casi idéntica a aquella que les presenté ahí?, ¿qué se parece más a esta especie de objeto secreto bajo una vestidura brillante, que está, por

una parte, representado acá en el ramo de flores, velado, oculto, tomado, contenido alrededor de este enorme vestido del jarrón, que es, a la vez, imagen real, pero imagen real captada en lo virtual del espejo, y la vestidura de esta pequeña Infanta, personaje iluminado, personaje central, modelo preferido de Velázquez, que le pinto siete u ocho veces y que ustedes no tienen sino que ir al *Louvre* para verle pintada en el mismo año?. Y sabe Dios que tan bella y cautivantes es.

¿Qué es para nosotros, analistas, este objeto extraño de la niña que conocemos bien?. Sin duda, ella está ya ahí, según la buena tradición que quiere que la Reina de España no tenga piernas.

Pero, ¿es una razón para nosotros de ignorarlo?. En el centro de este cuadro está el objeto oculto, del que no es tener el ingenio desviado del analista —no estoy acá para abundar en una cierta temática fácil—, sino para llamarlo por su nombre sigue siendo válido en nuestro registro estructural, y que se llama la hendidura. Hay muchas hendiduras en este cuadro, parece, ustedes podrían ponerse a contar con los dedos, comenzando por Doña María Agostina de Sarmiento, que es la que está de rodilla, la Infanta y la otra que se llama Isabel de Velázquez {de Velazco}, la idiota ahí, la monstrua María Barbola, Doña Marcela de Ulora también y luego, yo no sé, no encuentro que los otros personajes sean de otra naturaleza que la de ser personajes que puedan permanecer en un gineceo, con toda seguridad, para aquellos que ellos guardan. El guarda damas grotesco, que está totalmente a la derecha y por que no también el perro, que por comediante que sea, me parece un ser muy tranquilo. Es muy singular que Velázquez se haya puesto ahí en el medio. Verdaderamente, había que quererlo. Pero, franqueada ésta anécdota, lo que es importante es el contraste de esto, que toda esta escena no se soporta sino por estar tomada en una visión y vista o personajes, que acabo de subrayarles, que por posición no ven nada, todo el mundo les vuelve la espalda y no les presenta, en todo caso, sino lo que hay que ver.

Ahora bien, todo no se sostiene sino de la suposición de sus miradas también, en esta hiancia yace, hablando con propiedad una cierta función del Otro, que es, justamente, aquello donde el alma, una visión monárquica en el momento en que se vacía, al igual que en muchas oportunidades por lo que respecta a la concepción del Dios, omnipresente, omniciente, omnividente, les planteo la cuestión: ¿ese Dios puede creer en Dios?, ¿ese Dios sabe que es Dios?. Del mismo modo que acá, en la estructura misma, se inscribe, en esta visión del Otro, que es este Otro vacío, pura visión, puso vacío, puro reflejo, lo que se ve en la superficie propiamente de espejo de este Otro, de este Otro completamente del pienso cartesiano, lo subrayé, del Otro en tanto que es necesario que este ahí, para soportar lo que no tiene necesidad de él para ser soportado, a saber, la verdad que está ahí, en el cuadro, tal como acabo de describírselas. Este Otro vacío, este Dios de una teología abstracta, pura articulación de espejismo, Dios de la teología de Fenelon, que liga la existencia de Dios a la existencia del yo. Ahí está el punto de inscripción, la superficie sobre la que Velázquez nos representa lo que tiene que representarnos.

Pero, como se los dije, para que esto se sostenga queda que es necesario que haya también la mirada. Es esto lo que en teología está olvidado. Y esta teología dura siempre en la medida en que la filosofía moderna cree que se dio un paso, de hecho, con la fórmula de Nietzsche, que dice que Dios ha muerto. ¿Y después?. ¿Eso cambió algo?. Dios ha muerto, todo está permitido, dice el viejo imbécil, que se llama el padre Karamasov o bien Nietzsche, sabemos todos que desde que Dios ha muerto todo está como siempre, en la misma posición, a saber, que nada está perdido, por la simple razón de que la cuestión, no de la visión de Dios y de su omniciencia, ahí está lo que está en causa, sino del lugar y de la función de la mirada, ahí está el estatuto de lo que adivino de la mirada de Dios, no está volatilizado. Es por eso que les hablé como pude hablarles de la apuesta de Pascal, porque como dice Pascal estamos comprometidos,y que las cuestiones de esta apuesta se sostienen siempre y que estamos siempre jugando a la pelota entre nuestra mirada y la mirada de Dios, y algunos otros pequeños objetos, como el que nos presenta , en este cuadro, la Infanta.

Y esto me va a permitir terminar sobre un punto esencial para la continuación de mi Discurso. Pido disculpa a aquellos que no tienen el manejo de lo que adelanté precedentemente del orden de mi topología, este pequeño objeto llamado *cross-cap*, donde pueden recortarse con una simple vuelta de tijeras la caída del objeto **a** , haciendo aparecer esta **S** doblemente enrollada que constituye el sujeto. Está claro que en la hiancia realizada por la caída del objeto, que es, en este caso, la mirada del pintor, lo que viene a inscribirse es, si puedo decir, un objeto doble porque comporta un amboceptor. La necesidad de este amboceptor, se los demostraré cuando retome mi demostración topológica. En este caso, es, precisamente el Otro. En el lugar de su objeto, el pintor, en esta obra, en este objeto que produce para nosotros, viene a colocar algo que está hecho del Otro, de esta visión ciega que es la del Otro, en tanto que soporta este otro objeto, este objeto central, la hendidura, la niña, la girl, en tanto que falo, que es este signo que también les designé como la hendidura.

¿Qué hay de este objeto?, ¿es el objeto del pintor o esta pareja real, de la que sabemos la configuración dramática, el Rey viudo que desposa a su sobrina?. Todo el mundo se escandaliza, veinticinco años de diferencia. Es muy buen intervalo de edad, pero, quizás no cuando el esposo tiene alrededor de cuarenta años, hay que esperar un poco; y entre los dos de esta pareja, donde sabemos que este Rey impotente conservó el estatuto de esta monarquía, que como su imagen misma ya no es sino una sombra y un fantasma(98), y esta mujer celosa, lo sabemos bien por los testimonios contemporáneos, cuando vemos que en este cuadro que se llama *La familia del rey*, mientras que hay otra que tiene veinte años más, que se llama María Teresa y que se casará con Luis XIV, ¿Por qué ellamisma está ahí, si es de la familia del Rey?. Es que la familia quiere decir una cosa totalmente distinta. Se sabe bien que, etimológicamente, familia viene de Famulus, es decir, todos los habitantes de la casa, habitantes de la casa bien centrados aquí, sobre algo y sobre algo que es la pequeña Infanta, el objeto **a** , en el que vamos acá a permanecer sobre la cuestión que está puesta en juego sobre una perspectiva de subjetivización tan dominante como la de un Velázquez, del que no puedo decir sino una cosa, es que lamento abandonar su campo en *Las Meninas* este año, ya que también ustedes ven que tengo ganas de hablarles de otra cosa. Cuando se produce ese algo que, por supuesto, no el psicoanálisis del rey, ya que en principio sería de la función del Rey que se trata y no del Rey mismo cuando viene a aparecer en esta captura perfecta este objeto central, donde vienen a conjugarse como en la descripción de Michel Foucault, esta dos líneas cruzadas que reparten el cuadro, para, en el centro, aislarnos esta imagen brillante. ¿No está hecho esto para que nosotros, analistas, que sabemos que ahí está el punto de encuentro del fin de un análisis, nos preguntamos cómo, para nosotros, se transfiere esta dialéctica del

objeto **a** , si es en este objeto **a** que está dado el término y el encuentro donde el sujeto debe reconocerse?. ¿Es que no tenemos tanto que ver como tiene que ver Velázquez en su construcción?. Estos dos puntos, estas dos líneas que se cruzan portando en la imagen misma del cuadro este bastidor del armazón, los dos montantes que se cruzan; es ahí donde quiero dejar suspendida la continuación de lo que tendré para decirles, no sin agregar este pequeño trazo.

Es singular que si termino sobre la figura de la cruz, ustedes puedan decirme que Velázquez la lleva sobre esta especie de Blusón con mangas caladas, con el que lo ven revestido. Cruz de Santiago.

Y bien, aprendan una que encuentro muy buena, Velázquez había demostrado para el Rey el armazón de este mundo, que se sostiene todo entero sobre el fantasma.

Y bien en lo que había pintado primero no había cruz sobre su pecho y por una simple razón, es que todavía no era caballero de la orden de Santiago. Fue nombrado alrededor de un año y medio más tarde y no se la podía llevar sino ocho meses después y todo eso nos lleva a 1659. El muere en 1660. Y la leyenda dice que después de su muerte es el Rey mismo el que vino, por alguna sutil compensación, a pintar sobre su pecho esta cruz.



Clase 20

1° de Junio de 1966

Avanzamos hacia la clausura de este año, del que me doy cuenta de que en relación a la mayor parte de mis colegas lo prolongo con un celo inhabitual. No es costumbre solicitarles una presencia más allá del comienzo de Junio, sin embargo, se sabe que mi costumbre es diferente y es probable que no la modificaré mucho este año, todo depende del lugar que yo de al Seminario cerrado: uno o dos.

Me quedan, pues, dos veces para hablarles en la posición de hoy, llamada del curso abierto. Será, desde luego, para intentar concentrar el sentido de lo que aporté frente a ustedes este año bajo el titulo de *El objeto del psicoanálisis*, del que ustedes saben que no es, en absoluto, esta especie de abertura vaga que se ofrece a la simple lectura del título, sino que quiere decir muy precisamente lo que articulé en la estructura como el objeto **a** .

Podrán notar también que si el objeto **a** es aquel que resultaría tomar en su abrazo al conjunto de los objetos que los psicoanalistas han hecho funcionar bajo esta rúbrica, me hubiera faltado, ciertamente, algún poco, e incluso mucho, de la función descriptiva o de comprobación.

Yo les enumeré alguna vez en fila, pero no se puede decir que me haya embotado sobre sus ramos y ya que el otro día recordaba su representación, justamente bajo la forma de un ramo de flores, no me extendí en cada uno sobre su botánica. Hablé, sobre todo, de

elementos topológicos y de elementos topológicos de los que en suma, no he hasta el momento, de una manera explícita, puntuado totalmente, dónde colocar este objeto **a** .

Desde luego, aquellos que me escuchan bien, pudieron más de una vez, recordar que el objeto es estructura topológica, aquella de la que las di la imagen mediante la figura del toro, del *cross-cap*, de la mitra, incluso de la botella de Klein. Se lo puede despegar con un par de tijeras. Pudieron oír también que hay ahí una operación por cuya naturaleza nos equivocaríamos totalmente si creyéramos que despegarlo con un par de tijeras, bajo la forma de algunas arandelas, eso representa lo que sea. Ahí aún al término de representante de la representación convendría, porque la representación no está, en absoluto, en esta operación de aislamiento, de recorte, y es fácil darse cuenta de que si estas estructuras sobre las cuales operé para poner en valor la articulación de esta operación, estas estructuras tienen, si puedo decir, sus recursos propios en dos puntos que singularmente, en relación a lo que representa, justamente no pueden, en absoluto, designarse sino mediante el término de agujero.

Si nuestro toro es eficaz para representar algo, un enrrollamiento repetido, sucesivo, como el de la famosa serpiente Anfisbena, que representa para los antiguos algún símbolo de la vida, en resumen, si este toro tiene un valor cualquiera es, justamente, porque es esta estructura topológica la que está marcada por esta cosa central que es seguramente muy difícil de cernir en algún lugar, ya que parece simplemente no ser sino una parte de su exterior, pero que indiscutiblemente estructura al todo muy diferentemente de una esfera.

Y bien, el objeto **a** , lo decía recién a aquellos que me prestaron atención a lo que digo y que pudieron, incluso, incidentalmente verme explícitamente pronunciarlo, el objeto esta ahí en este espacio del agujero que es propiamente, digamos, representable propiamente por esté hecho que no está, de ninguna manera, representado. Vamos a ver enseguida a estas cosas rizarse. Es, a saber, por esto que, en suma, teníamos a alguna referencia situada en este campo topológico, pero desde ahora ustedes pueden ver que hay, seguramente, alguna coherencia entre el hecho de que en el último tiempo de los seminarios que precedieron, incluidos los seminarios cerrados, que pasaron completamente desarrollando, a propósito de un cuadro muy eminente, para permitir manifestar, acentuar de alguna manera por el pintor la función de la perspectiva, nos encontramos, debo decir, de alguna manera, a la cual le pueden dar la mayor, confianza, quiero decir, que llevé tan lejos como fue posible el rigor con el cual se puede enunciar, en este caso, al campo escópico, como se compone el fantasma, en fin, el que es, para nosotros, el representante de toda representación posible del sujeto.

Ustedes sienten bien que hay una relación entre el hecho, del que concentré todo el fuego sobre este campo escópico —sobre el objeto **a** escópico, la mirada—, en tanto —es necesario decirlo—, que jamás fue estudiado, jamás fue aislado, hablo ahí donde tengo que hablar, a saber en el campo psicoanalítico, donde es, de todos modos muy extraño, que no nos hayamos dado cuenta que había ahí algo que aislar de otro modo que para evocarlo en —incluso sin nombrarlo—, en groseras analogías. Un autor de nombre un poquitito trillado en la enseñanza analítica, el señor Fenichel, nos demostró las analogías de la identificación escoptofílica con la manducación. Pero analogía no es estructura y no es en el interior de la escoptofilia aislar de que objeto se trata y cuál es su función, por muy otra cosa aún, por donde la mitad habría podido hacer su entrada.

En el punto en que estamos y donde al menos una parte de ustedes, pudieron oírme la última vez después de haber situada esta mirada en el centro mismo del cuadro, oculta en alguna parte bajo los vestidos de la Infanta, de este punto envuelto, darles, —si puedo decir—, su irradiación, e hice notar que estaba ahí mediante ¿qué oficio?. Si es verdad, como dije, que lo que el pintor nos representa es la imagen que se produce en el ojo vacío del Rey, este ojo que, como todos los ojos, esta hecho para no ver en absoluto y que soporta, en efecto, esta imagen tal como nos la pintó, es decir, no en un espejo, sino concretamente su imagen en el buen sentido al derecho, aquí la mirada está en otra parte, ahí en el objeto, que es el objeto **a** en relación a aquellos que en el fondo, la pareja real, en postura a la vez de no ver nada y de ver por su reflejo alguna parte en el fondo de la escena, ahí donde estamos, este objeto **a** frente a este espejo en suma, inexistente del Otro, que hemos planteado la cuestión de saber de quien es la pertenencia, de aquella que lo soportan en esta visión vacía o del pintor ubicado aquí como sujeto mirante y que hace surgir la transmutación de la obra de arte. Esta ambigüedad de la pertenencia del objeto es ahí lo que nos permite volverlo a traer, reanudarlo a este hilo precedente que hemos dejado pendiente alrededor de la función de la puesta en juego, en tanto la hemos ilustrado con la apuesta de Pascal. El objeto **a** reuniéndose aquí con su más universal combinatoria es lo que está en juego entre **S** y **A** en tanto que ninguno, de ellos podría co-existir con el otro sino por estar marcado por el signo de la barra, es decir, por estar en posición de dividido precisamente por la incidencia del objeto **a**. El atolladero, el descuartizamiento en que está puesta la función del sujeto justamente en la función de la apuesta, esta apuesta absurda, verdaderamente crucial para todos aquellos que se aplicaron a su análisis. Recuerdo que hice el capitulo de introducción en la avanzada de mi exposición este año sobre el objeto **a** , se trate hoy de ubicar lo que adelanto así, de reubicarlo en la economía de lo que ustedes conocen, de lo que les sirve de apoyo en la doctrina de Freud, porque también no debe olvidarse, para situar el alcance de lo que les enseño, del procedimiento de mi enseñanza, que no es otro que lo que se declaró ser en el origen y que le da su carne y su lazo, porque de otra modo podríamos sorprendernos por tal o cual desvío de mis encaminamientos. Y para el que retome lo que yo anuncio desde hace ahora unos quince años, en la compilación que siempre se hizo con cuidado si no con éxito, y que permitirá al menos conservar su red general, se verá que no hay nada, que no hay nada que no haya estado cada vez muy exactamente comandado por esto de que lo que me es demandado; ¿es qué?, repensar a Freud.

Es así como lo adelantaré primero, prestándome ahí a todo tipo de ambigüedades, incluso de malentendidos, *ßrück zu Freud*, Retorno a Freud, dije primero en un momento en que esto tomaba su sentido de las manifestaciones confusionales de una prodigiosa desviación en el análisis. Es de importancia secundaria que aparezca o no, que lo he, por poco que sea, obviado. Era menos de esta contingencia que me autorizaba. El ideal bien clásico de todo tipo de idealizaciones de un retorno a las fuentes no es ciertamente lo que me aferraba. Repensar, ese es mi método.

Pero, me gusta más este segundo término, si justamente inclinándose ustedes sobre él para destornillarlo un poco, —ustedes se dan cuenta que la palabra método puede exactamente querer decir: vía retomada luego. La palabra meta, como todas las preposiciones griegas, y, en verdad, como todas las preposiciones en todas las lenguas, por poco que nos interesemos en eso, es siempre un objeto de estudio

extraordinariamente remunerativo. Si hay una especie de palabra, a propósito de la cual se puede decir que toda especie da preeminencia dada en el estudio lingüístico, a la significación, está destinada a perderse en un laberinto inexplicable, es el de las preposiciones. La exploración de la riqueza y de la diversidad del abanico de los sentidos de la palabra meta, ustedes mismos pueden hacer la prueba con los dicciónarios y verán que nada obvia en lo que este meta, paso, lo que propiamente exige las formas estructurales que promoví este año frente a ustedes, principalmente al mostrarles sobre la banda de Moebius que juega, aparentemente, en dos de estas formas la función totalmente fundamental, ejemplar, la función de soporte de lo que es su estructura y que está también latente en la tercera, esta banda de Moebius que nos ejemplifica la necesidad en una estructura de una doble vuelta. Quiero decir que, mediante una sola vuelta ustedes no rizan sino, aparentemente lo que ahí se cierne sin hacer el retorno a vuestro punto de partida, sino a esta única condición de haber invertido vuestra orientación, superficie no orientable, lo que exige que, después, si puedo decir, de haberla perdido dos veces ustedes no la reencuentran sino al hacer dos vueltas. Es muy exactamente el sentido que daré a mi método respecto a lo que enseñó Freud, si hay, en efecto, algo extraño que sea el carácter rizado cerrado, lográndose, aunque marcado por una torsión por algo que se reúne en este punto donde, lo subrayé, durante mucho tiempo bajo su pluma sea la *Spaltung* del ego y que vuelve totalmente cargado de sentido acumulado en el curso de una larga exploración, la de toda su carrera hacia un punto original en sentido completamente transformado; punto original de donde partía casi de la noción completamente diferente del desdoblamiento de la personalidad.

Digamos que esta noción, en suma, corriente, supo transformarla completamente por los hilos del inconsciente, es aquella a la cual, al final, bajo la forma de la división del sujeto, daba su sello definitivo.

Lo que debo hacer es, muy exactamente hacer una segunda vez la misma vuelta, pero en tal estructura hacerla una segunda vez no tiene, en absoluto, el sentido de un puro y simple redoblamiento. Y esta necesidad estructural tiene algo tan primero que no nos es permitido acceder a ella sino por la vía de una difícil localización, algo que, diría, casi exige una especie de brújula, la cual es necesaria en la manera en que tengo que operar hablando a practicantes, que confíen en la mía, muy propiamente, en tanto que se soporta en una combinación de la experiencia analítica, y de la lectura de Freud, pero de la que la trigonometría tiene, de todos modos, su sanción. Es, a saber, digamos, la palabra, si encaja o no.

Todos aquellos que vienen acá para oírme pueden recortar, efectivamente, con una construcción que muchas veces parece disponerse con elementos, que eran muy extraños a Freud,, es muy precisamente en estos puntos de encuentro e importantes, que resulta que lo encuentro y de una manera que aclara y con una perspectiva totalmente nueva, los puntos sobre los cuales Nietzsche puso el acento del valor. Dije hace un rato que no era tan importante que durante el tiempo en que prosigo esta operación se manifieste muy claramente algo del lado de lo que se enuncia de la corriente del psicoanálisis como una inversión del movimiento. Es necesario, en todo caso que yo me resigne a que lo que yo enseño una parte inmediatamente de lo que está hecho para engendrar que se contente primero de reunir aquellos que pueden encontrar ahí materia, porque también es un cierto orden de operaciones al cual no tengo nombres en general, para dar, si no es que, propiamente, aquel que se ejemplifica por lo que acabo de definir, a saber, el logro de una estructura de la que no es tan esencial que se sancione inmediatamente por sus efectos de comunicación. Para gran sorpresa de alguien que evoco acá en el recuerdo, pude anunciar que lo que habla dicho un día frente a un auditorio, que no era, ciertamente el de ustedes, frente a un auditorio que no era tampoco de tan mala calidad, sino frente a un auditorio muy poco preparado, lo que había podido adelantar bajo un titulo como *Dialéctica del deseo y subversión del sujeto.*

—¿Cómo —me decía—, puede usted creer que haya el menor interés en anunciar lo que usted enuncia frente a gente tan poco hecha para oírlo?. ¿Cree que esto existe en una especie de tercer o cuarto espacio?. Seguramente no, pero que un cierto rizo haya sido efectivamente rizado y que algo, por poco que sea permanece indicado en alguna parte, esto es lo que basta perfectamente para justificar que uno se de el trabajo para ser el enunciado de esto.

Es acá que la noción de intersubjetividad se vuelve totalmente secundaria. El dibujo de la estructura puede esperar. Una vez que está ahí se sostiene por sí mismo y a la manera, si puedo decir, —la metáfora me viene ahí extemporánea— a la manera de una trampa, de un agujero, de una fosa, espera que algún sujeto del futuro venga a tomarse ahí. No hay pues sino poco para inquietarse de lo que puede llamar el desfallecimiento de una cierta comunidad, en este caso la psicoanalítica, o más bien, hay que localizar, a propósito de esta, en que consiste este desfallecimiento, precisamente en la medida, como lo hago a veces, en que se puede localizar ahí que ella lleva testimonio en favor de la estructura que hay que dibujar.

Ustedes me dirán: —¿dónde están los criterios de aquel que da la buena estructura?. Pero, precisamente, es la estructura misma: en el campo donde se trata del sujeto, si la estructura no es tal como en el esbozo, el proyecto que ustedes hacen en un campo de objetivación no está implicado como necesario que ustedes deban encontrar la marca, la impronta, la huella sangrante y manifiesta del sujeto mismo, si está excluído de entrada, si puedo decir, en nombre de esta falsa modestia experimental, que creyendo autorizarse de lo que ha sido logrado en el campo de la ciencia física, crea poder permitirse proyectar en este campo que se llama psicosociología esta especie de objetivación plena y de pleno derecho en nombre de no se qué manera de sacar su clavija del juego en el comienzo al abrigo de la falsa modestia experimental. Diremos que es un criterio, un registro de la prueba, que es válida lógicamente, que yo llamaría con estos términos. Hay estructuras iniciales del camino del pensamiento de las que no se puede decir nada más, que pueden ser o no sospechadas de ser verdaderas. Ahí está el test de la estructura. Por falsamente modesta que sea aquella que se adelante en su campo, la que nombre recién de una manera que no presenta en sí la necesidad de este desgarro, de esta hiancia, de esta llaga, que se encontrará —es el signo— en un cierto número de paradojas, y también el campo de esta ciencia lograda, sin duda, que es la nuestra, en la medida, en que todo su campo físico, que ha logrado forcluír al sujeto no puede dar su fundamento, su principio matemático, sino por reencontrar esta misma hiancia, bajo la forma de un cierto número de paradojas. En este punto ella continúa pudiendo, pues, ser sospechada de ser verdadera. Pero, toda esta llaga que dejamos extenderse en nombre de no saber motivar lo que quiere decir que no podría en ningún caso ser sospechada de ser verdadera, esto es lo que deja el campo libre a lo que llamé esta llaga que ustedes pueden etiquetar aún con el

término de médico—pedagógica. Ahí está la gravedad del caso del psicoanalista porque es toda su fuerza y pienso que las palabras que diga tienen todo su peso y su alcance para que, en lo que concierne a su lugar, ustedes den su sentido a este prestigio —no tienen otro— en el campo de la ciencia, que pueden ser sospechados de ser los representantes de una representación que seria verídica. Está en este registro y lo que engancha, y lo que detiene frente a lo que seria normal una pura y simple posición de rechazo, ya que tampoco hemos todavía logrado dar un estatuto válido al material que aporta.

Ahora bien, está ahí y el deslizamiento es la coartada que una formación responde a una definición de la estructura por la que ella puede ser sospechada de ser verdadera, ya que no hay sino sospecha, no quiere decir suficiencia, sino que implica un es necesario más allá del cual, quizás, nada adjunta puede decididamente aportar la suficiencia. Tal es ese signo que es la definición de esta sospecha y ahí está, en efecto nuestra problemática frente a lo que nos propone el síntoma como cuestión de verdad. Cada vez qué nos las tenemos que ver diversamente apoltronados en un saber con esta interrogación de la verdad se presenta la misma ambigüedad que soporta y que encarna el término representante de la representación, porque es así que desde siempre fracasa sobre el señuelo que, —voy a decir—, la critica por la *aufklärun* de la religión. Estos representantes saben muy bien el error en al que consiste este representante de la verdad, atacarla sobre las representaciones, sobre las representaciones que da y estos los representantes mismos, es decir, los personajes diversamente sacrilizados, lo saben bien. Ellos estimulan el que los sitiadores de la ciudadela discutan sobre la verosimilitud del detenimiento del sol en la batalla de Josué o tal o cual otra historieta del texto sagrado. La cuestión no debe llevarse a la estructuras que pretendo interesar: la cuestión de la verdad sobre las representaciones, cualesquiera sean lo que puedan ser las representaciones de esta estructura, sino sobre los representantes de la representación.

Es por esto que aunque estos prefieran que la batalla se lleve sobre las temas tanto más inexpugnables de la revelación, que se los puede eludir tanto tiempo como se quiera, como son de la misma materia de las estructuras, es decir, no de la misma materialidad de las espadas que los atraviesan, se sostendrán todavía mucho tiempo muy bien.

Así, inversa, es la que podemos llamar la traición de los psicoanalistas. Es que por ser los representantes de una posición que pueden ser sospechada de ser verdadera se creen en deber de dar cuerpo mediante todo otro medio que aquellos que deberían derivarse del cernimiento más estricto de su función de representante, se esfuerzan, por el contrario, en autentificar las representaciones en todas las maneras más extrañas que puedan buscar para darles el sello de lo generalmente recibido. Esto en el fin de lo que intentamos construir, los criterios de la estructura, en tanto responden a estas exigencias dado lo que es abordado, a saber, la estructura del sujeto, que una doctrina pueda ser sospechada de ser verdadera, lo que implica entre aquellos que son sus representantes alguna otra cosa que apoyarse sobre criterios extraños. Esto es lo que justifica, no solamente el método, sino los límites según los cuales debemos, abordar ciertos elementos claves de esta estructura y concernientes a tal objeto **a** , aquel, por ejemplo del campo escópico, seguramente imponernos esta discipline que no carece de algún puritanismo y de hacer poco caso de la riqueza de lo que es, para nosotros, esfuerzo, porque es también como no marcar que, punto de concurrencia en esta mirada alrededor de la cual ya Freud nos enseñó, —él y sólo él—, a localizar la función y el valor del signo de la *Unheinlichkait*, porque ustedes podrán notar, retomando su estudio, que las obras que aportan el testimonio de esta dimensión, el papel, la función que juega ahí la mirada, bajo esta forma extraña del ojo ciego por arrancado. Dudo de cualquier atributo que pueda representar su equivalente, próximo, los anteojos, por ejemplo o, incluso, el ojo de vidrio, el falso ojo. Ahí esté toda la temática de Hoffmann y sabe Dios que es todavía más rica de lo que puedo evocar, aquí, la referencia a *Los elixires del diablo*, está ahí al alcance de ustedes.

Hay toda una historia del ojo, es el caso de decirlo. Aquellos que tienen acá la oreja abierta a la que puede ser información larvada, saben a que hago alusión al hablar de la historia del ojo. Es un libro publicado anónimo, por uno de los personajes más representativos de una cierta inquietud esencial de nuestra época y que pasa por una novela erótica. *La historia del ojo* es rica por toda una trama bien hecha para recordarnos, si se puede decir, el encaje, la equivalencia, la conexión entre ellos de todos los objetos y su conexión central con el órgano sexual.

Desde luego, no carece de efecto que podamos recordar que no es en vano que es en este punto de la hendidura palpebral que se produce el fenómeno del llanto, del que no se puede decir que no tengamos, en este caso, que interrogarnos sobre su relación a la significación estructural dada a esta hendidura y como no ver también que no es en vano que el ojo o, más bien, esta hendidura, juega el papel para nosotros, la función de puerta del sueño. Y esto es mucho y suficiente para extraviarnos. Demasiada riqueza o demasiadas anécdotas no están hechas sino para hacernos volver a caer en la rodada de no sé qué referencia al desarrollo, donde buscar una vez más los tiempos específicos en la historia, que cualquiera sea el interior de estos hitos, no hacen sino disimularnos lo que se trata de definir, a saber, la función ocupada por este campo escópico en una estructura que es propiamente aquella que interesa a la relación del sujeto al Otro. Es muy extraño, precisamente, que mientras que en el curso de todo el tiempo hemos promovido la función de la comunicación en el lenguaje, como siendo lo que esencialmente debía centrar lo que concernía al inconsciente, mientras que de todas partes no hemos dejado de volver a oír esta objeción que no es una, a saber, que hay lo preverbal, lo extraverbal, lo anteverbal, mientras que se ha propuesto digamos, el gesto, la mímica, la palidez, todas las formas vasomotrices, cenestésicas, podría ejercerse no sé qué comunicación inefable, como si jamás lo hubiéramos discutido que nadie promovió nunca lo que era, sin embargo, al único punto sobre lo que había verdaderamente algo que decir, a saber, al orden de comunicación que pasa por la mirada.

Eso, en efecto, no es lenguaje, justamente lo que viene a apoyar el alcance de mi recentramiento del manejo del inconsciente sobre lo que es el lenguaje y de la palabra, es que justamente Freud inauguró la posición analítica excluyendo la mirada. Es una verdad primera de la que estamos, de todos modos, muy forzados a promover, porque al hecho, justamente, de que se los elida y se les olvide prueba hasta que punto estamos al costado de la hoja.

Entonces, este objeto: que está en causa en este campo escópico, ¿por qué es éste, que hemos puesto, en suma, en el primer plano, en punta, y sobre al cual este año nos hemos encontrado localizando lo que se llama, en este caso, la atención?. El objeto es la puesta en juego de lo que hay de fundador para el sujeto en su relación al Otro. Nuestra cuestión

sobre el sujeto está suspendida de su pertenencia. Observemos de más cerca de qué se trata y partiendo de lo más elemental, de lo que esto dado en la experiencia, a propósito de los que los analistas llaman la relación de objeto, han dejado netamente doblarse esta relación del sujeto al Otro al reducirla al registro de la demanda, aprovechémoslo.

Los dos más conocidos de estos objetos, los objetos tipo si puedo, decir, en la función, en la propuesta que de esta hace el análisis, hace al objeto de la demanda hecha al Otro, del pecho bueno, como se dice, es el objeto de la demanda que viene del Otro, que da su valor al objeto excremento.

Está claro que todo esto nos deja encerrados en una relación perfectamente dual. Cuando digo perfectamente no quiero inscribir ahí ningún acento de premio, sino de cerrado, de perfectamente clausurado, Y se sabe lo que resulta de reducción de toda la perspectiva también teórica, comprensiva, práctica, clínica psicológica e incluso, pedagógica, para encerrarse en este ciclo de la demanda coherente con aquel de la frustración la gratificación, frustración o no frustración. La restitución, de alguna manera interna inmanente, a la función de la demanda, de lo que debe surgir de esto como otra dimensión, por el sólo hecho de que esta demanda se expresa por medio del lenguaje, en tanto que da a los lugares del Otro la primacía y permite dar un estatuto suficiente a la dimensión del deseo. En la dimensión del deseo viene a manifestarse el carácter específico del objeto que la causa, en tanto que este objeto toma este valor absoluto, este sello, que hace que lo que descubrimos en la eficiencia de la experiencia, no es, hablando con propiedad, de la satisfacción de la necesidad que se trata, no es que el mismo sea llenado, ni que lleno se duerma, lo que cuenta es que algo que toma un acento, tan particular, un acento de condición tan absoluta, que viene a ser aislado bajo estos términos diferentemente denominados, que se llama nipple, pezón, pecho bueno, pecho malo.

No es de su forma biológica que se trata, sino de cierta función estructural que, justamente permite encontrarle el equivalente que se quiera también en la tetina, por ejemplo, el biberón o cualquier otro objeto mecánico o, incluso, la esquinita o la puntita del pañuelo, siempre y cuando sea el pañuelo sucio de la madre, dará, presentificará, la función de este objeto oral de una manera que merece ser especificada estructuralmente como estando ahí la causa del deseo.

Esta función de condición absoluta a la cual es llevado un cierto objeto que no es definible sino en términos estructurales, esto es aquello sobre lo cual importa poner el acento para dar sus carácterísticas, porque, en efecto, es algo que está tomado del dominio carnal y que deviene la puesta en juego de una relación, que para hablar de una manera totalmente impropia, se puede llamar intersubjetiva.

Pero, ¿cuál es el exacto estatuto de este objeto?. Es precisamente lo que estamos intentando definir. Los dos primeros objetos que apunté están en juego en la demanda, pero, sin embargo, no sin que interesen al deseo del Otro, El valor tomados por el objeto reclamado en la dialéctica, tanto oral como anal, juega sobre el hecho de que al darlo o al recusarlo, el compañero, cualquiera sea, hace valer lo que concierne a su deseo en su consentimiento a su rehusamiento. La dimensión del deseo surge con el advenimiento de este objeto que, lo repito, no es el objeto de la satisfacción de la necesidad, sino de una relación de la demanda del sujeto al deseo del Otro. Está en la inauguración de la función del deseo e introduce, en esta introducción de la demanda que se origina de la necesidad, la condición absoluta de la relación al deseo del Otro. Es por esto que estos dos objetos se encuentran prevalente en la estructura de la neurosis y por esto que al aparecer en un horizonte tanto más fácilmente limitado, cuanto que son ellos mismos que lo limitan. Cuando digo horizonte tiene un sentido desde que hablé de una cierta manera del objeto escópico, los psicoanalistas se contentan tan fácilmente con una teoría que pone todo al acento sobre la demanda y la frustración, sin darse cuenta que es una carácterística especifica de la neurosis.

La neurosis tiene esta relación al Otro, de que su demanda apunta al deseo del Otro y que su deseo apunta a la demanda del Otro. En este entrecruzamiento, que está ligado a las propiedades lo acentué muchas veces de la estructura del toro, yace la limitación de la estructura neurótica. De otra dimensión se trata para los otros objetos que ya introduje en un cierto cuarteto que, quizás es un cuadrante, a saber la voz y la mirada.

Es ciertamente notable que, yo no haya esto año dada la predilección que puedo tener por el campo de las afectos de la palabra, extendido sobre la voz sin duda, tengo mis razones aunque más no sean aquellas que me impone la limitación de tiempo, quizás deber tomarlo un poco hacer comprender y promover las cosas nuevas que aporté justamente sobre el campo escópico, que, por lo que respecta a la voz, en todo caso, el objeto, que esté directamente implicado a inmediatamente a nivel del deseo, esto es lo evidente. Si el deseo del sujeto se funda en el deseo del Otro, este deseo como tal se manifiesta a nivel de la voz. La voz no es solamente el objeto causal, sino el instrumento donde se manifiesta el deseo del Otro. Este término es perfectamente coherente y constituyente, si puedo decirlo, del punto culminante en relación a los dos sentidos de la demanda, sea al Otro, sea viniendo del Otro.

¿Cómo, entonces, podremos situar este objeto y este campo escópico?, ¿No es ahí que lo vemos y como dejándonos guiar por al paralelismo de los términos de los términos deseo, demanda de **a** , que vemos abrirse esta dimensión singular ya ofrecida para nosotros por la evocación de la ventana, que también se la llama a la misma con gusto una mirada, en esa dimensión del deseo al Otro, de abertura, de aspiración por el Otro, hablando con propiedad, aquella de lo que se trata a este nivel?.

Es, entonces, que podemos ver por qué toma en la topología misma esta función privilegiada, ya que, al fin de cuentas, en alguna reducción combinatoria a la que pudiéramos llevar estas formas topológicas que propongo frente a ustedes haciéndoles imagen, parece que quedan ahí algunos residuos de lo que, quizás, falsamente se llama intuitivo y que es, propiamente, este objeto que llamo la mirada.

Voy, para terminar hoy y como para simplemente proveer un punto de escansión, a evocar bajo una forma que tendrá la ventaja de mostrarles la polivalencia de los recursos que tenemos a nivel de la estructura, a evocar para ustedes otra forma también topológica que vendrá a recortar el paradigma, la ejemplificación que las di de esta estructura escópica a nivel de *Las Meninas*.

Voy a terminar la lección de hoy para encontrar un punto de caída sobre lo que les

presenté como la buena broma del Rey, pegando la cruz de Santiago sobre el pecho del pintor en el cuadro de *Las Meninas*, ya sea o no como la leyenda lo dice, poniendo él mismo la mano al pincel. Este pequeño trazo habría emocionado —si creo en las ecos en la asamblea—, algunas buenas almas que habrían visto ahí alguna secreta alusión a lo que yo mismo tengo que arrastrar, que estas buenas almas se consuelen no me siento crucificado, y por una simple razón, es que la cruz de la que partía, la de las líneas que dividen el cuadro de *Las Meninas*, la que va del punto de horizonte que se pierde, pasando por la puerta el personaje que sale, hasta el primer plano del pie del gran cuadro representante de la representación, la otra línea, la que parte del ojo de Velázquez, para ir totalmente hacia la izquierda, ahí donde encuentra su lugar, natural y donde la situé, a saber: en la línea en el infinito del cuadro. Son dos líneas que, muy simplemente y por cruzadas que aparezcan, no se cruzan por la buena razón de que están en planos diferentes. Es también si hay una, toda la cruz con la que me las tengo que arreglar con mis relaciones con los analistas, a saber, que se la hemos representado así de una manera que se interrumpe. Tomamos, pues, dos líneas que no están en el mismo plano.

Y bien, sepan, es un pequeño descubrimiento hecho hace mucho tiempo, por la gente que se ocupó de lo que se llama las cónicas, que cuando se toma como eje una tercera línea cualquiera entre las dos precedentes que son, entonces, aquí y que hace girar el toro como un trompo, ¿qué se produce?. Se produce algo en lo cual pocos parecen haber, en fin, pensado en los minutos precedentes, ya que no oigo ningún grito que me diga de qué se trata, se produce algo como esto que para hacerles comprender, —porque sabe Dios lo que todavía va a producirse—, les pido representárselos como lo que se llama un diábolo. Dicho de otro modo, una superficie modelada aquí en la medida en que va por supuesto, ya que se trata de una recta al infinito. ¿Qué es esta superficie?. Eso se demuestra es lo que se llama un hiperboloide de revolución. ¿Qué quiere decir un hiperboloide de revolución? Es muy simplemente lo que se obtiene haciendo girar, rotar, una, hipérbola, alrededor de una línea que, se llama su derivada. Una hipérbola, pues, eso es lo que está ahí, a saber, estas dos líneas que ustedes ven ahí, de perfil, pero ahora aíslo sobre un plano.

¿Qué es una, hipérbola?. Es una línea de la que todos los puntos tienen la propiedad de que su distancia a dos puntos, que se llaman los focos, tienen una diferencia constante. Resulta de esto que la medida de esta diferencia está exactamente dada por la distancia que separa los dos picos de esta curva, los puntos donde ellos se aproximan al máximo sin llegar a tocarse. Es notable que precisamente en la superficie que se obtiene mediante tal revolución se puede trazar una serie de líneas rectas, que tienen como propiedad ir al infinito.

Espero que presten un poco de atención a lo que hago, porque es precisamente, un punto vivo y totalmente entretenido, son siempre líneas rectas las que pueden dibujarse así, si puedo decir, haciendo desplegarse alrededor de la superficie definida de una manera que a partir de su origen en el plano, parece, en efecto compleja y ser lo que se llama una cónica. Encontramos, pues, sobre una hipérbola, sobre una hipérbola de revolución, la misma propiedad de línea a recta que puede prolongarse indefinidamente que encontraríamos sobre un cono, que es otra forma de cónica de revolución.

¿Qué resulta de esto?. Es que, precisamente, cada uno de los puntos de lo que esta sobre esta hipérbola, incluso cuando está desplegada en el espacio por esta revolución, tiene esta propiedad de tener en relación a cada uno de los focos una distancia tal que la diferencia entre las dos distancias sea constante.

Hemos, pues, en la medida de ilustrar algo que está representado por una esfera, que estaría carácterizada exactamente por el hecho de tener como diámetro la medida de esta diferencia. Esto representa algo que, en el interior de la superficie hiperbólica, es justo lo que viene a pasar en su punto de estrechez máxima. Tal es, si ustedes quieren ver otra representación de las relaciones de **S** y de **A**, la que nos permitiría simbolizar de otra manera al objeto .

Pero, lo que hay de importante no es esta posibilidad de encontrar un soporte estructural es la función en la cual podemos incluirla. Este será el objeto de nuestro próximo encuentro. Ningún elemento puede tener la función de objeto **a** si no es asociable a otros objetos en lo que se llama una estructura de grupo, ustedes ven bien ya lo que es posible, porque tenemos otras elementos. Incluso, esta estructura de grupo implica que se puede emplear uno cualquiera de estos objetos con un signo negativo.

¿Qué quiere decir esto?, ¿adónde nos conduce? Es lo que nos permitirá lo que espero hacer la próxima vez, terminar este año con algo que logre la definición estructural, que implique su combinatoria del objeto y el valor que puede tomar como tal en lo que es el fundamento mismo de la dimensión propiamente freudiana del deseo y del sujeto, que es, a saber, la castración.



Clase 21

8 de Junio de 1966

Tómenlo con el valor de estas especies de tapones, de corchos flotantes, sobre un agua más o menos calma que pueden servirles para localizar donde dejaron arrastrar una línea. Tampoco, ni este esquema de la derecha ni estas palabras extrañas, pero cuya resonancia espero que ya les haya dicho algo, tienen, desde luego, un valor operatorio estricto. Son hitos, flotadores concernientes a lo que tengo para decirles hoy y donde, desde luego intentaré poner las cosas en el punto de detención que implica el hecho de que este es, por este año, mi último Seminario abierto.

Para conservar la nota de gravedad que algunos tuvieron al buen tino de percibir en algunas de las cosas que decía la última vez voy a volver a partir de ..., partir de un punto análogo que está, que me fue provisto por una entrevista que tuve esta semana con uno de mis amigos matemáticos. En la matemática, —me decía este excelente amigo, del que no doy el nombre porque después de todo no sé si tengo derecho de publicar estas especies de apertura de corazón, no son comunes entre los matemáticos, son gente que en el conjunto les falta un poco de impulso en ese aspecto, no ocurre lo mismo en este personaje distinguido, que me decía:— en la matemática —en suma y, quizás, después de todo esta declaración le había sido arrancada de una cierta manera que tenía de socavarlo, de intentar arrancarle el máximo de lo que puedo por estas especies de gusanitos que voy a hacer enredar a continuación frente a ustedes bajo la forma de mi topología— en la matemática, observaba, no se dice de qué se habla —todo está en este no se dice— se lo habla muy simplemente de donde un cierto aspecto, decía él textualmente, de hacer como sí. Y esto es lo que él llamaba con un tono así, con una vena que no es usual en esta clase de diálogo, en lo que él llamaba no sé qué aire de hipocresía hay en el discurso matemático.

No me atrevería yo mismo a proponer una cosa semejante si no lo recogiera de la boca de un matemático, que hay que decir que es alguien que, en este contexto, no carece de exigencia. Es como si aquel que enunciara en un cierto nivel de retoma, este discurso matemático se encontrara siempre en posición de ocultar algo. Pero, ahí mi matemático no deja de estar en baja porque que esté en una espera de esta confidencia que se toma también, quizás, —no omitamos nada de ninguno de los aspectos de la situación— del hilo que tiende hacia mi, a saber lo que él también de su lado decía extraer de este baño del que estoy considerado el detentador. Vuelve de todos modos sobre sus pasos, su posición, y agrega que, después de todo, lo que él oculta como matemático es estrictamente lo que debe ocultar, la astucia del discurso racional es la de llegar a dejarlo oculto lo que no se dice concerniente exactamente a la materia, el sujeto de la matemática, aquello, en todo caso, de lo que se habla, se lo habla muy simplemente.

Un pequeño paréntesis, resulta que los más groseros y solamente ellos, —solamente ellos sépanlo bien—, creen que la matemática habla de cosas que no existen y si anuncio que hago un dibujito, un pequeño garabato al margen, es un placer así que les doy de pasada, paro eso no es, en absoluto, el eje de lo que voy a continuar diciéndoles. Solamente voy a hacerles notar, por ejemplo, si ustedes abren el libro de Musil ese del qué se acaba de hacer un film muy bonito aunque un poco falido: *Las tribulaciones del estudiante Toerless* ustedes se darán cuenta de que cuando el estudiante es un poco fino puede tener las más grandes relaciones entre el día en que su maestro de escuela se enreda lamentablemente para darle cuenta de lo que respecta a los números imaginarios y el hecho de que se precipita como por casualidad en ese momento en una configuración propiamente perversa da sus relaciones con sus compañeritos.

Todo esto no es sino una anotación marginal. Quisiera retomar y decir a la vez, la diferencia y el parentesco de la posición del psicoanalista en relación a la del matemático. Al fin de cuentas y lo veremos de una manera precisa en un cierto nivel él tampoco dice de qué habla, sólo que es por razones un poco diferentes de la del matemático. Verdaderamente, como todo el mundo sabe, si no dice de qué habla no es simplemente porque no sabe nada de eso, es porque no puede saberlo. Es propiamente lo que quiere decir que hay inconsciente, inconsciente irreductible, *Urverdrängung*.

¿Pero se puede decir que a la manera en que lo hace el matemático, lo habla muy simplemente?. Es muy evidente que no está, en absoluto, en la misma posición. De una cierta manera alguien, lo habla, aquello de lo que se trata, sólo que es aquel a quien da la palabra, a saber el paciente se trata de saber dónde está, porqué no está porque sí en esta posición donde está, en tanto que hace que el paciente hable porque cuando el

paciente habla, habla a su manera en lo que concierne a aquello de lo que tendría que decir aquello de lo que habla y que no puede ser dicho. Lo curioso es que es necesario que los psicoanalistas hablen también y que resulta de esto no que hablen como hace el matemático muy simplemente eso de lo que no dice que habla sino que habla de eso de costado.

Hay un pequeño síndrome que los psiquiatras encontraron desde hace mucho tiempo que se llama *síndrome de Gancer*, ese hablar de costado, que cárecteriza a la comunidad analítica, quizás esto va a permitirnos aclarar con una curiosa luz lateral o ambiente, no sé nada de eso, habría que verlo de cerca, lo que concierne al síndrome de Gancer, que se llama precisamente así, la respuesta de costado, en resumen, el psicoanalista es llevado a tener esta especie de discurso que vuelve a caer sobre esa necesidad fundamental desde luego, del discurso, a saber, que es corto y verdaderamente, para entrar más lejos en este tema, es en las metáforas del uso de la moneda incluso no la metafórica, que seria necesario decirme, a saber, de la diferencia entre un cierto discurso, que tiene un curso forzado en el interior de este círculo y por otra parte, de la manera en la que tiene, en suma, de hacerse valer en el marcado de intercambio de las círculos externos. Es algo que intenté abordar cuando escribí un articulo que me encontré releyendo por razones no totalmente contingentes, ya que se trataba de hacerlo reaparecer con toda una colección, artículo sobre las variantes de la técnica al cual ustedes se podrán remitir.

La cuestión es de todos modos esta práctica para ustedes analistas se formula de una manera muy gentil, muy ingenua. ¿Es verdaderamente necesario aprender la topología para ser psicoanalistas?, porque, al fin de cuentas, y no es con bebés que se intercambian estos diálogos, en este tipo de preguntas culmina un cierto atolladero, aunque me lleva a zanjar entre notas mucho más matizadas que las que habla hachado sobre este tema, pero es necesario romper la ola —y tengo otras cosas importantes hoy que decirles para romperla— y responder a esta pregunta. Cualquiera que la planteé es ya en la medida en que les doy esa respuesta.

La topología no es algo que debe aprender de más, de alguna manera, como si la formación del psicoanalista consistiera en saber con qué pote de color fuera a pintarse. No hay que plantearse la cuestión de saber si debe aprender algo concerniente a la topología cuya etiqueta resumida, y yo diría imprecisa, con la cual designo lo poco que aparto de eso acá, es que la topología es la tela misma en la que corta, lo sepa o no. Poco importa que abra o no, un libro de topología desde el momento en que lo que hace psicoanalistas es la tela en la que corta, en la que se corta el sujeto de la operación psicoanalítica, patrón, vestido, modelo, y que lo que puede estar en causa en lo que hay que descoser y recoser si su topología se hace engañándose, es a expensas de su paciente. No es de ayer, desde luego que intenté formar esta construcción, estas redes estos carteles indicadores, estas redes orientadas que se llaman sucesivamente esquema o esquema , grafo o en fin, este año...desde digamos, algunos años el uso de la superficie del análisis situs.

Después de todo, aquellos que me pudieron ver trabajar aportar estas cosas, saber que las construí sin duda, contra viento y marea, pero no únicamente por el deseo de incomodar a mi auditorio antiguo y actual, sino porque yo no tenía sino que seguir este plan a desarrollar en el discurso mismo de mis pacientes o cada uno de aquellos, al menos que puedo controlar que vienen a mi alcance, para hacer lo que se llama en psicoanálisis un control. Me aportan totalmente crudas, totalmente vivas, estas mismas fórmulas, que son, en este caso, las mías. Los enfermos las dicen estrictamente rigurosamente, exactamente como son dichas acá. Esta topología si no hubiera tenido algo ya como una pequeña brisa los enfermos me la hubieran hecho reinventar.

La cuestión es, pues, clara, al legado que se pueda tomar de tal a cual referencia a ese algo de que el matemático no dice lo que es, sino que habla. Y bien, tenemos todas las chances de que eso nos despeje un poco el camino, que eso nos de instrumentos o en este caso, reconocer aquellos con los que tenemos que vérnosla, lo que planteé desde el principio del momento en que me metí a hablar del psicoanálisis, a saber, de la función de la palabra y del campo del lenguaje. Y para aquellos que conservan siempre en la cabeza esta especie de objeción: si, pero esto no es todo, repetiré una vez más desde el tiempo en que me molesto en repetirlo que en efecto eso no es todo, pero que todo lo que viene a nuestro horizonte del psicoanálisis viene por ahí. Dicho de otro modo, que por lo que respecta a permanecer oculto mucho más que oculto, sin límite conocido, apenas aproximado en algunos puntos de acceso dije lo que nosotros tampoco decimos, sino muy raras veces en el punto mismo en que vale más no decirlo. Nombré al goce. No tendríamos ninguna clase de idea de esta dimensión, de esta profundidad, de la que no se puede decir que se ofrezca a nosotros, ya que está interdicta, pero que al menos podemos nombrar, el goce, no tendríamos ninguna clase de idea si no fuera la fundación del sujeto en el lenguaje, que por vía de repercusión en tanto que funda en nosotros este orden, esta barrera, esta defensa que se llama el deseo, que por repercusión, digo, no nos forzará a interrogar: ¿contra qué nos defendemos?, ¿que es lo que respecta a este goce?, cuestión desde luego, que no se plantea ningún ser que no sea el ser hablante. ¿Qué perfila para ustedes el desarrollo de esta línea a la derecha?. Pero, si ustedes tienen algo que les quede del esquema **SI.IA(99).** ustedes pueden ver la disposición fundamental que va del **S** al campo del Otro que les designa lo que voy a recordarles enseguida: a saber, que es de este campo que es retirado por el sujeto como pertenencia el objeto **a**, que algo está en juego. Más acá, concerniente a otra función del Otro, ya que este Otro, ahí detrás del sujeto totalmente oculto a él y percibido solamente en espejismo, ahí donde lo proyecta en el campo del Otro debe ubicarse el goce, esto por la orientación general de lo que tengo que decirles hoy.

El efecto, el valor fundamental del objeto del goce es al demostrarnos mediante qué engranaje, porque no tenemos ningún otro hasta el presente, desafío a cualquier filosofía a darnos cuenta hasta el presente de la relación que hay entre el surgimiento del significante y esta relación del ser al goce. Hay forzosamente una, ¿cuál es?. Efectivamente es en la línea de la topología subjetiva que se concentra algo de este campo del goce. Es muy precisamente la cosa está en suspenso en este punto en que Freud nos dijo, ahí está el sentido de lo que él dice. En este hilo subjetivo, en lo que hace que el sujeto no sea inmanente, sino latente, evanescente en la red del lenguaje ahí dentro está tomado al goce en tanto es que es goce sexual. Ahí está la originalidad y lo abrupto, el acento de lo que nos dice Freud. Pero, ¿por qué es así?. Ninguna filosofía, digo, actualmente coincide con nosotros. Y estos miserables abortos de filosofía que arrastramos detrás de nosotros como hábitos que se despedazan no son otra cosa, desde el comienzo del siglo pasado; que una manera de juguetear, más bien que de dedicarse a esta cuestión, que es la única sobre la verdad y que se llama, y que Freud nombró instinto de muerte, masoquismo primordial del goce, a saber, metáforas, reflejos, relámpagos, que

proyecta sobre esta cuestión nuestra experiencia. Toda la palabra filosófica se caga y se sustrae. No sabemos, pues, lo que hay de esta toma de la línea en este campo dudado y, sin embargo, ya anunciado en todo el fantasma de la tragedia. No sabemos por qué algo viene a nuestra experiencia de una manera, contingente, quizás, con Freud, que nos dice: lo que se toma del campo de la palabra y del lenguaje es lo que, del goce tiene una relación con este otro misterio dejado intacto, se los haré notar en todo el desarrollo de la doctrina analítica y que se llama la sexualidad.

Entonces, lo que yo llamo el dedo en el engranaje es que se trata de muy otra casa que dar razón, no estamos para dominar el por qué de esta aventura, —ya es mucho que sepamos cómo se entra ahí, como tomados por el dedito, es quizás ahí para hacer algunas reflexiones, las que se imponen concernientes a la topología de esta mecánica que nos podrá venir alguna luz sobre estas razones y estos límites, tanto más como debe hacer algún tiempo que toda la mecánica funciona al percibir las cosas, por esta punta podremos, quizás, saber mucho al ver de qué manera anteriormente nos hemos obligado a no ver. Entonces ¿cómo se entra ahí, es evidentemente, todo el sentido del objeto , en esta relación a lo que hemos inscripto como necesario del lugar del Otro, en esta relación que se establece por la demanda y que nos empuja ahí a partir de la necesidad, algo muy simple entra en juego es que de este campo del Otro acertamos a recuperar nuestro propio cuerpo en tanto eso ya está ahí, que el pecho no sea sino una pertenencia de este cuerpo perdida en el campo del Otro por lo que llamaremos provisoriamente desde nuestro punto de vista una contingencia biológica que se llama simplemente ser mamífero. Somos mamíferos, amiguitos míos, no podemos remediarlo y eso tiene muchas otras consecuencias. Está, en general acompañado de este hecho tener este aparato extraño que se llama un pene y que hace que la copulación está sostenida por un cierto goce, eso no rompe las manijas como se dice.

En fin, esta es una, una que se tiene al alcance de la mano. Los hago divertirse, pero es el centro de la enseñanza analítica comenzó a partir de ahí, no te lo toques o te lo van a cortar. Esa fue una de las primeras verdades. Se hacia así, ¿no es cierto?. Vagamente, este descubrimiento formidable que se llama el Edipo. Es necesario, de todos modos ver bien, que es en este nivel de verdad trivial que este otro pequeño camelo de la relación con el pene está enganchada en el enorme asunto del Edipo. Esto debería, de todas modos llevarnos a la reflexión. ¿Esta todo ahí?. En otros términos, henos aquí puestos sobre el montón de lo que hay que pensar de la castración. Eso tiene mucha relación con los dos términos que acabo de adelantar: el ciclo corto del goce sexual en el mamífero.

¡Ah!, no perdí mi tiempo este año en explicarles lo que eso puede ser entre las chinches. Eso debe ser insondable. Respecto de esto la de ustedes puede siempre... volver a vestirse. Es muy importante esta observación. La segunda, en efecto, está como muchas cosas, —muchas cosas para el hombre—, está al alcance de la mano, por la razón de que no hay muchos seres fuera de él que tengan una mano. Los primates hacen habitualmente todo el día el uso de esto que evoqué recién y tienen, por consiguiente, en lo que concierne al goce problemas mucho más simples. Pero, se notará que, por ejemplo, simplemente en el perro, que tiene sobre el primate la ventaja de entrar en el campo de la palabra humana, todo lo que se refiere a este frotamiento toma un grado mayor de complicación.

No se puede sino admirar una cosa, es hasta qué punto los perros están bien educados. Es de ahí que hay que partir. Ustedes ven que rápidamente nos encontramos comprometidos en una especie de colusión, que es aquello sobre lo que se precipitaron las personas que toman atajos de colusión entre el objeto **a** de la demanda y algo que concierne a lo que se rehusa de o a el objeto del goce. Es, justamente, que de permanecer ahí no iremos lejos. No iremos lejos porque de permanecer en este nivel de la demanda en lo que... que pertenencia del cuerpo. No hablo de la otra, a saber, de la más trivial, aquella de la que se dice que nos es demandada por el Otro y mediante la cual las damas lo que tenemos para dar con nuestro cuerpo para ponerla en el lugar del Otro considerado como estercolero, como campo de abono, a saber, lo que llamamos púdicamente las heces, el escíbalo, scubalón, lo que se arroja. Es una palabra muy elegante y en verdad, digamos que tiene, en general, la función del desecho corporal.

Al limitar como se tiende a hacer en un cierto horizonte analítico, toda la dialéctica de las relaciones del sujeto al Otro a la demanda se culmina en esta esfera, limitada a la frustración, a la prevalencia del Otro materno, justamente llevado a los grados de complicación de lo que se llama los padres compuestos y se obtiene, en efecto, algo bastante cerrado que no tiene, verdaderamente, sino un sólo inconveniente, es que uno se pregunta después de eso por qué hubo la invención del Edipo, mientras que, justamente, esta invención era original, que surgió con el yelmo en la cabeza totalmente armada del cerebro de Freud. Es muy cierto que es a esto que se refiere esta dimensión del deseo en la medida en que Freud la puso él también primero y que solamente alrededor de ella se edificó, se descubrió el mecanismo de la demanda y que no hay ninguna demanda, no solamente que no evoque, sino que literalmente no se evoque más que de la formación en su horizonte del llamado del deseo. Digamos que al Otro en el lugar de ser ese campo inerte donde se recupera algo, a saber, ese pecho que es el objeto ideal siempre faltante que intenta en todo tipo de aparatos reproducir la maquinaria humana, al fin de cuentes, que sea el que hace natación submarina o se vaya al Cosmos —como se dice ahora—, es siempre en un pequeño aparato alimentador con él y formando circuito cerrado que se amojona, ninguna necesidad para eso de imaginar su nostalgia del útero materno en el cual, precisamente, su equipo era a este respecto singularmente deficiente —quiero decir, en el registro que acabo de evocar— y de una simbiosis bien poco sólida.

El campo del Otro es esto que se trata de interesar en el deseo. El deseo viene a interesar al Otro y está ahí la esencia diferente de los otros dos objetos .

Es por esto que este año hice puntuar, incluso aislar, el paradigma del primero de estos objetos, a saber, la mirada, como representando el momento avanzado de mi exposición, No me demoraré en los otros de los que tenemos suficientemente el manejó —aunque, hay que volver a eso—, sino que hablé de la mirada. La mirada tiene este privilegio, de ser lo que va al Otro como tal. Es desde luego, hay ahí toda una fenomenología en la cual podemos demorarnos, incluso, podemos disfrutar pero ya que es una hendidura, ¿en qué momento funciona?. ¿Cuándo está abierta o cerrada?. Hay un sueño en la *Traumdeutung* que se llama: cerrar los ojos. Consúltenlo un poquito, ya todo está ahí. Hay un montón de preguntas que se planteen. Pero de esta función de la mirada separé todo la pintoresco no pregunté porqué es a partir del momento en que es ciego que Tiresias se vuelve vidente, jugueteos que hacen la alegría habitual de nuestro singular medio. Yo dí la estructura. Y como con la mirada entra en juego siempre completa una topología que describí, sobre la

cual no podemos volver que es aquella que justifica la existencia de la pantalla. En este campo del Otro la mirada es lo que introduce la pantalla y la necesidad —que uno de mis alumnos, Mellman, me hizo recientemente— la observación de que está inscripta en el artículo de Freud: *Prinzeps Technikrierungen*, *Sobre los recuerdos encubridores*— la necesidad de que el sujeto se inscriba en el cuadro. No está dicho, desde luego, esta topología tan esencial, tan fundamental a todo el desarrollo freudiano que es tan importante como el del Edipo, esta topología que es verdadero asiento y lo que da su consistencia a esta función que se llama: —¿por qué?—, de la escena primitiva. ¿Qué es esto si no es la necesidad de estos marcos, de estos portantes que intenté, este año instalar frente a ustedes para hacerles notar la condición estructural que no es, quizás —es esto lo que debe confirmarse—, sino al revés, el dobladillo, el segundo giro gracias al cual ya completo en Freud, —pero por nada hasta aquí completado—, completado porque seguido en el orden de su doble giro instaura al lado de la ley del deseo, en tanto es el deseo condicionado por el Edipo, esta ley que liga aquello por lo cual el sujeto está enganchado al lugar del Otro, vuelve necesario ese cierto orden construido alrededor del objeto de la mirada, lo que hace que cuando este objeto del Otro viene a montarse sobre algo que llamamos como ustedes quieran el cuadro, la escena o la pantalla, lo que es el enganche justamente, pariente de un término cuyo origen pienso que ustedes saben de André Breton, y que llamaré el Otro, en tanto que cárácterizado por ese poco de realidad, que es toda la sustancia del fantasma, pero que es también, quizás, toda la realidad a la que podemos acceder?.

Esto merece que hayamos dejado y no sin propósito, por necesidades de exposición para más tarde este otro objeto extraño, en suma, por cruzarse con el objeto de la mirada, dije la voz; pero en tanto que ella, al venir manifiestamente del Otro, es sin embargo, en el interior que la oímos. Si la voz, desde luego, no es solamente ese ruido que se modula en el campo auditivo sino lo que cae en esta retracción de un significante sobre al otro que es lo que definimos como condición fundamental de la aparición del sujeto. Dicho de otro modo, en toda la medida en que ustedes entienden con todo lo que digo pocas cosas, es que están ocupados por sus voces como todo el mundo. Y ahora se trata de saber lo que quiere decir en todo esto la función de la castración. La castración me parece ligada a la función del deseo, en tanto que en este campo del Otro está literalmente proyectada en un punto límite suficientemente indicado en el mito por el asesinato y la muerte del padre y de donde se deriva la dimensión de la ley. Olvidamos demasiado que en el mito no es solamente la madre lo que el padre acapara, sino todas mujeres y que después del enunciado de la ley del incesto no se trata de ninguna otra cosa que de significar que todas las mujeres están interdictas tanto como la madre. De otro moto la historia del complejo de Edipo tiene necesidad de tantas añadiduras, a saber, que es por transferencia que las otras mujeres, etcétera. Es un accidente, coma si fuera un accidente, en resumen, que al mito de Edipo no tendría de otro modo ningún sentido. En otros términos, la castración se presenta, al tomarla por este sesgo, coma algo que nos sugiere preguntarnos el objeto mediante el cual el sujeto está interesado en esta dialéctica del Otro en tanto esta vez que no responde ni a la demanda, ni al deseo, sino al goce ya que partimos de una cuestión planteada por Freud del goce de las mujeres, —primer tiempo—, repitamos que el goce aquí, pues, se abre, por primera vez como cuestión en tanto que el sujeto está barrado lo que habíamos llamado otra vez en nuestro discurso sobre la angustia: embarazado.

Desde luego, todo esto permaneció un poquitito en el aire. Es ciertamente en mucho el mejor Seminario que hice. Aquellos que tuvieron la preocupación de alimentarse de él en las vacaciones que siguieron pueden testimoniarlo. Pero, en ese momento yo tenía toda una primera fila de suboficiales que tomaban ardientemente lo que yo escribía, pero pensaban tanto en otra cosa, que se concibe que no les haya quedado nada. Embarazado está el sujeto, frente a este goce y esta barrera que lo embaraza es, muy precisamente, el deseo mismo. Es por esto que proyecta en el Otro, este Otro cuyo maniquí nos localiza Freud bajo la forma de ese padre asesinado, donde es fácil reconocer al amo de Hegel en tanto se sustituye al amo absoluto. El padre está en el lugar de la muerte y se lo supone haber sido capaz de sostener todo el goce. Es verdadero en Freud, aparte de que también en Freud podemos darnos cuenta de que es un espejismo, no es porque es el deseo del padre al que míticamente se planteó en al origen de la ley, gracias a la cual lo que deseamos tiene por mejor definición lo que no queremos. No es porque las cosas son así que el goce está ahí detrás del soporte del mito del Edipo, luego lo que llamé su maniquí. Aparece, por al contrario, también que esto no es ahí sino un espejismo, que es ahí también que no tenemos ningún trabajo en apuntar el error hegeliano, hablo del que en *La fenomenologia del espíritu* atribuye al amo, al de la lucha a muerte por puro prestigio —ustedes conocen la cantinela, espero— atribuye al amo guardarse para sí el privilegio del goce, esto bajo el pretexto de que el esclavo para conservar su vida ha renunciado a este goce. Pienso que ya una vez, hace algunos Seminarios, apunté un poquitito la cuestión por ese lado. ¿Por qué?, ¿dónde tomar las leyes de esta singular dialéctica, dónde pasaría a renunciar al goce para perderlo?. Pero, ustedes no conocen las leyes del goce. Es probablemente lo contrario; es incluso seguramente lo contrario. Es del lado del esclavo que queda el goce, y justamente porque renunció a él. Es porque el amo yergue su deseo que viene a culminar sobre las márgenes del goce. Su deseo, incluso, no está hecho sino para esto, para renunciar al goce y es por esto que emprendió la lucha a muerte por puro prestigio de manera que la historia hegeliana es una buena broma que se justifica bastante que sea totalmente incapaz de explicar cual puede ser el cemento de la sociedad de los amos, mientras que Freud da así la solución, es muy simplemente homosexual. Es el deseo, es verdad, de no sufrir la castración mediante el cual los homosexuales, o más exactamente, los amos son homosexuales, y es lo que Freud dice: el punto de partida de la sociedad es el lazo homosexual precisamente en su relación a la interdicción del goce, al goce del Otro, en tanto que es aquella de lo que se trata en el goce sexual, a saber, del Otro femenino. Esto es lo que en el discurso de Freud es la parte enmascarada. Es extraordinario que por enmascarada que esté, esta verdad que se despliega a cada momento —es el caso de decirlo—, en su discurso, por poco que, en todo caso, venga de nuestra experiencia, a saber que todo el problema de la unión sexual entre el hombre y la mujer, sobre el cual hemos derramado todas las boludeces de nuestro pretendida estadio genital de nuestro fabulosa oblatividad, este problema que es verdaderamente aquel sobre el que el análisis jugó al papel del oscurantismo más furioso y este problema entero reposa sobre esto, es la dificultad el extreme obstáculo a lo que en la unión intersexual —la unión del hombre y la mujer—, el deseo concuerda. Dicho de otro modo, que el goce femenino. Lo que se sabe desde siempre, desde Ovidio, lean el *Mito de Tiresias*; hay ahí veinte versos de Ovidio que puse en mi primer informe, el de Roma, porque es un punto esencial y que intenta hacer evocar luego cuando se habló de la sexualidad femenina en Amsterdam.

Eso estuvo bueno. ¿Cómo olvidar la profunda disparidad que hay entre el goce femenino y

el goce masculino? Es por esto que en Freud se habla de todo, de actividad, de pasividad, de todas las polaridades que ustedes quieran, pero jamás de masculino—femenino. Porque eso no es una polaridad. Y por otra parte, como eso no es una polaridad es totalmente inútil intentar hablar de esta diferencia. Hay un sólo intermediario de esa diferencia: es que en el goce femenino puede entrar como objeto del deseo del hombre como tal, mediante lo cual la cuestión del fantasma se plantea para la mujer, pero como ella sabe de esto, probablemente, un poquitito más que nosotros en lo que concierne al hecho de que el fantasma y el deseo son, precisamente, barreras al goce, esto no simplifica su situación. Es fastidioso que verdades tan primeras en el campo psicoanalítico puedan tomar un aire de escándalo, Pero, es necesario que sean adelantadas porque esta propiamente ahí lo que justifica en el tiempo preciso en que estamos en nuestra exposición, es decir contrariamente el hecho que hace que sea tal o cual pertenencia del cuerpo, objeto caído del cuerpo en un cierto campo el que organice la demanda y el deseo en cuanto a aquello de lo que se trata de la relación del deseo al goce en tanto que interesa al sujeto, del sexo opuesto. El intermediario ya no es de un objeto, ni incluso de un objeto interdicto —de la interdicción pedantesca, si puedo decir, que es todo un registro de la castración freudiana—, eso va del interdicto llevado sobre la mano del niñito o de la niñita hasta la formación que ustedes reciben en la Universidad, —se trata siempre de impedirnos ver claro—, sino la otra función de la castración, que se confunde con la primera es mucho más profunda, es aquello, por lo cual si un acuerdo es posible, —un acuerdo, entiéndanlo, a la manera en la que puedo intentar hacer una muestra de color lo que reproducirá al costado de este algo que sea del mismo tinte. Es gracias al hecho de que este objeto, que es el pene, pero, que estamos forzados a ser llevados a esta función de ser etiquetado falo, y tratado de una manera tal que aquella que es la misma que cuando nos entregamos a este ejercicio del acuerdo, son cosas sobre las cuales por disciplina no me extendí este año; pero es otro registro que el de lo visual y el de la mirada.

Con cualquier lápiz de color se puede hacer una pequeña mezcla que reproduzca cualquier otra —digo: cualquier y cualquier—, salvo en lo que nos permitimos cuando eso no anda —lo que se produce sobre un margen bastante grande—, de servirse, de servirse de uno de los colores del trío para sustreerlo sobre la muestra del otro lado. En otros términos: hay ciertos cualidades de ciertos objetos que es necesaria que hagamos pasar al signo negativo. En otros términos, es necesario que en la relación hombre—mujer, el objeto contingente, el objeto caduco del goce mamífero sea capaz de ser negativizado. Es necesario que el hombre se de cuenta que el goce masturbatorio no es todo, inversamente de que la mujer se abra a la dimensión de que este goce le falta. No digo ahí cosas muy esotéricas, pero está ahí el verdadero fundamento de la relación castrativa, si queremos darle un sentido cualquiera en cuanto a la manera o en la manera que funciona realmente. Dicho como se los acabo de decir, eso acaba por caer en la perogrullada. Es en este caso que ustedes no ven dónde está el problema, a saber, que ella es la naturaleza de éste signo negativo que se trata de llevar sobre esto objeto, el falo.

Esas no son, por supuesto, cosas que intentaré siquiera abordar en los últimos minutos de mi Seminario de este año. Pero, es precisamente para responder a tales cuestiones que el del año próximo, —si Dios la da su favor— se llamará *La lógica del fantasma.* No obstante, quisiera desde ahora hacerles notar como introducción a esta lógica que la cuestión que concierne a lo negativo, como se dice, o a la negatividad, merecería, en fin, que tocáramos ahí una orientación que no fuera simplemente parcelaria y para no descifrarla, sino para esclarecerla, comenzaré como hice, desde siempre con instrumentos: el arado de madera que abre un surco, breve, por supuesto y es aquel en el que me entretuve, esto desde hace mucho tiempo, yo no sé incluso si lo dejé salir jamás frente a vuestro auditorio para puntuar estos tres registros que son: el primero, el imaginario, que escribo así con una pequeña ortografía china que todos decimos cuando, —¿qué...?—, cuando en un campo encontramos el vacío. ¡Y si ustedes creen que es fácil de explicar eso, esta noción de campo y de vacío!. Desde luego, el registro gestáltico se ofrece inmediatamente, sólo que la rapidez con la que se contamina hacia una versión simbólica con la noción de clase, por ejemplo, que toca justamente de su presencia toda su densidad, debe volvernos extremadamente prudentes en cuento al manejo, aunque sepa escribirlo con esta ortografía barroca, que es esta de la que no hago nada más que una ocasión de memorizarla con mi instrumento transitorio, llamo a esto: hainada2 , escrito como ustedes lo ven ahí. Hay algo que está, en todo caso bien zanjado y que no tiene nada que ver con el *hainada*, es el que expreso en la segunda línea y bajo esta forma. Son, después de todo, no tengo razón para rehusarles la anécdota, esta forma torcida del lenguaje de un nenito que era muy inteligente, ya que era mi hermano. El gniakavaba, me dice conjugando así extrañamente un verbo, cuyo radical sería gniaka. Y bien, un registro del gniaka es absolutamente esencial, esto por lo cual un estado presente se supone derivado de algo que hace sea amputado de algo.

Esta es la forma más radical por la que se introduce toda una categoría donde tendremos, justamente, que orientarnos en cuanto a las instauraciones propiamente simbólicas de la negación. Porque el gniaka va muy lejos, puede ser una falta, puede ser también un punto de partida: *gniaka*, tener un punto de partida, a eso se lo llama el cero, elemento neutro. Nada más que por este gniaka ustedes tienen lo que, se llama un grupo abeliano. Esto para indicarles en qué vía seremos llevados a ordenar nuestras reflexiones el año próximo. Pero, seguramente este gniaka no deja de indicarnos volver sobre lo que dijimos el año pasado en cuanto a la función del cero como suturando la instancia del sujeto y articular la relación del sujeto al deseo y también a la castración, gniaka, meter el signo negativo sobre el pene y la función fálica se instaura con todo el uso absolutamente ciego que sabemos hacer de esto. Y luego hay algo para lo cual no hay palabras, ni etiqueta, al menos en mi registro, y esto por una buena razón es que si yo lo denominara o si yo lo supusiera tendría alguna relación con esta función imaginaria o aquella de la simbolización.

Este tercer término al que desde hace ya tres años que estoy acá, les enseño a conocer por alguna vía que no podría decir que sea la de la palpación, es mucho, más, intento, solicito, apelo a ustedes para que se identifiquen en lo que se puede llamar ahí en un lenguaje matemático el factor T.O.R., lo que quiere decir lo que hay en lo real, en este real con el que tenemos que ver y que es, justamente, la que hay más allá por fuera de esta necesidad que nos constriñe a no unir al goce, sino ese poco de realidad del fantasma. Este real testimonia una cierta torsión. Esta torsión no es la ananké de la que habla Freud porque ananké y no logos son, ambos, del orden de lo simbólico. La única necesidad constrictiva es la que impone el real no entra más allá, como es manifiesto en la experiencia, sino para entre estas soluciones necesarias —porque siempre hay varias—, designar aquella que es imposible. Tal es la función de lo real y su torsión. Esta torsión es la misma que intentamos captar a nivel de lo que es nuestro campo, que yo, al menos,

este año intenté aportarles el material que les permita, a continuación de lo que tenemos que decir, que repetir, cómo se corta en una tela que es común esta relación del sujeto al Otro, este advenimiento del sujeto en el significante, gracias a lo cual se sostiene en este fantasma en su relación con lo real, gracias a lo cual la opacidad nos aparece de un goce indefinido.



Hemos oído, —digo esto para aquellos que forman, a la vez, parte de este Seminario cerrado y que asisten a los debates titulados *Comunicaciones científicas en la escuela freudiana*, hay aquí, por ejemplo, ciertamente una parte importante de la asamblea que realiza esta reunión de carácter ...

Evidentemente, hemos oído una comunicación muy, muy bien. Por otra parte, lo marqué, pero, en fin, ella está muy, muy bien en ubicar, si ustedes me permiten, esta cosa que debe tomarse con el grano de sal en la que constituye para mi la problemática de lo que se llama comunicación —ustedes vieron recién que no terminé—, comunicación científica en el psicoanálisis, eso no debe serle absolutamente particular al psicoanálisis. Debe haber muchas otras configuraciones en las cuales se produce el mismo efecto.

En fin, por el psicoanálisis, ¿no piensan ustedes que eso vuelve siempre un poco al complot contra el enfermo?. No es eso lo que falsea la cosa, en fin, que hace que se lleguen a decir cosas que sobrepasan un poco, en fin, si puedo decir, el estricto pensamiento científico que podría ser aquel donde nos sostendríamos, si se tratara de verdaderas reuniones científicas.

Como estamos a fin de año se me puede permitir un poco abrir mi corazón sobre las razones que tengo para ser reticente a ese estilo, en tanto que es el motor habitual del trabajo analítico y que se llaman las reuniones donde hay comunicaciones que se llaman científicas y que no lo son tanto como eso.

Mediante lo cual, sobre el plano de la notación clínica algo centrado alrededor de la pareja perversa, Clavreul, del que deploro la ausencia acá porque le habría renovado mi felicitación, nos hizo algo excelente, no falta sino esto que fue dicho finalmente en la discusión, pero que nadie oyó, ya que no se lo dijo claramente. Es que en suma, para hablar totalmente científicamente de la perversión, seria necesario partir de esto que es, muy simplemente la base, en Freud. Se ha dicho, se ha traído tímidamente, estos *Tres ensayos sobre la sexualidad*. Bien, es que la perversión es normal.

Hay que volver a partir de ahí de una buena vez, entonces, el problema, el problema de una construcción clínica seria saber por que hay perversos anormales. ¿Por qué hay perversos anormales?. Eso nos permitiría entrar en toda una configuración, por una parte histórica, porque las cosas históricas no son históricas únicamente porque sucedió un accidente, son históricas porque era muy necesario, que una cierta forma, una cierta configuración, saliera a la luz.

Es muy claro que es el mismo problema que el de nuestro amigo Michel Foucault, que no está tampoco, no se creyó invitado al Seminario cerrado, es una lástima, nuestro amigo Michel Foucault, en suma, aborda con excelentes libros, —como aquéllos a los cuales nos hemos remitido, la *Historia de la locura*, o *El nacimiento de la clínica*. Ustedes comprenderán porqué, primero, hay perversos normales; segundo, hay perversos considerados como anormales, es lo mínimo; que si a partir del momento en que hay perversos anormales, hay también gente para considerarlos como tales a menos que las cosas estén en el orden inverso. Pero no es necesario forzar nada.

Como quiera que sea, lamento la ausencia de Clavreul, porque le hubiera recomendado a él una lectura para esta próxima conferencia, que nos hará ciertamente aún más excelente, partiendo, como se lo aconsejé, de lo que yo apunté, a saber, que su referencia, la mejor en todo lo que nos dijo, no olvidemos que su conferencia estaba titulada *La pareja perversa*, como si las hubiera puras y simples parejas perversas, justamente es todo el drama.

En fin, dejemos. La observación que es aquella etiquetada por Jean Genet de que hay siempre en el ejercicio del acto perverso un lugar donde el perverso sostiene por mucho que sea, ubicada la marca de lo falso. Le aconsejé volver a partir de ahí. Le aconsejaré hoy una lectura, que es una lectura para todos, por otra parte, que las aconsejo a todos y que las permitirá una ilustración muy simple y muy convincente de lo que estoy diciéndoles, de que es necesario partir del hecho de que la perversión es normal. Dicho de otro modo, que en ciertas condiciones eso puede no ser trabajo en absoluto, mediante lo cual este libro, que me tomo el cuidada de pasar por lo librería, para que ustedes vean que existe y yo no recordaba ya que había sido imprimido en el *Mercurio de Francia*, muy recientemente, por otra parte gracias a lo cual ustedes pueden verlo, que se llama *Las memorias del abad de Choicy vestido de mujer,* léanlo mediante lo cual ustedes verán dónde está el sano punto de partida concerniente al registro de la perversión.

Ustedes verán a alguien no solamente totalmente a sus anchas en su perversión, y esto de cabo a rabo, lo que no le impidió ser alguien que llevó una carrera lograda en el respeto general, recibir todas las marcas de la confianza pública, incluso real, y escribir con una perfecta elegancia un informe de cosas que en nuestros días nos pondría, literalmente la cabeza al revés y nos empujaría, incluso, a hacer cosas tan exorbitantes como un peritaje médico legal sin contar el descrédito que recaería sobre el alto clérigo, no obstante, muy conocido por ser particularmente experto en esas prácticas, mientras que en nuestros días se cree forzado a disimular esas cosas que no son signos sino de una relación sana y normal a las cosas fundamentales.

Esta es, pues, la lectura que les aconsejo. Naturalmente, algunas de las personas que están o no están acá verán ahí la confirmación de que, como se dice, soy un burgués de entre guerra. ¡Dios mío, que poco ve la gente!. Soy un burgués de antes de la Revolución Francesa, Entonces, ustedes se dan cuenta cómo me la adelantan.

Bien, al cabo ustedes estarán convencidos de esta, después de este aprobación, esta estampilla: Libro para leer, que acabo de dar a este libro viejo.

Ahí hoy quisiera que, ya que no solamente es un Seminario cerrado, sino que es el anteúltimo y que Dios mío, en el último, será muy necesario, que me de el aspecto de dar a ciertas cosas un cierre, vacilé sobre aquello sobre lo que cerraría.

Quizás, después de todo, podrá, de todos modos, poner un punto a algo que fue al comienzo del Seminario cerrado este año, a saber, la discusión de las artículos de donde nuestro excelente amigo Stein produjo sus posiciones sobre el tema de la que llama la situación analítica, que quiso limitar a las condiciones de partida, en fin, a aquello con la que uno se compromete haciendo sesiones analíticas. Luego, después de eso, estuvo muy suavemente en la transferencia y la contratransferencia y se trata de entenderse sobre lo que pone bajo estas dos rúbricas. Y después de eso habló del juicio del psicoanalista. Hubo un debate, un debate al cual no asistí en todo porque, por una parte, la Doctora Irene Perrier-Roublef quiso sostener la dirección en mi ausencia. Todo eso perecería, seguramente, complemento, complemento y quizá, aclaración, aclaración y, quizás, un poco más, en fin, un poco más firme quiero decir. Quiero decir que, quizás, enseguida comenzaremos un poco a hablar de eso, si eso camina. Y bien, eso nos incitará también a pedir que venga Stein, la próxima vez, ya que también tampoco sería totalmente conveniente que se cierre fuera de su presencia. En fin, eso vendrá, quizás, de todos modos, enseguida, quiero decir el esbozo de esto.

Lo que quisiera y aquello de lo que felizmente me aseguré una pequeña garantía de que tendría, al menos algo para responderme, lo que quisiera es que, después de todo, después de un año en que les dije cosas de las que debe haber en sus cabezas un gran residuo, al menos dije cosas, algunas que eran totalmente nuevas, al menos para una parte de ustedes, otras que estaban verdaderamente estructuradas por primera vez de una manera absolutamente no sólo ejemplar, sino incluso rigurosa y también me atreví ahí a agregar, tomando, por ahí, una especie de compromiso definitivo, considerando, por ejemplo, el esquema que les di de la función de la mirada.

Bien, no estaría descontento, no deploraría que algunos me plantearan preguntas.

Naturalmente, se confirma el rumor de que no es una caso para hacer bajo el pretexto de que el otra día tuve el aspecto de decir al Señor Audouard, quien, en suma es la única persona que sobre este plano me dió toda la satisfacción este año. Es decir que se

arriesgó muy simplemente a lo que demando, es decir, a que se me responda.

El Señor Audouard hizo, es verdad, un grueso error, un grueso error pegando en el esquema de la perspectiva al ojo del artista, en la que se puede, en suma, llamar el plano del cuadro. Esto en el momento de fundación de la perspectiva.

Bien, sería necesario, de todos modos, que ustedes conciban esto, es que dado que cada uno está acá con su pequeño narcicismo en el bolsillo, es decir, la idea de no ridiculizarse, seria necesario, de todos modos decirles que lo que al Señor Audouard hizo es muy exactamente lo que en relación a Alberti les dije que estaba en este famoso esquema de la perspectiva. Lo dibujé en el pizarrón. En fin, me tomé mucho tiempo en lo que Alberti fundó y que un tal Viator era porque se llamaba Péllèrin — (Peregrino) muy simplemente en francés retomó, y bien, el error que cometió al señor Audouard es exactamente el error que cometió Alberto Durero. Es decir que, cuando uno se remite a los escritos de Alberto Durero se ve muy exactamente que ciertas faltas, un cierto desplazamiento del esquema que no deja de resonar, por otra parte, sobre lo que ustedes ven de bastante zozobrante en las perspectivas de Alberto Durero cuando ustedes lo observan de cerca, se ve, muy exactamente a un error inicial de esta especie.

Ustedes ven, pues, que el señor Audouard no está en mala compañía. Esto, desde luego, no puedo demostrárselos, porque sería necesario, en fin, es muy fácil, les puedo dar a aquellos que les interese la bibliografía. Hay alguien que puso eso de una manera muy bonita en evidencia, es un americano que hizo algunas libritos ingeniosos sobre el arte y la geometría, de los cuales uno concierne especialmente a este estatuto de la perspectiva, en tanto que surge de Alberti, de Viator y de Alberto Durero y uno se explica todo eso muy bien, en función de esto justamente, de que Alberto Durero comenzó a plantearse el problema de la perspectiva a partir de lo que yo llamaría el camino radicalmente opuesto, aquel que surge de la consideración del punto luminoso y de la formación de la sombra, es decir, la posición antecedente, aquella que les mostré para ser totalmente antinómica de aquella de la construcción de la perspectiva que con fines totalmente opuestas, que no son fines de constitución del mundo iluminado, sino de constitución del mundo subjetivo si ustedes me permiten hacer esta oposición marcada y justificada por todo el discurso anterior.

Es en la medida en que lo que interesa a Durero es la sombra de un cubo que no llega a ser la justa perspectiva del cubo.

Bien, dicho esto y vuelto a poner al señor Audouard en su lugar, es decir, no habiendo sufrido sino del prestigio al cual otros que nosotros y que podemos decir más grande, sucumbieron, quisiera, que esto animara a aquellos que tuvieran algunas preguntas para plantear sobre lo que dije y, por ejemplo, sobre lo que dije la última vez sobre al esquema que culmina verdaderamente en plantear preguntes muy gruesas sobre este esquema, ¿no es que está ahí en un retraso donde nos encontramos con el sujeto en esta posición en relación al campo del Otro, que todo lo que concierne a su relación al goce debe venirle por intermedio de lo que está ligado al Otro y que se presenta así como ligado a una cierta función que no deja de ser... ?, ya que también lo que aparece ilustrado —mediante el ejemplo de *Las Meninas*— de la estructura que fue producida por Velázquez nos lo demuestra.

Digamos que en el aparato de la perspectiva y de la mirada podemos concebir hacer coexistir no solamente aquello por lo que coexiste al registro narcisista.

Todo mi primer esfuerzo en enseñanza fue el de despegarlo de lo que hay como articulación, que no es solamente como pueden coexistir, sino cómo a nivel de un cierta objeto, —la mirada—,uno puede dar la clave del otro y la mirada como efecto de..., ser el verdadero resorte, al verdadero secreto de la captura narcisista.

Entonces, en esta relación del **S** al **A** podemos establecer la función de este del que hablé, si ustedes quieren con privilegio para uno de entre ellos, al menos estudiado y, sin embargo, el más fundamental para toda articulación de la cosa misma, y luego la correspondencia establecida, o, si ustedes quieren, la equivalencia que el — , es decir, el falo, en tanto que objeto en juego en la relación al goce, en tanto que exige la conjunción del Otro en la relación sexual... ¡Ah!, bien, helo aquí Stein, venga acá, lamentaba su ausencia.

Y bien, esto evidentemente plantea, me parece, ofrecer la ocasión de todo tipo de preguntas. Cuando digo que rehago una segunda vez la vuelta, que redoblo la banda de Moebius freudiana, ustedes ven en esto no en absoluto, una ilustración, sino al hecho mismo de lo que quiero decir, en el hecho de que el drama del Edipo, que creo haber suficientemente articulado para ustedes tiene otra cara por la cual se podría articularla de cabo a rabo haciendo toda la vuelta. El drama de Edipo es el asesinato del padre y el hecho de que Edipo gozó de la madre. Se ve también que la cosa queda en suspenso de una eterna interrogación concerniente a la ley y todo lo que se engendra por este hecho de que Edipo, como la digo frecuentemente, no tenía el complejo de Edipo, a saber, que lo hizo muy tranquilamente, desde luego, lo hizo sin saberlo. Pero, se puede aclarar al drama de otra manera y decir que el drama de Edipo, en todo caso, el drama de la tragedia, y de la manera más clara, es el drama engendrado por el hecho de que Edipo es el hecho del deseo de saber. Pero, como ya les dije desde hace mucho tiempo, pero lo repito en este contexto, ya dije desde hace mucho tiempo cual es el término del Edipo: Edipo frente a la revelación sobre la pantalla vaciada de lo que hay detrás y con, lo dije en estos términos, sus ojos por tierra, digo arrancándose los ojos, lo que no tiene nada que ver con la visión, lo que es propiamente el símbolo de esta caída en este entre dos, en este espacio que Desargues designa con el nombre de eje y que identifiqué, es la única identificación posible a lo que llamamos el Dasein. Ahí ha caído la mirada de Edipo.

Esto es el fin, la conclusión y el sentido de la tragedia. Al menos es también legítimo traducir esta tragedia en este reverso, como plantearla en el anverso, donde nos revela al drama generador de la fundación de la ley. Las dos cosas son equivalentes, por la razón misma que hace que la banda de Moebius no se una consigo misma realmente sino dando dos vueltas. Y bien hablando sido traída esto ya no se acompañará sino de una observación, es que la consideración del objeto **a** y de su función en la medida en que esta consideración sola nos lleva a plantearnos las cuestiones cruciales que conciernan al complejo de castración, a saber como surge el grupo —es necesario ampliar el término matemático— que permite el funcionamiento de un cierto — , del que nos hemos servido desde hace mucho tiempo, pero de una manera más o menos bien precisada en una estructura lógica. Y bien, ahí está la que introduce de decisivo al objeto **a** , a saber, aquello

mediante lo cual nos permitirá abordar este terreno, hablando con propiedad, virgen, para un psicoanalista así, emitido en nuestros días, si puedo decir a saber, el complejo de castración. Está totalmente claro que nunca se habla de esto sino de una manera marginal haciendo como si se supiera lo que eso quiere decir. Evidentemente, se tiene una pequeña sospecha, porque yo hablé de esto un poco por aquí y por allá. Pero, en fin, de todos modos lo suficiente como para que el Señor Ricoeur, por ejemplo, hiciera entrar la menor parcela de esto en su libro que provocó tanto interés, incluso es notable que no haya huella de esto.

Lo es, pues, que tampoco se hable de esto en otra parte, seria muy necesario que se pudiera decir algo del complejo de castración.

Ahora bien, me parece que la última vez comencé a decir algo muy firmemente articulado sobre este punto. Evidentemente, en la medida en que podemos al menos, esbozar el programa para decir que el año próximo hablaremos da esta especie de lógica que pueda permitirnos situar la que muy específicamente surge de la función -**phi**? en relación a este primer plano que aseguramos este año concerniente al objeto **a** .

Hay, en todo caso una cosa cierta, ya que hemos hablado del mito de Edipo, desde luego, que el edipismo es la piedra angular y que si no vemos que todo lo que construyó Freud está alrededor del Edipo no veremos jamás absolutamente nada, sólo que no basta todavía que se explique el Edipo para que ustedes sepan de qué hablaba Freud, a menos que ustedes lo sepan, estando hecho al vocabulario que desarrollé frente a ustedes, lo que se trata de articular, es el fundamento del deseo y que en tanto no vemos sino hasta ahí no hemos asegurado tampoco el campo de la sexualidad. El mito de Edipo no nos enseña nada, en absoluto, sobre lo que es ser hombre o mujer.

Está absolutamente desplegado en Freud. Como lo dije la última vez, el hecho de que jamás promueva al par masculino-femenino, salvo para decir que no se puede hablar de eso, justamente prueba bastante esta especie de límite. No se comienza a plantear cuestiones que conciernen a la sexualidad, tanto masculina como femenina, sino a partir del momento en que entra en juego el órgano y la función fálica. A falta de hacer estas distinciones estaríamos en el embrollo más absoluto.

¿Es necesario decir que ahí hay algo que juega, quizá, en la base del hecho de que Freud no hizo, por qué no lo habría hecho él mismo, su segundo giro?, ¿Por qué lo habría dejado a algún otro para hacerlo?. Podemos también plantearnos esta pregunta. Es ahí que estoy muy embarazado. La experiencia me enseña, me enseña a pasar mío, y me aconseja no proceder sino con muy grandes precauciones. En verdad esto no es totalmente natural en mí, pero otros lo toman por mí. En suma, ya que esta treta apretada de acontecimientos que culminó un día en hacer que yo interrumpiera en mi primera lección un Seminario anunciado bajo el título de *Los nombres del padre* ustedes dirán que para psicoanalistas es muy natural dar un sentido a las acontecimientos y que cualquiera sean los desvíos contingentes, los vencimientos y las pequeños defectos de pronunciación que pudieron hacer fracasar justamente ese día al hecho de que, después de todo, personas, quizás más advertidas de la importancia de lo que ya tenía para decir velaron para que yo mantenga mi palabra de no decirlo en ciertas casos. Y bien, que había ahí, de todos modos, una razón y que toca este hecho delicado, precisamente del límite donde se detuvo Freud.

Si tantas cosas de este orden, que culminan en estos singulares encuentros, de los que no se puede decir que en sí mismos sean progresivos, es que hay algo en Freud que no se puede soportar; si se los retiro, ¿en qué podrían soportarse?. Aquellos que se soportan justamente en suma, en lo que hay de insoportable en ese algo de lo que hay que creer que ya adelantaba bastante en un cierto sentido, ya que no se puede ir más lejos. De manera que, en suma, no es sino por una manera, un toque totalmente ligero: y de alguna forma como una sombra de factor negativo, que yo haría notar que debamos a Freud de todos modos, el hecho de que hasta el fin de su vida, parece, le pareció residir un misterio en la siguiente pregunta, que él expresaba así: ¿qué quiere una mujer?. Debemos eso a ese imbécil que nos lo refirió y frente a la cual él había así dejado abrirse su alcancía ventral. Hay momentos en que incluso los ídolos exponen sus mercancías. Hay que decir que son necesarios para esos espectáculos especialmente horrorizantes.

¿Que quiere una mujer?. Freud, como se expresa Jones, con un trazo que no puede, de todos modos, dejar de sorprender, esa trazo que no se expresa bien, que no se etiqueta bien sino en la lengua inglesa se llama a eso *luxurius*. En francés eso no está muy en uso. Nosotros no somos, quizás, lo bastante luxoriosos para eso. Pero, en fin, en un caso, como en al otro ya se lo sea o no, eso no es nunca sino la especificación de una posición que se tiene sobre esto punto para vanagloriarse. No es más feliz por serlo que por no serlo. El era lujurioso y no respecta a cualquiera. La mujer de César, se dice, no podría ser sospechada. Eso se usa mucho, es como cuando se dice el estilo es el hombre, por ejemplo. Es una cita inexacta, pero eso no importa. Son cosas que andan siempre ubicadas en algún lugar, eso no sufre discusión. ¿qué quiere decir eso?, ¿sospechada de qué?, ¿de ser una verdadera mujer quizás?. La mujer de Freud, de la que hay todo para apostar que era su única mujer, no podría ser objeto de una tal sospec

ha. Tenemos bajo la pluma de Freud todos las huellas más extraordinarias. El empleo del término *Sichsträuben*, erizarse en el análisis del *Sueño de la inyección de Irma*, está en algo en este estilo, este *Umschreibung* este estilo torcido, casi el único caso en el que puede certificarme del suyo, no tras aquello hacia lo cual quería ir, desde luego, sin decírnoslo es que, al fin de cuentas, todo eso, una mujer, *Sichsträult* es como la señora Freud y es de todos modos, muy fastidioso.

Si, este es, evidentemente, un punto de localización que nos da naturalmente la sensación de saber dónde se planteó el problema, dónde está la cuestión y dónde estamos nosotros, dónde están las barreras, de alguna manera estructurales inherentes a la estructuramisma del concepto puesto en juego que explica muchas cosas, por ejemplo, la historia del psicoanálisis, luego, del modo bajo el cual se hicieron valer no solamente la femineidad y sus problemas, sino las mujeres mismas, lo que se puede llamar las madres en nuestra comunidad psicoanalítica. ¡Son extrañas madres!.

Irene Perrier Roublef: —No se entiende.

Lacan: —Y bien, quizás es mejor. Entonces, quisiera sobre esto, en suma, que algunas

preguntas me fueron planteadas, ya que, en suma, por ejemplo, la última vez, planteando al sujeto frente a, si puedo decir, esta superficie de reflexión que constituye la dialéctica del Otro, para localizar ahí una manera que exige, en suma, ahí también un cierto orden de espejismo, al lugar del goce, les indiqué muchas cosas, fundamentalmente, y regulé está cuestión en el pasaje de lo que llamé el error de Hegel de que el goce está en el Amo. Se sorprendieron. Si el Amo tiene algo que ver con el Amo absoluto, es decir la muerte, que idea sagrada la de ubicar el goce del lado del Amo. No es fácil hacer funcionar la instancia de la muerte. Nadie imaginó aún que es, en este ser mítico que el goce resida. El error hegeliano es, pues, de ahí en más un error analizable. Y ahí palpamos en la estructura acá escrita en el pizarrón, inscripta en estas pequeñas letras donde yace la esencia del nudo dramático, que es propiamente aquel con al cual tenemos que ver; como sucede que sea en este lugar del **A**, en el lugar del Otro, en tanto que es ahí que se hace la articulación significante, que se para nosotros la meta de la localización que tiende al goce y propiamente al goce sexual. Que el **-** ? es decir el órgano, el órgano particular del que les expliqué cuál, es la contingencia, quiero decir que no es en absoluto necesario en sí misma para el logro de la copulación sexual que tomó esta forma particular por razones que hasta que sepamos articular un muy pequeño comienzo de algo en materia de la evolución de las formas, y bien, nos contentaremos con tener la casa por lo que es. En tanto no se haya sustituido a algunos principios imbéciles, esta aprehensión primera de que basta observar primero un poquitito al funcionamiento zoológico de las animales para saber que el instinto no concierne sino a esto ¿Qué es lo que el viviente va a poder hacer con un órgano?. No solamente la función no crea al órgano, eso salta a la vista, y cómo podría hacerse eso incluso, sino que se necesita enormemente astucia para dar un empleo a un órgano. Esto es exactamente la que nos sustrae realmente el funcionamiento de las cosas cuando se la mira de cerca. El organismo viviente hace la que puede con lo que lo es dado como órgano y con el órgano peneano. Y bien, se puede sin duda, pero se puede poco. En todo caso es totalmente claro que entra en una cierta función, en un papel que es un poquitito más complicado que el de coger, que es esto que llamé, el otro día, para servir de muestra, al acuerdo entre el goce macho y el goce hembra.

Ubicándose esto totalmente a expensas del goce macho no solamente porque el macho no podría acceder a eso, sino por hacer caer al órgano peneano al rango de función de objeto , sino con esto signo totalmente especial, que es el signo negativo del cual se tratará para nosotros, el año próximo, en sabias investigaciones lógicas, de ver, de precisar cuál es exactamente la función de este signo menos **-** ? en relación a aquellos que están en uso y que se usan, por otra parte, hablo en lo habitual entre la mayoría de la gente que está aquí, por ejemplo, sin saber del todo lo que se hace, mientras que sería totalmente simple remitirse a excelentes libritos de matemáticas que ahora recorren las calles, porque todo eso ahora se divulga, —a Dios gracias—, con ciento cincuenta años de retraso, pero, en fin, nunca es demasiado tarde pare hacer bien las cosas. Pero, todo el mundo puede darse cuenta de que el signo **-** ? puede tener, según los grupos, y hacer intervenir sentidos excesivamente diferentes. Se trata de saber pues, lo que es para nosotros. Pero, dejemos esto. Tomemos en bloque esto — y digamos que la relación que se trata de establecer en la unión sexual a un golpe deja, precisamente, el paso al goce fálico, que no tendría, en absoluto, esta importancia si no viniera, precisamente, a situarse en el lugar que marqué acá con el **A**, lugar del Otro. Esto no quiere decir, en absoluto, desde luego, que la mujer esté ahí más de entrada que nosotros los hombres, porque ella está exactamente en el mismo lugar del **S**, y ambos, las pobres queridas preciosas como en el cuento de Longus inmortal, están ahí con este bonito postre del **-** ? en la mano mirándose, preguntándose que se va a hacer con esto para ponerse de acuerdo en cuanto al goce.

Entonces, después de esto haremos mejor no hablándonos con estos datos de la maduración genital, de la existencia del arreglo perfecto. Porque, desde luego la oblatividad, esta sagrada oblatividad de la que acabo por ya no hablar sino muy poco y de la que no habría que hablar eternamente, seria necesario de una buena vez un día que se cerrara este paréntesis, sería necesario no crear tampoco que es un molino de viento. Tengo alumnos que lo toman por eso, se lanzan siempre a tontas y a locas con eso ahí donde, además no está en absoluto.

Es de todos modos cierto que es necesario decir que hay cosas que habría que decir de todos modos. Así existe el marido oblativo, por ejemplo. Los hay que son oblativos como no se pueden imaginar. ¡Eso se encuentra!. Esto tiene orígenes diversos, no hay que echar el descrédito por anticipado. Esto puede tener orígenes nobles: el masoquismo, por ejemplo. Es una excelente posición.

Desde el punto de vista de la realización sexual después comienzo a tener experiencia qué sí. Treinta y cinco años de todo eso comienza a ser algo. Naturalmente no vi demasiado mundo, no más que cualquiera. Tenemos tan poco tiempo, pero, en fin, jamás vi que en una mujer eso desencade —hablando con propiedad, ustedes saben—, eso. Eso desencadena muy, muy curiosas reacciónes y abusos que desde fuera, desde el punto de vista moralista, son totalmente manifiestas. En todos los casos una gran insistencia de parte de la mujer sobre las cantinelas de la castración del marido.

Lo que no va de suyo lo que no está implícito en el esquema, ustedes comprenden, cuando hablo del falo **-** φ , ahí, como de la muestra vibrante que debe permitir el acuerdo. Eso no quiere decir que la castración está reservada al hombre, ya que, justamente, es todo el interés de la teoría analítica, es que nos damos cuenta de que el concepto de castración juega en tanto que lleva también a alguien que no lo es por naturaleza, castrado, inclusa, no serlo si se trata del pene. Es en esta perspectiva que convendría por ejemplo, interrogarse sobre la extraordinaria eficacia en cuanto a la revelación sexual porque eso existe, esa extraordinaria eficacia sobre muchas mujeres, por no decir la mujer, eso existe ahí a nivel del objeto **a** . El extraordinario valor, pues para esta operación de lo que se llama los hombres femeninos, su éxito no deja absolutamente ninguna duda. Se sabe eso desde siempre y, además, eso se ve siempre. Que una mujer que tuvo esta clase de marido, del tipo de oro, cortado con hoz, en fin, el carnicero de la bella carnicera, encuentre solamente un cantante con voz y ustedes me dirán las novedades. Son estos hechos, en fin, que son así de gruesos de observación habitual renovados todos los días, que llenan, nosotros, analistas, podemos saber el placer que tienen las mujeres con el cantante con voz. Es fantástico como ellas se reencontraron ahí. No les digo que ellas permanezcan ahí. Si ellas no permanecen ahí es porque es demasiado bueno. Todo al problema descansa en las relaciónas del deseo y del goce, Pero, es necesario saber, de todos modos, de que lado es accesible el goce.

Siento que entro muy suavemente ahí en la pendiente de, —yo no sé—, de las memorias de treinta años del psicoanálisis. Y, además, es el fin de año, estamos, de todos modos, un poco entre nosotros. Ustedes me perdonarán decir cosas que están entre la banalidad y el escándalo. Pero, si se las olvidan terminarán verdaderamente por ser, justamente lo que abre la puerta, en fin, el decir boludeces más permanentes. Lo que está de todos modos, —a pesar de todos mis esfuerzos—, lo que permanece absolutamente en uso y dominante en este centramiento como en los vecinos, es necesario decirlo.

Mientras estoy en esta pendiente sería necesario, de todos modos ... Si, tengan, hablé de terminar con...de regular, de ya no hablar nunca de esta cuestión de oblatividad. Es necesario de todos modos recordar ya que hablé de contexto, en que medio, que pequeño circo estrecho esta idea hizo manejo, a saber, poner algunos nombres, la que no está en mi de todos modos, hacérselos volver a salir ¿no es cierto?. No salió de un mal lugar. Había un renombrado Edouard Pichon que no tenía sino una equivocación, era la de ser Maurasiano, eso es irremediable, No es el único, entra las dos guerras no había pocos. Fomentó eso con algunos clínicos, en fin, ¿no es cierto?, ya que se trata de entre dos guerras, los escapados de la primera ustedes saben, no era brillante.

Entonces, eso fue retornado. Esto fue retomado yo no se por que, si... Pero, en fin, no está en mi decírselas. En un cierta contexto, entonces, mucho más reciente y nutrido por una historia que no tenía, en suma, nada que ver con la oblatividad y que era este modo de relación muy especial que surgía de una cierta técnica analítica, llamada, centrada sobre la relación de objeto, en tanto que hacia intervenir de una cierta manera al fantasma fálica y este fantasma fálico especialmente en la neurosis obsesiva.

Helo, aquí, y entonces, todo la que se jugaba alrededor da este fantasma fálico, he, —Dios mío, muchas veces, en muchos momentos de mi Seminario— he hablado bastante, volví bastante para que, de todos modos, en sus detalles, en su uso técnico, se hayan visto bien, de todos modos, las mecanismos, las puntos de forzamiento, los puntos de abuso, y no puedo ahí sino verdaderamente decir, no puedo incluso decir algo que resuma todo lo que mostré de ello en detalle, sino simplemente que muestra el fondo de mi pensamiento.

¿Que hay ahí dentro?. hay algo que encontró favor especialmente por el hecho, de que al deslizamiento general que hizo, que toda la teoría del análisis no haya tomado más que la referencia de la frustración. Quiero decir, hizo girar todo no alrededor del doble punto inicial de la transferencia y de la demanda sino muy simplemente de la demanda. Porque los efectos de la transferencia, desde luego, no estaban descuidados, sino simplemente puestos entre paréntesis ya que se esperaba que esto sucediera y que, por el contrario, la demanda, especialmente con este hecho de que pasan cosas sobre este punto y en efecto, pasan, no pasa en absoluto, lo que usted dice, Stein pero, en fin, si usted viene la próxima vez hablaremos de eso; la posición del analista en la sesión en relación a su paciente ciertamente es no la de ser este polo perturbador ligado a lo que usted llama el principio de realidad, creo que hay que volver, de todos modos, a esta cosa que es verdaderamente constitutiva, es que su posición es la de ser aquél que no demanda nada. Es la que hay de dudoso, como él no demanda nada, y que se sabe de dónde sale al sujeto, sobre todo cuando es neurótico, se le da lo que no demanda. Ahora bien, lo que hay para dar es una sola cosa y un sólo objeto **a** . Hay un sólo objeto **a** , que está en relación con esta demanda especificada por ser la demanda del Otro esto objeto que se encuentra también en los cielos, en el entre dos, ahí donde está caída también la mirada los ojos de Edipo y los nuestros frente al cuadro de Velázquez cuando no vemos nada ahí, en este mismo espacio llueve mierda.

El objeto de la demanda del Otro, lo sabemos por la estructura y la historia, después de la demanda al Otro, demanda del pecho, la demanda que viene del Otro y que instaura la disciplina y que es una etapa de la formación del sujeto de hacer eso en tiempo y en las formas.

Llueve mierda, ¡eh!, la expresión no va de todos modos, a sorprender a los psicoanalistas que saben un cacho, de esto. No se habla sino de esto después de todo. Pero, en fin, no es porque no se hable sino de eso que uno se da cuenta de todos los lugares donde está. En fin, la lluvia de mierda es, evidentemente, menos elegante que la lluvia de fuego en Dante, pero no están tan lejos una de la otra.

Y, además, en el infierno también hay mierda, no hay sino una cosa que Dante no se atrevió a poner en el infierno, ni en el paraíso tampoco. Se los diré en otra oportunidad. Es, de todos modos, muy sorprendente. Y, además, que tengamos que cargar la cubeta nosotros, analistas, tampoco es, de todos modos algo con la que nos vayamos a hacer coronas. Durante todo un siglo la burguesía consideró que este tipo de acarreo, que llamo acarreo de cubeta, era exactamente lo que había de educativo en al servicio militar. Y es por eso que envió ahí a sus hijos. No hay que creer que la cosa haya cambiado enormemente, simplemente ahora se lo acompaña de puntapies en las tibias o de algunos otros ejercicios de cuerpo a tierra aplicados al reclutamiento o sobre la que a continuación se le confía, por ejemplo, cuando se trata de empresas coloniales. Es una ligera complicación de la que, naturalmente, nos alarmamos legítimamente pero la base es eso: el acarreo de cubetas.

No veo el mérito especial que introducen en este asunto los analistas. Todo al mundo supo que la mierda tiene la relación más estrecha con toda especie de educación, hasta aquella, ustedes lo ven, de la virilidad ya que después de haber hecho eso se sale del regimiento hecho un hombre. Lo que estoy diciendo, se trata de una teoría y algunas saben muy bien a cual apunto. Es que si ustedes releen atentamente todo lo que se dijo de esta dialéctica fálica, especialmente en el obsesivo, del tocar y del no tocar, y de la precaución y del aproximarse y todo eso, huele mierda. Quiere decir que, aquello de lo que se trata es de una castración anal, es decir, de una cierta función que, en efecto interviene al nivel de la relación de la demanda del Otro o de la fase anal, es decir, esta primer funcionamiento del pasaje de un lado al otro de la barra, que hace que lo que está de un lado con el signo más **('+)** esté del otro con el signo menos **('-).** Uno da o no da, su mierda y así se llega o no se llega a la oblatividad.

Es totalmente de don y de regalo, como lo sabemos desde siempre, por lo que Freud no dijo nunca otra cosa. No se trata jamás, cuando se da lo que se tiene, que de dar mierda. Es por eso que cuando intenté definir para ustedes el amor, es una especie así de flash, es que al amor era dar lo que no se tiene. Naturalmente no basta repetirlo, para saber lo que eso quiere decir. Me doy cuenta de que me dejo ir un poco por la pendiente de las confidencias y que voy a cerrar mediante algo que no será mal venido, ¿no es cierto Safouan?.

A continuación de lo que acabo de decir y para que usted les haga la pequeña comunicación que tuve la gentileza de ese modo de forjar, en todo caso, muy en la línea de lo que usted aporta. ¿Un cuarto de hora le alcanza?, sino retomamos la próxima vez.

DUQUESNE: —Tenemos tiempo.

SAFOUAN: —Eso depende.

LACAN: —¿Cuánto cree que tiene para decir lo que tiene que decir?

SAFOUAN: —Veinte minutos.

LACAN: —Y bien, empiece inmediatamente. Será a las 14.05, es la hora en que terminamos habitualmente; soy incorregible.

SAFOUAN: —El tema de esta comunicación es el desdoblamiento del objeto femenino en la vida amorosa del obsesivo, es un tema que elegí, justamente, porque me lleva a las mismas cuestiones que Lacan anunció como siendo aquellas de las que va a tratar el año próximo y llevado a apreciar el interés y la importancia que para un analista se enlaza a que esta cuestión sea tratada.

Antes de someterla al examen voy a presentarles, primero, un material que es en efecto bastante ejemplar para permitir una localización cómoda de la estructura subyacente a este desdoblamiento, pero de la que ustedes no dejarán seguramente, de ver el carácter totalmente típico. En un momento dato de su análisis, un paciente cae enamorado y esto se acompaña de su impotencia en al plano sexual; Es como si cada parte de su cuerpo estuviera puesta en un cofrecito dice hablando de la persona que ama, de donde concluí en una presencia de una intención protectora frente al cuerpo del objeto amado, pero también de su falo que no llega a poner en uso y partiendo de una identificación de estos dos términos. Esto, evidentemente, llama a muchas precisiones, que justamente, van a desplegarse a continuación. Además, quizás no carece de interés subrayar esto de que el mismo objeto que lo fascinaba no dejaba de inspirarle, por momentos, un cierto disgusto. Por ejemplo, notando una falta de apego a nivel de la muñeca, lo que quiere decir también que no ha dejado de detallar este objeto al indicio de que su relación no era totalmente extranjera a la dimensión narcisista. Digo, en efecto, porque es él mismo el que la calificaba así. Pero, lo importante es que paralelamente a este amor, calificado por el de narcisista, estaba también ligado a una manera que él calificaba de anaclítica a otra joven, que no solamente lo metía, sino que le demandaba expresamente dejarse meter en una posición enteramente pasiva a fin de verter sobre él todas las excitaciones perversas que le complacían.

De manera que el conjunto de la situación se expresaba para él en este fantasma, a saber, dice: que él vuela hacia su bien amada, el falo erecto y dirigido hacia abajo — (le bas), pero la otra se interpone, le atrapa al vuelo, lo bombea y cuando llega está flácido. Y es en este contexto que el paciente contó un sueño donde vió a su amigo, que llamaré, pongamos, Baret, llevando una media — (bas) de nylon. Y la vista de su pierna y una parte de su muslo así revestido, lo puso exactamente en el mismo estado de excitación que si se tratara de una mujer y él se pregunta: ¿qué es esta media?, sobre lo que le respondí, Es un cofrecito.

Dejo de lado, —por el momento—, dejo de lado a los efectos ulteriores de esta interpretación que le hizo reencontrar por un tiempo su potencia sexual, pero lo importante es que sobre la marcha responde diciendo que iba a lanzarse en historias de homosexualidad pero cuenta que su amigo Barat no está interesado en el asunto sino en razón de su nombre, por ejemplo: bas y Baret, que el nudo de la cuestión está en este cofrecito y que ahí roza verdaderamente la perversión. ¿Qué es este cofrecito y qué es lo que pone dentro?, y si él no puede impedirse decir si, después de todo,—¿por qué no?— ya que es un cofrecito se ponen también joyas y las joyas son mierda. Lo que el encadena en relatos de masturbación anal, dice.

Ese es el material: el cofrecito es el telón, el telón en la temática del más allá del telón que el señor Lacan trató en su Seminario sobre la relación de objeto es decir, no tanto **i(a),** imagen real del cuerpo, sino **i'(a),** imagen virtual.

Si me refiero, evidentemente, al esquema óptico aparecido en el artículo del señor Lacan, en el *Nº 6 DE LA PSYCHANALYSE*, algo que merece ser subrayado a partir de este articulo, es el hecho de que no es el único, que la captación más inmediata no es de lo inmediato, sino de la mediato, y que **i(a)** no es nunca aprehendido fuera del artificio analítico, Quiero decir con esto que no habría, incluso, asunción. No habría, incluso, simple relación a lo que, de otro modo, no solamente sería una contingencia indigerible, porque la noción de contingencia supone ya la noción de una red, sino lo que sería más bien duro de ser rechazado, a saber, la imagen especular surge de esta mediación del Otro a la cual el niño se da vuelta. Dicho de otro modo, que es de entrada, —¿no es cierto?—, como **i (a)**, que al acto sexual funcionando en el campo del Otro que la imagen del cuerpo funciona y que todo un procedimiento, que es verdaderamente el procedimiento analítico, pone al sujeto en posición desde donde puede ver **i(a)** realmente

LACAN: —Jamás puede verlo, está construido en el esquema y luego lo sigue siendo, es una construcción **i(a).**

SAFOUAN: —Si desde luego, justamente, si. Pero, el contenido del cofrecito plantea más problemas. El contenido del cofrecito resulta, a veces, —¿no es cierto?—, demuestra ser, a veces, la mierda, a veces el falo. Este falo se encuentra identificado al objeto amado, de modo que se plantea la cuestión dé que, o bien hay error de traducción en alguna parte, o bien una traducción justa plantea la paradoja de este género lo que es probablemente el caso, dado que, dada la experiencia,

Entonces, para retomar esta traducción, esta equivalencia falo igual objeto amado, falo igual muchacha, nos damos cuenta de que la apoye sobra la presencia de una intención protectora.

¿De dónde se plantea la cuestión?, ¿protege de qué? Seguramente, no de la muchacha honesta, sino de la otra, la que él llama la perversa. Esto ilumina un hecho que hasta ahí yo no había subrayado, a saber, que estando toda su angustia comprometida efectivamente en sus relaciones con su bien amada, es decir, aquella que era un polo del deseo, término del que se puede ver cuánto más adecuado as hablar simplemente del narcisismo como lo hace él, porque él no ve sino **i(a)**, porque nada es visible en principio, sino **i (a).** Es ahí que toda su angustia estaba comprometida: llegará, no llegará, mientras que esta angustia estaba perfectamente ausente en su relación con la muchacha perversa, que podemos, pues llamar, designar como polo de demanda, de lo que podemos ver cuanto más adecuado sería que hablar de relación anaclítica como lo dice él mismo.

Es necesario, pues examinar desde más cerca la descripción de su comportamiento y de esta última. Se desprende de esto, esto que de esto de que ella se servía de él como de un falo, pero esto en al sentido de un objeto sometido al ejercicio, de sus caprichos y no en el sentido del órgano del que es portador, porque es justamente este sentido el que está excluido en esta relación. Su falo real ella lo ponía fuera de circuito. Y, sin duda, ella se dedicó, con esta castración, a garantizar su deseo. Y, sin dude, la exasperación de estos ejercicios perversos recaía en la imposibilidad en que ella estaba de integrar, si puedo decir, su condición de ser realmente un objeto **a** , es decir, un objeto intercambiable.

Porque también sería muy difícil, evidentemente citar muchas observaciones que pondrían a la luz este estado de cosas, a saber que es en la medida misma en que un sujeto está en la imposibilidad, si puedo decir, de tenerse como objeto de goce, que pensará serlo, de donde, por otra partió la paradoja de un ser del que todo pensamiento sería necesariamente falso; por supuesto, no se sabe que esto mismo es Dios. Es porque no se la sabe que la religión guarda siempre, y las formas de la vida religiosa guardan siempre, su conexión estructural con la culpabilidad.

Por otra parte, podemos también preguntarnos en que medida no se puede decir que al inconsciente es esto es decir, este saber falso del que al decir constituya, no obstante, lo verdadero y que no se sitúa en ninguna parte, salvo en esta hiancia de un tenerse demorado, pero con todas estas consideraciones que tienen aspecto filosófico hago sino anticipar sobre la conclusión clínica de este trabajo o de esta observación.

Para volver entonces, al paciente, hay un malentendido o, quizás, una alianza,—¿no es cierto?. Es aquí que me es difícil zanjar tanto un malentendido que calificaría de cómico, si no fuera que la gravedad de las consecuencias va a instalarse y marcar su relación a la muchacha perversa. Es un malentendido que se puede poner en claro. Es que a medida que se intensifican las tentaciones que lo pondrían enteramente a su merced en el momento, pues, en que se intensifican las tentaciones, en suma, ligadas a esto de que **i (a)** intenta, en su modo de intercambio, coincidir con **a** , o, más simplemente, a que él se perciba como un objeto que no la calma, sino que calme algo en ella. El no tendrá otro recurso que garantizar la castración de ella con la suya, sin darse cuenta de que es cosa hecha, es decir, que no se dé cuenta que no solamente está castración es la misma de una parte y de la otra, sino en el sentido en que es un sólo y mismo objeto el que falta a uno o a la otra, que no es, evidentemente el falo real, porque esto no le falta a él, y por lo que la concierne se puede decir que no la falta, porque es justamente esto lo que ella no quiere, sino que es la imagen ligada a este órgano, a saber, al falo imaginario, que de ahí en más va a funcionar como - ? , y es por ese sesgo que se puede decir que la posición fálica hace que al sujeto sea no ni hombre ni mujer, sino una o la otra.

Dicho de otro modo, aquello de lo que se trata, al fin de cuentas, es esto: es que la neutralización y la puesta fuera de circuito, no de cualquier órgano, sino de su falo, va a promover la función de la imagen que se encadena ahí como - ? . En otros términos en otras palabras, cuanto más **i (a),** tiende a identificarse a **a** más el sujeto tiende, no a identificarse, sino a sutilizarse, si pueda decirlo, en - ?, es decir en un falo, siempre presente en otra parte.

A partir de lo cual se ve no como él identifica a la muchacha amada al falo, porque no es esta una operación que él lleva a cabo. Se trata, más bien, de una operación donde él está tomado. Pero, se ve como comprometiéndose en esta vía. El no ve sino narcisismo. El resto, es decir la identificación de la muchacha al falo, siendo el efecto de que la demanda del Otro se evocaba ya a partir de un deseo.

Cosa curiosa, pero eso me parece que merece más examen, en fin, iré más despacio. Se podría decir con rigor que este - ? que se significa en este enunciado es como si cada parte de su cuerpo estuviera puesta en un cofrecito, y este malentendido va a rebotar necesariamente en un mal don, si puedo decir, que va a marcar su relación a la muchacha amada como una marca de origen.

El mal don aquí no consiste en que la muchacha amada es al falo sino, por al contrario en que no lo es, o, más precisamente en que ella es - ? garantía de la castración del Otro. Es que en toda la medida en que la vida erótica del sujeto se coloca así bajo el signo de su dependencia de la omnipotencia del Otro y aquí trato la cuestión, la otra cuestión, el otro problema que se plantea, a saber, que mi cuerpo estaba identificado a la mierda, entonces, esto se aclara, digo, a partir de esto de que en toda la medida en que la vida erótica del sujeto se coloca bajo el signo de la dependencia, de la omnipotencia del Otro no nos sorprenderemos de que el mismo objeto bien amado se encuentre igualmente identificado a las heces.

La fórmula que clarifica este estado de cosas sobre la cual voy a concluir, es la siguiente, cuanto más el deseo de la madre se engaña en lo que va a funcionar de entrada, a la vista, para el sujeto como **i (a),** más el sujeto, no solamente hace regresión, sino que se aliena en un objete pregenital, aquí el escíbalo, el cual objeto no funcionará no obstante, sino por referencia a la hiancia que en este deseo del Otro se significa siempre como castración.

Pienso que es a partir de esto que se puede plantear correctamente el problema de la castración edípica normativizante —entiendo— la castración en tanto que regulariza,

justamente, la posición fálica, la cual posición fálica es estrictamente idéntica, la hemos visto, a la castración imaginaria. Es a partir de esto que se puede plantear el problema de la castración edípica y se ve verdaderamente la cuestión de saber por qué encaminamiento se efectúa esta castración simbólica no podría ser resuelta sino estableciendo distinciones hasta ahora en todo caso inéditas, no formuladas, concernientes a la negación.

LACAN: —Bien, muchas gracias querido Safouan. Es excelente. Naturalmente como se dice, como de todo texto leído, valdría más que se lo releyera. Veremos, por ejemplo con Milner si no se podría colocar este en los CAHIERS.... Así todas las personas podrían tomar conocimiento de esto.

Voy, de todos modos para concluir la cosa de Safouan, a decirles algo que me vino a la mente, como se dice, no obstante ustedes oyeron bien que inmediatamente después de su doble compromiso con estos dos objetos tan diferenciados hizo este sueño concerniente a la pierna de su amigo en una media y es alrededor de esto que todo gira, y toda la fenomenología de la castración, que tan sutilmente les presentó Safouan.

Esto me recordó lo que Napoleón decía de Talleyrand: una media llena de mierda.

Green: —Una media de seda.

Lacan: —Si, pero eso plantea problemitas. La pierna, Napoleón conocía un pedazo en cuanto a lo que resulta del amor. El decía que lo mejor que uno tenía que hacer era agarrarla de su cuello, las piernas, se entiende. La única victoria en amor es la huida. EL sabia hacer al amor, tenemos pruebas. Por otra parte, es evidente que la mierda tenía un lugar muy grande en la política de Talleyrand. En fin, él tenía también ciertas relaciones a la omnipotencia y que su deseo la haya encontrado bastante bien encaminado es lo que no deja dudas. Es necesario, pues, también desconfiar de esto, del objeto del deseo del Otro: ¿qué es lo que nos conduce a pensar que es mierda?. En el caso de Napoleón, puede haber ahí un problemita concerniente a Talleyrand, que lo tuvo al fin de cuentas. Es esto. Era simplemente un orden de reflexión que quería proponerles y que vine como codicilo a lo que les dije del objeto **a** hoy.

Final del Seminario 13